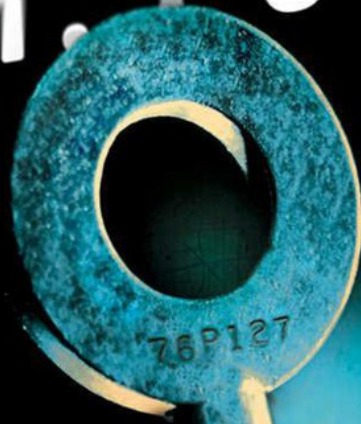


D.M. PULLEY



LA LLAVE
MAESTRA

TRADUCCIÓN DE
RICARDO GARCÍA PÉREZ

**LA LLAVE
MAESTRA**

D. M. Pulley

**LA LLAVE
MAESTRA**

Traducción de

Ricardo García Pérez

Título original: *The Dead Key*
Publicado originalmente por Thomas & Mercer, Estados Unidos, 2015

Edición en español publicada por:
AmazonCrossing, Amazon Media EU Sàrl
5 rue Plaetis, L-2338, Luxembourg
Julio, 2016

Copyright © Edición original 2015 por D. M. Pulley

Todos los derechos están reservados.

Copyright © Edición en español 2016 traducida por Ricardo García Pérez
Imagen de cubierta © Doug Landreth/Getty Images
Diseño de cubierta por Mariagloria Posani/theWorldofDOT, Milano

Primera edición digital 2016

ISBN: 9781503934009

www.apub.com

LA AUTORA

La llave maestra, la primera novela de D. M. Pulley, se inspiró en su trabajo como ingeniera de estructuras en Cleveland, Ohio. Durante el proceso de replanteo de un edificio abandonado, encontró una cámara acorazada subterránea llena de cajas de seguridad no reclamadas por sus dueños. El misterio que escondía aquella cámara acorazada la persiguió durante años, hasta que se amarró a su equipo informático y empezó a escribir. Su ópera prima recibió el Premio de Novela Breakthrough de Amazon en el año 2014. Pulley sigue trabajando como consultora privada e ingeniera perito, identificando fallos constructivos y diseñando reformas. Pulley vive al nordeste de Ohio con su esposo y sus dos hijos, y en la actualidad está trabajando en su segunda novela. Puede visitar su página web en www.dmpulley.com, o seguirla en Twitter en <https://twitter.com/DMPulleyAuthor>.

Gracias, Irv, por darme la mano en cada paso del camino. Tú lo dijiste mejor:

*Nuestro amor es un trayecto infinito.
Y yo soy el riel, entusiasta.*

ÍNDICE

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
CAPÍTULO 51
CAPÍTULO 52
CAPÍTULO 53
CAPÍTULO 54
CAPÍTULO 55
CAPÍTULO 56
CAPÍTULO 57
CAPÍTULO 58
CAPÍTULO 59
CAPÍTULO 60
CAPÍTULO 61
CAPÍTULO 62
CAPÍTULO 63
CAPÍTULO 64

[CAPÍTULO 65](#)
[CAPÍTULO 66](#)
[CAPÍTULO 67](#)
[CAPÍTULO 68](#)
[CAPÍTULO 69](#)
[CAPÍTULO 70](#)
[CAPÍTULO 71](#)
[CAPÍTULO 72](#)
[CAPÍTULO 73](#)
[CAPÍTULO 74](#)
[CAPÍTULO 75](#)
[CAPÍTULO 76](#)
[EPÍLOGO](#)
[AGRADECIMIENTOS](#)

PRÓLOGO

Un solitario *clang* del gran reloj de la entrada del First Bank of Cleveland indicó la medianoche. El toque sordo del reloj atravesó las pesadas puertas y recorrió el vestíbulo hasta la habitación oscura donde se había escondido. Era el primer sonido que escuchaba desde hacía más de una hora, aparte del murmullo de su propia respiración. Era la señal.

Entreabrió la puerta del baño de señoras y se asomó con cautela a la oscuridad. A lo largo del corredor sombrío y dentro de la habitación, largas sombras desgarraban el suelo dando a los objetos, cotidianos a la luz del día, un aspecto siniestro. Alguien estaba observando —el vigilante nocturno, su jefe, alguien—, estaba segura de ello. Siempre había alguien vigilando el banco. Permaneció helada en el vano de la puerta, consciente de lo que podría suceder si la descubrían. La arrestarían. La despedirían. Lo perdería todo. Pero, de nuevo, no tenía mucho que perder. «Seguramente fue eso lo que me dijo para meterme en este lío», pensó, sacudiendo la cabeza. No podía creer que hubiera aceptado meterse en ese asunto. Pero lo había hecho. Tras un minuto largo, dio un paso adelante y salió de su escondite dejando que la puerta se cerrara tras de sí.

Sus tímidas pisadas repiquetearon sobre las losas de piedra del suelo del banco y se propagaron a través del silencio. Con un gesto de dolor, pasó de puntillas ante las ventanillas de caja y entró en el vestíbulo. Un tictac marcaba los segundos en el gran reloj mientras se arrastraba a través de las puertas giratorias y los enormes ventanales que la separaban de la oscuridad exterior. Los faros de un sedán que giraba hacia Euclid Avenue desde East Ninth Street la iluminaron un instante a través del cristal. Helada, dejó de respirar hasta que terminó de pasar el automóvil. Cuando por fin lo hizo, un gemido sordo escapó de su garganta. Quería correr de vuelta al baño y esconderse hasta la mañana siguiente, pero siguió adelante. Él la estaba esperando.

El retrato inquisidor del viejo Alistair Mercer, el presidente del banco, la examinaba mientras se deslizaba a sus pies por el pasillo de la izquierda. No había ninguna señal del vigilante de seguridad en la mesa del ascensor. Todo como le había prometido.

Las luces de la calle que se derramaban a raudales por los ventanales del vestíbulo se desvanecieron cuando dobló la esquina y descendió por la escalera de caracol para sumirse en la oscuridad del piso inferior. En algún lugar de allí abajo, él la estaba esperando. Con cada paso que daba, iba atenazando con más fuerza la llave de bronce hasta que la sintió incrustada dentro del puño. La había robado de la caja fuerte el día anterior con la esperanza de que nadie la echara en falta. Nadie la echó en falta.

Nadie reparó en que no la había dejado con las demás a las cinco en punto. El vigilante apagó la luz del baño de señoras sin comprobar siquiera los retretes. Hasta el momento, todo iba sucediendo tal como le había dicho.

El aire inmóvil parecía más denso cuando llegó al pie de la escalera. La alfombra roja desapareció en la oscuridad, pero por la forma en que se amortiguaban sus pisadas sabía que seguía allí. Se imaginó la puerta de la cámara acorazada y avanzó sigilosamente. Si se esforzaba por oír el ruido del interruptor de una linterna, el tintineo de un llavero o el golpe seco y sordo de unas pisadas, solo oía su propio corazón palpar en los oídos. No había nada. Cuando, poco a poco, se le acomodó la vista a la oscuridad, no pudo más que entrever en un rincón la mesa del empleado. Era una barricada negra que protegía la entrada de la cámara acorazada. Corrió hacia ella, se agazapó bajo el tablero y esperó.

Viendo que no sucedía nada, deslizó el cajón situado a la izquierda de la silla para abrirlo y palpó a ciegas los objetos del interior hasta que encontró lo que buscaba. Otra llave. Al levantarse, una sombra corpulenta se abalanzó sobre ella. Abrió la boca para gritar. Una mano grande la amordazó.

—¡Shhh!

La palma enguantada de cuero le aplastó los labios y le amortiguó la voz. Sus brazos y puños agitados quedaron envueltos en la garra de la sombra. La habían atrapado.

—Eh. ¡Soy yo! No pasa nada. No pasa nada. Siento haberte asustado. ¿Estás bien?

Toda la tensión de sus músculos se relajó al oír su voz. Asintió con un gesto y casi se desplomó en el suelo. Todavía tenía la mano de él en la boca.

—¿La tienes? —preguntó él.

Volvió a asentir.

—Bien —dijo apartando la mano para que pudiera respirar—. Ven conmigo.

La tomó por la muñeca y la condujo a través del pasillo circular hasta entrar en la cámara acorazada. No veía nada, pero por el sonido de sus pasos sobre algo metálico y duro podía decir exactamente dónde estaban.

—De acuerdo. —Encendió una linterna pequeña y examinó centenares de puertecitas metálicas que formaban una pared de acero—. Buscamos la caja 545.

El muro de cajas era una mancha borrosa. Con el corazón todavía acelerado, se adelantó hacia ellas con una llave en cada mano. Las puertas metálicas tenían grabadas en letra gótica un despliegue de números abrumador que iba ascendiendo o descendiendo hasta que apareció por fin aquella en la que ponía «545». Introdujo cada una de las llaves en la puerta y esperó un instante. Temía ver aparecer en cualquier momento a un vigilante de seguridad o a un policía empuñando una pistola.

Él apretó el torso contra la espalda de ella y le pasó un brazo por la cintura. Ella cerró los ojos, se apoyó en él y deseó estar con él en casa, o en el hotel, o en cualquier otro sitio menos en la cámara acorazada. Sentía el aliento caliente de él en su cuello.

—Vamos, nena. Vamos a ver qué encontramos.

La puertecita se abrió y dejó ver la caja metálica alargada de su interior.

Le subió bilis por la garganta. Aquello era un allanamiento de propiedad privada, hurto mayor, al menos quince o veinte años de cárcel. Jamás había robado siquiera un paquete de chicles, en toda su vida. El plan siempre había sido entrar en la cámara acorazada. Él se lo explicó muchas veces. Pero ahora que estaba haciéndolo de verdad... Dios mío, iba a vomitar.

Ajeno al gesto compungido de su rostro, él la apartó un poco y extrajo la caja de seguridad de su nicho y la colocó en el suelo con un *clang* muy sonoro.

Ella se estremeció.

—Relájate, nena. Charlie está haciendo un descanso. No volverá, al menos, hasta dentro de una hora. Le organicé una cita con una amiga mía.

Él soltó una risita por lo bajo mientras abría la tapa. En lo alto de la caja, fajos de billetes de cien dólares alineados. Debajo del dinero había un gran collar de diamantes. Se incorporó un poco y le dio un cachete en el trasero con aire triunfante.

—¡Ja! ¿No te lo dije? ¡Premio!

Al ver las gigantescas piedras, se le abrieron los ojos como platos. «Ya no son de nadie», repetía en silencio las palabras que él le había dicho tantas veces. «Nadie las echará de menos nunca. Nadie sabe siquiera que están aquí.» Se arrodilló y extendió la mano para tocar un diamante.

Él agarró el collar y extrajo del bolsillo de su chaqueta una bolsa de terciopelo.

—Saca la cajita —ordenó—. Apuesto a que es un anillo, pero no te hagas ilusiones, ¿eh?

—¿Ilusiones? —susurró ella hasta que comprendió lo que significaba solo después de que la palabra abandonó sus labios y abrió la cajita.

Dentro había un gigantesco anillo de compromiso, de diamantes.

—Ey, esto no es nada comparado con el que te compraré algún día, preciosa.

Le acarició suavemente la cara y le guiñó un ojo. El metal de la alianza le dejó un rastro frío en la mejilla.

Le quitó la caja, la metió en la bolsa y empezó a contar el dinero. Las arrugas que la risa le formaba en los ojos se iban marcando cada vez más a medida que la cantidad iba aumentando. Nunca habían hablado de cuánto sería suficiente.

Ella dirigió de nuevo sus ojos hacia la caja profanada, en el suelo. Bajo el dinero y las joyas había escondida una vieja fotografía en blanco y negro. Irradiaba un tono amarillento bajo la luz tenue. Era un ferrotipo de una hermosa joven con un vestido largo, hasta los pies, que llevaba el collar de diamantes. Reparó en que podría haber sido una fotografía de boda y, entonces, se fijó en los demás objetos: un pañuelo de encaje y unas cuantas cartas dobladas. Cartas de amor, pensó, y por primera vez se preguntó por la persona que las habría depositado allí. A juzgar por el aspecto del papel en que estaban escritas y de la fotografía, podrían ser de hacia cincuenta años. Alargó la mano con la intención de tomar una.

—¡Ey! ¿Estás soñando con los ojos abiertos? No tenemos todo el día.

Diciendo eso, cerró la tapa de un golpe, volvió a levantarla y la metió en su sitio.

El ruido de la puerta de metal al cerrarse la devolvió a la realidad. Giró obedientemente las llaves para cerrar de nuevo la caja 545. Se detuvo ante la puertecita y le pareció que debía rezar una oración, o algo así. Era como un entierro. «¿Volverá alguien a encontrar alguna vez la fotografía de esa mujer? ¿Y las cartas de amor?» Según los registros, la caja no se había abierto desde hacía muchos años. El número de la caja le devolvió la mirada.

—¡Muy bien! A la caja 547.

—Sí, 547.

Su propia voz le sonó muy lejana. Todo parecía un sueño extraño y espantoso. Eso no era una cámara acorazada, era un mausoleo. Y ellos eran ladrones de tumbas.

Localizaron las llaves y abrieron la 547 como si lo tuvieran firmemente decidido. Él depositó en la caja vacía el tesoro saqueado y cerró el hueco del muro de acero que ahora ocultaba su terrible secreto. Ella extrajo las llaves de la cerradura. Le pesaban en la mano.

Él la agarró por sus hombros estrechos y le dio un beso enorme en los labios.

—¡Tú, espera, nena! Vamos a estar arreglados de por vida. Dentro de unos meses no tendremos ninguna otra preocupación en el mundo, jamás.

Volvió a besarla y le palpó el trasero con un apretón antes de empezar a empujarla cariñosamente hasta la puerta.

Él no se fijó en que ella bajaba la vista hacia el abultamiento de su vientre mientras él la conducía al exterior de la cámara acorazada. Sería imposible ocultarlo mucho más tiempo. Pero dentro de unos meses estarían juntos, se dijo. Arreglados de por vida. Como él le prometió.

Se detuvo en la entrada. La caja 545 seguía allí, atrás, en algún lugar de la oscuridad. Susurró algo a nadie, ni siquiera a sí misma: «Lo siento».

Después, la pesada puerta redonda se cerró.

CAPÍTULO 1

Sábado, 8 de agosto de 1998

Iris Latch se incorporó como un resorte. El reloj sonaba con furia. Eran las 8:45 de la mañana y supuestamente debía estar en el centro de la ciudad en menos de quince minutos. *Mierda*. La alarma llevaba sonando media hora seguida. Casi hacía vibrar las raquílicas paredes de su apartamento, pero, sin saber cómo, ella se las había arreglado para seguir durmiendo con el ruido. Se despegó las sábanas y corrió hacia el cuarto de baño.

No había tiempo para darse una ducha. En su lugar, se echó agua fría a la cara y eliminó el sabor a cenicero sucio de la boca con el cepillo de dientes. Ni siquiera se cepilló el cabello castaño estropajoso antes de hacerlo pasar por una goma. Se embutió en una camiseta y unos vaqueros y corrió a la puerta. En los días buenos, Iris resultaba bastante atractiva pese a su complexión alta y desgarrada y el pelo largo, sobre todo si se acordaba de no dejar caer los hombros; pero este no era un día bueno.

El sol matutino se le concentraba en los ojos como la luz de la lámpara de un interrogatorio. Sí, oficial, anoche bebió. Sí, le dolía la cabeza. No, no era la persona de veintitrés años más responsable que hubiera bajo ese sol cegador. En su defensa se podía decir que estaba absolutamente destrozada por tener que trabajar un sábado. Los fines de semana no se debería sacar a nadie de la cama a esas horas. Por desgracia, se había ofrecido voluntaria para esa basura.

A principios de semana, el señor Wheeler le pidió que acudiera a su despacho. Era el jefe de su Departamento, uno de los socios principales de la empresa, y podía despedirla de inmediato. Era como tener que presentarse ante el director.

—Iris, ¿qué tal te va el trabajo hasta ahora por aquí en WRE?

—Mmm... Está bien —dijo tratando de que no sonara tan desagradable como de verdad le parecía—. He aprendido mucho —añadió con el tono de voz de las entrevistas de trabajo.

Detestaba su empleo en Wheeler Reese Elliot Architects, pero no podía decirselo tan claramente a él. Un día tras otro, lo único que hacía era marcar copias de planos con un rotulador rojo. Centenares de hojas de papel, que mostraban hasta el menor detalle de las varillas de acero corrugado de cada una de las vigas de hormigón... y tenía que comprobarlas todas. Era una labor tediosa y desmoralizadora, sobre todo porque ella estaba cualificada para hacer mucho más. Se había doctorado *cum laude* en la Universidad Case Western Reserve. Le habían prometido trabajar en proyectos de diseño estructural «innovadores», pero al cabo de ya tres meses de su gran trayectoria profesional de ingeniera su trabajo consistía únicamente en hacer marcas mecánicas en un papeleo tonto. Ese mismo lunes, en un ataque de desesperación, se lo dijo a Brad, el tutor que le había asignado la empresa. Al día siguiente estaba sentada en el banquillo enfrente del señor Wheeler. Brad la había delatado. ¿Iban a despedirla? Sentía mariposas históricas en el estómago.

—Bueno, Brad piensa que tiene usted la cabeza bien amueblada. Tal vez esté preparada para un pequeño cambio de orientación —dijo el señor Wheeler brindándole una sonrisa corporativa.

—¿Eh? ¿A qué se refiere?

—Acabamos de desembarcar en un proyecto un tanto inusual. Los socios creen que usted podría encajar muy bien en él. Supone hacer trabajo de campo.

Trabajo de campo significaba salir de su espantoso cubículo.

—¿En serio? Suena interesante.

—Estupendo. Brad la pondrá al día para que se familiarice enseguida con los detalles. Este proyecto es de un carácter bastante delicado. El cliente confía en que mantengamos la confidencialidad. Les agradeceré a los dos que estén dispuestos a hacer horas extras. No pasará inadvertido.

El señor Wheeler le dio una palmadita en la espalda y cerró la puerta de su despacho de directivo, con vistas a dos alas. La sonrisa de Iris se vino abajo en las comisuras. Había trampa. Brad le explicó después que tenían que trabajar el fin de semana. Gratis.

Era una desgracia absoluta, pensó Iris mientras apretaba los dientes, se sentaba al volante y aceleraba su herrumbroso Mazda gris calle abajo. En el semáforo, pescó una botella de Coca-Cola *light* medio vacía del suelo desordenado del vehículo y encendió un cigarrillo. ¿Y qué se supone que tenía que hacer? ¿Decir que no?

Cuando el automóvil se aproximaba al centro de la ciudad, Iris reparó en que no tenía la menor idea de adónde diablos iba en realidad. Revolvió en el bolso para buscar la dirección que había anotado. Cigarrillos, encendedor, lápiz de labios, recibos... Vacío el contenido del bolso sobre el asiento del copiloto sin quitar un ojo de la carretera.

Tronó un claxon. Levantó la vista justo a tiempo para virar y evitar golpear a un camión de basura que se aproximaba. Clavó los frenos y detuvo el vehículo con un chirrido de las ruedas.

—¡Mierda!

El montón de basura del asiento del copiloto salió volando hasta el suelo. El trozo de papel perdido aterrizó encima. Lo recogió y leyó:

1010 de Euclid Avenue

First Bank of Cleveland

Estacionar en la parte de atrás

En el cruce de East Twelfth Street y Euclid Avenue, el reloj del salpicadero cambió a las 9:15. Brad estaría esperándola en la puerta, dando golpecitos en el suelo con el pie, mirando su Seiko y lamentándose de haber recomendado a la poco fiable chica nueva para ese trabajo de campo. Metió todo de nuevo en el bolso mientras el semáforo tardaba una eternidad en cambiar.

El edificio del 1010 de Euclid Avenue se le apareció junto a la ventanilla en forma de mancha de piedra y cristal. *Mierda*. Su automóvil cruzó a toda velocidad un semáforo muy amarillo que dejó atrás en East Ninth Street y, a continuación, giró por Huron Street. Debería haber sido la parte trasera del edificio, pero las únicas señales que había decido «No Estacionar». Iris empezó a sentir pánico. Huron Street la sacaría a East Fourteenth Street antes de que pudiera dar la vuelta. No había tiempo para tanto. Ya llegaba muy tarde para tratarse de su primer encargo fuera de la oficina.

Se detuvo en un estrecho acceso para vehículos que desembocaba en la puerta cerrada de un garaje. Era idéntica a las otras puertas de carga y descarga desocupadas que se alineaban en la calle. Ambos lados de la acera estaban vacíos, y la calle estaba muerta. La mayor parte de Cleveland era una ciudad fantasma los fines de semana. Por encima de ella, un edificio de oficinas de quince plantas manchado de hollín se proyectaba hacia el cielo. La mitad de las ventanas estaban cubiertas por tabloncillos podridos, y las interminables hileras de ladrillos estaban desdibujadas. ¿Era ese el edificio? Al estirar la cabeza hacia arriba tuvo la sensación de que iba a desprenderse del cuello. A veces, las resacas tardan realmente un tiempo en aliviarse. Entornó los ojos y sopló un poco de aire. Tenía que dejar de beber como si celebrara una fiesta universitaria todas las noches. La universidad se había terminado.

Las imágenes de la noche anterior le daban vueltas en la cabeza como si fueran trozos rotos de una película de cine. Había acudido con compañeros de trabajo a tomar una copa a un bar nuevo en el barrio de los Flats. La noche se fue desdibujando con cada vasito de tequila. Estuvo Nick. Era el guapo diseñador de interiores con el que había estado coqueteando en el trabajo durante semanas. Le gustaba pasarse por la mesa de trabajo de ella y charlar. Para Iris suponía un bienvenido descanso de marcar planos con un rotulador rojo como una secretaria con pretensiones. Quién sabe lo que suponía para él. Se reía con sus chistes y se sonrojaba mucho... Ese era el alcance de sus cualidades en el Departamento de «Miraditas».

Nick pagó unos cuantos vasitos. Pasó el brazo por el hombro de Iris y le susurró al oído algo que apenas logró comprender bajo el estruendo de la música. Lo siguiente que recordaba era que él conducía el automóvil de ella para llevarla a casa. La besó, y el mundo entero empezó a dar vueltas sin control. Lo único que recordaba después de aquello era que la arrastró escaleras arriba hasta la cama diciéndole que descansara un poco. Se suponía que debía agradecer a Nick que se comportara como un caballero y no se aprovechara de ella. Pero, ¡Jesús!, ¿tan mal besaba ella?

—¡Buenos días, Iris!

—Hola, Brad —su voz quedó amortiguada por la ventanilla. *Idiota*. La bajó y volvió a decir:

—¡Hola! ¿Has entrado?

—Tengo mis trucos —dijo enarcando una ceja—. *¡Na!* El vigilante de seguridad me dijo adónde tenía que ir.

Con su camisa de J. C. Penney bien perfilada y sus pantalones recién planchados, Brad era un ingeniero modélico. Parecía como si ya hubiera ido al gimnasio, se hubiera dado una ducha y se hubiera tomado un desayuno de cuatro platos. En comparación con él, parecía como si a Iris la hubieran sacado del sumidero de una ducha.

—¿Podemos estacionar aquí?

—Sí, pasa.

El automóvil de Iris siguió a Brad a una estancia con aspecto de mazmorra, que resultó ser un muelle de carga. Allí había dos mugrientas plataformas de carga para camiones y una losa de cemento resquebrajado lo bastante grande para que estacionaran tres automóviles. Iris colocó su ruidoso vehículo junto a un Honda immaculado que solo podía ser el de Brad. Una señal sujeta a la pared decía «Estacionamiento de corta duración. Solo entregas». El muelle de carga se fue oscureciendo cuando la pequeña puerta del garaje descendió para cerrarse a su espalda. Un olor espantoso, como a carne podrida y vómito, trepó hasta su nariz y casi la envió corriendo hasta un rincón para vomitar. En ese rincón había un gran contenedor de residuos oxidado.

—Huele de maravilla, ¿eh? —bromeó Brad.

Señaló un botón rojo que había en la pared junto a una caseta de seguridad abandonada.

—Asegúrate de cerrar el garaje cada vez que entres.

—Claro. Pero ¿cómo voy a entrar sin ti? —preguntó cubriéndose la boca y la nariz.

—Hay un altavoz junto a la puerta del garaje, fuera. Te abrirá Ramone.

Iris asintió y buscó al tal Ramone a su alrededor, pero no se veía a nadie.

—Bien. Pongámonos en marcha.

Brad sacó una enorme bolsa de herramientas del impecable maletero de su Accord.

Iris reparó en que no había recordado traer consigo una bolsa de herramientas, ni siquiera un portabloc. Era de esperar. Sacó del automóvil su abarrotado bolso y se lo echó al hombro, fingiendo que llevaba en él algo más que lápiz de labios y cigarrillos.

—De acuerdo.

Brad condujo a Iris por un largo pasillo de servicio hasta llegar a un recibidor oscuro. Siguió el destello leve de la luz que entraba por delante, junto a las puertas de bronce de un ascensor, hasta que llegaron al vestíbulo principal del First Bank of Cleveland.

Iris se quedó mirando embozada el artesonado que se alzaba a casi cinco metros de altura. Todo, desde los paneles de madera taraceada hasta los herrajes de bronce de las ventanas, pasando por el gigantesco reloj que había sobre el dintel de la entrada, parecía artesanal. Las losetas del suelo eran diminutas y habían sido colocadas una a una hasta formar un mosaico *art déco* con una roseta en el centro. Dos puertas giratorias de bronce antiguas daban a Euclid Avenue. Tenían aspecto de sentirse ofendidas por las cadenas y candados herrumbrosos que colgaban de ellas. En la pared, sobre dos puertas metálicas macizas con manivelas de bronce que llevaban a otra estancia, unas letras resplandecientes decían «First Bank of Cleveland, Fundado en 1903». Las puertas estaban cerradas.

—¿En qué año se construyó todo esto?

Iris examinó el reloj dorado que le quedaba encima de la cabeza. Las manillas talladas con volutas se habían detenido hacía años.

—Antes de la Gran Depresión. En los edificios de posguerra no se ve este tipo de artesanía.

—¿Cuándo se desocupó? —preguntó Iris.

—No estoy seguro. Creo que en el libro de registro del condado ponía algo. —Brad rebuscó en un expediente que extrajo de su bolsa de trabajo y leyó en voz alta—: «El First Bank of Cleveland cerró el 29 de diciembre de 1978».

—Me pregunto por qué —pensó Iris en voz alta.

Un letrero ordinario que había en la pared contenía diminutas tiras de terciopelo negro donde unas letras blancas de plástico medio sueltas o desaparecidas indicaban el nombre y el número de despacho de, al menos, veinte personas. En la pared opuesta se veía colgado el retrato de un anciano de aspecto adusto que la miraba amenazadoramente, con los ojos enrojecidos, mientras ella leía en silencio el nombre inscrito en el marco: «Alistair Mercer, Presidente».

—Cuando la ciudad dejó de pagar, quedaron infinidad de cosas patas arriba. Quebraron negocios, nadie encontraba empleo. Afortunadamente para nosotros, tenemos mucho trabajo que hacer.

Iris levantó la vista hacia el techo artesonado y sus centenares de minúsculos murales y filigranas doradas. Era una pena. Fuera lo que fuese lo que le hubiera pasado al banco hacía tanto tiempo, lo había mantenido cerrado durante casi veinte años.

Una brisa cálida silbó al pasar por las puertas giratorias de bronce. Casi podía imaginar a hombres con trajes de *tweed* y secretarias de tacones altos entrando de uno en uno en el vestíbulo. Cada día debían de haber pasado por allí centenares de personas. Se preguntó si alguna de ellas se habría molestado alguna vez en levantar la vista.

CAPÍTULO 2

Jueves, 2 de noviembre de 1978

Beatrice Baker quedó petrificada y boquiabierta en cuanto entró en el edificio del First Bank of Cleveland y contempló el inmenso techo, como si fuera a desplomarse sobre su cabeza. Jamás había visto nada tan grandioso e imponente. La contemplación del techo casi la hizo tambalearse y retroceder hasta la acera. Un hombre con traje y chaleco y patillas muy pobladas le hizo un gesto amable antes de dirigirse a las puertas giratorias. Ella reparó en que él debía de pensar que era de la casa, y trató de devolverle una sonrisa.

Arriba, en la novena planta, el señor Thompson examinó su solicitud de empleo y, a continuación, la arrojó sobre su escritorio.

—Bien, hábleme de usted, señorita Baker.

Se recostó en su sillón de cuero y levantó sus gruesas cejas encanecidas.

Beatrice estaba sentada en el borde de su silla y tenía las piernas cruzadas a la altura de los tobillos, tal como le habían enseñado.

—Me gradué en el Instituto de Secundaria Cleveland Heights la pasada primavera. Desde entonces, he trabajado como empleada en un comercio de Murray

Hill.

Era el guion que ella y su tía Doris habían ensayado durante semanas. Hablaba con claridad, despacio, vocalizando cada palabra. Se recogió detrás de la oreja un rizo de pelo rubio alisado.

—¿Qué tipo de trabajo desempeña en un comercio que la cualifique para ser secretaria precisamente aquí, en el First Bank of Cleveland?

—Bueno, déjeme pensar... —Beatrice hizo una pausa para evitar titubeos o que la voz quedara en un susurro. Su tía le había dicho que hablara alto y con confianza—. Atender el teléfono, tramitar pedidos y hacer caja todos los días.

—¿Sabe mecanografía?

—¡Ochenta y cinco palabras por minuto!

Esa parte de su currículum era cierta. Había practicado durante meses en la vieja Remington de Doris.

El señor Thompson la miró a los ojos con severidad. Trató de no mostrarse nerviosa mientras la evaluaba. «No te muestres incómoda o desafiante —le había advertido Doris—. Simplemente, sé una chica honrada que no tiene nada que ocultar.»

Beatrice era menuda, rubia, de ojos azules, aseada y guapa... Todo lo que Doris decía que le hacía falta ser. La falda de *tweed* y la blusa de punto no le quedaban bien. Llevaba calzado barato. Tenía un ligero acento, pero su tía le aseguraba que el deje de los Apalaches no hacía más que añadirle encanto. A sus dieciséis años, era demasiado joven para el puesto, pero en la solicitud había mentido sobre su edad y sobre muchas otras cosas.

Los ojos del señor Thompson se detuvieron en la blusa, que estaba lo bastante desabrochada para mostrar un atisbo fugaz del escote. Lo que el señor Thompson no sabía era que su tía le había metido pañuelos en el sujetador para que pareciera mayor.

Beatrice se avergonzó, y él trató de dirigir la mirada de nuevo a su rostro.

—Le agradezco la consideración. Trabajar en el First Bank of Cleveland sería un verdadero honor.

—¿De verdad? ¿Por qué?

Doris la había aleccionado la noche anterior:

—Estos tipos de los bancos no quieren saber nada de tu vida. Solo les interesa si sabes mecanografía y si resultas mona escribiendo a máquina.

Beatrice se quedó boquiabierta ante el comentario de su tía.

—¿Qué estás diciendo? ¿Lo único que importa es si soy lo bastante guapa?

—Lo bastante guapa, lo bastante joven, lo bastante risueña. Nadie quiere contratar a alguien con pasado. —Doris se dejó caer en el sofá y se sirvió otra copa—. Las chicas jóvenes como nosotras, que no tenemos papis ricos, ni hemos ido a una escuela sofisticada, ni tenemos marido, disponemos de muy pocas cartas que jugar. Tienes tus atractivos y tu buen nombre. Eso es todo. No te puedes permitir despilfarrarlos. Si juegas la baza equivocada, chiquilla, acabarás sirviendo guisos en algún antro, como yo.

Beatrice examinó las mejillas rubicundas y las manos ásperas de Doris.

—¿Qué sucedió, tía Doris? ¿Por qué no trabajas en un banco?

—No andes ahora preocupándote por eso. Fue hace mucho. ¿Qué vas a decir cuando te pregunte por qué sería un honor para ti trabajar en el banco? —espeté Doris.

—El First Bank of Cleveland suscribió la hipoteca de la casa de mis padres hace veinte años y, desde entonces, somos clientes fieles —dijo sonriendo mientras mentía al señor Thompson con la sensación de que la cara se le iba a agrietar por la tensión.

Él cruzó los brazos sobre el pecho con escepticismo. Era capaz de ver en el interior de Beatrice, estaba segura de ello. Se esforzó por mantener la mirada penetrante del señor Thompson sin retraerse. Los ojos de él volvieron a deambular sobre su pecho.

—Bueno, aquí nos gusta pensar que somos un negocio familiar. Si bien debo decir que me preocupa un poco contratar a una joven como usted. Perdemos a muchas, no sé si me entiende. Tanto tiempo dedicado a formar a las jóvenes y, de repente, se levantan y se van. Salen corriendo y se casan. —Dio unos golpecitos con su estilográfica en el vade de sobremesa—. Tal vez seamos un negocio familiar, pero tenemos que vigilar la línea de flotación. ¿Cómo puedo saber que será una buena inversión, Beatrice?

—Mmm... —Se aclaró la garganta—. No tengo planes de casarme, señor Thompson. Quiero... tener una carrera profesional.

—Eso es lo que dicen todas.

—Pero ¡yo lo digo en serio! —Tomó aliento para recuperar el tono recatado—. No quiero pasarme los días cocinando y limpiando la casa.

—¿Y los niños?

Le desapareció el color de la cara.

—¿Niños?

—Sí, niños. ¿Tiene pensado tener alguno?

A Beatrice se le humedecieron los ojos y, enseguida, bajó la mirada a su regazo. Se hundió las uñas en las palmas de las manos. No podía creer que le estuvieran haciendo una pregunta tan personal y desagradable.

—No.

—¿De verdad? ¿Una chica tan guapa como usted? Me resulta difícil de creer.

Él depositó la estilográfica sobre el vade de escritorio.

No iba a conseguir el trabajo. Después de tantos meses preparándose y de todos los consejos de Doris, no iba a conseguirlo. Si quería tener alguna oportunidad, tenía que decir algo.

—Me crie cuidando de cinco hermanos y cuatro hermanas, señor, y le aseguro con absoluta certeza que no tengo ningún interés en tener un bebé. ¡No voy a pasar ni un minuto más hasta el cuello de pañales! ¡No, señor! Aspiro a algo mejor y no se hace una idea de lo que he pasado para conseguirlo. ¡Quiero este empleo!

Dijo las últimas palabras casi a voz en grito y, después, recuperó el tono de su voz.

Él soltó una carcajada.

—Bueno, bueno, señorita Baker. Es usted una caja de sorpresas. Ese es exactamente el tipo de dedicación que buscamos. Está contratada.

Parpadeó para disimular el entusiasmo en la mirada.

—¿En serio?

—Venga aquí a las nueve de la mañana del lunes. Preséntese ante Linda, del Departamento de Recursos Humanos, en la tercera planta.

Se esforzó por atender a las instrucciones en medio del torbellino de adrenalina que le zumbaba en los oídos. Algo de una tal Linda el lunes.

—Gracias, señor Thompson. No lo lamentaré.

Después de las preguntas impertinentes de él y de su audacia, la sala le daba vueltas en la cabeza mientras seguía atravesando el suelo reluciente de su despacho con vistas a dos alas y pasaba junto a las estanterías de caoba y los candelabros de cristal de la pared. Cinco hermanos y cuatro hermanas... ¿De dónde se habría sacado eso? Tantos preparativos y, al final, todo se resolvió en función de si iba a quedarse embarazada o no. No sabía si reír o llorar.

Beatrice se detuvo en la puerta del despacho y esperó a que le tendiera la mano para estrechársela. Doris le había enseñado cómo comportarse si alguien le hacía ese gesto.

En cambio, él le dio una palmadita en el hombro.

—Eso bastará, señorita Baker.

CAPÍTULO 3

Sábado, 8 de agosto de 1998

—¿Qué estamos haciendo aquí exactamente? —preguntó Iris volviendo la espalda a las puertas del viejo banco, cerradas con cadenas.

—WRE ha sido seleccionada para realizar un estudio de viabilidad para la reforma de este espacio. Tengo entendido que el condado está pensando comprarlo. —Brad sacó la cinta métrica y el portabloc.

—Un estudio de viabilidad para una reforma —repitió Iris como si supiera exactamente lo que significaba.

—Sí. Va a llevar más tiempo de lo habitual. No hay ningún plano legible de la construcción original porque el Departamento de Edificación guardaba los expedientes bajo algún tipo de tubería con filtraciones. Todo estaba deteriorado por el agua. —Brad sacudió la cabeza pensando en la incompetencia de los funcionarios del gobierno. Empezó a desenrollar la cinta métrica y le entregó el extremo que marcaba el cero—. Vamos a tener que reconstruir los planos para mostrar las opciones de adaptación a fin de reutilizar el edificio.

Iris lo miró un instante mientras se debatía sobre si podía o no seguir fingiendo que lo había entendido. Tomó el extremo de la cinta métrica y caminó con él en la mano hasta el otro extremo de la estancia.

—De acuerdo. Me rindo. ¿Qué significa eso exactamente?

—El actual propietario, Cleveland Real Estate Holdings Corp., nos ha contratado para que improvisemos unos planos de cada planta donde mostremos el potencial de este espacio para convertirlo en nuevas oficinas y comercios. Supongo que calculan que al final pueden obtener un acuerdo mejor que el simple registro en pérdidas del que llevan aprovechándose todos estos años.

Anotó la medida y movió a Iris y el extremo de la cinta métrica hacia la pared de enfrente.

—¿Registro en pérdidas?

—Las ciudades del cinturón industrial estadounidense han sido un paraíso fiscal durante años. Compras un edificio muy rebajado y lo dejas desocupado, lo que supone unas pérdidas enormes. Contribuye a que la cuenta de resultados de la empresa salga bien cuando llega el momento de pagar impuestos, sobre todo si están ganando un dineral en otra parte.

Iris examinó los mosaicos del suelo para ocultar la confusión de su rostro.

—¿Y ahora quieren venderlo? ¿Es esa la razón por la que el señor Wheeler dijo algo acerca de que todo esto era confidencial?

Brad tomó algunas notas más y recogió la cinta métrica en su estuche.

—El condado está pensando en reubicar sus oficinas centrales en el centro de la ciudad, y se supone que nuestros planos contribuirán a venderles este espacio. El propietario de esto compite con otros, y el condado no ha hecho públicos sus planes.

Iris asintió y miró al papel milimetrado que él estaba marcando. Brad ya había esbozado un croquis tosco de la primera planta y estaba anotando con precisión las medidas.

—Si quieres que te diga mi opinión, deberían limitarse a demoler este sitio. Con todo el amianto y el plomo que hay enterrado aquí —Brad movió la mano señalando la hermosa del techo—, va a costar una fortuna hacer cualquier cosa.

Iris no podía discutir mientras él la llevaba desde el vestíbulo principal a través de las compuertas de bronce. La zona de banca comercial del otro lado era enorme para lo habitual en la actualidad y se componía de dos enormes mostradores altos de mármol dispuestos en mitad de aquella sala cavernosa, flanqueados en cada lado por hileras idénticas de ventanillas de caja. Los cajeros ocupaban unas cabinas pequeñas tras los apretados barrotes de aquella cárcel de bronce, donde solo había una ranura abierta a través de la cual introducir papel.

Iris se asomó al interior de uno de aquellos diminutos puestos de caja. Había un pequeño mostrador, una máquina de calcular anticuada y apenas espacio suficiente para girarse. Era absolutamente claustrofóbico, y lo lamentó por la mujer que estuviera allí a diario. Iris regresó y trató de imaginar el espacio que vería el cajero desde detrás de unos barrotes tan poco distanciados.

Baldosas de mosaicos, caoba y bronce... Todo envuelto en un sudario de polvo. Los techos se elevaban al menos cinco metros y no retenían más que el aire viciado y los ecos desvaídos de zapatos de suela rígida y tintineo de llaves. Todo aquel lugar era una fotografía en blanco y negro abandonada.

Iris se sintió abrumada por una curiosa melancolía al saber que todo aquello sería demolido si Brad se salía con la suya. «Seguramente lo conviertan en un aparcamiento», pensó tratando de desembarazarse del sentimiento de que estaba plantada en medio de una sepultura enterrada.

—Entonces, ¿qué plan tenemos para hoy? —preguntó con la esperanza de desempeñar un papel más importante que el de limitarse a sujetar la cinta métrica siguiendo las órdenes de Brad.

—En primer lugar, tenemos que esbozar el entramado de pilares de sustentación y señalar las dimensiones generales. Dejaremos el examen del espacio al ingeniero civil. Después, confeccionaremos los planos de cada planta con las secciones tipo.

Era lo que más se aproximaba a la auténtica ingeniería de estructuras que había estado pidiendo realizar desde que la contrataron. El edificio era un bloque de quince plantas con una superficie de ocupación fácilmente de 30 por 45 metros. Esbozar el plano de planta de ubicación de pilares solo de la primera planta les llevó la mayor parte de la mañana. El resto de la primera planta contenía el muelle de carga, servicios y dos huecos de escaleras. Iris pasó junto a la gran escalinata ornamentada con losas de mármol alargadas y barandillas de hierro forjado que envolvían los huecos de los ascensores y se dirigió hacia el segundo hueco de escalera, oculto tras el muelle de carga. Sobre la puerta había un cartel gastado donde se leía «Salida». Dentro, bajo los destellos de las luces de emergencia, se alzaban las bandas de rodadura de frío cemento y las paredes de bloques de hormigón ligero. El ambiente se percibía denso con lo que parecía oler a orina agria. Iris tomó medidas rápidamente y cerró de un portazo.

La hora del almuerzo llegó y pasó. Iris se mareó un poco cuando se desplomaron sus niveles de azúcar en sangre. A la una en punto estaba segura de que iba a desmayarse.

Dejó caer con languidez el extremo de la cinta métrica.

—Estoy empezando a tener bastante hambre.

—Sí, yo también. Dejémoslo y hagamos un descanso.

Brad estaba tan absorto en su papel milimetrado que apenas había hablado en toda la mañana.

—¿Adónde quieres ir a por algo de comer? —preguntó, extendiendo las manos agarrotadas.

—Ah, yo traje comida.

«Claro, él se trajo su comida», pensó irritada. «Boy Scout, siempre alerta.»

—¡Ostras! Supongo que yo no lo pensé. Voy a tener que escaparme. ¿Quieres que te traiga algo? ¿Un refresco?

—No, tengo de todo —dijo Brad mientras sacaba una bolsa de papel marrón—. Tomaré un bocado rápido y me quedaré aquí. Ven a buscarme cuando hayas terminado.

—¡Suena bien! —dijo Iris con alegría, como si los hábitos de trabajo de Brad no fueran absolutamente desquiciantes.

Era sábado, por llorar bien alto... ¿y no se le podía molestar parando para comer? Refunfuñó para sí mientras buscaba el camino hacia la escalera delantera, atravesando el vestíbulo principal por el pasillo de servicio y, después, hasta el muelle de carga.

Cuando regresó, treinta minutos después, detuvo el automóvil delante de la puerta de garaje desocupada. Apretó el botón del altavoz negro y esperó. No sucedió nada. Volvió a apretarlo y examinó la calle y la acera vacías. Una gota de sudor le recorrió la espalda. Coqueteaba con la idea de volverse a casa, sin más, pero el altavoz resucitó haciendo un chasquido y empezó a abrirse la puerta.

Dentro del mugriento muelle de carga no se veía a Ramone por ninguna parte, pero debía de haber acudido allí desde algún sitio para abrir. *Raro*. Le dio una última calada a su cigarrillo y tiró la colilla por la ventanilla. Por mucho que detestara la idea, utilizar la escalera trasera que conducía a la segunda planta parecía la forma más rápida de reunirse de nuevo con Brad. Ya había holgazaneado suficiente ese día.

Subió a toda prisa dos tramos de escalera de la salida de emergencia tratando de no respirar aquel aire fétido. Todavía apestaba como una letrina. Cuando llegó a la puerta con el letrero de «Segunda Planta», el pomo estaba cerrado con llave. *Mierda*. Aporreó la puerta.

—¡Brad! ¡Brad! ¡No puedo entrar! ¡Hola?

¿Y ahora qué? La espiral de escalones de cemento llevaba en ambas direcciones y dudaba si subir o bajar. Los peldaños eran tan altos y la dejaron tan reventada como si hubiera recorrido varios kilómetros. Todo le parecía tan fascinante que se inclinó sobre el pasamanos y casi se olvidó del olor.

Desde varios tramos más arriba le llegó el ruido de unas botas que arañaban el cemento.

—¡Hola? ¿Brad? ¿Ramone? —su voz resonó en el interior de la torre de evacuación.

Una puerta se cerró de golpe cerca de la última planta y, después, silencio.

—¡Ey! —gritó a continuación—. ¿Qué dem...?

La puerta que tenía a su espalda se abrió. Era Brad.

—¿Eras tú quien hacía todo ese ruido?

—Sí. Dime una cosa, ¿llevas ahí todo este tiempo? —protestó Iris levantando la vista hacia lo alto de la escalera.

—Estaba al otro lado del pasillo.

Se encogió de hombros y sujetó la puerta abierta.

Iris abandonó la torre de evacuación diciéndose que la otra persona que había arriba debía de ser Ramone. Tal vez fuera duro de oído.

—¿Qué me he perdido?

—No gran cosa. Me alegra que hayas vuelto. ¡Este lugar me pone los pelos de punta!

«A mí también», pensó ella. Estaban en una enorme zona de comedor ocupada por sillas de plástico naranja y mesas vacías. Algunas mesas todavía tenían encima los dispensadores llenos de servilletas amarillentas.

—Veo que has encontrado un buen sitio para comer —dijo avanzando hacia las mesas—. Es un poco raro que todo esto esté todavía aquí, ¿no?

—Ya me dirás. Esto no es precisamente lo más extraño.

Iris levantó las cejas y siguió a Brad hacia un rincón en el que había tres máquinas expendedoras. Las máquinas todavía estaban encendidas y dejaban escapar un zumbido. Anunciaban café a cinco centavos, chocolatinas Mars y latas de Tab.

—¿Bromeas?

—Espera. Hay algo más.

Brad sacó del bolsillo una moneda de cinco centavos y la introdujo en la máquina de café. Iris se quedó estupefacta cuando la máquina escupió un vasito de plástico y empezó a llenarlo con un líquido negro que debía de llevar años depositado en su interior.

—¿Quieres un café?

—¡Gracias, ya lo he tomado!

Iris retrocedió. Sus ojos corrían de las mesas a las máquinas de café y a las papeleras medio llenas.

—Es como si hubiera habido un holocausto nuclear que hubiera dejado todos los muebles intactos.

Miró con detenimiento las baldosas rojas y verdes del suelo y vio sus huellas en el polvo. Eran la única señal de vida posterior al año 1978 que había en toda la sala.

CAPÍTULO 4

Eran las cinco de la tarde cuando Brad guardó por fin la cinta métrica.

—Creo que podemos irnos a dormir.

—Estupendo.

Iris casi salió corriendo hacia el muelle de descarga. Solo habían conseguido terminar de esbozar los planos de dos plantas, pero no podía importarle menos.

—Te veo aquí mañana por la mañana, radiante y temprano.

Iris estuvo a punto de dar un traspie. No había aceptado trabajar también el domingo. *Maldita sea.*

—Ah, de acuerdo. ¿A qué hora?

—Bueno, ninguna locura. Digamos, a las nueve de la mañana otra vez. ¿Está bien?

De regreso a casa, Iris decidió que necesitaba una copa. Después de todo, era sábado por la noche y se la había ganado. Solo una. En casa no la esperaba nada más que ropa sucia pendiente de lavar y platos sucios.

Las paredes rojas y el techo moteado de su bar favorito, Club Illusion, estaban como las había dejado dos noches antes. Ellie seguía detrás de la barra, como si hubiera dormido allí. Con el pelo desteñido, su aro en la nariz y tatuajes, no podía ser más distinta de Iris; pero Ellie era lo más cercano que tenía a una amiga, aun cuando raras veces se vieran fuera del bar. Se conocieron en el Club I hacía dos años, cuando Iris solicitó un empleo de fin de semana.

Además de la cerveza y los cigarrillos, no tenían mucho más en común. Era un poco triste cuando Iris se paraba a pensarlo, cosa que no le gustaba hacer. No tenía muchas amigas. En realidad, ninguna. Las demás mujeres de la escuela de ingeniería eran pocas y alejadas entre sí, y solían ser muy nerviosas, o terriblemente tranquilas, o ambas cosas. Peor aún, eran aburridas. Procedían de familias bien. Tenían buenos modales. Eran niñas monas. No sudaban, ni fumaban, ni escupían. Por mucho que detestara reconocerlo, Iris era otra más de ellas. Asistía a todas las clases, entregaba todos los trabajos y hacía exactamente lo que se esperaba que hiciera.

Iris se dejó caer con despreocupación en el taburete de costumbre. Ellie sirvió dos *whiskey sours* y acercó un cenicero. Los habituales no habían empezado a pasar todavía por allí, y los universitarios aún estaban veraneando. Tenían el local para ellas solas.

—¿Qué tal la vida en las minas de sal?

Ellie debió de haber pensado que resultaba gracioso que Iris tuviera que sentarse en una oficina todos los días. Le importaba un carajo que el mundo pensara qué se suponía que debía hacer. Ellie era una estudiante de arte de sexto curso sin ningún plan de graduarse. Ni siquiera se le pasaba por la cabeza complacer a sus padres o a los profesores. Era libre. Al menos, eso era lo que parecía.

Iris forzó una sonrisa y dio un buen trago de *whiskey*.

—Magnífico. ¿Qué tal las propinas?

—Asquerosas. Si las cosas no remontan, voy a tener que buscarme un trabajo de verdad.

Ellie nunca iba a conseguir un trabajo de verdad.

—Bonito tatuaje. ¿Es nuevo?

La nueva incorporación al intrincado mural que recorría su brazo izquierdo era una imagen en blanco y negro de dos dados en la mano de un esqueleto.

—Sí, señora. Me quité el vendaje esta misma mañana. Viene de una cita de Nietzsche que leí en una ocasión. «Esta es la entrega de lo máximo, el ser temeridad y peligro y una partida de dados con la muerte.»

—¡Guau!

Iris asintió tratando de no mirar la piel inflamada y enrojecida que rodeaba los huesos. Nunca había tenido las agallas para escribirse en el cuerpo algo que no pudiera borrar. Parecía que dolía.

—¿Qué te cuentas? —preguntó Ellie.

Por una vez, Iris estaba emocionada por tener algo divertido que contar. A menudo se preguntaba si Ellie la encontraría remotamente interesante, o si simplemente toleraba a la intelectual de la ingeniería que seguía pasándose por allí.

—No te vas a creer dónde he estado hoy. He pasado todo el día examinando ese edificio extraño y destartado del centro de la ciudad. Una puta locura por dentro.

Iris la puso al corriente del escenario apocalíptico de la cafetería.

—Y me vas a decir que te bebiste el café —dijo Ellie, riendo—. ¿Qué era ese edificio?

—El First Bank of Cleveland. Cerró en la década de 1970. ¿Habías oído hablar de él?

—Qué va.

—Supongo que cerró más o menos en la época en que la ciudad entró en quiebra. De todas formas, ¿cómo se va a la quiebra una ciudad?

Iris liquidó la copa de un trago grande.

—Eehh... Cada cual tiene su teoría sobre eso. Mi viejo cree que hubo una conspiración en el Ayuntamiento. Claro, que cree que el incendio del río Cuyahoga también fue una conspiración.

Iris hizo un gesto. En los cinco años que llevaba viviendo allí había oído su cuota de teorías de la conspiración contra seres indefensos de Cleveland.

—¿Quieres otro?

Cuando Iris se asomó al fondo de su vaso vacío vio desplegarse la noche entera. Ella y Ellie acabarían beodas. El bar se llenaría. Algún tipo, al azar, se sentaría al lado de Iris y trabaría conversación. Durante unas horas fugaces, Iris sería la mujer más fascinante que ese tipo habría conocido. Le reiría todos los chistes y no perdería detalle de cada una de sus palabras. Serían los mejores amigos hasta que terminara la noche, cuando ella farfullaría alguna excusa y se marcharía a casa sola, tambaleándose. Nunca los dejaba ir a su casa. Suspiró pensando en Nick.

—No, esta noche no. Mañana tengo que trabajar, aunque no te lo creas.

—¿Qué pasa?

Ellie avanzó un poco y se sirvió otro cóctel.

—Me han pedido que acepte este encargo inusual en ese banco del que te hablaba. Es fuera de horas de trabajo.

—¿Y has dicho que sí?

Iris asintió con la cabeza.

—En realidad, no tenía elección. El jefe del Departamento me pidió que lo hiciera.

—¿Cómo? ¿Iba a despedirte o algo así si decías que no?

—No sé. Seguramente, no. Pero se supone que esta es una gran oportunidad para mostrar mi valía y, tal vez, participar en proyectos mejores.

—¿Tu valía? ¡Dios mío, Iris! Nunca busques un empleo por eso, ¿de acuerdo? No se puede confiar en los gerifaltes de esas empresas. Te trituran y te escupen sin pensárselo dos veces con tal de ganar dinero. ¡Que les den por culo! Haz lo que quieras.

Iris asintió con la cabeza mientras se ponía de pie para marcharse.

CAPÍTULO 5

El sol del atardecer pendía sobre el East Side de la ciudad como una lámpara incandescente anaranjada. Cuando Iris volvió a meterse en el automóvil, todavía le escocían las palabras de Ellie. No podía decirle a su jefe simplemente que tomara su empleo y se lo metiera donde le cupiera. Vivía en el mundo real, donde las personas iban a trabajar y no se limitaban a sentarse en un bar todo el día para elegir tatuajes nuevos. «Una partida de dados con la muerte.» *¿Qué demonios significaba eso?*

Su padre estaría de acuerdo. Casi podía oírlo decir todavía esas palabras. Iris encendió un cigarrillo en señal de protesta. No quería acabar siendo como sus padres, dedicarse a agotar el tiempo comiendo cereales ricos en fibra y viendo *La ruleta de la Fortuna*. No quería ser su madre, leyendo novelas de amor de supermercado, friendo filetes para un marido que la ignoraba y murmurando sus opiniones a la secadora. No sabía lo que quería, pero con toda seguridad no quería eso. Todo parecía condenadamente absurdo.

Iris tomó las calles traseras para regresar a casa desde el Club Illusion hasta su decadente apartamento en Little Italy. Al subir por Mayfield Road, en las tiendecitas sonaban Frank Sinatra y Dean Martin a todo volumen. Dobló la esquina de su manzana. El letrero de su calle decía «Random Road»¹, muy adecuado. En la universidad parecería divertido; ahora, sencillamente, resultaba triste. El alquiler era barato y eso era lo que importaba cuando a duras penas arañaba 500 dólares al mes mientras estaba en la universidad. Ahora que tenía un empleo lucrativo y gozaba de un salario de 33.000 dólares al año, podía buscarse otra cosa.

Estacionó el auto en la calle y se dirigió al acceso para vehículos, donde tres bloques desvencijados se amontonaban uno detrás de otro en un solar estrecho. Cada una de esas lamentables edificaciones había sido convertida en apartamentos aún más lamentables. Su vecina estaba acampada en el porche delantero, vigilando las aceras, como de costumbre.

—Hola, señora Capretta —dijo Iris amablemente mientras pasaba a toda prisa.

Era una débil tentativa de evitar lo inevitable. El rostro de la anciana siempre hacía mohínes con independencia de lo que dijera. Las almohadillas nasales de sus gruesas lentes llevaban décadas hundidas en su piel acolchada, e Iris especulaba en secreto si la señora Capretta podría siquiera retirárselas de la cara ya.

—El farmacéutico ha tratado de engañarme hoy —gruñó—. No compres ahí abajo. ¡Te robarán hasta decir basta!

—Llevaré cuidado. ¡Gracias!

Al cabo de tres años de vivir detrás de la señora Capretta, Iris sabía que no tenía que discutir, ni hacer preguntas.

Iris no conocía el nombre de sus vecinos. Había una pareja de universitarios en la vivienda de la parte trasera, y en el apartamento de debajo de ella vivía una familia india de cuatro miembros. No hablaban mucho inglés, pero sonreían y le hacían una reverencia cada vez que se cruzaban en el acceso para vehículos.

Recogió el correo y subió por la escalera tortuosa hasta la segunda planta de ese edificio en ruinas al que ella llamaba hogar. En el suelo, justo delante de su puerta, la recibió un pequeño charco. El tejado volvía a tener goteras. Lo saltó y tomó nota mental de llamar al dueño del tugurio por la mañana.

La luz de su polvoriento contestador automático parpadeaba.

—¿Iris? Iris, ¿estás ahí? Soy tu madre. Llámame, ¿vale? Hace mucho que no llamas, cielo. Estoy empezando a preocuparme. ¡Te quiero! Adiós.

Solo había pasado una semana desde la última vez que hablaron. Iris suspiró y tomó el auricular.

—¿Sí?

—Hola, mamá.

—¡Cariño! Cuánto me alegro de oír tu voz. ¿Cómo estás?

—Bien. Solo un poco cansada. —Iris ya estaba golpeando nerviosa el suelo con el pie. Su madre no tenía vida propia. Había sido un ama de casa dedicada a sus labores y, desde que Iris se mudó, no sabía qué hacer consigo misma.

—¿Cómo va el trabajo?

—Bastante ajetreo. Me acaban de asignar a un proyecto especial, así que bien.

Iris examinó el correo barajándolo: basura, basura, la factura de un préstamo universitario.

—¡Qué emocionante! Bueno, ¡ya era hora de que se fijaran en ti, cariño! Eres brillante. El otro día, precisamente, le decía a tu padre que ya era hora de que alguien te aprovechara bien. Todo ese papeleo que te tienen haciendo es ridículo...

—¡Mamá! Vale. Me están aprovechando bien, ¿de acuerdo? Mi trabajo no es ridículo.

Iris trató de ignorar el insulto velado. Tanto su padre como su madre estaban algo decepcionados por la carrera que había escogido. Su padre opinaba que la ingeniería civil era algo reservado para los estudiantes menos brillantes, los que no eran capaces de afrontar la química orgánica. En realidad, Iris no tenía ningún problema con ninguna de sus asignaturas. Las ciencias, las matemáticas y la búsqueda de las respuestas correctas a ecuaciones complejas le resultaban fáciles. El problema era que las preguntas eran tremendamente absurdas. No le importaba en absoluto la velocidad de difusión de un gas en un líquido, ni nada parecido. Por el contrario, determinar si un edificio se derrumbaría o no le parecía realmente significativo. Había tratado de sostener que construir presas y puentes era muchísimo más importante que trabajar para alguna empresa química que buscara fórmulas nuevas para pintura de pared. No bastaba con que hubiera seguido su consejo y el tronco principal de sus estudios fuera de ingeniería. Él esperaba más.

—Claro, cielo. Solo que, cuando alguien se gradúa en algún sitio con las mejores calificaciones, la gente quiere saber qué es capaz de hacer. El otro día fui corriendo a ver a la señora Johnson. Estaba convencida de que acabarías siendo neurocirujana.

—La señora Johnson daba clase de Economía Doméstica, mamá. —Iris puso los ojos en blanco.

Abrió el recibo del préstamo, que decía que durante los próximos quince años debía pagar 574,73 dólares mensuales. Era una condena.

—Todo va bien. Escucha, tengo que dejarte. He trabajado todo el día y estoy derrotada.

—Muy bien, cariño. Gracias por llamar. Solo necesito oír tu voz de vez en cuando.

—Lo sé. Dale un beso a papá, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Te quiero, cariño. Adiós.

La línea se interrumpió.

—¿A quién demonios le importa lo que piense la señora Johnson, mamá? ¡Dios! —gritó Iris al auricular desconectado.

Un pantalón de chándal, un par de porciones de pizza fría y una cerveza más tarde, se desplomó en su sofá de segunda mano. El aparato de vídeo marcaba con su parpadeo las 8:30 de la tarde. Se mordió una uña. Sus ojos recorrieron su diminuto apartamento buscando algo que hacer. Encajonada en un rincón, había una estantería abarrotada de manuales universitarios. Al otro lado de la habitación había un lienzo en blanco sobre un caballete polvoriento. Junto con la pintura y los pinceles, estaba allí desde que se mudó y decidió que ese rincón sería su estudio de arte. Eso fue hacía tres años.

Iris se levantó y se acercó a él. Dio un golpecito en el lienzo con un dedo e inspeccionó las herramientas abandonadas. Ahora le parecían ridículas. ¿A quién quería engañar? No era ninguna artista. Cuando iba a la escuela, nunca tuvo tiempo de pintar. Pero ahora sí. No tenía que hacer deberes. No tenía que trabajar por la noche. Aparte de tomar copas con Ellie, ni siquiera tenía vida social. La mayoría de sus amigos de la universidad se habían marchado de la ciudad después de graduarse. Algunos regresaron a sus casas y otros se marcharon a ciudades más grandes y mejores en busca de trabajos más importantes y mejores.

Iris tomó el encendedor de la mesita baja y encendió un cigarrillo. ¿Por qué no se había marchado ella también? Exhaló el humo y volvió a mirar el lienzo en

blanco. No tenía una buena respuesta.

«Es provisional», se dijo. Al año siguiente podría cursar estudios de postgrado. Transcurridos unos pocos años, podría enviar un currículum a una empresa prestigiosa de ingeniería de Nueva York. Estaba siendo lista, tomándose lo con calma y trabajando en el sector unos cuantos años, antes que tomar ninguna decisión precipitada. Eso era lo que su orientador le había sugerido cuando confesó que no estaba segura de lo que quería hacer después de graduarse. En aquella época tenía sentido, sobre todo porque no tenía las agallas para decir en voz alta lo que secretamente sospechaba desde hacía más de un año: ni siquiera quería ser ingeniera.

La idea era ridícula. Cinco años de universidad y, ahora, ¿iba a dejarlo sin más? Solo habían transcurrido tres meses. ¿Cómo podía saber ya si le gustaba? Iris sacó otra cerveza del frigorífico. Haría falta tiempo. Tenía que dar una oportunidad a esa idea. Ahora era su padre quien hablaba en su cabeza. Además, ese préstamo universitario no iba a pagarse solo.

En algún momento, a eso de la medianoche, se arrastró hasta la cama.

¹ El nombre de la calle se podría traducir como «Calle aleatoria». (N. del T.)

CAPÍTULO 6

Iris todavía estaba medio dormida cuando frenó ante la puerta automática del garaje de detrás del viejo banco. Llegaba diez minutos tarde, pero estaba demasiado cansada para que le importara. Brad se iba a quedar de piedra si decidía causarle problemas. Ninguna persona sensata trabaja el domingo. No ayudaba mucho que en el fondo de su cabeza siguiera oyendo decir a Ellie «que les den por culo».

—¿Estás bien? —le preguntó cuando se bajó del automóvil.

—Sí, bien.

Iris forzó una sonrisa. Era una gran oportunidad profesional, se recordó. Brad la recomendó para el trabajo; debía fingir que estaba emocionada. Podía conducir a cosas más importantes y mejores, pero la única emoción que era capaz de sentir era de leve fastidio.

Sacó una bolsa de lona del asiento trasero. Al menos, había conseguido improvisar una bolsa de herramientas. Tenía incluso su propia cinta métrica.

—Gracias por venir pronto. Acaban de decirme que aceleramos el proyecto, a partir del lunes.

—¡Ah! ¿Antes íbamos despacio? —preguntó Iris con cierto sarcasmo.

—No exactamente. El señor Wheeler quiere tener un esquema de los cimientos antes de que acabe el día. Después, tenemos que hacer, al menos, una planta diaria para seguir el ritmo del equipo de desarrollo del diseño.

Brad la sacó del muelle de carga y la llevó por el pasillo de servicio, por detrás del hueco del ascensor. Pasaron por la entrada hasta el vestíbulo principal y siguieron por un pasillo pintado de beis de arriba abajo. Unos tubos fluorescentes zumbaban en lo alto.

El sábado habían sido necesarias ocho horas para terminar una planta y media. Iris hizo un cálculo mental rápido. Si siguieran trabajando en turnos normales en la oficina y, después, hicieran la exploración fuera del horario de oficina, estaría trabajando las veinticuatro horas del día.

—Entonces, ¿se supone que vamos a trabajar hasta las dos de la noche todos los días? —protestó Iris con un tono de voz mucho más enérgico de lo que pretendía.

Mierda. Acababa de quebrantar el credo profesional no escrito: no refunfuñarás ni te quejarás. Suavizó el tono de voz.

—Quiero decir, no sé cómo vamos a hacerlo sin ayuda.

Brad se volvió para mirarla con ojos inexpresivos.

—Quieres conservar este empleo, ¿verdad?

A Iris le desapareció el color de la cara.

—Por... ¡por supuesto que quiero!

No podía permitirse perder el empleo al cabo de tres meses. Echaría a perder su currículum. ¿Estaba amenazándola con informar al señor Wheeler? Espera, ¿se estaba riendo?

—¡Solo estoy bromeando, Iris! El señor Wheeler quiere que trabajes en este edificio a tiempo completo, a partir de mañana.

Iris tenía ganas de darle en la cabeza con la bolsa por tomarle el pelo, hasta que se paró a pensar en lo segundo que había dicho.

—¿Quieres decir que voy a venir a trabajar aquí, en lugar de a la oficina?

—¡Sí! ¡Ja! ¡Te he engañado de verdad!

—¡Sí! ¡Sí que lo has hecho, desgraciado! ¿Quién diría que eras tan bromista?

—Bueno, no deberías subestimar nunca al hombre tranquilo. —Sonrió y abrió la puerta del fondo del vestíbulo.

Iris lo siguió a través de él y bajaron por una escalera oscura.

La pesada puerta se cerró con un golpetazo a su espalda. La escalera estaba casi completamente a oscuras, y una corriente de aire frío sopló desde adondequiera que se estuvieran dirigiendo.

—¿También vas a trabajar aquí tú?

—No mucho. —Brad encendió una linterna pequeña—. Se supone que tengo que supervisar tu tarea y coordinarla con el resto del trabajo en la oficina.

Iris estaba siendo autorizada a salir de la pecera de la oficina. Sus jornadas pasarían sin supervisión, en zapatillas deportivas y pantalones vaqueros. Sonrió en la oscuridad ante la idea hasta que algo le subió por la mano. Dejó escapar un grito y se lo sacudió de encima con violencia. Había telarañas colgando del pasamanos. Retiró la mano y se dijo que el cosquilleo del cuello no podía ser una araña. A medida que iban descendiendo a las entrañas del edificio, el haz de luz oscilante de la linterna salpicaba de sombras las paredes de bloques de hormigón.

Tras dos tramos de escaleras, la luz intermitente dejó por fin de moverse. Cuando Iris alcanzó a Brad, este estaba tratando de abrir una pesada puerta de acero. Le dio una patada fuerte y se abrió hasta chocar con estruendo con la pared adyacente. La escalera desembocaba en un pasillo estrecho que conducía a una gran sala con dos enormes puertas circulares.

—¡Hostias!

Iris miró a una de ellas. Blasfemar no era profesional, pero la puerta debía de tener casi dos metros y medio de diámetro. En el centro de ella había una gigantesca rueda punteada de manillares, lo que recordó a Iris el timón de un barco pirata. Se acercó y la hizo girar. No estaba cerrada. Era una puerta de acero macizo de treinta centímetros de grosor en cuyo perímetro se alineaban unos pernos del tamaño de latas de conserva.

Brad abrió la puerta de la cámara acorazada y se rio.

—Ey, ¿quién quiere robar un banco?

—¡Guau!

Iris pasó al interior. Era una sala alargada y estrecha, de no más de metro y medio de anchura pero, al menos, seis metros de profundidad. El techo era de bronce pulido. Las dos paredes laterales estaban recubiertas de arriba abajo y de un extremo a otro por centenares de puertecitas alineadas en hileras, como si fueran buzones de correo de un edificio de apartamentos.

—¿Qué demonios es todo esto? Es donde se guarda el dinero, ¿no?

—Qué va. La caja fuerte está allí —dijo señalando al otro lado del pasillo de mármol a una segunda puerta de otra cámara acorazada, más grande, en la pared opuesta. Esa era tan enorme que el suelo estaba rebajado en el umbral para que se pudiera abrir. Desde donde estaba Iris, veía que la mayor de las dos cámaras acorazadas estaba llena de estantes metálicos vacíos.

—¿Y esto qué es?

Todas y cada una de las puertecitas alineadas en la pared eran idénticas, salvo por un número que llevaban grabado en letra gótica. Todas y cada una de las puertas tenían dos cerraduras. Iris extendió el brazo y tocó una.

—Esta es la cámara acorazada de las cajas de seguridad. Es el lugar donde la gente guarda sus posesiones más valiosas. Bueno, ya sabes, cosas que no quieren que encuentre nadie.

Iris examinó todas las puertecitas metálicas y reparó en que una de ellas estaba abierta. Se acercó para asomarse al interior. La puerta ocultaba un cubículo

forrado de acero por dentro. Estaba vacía. Iris introdujo en ella el brazo, hasta el codo. Las paredes estaban suaves y frías. Sacó la mano y cerró la puerta. Volvió a abrirse sola.

—Imagino que hace falta una llave para cerrarla —dijo sin dirigirse a nadie.

Cuando se disponía a salir de la cámara, sus pasos retumbaron en la puerta de bronce. Unas virutas de láminas de metal retorcidas crujieron bajo sus pies. Se agachó para recoger una y se topó cara a cara con la puerta de una caja de seguridad que estaba llena de agujeros.

—¿Qué demonios ha pasado aquí?

—Hubo que perforarla para abrirla —dijo una voz grave, a su espalda.

Era la de un hombre negro, mayor, con una camisa azul donde se leía «Seguridad». Llevaba colgada del cuello una tarjeta de identificación y del cinturón le colgaba un enorme manojito de llaves.

—Oh, hola. —Iris se levantó—. Tú debes de ser Ramone.

—Ese soy yo.

Era un hombre alto, delgado y ligeramente encorvado. A juzgar por su pelo gris corto y sus ojos cansados, Iris supuso que tendría, al menos, cincuenta años. La piel oscura parecía tan seca y polvorienta como el suelo de la propia cámara acorazada.

—Me llamo Iris. Creo que vas a estar pegado a mí unas cuantas semanas.

Se acercó a ella sin que su calzado deportivo negro hiciera ruido alguno en el suelo de la cámara, y le estrechó la mano. Fue un apretón de manos amable, pero la mano tenía el tacto del papel de lija.

—Encantado de conocerte. ¿Tengo que preparar otro juego de llaves para esta joven dama? —preguntó a Brad.

—No. Le daré el mío —respondió Brad.

Ramone parecía satisfecho por dejar el asunto zanjado. Miró a una de las cajas de seguridad y, a continuación, se volvió hacia Iris.

—¿Es la primera vez que bajas aquí?

—Sí. ¡Es como estar dentro de un ataúd! —respondió por ella Brad, que golpeó las paredes exteriores de las puertas y las recorrió hasta el rincón—. Fíjate, estas cámaras acorazadas son de acero macizo. Las paredes tienen unos treinta centímetros de espesor. Ya no se construyen así.

Iris hizo un gesto de asentimiento. Mientras Brad deambulaba por el vestíbulo con su cinta métrica, ella bajó la voz y preguntó:

—¿Qué quiere decir? ¿Hubo que perforarla para abrirla?

—La caja de seguridad —dijo Ramone con una voz de barítono de tres paquetes de cigarrillos al día—. Cuando alguien quiere recuperar sus cosas, tienen que abrirla perforándola. Bueno, después de remitir una solicitud formal al Estado de Ohio y obtener autorización.

—No entiendo. ¿No hay llaves?

—Sí, estarán en algún sitio, pero no creo que nadie sepa dónde.

—¿Qué quieres decir? ¿La gente que metió aquí sus cosas no tiene llave?

—No siempre. A veces, el titular muere y nadie encuentra nunca la llave. Pero el problema no es ese. —Sonrió como si se tratara de un chiste para enterados.

—¿Cuál es el problema?

—El problema es que el banco despidió a todo el mundo tan rápido que, cuando cerró, ¡perdieron el rastro de las llaves maestras!

—¿Las llaves maestras?

—Sí —dijo Ramone señalando a una puerta—. Mira, hacen falta dos llaves para abrir una caja de seguridad: la llave que entregan a la persona que la contrata y la llave maestra de la caja.

Iris miró las dos cerraduras y reparó en que una era mayor que otra. Miró a la caja y, acto seguido, de nuevo a Ramone. Parecía saber sobre todo aquello.

Ramone señaló a la Caja 1143.

—Yo vi cómo perforaban esta. Les costó una eternidad encontrar el punto exacto. Aquel anciano estaba bebido. Dijo que había tardado dos años en conseguir que le aprobaran todo el papeleo.

Se rio con una carcajada áspera y con todo el vientre, como si hubiera sucedido ayer mismo.

—¿Cuánto hace de eso?

—Debió de ser hace diez o quince años. Aquí no ha bajado nadie desde hace un montón de tiempo.

Una tras otra, dentro de la cámara acorazada había muchas hileras de puertas cerradas. Iris abrió los ojos como platos mientras asimilaba lo que Ramone le había dicho.

—¿Quieres decir que todavía hay cosas aquí, en estas cajas?

—Sí, en unas cuantas. Es difícil decir en cuántas. En todo caso, al menos por ahora —dijo dando unos golpecitos sobre una de las puertas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Iris.

—Bueno, según lo último que he oído, el propietario va a destripar y vender este edificio. No sé qué van a hacer con todo esto, pero el tiempo se acaba.

Movió los brazos ante las paredes como si se alegrara de librarse de ellas. A juzgar por el aspecto de sus manos y la espalda encorvada, llevaba décadas atado a ese edificio.

—Pero ¿la gente no quiere recuperar sus cosas?

—No tengo ni idea —respondió Ramone encogiéndose de hombros—. Seguramente, muchos de ellos hace bastante tiempo que no están. Han muerto, o se han mudado. Después de todos los años que he pasado trabajando aquí, guardo el dinero en un bote de café.

Iris volvió a mirar las puertas que habían abierto por la fuerza. Eran diez. Pasó revista de un vistazo a las filas y columnas de puertas. Había veinte en sentido vertical y más de treinta en cada pared. Eso suponía, al menos, mil doscientas cajas, calculó... y solo diez habían sido perforadas; lo cual dejaba centenares de cajas que todavía podrían contener Dios sabe qué.

Brad apareció desde la esquina con la cinta métrica en la mano.

—Ey, vamos a ver si podemos dejar dibujado este sótano hoy.

Iris percibió un toque de irritación en su voz. Se puso en posición de firmes de inmediato y tomó el portabloc. Unos cuantos pasos más allá, desde el vestíbulo, volvió la vista atrás. Ramone todavía estaba en la cámara acorazada examinando las cajas.

Lunes, 6 de noviembre de 1978

La jefa del Departamento de Recursos Humanos condujo a Beatrice por el ascensor hasta la novena planta y, a través de un vestíbulo, hasta una sala muy amplia. Había ocho escritorios dispuestos de dos en dos, formando cuatro hileras. El conjunto de los escritorios estaba rodeado por tres de sus lados por un anillo de puertas cerradas de otros despachos. No había ventanas al exterior. La sala estaba iluminada únicamente por fluorescentes que zumbaban y alguna que otra lamparita de escritorio verde.

—La señorita Cunningham será su responsable —explicó la mujer, que vestía un traje de poliéster.

—Ah, pensaba que iba a trabajar para el señor Thompson.

Beatrice echó un vistazo a las siete mujeres encerradas en la sala, cada una en su escritorio.

—Todas estas señoritas trabajan para el señor Thompson, cariño. Es el jefe del Departamento. —La mujer de Recursos Humanos puso los ojos en blanco

—. Ah, por ahí viene la señorita Cunningham.

Un barril de pólvora de mujer salió disparada hacia ellas. Era bajita y oronda, y sus medias hacían ruido al frotarse mientras caminaba. Llevaba en los ojos una mirada de exasperación y en el pelo un lapicero gastado.

—¿Es la nueva?

—Sí, es la señorita Baker —dijo volviéndose hacia Beatrice—. La señorita Cunningham te explicará lo que tienes que hacer. Si tienes algún problema, házmelo saber.

La señorita Cunningham hizo un gesto de asentimiento y se dirigió de nuevo hacia su despacho. Beatrice tuvo que correr para alcanzarla.

Señaló la silla con un gesto e introdujo su grueso contorno tras el escritorio.

—¿De dónde es usted, señorita Baker?

—Soy nacida en Marietta. —Beatrice cruzó los dedos para que ese fuera el final de las preguntas acerca de su pasado.

—¿Qué la ha traído a Cleveland?

—Vine a vivir con mi tía en Cleveland Heights hace dos años.

—Interesante.

La señorita Cunningham examinó atentamente a Beatrice. La mujer debía de tener, al menos, sesenta años, pero no había en ella nada que recordara a una abuelita cariñosa. A Beatrice le quedó claro que esa iba a ser la verdadera entrevista para obtener el puesto.

—¿Por qué se marchó de casa, señorita Baker?

—Mi padre murió y mi madre... —Beatrice se tomó un instante y dejó que se le quebrara la voz—. Mi madre se puso muy... Mmm... enferma. —Bajó la vista al suelo como si estuviera apenada por la salud mental de su madre—. No tenía otro sitio adonde ir.

La tía Doris insistió en que, para satisfacer a su interrogador, su relato tenía que revelar algo terrible, incluso humillante. Cuando Beatrice levantó la vista, vio que la mirada de la señorita Cunningham se había suavizado.

—¿Sabe mecanografía?

—Ochenta y cinco palabras por minuto.

—Excelente. Permítame unas palabras para darle un consejo, señorita Baker. Llevo personalmente todo lo que sucede en mi Departamento. Si tiene usted alguna preocupación u observa algo que no cumple con nuestros criterios de excelencia en el banco, necesito que me informe de ello de inmediato. —Miró a Beatrice con dureza y, a continuación, sonrió—. Vamos a ponerla en marcha.

Una hora después, Beatrice estaba sentada en un pequeño escritorio metálico en la tercera fila del equipo de secretarías, mirando a su flamante máquina de escribir eléctrica nueva. «Debe de haber costado una fortuna», pensó mientras encendía y apagaba el interruptor, fascinada por el murmullo inaudible del motor cuando arrancaba. Pasó un dedo por las lustrosas teclas. Comparadas con las barras alargadas de la vieja Remington de Doris, parecían el panel de control de una nave espacial.

Grapadora de oficina, portarrollos de cinta adhesiva, blocs de taquigrafía, lapiceros, bolígrafos, clips, pinzas sujetapapeles y tijeras... Todo resplandecía en sus respectivos envoltorios bajo la luz de los fluorescentes. Todavía no había recibido ningún encargo de la señorita Cunningham, de modo que Beatrice desenvolvió lentamente cada uno de los objetos y los examinó. Abrió los cajones del escritorio uno por uno para inspeccionar el interior antes de colocar cuidadosamente cada cosa en el lugar adecuado.

Hacia unos cuantos años, organizar su casita de muñecas le había producido idéntica sensación de entusiasmo placentero. Aun cuando cada sillita y cada mesilla de noche que reuniera no fueran iguales y le hubieran llegado sucias o rotas, Beatrice las limpiaba meticulosamente y las situaba a la perfección en el lugar adecuado. Su madre se mofaba de ella por preocuparse más por el interior de aquella cajita de un metro de longitud que por su propia casa. Pero la casa en la que se crio no era realmente suya. Ella no era más que una invitada allí; eso era lo que decía su madre. Resultó que la casita de muñecas tampoco era suya en realidad. Un día, cuando tenía trece años, regresó de la escuela a casa y había desaparecido.

Beatrice estaba alineando sus lapiceros en una fila apretada cuando sonó el reluciente teléfono negro de su escritorio. El sonido la hizo sobresaltarse y, durante un instante, se quedó mirándolo muda. Nadie le había enseñado cuál era el procedimiento adecuado para responder a llamadas del exterior. Era la primera prueba en su nuevo puesto. Se irguió en la silla y tomó el auricular. Adoptando su tono de voz más formal, dijo:

—Buenos días, First Bank of Cleveland.

—Tienes que relajarte. Me estás poniendo nerviosa —susurró la voz de una mujer en el auricular.

Beatrice parpadeó mirando al disco del teléfono durante un segundo.

—¿Qué... qué quiere decir?

—No es más que el primer día. Tómalo con calma. Tu obsesión por la organización nos está poniendo enfermas a todas.

Beatrice reparó en que debía de ser otra secretaria de la sala. Apartó un poco el auricular de la oreja y miró al escritorio contiguo. La mujer mayor que había sentada junto a ella estaba escribiendo a máquina. Se llamaba Francine. Cuando se la presentaron, Francine levantó la vista de su trabajo para hacer solo el más leve de los gestos. Con sus lentes de concha y los labios fruncidos, le recordó a una antigua institutriz. Sin duda, no era ella quien estaba al teléfono.

Beatrice miró furtivamente a las mujeres que había delante de ella. En la siguiente fila se sentaban dos figuras maternas con sobrepeso, una junto a otra, que archivaban documentos en silencio. En otra mesa, dos filas por delante de ella, había una mujer casi anciana que colocaba una pila de documentos en pulcros montones mientras hablaba por teléfono muy seria.

—No, no tengo el formulario C-3. Te he enviado un C-44, eso debería bastar...

Junto a la abuela enfadada estaba sentada una mujer bastante joven que no podía tener más de veinte años. Lidiaba con su máquina de escribir para tratar de

introducir unas cuantas hojas en el carro. Beatrice la oyó maldecir en voz baja cuando se le rompió una. Ninguna de las mujeres que tenía delante había llamado.

A Beatrice no le quedaba otra opción que volverse para buscar la voz que le hablaba por teléfono. Examinó con prudencia el anillo de puertas cerradas que rodeaban la zona de trabajo. Se oían voces amortiguadas procedentes del otro lado de varias de ellas. El señor Rothstein discutía por teléfono. En el despacho del señor Halloran, una silueta alta se desplazaba a través de los paneles de cristal esmerilado. Conocía sus nombres únicamente por los cartelitos que había en cada puerta. Todo estaba despejado, así que se volvió despacio sobre el asiento y miró detrás.

En la última fila había sentadas dos mujeres. Una tenía la cabeza agachada, mientras mecanografiaba. La otra sostenía el auricular del teléfono y una barra de carmín rojo. Beatrice la oyó susurrarle al oído «¡Bingo!».

—Nos vemos en el baño de señoras dentro de cinco minutos.

Colgó antes de que Beatrice tuviera ocasión de responder.

Beatrice volvió a girar la cabeza rápidamente tras haber vislumbrado apenas el pelo rubio metálico y el carmín rojo de la mujer misteriosa. La señorita Cunningham no había dicho expresamente que no se viera con buenos ojos la charla entre el equipo de secretarías, pero hasta el momento no había oído ninguna conversación informal. Hablar en voz alta parecía estar reservado únicamente para fines profesionales.

Uno por uno, pasaron cinco largos minutos en el gran reloj que había colgado en la cabecera de la sala. Beatrice se puso finalmente de pie junto a su escritorio y miró a su alrededor. La señorita Cunningham ni siquiera se había asomado por una rendija de la puerta desde que le mostró cuál era su silla. Las puertas de los despachos circundantes seguían también cerradas a cal y canto, y las demás secretarías estaban volcadas, cada una, en sus asuntos. Beatrice no estaba segura de si tenía que pedir permiso para utilizar el cuarto de baño, pero sentía demasiada vergüenza para preguntarlo. Salió sigilosamente del recinto de las secretarías y se dirigió al baño de señoras. Sus pies pequeños pisaron sin hacer ruido la moqueta color verde oliva hasta que llegó al pasillo, donde sus zapatos repiquetearon sonoramente en las losetas de linóleo. El ruido la lanzó a la carrera hacia el servicio como si fuera un gato asustado.

—¡Dios mío! ¿Por qué estás tan nerviosa?

Beatrice se volvió por completo y se quedó mirando cara a cara a la mujer del misterio. Tenía un aspecto tan formidable como el de una estrella de cine. Sus ojos de color azul grisáceo quedaban subrayados por unas pestañas postizas y lápiz de ojos. Tenía recogido el cabello rubio en un moño francés que formaba una corona de rizos apretados. Llevaba una blusa escotada y la falda era dos o tres centímetros más corta de lo que debería, lo que le daba un aspecto casi estridente.

—Mmm... Supongo que estoy un poco nerviosa.

Beatrice dejó deambular la mirada por el baño de señoras tratando de no mostrarse demasiado angustiada. Se inclinó sobre un lavabo para disimular.

La desconocida se paseó tranquilamente hasta la ventana y levantó un trozo de mármol de la repisa interior de la ventana. Extrajo de debajo un paquete de cigarrillos y un encendedor. Le divertía claramente la confusión de Beatrice. Encendió un cigarrillo y le explicó:

—La vieja Cunningham prohibió fumar en la zona de secretaría el año pasado. Dijo que suponía peligro de incendio. Bueno, ¿cómo te llamas?

—Beatrice.

—Yo Maxine, pero puedes llamarme Max. No te preocupes demasiado. Tal vez Cunningham parezca un bulldog, pero es buena. Sin duda, no va a despedirte el primer día, ni nada parecido. —Max se detuvo para exhalar humo por la rendija de la ventana y miró a Beatrice de pies a cabeza—. ¿Cómo demonios conseguiste este empleo? No puedes tener más de dieciséis años.

Beatrice se puso tensa ante la precisión del cálculo de Max. Se concentró en las manchas de carmín rojo perfectas de la boquilla de su Virginia Slim para intentar no mostrar nerviosismo.

—En realidad, tengo dieciocho. Solicité el trabajo.

—¿Te entrevistó Bill? —preguntó Max arqueando una ceja.

—¿Bill?

—Sí, el señor Thompson.

—Sí, me entrevistó el señor Thompson. —Beatrice empezaba a preguntarse qué demonios estaba haciendo en un cuarto de baño viendo fumar a Max cuando debía estar en su escritorio—. ¿Por qué te interesa?

—No me interesa, pero era de esperar. El señor Thompson tiene debilidad por las chicas jóvenes, a ver si me entiendes.

A Beatrice se le abrió la boca.

—Bueno, ven siempre con la faja bien apretada. No digo que ande molestando a niñas pequeñas, ni nada parecido. —Max sonreía con suficiencia y parecía divertirse con lo fácil que resultaba impresionar a Beatrice—. Solo digo que le gustan las chicas jóvenes. A mí me contrató hace unos cuantos años. ¿Lo pillas? Alégrate de haberte topado con Bill en lugar de con el viejo verde de Rothstein. Él seleccionó cuidadosamente a Cunningham y a las demás solteras viejas y gordas de la sala. ¡Rothstein te habría mandado de vuelta a casa con tu mamá! —concluyó ahogando una risita.

Beatrice cambió de tema.

—¿Está permitido que vayamos al baño sin decírselo a nadie?

—Claro, pero si vas a estar más de cinco minutos es mejor que tengas una excusa condenadamente buena. La pobre chica que ocupaba tu puesto antes no dejaba de salir corriendo al servicio y la despidieron. De todos modos, seguramente fue para bien.

—¿Por qué?

—Tenía problemas familiares, no sé si me entiendes.

Beatrice negó con la cabeza.

—Ya sabes. —Max se señaló el vientre.

—¿La despidieron por eso?

Se le abrieron los ojos como platos. Hizo una pausa, miró a un retrete que tenía la puerta abierta y se imaginó a una pobre chica mareada y arrodillada. Las baldosas parecían frías y duras.

—¡Claro! El First Bank of Cleveland es un negocio familiar. Suena un tanto irónico, ¿verdad? Límitate a mantener la cabeza agachada y los oídos atentos, y le encontrarás pronto el truco a todo esto. Además, ahora tienes una amiga que te enseñe cómo va esto.

—¡Uf, gracias!

Beatrice estaba empezando a preguntarse cómo encajaba Max en el negocio familiar, con su escote y sus largas pestañas.

Max apagó el cigarrillo en el alféizar.

—Escucha, nos vemos en el vestíbulo principal a las cinco en punto. Te invitaré a una copa y te contaré más cosas.

Antes de que Beatrice pudiera responder en un sentido u otro, Max estaba al otro lado de la puerta taconeando por el pasillo.

CAPÍTULO 8

A las cinco y un minuto de la tarde, Beatrice se reunió con Max en el vestíbulo y la siguió a través de las pesadas puertas giratorias. Quería llamar a su tía para decirle que llegaría tarde, pero no podía correr el riesgo de que la regañara como a una niña delante de Max, que iba tirándole del brazo por la calle.

El viento húmedo y frío las golpeó en las piernas cuando doblaron desde el 1010 de Euclid Avenue por East Ninth Street. La calle estaba congestionada de Buicks y de Lincolns y, de vez en cuando, de algún bus. Las aceras estaban abarrotadas de hombres repeinados, con abrigos largos. La mayoría agachaba la cabeza cuando pasaba a toda prisa junto a los carteles de «Se alquila» que salpicaban las fachadas. Nadie sonreía cuando se rozaban hombro con hombro mientras trataban todos de adelantar a quien tenían delante. Cada vez era más difícil conseguir un empleo; eso era lo que decía la tía Doris.

Al cabo de unas cuantas manzanas, Max dobló otra esquina para entrar por una calle lateral, hacer bajar a Beatrice tres escalones y atravesar una puerta donde se decía «Theatrical Grille». Era un bar sombrío, genial y casi desierto un lunes por la tarde.

Un hombre corpulento con un bigote negro muy tupido y unas patillas muy pobladas salió de detrás de la barra con los brazos abiertos de par en par.

—¡Ah, Maxie! ¡Bella! ¡Cómo estás esta tarde? —dijo tomándole la mano, con su manicura, y dándole un beso protocolario—. ¿Quién es esta amiga tuya tan guapa?

—Deja de coquetear, Carmichael —le espetó Max—. Se llama Beatrice.

—Bienvenida a mi bar, Beatrice. ¿Qué queréis que os ponga, señoritas? La primera ronda corre de mi cuenta.

Sus ojos alegres y sus mejillas sonrosadas hicieron que Beatrice le devolviera una sonrisa, como si fuera un tío suyo al que no veía desde hacía mucho tiempo.

—Yo tomaré un *stinger*. ¿Y tú? —preguntó Max mirando a Beatrice.

—¿Yo? —gritó Beatrice. Jamás había estado en un bar—. Bueno, un *stinger* suena fantástico.

Para su alivio, Carmichael no le pidió que demostrara la edad que tenía; simplemente hizo una reverencia y desapareció de nuevo tras la barra.

—Bueno, ¿qué te ha parecido tu primer día? —Max se introdujo en el banco de una de las mesas para sentarse y se encendió un cigarrillo.

—Ha sido fantástico.

—¿Fantástico? Venga, ¡vamos!

—Está bien. Ha sido bastante aburrido.

No sucedió nada en todo el día. La señorita Cunningham parecía haberse olvidado de ella y ninguno de los hombres de los despachos reclamó su ayuda.

—Creo que todavía no sé lo que se supone que tengo que hacer.

—La vieja Cunny tendrá que asignarte a uno de los jefes intermedios si quieres mantenerte ocupada y conservar el empleo.

Beatrice se ruborizó al oír el poco halagador apodo que Max daba a su jefa. La alusión a la pérdida del empleo contribuyó a que mantuviera la compostura.

—¿Los jefes intermedios?

—Sí, los tipos pequeños que trabajan para Bill. Los de todos los despachos. Nadie sabe realmente qué hacen. Se sientan en su despacho, reciben llamadas y, de vez en cuando, quieren que mecanografíes algo. Si quieres quedarte en el banco, tienes que encontrar uno al que le gustes y pegarte a él.

—¿Para quién trabajas tú?

—Bueno, hace siete años, cuando empecé, trabajaba para ese gallina llamado Miner. Él iba correteando por ahí y me miraba con unos ojillos brillantes. Pero lo echaron hace cuatro años. —Hizo una pausa cuando Carmichael trajo las bebidas. Los vasos estrechos y alargados estaban llenos hasta el borde de algo rosa y efervescente, ambos coronados por una guinda—. Ven con mamá —dijo Max con una amplia sonrisa cuando iba a sorber el borde del vaso y hacer estallar la guinda en la boca.

—Gracias —dijo Beatrice a Carmichael, y esperó hasta que se marchara para volver a dirigirse a Max—. ¿Qué pasó cuando se marchó Miner?

—Bueno, la vieja Cunny trató de librarse de mí, pero Bill la convenció de que me mantuviera con un proyecto especial y, desde entonces, trabajo para Bill.

—¿Un proyecto especial?

—En realidad, no puedo hablar de ello. —Max agitó una mano.

—¿Te deja llamarlo Bill?

Beatrice dudó si preguntarle por el proyecto. Maxine parecía bastante amable, pero no podía evitar preguntarse por el escote que se veía bajo su blusa ajustada.

—¡Dios mío, no! —Max se rio—. Pero lo que él no sabe no puede molestarle, ¿no?

Maxine dio una buena calada al cigarrillo y empezó a poner al corriente a Beatrice de los chismorreos de la oficina. Francine, la bibliotecaria seria, era prima del señor Thompson y una solterona. Una de las damas corpulentas era divorciada. La otra era viuda. «Las hermanas Grim», como las llamaba Max, estaban siempre juntas.

—Comen juntas, trabajan juntas, van al baño juntas... Es un poco raro, si te digo la verdad —dijo Max entre sonrisas y con un guiño.

A Beatrice casi se le salió la bebida de la boca.

—Pero ¡pensé que dijiste que este era un negocio familiar!

—Bueno, claro, pero ¿qué familia no tiene sus secretos? —Los ojos de Max centellearon—. Bien, ¿y tú qué, chiquilla? ¿Cuál es tu historia?

Beatrice volvió los ojos hacia su copa y bebió despacio un poco de líquido dulce y espumoso mientras ganaba tiempo. No sabía cuánto podía confiar en esa nueva amiga que adoraba las habladerías. Su copa quedó vacía de repente y todavía estaba pensándose qué decir.

—¡*Garçon!* ¡Otra ronda! —gritó Max hacia la barra volviendo de nuevo sus ojos gigantes e inquisitivos hacia Beatrice—. ¿De dónde eres?

—De Marietta.

Esa era fácil.

—¿Desde cuándo estás en Cleveland?

—Unos dos años. Vine a vivir con mi tía.

Se cuidó de no mencionar el nombre de Doris, y Max no preguntó. Las mentiras estaban empezando a volverse tan naturales para ella que Beatrice casi las creía.

En apariencia, esa era suficiente información para que Max dedujera algunas cosas. Asintió como si comprendiera lo que podría haberle sucedido a una joven de una ciudad pequeña para que tuviera que marcharse.

Llegó la siguiente ronda de bebida. Max removió la suya y empezó a mordisquear la pajita roja. Beatrice dio un largo trago de esa cosa dulce y sintió que la cabeza empezaba a aligerarse y a vagar.

—Yo he vivido toda la vida en Cleveland. Me crié en el West Side. Mi padre era policía. —Max dio otro sorbo y cambió de tema—. Creo que te iría bien trabajar para Randy Halloran. La chica que ocupó tu puesto justo antes solía hacerle todo y ahora está un poco perdido.

—¿Te refieres a ese que...? —Beatrice se señaló el estómago.

—Sí. Buscaré un modo de presentártelo. Pero cuidado, niña. Ese hombre es un tiburón.

—¿Un tiburón?

—No le quites la vista de las manos, sobre todo después de comidas prolongadas. Es un poco borrachín.

—¿Como? ¿Borracho? ¿Y no lo despiden por beber en el trabajo?

—Claro que no. ¡Su padre es el vicepresidente del banco! —Se rio Max—. Tiene empleo de por vida.

—No parece justo.

—¿Qué tiene de justo cualquier otra cosa? —Los ojos de Max se encendieron—. ¡Estos hijos de puta ricos se crían en sus mansiones del East Side, van a escuelas privadas y jamás trabajan duro un solo día de su privilegiada vida! Lo importante es que, si le gustas, tu empleo está a salvo.

Cuando salieron del bar, Beatrice estaba algo más que un poco mareada. El viento frío les sentó bien a sus mejillas acaloradas. Las calles de Cleveland estaban vacías a las ocho de la tarde. No se podía siquiera encontrar un taxi. Las dos avanzaron hasta la parada de bus de la esquina y se sentaron en el banco. Una bolsa de papel vacía salió volando y aterrizó en la nieve sucia que había delante de la marquesina.

Max encendió otro cigarrillo. Bajó la vista para mirar la bolsa y, después, inspeccionó la calle vacía.

—Chica, ¡esta ciudad está muerta! Me encantaría vivir en una ciudad de verdad, como Nueva York o Chicago.

—¿Por qué no lo haces?

Por lo que Beatrice podía decir, Max no podía hacer nada.

—Bueno, algún día dejaré este vertedero.

Max levantó la vista y miró el hollín de las fábricas depositado en los semáforos.

Esperó hasta que Beatrice subiera al bus y estuviera segura.

—¿Llegarás bien tú sola? —preguntó Beatrice mirando a su hermosa nueva amiga y, después, a las aceras vacías.

—Ya te lo he dicho. He vivido aquí toda mi vida.

Max sonrió y se alejó caminando tranquilamente hacia el Terminal Tower.

—Beatrice, tengo que dictarle una carta.

El señor Halloran sacó la cabeza de su despacho después del almuerzo. Max había hecho valer su promesa y Beatrice llevaba trabajando de forma habitual casi dos semanas para el señor Halloran. La recibió en la puerta y la condujo hacia el escritorio mientras palpaba con la mano la ropa interior en su espalda. Cada vez resultaba más difícil pasar por alto la forma en que sus manos y ojos se detenían en su cuerpo.

—Hay algo diferente —dijo con media sonrisa.

El aliento le olía a vodka.

—¿Mmm...? Oh, tengo blusa nueva.

Max la había llevado a comprar la semana anterior.

—¡No quiero ver tu triste y pulgoso fondo de armario ni un minuto más! —graznó Max, y arrancó el cheque de la mano de Beatrice—. ¡Nos vamos de compras!

—¿De compras? Pero...

Beatrice frunció el ceño al fijarse en la blusa escocesa grande que llevaba y en la carrera que se había hecho en la media que tanto había tratado de ocultar. Allí, de pie, junto a los elegantes pantalones acampanados y la blusa ceñida de Max, tenía un aspecto absolutamente ridículo.

—¿Qué pasa? ¿Tu tía no te deja salir de casa?

Beatrice se encogió de hombros. Llevaba unos días escabulléndose unos minutos antes de salir del trabajo para evitar salir de nuevo con Max. Su tía se había enfadado cuando llegó a casa bebida, dos semanas antes.

—¡Vamos, Bea! Eres una mujer adulta. No puedes dejar que tu tía dirija tu vida.

—Pero no tengo dinero para ir de compras.

Max agitó el cheque delante de sus narices.

—Sí, pero ni siquiera tengo cuenta corriente.

—Bueno, ¡eso tiene fácil arreglo!

Max tomó de la mano a Beatrice y la arrastró por todo el vestíbulo principal del edificio hasta la zona de banca comercial. Los cajeros estaban cerrando en ese momento. Max arrastró a Beatrice hasta una de las ventanillas, con sus barrotos.

—¿Qué le voy a decir a mi tía? Me dijo que le llevara el cheque a casa.

—¿Me estás tomando el pelo? —reclamó Max—. ¿Cuánto tiempo se supone que vas a ser su salvación?

—Oh, no creo que vaya a quedárselo. Simplemente no quiere que vaya por ahí gastándomelo todo. Eso es lo que dice. Quiere que ahorre para que algún día pueda tener mi propia casa.

—Bueno, eso es bonito. Pero no puedes dejar toda tu vida en suspenso, esperando que llegue ese día. ¿Qué sucede si no llega nunca? Al final, ¿qué tienes?

—¿Qué le voy a decir?

—Dile... Dile que el banco ha solicitado a todos sus empleados que abran cuentas de ahorro para mejorar la confianza de los inversores.

Max era un genio. Era como si estuviera hablando el señor Halloran o algún directivo. Eso lo solucionaba.

Beatrice se alisó la pechera de su jersey de punto nuevo. Estaba estampado de cuadros pequeños y se le ceñía a las costillas.

—Me gusta —dijo el señor Halloran con una sonrisa.

Después de una pausa incómoda, pareció acordarse y se volvió hacia su escritorio.

—Tome asiento. Necesito dictarle una carta.

Beatrice abrió obedientemente su bloc de taquigrafía. Después de practicar casi a diario en el bus en el camino de ida y vuelta al trabajo con su manual de taquigrafía Gregg, dominaba una variante un tanto descuidada de taquigrafía. Estaba empezando a sentirse una auténtica profesional.

—A la atención de: «Sr. Bruce Paxton, Junta de Gobernadores de la Reserva Federal. —Se asomó por la ventana para contemplar la línea del cielo de Cleveland—. Comprendo su interés por nuestra reciente actividad comercial; no obstante, debo recordarle que la Ley de Reserva de Oro de 1934 ha sido derogada...» —Beatrice tomaba notas mientras él sermonaba al destinatario.

Perdió por completo el hilo del contenido de las palabras mientras las anotaba en pequeños trazos zigzagueantes. Casi era capaz de seguir su ritmo. Concluyó la carta con:

—«Tal vez el presidente Nixon haya sumido al país en la inflación, pero nosotros trabajamos con oro. Nos proponemos hacer frente a esta investigación combatiéndola hasta las últimas consecuencias, hasta llegar al Tribunal Supremo».

A Beatrice se le abrieron los ojos de par en par.

—¿Alguien está investigando al banco, señor?

—¿Cómo? —respondió como si hubiera olvidado que ella estaba allí—. Ehhh, no, Beatrice. Solo es una formalidad. Añádale mi despedida de siempre y páselo a limpio.

—Sí, señor.

Se levantó para marcharse.

—Espere, Beatrice. Hay otro asunto que me gustaría comentar con usted.

Volvió a sentarse en la silla.

—¿Sí?

—Lo que voy a decirle no puede salir de este despacho, ¿entiende? ¿Sabe guardar un secreto?

Beatrice tragó saliva.

—Mmm. Sí, señor.

—Tenemos razones para creer que hay un topo trabajando aquí, en el First Bank of Cleveland, alguien que trata de sabotear a la empresa desde dentro.

—¿Un topo?

—Un espía. —Le hervían de rabia los ojos.

Beatrice esperó a que dijera algo más. Según la carta que le acababa de dictar, la Reserva Federal estaba investigando al banco... y ella se preguntaba si eso tendría algo que ver. Después de una larga pausa, tuvo que preguntar:

—¿Qué tiene que ver esto conmigo?

—Usted es amiga de Maxine McDonnell, ¿no?

—Sí, claro.

—Necesito que averigüe en qué proyectos especiales está trabajando con el señor Thompson.

—No pensará que Max tiene algo que ver con esto, ¿verdad?

Se le encogió el estómago.

—¿Ella? No —respondió haciendo un gesto desdenoso con la mano—. Solo necesito saber qué se proponen el señor Thompson y su equipo.

—¿Y cree que Max me lo va a contar?

—Se sentirá más cómoda hablando con usted. Las chicas hablan, ya sabe. —Le guiñó un ojo—. Por supuesto, voy a necesitar que mantenga esta conversación estrictamente entre nosotros. Maxine no puede saber que usted está trabajando para mí.

Se acercó a su silla y le tomó la mano. Mientras la miraba desde arriba, ensanchó la sonrisa. Se le ensombreció la mirada.

—¿Puedo contar con usted, Beatrice? Su lealtad no pasará desapercibida.

Por su forma de quedarse allí de pie, junto a ella, temió que se inclinara hacia adelante y se abalanzara sobre ella para besarla. Entonces, se levantó del asiento torpemente y dio un paso hacia la puerta.

—Por supuesto, señor Halloran.

—Randy —dijo, acercándose más.

Seguía sosteniéndole la mano.

Ella le dio un apretón exactamente como le habían enseñado a hacer y, luego, se soltó bruscamente simulando que tuviera que ordenar las notas.

—Por supuesto, Randy. Veré lo que puedo averiguar.

—Maravilloso. Espero un informe en algún momento de las dos próximas semanas.

Asintió y huyó hacia la puerta.

—De acuerdo, feliz Día de Acción de Gracias.

—Feliz Día de Acción de Gracias para usted también, Beatrice.

Ya en su escritorio, Beatrice se estremeció ante la mera idea de lo que podría haber sucedido si no hubiera huido cuando lo hizo. Max había dicho: «Ese hombre es un tiburón». Y ahora el tiburón quería que extrajera información de su primera y única amiga.

Incluso se habían estrechado la mano para sellar el acuerdo. Fue en defensa propia, replicó, pero ahora estaba atrapada. Su propio empleo podía depender de que Randy consiguiera lo que buscaba. Pero Max sabría que había algo sospechoso si empezaba a preguntar por proyectos secretos.

—¡Ey!

Beatrice dejó escapar un grito ahogado. Junto a su escritorio, apareció Max, como si hubiera esperado el momento justo. Sacudió la cabeza un poco y trató de reír espontáneamente.

—Oh, ¡Dios mío! Te me apareces por sorpresa.

No estaba preparada para ser una espía.

—Parece que estuvieras loca. ¡Creo que necesitamos una copa!

Y, después, Max la agarró del codo, la sacó de la oficina y la bajó a la calle hasta el Theatrical Grille.

—Cuéntame, ¿qué vas a hacer en la fiesta de mañana por la noche?

—Bueno, creo que mi tía tiene que trabajar. Siempre trabaja los días festivos.

Beatrice recordó que Doris se había quejado la semana anterior de que los borrachos merodearan por la cafetería a altas horas de la noche del Día de Acción de Gracias para evitar pasar tiempo con sus parientes.

—¿Así que regresas a casa, a Marietta?

—No, mi madre y yo no... —Beatrice fue apagando el tono de voz hasta que se quedó sin palabras.

Las cejas perfiladas de Max se levantaron, pero la mirada era amable.

—¿Por qué no te olvidas de tu estúpida familia y vienes a casa conmigo mañana?

—¿Estás segura de que le parecerá bien a tu familia que vaya contigo?

Beatrice estaba abrumada ante una oferta tan generosa, sobre todo teniendo en cuenta qué espantosa amiga estaba resultando ser.

—¿Bromeas? Desciendo de una familia católica irlandesa. Dudo que se enteren siquiera de que estás allí.

Max empujó la puerta del Theatrical.

Carmichael saludó desde la barra y se apresuró a aproximarse a su lado.

—¡Bellas! ¿Qué puedo servirlos hoy?

Max lo besó en la mejilla.

—¿Qué te parece un par de destornilladores? Al fin y al cabo, somos chicas trabajadoras; ¡necesitamos todas las herramientas que podamos conseguir!

La mañana del Día de Acción de Gracias, Beatrice se levantó y el apartamento estaba vacío. La tía Doris había llegado tarde la noche anterior y se había marchado temprano. A Beatrice le preocupaba no haber visto a su tía, ni hablado con ella desde hacía varios días. La alivió no tener que mentirle diciendo que tuvo que trabajar hasta tarde cuando Max insistió en tomar una copa en el Theatrical, o en abrirle una cuenta corriente, pero no es que Doris saliera mucho de noche.

Beatrice se asomó a la habitación de su tía por encima del brazo del sofá. La puerta estaba abierta de par en par y la cama estaba hecha. Nunca entraba en el dormitorio de su tía. Era zona prohibida desde que se mudó allí. Aunque Doris no estuviera, siempre respetaba los deseos de su tía.

—Puedes vivir aquí siempre que respetes dos normas: mantén limpio tu cuarto y no entres en el mío —dijo con una sonrisa y una palmada en la espalda.

Beatrice sospechaba que acoger a su problemática sobrina era una condena para Doris. Por lo que Beatrice sabía, siempre había vivido sola y no se preocupaba mucho por la familia. Al menos, la familia no se preocupaba mucho por Doris. Su madre ni siquiera pronunciaba su nombre.

Beatrice se sentó en el sofá y se desperezó. Los toscos cojines siempre le dejaban una sensación de tener marcas. Estiró la mano, se enfundó las zapatillas en sus pies talla 37 y atravesó, amortiguada, el suelo frío hasta el pequeño frigorífico marrón. Se sirvió una taza de café y un zumo de naranja y buscó algo para desayunar. El frigorífico siempre contenía, al menos, un paquete de seis cervezas y restos de alguna pizza, pero esa mañana estaba casi vacío. Una cerveza y unas cuantas lonchas de queso. Cuando cerró la puerta de la nevera, reparó en que había una notita sobre la encimera de formica.

Querida Beatrice, esta noche tengo que trabajar hasta tarde. Pásate por la cafetería y desea feliz Día de Acción de Gracias a tu vieja tía. Te quiere, Doris.

«Feliz Día de Acción de Gracias», pensó Beatrice, y miró a su alrededor en la cocina vacía. Se recordó a sí misma que debía mostrarse agradecida, pero una soledad familiar se apoderó de su estómago. Había pasado mucho tiempo desde la época en que las fiestas eran felices. El recuerdo de los aromas del pavo y el beicon propagándose desde la cocina abierta de su madre casi se había desvanecido, pero no del todo. Hubo una época en la que su padre le hacía una carantoña en la mejilla y su madre se reía. En aquel entonces era una niña pequeña. Sintió un nudo en la garganta. Este año se suponía que iba a ser distinto. Se agarró al jarro de zumo hasta que se le secaron las lágrimas de los ojos.

Beatrice dobló meticulosamente las sábanas finas y estampadas de flores y las guardó con la almohada en el armario del pasillo, como hacía todas las mañanas. Regresó al sofá y volvió a asomarse al dormitorio de Doris.

La habitación era diminuta, apenas lo bastante grande para albergar la cama de 1,50 y el cabecero de hierro pintado. El entramado de hierro del cabecero estaba hecho de flores y hojas de parra retorcidas, pero la pintura estaba agrietada y descascarillada. Una colcha de retales estampada cubría el colchón. La cama estaba pegada a la pared del fondo, junto a una ventana torcida, desde la cual, a través de unos visillos amarillentos que colgaban de un riel oxidado, Beatrice veía el acceso para vehículos enladrillado. Entró muy despacio.

Un pequeño aparador flanqueaba la pared contigua a la puerta, dejando únicamente una estrecha franja de suelo de madera gastada entre ella y la cama. Ese camino conducía hasta la puerta estrecha de un armario. Estaba entreabierta, y la manga de la bata de franela de Doris la saludó. La parte alta del aparador estaba abarrotada de chismes polvorientos. En el rincón, varios collares estrangulaban a un gato de porcelana. Beatrice no recordaba haber visto a su tía llevar ningún tipo de joyas, nunca. Se adentró en la habitación y pasó un dedo por las cadenas de oro y las cuentas de los collares.

En el otro rincón, dos mujeres jóvenes le sonreían desde una fotografía en blanco y negro. Las chicas le resultaban curiosamente familiares. No podían tener más de dieciocho años, con ese rostro feliz, cándido y optimista. Era la imagen de su madre, Ilene, a quien Beatrice reconoció por unas cuantas fotografías guardadas que había visto cuando crecía. La otra mujer debía de ser Doris. Tomó la fotografía con incredulidad. Doris parecía muy guapa. Esa versión más joven de su tía no se parecía nada a la mujer recia y ajada que había acabado por conocer. Tenía el pelo cuidadosamente rizado por encima de los hombros. Llevaba tacones altos y un vestido.

A pesar de lo inquietante que resultaba ver a Doris con un vestido, Beatrice se descubrió finalmente mirando a los ojos de su madre. Ilene le brindaba una sonrisa inocente desde el portarretratos. No parecía posible que esa joven pudiera ser también la mujer que la crio. Las lágrimas le mostraron la fotografía borrosa. Devolvió cuidadosamente la fotografía a su hogar polvoriento.

Beatrice avanzó hacia el armario. Cuando tocó la puerta, un pavor frío se fue apoderando centímetro a centímetro de su espina dorsal, y no pudo evitar volver la vista. No tenía ni idea de lo que Doris haría si la sorprendía fisgando. Avergonzada por el bofetón que imaginó que podría recibir, abrió la puerta del armario cerrada.

Una pila de ropa amontonada y apretada amenazó con desmoronarse encima de ella. Era como si llevara metida allí dentro veinte años. Abrigos, trajes, vestidos, blusas, bolsas de algodón... Todos hacinados en una varilla de un metro. Había perchas metálicas amontonadas unas encima de otras. La parte baja y el estante de arriba del armario estaban llenos de cajas de zapatos.

Beatrice no recordaba haber visto a Doris llevar ni una sola prenda de ese montón. Sus dedos ansiaban sacar alguna y echarle un vistazo más detenido, pero no estaba segura de si sería capaz de volver a encajarla en el barullo. Entrevió un abrigo de visón que la tentó desde la parte trasera del armario. Unas botas gogó hasta las rodillas, de cuero, con tacones de ocho centímetros se inclinaban hacia delante.

La Doris a la que ella conocía llevaba los zapatos de piel con cordones y suela gruesa, los preferidos por enfermeras y cajeras. El guardarropa diario de su tía se componía de pantalones de poliéster y faldas blancas abotonadas hasta el dobladillo. Beatrice no la recordaba con otra cosa. No había ninguna señal de la tía Doris en todo el armario, a excepción de la bata colgada de un clavo en el interior de la puerta.

Cerró cuidadosamente la puerta y se acercó a la cómoda. No sabía por qué estaba siendo tan sigilosa. Doris no volvería a casa hasta dentro de muchas horas, pero se descubrió conteniendo la respiración mientras abría el primer cajón.

Había calcetines y ropa interior de abuela doblados y ordenados en montones. Beatrice apartó la vista y cerró el cajón. Casi perdió los nervios y se volvió hacia la puerta. No había nadie allí. El cajón del medio era el siguiente. Encontró cinco pares de pantalones de poliéster y siete faldas con botones. Esa era la Doris que conocía y a la que quería... o a la que intentaba querer, en todo caso. Eso dejaba solo el cajón de abajo. Tiró de él, pero se resistía. El frontal del cajón era de madera de pino y tenía una florecilla grabada en el centro. Beatrice frunció el ceño a la refinada rosa mientras se esforzaba por abrir el cajón tirando una y otra vez. Al fin se abrió y se cayó de nalgas.

Papel; en el cajón había montones y más montones de papeles amarillentos esparcidos. Beatrice tomó una hoja de lo alto del montón de ocho centímetros. Era en el encabezamiento donde se leía: «First Bank of Cleveland». Era un aviso a un cliente acerca de su caja de seguridad. Beatrice se extrañó y lo miró con mayor detenimiento. Era una copia en carboncillo. Lo sabía por las rebabas de tinta que había en torno a los bordes de la tipografía. La carta iba firmada por «William S. Thompson, Director de Auditorías». Bajo su nombre estaban las iniciales de la mecanógrafa, «DED». ¿Doris? ¿Doris había mecanografiado esa notificación? Estupefacta, se sentó con el papel en la mano. ¿También había trabajado en el banco?

Volvió a dejar la carta en el cajón. Doris detestaba tener que responder preguntas sobre el pasado. Jamás explicó por qué se había marchado de Marietta hacia tantos años, ni por qué ella y su hermana, Ilene, se odiaban. Y, sin duda, nunca mencionó que hubiera trabajado en el banco.

Hojeó muchos más papeles buscando algún tipo de explicación. Debajo de innumerables páginas de cartas bancarias, en el fondo del cajón, vio un tipo de

papel distinto. Era beis y satinado, como si fuera tela. Levantó cuidadosamente la pila de cartas bancarias formando un ángulo más abierto para poder echar un vistazo mejor al papel de abajo. Estaba cubierto por una hermosa tinta corriente. La leyó del revés.

Mi queridísima Doris,

Las noches sin ti me están matando. Tengo que volver a verte. Olvida este terrible asunto, olvida a mi esposa, olvida todo menos nuestro amor. Cada vez que yo...

No podía descifrar nada más de la carta sin sacarla del cajón. No se atrevía a intentarlo. Doris se daría cuenta si sus cosas estuvieran descolocadas. Cerró el cajón con cuidado de no mover de sitio ninguno de los papeles, y salió sigilosamente del dormitorio de su tía.

Se sentó en el sofá, desconcertada. La tía Doris había estado enamorada o, más bien, alguien había estado enamorado de ella. Ese alguien tenía esposa. Su cabeza se revolvió en todas direcciones buscando las posibilidades. ¿Tuvo lugar la aventura mientras Doris trabajaba en el banco? ¿Era ese hombre una especie de tiburón, como el señor Halloran? ¿Perdió su empleo a causa de ello? Beatrice dirigió de nuevo la mirada al dormitorio de su tía.

Doris tenía secretos; tenía un armario lleno de ropa sofisticada que nunca se ponía y un cajón de cartas. En lo alto de la cómoda, la fotografía en blanco y negro ocupaba su portarretratos, y su tía era joven y sonreía.

Lunes, 10 de agosto de 1998

Ese lunes, Iris no se levantó de la cama a las 7:50 de la mañana. No importaba que llegara unos minutos tarde; no había nadie que la vigilara en un edificio abandonado. No hacía falta maquillaje, ni incómoda ropa informal de trabajo. Con su camiseta vieja, sus vaqueros y su gorra de béisbol, fue a trabajar sintiéndose ella misma, en lugar de dando la imagen afectada de una ingeniera adulta. Era casi como no ir a trabajar siquiera.

A las 8:41, su tartana se detuvo delante de la puerta automática del garaje, en la parte trasera del edificio del viejo banco. Iris salió y se desperezó sin prisa. Una manzana más allá, una joven bajaba a toda prisa por la acera con un traje, haciendo equilibrios con un café y un maletín. Iris sonrió y apretó el botón blanco que había junto a la entrada del muelle de carga. En algún lugar del interior, Ramone oyó el timbre y abrió la puerta. Estacionó atravesada en las tres plazas de aparcamiento del muelle de carga y apuró el cigarrillo, terminó el café y se dispuso a emprender otro día deambulando con su cinta métrica por los pasillos desiertos del First Bank of Cleveland.

Portabloc en mano, ocupó la mañana en recorrer y medir los pasillos que discurrían en torno a los ascensores inhabilitados de la tercera planta del viejo banco y dibujando un croquis somero de la planta. Se detuvo ante una puerta donde decía «Recursos Humanos» y la abrió. Era otra sala apagada con decoración de la década de 1970, con techos bajos, una moqueta mala y muebles de color verde aguacate. Las ventanas rotas estaban condenadas con tablones, de modo que encendió las luces. Recorrió la zona de mesas de trabajo y anduvo por detrás del mostrador del recepcionista. Los cajones estaban abiertos y había papeles desparramados por todas partes. Había un letrero caído boca abajo sobre un cajón archivador. Iris lo recogió y leyó: «Suzanne Peplinski». Volvió a colocar la placa con el nombre encima del escritorio, como si Suzanne fuera a regresar enseguida. El cajón central del escritorio todavía tenía en su interior un puñado de clips y una caja de lapiceros sin abrir.

—¿Qué pasó, Suzanne? ¿Te marchaste corriendo? —bromeó mientras volvía a cerrar el cajón. Era más terrorífico que divertido.

Los zapatos de Iris hicieron un ruido sordo cuando se apartó del escritorio y entró en el despacho que había detrás. En la puerta decía: «Directora de Recursos Humanos Linda Halloran». El escritorio del centro de la habitación estaba vacío. Iris abrió los cajones y vio que también estaban vacíos. Tampoco había nada en la estantería situada detrás del escritorio. No había señales de Linda por ninguna parte. Iris sacó la cinta métrica y cuando dejó caer el portabloc sobre el escritorio sonó como un palmetazo. Hicieron falta cinco minutos para medir la habitación y dibujar el croquis. Cuando recogió sus notas, sus dedos quedaron marcados en la gruesa capa de polvo del escritorio. Junto a sus huellas escribió «Limpíame» y, a continuación, se limpió la mano en los vaqueros.

Iris salió del despacho de Linda y deambuló por una angosta sala de archivo. Medía dos metros cuarenta por cinco metros y lo señaló en el papel milimetrado. Alineados en una pared había diez armarios archivadores. Todavía se veían las etiquetas amarillentas pegadas en cada tirador. Iris frunció el ceño. Dejó el portabloc y abrió un archivo. Todavía estaba lleno de carpetas colgantes. Abrió una para curiosear y encontró un talón de pago escrito a mano.

—¿Qué coño es esto? —dijo en voz baja.

El banco había cerrado y se había dejado ahí los expedientes. Siguiendo la hilera de armarios, descubrió que seguramente contenían información detallada de todas las personas que trabajaban en el banco. Iris miró por encima del hombro al despacho vacío de Linda y abrió otro archivo. Haas, Haber, Hall, Hallock... No había ningún expediente de Halloran. Iris volvió a buscar, pero no encontró nada. Tal vez Linda se marchara mucho antes de que cerrara el banco.

¿Y tú, Suzanne? ¿Estás aquí?

El expediente de la señorita Peplinski estaba exactamente entre Peples y Peplowski, donde se suponía que debía estar. Iris lo extrajo del cajón y abrió la carpeta. En la fotografía pequeña y amarillenta de una mujer de casi cincuenta años le sonrió con unos dientes ligeramente desordenados. El formulario adjunto recogía la fecha de nacimiento de Suzanne, su dirección y su número de la seguridad social. Iris se fijó en la fotografía. Suzanne habría sido casi guapa si no fuera por aquella blusa a cuadros con el lacito incorporado y el pelo encrespado. Tal vez fuera por el parpadeo de las lámparas fluorescentes, pero empezó a sentir como si la mujer de la fotografía le devolviera la mirada. Cerró el expediente.

«Pobre Suzanne», pensó Iris. «Un día estás sentada ante la máquina de escribir ocupándote de tus cosas y el siguiente estás despedida.» Seguramente, Suzanne se presentaba allí puntual para trabajar todos los días, como una buena abeja obrera. «Y mira lo que se lleva.» Tal vez Ellie, su amiga camarera, tuviera razón. Los propietarios del banco simplemente la vieron y se deshicieron de ella cuando les vino bien.

Iris salió de la sala de archivo y se dejó caer ante el escritorio de Suzanne. La silla estaba acolchada, pero no era cómoda. Iris hizo girar la agenda de sobremesa. Una nube de polvo se dispersó sobre los documentos desordenados que cubrían el escritorio de imitación a madera.

En el rincón más alejado de la mesa había una taza de café, al lado de un cenicero. «Al menos, a Suzanne le permitían fumar en su mesa», pensó Iris, y sacó sus cigarrillos de la bolsa de herramientas. Antes de encenderlo, examinó el techo en busca de una alarma de humo activada. Era una pequeña rebelión fumar en el trabajo, pero no podía sacudirse la sensación de que la iban a pillar. No era profesional.

—Que les den por culo —murmuró Iris dando otra calada, pero sin apartar la vista de la puerta.

La caja de bolígrafos del cajón central atrajo su mirada. Siempre podía utilizar más bolígrafos. No es que Suzanne fuera a necesitarlos. Iris tomó la caja y la agitó suavemente. Algo golpeó en el fondo del cajón metálico e hizo *cling*. Era una pequeña llave de bronce.

—¿Qué demo...?

La recogió. Llevaba impreso en un lado el número «547». Alrededor del número había unas letras diminutas que formaban un arco circular: «First Bank of Cleveland».

Iris succionó el cigarrillo y dio la vuelta a la llave en la mano. Cuanto más la examinaba, más sospechaba que era de una de las cajas de seguridad de la cámara acorazada del sótano. Era demasiado pequeña para ser la llave de una puerta; y, además, estaba el número. Apagó el cigarrillo en el cenicero y abrió más el cajón. Ramone dijo que todas las llaves de las cajas de la cámara acorazada desaparecieron cuando se vendió el banco. Tal vez estuvieran precisamente aquí, todas en el escritorio de Suzanne.

Apartó en el cajón central los clips y los subrayadores, y no encontró nada. Abrió los demás cajones uno por uno y hurgó entre los papeles y las carpetas archivadoras. Si encontraba todas las llaves, imaginó, alguien estaría encantado: el señor Wheeler, el cliente, alguien. Un misterio de veinte años de antigüedad resuelto por una ingeniera precaria que solo hacía su trabajo, pero había asumido más responsabilidades de las que le correspondían. Tal vez incluso le permitieran abrir una de las cajas. Localizarían a su legítimo propietario, que seguramente sería alguna dulce abuelita en su día de suerte.

Antes de que Iris tuviera oportunidad de planear del todo el heroico desfile por las calles de Cleveland, su cacería resultó infructuosa. Se recostó en la silla, sosteniendo en la mano la única llave que había. Dispuesta a no rendirse, se dijo que podría haber más llaves por ahí, en el edificio. Además, no podía volver a dejar la llave 547 en el cajón, sin más, y marcharse. ¿Qué pasaría con la anciana? Quizá esa ancianita fuera Suzanne Peplinski. Al fin y al cabo, la llave estaba en su escritorio.

Sus ojos recorrieron a toda prisa la oficina abandonada. Si se la llevaba, en realidad no estaría robándola, se dijo. No se la llevaba para quedársela. Dicho esto, Iris se guardó la llave en el bolsillo trasero.

CAPÍTULO 12

Por la tarde, cuando Iris salió del viejo banco, aún llevaba la llave en el bolsillo. Necesitaba una copa. Al otro lado del muelle de carga la aguardaba el calor sofocante de agosto, pero, al menos, el aire no estaba lleno de polvo. Encendió un cigarrillo y subió caminando por East Ninth Street y pasó por delante del edificio cuya novena planta ocupaba WRE. No había bar a la vista. East Ninth Street era una tierra de nadie para grandes edificaciones. No quería bajar andando hasta el barrio de bares conocido como los Flats. No a solas. Estaba a punto de volverse cuando vio un pequeño cartel iluminado que decía Ella's Pub, en Vincent Avenue.

En la puerta la recibió un aire húmedo y cargado de humo. En la disposición alargada del bar se incluía una larga barra en un lado del local y, en el otro, siete mesas en reservados con tabiques bajos. El lugar estaba desierto, de no ser por el camarero y otro hombre repantigado en el extremo más alejado, sobre un taburete. Empujó su pesada bolsa al interior de uno de los reservados vacíos y se deslizó junto a ella. Le dolían la espalda y los dedos por haber estado caminando todo el día con un portabloc en una mano y un bolígrafo en la otra. Parecía que, por mucho que se desperezara, no servía de nada, pero volvió a intentarlo. Encendió un cigarrillo y cerró los ojos.

—¿Un día duro? —preguntó una voz, cerca de ella.

El vejete la miraba desde detrás del mostrador y parecía que hubiera vivido debajo de la barra cincuenta años. Estaba arrugado y tenía manchas de humo de tabaco de la cabeza a los pies. Levantó sus pobladas cejas para dibujar una sonrisa.

—Bastante duro.

Iris no pudo evitar sonreírle a él, a su nariz sonrosada y abultada y a sus orejas enormemente grandes. Al parecer, uno de los duendes traviosos de Santa Claus había sido desterrado a Cleveland. Trató de no mirarlo a los lóbulos de las orejas, pues le colgaban como faldones casi hasta el cuello.

—¿Qué le pongo?

—Una Guinness. ¿Sirven algo de comer?

—¡Ah!, ya me gustaría. Tenemos algún que otro aperitivo en el bar. ¿Le gusta el maní?

—Claro, gracias.

—Un placer y, por favor..., llámeme Carmichael.

Se inclinó un poco y fue a traerle la cerveza y el maní.

Iris sacó la llave del bolsillo y volvió a darle la vuelta una y otra vez, pensando en el escritorio donde la encontró. Suzanne era mayor, pero no lo parecía tanto en la fotografía de la empresa. Seguramente estuviera viva todavía. Tendría, al menos, sesenta años, pero eso no significaba que estuviera muerta y enterrada.

Reparó por el rabillo del ojo en que Carmichael volvía con la bebida y escondió la llave en la mano. Le dejó la cerveza y un cuenco de maní con el gesto afectado de un camarero de un restaurante de cinco tenedores.

—Gracias, Carmichael.

—Dígame si necesita algo más.

Le guiñó un ojo y regresó a su asiento tras los grifos de cerveza. En un rincón, un televisor pequeño en blanco y negro emitía un partido de béisbol. Carmichael y el tipo del final de la barra lo miraban sin hablar.

Iris dio un trago a la cerveza y abrió la mano para volver a observar la llave. Técnicamente, la había robado. Pero solo para devolvérsela a su legítima propietaria, replicaba. ¿Quién era exactamente? Teníamos a Suzanne, que podía estar viva o no. Después teníamos al propietario del edificio, que era alguna empresa inmobiliaria que lo había comprado por casi nada, según le había contado Brad. No les importaba el edificio; solo era para maquillar una cuenta de resultados. El First Bank of Cleveland cerró hacía veinte años y dejó allí sus expedientes y sus muebles. No habían sido abandonados exactamente al vandalismo, se recordó Iris. Las puertas estaban cerradas con llave y con cadenas, y el edificio tenía vigilante. Aun así, ¿les importaría algo a los propietarios el escritorio de Suzanne? ¿O se limitarían a tirarlo todo a un contenedor de residuos cuando vendieran el edificio? Decidió que Suzanne era la única persona que tal vez supiera a quién pertenecía la llave.

La cerveza entraba con demasiada facilidad, y masticó el maní y examinó el bar con detenimiento. Parecía congelado en el tiempo, igual que el viejo banco. Toda la publicidad de cervezas y los carteles de música tenían al menos quince años de antigüedad.

Carmichael reparó en que sus ojos lo andaban buscando y le hizo una seña. Ella señaló a su vaso de cerveza y él asintió. Sirvió una segunda pinta y se la llevó. Estaba a punto de regresar a su partido cuando Iris decidió entablar conversación.

—Es un lugar curioso, este.

—¿Le gusta? —sonrió.

Iris hizo un gesto afirmativo.

—¿Desde cuándo lo tiene?

—Bueno, debe de hacer treinta años que compré el local —dijo mirando al techo—. En aquel tiempo era distinto. Lo llamábamos Theatrical Grille. ¿Ha oído hablar de él?

Iris negó con la cabeza.

—Hace mucho tiempo había aquí un famoso club de jazz, justo donde está usted sentada. Era el lugar más animado de la ciudad. Justo ahí cantó Ella Fitzgerald —dijo señalando a un rincón, al fondo—. En aquel tiempo yo solo era un niño, pero este sitio era algo.

Iris arqueó una ceja y trató de imaginarse a una banda de jazz apretujada en aquel diminuto rincón.

—¿Qué sucedió?

Carmichael levantó las manos.

—Los tiempos cambian. La música cambia. Hasta una ciudad tan vieja y oxidada como esta cambia. Hace cuarenta años, Short Vincent era el trozo de calle más bullicioso de la ciudad. Hace veinte años, el Shoot. Ahora todo el mundo está en los Flats escuchando esa horrenda música disco. No puedo soportar esa cosa. Me causa dolor de cabeza. A una joven como usted, probablemente le guste, ¿verdad?

—No mucho —mintió—. Suena como si ya la hubieras oído muchos años.

—No se hace usted una idea.

Él soltó una risita y movió la cabeza.

Iris miró la decoración anticuada de su alrededor y decidió arriesgarse a introducir un tema más personal.

—¿Recuerda usted el First Bank of Cleveland?

Frunció el ceño y se pasó los dedos por el pelo, que escaseaba.

—¡Claro! Estaba solo a unas manzanas de aquí. Aquí venía toda clase de gente de allí a partir de las cinco de la tarde. —Se desplazó hacia el otro lado de la mesa para sentarse—. ¿Le importa que me sienta? Tengo la espalda muy mal.

—No, por favor. —Iris dio un sorbo de su pinta—. ¿Sabe por qué cerró el banco?

—Oí que lo vendieron, pero no estoy seguro. Fue una cosa rarísima. Un día estaba ahí y, al día siguiente, había desaparecido. Cadenas en la puerta, tabloneros

en las ventanas. Incluso quitaron el cartel de la fachada del edificio en mitad de la noche.

La frente de Carmichael formaba todo un mapa de carreteras cuando fruncía el ceño.

—Bromea.

—Fue terrible. Toda esa gente fue a trabajar una mañana y descubrió que había perdido el empleo. Por lo que oí, la mayor parte de ellos no se enteró hasta que trató de abrir la puerta. Algunos perdieron mucho dinero en el acuerdo. —Los ojos de Carmichael se ensombrecieron y los hombros parecían pesarle—. Algunos de ellos vinieron aquí ese mismo día. Fue una ruina...

Iris asintió. Si la hubieran despedido así a ella, también habría acudido al bar más próximo. Hablar de todo aquello parecía desmoralizar a Carmichael.

—Ah, en fin. —Agitó la mano pensando en el pasado y dirigió su atención hacia Iris—. ¿Qué hace por aquí una joven como usted preguntando por ese viejo banco? ¡De eso debe de hacer al menos quince años!

—Fue hace veinte, exactamente. —Dio otro trago largo—. Ahora mismo estoy trabajando en ese viejo banco, si quiere creérselo.

La sonrisa de Carmichael decayó un poco.

—No me lo creo. ¿A qué se refiere?

Mierda. Se suponía que tenía que mantener la confidencialidad sobre el trabajo en el banco. Eso era lo que le había dicho el señor Wheeler. El condado no quería que nadie supiera cuáles eran los planes que tenían para el edificio.

—Bueno, ya sabe. El propietario está haciendo una... inspección rutinaria. Yo trabajo para el arquitecto. —Iris se felicitó por que se le ocurriera algo rápido y tomó otro trago. Demonios, ¿qué le importaban a un camarero los planes del condado, en todo caso?—. Tengo que inspeccionar el edificio y le digo una cosa: ¡es sobrecogedor!

Describió la cafetería con sus mesas vacías y sus antiguas máquinas expendedoras. Le habló de las salas de reuniones que todavía tenían comentarios garabateados en las pizarras. Se detuvo antes de contar nada más. Los archivos del personal, las cajas de seguridad, el hecho de que estuviera trabajando sola en un edificio inmenso parecía una información que era mejor guardarse. Además, la mirada intensa de Carmichael estaba empezando a hacerla sentirse rara.

—¿Quiere decir que no ha entrado nadie allí desde hace todos esos años? —Dio un palmetazo en la mesa, sonriendo, pero sus ojos seguían pareciendo demasiado interesados. Señaló a la cerveza—. Permítame que le traiga otra.

Las dos cervezas con el estómago vacío estaban pegándole fuerte, y el lugar empezaba a darle miedo. Sacudió la cabeza.

—No, debería marcharme, pero ¡gracias!

El anciano movió la cabeza y arrancó de su bloc un recibo manuscrito por siete dólares. Mientras Iris esperaba el cambio, examinó el croquis de su portabloc. El papel milimetrado llevaba un encabezamiento donde decía «Wheeler Reese Elliot Architects, LLC». Al lado del logotipo bien perfilado, su caligrafía descuidada parecía la de una colegiala de tercero de primaria. Suspiró mientras echaba un vistazo a su espantoso dibujo. Tendría que pasarlo a limpio antes de entregarlo para que lo revisaran. Mientras examinaba el papel, algo empezó a reconcomerla. Rebuscó en el expediente hasta que encontró el plano de la segunda planta. Comparó los croquis de la segunda y la tercera planta, y descubrió que no encajaban. Sin saber cómo, había pasado por alto todo un vano entre pilares en la tercera planta. A su dibujo le faltaban tres metros. Se llevó una mano a la cabeza. Comparó los dibujos poniéndolos uno al lado de otro para tratar de resolver la diferencia. Levantó las manos y metió los dibujos de nuevo en la bolsa. Tendría que regresar a la tercera planta y ver qué se le había escapado. Solo le llevaría quince minutos, decidió, conque apagó el cigarrillo. De todas formas, tenía que volver al edificio para recoger el automóvil.

Carmichael le entregó el cambio.

—Ha sido un placer conocerla, señorita.

Iris se levantó de la mesa y le tendió la mano para estrechársela.

—Me llamo Iris. Para mí también ha sido un placer conocerlo, Carmichael.

Se dirigió a la puerta, pero se detuvo en seco.

Carmichael seguía detrás de la barra, enjuagando el vaso. Levantó las pobladas cejas.

—¿Se le olvida algo?

—Sí, algo así. Quise preguntarle cuando estábamos hablando del viejo banco. ¿Conoció usted a una mujer llamada Suzanne Peplinski? Creo que trabajaba allí.

—No sabría decirle. ¿Era amiga suya?

—No, solo creo que encontré algo que tal vez le perteneciera.

Iris se encogió de hombros y se despidió con un gesto de la mano.

La voz de él la detuvo.

—¿Ha encontrado algo? —Iris no respondió—. *Bella*, hay un dicho en el lugar donde nació. Dice: «Nunca robes en un cementerio. Podrías perturbar a los espíritus».

En la parte trasera del viejo banco, Iris apretó el botón blanco deslucido del altavoz y esperó. Fuera, casi había oscurecido, y las calles estaban desiertas. En sus oídos resonaban las palabras «podrías perturbar a los espíritus» mientras volvía a apretar el botón. Se expuso ante las hendiduras negras del altavoz como si fueran una cámara de vídeo y Ramone estuviera observando. Pero no estaba.

Volvió a apretar el botón. Su automóvil estaba encerrado tras la puerta metálica. Cuando transcurrieron un par de minutos largos, dio una patada a la puerta del garaje y deambuló dando grandes pisotones hasta la fachada del edificio para buscar señales de vida en las ventanas.

Las farolas inundaban Euclid Avenue con una neblina amarilla. Pegó la nariz al cristal contiguo a una puerta giratoria y escudriñó el vestíbulo principal. Estaba en penumbra y en el interior no había señales de Ramone. De todas formas, golpeó en el cristal.

—¡Mierda! —susurró.

Retrocedió un paso. La fachada del edificio estaba recubierta de bloques de granito sin pulir. El número 1010 de la calle estaba grabado profundamente en una de las piedras de la esquina, por encima de la acera. Junto a la dirección había una mancha oscura donde antes pareció haber atornillada una gran placa. Supuso que ese debía de haber sido el lugar del que habían quitado el cartel del First Bank of Cleveland en plena noche. Los huecos metálicos de los anclajes para los tornillos seguían incrustados en la piedra como si esperasen que se colocara otro cartel.

Estiró el cuello. Ladrillo rojo y piedra arenisca se alzaban hasta el cielo de color naranja artificial. Todas y cada una de las ventanitas estaban coronadas por un dintel de piedra, y todas estaban oscuras. La línea de la cornisa planeaba muy por encima de la acera. Incluso bajo la oscuridad inminente, los voladizos ornamentales y los rosetones de piedra resultaban majestuosos.

Tres manzanas más abajo, relampagueaban los faros de los automóviles, lo que le recordaba que era demasiado tarde para andar caminando sola por las calles de Cleveland. El semáforo de Ninth East con Euclid se puso verde, pero no pasó ningún vehículo por la intersección. Una mujer con sobrepeso esperaba en la marquesina del bus de la esquina para hacer el viaje de regreso a casa.

—No puedo creer que tenga que tomar el maldito bus para volver a casa esta noche —se dijo Iris con un murmullo mientras cruzaba la calle desierta de cinco carriles hacia la marquesina. Se volvió e inspeccionó de nuevo el viejo banco. No había ninguna luz encendida. *Tenías que ir a tomar una cerveza. Fantástica idea, Iris.*

Se estaba volviendo hacia la parada del bus cuando un destello de luz atrajo su atención. Entornó los ojos para enfocar la vista en la decimoquinta planta y volvió a ver el destello. Era una linterna. Quiso gritar a pleno pulmón para llamar a Ramone, pero sabía que sería un despilfarro de aliento. No iba a oírla y no había manera de que pudiera lanzar una piedra lo bastante lejos para que golpeará en una ventana cercana.

El paso de un automóvil le recordó que estaba de pie en mitad de Euclid Avenue. Regresó corriendo a la puerta automática del garaje, en Huron Street. Cuando llegó junto al altavoz, le ardían los pulmones de fumadora. Apretó el botón blanco tres veces. Casi al instante, la puerta recobró la vida. Cerró los ojos, aliviada. *Gracias a Dios.* Podría regresar a casa esa noche. Cuando los abrió, tenía la cara de Ramone a pocos centímetros.

—¡Oh, Dios mío! —gritó.

Ramone solo la miró. Por lo que parecía, apretar el botón de un portero automático podía llegar a ser enormemente irritante.

—¡Ramone! ¡Me has dado un susto de mil demonios!

—¿Esperabas a otra persona? —preguntó con su rugido de fumador—. No vuelvas a apretar el botón de ese modo otra vez, ¿de acuerdo?

—Lo siento. Solo... ¿Cómo has bajado tan deprisa?

—Estaba a la vuelta de la esquina.

—No. Te he visto. Estabas en la decimoquinta planta.

—¿Qué diablos estás diciendo? —La miró como si estuviera drogada.

—Tú. Con una linterna. En la planta quince. Vi la luz a través de las ventanas.

Ramone concentró la mirada.

—¿Estás segura de lo que has visto?

—Sí, era sin duda una linterna moviéndose por ahí.

—Quédate ahí —dijo señalando al automóvil—. Iré a comprobarlo.

Se metió la mano bajo la camisa para sacar una linterna descomunal que llevaba colgada del cinturón. Iris vio un atisbo de una pistola negra en una cartuchera, junto a la linterna. Eso lo arreglaba. Se metió corriendo en el automóvil, como le dijo, y por el espejo retrovisor lo vio desaparecer por el pasillo.

Se fijó en las puertas del vehículo y reclinó el asiento para ocultarse. «Podrías perturbar a los espíritus», se burló la voz de Carmichael.

—¡Cierra la boca, Carmichael! —susurró.

Los primeros cinco minutos estuvo sentada sin moverse, inquieta y preocupada por lo que pudiera estar sucediendo en la decimoquinta planta. Después, se limpió un poco las uñas. Contó las quemaduras de cigarrillo que había en el techo del automóvil hasta que, por fin, se decidió a encender uno. Abrió la ventanilla y prestó atención al sonido de un disparo o de una linterna al golpear a alguien en la cabeza. El reloj digital marcaba las 21:01 en el salpicadero. Cinco minutos más y saldría de allí a toda prisa.

Dedicó sus pensamientos a imaginar quién podría ser el intruso, y no se le ocurrió nada. El banco llevaba clausurado veinte años. *¿Por qué demonios iba a andar alguien merodeando ahora por allí? Seguramente no fuera más que la novia de Ramone poniéndose los pantalones de nuevo.* La idea la hizo sonreír, pero nada en la conducta renegona del vigilante indicaba que se hubiera acostado con alguien en el último decenio.

El cigarrillo se consumió hasta el filtro. Para evitar encender otro, extrajo de su bolsa los planos de la segunda y la tercera planta y volvió a examinarlos. Había el mismo número de pilares de norte a sur, y los ascensores estaban en la misma posición, pero faltaba algo alrededor del pasillo de servicio. No había manera de subir allí sola en medio de la oscuridad de la noche. El reloj marcaba las 21:04. Dos minutos más antes de ir a la comisaría.

Estaba a punto de arrancar el automóvil cuando en el espejo retrovisor apareció Ramone bajando torpemente las escaleras del muelle de carga.

—Quienquiera que fuese, debe de haberse marchado.

Parecía contrariado y cansado.

—Pero ¿quién podía ser?

Iris no podía creer el aire indiferente de Ramone. Era un maldito vigilante de seguridad. ¿No se suponía que tenía que estar alerta frente a los desórdenes o algo así?

—De vez en cuando, alguna persona sin hogar consigue entrar en el edificio. Son inofensivos. Solo buscan un lugar donde dormir.

Encendió un cigarrillo sin filtro con un fósforo de cartón. Tal vez Ramone no fuera un gran vigilante, pero era un tipo experto.

—¿Cómo consiguen entrar?

Mientras estuvo recorriendo el edificio, Iris no había visto ninguna ventana rota, ni grandes agujeros en las paredes.

—Ay, te sorprendería. Son como ratas. Encuentran la forma de hacerlo. Conductos de ventilación, trampillas, túneles...

—¿Túneles?

—Las viejas conducciones para la calefacción. Conectan un montón de edificios del centro. Este edificio está unido a todos los de la manzana.

—Pero hemos inspeccionado el sótano. No vimos ningún túnel.

—Te los enseñaré mañana. Deberías irte a casa.

Iris asintió con un gesto y, a continuación, se le ocurrió preguntar:

—¿Y tú? ¿Nunca te vas a casa?

—Sí, cada varias semanas. Soy lo que se llama un vigilante a tiempo completo. Me pagan para que duerma aquí.

—Suenan espantoso —dijo sin pensarlo.

No pretendía hacer un juicio; pero, estando junto al contenedor y en medio del silencio sepulcral, lo lamentaba por ese tipo.

—Bueno, me pagan bastante bien.

—¿No te preocupa? Quiero decir, el intruso.

—¿A quién? ¿A mí? —Parecía sorprendido por la preocupación de ella—. Tonterías, llevo aquí treinta años. Si fuera a sucederme algo, ya me habría

sucedido.

Y le abrió la entrada del muelle de carga y regresó al interior del edificio arrastrando los pies cuando se cerró la puerta automática.

CAPÍTULO 14

Jueves, 23 de noviembre de 1978

Beatrice estaba a punto de salir del apartamento para ir a ver a Doris a la cafetería cuando oyó que llamaban a la puerta. Se quedó de piedra. Nunca nadie llamaba a su puerta.

—¿Quién... quién es? —gritó mientras se alejaba del sonido.

Disparó la mirada por el apartamento hasta que la fijó en un cuchillo de cocina.

—Soy Max.

Corrió a la mirilla. Max estaba en el descansillo, dando golpecitos en el suelo con el pie.

—¡Max! ¿Qué haces aquí? Quiero decir, ¿cómo me has encontrado?

—No eres difícil de encontrar. Abre la puerta.

—Pero...

Se interrumpió y cambió el gesto. Max nunca la había acompañado a casa, y Beatrice le había dado una dirección falsa en el trabajo. Quitó el cerrojo de la puerta.

—Así que esta es la casa de la Malvada Bruja del Oeste.

Max se abrió paso por el apartamento.

—No, está trabajando.

—Bonito sitio.

—Gracias. No es gran cosa, pero... —respondió echando una mirada al diminuto apartamento de dos habitaciones que, a falta de otras palabras, ella llamaba

hogar.

—Esto... ¿Es eso lo que vas a llevar? —preguntó Max.

Beatriz bajó la mirada para mirarse los pantalones vaqueros de campana y la camisa grande anudada en la cintura y se encogió de hombros.

—¿A qué te refieres?

—Vienes a la comida de Acción de Gracias, ¿recuerdas?

Beatrice miró el reloj. Eran las doce y media del mediodía.

—¿No es un poco pronto?

—En mi casa celebramos la comida de Acción de Gracias a la una de la tarde. Si no empezamos pronto, no acabamos nunca —se rio Max.

Beatrice vaciló pensando en Doris, pero siempre podía pasarse por la cafetería cuando regresara a casa.

—De acuerdo. ¿Qué debería ponerme?

Una hora más tarde, llegaron al hogar de los McDonnell en Lakewood, un pequeño barrio residencial de clase trabajadora situado justo al oeste de Cleveland. La casa tenía un gran porche delantero con un banco mecedora suspendido en un extremo y dos mecedoras individuales en el otro. Los escalones de piedra estaban gastados por los millones de pisadas recibidas. Max abrió la puerta, y la charla de la multitud del interior se dispersó por el porche. La minúscula casa estaba llena a rebosar de gente y del aroma de la grasa del pavo y la calabaza horneada.

Max arrastró a Beatrice entre la multitud. Se sucedieron rápidamente nombres y rostros: Rhoda, Ricky, Mary, Timmy, Sean, Patrick. Max fue recitando de un tirón las presentaciones y, tras las diez primeras, Beatrice dejó de intentar recordar nada. Cada nuevo rostro mostraba una sonrisa y hacía un gesto. Los niños pequeños zigzagueaban entre el bosque de pantalones y medias que poblaba el salón alargado y estrecho. Bebés que lloraban eran mecidos en brazos. Max adentró aún más a Beatrice en la casa hasta que llegaron a la cocina.

La encimera estaba cubierta de un extremo a otro por fuentes para mantener caliente la comida y bandejas cubiertas con papel de aluminio. Y, junto al fregadero, había una pila de platos de papel de más de medio metro y dos mujeres atareadas preparando la comida.

—¡No hay sitio para más cocineros! —cantó la mujer de más edad amablemente sin levantar la vista.

—Ey, mamá. Quiero que conozcas a alguien.

La madre de Max levantó la vista de una cazuela grande. Tenía la cara fina y ajada, pero sus ojos azules eran reflejo de los de su hija. Llevaba el pelo recogido detrás de la cabeza con el mismo moño francés que solía llevar Max. Con su delantal y sus perlas, era una página de la revista *Better Homes and Gardens* de la década de 1950.

—Tú debes de ser Beatrice. He oído hablar mucho de ti. Soy Evelyn McDonnell.

—Encantada de conocerla —dijo Beatrice tímidamente mientras estrechaba la mano de la mujer, cubierta de harina.

—¡Hola, Beatrice! Soy Darlene.

La camisa holgada de Darlene tenía unas cuantas manchas de comida, y su pelo era un revoltijo de rizos pelirrojos.

—¡Hola! —Beatrice devolvió un gesto con la mano y les dijo a ambas—: Gracias por invitarme a comer.

—¡Es un placer, querida! —sonrió Evelyn.

Beatrice estaba maravillada ante el interminable despliegue de comida que había sobre la encimera y la sonrisa serena de Evelyn mientras daba vuelta a los pucheros y sacaba bandejas del horno.

—Maxine, ¿quieres, por favor, decir a todo el mundo que dentro de diez minutos estaremos comiendo? Y pide a tu padre que venga a trinchar este pájaro.

—Quédate aquí —ordenó Max a Beatriz y, a continuación, se adentró entre la multitud.

Un tanto incómoda, Beatrice jugueteaba con las manos, de pie, en el rincón. No había ningún lugar donde sentarse en aquella pequeña cocina cuadrada. Evelyn sacó del horno lo que parecía un ave de presa prehistórica y la puso sobre la tabla, en el centro de la cocina. Era el pavo más grande con el que Beatrice se había topado. Era asombroso que esa mujer tan pequeña pudiera levantar aquello.

—¿Puedo ayudar en algo? —preguntó Beatrice, sintiéndose torpe e inútil.

—¡En absoluto! Eres una invitada. Me alegra mucho conocer por fin a una amiga de Maxine.

—Sí, normalmente solo anda por ahí con hombres mayores —resopló la hermana de Max.

Evelyn entornó los ojos.

—Darlene, cielo, ¿por qué no bajas a la bodega a buscar alguna servilleta más?

Darlene abrió la boca para replicar, pero se lo pensó dos veces. Salió de la cocina con los humos de un tráiler.

—Tendrás que perdonar a Darlene. —Evelyn agitaba una mano enfundada en un guante de horno—. Siempre se pone celosilla de su hermana.

Beatrice sonrió para aligerar el incidente.

—Max ha sido una amiga maravillosa. Me ha ayudado mucho a encajar en el banco.

—Bueno, lleva trabajando allí mucho tiempo —dijo Evelyn mientras extendía papel de aluminio sobre el gigantesco pavo. Y se volvió para sacar de un cajón los cuchillos de trinchar—. Solo espero que lleguen hasta el fondo de todas esas acusaciones. ¡Menudo escándalo!

—¿Escándalo?

Evelyn asintió mientras preparaba el cuchillo con el afilador.

—¿Qué banco no conserva registros fiables de sus depósitos? El asunto es sencillamente una locura. Tendrán suerte si no interviene la policía.

La mandíbula de Beatrice cayó al oír la palabra «policía».

—¿Alguien habla de mí? —preguntó una voz grave.

Beatrice se volvió y vio a un joven entrar con desenfado en la cocina.

—Oh, Anthony. No seas tonto —le regañó Evelyn con una sonrisa.

Se inclinó y la besó en lo alto de la cabeza.

—¡Hola, mamá! ¿Quién es tu amiga?

Se dirigió hacia Beatrice. Los hombros anchos, la mandíbula cuadrada y el ceño marcado quedaban compensados por unos ojos azules y unos hoyuelos juveniles.

—Es Beatrice —dijo Evelyn mientras secaba el cuchillo de trinchar con un trapo—. Trabaja con Max en el banco. Estábamos hablando del lío que están tratando de resolver por allí.

—¿Estás acosando a mi amiga, Tony? —preguntó Max desde la entrada.

El rostro de Tony estalló de nuevo en una sonrisa mientras se giraba.

—¡Se presenta el detective Anthony McDonnell!

—No le hagas caso, Beatrice. Está insufrible desde que se hizo detective el año pasado. Mamá, no encuentro a papá por ninguna parte, pero las masas se impacientan.

—Bueno, seguramente habrá salido a fumar un cigarrillo al garaje. Voy a traerlo. Anthony, por favor, empieza a trinchar esa bestia.

Max sacó a Beatrice de la cocina.

—Ven, vamos a tomar un poco el aire.

Tuvieron que esforzarse para atravesar el salón abarrotado hasta el porche. En algún lugar del camino, Max consiguió alcanzar dos bebidas. Entregó una a Beatrice y se dejó caer en la mecedora del porche para encender un cigarrillo.

—Tu madre es muy agradable —empezó Beatrice.

—Sí, es asombrosa. No tengo ni idea de cómo consigue ocuparse de todo esto. Creo que yo no podría. Demonios, no tengo ningún deseo de hacerlo.

—Sí.

Beatrice se volvió hacia la ventana. Un niño muy pequeño con la cara colorada tiraba del pelo de su madre.

—¿Qué quería decir tu madre con lo del escándalo en el banco?

Max dejó de succionar el cigarrillo y levantó las cejas.

—No estoy segura. ¿Qué ha contado?

Beatrice refirió lo que Evelyn había dicho sobre los depósitos y la policía, tratando de que no pareciera que el señor Halloran le había encargado espiar a su amiga.

—¡Ay, Dios! —Max agitó la cabeza, claramente irritada. Vació el cóctel y volvió a atacar el cigarrillo—. ¡Mi madre es tonta! No hay ningún fraude, ni investigación policial. El banco perdió algunos archivos y estoy ayudando a reconstruirlos.

—¿Ese es el proyecto especial en el que has estado trabajando con el señor Thompson?

Max hizo una pausa para estudiar el rostro de Beatrice.

—Sí. Hace unos años atendí una llamada de un cliente furioso. Parece que el banco había perdido su caja de seguridad. Acudí al señor Thompson y él me pidió que me ocupara del problema. El proyecto ha sido un tanto confidencial porque Bill no quería que se desataran rumores por toda la oficina.

Beatrice asintió, aunque lo que Max había dicho no tenía sentido para ella. Para empezar, ¿por qué iba a importarle al señor Halloran que se hiciera una auditoría de los depósitos de las cajas de seguridad? ¿Y por qué la madre de Max sabía tanto, si todo eso era confidencial?

Max la vio fruncir el entrecejo y suspiró.

—A mi madre le preocupaba que estuviera manteniendo alguna clase de aventura, porque últimamente he trabajado muchas noches en la oficina. Tenía que decirle algo para que no me ingresara en un convento. La mataría por ser tan bocazas. ¿Puedes mantener esto en secreto? Si Bill creyera que voy contando chismes por toda la oficina me despediría. Si consigo hacerle este trabajo, podría ser incluso que me ascendieran.

—Claro —respondió sin poder mirar a Max a los ojos.

Maxine se levantó y arrojó el cigarrillo a la nieve amontonada a un lado del porche. Entrelazó su brazo con el de Beatrice y dijo:

—¡Fantástico! Vamos a comer. ¡Me muero de hambre!

Beatrice nunca había comido tanto. Con tres copas de vino y cuatro platos en la comida, pensó que le iba a estallar el estómago. En el coro de chocar de copas y vajilla, Beatrice tuvo conocimiento del jardín de rosas de tía Mae, del gato de una hermana y de la costumbre de un sobrino de utilizar el orinal. Le dolía la cara de reírse, y tenía el cuello rígido de hacer gestos. Susurró a Max que volvería en un instante y se levantó de la silla.

Sorteó cuatro mesas abarrotadas hasta llegar a la puerta. El aire del porche estaba generosamente frío e inmóvil. Espiró un largo rastro de vaho. Tenía que haber un modo de abandonar la fiesta con elegancia. Estaba agotada de tanta charla. Además, Doris quizá la echara de menos en la comida de celebración. Quería hacerle muchas preguntas.

Tony, el hermano de Max, estaba recostado en el banco mecedora fumando un cigarrillo.

—Una noche agradable.

—Sí que lo es.

—¿Quieres sentarte?

—Oh, no, gracias. Tengo la sensación de que llevo sentada un montón de horas.

—Sé lo que quieres decir —sonrió—. Me ha impresionado que seas tan valiente como para enfrentarte a todo el clan de los McDonnell. ¿Cómo lo llevas?

—Oh, estoy pasándolo maravillosamente.

Mientras hablaba, miró a través de la ventana empañada en busca de Max. Su silla estaba vacía.

—Bueno, debes de caerle muy bien a Maxie. Nunca trae amigas a casa. —Quitó la ceniza al cigarrillo golpeándolo levemente en la barandilla del porche y preguntó—: ¿Tienes familia cerca de aquí?

—Vivo con mi tía en el East Side. En realidad, debería llegar a casa pronto. Mi tía está trabajando y me sentiría fatal si no llegara a tiempo de desearle feliz Día de Acción de Gracias.

—Bueno, estás en un aprieto, ¿no? —Se le marcaron los hoyuelos—. Quiero decir, mi madre ni siquiera ha sacado los postres aún.

—Oh, cielos. No quiero ser maleducada —dijo sintiendo una punzada de desesperación.

Detrás de la casa, el sol empezaba a ponerse.

—No sé tú, pero yo no puedo comer ni un bocado más —dijo dándose una palmadita en el abdomen absolutamente plano. Se levantó—. ¿Cómo te parece que nos fuguemos de aquí?

—¿A qué te refieres?

—Déjame a mí. —Abrió la puerta y susurró—: Deja que hable yo.

Cinco minutos después, Beatrice estaba en el Ford LTD de Tony sin marcas de la policía, contemplando la sirena apagada encima del salpicadero. Max protestó porque se marcharan, pero nadie parecía discutir nunca con Tony. Los tenía a todos en la palma de la mano. Beatrice tomó nota mental de que debía disculparse con Max el lunes.

La emisora de radio chasqueaba a bajo volumen bajo el reproductor de cartuchos de ocho pistas cuando iban atravesando la nieve junto a las sinuosidades del río.

A Tony parecía divertirle la fascinación que Beatrice mostraba por el salpicadero.

—¿Has estado alguna vez dentro de un automóvil de policía?

Beatrice negó con la cabeza.

—Yo he estado en muchos antes de ingresar en el cuerpo. Si no puedes vencerlos, únete a ellos, ¿no? —Su forma de mofarse le recordó a Max—. Bueno, espero que mi hermana no te meta en demasiados problemas ahí en el banco.

—¿Problemas? —se extrañó Beatrice—. ¿Qué quieres decir?

—Bueno, es una entrometida, se mete en los asuntos de todo el mundo. Si no la conociera, diría que debería haber sido detective.

—¿Te refieres a los expedientes perdidos? —Trató de parecer espontánea.

—A eso y a otro millón de intrigas. Siempre se presenta con teorías de la conspiración sobre las familias ricas de la ciudad y sus relaciones con el banco. Ya sabes. El First Bank of Cleveland tiene los depósitos más elevados de todos los bancos del noreste de Ohio. Deberías estar orgullosa de trabajar allí. —Encaminó el automóvil hacia la autopista y empezó a dirigirlo hacia Little Italy—. Vives más allá de Mayfield, ¿no?

Beatrice cerró los ojos y se dio cuenta de que no le había dicho adónde iban.

—Mmm, sí. ¿Te ha dicho Max dónde vivo?

—No exactamente. Digamos que se discutió.

—¿Se discutió?

—Maxie estaba nerviosa por no sé qué confusión en el banco acerca de tu dirección. Tal vez quieras ocuparte de eso, por cierto. Según parece, tu expediente contiene un error. Dice que vives en un restaurante o algo así.

Beatrice lo miró. Alguien había descubierto que había mentido en el formulario de los empleados, y era Max.

—Te he dicho que es una metomentodo. Me hizo incluso buscarte en los archivos policiales. —Le dirigió una mirada tranquilizadora—. No te preocupes. No estabas.

—¿Es eso legal? ¿Por qué hace eso? —su voz se volvió estridente.

—Bueno, es un archivo público. Yo, simplemente, tengo acceso más fácil. ¿Qué puedo decir? Tengo debilidad por mi hermanita.

Beatrice abrió la boca para decir algo, pero no le salió nada. Tony se volvió hacia ella en un semáforo.

—No te preocupes tanto. A Max le caes muy bien, de verdad. Además, ¿qué tienes que ocultar? —Le dio una palmada en la rodilla, como si hubiera zanjado la cuestión.

Beatrice sonrió con cierta incomodidad.

Tony aminó la velocidad, y Beatrice trató de relajarse. Tal vez las indagaciones de Max fueran verdaderamente inofensivas. Después de todo, la había invitado a comer el Día de Acción de Gracias. Tal vez solo fuera realmente una metomentodo. Beatrice decidió cambiar de tema.

—Bueno, dijiste que el banco trabaja con todas las familias más ricas de la ciudad.

—Sí, desde los Carnegie a los Rockefeller, parece que todos preferían el First Bank of Cleveland. La mitad de ellos, en realidad, tienen plaza en el consejo de administración. Brodinger, Swede, Mathias, Wackerly, Halloran...

Beatrice había oído hablar de Rockefeller, pero no reconoció ninguno de los demás apellidos hasta que dijo Halloran.

—Algunos especulan incluso con la idea de que la familia Covelli tiene intereses en el banco.

—¿Quiénes son?

—¿Vives en Little Italy y no has oído hablar de los Covelli? —dijo arqueando una ceja.

Beatrice permaneció inexpresiva.

—Son la última familia de la ciudad que sigue vinculada a Sicilia, o eso pensamos.

Asintió, aunque no estaba segura de qué era de lo que le estaba hablando. El vehículo disminuyó la velocidad y se detuvo en la acera, delante de la cafetería donde su tía estaba haciendo doble turno. Tony salió del auto y la acompañó a la entrada.

—Ha sido un placer conocerte, Beatrice. Si alguna vez necesitas algo —dijo metiendo la mano en el bolsillo de su chaqueta de lana y entregándole una tarjeta—, llámame.

Tomó la tarjeta. Decía: «Detective Anthony McDonnell, Departamento de Policía de Cleveland». No estaba del todo claro si le estaba ofreciendo protección policial o coqueteando con ella.

—Gracias, detective —dijo tímidamente.

Él le acarició la barbilla.

—Feliz Día de Acción de Gracias, Beatrice.

El Ford de policía sin marcas dejó sus huellas en la nieve mientras ella permanecía allí, sosteniendo en la mano la tarjeta del detective.

Beatrice se introdujo en medio del calor grasiento de la cafetería y buscó a Doris. Los brillos de las luces daban a todo un aspecto más deslucido. Dispersos por toda la sala se veía a clientes de todo tipo, en su mayoría hombres mayores, sorbiendo café y comiendo tarta. A juzgar por las apariencias, la cafetería se gestionaba con el mínimo de personal. Solo había un cocinero en la parte trasera y una camarera, que cargaba por ahí con esfuerzo con una taza de café solo.

Beatrice le hizo una seña.

—Hola, Gladys. ¡Feliz Día de Acción de Gracias! ¿Está Doris aquí?

—¡Ay, querida! —La anciana dejó la cafetera requemada sobre el mostrador de los desayunos—. Beatrice.

La sonrisa de Beatrice desapareció.

Gladys la tomó de la mano y la llevó a una silla.

—No tenía ni idea de cómo localizarte. Lo siento mucho, pero Doris está en el hospital.

—¿Cómo? ¿Qué ha pasado?

Beatrice sintió que la sangre le abandonaba la cara.

—Ay, cielo. —Gladys dio unas palmaditas en la mano de Beatrice—. No estoy del todo segura de qué ha sido. Un minuto estaba bien y lo siguiente que vimos fue que estaba en el suelo. Vino la ambulancia y se la llevó al University Hospitals. Mick fue con ella. Ha sido hace dos horas.

Mientras Gladys le daba explicaciones, su voz le iba sonando cada vez más lejana. Beatrice se desplomó en uno de los taburetes de la barra de las comidas.

—Deja que te pida un taxi para que vayas al hospital. —Gladys le acariciaba la mano.

Tal vez Beatrice asintiera, no estaba segura. No tenía la menor idea de cuántos minutos estuvo allí sentada, mirando al suelo hasta que Gladys la ayudó a meterse en un taxi y pagó al conductor para que la llevara a urgencias. El gélido aire de fuera de la cafetería la obligó a parpadear.

Se volvió hacia Gladys y consiguió susurrar: «Gracias».

La sala de urgencias era un alboroto. Todos los asientos estaban ocupados. Había gente apoyada en las paredes. En alguna parte había un niño llorando. Una mujer se sujetaba con fuerza una toalla roja húmeda alrededor de la mano. Había un hombre sentado con la cabeza entre las rodillas. Una fila de cinco personas hacía cola en la ventanilla de recepción. Beatrice no dejó de mirarse los pies mientras esperaba para hablar con la enfermera.

Cuando por fin llegó al mostrador, la enfermera estaba ocupada escribiendo algo en una carpeta.

—Mmm... Perdone. Estoy buscando a Doris Davis. Creo que la ha traído aquí una ambulancia.

—¿Ha ingresado? —preguntó la enfermera sin levantar la vista.

—No estoy segura. Me han dicho que la trajo una ambulancia.

—Tiene que consultarlo en admisión. Salga por esa puerta y vaya dos manzanas más allá, en esa dirección —dijo la enfermera señalando con el lápiz—.

¡Siguiente!

Beatrice quiso protestar, pero se le llenaron los ojos de lágrimas. Se retiró del mostrador y salió corriendo de la sala de espera. Fuera, las lágrimas reprimidas se volvieron sollozos. Se inclinó contra una farola y se agitó con ellas.

—¿Está usted bien, señorita? —preguntó una voz.

Beatrice no se molestó en levantar la vista para ver quién le hablaba. Le hizo gestos para que se alejara y fue dando tumbos por la acera, secándose la cara con las manos temblorosas.

Doris había sido ingresada en la unidad de cuidados intensivos. La señora que estaba detrás del mostrador mandó a Beatrice hacia un bloque de ascensores. Llegó a la quinta planta y encontró el camino hasta otro mostrador.

—Ee... Esta noche han traído aquí a mi tía en una ambulancia. Se desmayó en el trabajo.

La enfermera de noche miró a los ojos rojos y la cara embadurnada de rímel de Beatrice, y se le suavizó un poco el gesto.

—¿Cómo se llama?

—Doris Davis.

—Déjeme ver lo que puedo averiguar.

La enfermera se marchó y dejó a Beatrice sola en el vestíbulo de la UCI. Oía el zumbido y los pitidos sordos de los aparatos justo al otro lado del mostrador de recepción. El aire olía a una mezcla de desinfectante industrial y orina. La idea de que Doris pasara la noche allí le provocó náuseas, y se derrumbó en una silla, donde se quedó meciéndose hacia adelante y atrás.

Canturreó en voz baja: «*Hush-a-bye... Don't you cry... Go to sleep my little baby... When you wake, you shall have... All the pretty little horses*».

Era la canción infantil de cuando era pequeña. No recordaba que nadie se la hubiera cantado nunca, pero debió de haber sido así. No recordaba la edad que tenía cuando empezó a cantársela ella misma.

La enfermera regresó al fin con algo entre las manos. Era el bolso de Doris. Lo dejó sobre el mostrador y se acercó. Beatriz contuvo la respiración. Estaba segura de que Doris estaba muerta.

—Su tía ha sufrido un ataque al corazón.

El bolso sobre el mostrador era el final de un túnel. Beatrice sintió que se hundía.

—Está en coma —prosiguió la enfermera—. El doctor McCafferty se ha marchado a casa esta noche, pero regresará mañana para responder a las preguntas que quiera hacerle.

Coma. Asimiló despacio la palabra. Tomó aliento. Doris no estaba muerta.

—¿Puedo verla?

La enfermera llevó a Beatrice por un estrecho pasillo flanqueado por puertas de cristal. Llegaron a la última puerta a la derecha, y la enfermera la abrió. Dentro, una mujer yacía inmóvil sobre una austera cama blanca. De la nariz y el brazo derecho salían y entraban tubos. Beatrice apenas reconoció el cuerpo que había sobre la camilla, pero era Doris. Retrocedió tambaleándose desde la puerta abierta hacia el vestíbulo con la mano en la boca. Ya había llegado casi a los ascensores cuando la detuvo la voz de la enfermera.

—Espere. ¡No se olvide el bolso! —gritó, y le llevó el bolso marrón—. Siempre recomendamos no dejar aquí, en el hospital, objetos personales como este. No podemos hacernos responsables de ellos.

Agarró el bolso y recorrió andando sola el casi un kilómetro que separaba su casa del hospital. El viento frío penetraba a través del abrigo mientras subía la colina, pero apenas sentía nada. Cuando por fin llegó al apartamento, se dejó llevar al interior y se desplomó sobre el sofá, con el bolso de Doris todavía entre los brazos. La piel estaba suave y gastada.

Recorrió la habitación con los ojos. ¿Por qué ahora? ¿Qué iba a hacer ahora? Dejó el bolso sobre la mesita que tenía delante. Se volcó y dejó todo

desperdigado por el suelo: siete dólares, un cepillo con una maraña de pelos grises. El paquete de Kools de su tía estaba medio vacío y arrugado. Se llevó el paquete a la nariz y olió los cigarrillos. Se le volvieron a llenar los ojos de lágrimas.

Recogió cariñosamente el llavero de su tía y lo acunó en la palma de la mano como si estuviera acunando la mano de Doris. No le había tocado la mano en el hospital. En lugar de hacerlo, había salido corriendo.

Beatrice atenazó las llaves hasta hacerse daño. Reconoció la llave del apartamento y la llave de la lavandería del sótano. Había otra llave que se imaginaba que debía de ser del trabajo. La última era rara. Era más pequeña y tenía más dientes que las demás. Parecía más antigua. Le dio la vuelta y vio que llevaba impreso un número. Leyó: «547». La miró hasta que se le cerraron los ojos hinchados.

Cuando Beatrice entró en la oficina el lunes, estaba todavía en trance. El médico le dio una larga explicación que hablaba de estallido de vasos sanguíneos, tabaco y mala suerte, pero apenas podía dar sentido a nada salvo que Doris tal vez jamás despertara.

—¡Tienes un aspecto espantoso! —se burló Max—. ¿Saliste a tomar algo anoche?

Beatriz no se atrevía a hablar. Las lágrimas le quemaban las comisuras de los ojos. No podía llorar en el trabajo; no podía permitirse perder su empleo en un momento como ese. Tenía que pagar el alquiler, las facturas y la comida ella sola. Sola. Le cayó una lágrima por la mejilla.

—Nos vemos en el cuarto de baño. Vamos ahora —ordenó Max.

Beatrice obedeció. Entró en un retrete y se sentó. No recordaba cuándo era la última vez que había comido.

Max entró como una bala.

—Ey, ¿qué te pasa?

—Mi tía está en el hospital. Le ha dado un ataque al corazón. No... no quiero hablar de ello.

—¿Cuándo ha sido?

—El Día de Acción de Gracias. Me enteré cuando tu hermano me llevó.

—¡Dios mío! Lo siento mucho. ¿Hay algo que pueda hacer?

En la cara de Max había preocupación sincera. La imagen hizo sollozar a Beatrice. Max era la primera persona que le ofrecía ayuda desde el ataque de su tía. Las enfermeras se comportaron con frialdad. El médico le habló de su tía como si fuera un automóvil estropeado. Enterró la cabeza entre las manos.

Max le entregó un poco de papel higiénico para que se secara los ojos.

—Tenemos que sacarte de aquí. Toma el ascensor y baja al vestíbulo. Te veré allí dentro de cinco minutos.

—Pero ¿qué pasa con...?

—Deja que me ocupe yo de Cunningham. Ella no puede verte así. Simplemente, vete.

Beatrice asintió. Se puso de pie sobre unas piernas que se tambaleaban y se echó un vistazo en el espejo a la cara hinchada y enrojecida. Max tenía razón. No podía regresar a su escritorio así.

Cinco minutos después, Max salió del ascensor, sonriente.

—La vieja Cunny se sentía generosa hoy. Las dos tenemos el día libre para ayudarte a afrontar tu tragedia familiar. Dios mío, parecía que iba a ponerse a llorar ella también. ¿Qué te parece una copa? Creo que la necesitas.

A Beatrice no le importaba dónde fueran, siempre que no volviera a estar sola nunca más. Salió por las puertas principales siguiendo a Max y luego calle arriba, hasta el bar.

Carmichael estaba detrás de la barra preparándose para el servicio diario cuando Max aporreó la puerta de cristal. Estaba cerrado. El Theatrical Grille no abría oficialmente hasta las once de la mañana.

—¡Bellas! —canturreó desde detrás de la puerta—. ¿En qué puedo ayudaros?

—¡Abre, Carmichael! Tenemos una emergencia —gritó Max.

—Pero ya sabéis que no puedo servirlos nada hasta que abra. La policía me dará toda clase de dolores de cabeza.

—Mi hermano y mi padre lo exigen. —Max entró apresuradamente en el bar—. Tráenos dos *rickys* de ginebra.

Carmichael hizo una pausa para reflexionar sobre el argumento y, finalmente, accedió. Max llevó a Beatrice hasta uno de los reservados y la sentó.

—Cuéntamelo todo.

Carmichael llegó corriendo con las bebidas, y Max acercó una a Beatrice. Beatrice dio un trago largo y lento, y dejó escapar un pequeño resoplido cuando el alcohol bajó quemándole la garganta. Dio otro sorbo y la historia empezó a brotar, desde el viaje en el auto con Tony hasta los pitidos de las máquinas del hospital. Max escuchaba y le daba pañuelos de papel de vez en cuando.

—Después me dijeron que me llevara el bolso a casa porque allí no estaba seguro. El bolso no estaba seguro allí, pero se suponía que tenía que dejar a una persona. Un bolso no es tan importante como... una persona —resolló Beatrice.

Las lágrimas volvían a manar.

—Claro que no.

Max le daba palmaditas en la mano. Acabó la copa e hizo señas a Carmichael para que acudiera con otra ronda.

—¿Y encontraste algo interesante dentro?

—¿Dentro de dónde?

—Dentro del bolso —sonrió Max.

Beatrice la miró con incredulidad. Era una pregunta absolutamente inapropiada, incluso retorcida, pero esa parecía ser la cuestión. Al cabo de una hora de llanto, el alcohol de la risa hizo sonreír un poquito a Beatrice.

—Ya sabes, encontré algo en cierto modo interesante. —Sacó del bolso de mano el llavero de su tía y lo puso sobre la mesa—. Aquí hay una llave verdaderamente rara.

—Es la llave de una caja de seguridad.

—¿Cómo lo sabes?

Beatrice la recogió y volvió a examinarla.

—Bueno, tiene el número de caja y es de nuestro banco. Mira. Aquí pone «First Bank of Cleveland».

—Me pregunto por qué tía Doris tiene una caja de seguridad.

Beatrice entornó los ojos y releyó el diminuto grabado. Lo que en realidad quería saber era si la llave tenía algo que ver con las extrañas cartas que había encontrado en el cajón de abajo de la cómoda de su tía.

—Bueno, te sorprenderías. La gente mete toda clase de cosas en ellas. Dinero, joyas, documentos legales, lo que te imagines.

—¿Qué clase de documentos legales? —Beatrice estaba bastante segura de que su tía no tenía dinero, ni joyas.

—No sé. Testamentos, certificados de nacimiento. Escrituras. Historiales médicos. Ese tipo de cosas. —Max se encogió de hombros—. En eso es en lo que he estado trabajando con Bill, ya sabes.

Beatrice movió la cabeza. Había tantas cosas que no sabía.

Max encendió otro cigarrillo.

—Cajas de seguridad. La gente deja de pagarlas. Se olvidan de ellas, o enferman, o mueren, y el banco está obligado a custodiar sus cosas.

—¿Y qué hace el banco con todo eso?

—Bueno, tienen que conservarlo cinco años, por ley; pero, después, si no acude nadie a reclamar el contenido, se supone que el banco entrega todo al Estado.

—¿Y qué hace el Estado con ello?

—Venden las cosas y se quedan con el dinero. Supuestamente, llevan un registro por si se presenta el pariente más próximo, pero casi nunca aparecen. ¡Es un barullo!

—Es espantoso. —Beatrice se sonó la nariz con una servilleta del bar—. ¿Qué pasa si la gente se da cuenta de lo sucedido y quiere recuperar las cosas?

—¡Eso es lo que ocurrió hace unos años! —dijo Max con los ojos abiertos como platos—. Debí de ser hace cuatro años. Una anciana llamó por teléfono a mi número y quería saber qué había ocurrido con los zapatos de bebé de su hijo y con otro montón de cosas. Tardé una eternidad en sacarle una respuesta clara a Bill. Cuando, por fin, le dije a la señora que seguramente el Estado se había desecho de ello, perdió los nervios. Vino al banco unas cuantas semanas después y amenazó con cerrar el negocio. Afirmaba que el Estado de Ohio jamás había tenido noticia de ella, ni de su caja. Quería ir a los periódicos. ¡Tendrías que haberla visto! Se la oía llorar en el despacho de Bill. ¡Como te lo estoy diciendo!

—¿Qué pasó después?

—Nada —dijo Max mientras removía la copa con una pajita roja—. Nunca volvimos a ver a la señora. Me entró curiosidad, ¿sabes? Decidí ir a buscarla.

Beatrice esperó un instante, allí sentada. Finalmente, preguntó:

—¿La encontraste?

—Había muerto. Un accidente de automóvil. —Max dio una calada al cigarrillo—. Bueno, no parecía normal. Sucedió unos dos días después de que viniera al banco. Parecía..., bueno..., extraño. Hablé de ello con Tony. Traté de que abriera una investigación. Él pensó que me había vuelto loca, todavía no era detective del todo.

—¿Qué? ¿Crees que el banco tuvo algo que ver con el accidente de tráfico? —su voz se había convertido casi en un susurro, a pesar de que el bar estaba vacío.

Max se encogió de hombros y se estiró uno de los rizos dorados.

—Nunca había visto el despacho tan silencioso como después de que se marchara aquella señora. Hubo reuniones de toda clase. Bajaron los vicepresidentes y se pasaron horas en el despacho de Bill. Al final del día, parecía como si hubiera visto un fantasma. Tony cree que me imagino cosas.

—¿Le dijiste a Bill alguna vez lo que pensabas?

—¡Por Dios, no! Si le hice un montón de preguntas. Dijo que yo mostraba «iniciativa». Decidió asignarme un nuevo proyecto al día siguiente. Desde entonces he estado auditando las cajas de seguridad. —Cuando Beatrice la miró con aire circunspecto, añadió—: Ya sabes, llamar a los propietarios, comprobar los expedientes, ese tipo de cosas.

—¿Por qué es tan secreto? No suena tan inusual.

—Bueno, Bill dice que no quiere darle mucha publicidad para que la Oficina de Depósitos no se percate de que están siendo auditados. —Max hizo una pausa y dijo, en voz más baja—: Además, de vez en cuando descubro que algún expediente ha desaparecido.

Beatriz hizo un gesto. El Día de Acción de Gracias, la madre de Max habló de desaparición de expedientes. No podía deshacerse de la idea de que, de alguna manera, Doris estaba implicada en todo aquello. La carta que había encontrado era sobre una caja de seguridad. Luego recordó algo que dijo el hermano de Max. *Max debería haber sido la detective.*

—¿Podría yo averiguar qué hay dentro de la caja de seguridad de mi tía? —Beatrice se dio cuenta de que la pregunta no sonaba muy bien y añadió—: Jamás robaría nada, pero quizá haya un testamento... o algo que necesite.

—No. Legalmente, no. No mientras esté viva. —Max hizo una pausa y dibujó una leve sonrisa—. Pero a veces se incumplen las normas.

Lunes, 10 de agosto de 1998

Iris cerró la puerta de su apartamento y apoyó la cabeza en la pared. ¡Qué día tan asquerosamente largo! Dejó caer la bolsa en el vestíbulo y se arrastró hasta la cocina a la caza de algo para comer. No fue hasta que desgarró un envoltorio de restos de comida china cuando pudo ocuparse de mirar el contestador automático. Pusó los ojos en blanco, apretó el botón y murmuró:

—¿Ahora qué, mamá?

—¿Iris? Iris, ¿te sientes mejor ya, cielo? Llámame. Me tienes preocupada.

Borrar.

Iris suspiró, se quitó la ropa cubierta de polvo y oyó golpear algo en el suelo con un ruido metálico. Era la llave que había tomado del escritorio abandonado de una secretaria. No estaba abandonado, rectificó. A Suzanne Peplinski y a todas sus compañeras les habían impedido acceder al edificio sin avisarlas.

Recogió la llave y la manipuló. Aquella cámara acorazada alargada con más de un millar de puertecitas relampagueaba en su cabeza. Todas estaban cerradas. Ramone había dicho que muchas de las cajas todavía estaban llenas porque el banco había perdido las llaves maestras en la venta, hacía veinte años. Pero ¿cómo? ¿Cómo se pierden las llaves de toda una cámara acorazada? ¿Por qué no demandaba el público que se perforaran las cajas? Dio la vuelta a la llave una y otra vez y se dejó caer en el sofá en ropa interior. Quienquiera que fuera el propietario de la llave podría haber perdido algo valioso en el interior de la caja 547, algún pedazo de sí mismo encerrado para siempre y olvidado.

Tal vez nadie recordara siquiera lo que se había perdido. «Una llave es inútil a menos que sepas qué abre», pensó, pasándose un dedo por los dientes. Le recordó una ocasión, hacía nueve años, en que fue a husmear en el primer cajón de la mesa de su padre y encontró una vieja cartera de cuero llena de llaves. Pasó meses tratando de descifrar el misterio. Ninguna servía en casa, ni en el automóvil. Su padre nunca se las llevaba al trabajo. Aunque pasara semanas fuera de casa por cuestiones de trabajo, las llaves nunca abandonaban el cajón. Cuando tenía ocho años, se inventó para explicarlo un centenar de retorcidos escenarios plagados de habitaciones secretas y cofres de tesoros enterrados. Pero por mucho que buscó, jamás encontró una cerradura que abriera ninguna de esas llaves. Nunca tuvo las agallas de reconocer que había estado fisgando ni de preguntar por ellas. Finalmente, abandonó y pasó a dedicarse a otro asunto, pero ya nunca más volvió a mirar a su padre del mismo modo. Tenía algo guardado bajo llave en algún sitio. Algo que ella no podía ver, ni tocar, por mucho que se esforzara.

Iris hizo girar la llave 547 entre los dedos. La llave encerraba un secreto. Nadie arrojaría una llave de una caja de seguridad a un cajón y se olvidaría de ella. Si la llave no fuera importante, su propietario no habría contratado una caja de seguridad. Se suponía que no iba a dejarse sepultada en el edificio. En un cementerio, rectificó. Según Carmichael, el edificio era un cementerio.

El mero pensamiento de la linterna ambulante del edificio le hizo tirar la llave sobre la mesita y encender otro cigarrillo. En todo caso, no era en absoluto asunto suyo. Se apartó un mechón de pelo de la mejilla con un soplido. Su mirada vagó de la polvorienta pantalla del televisor hasta el lienzo en blanco del rincón y, después, de nuevo a la llave, sobre la mesa.

«Haz lo que quieras.» Ese fue el consejo de Ellie.

A la mierda. La recogió y se levantó atropelladamente hacia la cocina para buscar la guía telefónica. Estaba enterrada en el fondo de un armario, debajo de la sopera que nunca utilizaba. Extrajo de la alacena con mucho esfuerzo el tomo y lo dejó caer haciendo un ruido sordo. Suzanne Peplinski no era un fantasma.

Había tres Peplinskis en la guía: Michael, Robert y S. Echó un vistazo al reloj de cocina y vio que eran casi las diez de la noche. Su madre se habría indignado, pero decidió intentarlo y llamar de todas formas.

Tomó el auricular y marcó primero el número de S. Peplinski. Sonó tres veces y contestó una mujer joven.

—¿Sí?

Iris se aclaró la garganta y advirtió que no había planeado qué decir.

—Mmm... Hola... Ehhh, usted no me conoce, pero estoy buscando a Suzanne. Suzanne Peplinski. ¿La conoce usted?

—Sí, es mi tía.

—¿Cree que podría decirme cómo puedo contactar con ella? —preguntó Iris amablemente.

Se le aceleró el corazón. Había localizado realmente a Suzanne. «Toma ya, Carmichael», pensó. No había ningún fantasma.

—¿De qué se trata? —La mujer parecía contrariada.

—Creo haber encontrado algo suyo —respondió Iris, y se dio cuenta de que debía contar algo más—. Creo que he encontrado su cartera.

Detestaba mentir; pero, sin saber por qué, no quería contar nada de la llave a nadie más que a Suzanne. Quizá porque le había robado, se reprendió. ¿Cómo iba a explicar eso?

—Espere un instante. —La mujer apartó el auricular e Iris la oyó gritar—: ¡Tía Susie! ¿Has perdido la cartera? ¿Tu cartera...? ¡Tu cartera!

Al parecer, Susie era dura de oído. Un instante después, regresó la voz exasperada.

—Sí, ¿por qué no habla usted con ella? ¿De acuerdo?

Una voz áspera y anciana restalló en la línea.

—¿Sí?

—¿Suzanne? ¿Es usted Suzanne Peplinski? —gritó Iris en el auricular.

Iris oyó un pitido agudo en el otro extremo de la línea.

—Maldito audífono —murmuró la mujer apartando la voz del auricular. Después, dijo—: Sí, soy Suzanne. ¿Qué sucede? ¿Sabe usted que está llamando muy tarde?

—Lo siento, señora. Sé que es tarde, pero creo que he encontrado algo suyo. —Hizo una pausa para buscar las palabras y, finalmente, se decidió—. ¿Ha trabajado usted por casualidad en el First Bank of Cleveland?

Hubo una pausa.

—Sí... pero ¿cómo lo sabe?

—Lo siento. No es en absoluto asunto mío, pero he estado trabajando en ese viejo edificio, ya sabe, el del 1010 de Euclid Avenue..., y he encontrado algo extraño... —Iris se detuvo antes de decir—: En su escritorio.

Imagino que la mujer no se tomaría demasiado bien que una completa desconocida toqueteara sus cosas.

—¿Algo extraño? —preguntó la mujer, y tosió un poco—. ¿A qué se refiere?

—He encontrado una llave y creo que podría ser suya. ¿Contrató usted alguna vez una caja de seguridad en el banco?

—¿Una caja de seguridad? ¿Bromea? En aquel entonces ni siquiera tenía cuenta corriente. ¿Qué iba a hacer con una caja de seguridad?

Hubo una larga pausa y, después, murmuró:

—Escuche, no sé lo que le habrá dicho esa chica, pero yo nunca tuve una caja de seguridad.

A Iris se le salieron los ojos de las órbitas.

—Perdone. ¿Qué chica?

—Le voy a decir lo mismo que le dije a ella. ¡Jamás confíe mi dinero a esos ladrones!

El ruido del humo sopló contra el auricular.

—Y yo tenía razón, ¿entiende? Esos bastardos cerraron las puertas a cal y canto en plena noche. ¡La gente tuvo que pedir a los federales simplemente que les permitiera recoger los objetos personales de sus escritorios! ¡Digo que Alistair y esos ladrones tuvieron su merecido!

—¿Regresó usted también a por sus cosas? —preguntó Iris, mordisqueando el lapicero.

—¿A por qué? Se lo he dicho. Yo no tenía nada en el banco.

Así que, después de todo, a lo mejor la llave no era de Suzanne.

—Lo siento. ¿Ha dicho usted que le contó esto mismo a alguien más?

—No estoy diciendo nada. Esa chica estaba loca. Llámame así, en mitad de la noche.

Al fondo se oía una voz que hablaba con impaciencia. Iris no tenía mucho más tiempo.

—¿Quién la llamó en mitad de la noche? ¿Lo recuerda?

—Claro que lo recuerdo. No estoy loca, ya verá.

Sopló más humo contra el auricular.

—Claro que no. ¿Quién era? ¿Trabajaba también en el banco? —insistió Iris.

—Fue esa cosita de nada del Departamento de Auditorías. Beatrice. Beatrice Baker. A propósito, no se crea nada de lo que le diga ella. Es una mentirosa.

La voz de Suzanne estuvo carraspeando en lo más profundo de sus oídos toda la noche. Quizá Suzanne no supiera nada de la llave. Pero entonces, otra vez, pareció volverse una chiflada paranoica en el instante en que Iris le preguntó por ella. Iris se volvía y se revolvió en la cama reflexionando sobre todo eso hasta que solo le quedó una idea: ¿quién era Beatrice Baker?

Al día siguiente, Iris llegó casi puntual a la puerta trasera del 1010 de Euclid Avenue. Apretó el botón y descansó la cabeza, adormecida, en el muro de piedra. Bajo la luz matinal, todo el drama nocturno de las linternas, las llaves y las cajas de seguridad resultaba ridículo. La puerta, la acera, la calle... Todo parecía totalmente normal.

Como siempre, Ramone abrió la puerta sin mostrar la cara. Iris estacionó y se sentó con su cigarrillo, debatiéndose sobre qué hacer primero. Quería subir corriendo a la planta quince para ver por dónde había estado moviéndose la linterna la noche anterior, pero no estaba segura de tener agallas suficientes. Después, estaba el vano entre pilares desaparecido de la tercera planta. Trató de concentrarse en eso, pero el comentario de Ramone sobre los túneles del sótano era más intrigante. Ramone era en sí mismo más intrigante. Iris todavía no sabía en qué lugar del edificio vacío pasaba el vigilante de seguridad los días y las noches.

Fue la voz de su padre en su cabeza la que tomó la decisión por ella. Con independencia de lo interesante que pudieran ser Ramone y el edificio, todavía tenía trabajo que hacer. Con un suspiro de derrota, extrajo de la vieja bolsa de deporte que había utilizado para su patética colección de herramientas el plano de la tercera planta y lo colocó en el portabloc. Brad necesitaba tener los croquis de las siete primeras plantas antes del lunes. Desfiló por las escaleras del muelle de carga y recorrió el pasillo de servicio.

Iris abrió de un tirón la puerta de la tercera planta y reconstruyó sus pasos. Contó despacio los pilares, empezando por la pared este y avanzando hacia el oeste. El número de pilares encajaba. El total de ventanas coincidía.

Todo se desbarataba en la biblioteca. La larga y estrecha biblioteca que ocupaba toda la longitud de la tercera planta en la cara oeste del edificio solo tenía siete metros y medio de anchura. Volvió a medir la habitación. Para que coincidiera con el piso inferior debía medir en realidad diez metros y medio de anchura. La biblioteca no tenía ventanas, porque el rascacielos lindaba al oeste con el viejo edificio del Cleveland Rotunda; era muro colindante. Iris revolvió en la bolsa para buscar el plano de la primera planta. Según su croquis, el muro exterior de la planta inferior llegaba tres metros más al oeste que el muro en el que estaba apoyada.

Golpeó en la pared con el bolígrafo mientras interpretaba los dibujos; sonaba hueca. La golpeó más fuerte con el puño. Definitivamente, no eran madera y yeso viejos. Sonaba como los paneles de pladur. Sus ojos revisaron la pared de arriba abajo. No tenía interrupciones. La pared estaba pintada de color oscuro y cubierta de retratos grandes de hombres blancos. El señor Wackerly, el señor Brodinger, el señor Mathias... Cada tres metros había un retrato con un nombre en una plaquita dorada. Los ojos de esos hombres la seguían mientras recorría de un lado a otro el muro oeste. Un estante para libros tras otro, pero seguía sin encontrar una puerta, una ventana o un panel de acceso.

Iris abandonó la biblioteca y se dirigió al despacho del rincón noroccidental de la fachada del edificio, donde estaba el escritorio vacío de Linda Halloran. Contó de nuevo para asegurarse. Se acercó a la pared oeste del despacho y la golpeó. Sonaba igual que la pared de la biblioteca. Estaba cubierta de paneles de madera tosca, pero no había juntas. En el rincón había una estantería grande. Tenía dos metros cuarenta de altura y un metro veinte de anchura.

Iris se acercó y la golpeó con el pie. Apenas vibró. «Roble macizo», pensó. Se asomó a la diminuta rendija que había entre la estantería y la pared y no vio más que sombras. Bajó la vista a la moqueta verde afelpada y, a continuación, volvió a levantarla para mirar la estantería. No había manera de que pudiera moverla. Inspeccionó los estantes vacíos e hizo un rápido cálculo mental. Delante de la estantería estaban el pesado escritorio de madera y un par de sillas de cuero. Todo parecía bastante caro. Dudó, pero enseguida rodeó el escritorio y apartó un poco las sillas.

La inmensa estantería estaba vacía y sin fijar a la pared. «Nadie te echará de menos», pensó. Con los ojos casi cerrados, se subió lo más alto que pudo, apoyó un pie en la pared y tiró del mueble. La pesada madera crujió por las esquinas y empezó a vencerse. Se balanceó un poco y, después, el monstruoso elemento del mobiliario se desplomó y se hizo añicos. La madera se rompió y se astilló. Iris sintió vibrar el suelo cuando la estantería se estrelló contra el pico del escritorio y se escoró hasta golpear en el suelo. Permaneció agachada y con los brazos delante de la cara para evitar que le saltaran astillas. Casi esperaba que Ramone irrumpiera allí con la pistola en ristre. Como no sucedió nada, dejó escapar una risita nerviosa y se sacudió el polvo de la ropa.

Se volvió y vio exactamente lo que esperaba encontrar tras la estantería. Era una puerta. Su madera oscura era igual que la del recubrimiento circundante. Accionó el pequeño pomo de bronce, pero estaba cerrado con llave. Extrajo del bolsillo la llave maestra que Brad le había dado hacía unos cuantos días y la introdujo en la cerradura. No se movía. Volvió a intentarlo para asegurarse.

Tenía que haber una llave en algún sitio. Decidió buscar de nuevo en los cajones de Linda. Palpó en el interior de todos los cajones, por todos los rincones, en busca de la llave. Lo único que encontró fueron dos clips y una chincheta. Cerró los cajones de golpe y se recostó en la silla de Linda, abatida. Miró los estantes partidos y, a continuación, de nuevo al escritorio. El tablero de la mesa estaba desportillado por donde había golpeado la estantería, pero le llamó la atención otra cosa. Tenía el mismo aspecto que el día anterior, grande, pesada y desocupada. Pasó la mano por la superficie y se quedó petrificada cuando reparó en que estaba equivocada. No había una sola mota de polvo. Miró al lugar donde escribió «Límpiamme». Las palabras habían sido borradas por completo. La madera estaba prístina. Sus ojos recorrieron la habitación con inquietud. El escritorio era lo único en la habitación que no estaba cubierto de mugre.

Se levantó de la silla de un salto. Alguien más había estado allí. Alguien había visto sus palabras en el polvo. Salió corriendo del despacho y llegó al pasillo, como si el responsable de aquello pudiera seguir allí con el trapo del polvo. Se quedó inmóvil y prestó atención cuidadosamente al silencio. La linterna ambulante de la planta quince se burlaba de ella.

Seguramente no fuera más que Ramone, se dijo. Se obligó a inspirar y espirar despacio tres veces. Su labor era merodear por el edificio y, si quería limpiar lo que le pareciera, estaba en su derecho. Tal vez tuviera una personalidad obsesivo-compulsiva. Tal vez estuviera loco.

—¿Hola? —gritó en el vestíbulo—. ¿Ramone?

No hubo respuesta. Volvió a prestar atención a la espera de oír pasos o el jadeo de un demente. Si había alguien más con ella en esa planta, lo oiría. El denso silencio lo cubría todo.

Iris regresó hacia el despacho de Linda y la puerta oculta. Al menos había encontrado el espacio que faltaba. Dibujó en el plano de la tercera planta una habitación vacía de tres metros de anchura y quince de longitud y señaló la localización de la puerta y la ventana desaparecida tras la estantería de Linda. La habitación tenía la longitud de la biblioteca y daba a la escalera de emergencia. Miró el plano. La estantería que ocultaba la puerta no tenía sentido. Pesaba una tonelada incluso vacía. Se preguntaba si Linda habría llegado a saber siquiera que aquella puerta existía. Iris entornó los ojos y se concentró en el lugar donde la habitación secreta se comunicaba con la escalera. Tal vez se le escapaba algo.

Ramone seguramente tuviera la llave de la puerta misteriosa. También tenía que preguntarle por sus hábitos de limpieza, pero no tenía ni idea de cómo encontrarlo. Había un teléfono en el escritorio de Suzanne. Levantó el auricular, pero no le sorprendió que no tuviera línea.

Iris tomó el jarro de café desportillado y pensó en su conversación con la mujer que bebía en él. Una joven había llamado a Suzanne en plena noche para preguntarle por una caja de seguridad. Se llamaba Beatrice Baker.

Se levantó de la silla como un resorte y se dirigió a la sala de archivo. Dentro del cajón con las letras «Ba-Br», justo allí, estaba el expediente de Beatrice

Baker, negro sobre blanco. Iris extrajo la carpeta colgante y lo abrió. La primera página estaba llena de centenares de marcas de comprobación y garabatos manuscritos. Era una especie de escritura, pero distinta de cualquier cosa que hubiera visto antes. Había montones de hojas y todas tenían el mismo aspecto.

—¿Qué coño...? —susurró Iris.

No había ninguna fotografía de carnet de la década de 1970, ningún expediente de empleo, ni la menor señal de Beatrice en todo el expediente.

—¿Qué estás haciendo aquí? —reclamó una voz grave.

Soltó un grito a pleno pulmón y su brazo chocó con el cajón abierto. Se volvió hacia la voz empuñando su linterna Magnum, lista para arrojarla con la intención de defenderse. Era Ramone.

—¡Jesús, Ramone! ¡No puedes acercarte a mí por sorpresa de esa manera! —Se guardó el expediente de Beatrice debajo del brazo—. ¿Cuál es el problema?

—Preguntaba qué demonios estás haciendo aquí. Ha sonado como si estuvieras demoliendo este sitio. ¡Vas a despertar a los malditos muertos!

Tragó saliva cuando mencionó a «los muertos». Luego, reparó en que se refería al estruendo de cinco minutos antes.

—¡Ah! He tenido que mover una estantería. —Agitó la mano como si se tratara de una nimiedad.

Ramone refunfuñó y ella pasó a su lado a toda prisa, ansiosa por cambiar de tema. Recogió el portabloc y guardó dentro el expediente de Beatrice, debajo de su cuaderno, como si le perteneciera.

—En realidad, me alegro de que hayas venido. Necesito ayuda con una puerta. Está allí.

La siguió al otro lado del escritorio de Suzanne, hasta el despacho de Linda y el destrozo que había creado.

—¿Por qué no viniste a pedirme ayuda? —dijo mirando a la estantería volcada y, a continuación, de nuevo a ella.

Iris hizo una mueca y levantó las manos.

—Bueno, supongo que no pensé que le importara a nadie.

Ramone sacudió la cabeza. Iris esculpió una sonrisa de disculpa. Lo importante era que Ramone no iba a preguntarle qué andaba husmeando en la sala de archivo, ni en la carpeta que acababa de robar. El nombre de Beatrice Baker asomaba debajo de su bloc. Colocó sus dibujos encima para ocultarlo. El corazón todavía le latía acelerado cuando vio el escritorio impoluto. No podía preguntar por él en ese momento. La pregunta parecería una locura. Seguramente él ya pensaba que Iris estaba loca. En lugar de eso, señaló a la puerta con un gesto.

—Me muero por saber qué hay detrás de esto.

—¿Por qué? No es más que un baño. —Ramone manoseaba torpemente las llaves.

—¿Un baño?

—Todos los despachos de las esquinas tienen un cuarto de baño detrás, «baños de directivo», para que los peces gordos no tuvieran que lavarse con la chusma.

Extrajo una llave de su enorme llavero y probó a introducirla en la cerradura. No entraba. Probó otras cuantas.

—Pero ¿por qué iban a poner una estantería delante de la puerta?

—¿Quién sabe? Tal vez estuviera averiado y decidieran simplemente no arreglarlo. —Ramone probó otra llave más y después se retiró de la puerta—. La llave no entra. Debieron de haber cambiado la cerradura cuando clausuraron el baño. Pequeñas cosas que se pierden en el barullo, ya sabes.

Iris volvió a examinar el plano de la tercera planta, rascándose la cabeza. Se lo mostró a Ramone y preguntó:

—¿Cómo es posible que todo esto sea un baño?

—No lo es —dijo señalando al dibujo—. Esto es el baño. Esto es el cuarto de instalaciones. Esto son las rejillas de ventilación —dijo señalando con el dedo los distintos espacios.

Iris asintió, sintiéndose completamente humillada. No había pensado en las instalaciones. Ramone sabía más que ella acerca de cómo había que ensamblar un edificio.

—¿Quieres ir a echar un vistazo al baño de arriba, encima de este? Seguramente son idénticos.

—No, está bien. Voy a ir allí después, de todas formas. Gracias, Ramone.

Iris juró en silencio renunciar a ser una detective aficionada y concentrarse en ser más bien una ingeniera mediocre. Arrastrando los pies, Ramone emprendió camino de regreso a dondequiera que pasara el tiempo.

—Oye, Ramone.

Se volvió y levantó las cejas.

—¿Tú...? —Las palabras «limpiaste la mesa» se le atascaron en la garganta. Iba a sonar demasiado estúpido, y ya se sentía suficientemente boba—. Olvidado.

Ramone sacudió la cabeza y se dirigió de nuevo al vestíbulo. Iris escuchó con atención, memorizando el sonido de cada paso hasta que la puerta de la escalera de emergencia se cerró con un sonoro portazo.

Iris pasó el resto de la mañana dibujando el plano del núcleo principal de la cuarta planta. Situó cuidadosamente los muros exteriores, el vestíbulo, los servicios, la escalera monumental y la torre de evacuación en el rincón suroccidental. Estaba decidida a no cometer más errores. Contó los pilares dos veces. Todo encajaba con la tercera planta. Cuando se dio por satisfecha y vio que no faltaba ninguna zona del edificio, se detuvo y se desperezó.

Los croquis estaban encajando, pero todo parecía bastante banal. Según Brad, el edificio seguramente iba a ser demolido junto con todos los misterios que encerraba. Nadie sabría jamás lo que había sucedido. La ancianita que perdió la caja 547 seguramente estaba muerta y enterrada.

Deambuló por el largo pasillo hasta el rincón noroccidental, donde había un despacho encima del de Linda. La puerta del final del pasillo tenía un cartel que decía «Oficina de Registro». Tras ella se conservaba un espacio de oficina similar a la zona de Recursos Humanos de abajo. De no haber sido por la gruesa capa de polvo y por una planta muerta en un rincón, habría tenido el aspecto de una jornada de trabajo ordinaria antes de que llegara el personal.

Se detuvo en la mesa del receptionista. Aún había un portalápices lleno de bolígrafos y un retrato familiar donde todos vestían ropa de cuadros escoceses. Los rostros amarillentos la observaban desde el portarretratos de imitación de oro. «No perturbed a los espíritus», se dijo Iris mientras abría un cajón. Estaba lleno de grandes sellos de caucho. En uno decía «ARCHIVO». Otro era un sello fechador en el que la secretaria podía reflejar la fecha de entrada; marcaba el 28 de diciembre de 1978. Tomó uno. Estaba manchado de tinta roja seca y, en el reverso, decía «ACCESO RESTRINGIDO». Lo dejó en su sitio y fijó la mirada en el despacho de la esquina.

En la puerta del despacho había colgada una pequeña placa que decía: «John Smith». Abrió la puerta y se asomó al interior. Estaba todo en penumbra, y las paredes se veían oscuras. Trató de encender la luz, pero las bombillas estaban fundidas. Avanzó hasta una ventana y levantó las persianas. Veinte años de polvo y residuos llovieron sobre su cabeza. Estornudó, sacudió el polvo de la ropa y se descubrió una habitación llena de armarios archivadores. Recubrían las paredes y estaban agrupados también en el centro de la habitación. Parpadeó en medio del polvo que le salpicaba la cabeza ante el laberinto de expedientes.

«¿Qué demonios es todo esto?», susurró Iris.

Ninguno de los cajones tenía marcas. Abrió uno. Estaba abarrotado de carpetas colgantes, cada una de las cuales estaba etiquetada únicamente con símbolos estrambóticos. Leyó unas cuantas etiquetas: «!!@%», «!!@^», «!!@&». Extrajo una marcada con «!!#%» y la abrió. Los documentos del interior estaban amarillentos por el paso del tiempo y cubiertos de cifras de una contabilidad. En la esquina superior derecha de todas las páginas se veía escrito a máquina «KLWCYR». En la esquina inferior derecha encontró «!!#%».

Introdujo de nuevo el expediente en el cajón, no sin esfuerzo, y lo cerró de golpe. Tenía trabajo que hacer, se recordó a sí misma. No podía permitirse perder más tiempo. Sacó la cinta métrica y abocetó la habitación. Avanzó hacia el rincón trasero y sintió alivio al ver que no había un inmenso armario archivador que ocultara la puerta del baño de directivos. Ya había destrozado suficientes muebles ese día. Agarró el pequeño pomo de bronce, a juego con el del despacho de Recursos Humanos de Linda, y lo giró.

Dentro, el suelo de mármol blanco resplandecía bajo la luz del sol que entraba por la ventana norte. Había un enorme espejo dorado colgado sobre el lavabo de porcelana. Flores y rostros de querubines enmarcaban el espejo antiguo. Abrió el grifo de agua caliente. No salió nada. Miró en el retrete y vio que estaba seco. El suelo del plato de ducha tenía marcas de óxido por el goteo de un grifo que se había secado hacía años.

Tomó las medidas de la habitación. Tenía exactamente tres metros de anchura, como se suponía que debía ser, pero solo tres metros de longitud. La pared adyacente al patinillo de instalaciones que Ramone había descrito estaba recubierta de azulejos, pero había una rejilla grande cerca del suelo, junto al retrete. Se agachó junto a ella e iluminó el interior de la rejilla con la linterna. Entre los listones solo pudo vislumbrar el brillo lustroso de las planchas de metal. Debía de ser la rejilla de ventilación, concluyó, y tomó nota en los planos.

Cuando cerró la puerta del despacho de John Smith, no podía quitarse de la cabeza la voz de Suzanne. «Esos bastardos cerraron las puertas a cal y canto en plena noche.»

Quienquiera que fuese, hacía mucho que se había ido.

Fuera, en la East Ninth hacía calor y era un enjambre de todas las demás abejas obreras que salían de los edificios de oficinas circundantes y se metían en las cafeterías y restaurantes dispersos por la zona para almorzar. Iris encendió un bien merecido cigarrillo y caminó dos acaloradas manzanas hasta Panini's para comerse un sándwich de pastrami rebosante de ingredientes. Después de abrirse paso con los codos a través de la multitud en el mostrador y luchar para conseguir servilletas de papel y condimentos, encontró un banco cercano a una ventana y se hizo un hueco.

—¡Ey, forastera! —llamó una voz desde el otro lado de la sala.

Era Nick.

Iris agarró una servilleta y se limpió la mostaza de la barbilla. La sonrisa desenfadada de él hizo que se le revoliera el estómago. La había llevado a casa cuatro días antes después de unas copas con los compañeros de trabajo. Ella se emborrachó chapucemente y le dio un beso chapucero. No parecía demasiado impresionada en ese momento. Las mejillas se le enrojecieron cuando lo vio abrirse paso entre la multitud para acercarse a ella.

—Ey, Iris. ¿Dónde te has metido?

—Hola, Nick. —Se sintió halagada porque él hubiera reparado siquiera en su ausencia—. El señor Wheeler ha decidido dejarme salir de la oficina. He estado trabajando calle abajo, en el edificio del viejo banco.

Nick colocó su bandeja junto a la de Iris. Con su pelo ondulado y sus pantalones color caqui arrugados, estaba casi insultantemente guapo.

—Guau. ¿Cómo has conseguido eso?

—Brad me ofreció voluntaria. Creo que trataba de ayudarme.

Iris sintió que se sentaba más erguida y deseó haber llevado una prenda superior más bonita. *Mierda. ¿Es esto una mancha de mostaza?* Se cruzó de brazos para ocultar la mancha.

—¿Trataba de ayudarte a hacer qué? —preguntó con una sonrisa de suficiencia.

—Mmm... Bueno, para impedir que me volviera loca, supongo.

—¿Está dando resultado? —preguntó arqueando las cejas con una sonrisilla.

Todavía sentía los labios cálidos sobre los suyos.

—Bueno, algo así.

Fijó la mirada en el sándwich. Lo que realmente la estaba haciendo enloquecer no era saber por qué se había limitado a abandonarla en su casa después de haberla besado.

—Hola a todos. ¿Puedo sentarme con vosotros, chicos?

Una hermosa rubia se acercó con una ensalada minúscula entre las manos. Iris la reconoció de la oficina.

—Hola, Amanda. Siéntate.

Nick dio unos golpes con la mano en el banco donde estaba sentado. Amanda llevaba una blusa de seda y una falda blanca que se ajustaban a su culo perfecto como un guante. Iris nunca iba de blanco. Al cabo de unos minutos de ponerse cualquier cosa inmaculadamente blanca, se sentaba en un charco de ketchup o se apoyaba en la cerradura grasienta de la puerta de un automóvil. Nunca podía mantener una falda blanca.

—¿Conoces a Iris? —preguntó Nick.

—Claro. Tú estás en ingeniería, ¿verdad?

—Esa soy yo. —Iris estaba segura de que tenía un trozo de espinacas entre los dientes.

—Llevo queriendo pasarme por allí y hablar contigo —dijo con una sonrisa edulcorada.

—¿En serio? —Iris estaba confusa. Amanda era una arquitecta y, por lo que ella sabía, se ocupaba de desfilar por ahí como una modelo—. ¿De qué?

—Amanda se ocupa de la comunicación con el personal —dijo Nick con la boca llena de ternera asada.

—La comunicación ¿con quién? —Iris enarcó las cejas.

—Exactamente. ¿Lo ves, Nick? El personal nuevo ni siquiera sabe quién dirige esta empresa.

—Bueno, eso no... —empezó a decir Iris.

Amanda siguió hablando directamente.

—El personal más joven es el futuro de esta empresa, y nos corresponde a nosotros establecer los objetivos. Los socios quieren realmente sacar más de nosotros.

—Más —repitió Iris, tratando de no dejar ver su irritación.

Acababa de trabajar todo el fin de semana gratis. ¿Qué más podían querer?

Los «socios» eran los viejos que se pasaban el día sentados en su despacho, acaparando las ventanas. El único con quien Iris había hablado alguna vez era el señor Wheeler. Valoró ese hecho un instante y, a continuación, descubrió que no era del todo cierto. Había hablado con otro tipo de pelo gris y con traje hacía unas cuantas semanas. La había pillado en el pasillo cuando trataba de que no la vieran llegar a su escritorio.

—Buenos días, Iris —le dijo con una sonrisa extraña.

—Oh... Uh... Ehhh —respondió, porque no sabía su nombre.

No la ayudaba mucho tener resaca y estar llegando quince minutos tarde aquella mañana.

—Bueno... ¿Qué tal se adapta a la vida aquí en WRE?

Había sido una pregunta razonable, pero no pudo evitar pensar que parecía disfrutar presenciando su vergüenza.

—Mmm... Es fantástico. —Forzó una sonrisa—. Tenemos en marcha algunos proyectos verdaderamente interesantes.

—¿No le parece? —Su sonrisa retorcida le indicó que sabía que estaba hasta arriba de alcohol—. Mejor ponernos a ello, ¿no?

Dicho esto, simplemente se volvió paseando con tranquilidad hasta el otro lado de alguna puerta cerrada en el otro extremo de la oficina. Parecía como si hubiera bloqueado ella misma todo el intercambio; pero, desde entonces, en algún lugar de su inconsciente había estado evitando todo contacto directo con los socios.

Amanda continuó proclamando la necesidad de un incremento de las horas de trabajo y defendiendo que se ofrecieran incentivos en acciones para todo el personal. Iris fingía estar interesada mientras trataba de averiguar cómo iba a meterse en la boca su gigantesco sándwich con Nick sentado allí delante. No había ninguna manera femenina de hacerlo. Además, en todo caso, podía verse a sí misma permaneciendo en WRE el tiempo suficiente para acabar completamente forrada de acciones obtenidas así, lo que difícilmente era un incentivo. Nick y Amanda hablaban como condenados a cadena perpetua. Resultaba deprimente. Estaba segura de que habrían sido muy felices juntos.

Después del almuerzo, los tres se dirigieron de nuevo a la oficina. Amanda no dejó de hablar todo el camino. Iris se quedó rezagada para evitar la tentación de empujar a la chismosa al tráfico. A la primera oportunidad, los saludó para despedirse y cruzó East Ninth Street a la carrera en dirección al banco. Después de escuchar la perorata de Amanda durante veinte minutos, necesitaba de verdad un cigarrillo.

—¿Iris, espera! —gritó Nick desde detrás de ella.

Se acercó al trote hasta su lado. Iris metió el paquete de cigarrillos de nuevo en la bolsa. Nadie en el trabajo sabía que fumaba. Estaba mal visto.

—¿Sí?

—Tengo que ver el viejo banco por dentro. ¿Puedes hacerme una visita guiada?

Nick ladeó la cabeza con aire divertido, o tal vez le daba el sol en los ojos. Iris no sabía decir.

—¿En serio? ¿Por qué?

—El señor Wheeler quiere que le dé mi opinión acerca de si hay algo de valor histórico en el interior que se pueda rescatar. WRE podría aconsejar al condado que restaurara parte del edificio si se lleva a cabo la venta.

Levantó una funda grande de una cámara fotográfica en la que no había reparado hasta ese momento.

Iris asintió.

—Claro. Ven conmigo.

Wheeler parecía estar tomándose verdadero interés en el proyecto. Tal vez su esfuerzo en el trabajo se apreciara realmente. *Oh, mierda*. Quería salvar el «interior» y acababa de demoler una estantería. Al menos, había salvado las sillas.

Iris lo condujo hacia el callejón trasero del edificio. Ramone les abrió y ella guio a Nick tras el muelle de carga hasta el vestíbulo principal. Rellenó el silencio incómodo con conversación.

—El First Bank of Cleveland cerró en 1978. Aunque no te lo creas, pusieron cadenas con candados en las puertas en mitad de la noche y dejaron todas estas cosas aquí. Muebles, jarras de café, fotografías, expedientes... Todo se ha conservado perfectamente. No puedo creer que en veinte años nadie haya venido por aquí y lo haya dejado vacío. A alguien debe interesarle realmente este lugar. Quiero decir, ¿qué edificio vacío tiene un vigilante de seguridad armado? Supongo que les preocupaba que robaran algo. De todas formas, no sé quién querría robar esta chatarra.

«Además de mi», pensó Iris. Se había llevado el expediente de Beatrice esa mañana. Después, estaba la llave de Suzanne. No era robar, rectificó. Solo estaba tratando de ayudar a alguna anciana a recuperar sus cosas. Se le pasaron por la cabeza las puertecitas de acero de las cajas de seguridad de la cámara acorazada, además de la linterna de la planta decimoquinta.

Iris se dio cuenta de que se había sumido en un silencio sepulcral.

—Bueno. ¿Qué quieres ver concretamente?

Sus cálidos ojos marrones centellearon de diversión ante su despliegue nervioso de palabrería.

—Tengo que ver una típica zona de oficina para hacerme una idea del mobiliario y los acabados.

Mantuvo su mirada medio segundo, demasiado largo. Se le subió el color a las mejillas. Se volvió y señaló a un candelabro de la pared.

—¿Has visto esos apliques?

—Son muy hermosos —dijo desde detrás de ella.

Lo miró de soslayo y no estaba mirando a las paredes. Estaba mirándola a ella. *Maldita sea. ¿Por qué tenía que ser tan atractiva?*

—En realidad, tengo que ver las plantas superiores.

—De acuerdo. Todavía no he pasado de la cuarta planta, pero he visto unos cuantos despachos.

Lo subió por la monumental escalera principal, en lugar de por la escalera de la torre de evacuación. No era tan directo, pero era sin duda más bonita, con sus mármoles y su hierro forjado. Sintió que balanceaba las caderas más de lo habitual mientras subía los escalones delante de él.

Husmearon por la cuarta planta durante más de una hora. Nick tomaba fotografías con la cámara mientras Iris tomaba más medidas y notas en el portabloc. La cuarta planta albergaba la mayoría de las salas de archivo, con puertas donde se leía «Depósitos» y «Préstamos». Perdió la pista de él durante un rato hasta que lo oyó gritar.

—¿Qué demonios es todo esto?

Siguió el rastro de su voz hasta el despacho de armarios archivadores abandonados de John Smith.

—No tengo ni idea. Supongo que necesitaban más espacio de almacenamiento.

—Uf, ¿están llenas todas aún?

—Raro, ¿verdad? —Empezó a preocuparle que su visita guiada fuera un fracaso y él no estuviera tomando suficientes fotografías de mobiliario, o cualquier otra cosa.

—Por aquí, ven a ver esto.

Iris le hizo sortear los armarios archivadores hasta entrar en el sofisticado cuarto de baño.

—Este es el «Cuarto de Baño de Directivos» ¿Puedes creerte esto? —preguntó señalando al espejo dorado y al plato de ducha de mármol.

Nick negaba con la cabeza mientras inspeccionaba despacio la habitación.

—Quiero decir, es espléndido pero está un poco estropeado. Como si los niños ricos tuvieran que estar separados de las masas mugrientas, o algo así —Iris parlotecía de nuevo.

Nick tomó un par de fotografías.

—De acuerdo, voy a... —Iris se detuvo al darse cuenta de que tendría que apretarse contra él para llegar a la puerta. La habitación era muy estrecha, y Nick estaba justo en medio del paso. Se adelantó un poco hacia él torpemente esperando que comprendiera el gesto—. Voy a regresar a mis croquis.

Él se quedó quieto junto al lavabo, sin desplazarse. Había dejado de tomar fotografías y estaba observándola con su sonrisa divertida. Iris tendría prácticamente que frotarse contra él para pasar. Tal vez fuera esa la idea. Los ojos de Nick se mantuvieron fijos en los de ella demasiado tiempo.

—Mmm... ¿Vas a...? —La palabra «moverte» quedó en suspenso cuando la sonrisa de él se desvaneció y sus ojos se fijaron en sus labios.

La habitación se volvió de repente pequeña y calurosa. Estaban completamente solos. Nadie sabía siquiera en qué lugar del rascacielos vacío estaban, ni que estaban juntos.

La mirada de él se detuvo en su camiseta, que ahora parecía demasiado ajustada. El pulso de Iris se disparó. Esto iba más allá de flirtear o coquetear. *Mierda*. Retrocedió un paso y casi entró de un tropiezo en la ducha, que se encontraba detrás. Él la agarró por la cintura.

—¡Uy! Gracias, yo... Sería mejor que me fuera —su voz se convirtió en un susurro.

—No creo.

Él la estrechó contra su pecho y la besó directamente en la boca. Los labios de ella actuaron por cuenta propia y le devolvieron el beso. Cuando se retiró para respirar, se sentía ebria y mareada. Hasta las voces de su cabeza se habían quedado sin habla. Él volvió a besarla, con más intensidad, y ella sintió que las rodillas cedían. *Oh, Dios*. Se apartó con brusquedad. Iris tenía unas normas estrictas. Jamás se llevaba a casa a chicos del bar. Nunca dormía con un chico el día de la primera cita, aunque tuviera costumbre de salir con chicos.

—Espera, Nick. ¿Qué estamos haciendo?

—Algo que debería haber hecho la otra noche —dijo mientras tomaba aliento para volver a abrazarla y besarla.

Fue un beso más largo. La sangre de ella se agolpaba desahogada por todas partes, menos en el cerebro. Nunca la habían besado tan bien.

Ella apenas trató de separarse.

—¿Qué? Pero no podemos.

—Claro que podemos. ¿Quién va a enterarse?

El dedo de Nick recorrió su pecho y volvió a besarla. Una oleada de calor le subió por todo el cuerpo.

—Nick, yo no... —Pero los labios de él encontraron el cuello de ella y todo estuvo perdido.

Las rodillas de ella y el resto del cuerpo, que estaba rígido y se aferraba a ciertos principios, se derritieron y se vino abajo. No era capaz de encadenar dos

pensamientos seguidos, todo sucedió muy deprisa. Estaban en el suelo. Las manos y los labios de él la despojaron de sus defensas una por una, junto con su ropa. La piel desnuda de Nick infundía calor a la de ella. Nick no cejó hasta que todo pensamiento de la cabeza de Iris saltó en un millón de pedazos deslumbrantes.

Cuando ella recuperó el juicio, los dos estaban tendidos, uno junto a otro, en el suelo, esforzándose por recuperar el aliento. Iris se incorporó y se apoyó en un codo. Las ropas de ambos estaban desperdigadas por el suelo polvoriento como si hubiera estallado una bomba. Todavía le temblaban los muslos. *Jesús*. Jamás le había sucedido nada igual. Estaba avergonzada. *Tenemos que vestirnos. ¿Qué pasaría si nos encuentra alguien del trabajo? ¿Qué pasaría si Ramone nos encontrara así? ¿Y si nos ha oído?* Quizá ella hubiera gritado, no tenía ni idea. La sangre se le agolpó en las mejillas. Se rio con nerviosismo, al borde de la histeria.

—¿Qué te parece tan divertido? —preguntó Nick, tendido plácidamente con los ojos cerrados.

Iris tuvo que decir algo.

—¡Oh! Solo me preguntaba si es esto en lo que la empresa estaba pensando cuando dijeron que estaban buscando «sinergias» entre el personal más joven.

—Tal vez deberíamos hacer una propuesta. Ahora mismo estoy seguro de que me siento como un auténtico miembro del equipo.

Él se desperezó y pasó un dedo sin prisa por la espalda de Iris mientras ella lidiaba con su sujetador. *¿Había sido este su plan todo el tiempo?* Le apartó la mano con rapidez.

Se pusieron de pie y recogieron sus ropas del suelo. Ella dejó de abrocharse y le robó una mirada. Nick era al menos cinco años mayor que ella. Seguramente ya había hecho algo así antes. Él la sorprendió mirando y le alborotó el pelo. Eso era lo que habría hecho una especie de hermano mayor. Ella lo miró un instante mientras él se metía la camisa por dentro de los vaqueros.

«Por supuesto que ha hecho algo así antes», pensó, mirando el envoltorio roto en el suelo. Él salía a la calle con condones en la cartera. Le había hecho cosas que nunca le había hecho nadie. Era un hombre adulto. De repente, se sintió como una estúpida jovencita.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—¿Qué quieres decir?

—Pareces disgustada.

—Yo... Ehhh... No hago este tipo de cosas.

—Yo tampoco.

Y le guiñó un ojo y la besó en la mejilla.

Mentiroso.

Se volvió hacia el espejo chapado en oro para alisarse el cabello. Los querubines dorados la observaban desde sus atalayas. Lo habían visto todo. Les dio la espalda y se preguntó cuántas mujeres habrían estado en esa habitación y en qué circunstancias.

Lunes, 27 de noviembre de 1978

Era más de mediodía cuando Max y Beatrice salieron del Theatrical tambaleándose y se sumergieron bajo el sol invernal. La nieve reciente relumbraba de forma cegadora entre las largas hileras de otra nieve apartada y medio derretida. Beatrice retrocedió ante la luz.

—Volvamos a tu casa un momento —dijo Max, dirigiendo a Beatrice hasta la parada del bus de la esquina—. Ya nos pasaremos por la oficina esta noche, más tarde, y veremos lo que podemos averiguar de la caja de seguridad de tu tía.

Beatrice ya estaba reconsiderando la idea, pero estaba demasiado ebria para discutir. Por mucho que quisiera averiguar por qué Doris tenía cartas del banco y qué había en la caja 547, sabía que estaba mal. Doris jamás se lo perdonaría. Tenía que decírselo a Max, pero no ahora. Más adelante.

Cuando llegaron al apartamento de un dormitorio de Doris, Beatrice tenía los pies destrozados. Dejó caer su bolsa junto a la puerta y se derrumbó sobre el sofá. No había dormido gran cosa desde que ingresaron a su tía en el hospital. Sola, por la noche, en el apartamento, se sobresaltaba con cualquier ruido. Lo último que recordaba era haberle ofrecido a Max una cerveza del frigorífico.

No tenía ni idea de cuánto había dormido. Cuando abrió los ojos, el apartamento estaba oscuro y silencioso. El reloj de la cocina marcaba las cinco y cuarto de la tarde. Fue el sonido del roce de unos papeles lo que la despertó. Se incorporó de un salto, cada vez más alarmada.

—¿Quién hay ahí? —susurró en la habitación a oscuras.

La puerta de la calle estaba cerrada. La luz de la cocina estaba apagada. La única luz que había procedía del dormitorio de Doris, junto con el sonido de papeles al extraerlos de un cajón.

Se levantó del sofá disparada y corrió a la puerta de su tía. La puerta del armario estaba abierta. El cajón de abajo del aparador de Doris estaba vacío. Max estaba sentada en la cama de su tía, rodeada de pilas de documentos.

—¿Qué estás haciendo? —gritó. Max dejó caer la hoja que estaba leyendo—. ¿Quién te ha dicho que podías entrar aquí?

Corrió hacia el armario de su tía y lo cerró de un portazo. Se volvió bruscamente recorriendo con la mirada las pilas y pilas de papeles amontonados sobre la cama hasta fijarse en el cajón vacío. Jamás podría volver a colocarlos como estaban.

—¿Cómo has podido? ¿Cómo has podido hacer esto?

—Cariño, lo siento, solo... No pretendía hacer ningún daño —balbució Max—. Te dormiste y, bueno, me aburría.

—¡Ni siquiera a mí se me permite entrar en esta habitación! —gritó Beatrice—. ¡Estas son sus cosas! ¿Cómo has podido tocar sus cosas? ¡Fuera de aquí!

—Vamos, Bea —replicó Max, apartándose de la cama.

—¡Lo digo en serio! ¡Sal de aquí! ¡No puedes estar aquí!

Max salió a toda prisa de la habitación y agarró su bolso. Se lo echó al hombro y abrió la puerta de la casa. Se volvió hacia Beatrice:

—¡Lo siento, chiquilla! De verdad que no quería causar ningún daño. No tenía ni idea de que... —Max estaba a punto de decir algo más, pero pareció cambiar de opinión.

Salió al frío descansillo de la escalera y cerró la puerta con suavidad.

A Beatrice le hizo falta más de una hora y una ducha caliente y prolongada para relajar los puños apretados. Se estuvo cepillando el pelo hasta que el cuero cabelludo le quedó casi en carne viva. Se puso su mejor jersey y unos pantalones de punto. Tenía que ver a Doris.

Surcó los ascensores y los pasillos esterilizados del hospital sin levantar la vista del suelo hasta llegar a la minúscula habitación de Doris. La mujer que había tendida en la cama ni siquiera parecía ya su tía.

—Lo siento —susurró.

Se quedó de pie junto a la cama y contempló cómo una máquina movía arriba y abajo rítmicamente el pecho de su tía, a la espera de percibir algún cambio producido por el sonido de su voz. Era la primera vez que Beatrice trataba de hablar a Doris desde que sufrió el infarto, pero no sucedió nada.

—No sabía que iba a hurgar en tus cosas.

Examinó el rostro de Doris, esperando casi que se retorciera de ira. Los pómulos se le proyectaban desde el rostro grisáceo, y las órbitas de los ojos estaban hundidas y oscuras. La papada le reposaba en el cuello. Hasta su pelo parecía haberse vuelto más fino. Solo habían pasado cinco días y la Doris que ella conocía ya se había marchado. Extendió la mano y acarició la mano de su tía. Estaba fría e inmóvil.

—Lo único que pasa es que ha sido muy agradable tener una amiga. Necesitaba una amiga. Yo tenía amigas, ya sabes. Las tenía. Allí, en casa —se le quebró la voz mientras ahogaba un sollozo—. Ojalá estuvieras aquí para decirme lo que debería hacer.

Se levantó de la silla y se enjugó las lágrimas. Doris detestaba verla llorar. Luchó por controlarse hasta que pudo decir con voz clara y fuerte:

—Volveré a verte mañana.

Beatrice estaba esperando el ascensor cuando una enfermera del mostrador le hizo una seña para que volviera.

—¡Acaba de escapársele su tío!

—¿Mi tío? —repitió Beatrice, que estaba a punto de decir que debía de haberse equivocado cuando la enfermera la interrumpió.

—Sí, no hace ni cinco minutos. Si se da prisa, tal vez lo alcance en el vestíbulo. Sentimos mucho alivio al ver que su tía tenía otra visita.

Beatrice frunció el ceño.

—Es que parecía usted muy joven y estaba siempre sola. Odio tener que reconocer que casi llamamos al Servicio de Protección de Menores.

La enfermera soltó una sonrisita.

A Beatrice se le heló la sangre. El Servicio de Protección de Menores. Hasta ese momento no había tenido en cuenta que, técnicamente, era menor de edad; una menor sin tutor. Tragó saliva y asintió.

—El momento no ha podido ser más oportuno... con su tío, quiero decir. Teníamos que hablar con el siguiente pariente cercano acerca de las voluntades de su tía. —La mujer de uniforme blanco levantó la vista para mirar a Beatrice a la cara—. Bueno, no se preocupe por eso, cariño. Ocupese únicamente de recuperarse, ¿de acuerdo? Su tío se encargó de todo.

«¿Qué tío?», quería gritar, pero estaba demasiado asustada para quedarse allí plantada un minuto más. El ascensor la dejó en el vestíbulo, y lo atravesó corriendo, medio esperanzada y medio aterrorizada por que pudiera ver un atisbo de su «tío». No había nadie más que una anciana en una silla de ruedas. Estaba llorando.

Hizo corriendo prácticamente todo el camino de regreso al apartamento de Doris. Su tía nunca se había casado; al menos, que ella supiera. ¿Había pedido el hospital siquiera un certificado de matrimonio? Solo habían pedido a Beatrice que firmara en el libro de registro de visitas todos los días. El libro, reparó. Su «tío» debía

de haber firmado en el libro también.

Cuando llegó por fin a casa desde el hospital, sintió como si necesitara atención médica ella misma. Entre su «tío» y el Servicio de Protección de Menores podría haberle dado un ataque también. Dejó caer el bolso sobre la encimera de la cocina y abrió el frigorífico minúsculo. No había comido en un montón de horas, tal vez días. No recordaba. Había una lata de cerveza junto a un paquete abierto de bicarbonato sódico. Había también un poco de ketchup, una rebanada de pan y medio cartón de zumo de naranja. Sacó el zumo. ¿Qué tío?

Con la repentina subida de azúcar, empezó a concentrarse en las últimas noches en que Doris había estado fuera de casa. Quizá estuviera viendo a alguien. Tal vez ese alguien le hiciera una visita al hospital. Todavía estaba encendida la luz del dormitorio de su tía. Los montones de papeles seguían colocados en varias pilas sobre la cama. Beatrice se acercó, se sentó donde Max había estado sentada y los miró.

Uno de los montones tenía impreso el encabezamiento del First Bank of Cleveland. Eran copias con carboncillo. Beatrice había tenido que mecanografiar cartas similares en el trabajo colocando varias hojas de papel con láminas de papel carbón entre medias. Recogió la carta que había encima del montón. Llevaba fecha del 5 de enero de 1962.

**Querida señora Howell,
Lamentamos informarla de que su cuenta de la Caja de Seguridad nº 815 está en descubierto. Si no realiza un ingreso, el First Bank of Cleveland no tendrá otra alternativa que cerrar su cuenta. Las propiedades no reclamadas quedarán bajo custodia del Estado de Ohio. Dispone de quince días para satisfacer la deuda.
Sinceramente,
William S. Thompson,
Director del Departamento de Auditorías**

Beatrice arqueó las cejas mientras miraba la carta. Max había estado hablando precisamente de eso cuando tomaron las copas. Hojeó la pila de papeles. Eran todas semejantes. Las contó y encontró veintiséis. Volvió a dejar el montón y estuvo reflexionando sobre el asunto. No era capaz de imaginar una razón por la que Doris guardara copias de cosas como esas, menos aún después de tantos años.

La firma de la mecanógrafa era DED en las primeras cartas, pero después cambiaba. Las fechas que aparecían iban siendo más recientes a medida que Beatrice avanzaba en el montón. La carta más reciente estaba fechada el 12 de junio de 1977. Iba firmada como todas las demás, por Bill Thompson. La mecanógrafa era MRM. Beatrice frunció el entrecejo. ¿Max?

Dirigió la mirada a otra pila de papeles. Era un montón de blocs de taquigrafía, cada uno de los cuales tenía páginas y páginas de notas taquigráficas. Entornó los ojos para leer la primera hoja y descubrió que solo podía descifrar una de cada tres o cuatro palabras del estilo descuidado de su tía: «venta», «clausurada», «oro», «Cleveland».

Las dejó a un lado y pasó a la pila de cartas manuscritas. Los nervios se le crisparon en la espalda en señal de protesta. Eso era entrometerse en los asuntos personales de su tía, pero sus ojos dejaron de obedecerla.

Mi queridísima Doris,

Nada es lo mismo desde que te marchaste. Mantener la farsa en el trabajo y en casa me está matando. Quiero gritar mi amor desde los tejados y malditas sean las consecuencias. Quiero pasar todas las noches contigo. Un día, muy pronto, estaremos juntos y todas las mentiras y los secretos se habrán terminado. Sé paciente, nena. Recuerda nuestro plan y cuánto te quiero. Nos vemos el sábado donde siempre.

Siempre tuyo,

Bill

A Beatrice se le salieron los ojos de las órbitas cuando leyó la última línea. Un hombre llamado Bill tenía una aventura con Doris. No había ninguna duda. Ojeó una tras otra todas las cartas, todas escritas con el mismo garabato de caligrafía y todas firmadas por Bill. Había, al menos, cincuenta cartas. Sus ojos saltaron a toda prisa a una carta bancaria firmada por William S. Thompson. La sacó de su montón y la comparó con la carta de amor que tenía en la mano. La caligrafía coincidía.

Se le cayeron de la mano los papeles. Doris había tenido una aventura amorosa con Bill Thompson. El misterioso hombre que había ido a visitar a Doris en el hospital podría haber sido Bill. Salió de la habitación torpemente y aturdida. Extrajo la lata solitaria de cerveza que había en el frigorífico y la abrió. Sabía a rayos.

Doris tenía una pila de viejos documentos bancarios en su dormitorio y una caja de seguridad en el banco. Nada de ello tenía sentido, pero tal vez la caja 547 contuviera las respuestas. Revolvió en su bolso hasta que encontró las llaves de su tía. Desplegó en abanico el llavero en la palma de la mano para buscar la llave en cuestión. La lata de cerveza cayó al suelo. La llave 547 había desaparecido.

Beatrice desfiló por la oficina el martes por la mañana buscando guerra. Sencillamente, Max había ido demasiado lejos. Trató de convencerse de que había robado la llave para ayudar a Beatrice a acceder a la caja, pero su estómago no aceptaba la explicación. ¿Cómo podía habérsela llevado así?

Por supuesto, el martes por la mañana no se veía a Max por ninguna parte. Siempre llegaba tarde. Aunque eso jamás le había preocupado, de repente, estaba enfurecida por la injusticia. Levantó la vista hacia las hermanas Grim, hacia la vieja arpía, hacia la joven apocada del rincón y hacia Francine, que repiqueteaba a su lado en la máquina de escribir. Todas trabajaban con ahínco. Mantenían la cabeza agachada. No se escapaban al cuarto de baño para fumar y, sin duda, jamás llegaban al trabajo dos horas tarde.

Como si le hubiera dado pie, Francine saludó con un gesto conciso.

—Buenos días, Francine —murmuró Beatrice.

Beatrice trató de mantenerse ocupada con ciertas labores de archivo que el señor Rothstein le había encomendado, pero se descubrió a sí misma buscando a Max toda la mañana por el raballo del ojo. Cuando llegó la hora del almuerzo y pasó sin señales de Max, acabó incluso enfureciéndose más. ¿La estaba evitando? ¿Había llamado diciendo que estaba enferma? Daba golpecitos en el suelo con el pie. Francine, a todas luces molesta, la fulminaba con la mirada. Beatrice se detuvo y, exasperada, se levantó.

En el cuarto de baño, se atusó el peinado y el maquillaje ante el espejo e hizo una pausa. Tal vez la enfermedad de su tía la había avejentado, pues la mujer que la miraba desde el espejo parecía mucho mayor que la joven que recordaba. Su cabello rubio estaba cepillado y se había aficionado a llevar lápiz de labios, igual que Max. Tomó una toallita de papel y se los frotó hasta que volvieron a verse sonrosados.

Estaba justamente volviendo a sentarse ante su escritorio cuando el señor Halloran abrió la puerta y la llamó a su despacho con un gesto. Se le revolvió el estómago un poco cuando tomó el bloc de notas. Siempre se arrimaba a la puerta para que tuviera que rozarse con él para entrar.

—Bueno, Beatrice, ¿qué tal va su encargo especial? —preguntó mirándole las piernas.

Mantuvo las rodillas y los tobillos bien juntos.

—Perdón, ¿cómo?

—¿Qué está averiguando sobre el proyecto del señor Thompson?

Los dedos largos y con una manicura perfecta del señor Halloran recorrieron suavemente el filo del vade de escritorio de cuero. Sus ojos rastrearón la línea del cuello de Beatrice. Por la caída de los ojos del señor Halloran, podía asegurar que había bebido otra vez.

Beatrice se aclaró la garganta y cambió de postura en la silla con incomodidad. Tras un instante de vacilación, decidió que ya no le debía lealtad a Max. Max era una ladrona.

—Bueno, según parece, el señor Thompson ha estado llevando a cabo una auditoría secreta de las cajas de seguridad. Maxine McDonnell dice que ha estado actualizando los registros y llamando a clientes.

El señor Halloran dejó de mirarle el cuello.

—¿Es así?

—Sí... Bueno, salvo que algunos de los registros han desaparecido por completo.

—¿Desaparecido? —Levantó las cejas.

Beatrice entrecruzó las manos y deseó no haber hablado tanto, pero era demasiado tarde.

—Lo único que sé es que hace unos cuantos años un cliente afirmó que el Estado de Ohio no tenía ningún registro de la expropiación de su caja de seguridad... Ahí es cuando empezó la auditoría.

Una amplia sonrisa se extendió por el rostro de Randy.

—Bien hecho, Beatrice. Me aseguraré de informar a la señorita Cunningham del valioso activo en que se está convirtiendo usted. A partir de ahora, voy a encomendarle todos mis proyectos.

Beatrice no sabía si sonreír o preocuparse y no hizo ninguna de las dos cosas. Para bien o para mal, trabajaba para Randy. Si se podía confiar en lo que había dicho Max, el empleo de Beatrice en el banco era seguro.

Él se levantó y recogió un abultado montón de expedientes.

—Estos expedientes son de acceso restringido y bastante delicados. Tengo que ordenarlos según las notas que lleven al pie y archivarlos de nuevo. ¿Puede devolvérmelo hecho al final del día?

El peso de los expedientes hizo inclinarse a Beatrice hacia un lado cuando él los dejó en sus brazos.

—Por supuesto, señor Halloran.

La acompañó a la puerta.

—Beatrice, por favor, llámame Randy.

De regreso a su escritorio, Beatrice abrió el primer expediente y se quedó perpleja ante la hoja de papel mecanografiada. Estaba llena de números, filas y filas de cantidades de dólares y fechas. El encabezamiento decía «**STHM**» y en el pie se veía escrito «**%\$%**». Empezó a amontonar las hojas según los símbolos que hubiera al pie de cada página, tal como le había indicado el señor Halloran. Al cabo de unos minutos, su escritorio estaba cubierto con pilas de papel, y descubrió que estaba llamando la atención sobre sí misma y sobre esos documentos tan delicados. Los reunió y empezó a introducir las hojas en carpetas colgantes de su cajón archivador.

Una hora después, llevó la pila de nuevo al despacho del señor Halloran y llamó suavemente a la puerta. Al no recibir respuesta, giró el picaporte y se asomó al interior. El escritorio del señor Halloran estaba vacío. Aliviada por el hecho de que no fuera a producirse otro encuentro desagradable, dejó la pila de expedientes al borde de su mesa. Detrás de su escritorio se veía abierta una estrecha puerta de madera. Jamás se había fijado en ella. Se veía un resplandor de baldosas blancas.

Beatrice estiró el cuello para obtener una perspectiva más completa del interior de la misteriosa habitación. Había un gran lavabo de piedra y una ducha. Se adelantó unos pasos para ver mejor.

—Está un poco pasado de moda, ¿no? —Sintió el aliento caliente del señor Halloran en el cuello.

No lo había oído entrar.

Beatrice se sobresaltó.

—Oh, lo siento mucho, señor Halloran, solo estaba dejando los expedientes.

—Randy —la corrigió, sonriendo disimuladamente mientras se aproximaba más a ella.

Beatrice retrocedió instintivamente.

—Lo siento mucho, Randy. Solo he venido a dejarte los expedientes y me fijé en esa puerta abierta. Ha sido muy grosero por mi parte.

Él estaba incómodamente cerca. Ella retrocedió otro paso.

—El sentido que tienen estas habitaciones es que haya intimidad. La intimidad es muy importante, ¿no crees? —dijo pasando un dedo por toda la longitud del brazo de Beatrice.

El pánico se apoderó de ella. Había ido retrocediendo poco a poco hasta entrar en el cuarto de baño privado. La puerta del despacho estaba cerrada. El señor Halloran le levantó el mentón para inclinarle el rostro hacia el suyo. La mente de Beatrice recorrió con urgencia las alternativas que se le presentaban mientras él examinaba sus labios. Darle una patada y salir del cuarto de baño gritando supondría el despido. Los ojos de él centelleaban mientras ella se retorció. «Es un auténtico tiburón», pensó, y se le ocurrió la respuesta como un relámpago. *¿Qué haría Max?*

Se inclinó hacia él, aproximando los labios peligrosamente. Con el tono de voz más seductor que pudo, murmuró:

—Randy, realmente no tenemos tiempo para esto, ¿o sí?

Lo pilló desprevenido. Antes de que pudiera reaccionar, Beatrice escapó del rincón. Andando con paso tranquilo, salió del cuarto de baño sin detenerse, demasiado aterrorizada para mirar atrás, hasta regresar a su escritorio.

Se sentó, le temblaban las rodillas. En la fila de mesas de su espalda, el escritorio de Max todavía estaba vacío.

Cuando llegó el viernes por la mañana sin que hubiera habido ninguna señal de Max, Beatrice ya estaba preocupada. Era como si se hubiera desvanecido en el aire. Beatrice esperaba una llamada telefónica, una nota, algo de Max que dijera que lo sentía o, al menos, que preguntara cómo estaba tía Doris. No sucedió nada. Día tras día, su escritorio seguía desocupado.

Beatrice estuvo atareada archivando para el señor Halloran y evitando entrar en su despacho. Se había acostumbrado a utilizar los cajetines que había en la puerta de la señorita Cunningham para dejarle noticia de los trabajos realizados. De todas formas, se fijó en que él apenas se sentaba ante su escritorio. Los almuerzos se habían prolongado, y algunos días ni siquiera regresaba al despacho. Eso era lo mejor para ella.

No podía soportar más no saber qué le había sucedido a Max. Después del almuerzo, se acercó a la puerta cerrada de la señorita Cunningham.

Una voz amortiguada tras la puerta estaba diciendo: «¡Necesito más tiempo, Dale! No puedes esperar que rastree treinta cuentas de la noche a la mañana... Sé que tenemos límite de tiempo. Ella no estuvo en la reunión... Bueno, no puedo recoger su declaración si no puedo localizarla... Sí, los depósitos todavía están ahí...».

Beatrice llamó a la puerta con suavidad. Oyó el ruido sordo de unas pisadas enérgicas sobre la moqueta y, a continuación, se abrió la puerta. La vieja Cunny le franqueaba el paso.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Lo siento, señorita Cunningham, pero me preguntaba... —Se mordió el labio.

—¿Sí? ¿Qué? —la voz severa de su jefa, junto con la extraña conversación que acababa de oír, casi hicieron olvidar a Beatrice.

—Mmm... ¿Sabe dónde está Maxine McDonnell? —preguntó con la sensación de que tenía que añadir algo de legitimidad a su pregunta—. El señor Halloran quería hacerle una pregunta sobre uno de sus encargos. —No era del todo mentira, se justificó.

—Siento decirle que Maxine ha renunciado al puesto el martes por la mañana.

Beatrice se quedó boquiabierta. Max había dejado el trabajo. Pero estaba esperando un ascenso una vez que terminara la auditoría secreta del señor Thompson. No tenía sentido.

—¿Eso es todo, querida? Tengo que regresar a mi trabajo.

—De acuerdo. Gracias.

Beatrice no podía creerlo. Max se había ido. Ni siquiera se había despedido. Y todavía tenía la llave de su tía.

—Bueno, ahora que lo pienso —dijo la señorita Cunningham—, debería usted dirigirse al señor Thompson para ver si necesita más ayuda. La marcha de Maxine lo ha dejado escaso de personal.

Dicho eso, la señorita Cunningham cerró la puerta.

Beatrice echó una ojeada a través del vestíbulo hacia el despacho del señor Thompson. No lo había visto desde que lo contrató. Ahora que había leído sus cartas de amor dirigidas a la tía Doris, no sabía si podría mirarlo a los ojos.

Tenía la puerta cerrada. Llamó con suavidad y no recibió respuesta. Tal vez hubiera salido del despacho, confiaba. Volvió a llamar más fuerte y esperó. Justo cuando iba a volverse para regresar a su escritorio, se abrió la puerta y se encontró cara a cara con «Bill», según lo conocían las mujeres de su vida.

—¿Puedo ayudarla, *Bethany*?

Beatrice hizo una pausa, pero no lo corrigió.

—La señorita Cunningham me indicó que me pasara por aquí y comprobara si necesita usted ayuda adicional.

—Bueno, es muy amable por parte de ustedes dos. Por ahora estoy bien, pero si necesito ayuda se lo haré saber.

Estaba empezando a cerrar la puerta cuando se le ocurrió algo.

—En realidad, ¿podría usted entregarle algo a la señorita Cunningham de mi parte?

Dejó la puerta abierta y ella lo siguió al interior. Su despacho estaba tal como lo recordaba. En la estantería había una fotografía de una mujer muy guapa y dos niñas sonrientes. Beatrice se puso enferma al ver a su familia, sabiendo que había prometido a Doris que iba a separarse de ella.

Le entregó una pila de expedientes.

—Gracias, *Bethany*. Que tenga buen fin de semana.

—Gracias, señor.

No pudo expresar con palabras lo que realmente hubiera querido decir. Mirándolo, jamás habría imaginado que fuera el tipo de hombre capaz de seducir a una mujer para tener una aventura. El señor Thompson tenía barriga, el pelo entrecano, una amabilidad en los ojos y una calidez en la sonrisa que resultaban casi propias de un abuelito. Por la forma en que se dirigió a ella, podría haber creído que realmente le importaba su fin de semana, pero ni siquiera sabía su nombre.

Beatrice pasó junto al antiguo asiento de Max cuando regresaba a su escritorio. Se detuvo. Al ver la grapadora que todavía seguía allí, reparó en que tal vez Max hubiera dejado olvidadas más cosas. Quizá la llave de Doris estuviera en el escritorio. Quizá Max hubiera dejado una nota, o algún tipo de explicación.

Max hacía lo que quería y nunca nadie dijo una sola palabra al respecto. Tal vez hubiera llegado el momento de que ella dejara de preocuparse tanto, se dijo Beatrice. Su jefe ni siquiera sabía su nombre. A pesar de que la señorita Cunningham había advertido a Beatrice de que en la oficina lo llevaba todo personalmente, apenas asomaba la nariz más allá de la puerta de su despacho. Las demás secretarías la ignoraban. En realidad, nadie se preocupaba de quién era Beatrice, ni de qué hacía ahora que Max se había marchado. Tal vez hubiera llegado el momento de hacer lo que quisiera. En ese instante, Beatrice quería recuperar la llave de Doris.

A las cinco de la tarde se colgó el bolso en el hombro y siguió a las otras mujeres hasta el perchero del pasillo. Se puso el abrigo, el sombrero y los guantes junto a las demás secretarías y caminó hasta el vestíbulo de los ascensores. Justo cuando todo el mundo subía a una de las cabinas para marcharse a casa, retrocedió como si se le hubiera ocurrido algo en el último instante y se dirigió al baño de señoras. Nadie se fijó.

El servicio estaba vacío y oscuro. La luz del techo estaba apagada. Entornó los ojos bajo la luz tenue que entraba por la ventana a través de la cual echaba el humo Max. Entró en un retrete y se sentó a esperar.

Permaneció sentada, inmóvil y silenciosa durante más de una hora. Tenía que estar segura de que todo el mundo se había marchado. Era viernes, y hasta los directivos a quienes gustaba quedarse hasta tarde estarían seguramente marchándose a casa a su hora. Las vacaciones se les echaban encima. Había que hacer compras navideñas y visitar a la familia. A lo largo de toda la semana, se había fijado en lo impaciente que estaba todo el mundo por marcharse del trabajo. Las calles del centro parecían vaciarse pronto cada noche cuando ella estaba sentada en la marquesina esperando el bus 82 que la llevara a casa.

Ella no tenía que ver a nadie, ni nada que hacer excepto ir al hospital y contemplar cómo las máquinas introducían y extraían aire del cuerpo marchito de su tía. En el espejo borroso del baño se vio a sí misma sentada en el retrete. Pálida y delgada, parecía un fantasma de sí misma.

Fuera, los ruidos de la calle iban acallándose. Esperó hasta que hubieran pasado más de diez minutos desde la última vez que oyera el traqueteo del ascensor en el vestíbulo y, lentamente, se deslizó fuera del baño. El repiqueteo de sus botas sobre las baldosas resonó en las paredes. Se las quitó junto a la puerta del cuarto de baño y recorrió sigilosamente el pasillo descalza, tan solo con las medias.

Nadie hablaba por teléfono, ni revolvía expedientes. Toda la planta estaba desierta. Había tanto silencio que estaba segura de que cualquiera podría oír golpear su corazón contra la caja torácica. Los focos del pasillo todavía estaban iluminados, pero los fluorescentes grandes que colgaban sobre las filas de escritorios estaban apagados. Las puertas que rodeaban su zona de trabajo estaban todas a oscuras. Solo un tenue resplandor amarillo procedente de la calle, más abajo, se filtraba a través de los cristales esmerilados.

La débil luz del pasillo era lo bastante resplandeciente para ver algo mientras se sentaba en el escritorio de Max y abría el cajón central. En lugar de lapiceros, clips y otros materiales de oficina, no contenía más que papeles desperdigados y revueltos por todo el cajón. Palpó entre los montones en busca de la llave de Doris y no encontró otra cosa que más papeles. Sacó una hoja y se esforzó por leerla en la penumbra. Estaba llena de garabatos de taquigrafía. Examinó como pudo las notas hasta que, por fin, se rindió y encendió la lamparilla de mesa que había en una esquina. La taquigrafía de Max no era tan clara como la suya, pero entre las marcas y florituras de la página podía hacerse una vaga idea de las palabras.

Caja 304: retraso en el pago, notificado el 7/6/78, Taylor Cummings, transferida a 19/6/78; Caja 305: moroso, contactado el 6/6/78, Marion Delaney, no deja dirección de contacto, transferida el 19/6/78.

Era un registro de las auditorías de Max. Parecía raro que estuviera escrito en taquigrafía. Las notas eran ya breves y no parecían dictadas por nadie, sino escritas directamente por Max. El señor Thompson o, para el caso, cualquier otra persona ajena al equipo de secretarías no serían capaces de leerlas. Era casi como si Max las hubiera dejado allí para sí misma. Sus ojos deambularon por la página y levantó las cejas cuando leyó:

Oficina del Tesoro del Estado de Ohio contactado el 25/6/78, sin registro de transferencia. Contenido no especificado.

Max había llamado al Estado para verificar las transferencias. Había páginas y páginas de registro de las auditorías de las cajas de seguridad, y en todas se concluía que el Estado no tenía ningún registro de haber tomado posesión del contenido de las cajas. Una tras otra, fue hojeando las páginas hasta que se dio cuenta. El contenido de más de un centenar de cajas de seguridad estaba oficialmente desaparecido. Max estaba verificando las cuentas que faltaban y recogiendo los datos en taquigrafía para que nadie pudiera leerlos.

Doris también había llevado registros de las cajas de seguridad. Beatrice reunió cuidadosamente todas las notas en un montón bien agrupado. Abrió uno de los cajones archivadores más grandes para buscar una carpeta colgante y oyó un golpe metálico en el fondo del cajón. Era una botella pequeña de *whiskey* medio vacía. Extrajo la botellita de Old Grand-Dad y sacudió la cabeza pensando en Max.

Pese a lo enfadada que estaba, sostener la botella le hizo sentir nostalgia. El trabajo no sería lo mismo sin su amiga. Desenroscó el tapón y dio un sorbo en honor a Max. Le quemó al bajar por el cuerpo. Puso la botella en su sitio y husmeó en el cajón grande hasta que se dio por satisfecha al comprobar que la llave de su tía no estaba allí. Extrajo una carpeta vacía para guardar las curiosas notas de Max y cerró el cajón despacio.

Abrió el cajón pequeño que había encima de él y encontró un cepillo y un neceser con maquillaje. El *whiskey* era una cosa, pero dejarse el maquillaje allí resultaba más extraño. Aquella bolsita de raso estaba repleta. Tintineaba como si fuera un puñado de monedas. Dudó un segundo y, a continuación, se encogió de hombros. Max no tuvo ningún reparo en escudriñar el bolso de su tía. Abrió la bolsa y palpó el interior.

A su espalda, se cerró una puerta al otro lado del pasillo.

Se le paró el corazón al oír el ruido. Cerró enseguida la cremallera del neceser de maquillaje cuando se fueron acercando las pisadas desde atrás. Se volvió. Quedó a la vista un uniforme de seguridad alto. Pensó en salir corriendo por el pasillo, pero eso simplemente la haría parecer culpable. En la cintura del vigilante había una pistola colgada en su cartuchera. Su única esperanza era comportarse como personal del banco.

Trató de relajar los hombros y sonrió.

—¡Buenas noches!

—¿Qué está usted haciendo en esta planta tan tarde, señora?

En realidad, no era una acusación. Todavía no.

—Vaya, olvidé mi estuche de maquillaje —dijo levantando el neceser cerrado con su cremallera para que lo viera el hombre—. ¡Soy una torpe!

Se levantó mientras guardaba el neceser en el bolso y recogía del escritorio la carpeta con las notas de Max. El nombre que el tipo llevaba cosido en el uniforme decía «Ramón». Miró a las letras para evitar mirarlo a los ojos.

—Esta planta está cerrada. Es hora de irse a casa.

La condujo hasta el vestíbulo del ascensor mientras ella lo seguía muy por detrás, rezando para que no reparara en que no llevaba calzado. Sus botas todavía estaban junto a la puerta del cuarto de baño. Con la nieve que había, no podía salir a la calle solo con las medias.

—¡Atiza! Lo siento. Tengo que utilizar el baño de señoras. Discúlpeme un instante.

Salió corriendo hacia el baño antes de que él se diera la vuelta. Entró y, mientras cerraba la puerta, se puso las botas a toda prisa y metió en el bolso el expediente con las notas de Max. Sacó de nuevo el neceser y buscó la llave de tía Doris. No estaba allí. Solo un puñado de horquillas y dinero suelto. En el escritorio de Max había todavía un cajón más que no había registrado. Tal vez le quedara tiempo, se dijo, y quizá no volviera a tener otra oportunidad.

Entró en el retrete del cuarto de baño donde se había escondido antes y tiró de la cadena para que lo oyera el vigilante, que esperaba fuera. Se asomó a la ventana mientras corría el agua del lavabo y casi pudo imaginarse a Max allí, de pie. Habría sacado un cigarrillo de debajo de la loseta suelta donde los ocultaba y se reiría de Beatrice con aire de suficiencia al verla tan nerviosa. Se le ocurrió una idea.

Beatrice cerró el grifo y se acercó a la repisa de la ventana. Levantó la loseta de mármol suelta en el rincón donde Max escondía sus cigarrillos. Debajo había otra loseta de arcilla hueca. Metió la mano dentro. Algo duro y metálico le rozó las yemas de los dedos.

Era un enorme llavero. Lo sacó del escondrijo y desplegó las llaves en abanico. Debía de haber treinta, de todas las formas y tamaños. Parecía como si las más grandes, de acero, fueran de puertas de despachos. Unido al grande había otro llavero más pequeño. Recogía trece pequeñas llaves de bronce. Se le aceleró el corazón cuando escogió una. Tenía impresa la letra «D» en un lado con las palabras «First Bank of Cleveland» grabadas en el contorno exterior, exactamente igual que la llave de su tía. Una por una, fue examinando las demás. Todas tenían una letra. Ninguna era la Llave 547.

Llamaron a la puerta. Beatrice se sobresaltó.

—Hora de irse —ladró el vigilante de seguridad.

Beatrice arrojó el llavero en su bolso y colocó cuidadosamente la loseta de piedra suelta de nuevo en su sitio. Cuando regresó al pasillo, Ramone estaba visiblemente irritado. Le hizo un gesto, señalando una puerta de ascensor abierta.

Beatrice sabía que estaba arriesgando demasiado, pero aun así tenía que encontrar la llave de su tía.

—¡Maldita sea! Olvidé otra cosa. Se supone que tengo que llevarme unas notas a casa para revisarlas durante el fin de semana. Soy una cabeza de chorlito. Vuelvo enseguida.

Ramone refunfuñó detrás de ella mientras corría de nuevo hasta el escritorio de Max. Hizo un gesto con un dedo para pedirle un minuto más y abrió el último cajón archivador. Estaba abarrotado de expedientes. Los apartó y palpó el fondo del cajón en busca de la llave. No encontró nada más que un puñado de virutas de lapicero. Tomó al azar uno de los expedientes para hacer verosímil su historia ante Ramone y cerró el cajón de golpe.

—¿Ha encontrado todo lo que necesita? —preguntó la voz grave de Ramone justo desde encima del hombro de ella.

Beatrice reprimió un grito. No lo había oído seguirla.

—Mmm... Sí, gracias.

—Es hora de ir marchándose, ¿señorita...?

Iba a dar parte de ella. Beatrice estaba junto al escritorio de Max fingiendo que era ella, y él quería saber su nombre. Decidió hacerse la sorda.

—¿Sí?

—¿Cómo se llama, señorita?

—Oh. —Tragó saliva—. Maxine. Maxine McDonnell... Realmente debería estar marchándome ya.

Dicho eso, se aproximó todo lo rápido que pudo hasta los ascensores, sin llegar a correr. La esperaba una de las cabinas, en cuyo interior entró y apretó el botón del vestíbulo principal.

Por fortuna, el vigilante no la siguió. No abandonó el escritorio de Max. Simplemente se quedó allí, mirándolo, con aspecto de estar absorto en sus pensamientos. Finalmente, levantó la vista para mirar a Beatrice al otro lado, de pie, en el ascensor.

—Que tenga buena noche, señorita —dijo con cara sonriente.

Y las puertas del ascensor se cerraron.

Sábado, 15 de agosto de 1998

Iris estuvo repren diéndose el resto de la semana por ser una ramera incorregible. ¿Cómo podía haberse desplomado en el suelo por unos cuantos besos? No pudo controlarse, replicó. No era culpa suya que él fuera un besucón que obnubilaba. No era culpa suya que el poco sexo que había tenido en su vida hasta que apareció Nick hubiera sido, en el mejor de los casos, tibio. Ya la habían besado antes, una vez. Habían coqueteado. No era lo mismo que quedar para salir, pero era algo, argumentó. Además, las mujeres adultas podían tener sexo con los hombres que les gustaran sin ser etiquetadas, ni castigadas.

Pero estaba siendo castigada. Él no llamaba.

A mediodía de ese mismo sábado ya no había ninguna duda. Para Nick solo era un culo. Ahora, jamás la tomaría en serio. Se le venían encima las paredes sudorosas de su apartamento. Tenía que salir.

Fuera hacía incluso más calor. Pasó deprisa junto a la mecedora de la señora Capretta sin levantar siquiera la vista.

—Bueno, ¿qué te parece eso? La gente ni siquiera dice hola ya a los vecinos. Podía esperarlo de los orientales del piso de arriba, pero no de ti, Iris.

—Lo siento, señora Capretta. ¿Cómo se encuentra hoy? —suspiró Iris evitando mantener contacto visual.

—Mejor que tú, por lo que parece... ¿Qué pasa? ¿Problemas con algún chico?

La señora Capretta se mecía en la silla con su bata apollada.

—Algo así.

—Todas las jóvenes con carrera tenéis la cabeza del revés. En mis tiempos sabíamos cómo conservar a un hombre. ¿Quieres que te dé un consejo?

En realidad, no.

—¡Aprende a cocinar y mantén las piernas cerradas! Así es como pescarás marido. —Iris puso los ojos en blanco—. ¿Crees que eres demasiado buena para casarte? Claro, dices eso ahora que tienes veintitrés años. Espérate a tener treinta y tres, y luego cuarenta y tres. Ven a contarme lo fantástica que es entonces tu carrera. ¡Ja!

—Muy bien. Gracias.

Ese era precisamente el discurso que necesitaba, pensó con ironía.

La señora Capretta siguió graznando después de que hubiera pasado a su lado.

—Eso es lo que le sucedió a mi Betsy, ya sabes. Desperdió todas sus oportunidades y ahora está sola...

Eso fue definitivo. Se mudaba. Recorrió la calle pisando fuerte hasta llegar a Calabria's, su cafetería favorita. Tomó los ejemplares del *Free Times* y el *Around Town Magazine* junto con su café y encontró un rincón cerca del aire acondicionado. Sus ojos echaron un vistazo a los alquileres de la zona del East Side hasta que empezó a leer compulsivamente el listado de pisos en Tremont, donde vivía Nick. Acababa de comprar un apartamento cerca de Lincoln Park y había estado mostrando fotografías por toda la oficina durante semanas. Encontrar algún sitio cercano no la convertiría exactamente en una acosadora.

Dobó los periódicos dejando escapar un suspiro. Tal vez la señora Capretta tuviera razón. Debería haber cerrado las piernas. Mientras masticaba su rosco de pan, se fijó en la portada del *Around Town*. Lo desdobló y leyó: «¡Dennis! Y la quiebra de 1978...». Era el año lo que la hizo detenerse y desdoblarse el periódico. El First Bank of Cleveland cerró más o menos por esa época. Iris había visto los carteles de «¡Dennis!» por toda la ciudad. Había elecciones en otoño.

Según se decía en la entrada, el congresista Kucinich estaba a cargo de la tentativa republicana de sacar a la luz el sórdido pasado del actual titular del cargo. Según el artículo, Dennis Kucinich había sido alcalde de Cleveland a la adelantada edad de treinta y dos años, cuando la ciudad no pudo pagar varios préstamos bancarios. Era uno de los momentos tristes de la historia de la ciudad, junto con los incendios del río Cuyahoga. Cleveland era el hazmerreír del país y el ejemplo paradigmático de la decadencia del cinturón industrial estadounidense. Una metrópolis otrora inmensa se convirtió en «el fiasco del lago». Había oído ya antes retazos de la historia, pero nunca había entendido realmente los detalles. Siguió leyendo.

La ciudad asumió una deuda descomunal cuando los políticos prometieron «no recaudar impuestos nuevos» al tiempo que aumentaban el gasto presupuestario. La deuda de la ciudad se financiaba mediante préstamos de varios bancos locales, porque la calificación de su deuda era demasiado baja. El artículo enumeraba a las entidades implicadas, y a Iris se le abrieron los ojos como platos cuando leyó que el First Bank of Cleveland era el mayor acreedor local de la deuda de la ciudad.

La administración de Kucinich, compuesta de asesores recién aterrizados en el sector, se había enemistado con la vieja institución empresarial al negarse a permitirles privatizar las empresas eléctricas. El 15 de diciembre de 1978, cuando vencieron los bonos, los bancos locales se negaron a trabajar con la oficina del alcalde para renegociar las condiciones. El First Bank of Cleveland fue uno de los seis bancos que se negaron a refinanciar la deuda. El consejo de administración del banco estaba compuesto por los empresarios más influyentes de Cleveland. Entre esa élite de la aristocracia se encontraban Theodore Halloran, Samuel Wackerly, Alistair Mercer y muchos más, según decía el reportaje.

Vinieron a la mente de Iris las imágenes de los amenazadores retratos que había expuestos en la biblioteca del viejo banco. Había visto, al menos, a doce hombres blancos que fulminaban con la mirada los libros. Rastreó el artículo en busca de más información sobre el banco y su consejo de administración, pero no encontró nada. El reportaje pasaba a describir los datos de los votos obtenidos por Kucinich en el Congreso. Se decía que su adversario, James Stone, afirmó que el fracaso del exalcalde con la ciudad de Cleveland auguraba el fracaso en todo el país si resultaba reelegido. Iris dobló el periódico y se lo guardó en el bolso.

Regresó caminando a casa bajo el calor del día. En el cierre del banco tenía que haber algo más que el desarrollo normal de los negocios. Los expedientes abandonados, los escritorios llenos, las plantas muertas... Todo tenía el aspecto de ser pruebas en la escena de un crimen. Además, ¿por qué iba a estar un edificio de quince plantas absolutamente estupendo ahí, petrificado, sin más, durante veinte años? Ya había visto antes edificios abandonados en el centro de Cleveland. Pasaba delante de ellos con el automóvil todos los días. Estaban clausurados y derruidos, despojados de cualquier cosa de valor. Asomándose por sus ventanas podía ver que no quedaba nada. ¿Por qué el 1010 de Euclid Avenue era una cápsula del tiempo absolutamente bien conservada con un vigilante armado? Sus pensamientos no dejaban de regresar a la cámara acorazada.

Atravesó la puerta de su sofocante apartamento y vio que la luz del contestador automático parpadeaba. Arrojó el bolso en el rincón y corrió a la cajita negra de la esperanza. Tal vez Nick hubiera decidido que ella bien valía una llamada telefónica. Pero era su madre. Otra vez.

—¿Iris? Iris, estoy empezando a preocuparme. Tienes que llamar a casa.

Está bien, está bien. Habían pasado unos cuantos días más de lo que se había propuesto. Levantó el auricular y marcó el teléfono de su casa sin mirar siquiera al teclado. El número de teléfono no había cambiado en veintitrés años.

—Hola, mamá.

—¡Iris! Ya era hora de que llamas. ¡Estaba preocupada! ¿Estás bien?

—Lo siento, mamá. —No había pretendido preocupar a la pobre mujer—. Solo he estado muy ocupada con el trabajo.

—Bueno, podrías haberme llamado para decírmelo. Sigo siendo tu madre, aunque ya seas adulta. —Su madre suspiró al otro lado de la línea—. Bueno. ¿Qué tal va el nuevo proyecto del trabajo? ¿Te está gustando?

—¡Sí! Ahora estoy trabajando sobre el terreno en ese viejo edificio. ¡Es fascinante! El director de la empresa, el señor Wheeler, me ha seleccionado entre todos los empleados para que me haga cargo del replanteo.

Iris alardeó sin querer, aun cuando sospechaba que el señor Wheeler solo la había seleccionado porque era la empleada más barata.

—¡Oh, cariño! ¡Eso es maravilloso! Me alegra mucho que lo estés pasando bien.

Iris sonrió.

—¿Cómo está papá?

—Mmm... Bueno, está bien. —Hizo una pausa—. Creo que está adaptándose bien.

—¿Adaptándose?

—¡Ah! ¿No te dije? Su empresa acaba de reducir la plantilla. Ya sabes, lo están haciendo en todas partes. Se acostumbrará, no te preocupes. Está disfrutando realmente de tener más tiempo para trabajar en el cobertizo.

Habían despedido a su padre. Que su madre se esforzara por mostrarse encantada con ello no servía más que para que pareciera peor.

—¿Cuándo ha sido, mamá?

—La semana pasada.

—¿Está bien? —preguntó Iris, aunque sabía que no recibiría una respuesta directa.

—Está fantásticamente. Estaba verdaderamente cansado del trabajo, ya sabes. Ha llegado lo más lejos posible. Ahora está pensando en lo siguiente.

Tanto entusiasmo desquiciaba los nervios de Iris.

—¿Puedo hablar con él?

—Ahora no, cariño, está durmiendo. ¿Quieres que le diga que te llame?

—Sí. Gracias, mamá. —Sabía que su padre jamás la llamaría. Detestaba hablar por teléfono o, al menos, eso fue lo que dijo la única vez que Iris se arriesgó a quejarse al respecto. Trató de no tomárselo como algo personal y de encajar el rechazo como un hombre, o como alguien a quien su padre respetara—. Bueno, me tengo que ir.

—¿Qué vas a hacer hoy? Todas las llamadas de teléfono tienen que terminar con una nota positiva.

—Tengo que buscar un apartamento nuevo.

—¡Oh! ¡Qué emocionante! Me muero de ganas de verlo. Dime si quieres que vaya por allí y te ayude a mudarte.

—Suena bien. Gracias, mamá.

—¡Te quiero!

—Yo también... ¿Mamá?

—Sí, cariño. —Iris hizo una pausa cuando una emoción desconocida se apoderó de ella; sentía que quería proteger a sus padres. No sabía si tenían ahorros. No sabía si su padre había tenido indemnización por despido. Por lo general, sus padres nunca hablaban de dinero—. Llámame si necesitáis algo, ¿de acuerdo?

—¡Oh! No te preocupes por nosotros, cariño. Estamos bien.

El padre de Iris había pasado los últimos veinticinco años de su vida trabajando más de cincuenta horas semanales como jefe de planta de la empresa de suministros de automoción que acababa de despedirlo. Era un buen trabajador. Llegaba pronto y se quedaba hasta tarde. Se había perdido todos y cada uno de los partidos de fútbol que jugaba ella a base de doblar turnos. Y ¿para qué? La había sermoneado durante horas y horas sobre las virtudes de la ingeniería y cómo desembocaría en una carrera profesional segura y firme. Ahora estaba desempleado, e Iris no encontraba su maldito encendedor. Finalmente, encendió un cigarrillo con el fogón de la cocina.

Lo exprimieron y se deshicieron de él, como decía Ellie. Cinco cigarrillos más tarde, estaba cansada de pasear por la casa. El apartamento era un horno. Lo odiaba. Llevaba viviendo allí tres años seguidos con el olor a curry, las cucarachas desorientadas y la locura de la señora Capretta. Iris recorrió el acceso para vehículos con energía, llevando bajo el brazo la lista de apartamentos para alquilar. La puerta del fregadero de la señora Capretta estaba abierta cuando Iris pasó, evitándolo, por debajo de su ventana.

Las calles de Tremont estaban flanqueadas por casas venidas a menos junto a otras recién reformadas. Hizo todo lo posible por sortearlas, fijándose en no merodear demasiado cerca del bloque de apartamentos de Nick mientras iba revisando la lista sobre el terreno. Cada treinta minutos, más o menos, llamaba a un timbre y pedía que se lo enseñaran.

A las cuatro de la tarde había visto todos los hormigueros y todas las encimeras cubiertas de mugre que era capaz de digerir en un día. Había en su lista un sitio más... y con ese habría acabado. Giró por una calle de un solo sentido y se detuvo ante una casa pequeña. Estaba recién reformada. Los electrodomésticos eran baratos, pero jamás se habían utilizado. Acababan de colocar tapices para cubrir todas las paredes, y no se veía ni un solo hormiguero. *Hecho*. Firmó los documentos esa misma tarde.

Había que celebrarlo. Recorrió media manzana desde su nuevo portal para entrar en el Lava Lounge de la esquina. En las paredes moradas había colgadas fotografías respaldantes de martinis. En las copas bailaban las aceitunas, que se balanceaban en el extremo de sus palillos como pequeñas bailarinas redondas de un club nocturno. Iris se dejó caer con despreocupación en el interior del bar vacío y pidió su primer martini con vodka. «Por un nuevo comienzo», pensó mientras levantaba la delicada copa. La bebida le chamuscó la garganta al bajarle por el cuerpo, y se resistió a un estremecimiento.

—¿Bien la bebida? —El camarero tendría fácilmente más de cuarenta años y echó a Iris una mirada repulsiva.

Sacó el periódico de su bolso para deshacerse del tipo con con tendencia y mandarlo al otro extremo de la barra. Los anuncios clasificados estaban pintarrajeados con sus garabatos después de andar todo el día a la caza de alojamiento. Volvió a la portada y releyó el titular: «¡Dennis! Y la quiebra de 1978». Dio un sorbo al vodka y leyó de nuevo el artículo. La ciudad entró en quiebra el 15 de diciembre de 1978. Miró la fecha. Fue solo dos semanas antes de que cerrara el First Bank of Cleveland.

Antes de que pudiera darse cuenta, el vodka se había terminado, y sentía la cabeza demasiado laxa sobre el cuello. Tenía que salir de allí o, de lo contrario, sería incapaz de conducir hasta casa. Retirarse y volver a sumirse en el calor opresivo le recordó que su nuevo apartamento tenía aire acondicionado central. Nunca había vivido en el lujo absoluto de la climatización. Estaba ascendiendo en el mundo. El mareo del alcohol todavía fue en aumento durante la caminata hasta el automóvil. La urgencia por celebrar las buenas noticias con alguien, además de con su madre, se volvió abrumadora y no pudo evitar pensar en Nick. Acababa de alquilar un apartamento a tres manzanas de su piso. Eran prácticamente vecinos. Aunque hubieran tenido una simple relación sexual ocasional en un edificio abandonado, todavía eran amigos. ¿Verdad?

Lo zanjó así. La llave encontró el arranque al segundo intento, y su automóvil surcó las calles estrechas hasta que encontró la entrada que había visto en una fotografía enmarcada sobre el escritorio de Nick. Al menos, estaba casi segura de que era la suya. Subió con desenfado los escalones delanteros dispuesta a gritar «¡hola, vecino!» y rodearlo con sus brazos. Ese era el plan alimentado por el vodka.

Estaba a punto de llamar cuando oyó carcajadas procedentes del interior. Era la voz de una mujer. No de cualquier mujer; era la voz de la señorita Amanda Comunicación con el Personal.

—Bueno, enséñame cómo funciona esta cosa viscosa. Solo he leído algo de esto, y a me entiendes.

Iris oyó a Nick responder algo, pero apenas pudo entender qué.

—¡Menudo hijo de puta! —susurró para sí mientras retrocedía a trompicones por la escalera para regresar a su automóvil. Nick, el Casanova de la oficina, con todas sus sonrisas fáciles y sus brazos por encima del hombro, se había mudado a la chica de al lado. Se dio un palmetazo en la frente. No le importaba ella. Abrió la puerta del automóvil bruscamente. Él se había limitado a recoger una fruta que tenía a mano. La peló por completo. Cerró de un portazo.

Iris salió disparada por la ciudad para regresar a su sauna de un segundo piso. ¿Qué esperaba? Entró dando un portazo con la puerta de la entrada. Era un hombre de veintiocho años que no necesitaba a una chica boba como ella... o, al menos, ya no la necesitaba.

Encendió un cigarrillo y se dejó caer sobre el sofá. El contestador automático parpadeaba. No era Nick. Ya no albergaba ninguna esperanza de que fuera Nick. Estuvo parpadeando ante su mirada durante todo un minuto antes de que ella se abalanzara sobre él y apretara el botón.

—¿Hola? Soy Suzanne Peplinski. Usted me pidió que llamara si recordaba algo más. Bueno —la voz apagada de la grabación fue disminuyendo el tono hasta quedar casi en un susurro—, tal vez debiera venir a verme.

Volvió a reproducir el mensaje. Sacó del monedero la llave de la caja 547 y la miró. Alguien la había dejado en el escritorio de la secretaria. Hacía veinte años, una joven llamada Beatrice había llamado a Suzanne en plena noche para preguntarle por una caja de seguridad.

—¿A quién coño le importa? ¡Ya está bien! —murmuró Iris... y se fue a sacar una cerveza del frigorífico.

Esa ancianita, o quienquiera que hubiera perdido la llave 547, debía haberse dedicado a buscarla ella misma.

Se dio una larga ducha y se metió en la cama medio ebria. Los ecos de las carcajadas de Nick y Amanda la llevaron a ponerse una almohada sobre la cabeza. Eran perfectos el uno para el otro, con sus cuerpos perfectos, su ropa perfecta y su vida perfecta.

Lo único que Iris tenía era su empleo de mierda realizando ella sola el replanteo de un edificio terrorífico. Ni siquiera era tan buena con eso, pues se le pasaban vanos entre pilares en los planos y se distraía. El señor Wheeler únicamente la había escogido para el trabajo de campo porque era lo bastante estúpida para hacer lo que se le dijera y no formular preguntas.

La idea la hizo incorporarse en la cama. El viejo edificio estaba lleno hasta el techo de preguntas que reclamaban ser respondidas. El expediente personal de Beatrice Baker estaba lleno de apuntes extraños. El banco cerró catorce días después de que la ciudad de Cleveland se declarara en quiebra. La gente ni siquiera tuvo la oportunidad de vaciar sus mesas de trabajo. Las llaves se perdieron. Las cajas de seguridad fueron abandonadas, y el edificio había permanecido cerrado con llave durante veinte años. Tal vez hubiera una razón por la que el señor Wheeler hubiera escogido a la persona más joven de la plantilla para examinar el edificio a solas. No quería a nadie que hiciera preguntas.

Sacudió la cabeza, y le pareció que la habitación chapoteaba de un lado a otro en el charco de toda la cerveza y el vodka que había bebido. Era una idea ridícula. El señor Wheeler únicamente estaba tratando de ahorrarse unos billetes al enviarla al edificio sin un acompañante. Aun así, la linterna de la planta quince volvió a merodearle por su cabeza, que daba vueltas. Alguien había estado allí buscando algo.

El reloj marcaba las once y media de la noche. Era demasiado tarde para devolver la llamada a Suzanne.

El domingo por la mañana, Iris se despertó en el sofá con resaca de vodka.

—¡Ay! —gimió.

Se envolvió el cráneo con las manos en un vano intento por evitar que un martillo invisible se lo aporreara hasta hacerlo pedazos. Permaneció tumbada hasta que pasó la segunda oleada de náuseas.

La llave de Suzanne había desaparecido. Se había dormido con ella en la mano. Lo sabía por la marca roja que le había dejado. Se obligó a levantarse. No estaba en la mesita baja, ni en el sofá. La buscó debajo del sofá, de la alfombra y de los cojines.

—Maldita sea.

Encendió un cigarrillo y se dejó caer de espaldas. *Una llave no desaparece sin más.* Se cruzó de brazos enfadada y sintió que algo se le clavaba en el pecho. «Maldita ropa interior», pensó mientras se desabrochaba el sujetador con el que había dormido. Algo cayó al suelo e hizo ruido. Era la llave.

Ahí está. La recogió y se fijó en el número 547 que llevaba grabado en una de las caras. *¿A quién perteneces?*

La llave no respondió, pero deseó que pudiera hacerlo. Volvió a tumbarse.

Cuando consiguió acoger toda una taza de café en su estómago resacoso, levantó el auricular y marcó el número de teléfono de Suzanne.

—Diga —respondió una voz áspera.

—¿Suzanne?

—Sí.

—Soy Iris. Me llamó usted anoche.

—Claro. Iris. Debería venir a verme esta mañana. Mi sobrina está en la iglesia hasta mediodía.

—¿Puede decirme de qué se trata?

—Si quiere hablar, venga al número 13321 de Juniper Drive, en Lakewood. La estaré esperando.

La mujer tosió y, acto seguido, colgó.

—De acuerdo, vieja loca. Allí estaré —dijo Iris a la línea telefónica y colgó el teléfono.

Estaba chiflada, se dijo, pero había recogido la llave para encontrar a su legítimo propietario. Con independencia de lo que afirmara, cualquier teoría soporífera que ella misma evocara la noche anterior ahora era responsabilidad suya. Volvió a abrocharse el sujetador e introdujo la llave en el bolsillo trasero de su pantalón.

Juniper Drive era una calle larga y abarrotada de Lakewood, a un centenar de manzanas aproximadamente de Tremont. Recorrió el camino atravesando el tupido entramado de bungalows hasta que encontró el que era. Se trataba de una pequeña cajita construida de ladrillo con toldos de aluminio y un porche delantero con cerramiento. Detrás de la mampara herrumbrosa había una anciana sentada en una mecedora.

Iris entornó la vista en el porche.

—¿Es usted Suzanne?

—Usted debe de ser Iris. Pase, pase. No tenemos mucho tiempo antes de que regrese de misa mi sobrina.

Suzanne la saludó a través de la puerta lateral entreabierta. El diminuto porche estaba cubierto en su totalidad por una alfombra sintética verde, un sofá de mimbre y la mecedora de Suzanne.

—Hola. —Iris se acomodó en el decrepito sofá—. Mmm, gracias por invitarme a venir.

El rostro de Suzanne estaba tan moreno y reseco que debía de haberse pasado los últimos veinte años fumando en una cama solar. Lo único que recordaba vagamente de su retrato eran los dientes.

—Bueno, después de que me llamara usted empecé a pensar... —Extrajo un cigarrillo mentolado extralargo de una pitillera de cuero rojo y lo prendió con un encendedor dorado resplandeciente— en el banco. No lo mencioné por teléfono, pero usted sabe que hubo investigaciones. Investigaciones policiales antes de que cerrara el banco.

—¿De verdad? ¿Por qué?

—No estoy segura. La policía nos interrogó a todos. Me hicieron toda clase de preguntas extrañas acerca de los expedientes. Yo, por supuesto, no sabía ni una maldita cosa. Pero hablé en privado con Jean, una de mis amigas, ya me entiende, para averiguar qué demonios estaba sucediendo. Dijo que habían estado pasando cosas muy raras.

—¿Qué tipo de cosas?

—Desaparecían expedientes de la Oficina de Depósitos. Y llaves...

—Llaves, ¿de qué?

—De las cajas de seguridad, entre otras cosas. —Suzanne dijo todo en medio de una nube de humo—. Ya sabe, lo que se contó a los clientes fue que las llaves se perdieron cuando el banco fue vendido al Columbus Trust y que ellos cerraron las puertas con candado, pero pasaron un par de semanas antes de todo aquello. Hubo una caza de brujas por todos los departamentos, hasta el día en que cerraron las puertas a cal y canto.

—¿Contó eso su amiga a la policía?

Iris se inclinó hacia adelante en el sofá y miró al rostro curtido de Suzanne. Los ojos azul claro de la mujer estaban concentrados en su cigarrillo.

—Bueno, no. No lo hizo.

—¿Por qué no?

—Hubo amenazas —dijo Suzanne finalmente, como si fuera de dominio público.

Iris esperó a que le diera más información, pero Suzanne parecía absorta en sus pensamientos. Dio unos golpecitos a un cenicero de cinco centímetros que había sobre la bandeja de cristal que sostenía en sus rodillas. Unas gruesas venas azules recorrían toda la longitud de sus pantorrillas, en los huesos. Iris no podía evitar preguntarse si la vieja loca no estaría inventandoselo todo. Parecía gustarle la atención que recibía.

Al fin, Iris tuvo que preguntar:

—¿Qué clase de amenazas?

—Una semana antes de que cerrara el banco, recibí una llamada en mitad de la noche. —Suzanne se asomó por la mampara raída para mirar la hierba parduzca que salpicaba el césped de la entrada—. Un hombre me dijo que haría bien en no mencionar ningún tejemaneje raro en el banco. Dijo que debía cooperar con la policía, pero mantener la boca cerrada.

—¿Qué sucedería si no lo hacía?

—No lo dijo realmente, pero me hice una idea. En aquella época desaparecieron unas cuantas personas.

—¿Desaparecieron? ¿Quiénes?

—Esa chica, Beatrice, para empezar. Recibí esa llamada telefónica de ella una noche, muy tarde, para hablar de unas cajas de seguridad. No pensé mucho en el asunto en aquel momento. Pero, bueno, de algún modo se apoderó de mí. No podía evitar pensar en ello. Así que fui a verla. Unos cuantos días después, subí hasta la novena planta para hacerle una visita. No estaba allí. Nadie sabía dónde estaba y, por lo que oí, nunca regresó.

—¿Qué cree que le sucedió?

—No sabría decir. —Suzanne apuró el cigarrillo.

—¿Por qué dijo que era una mentirosa?

—Una joven a la que nunca conocí me llamó pensando que yo tenía una caja de seguridad en el banco. ¡Era una mentira! Dios sabe a quién más habrá chismorreado esa cosa absurda. Nunca se es demasiado prudente. Al menos, yo no puedo.

Suzanne se había asustado. Iris supuso que ella también se asustaría si un hombre la llamara en mitad de la noche para amenazarla. Nada de eso tenía relación con el hecho de que ella hubiera conducido hasta Lakewood. Extrajo la llave del bolsillo y se la enseñó a la anciana.

—¿Es esto suyo?

Suzanne entrecerró los ojos. Encendió otro cigarrillo y expulsó un torrente de humo furioso.

—Ya se lo he dicho. Nunca he tenido una caja de seguridad.

—¿Sabe usted a quién podría pertenecer? —insistió Iris, sin querer reconocer que la había sacado directamente del escritorio de Suzanne—. Tal vez a esa tal Beatrice.

—No sabría decir, de verdad.

Maldita sea. Iris volvió a guardarse la llave en el bolsillo.

—Entonces... ¿qué fue lo que pasó con la investigación policial?

—Nada. Eso fue todo. Un día estaban llamando a todo el mundo y, al día siguiente, nada.

—Bueno, entonces, ¿qué quería usted decir cuando comentó el otro día que algunas personas tuvieron su merecido? —preguntó Iris.

—Un par de familias ricas entraron en quiebra. Salió en las noticias por todas partes. Los Halloran. Los Wackerly. El viejo Mercer murió. Dijeron que fue un accidente de automóvil —dijo Suzanne encogiéndose de hombros—. Tal vez lo fuera.

El apellido Halloran le resultaba familiar, no sabía por qué. Iris estuvo dándole vueltas hasta que recordó a Linda, en el tercer piso. Su apellido era Halloran. Sacudió la cabeza tratando de desentrañar las conexiones entre Linda, Suzanne, Beatrice y el banco. La historia de Suzanne no era congruente. Pero, de nuevo, seguramente le faltaba algún tornillo.

—Será mejor que tenga cuidado con ir preguntando por ahí por el First Bank of Cleveland —dijo Suzanne señalando a Iris con un dedo moreno y huesudo—. Hay una razón para que nadie se haya preocupado por ese edificio todos estos años.

—¿Es esa la razón por la que me ha llamado? ¿Para decirme que tenga cuidado?

—Bueno, no iba a decirle nada, pero usted me pareció una joven bastante agradable por teléfono. No quise que cayera sobre mi conciencia. —Encendió otro cigarrillo.

—Gracias, ya imagino, pero ¿qué cree usted que va a suceder exactamente? Quiero decir, ¿a quién le importa realmente el viejo banco en este momento?

Iris contempló el humo y dudó si encenderse ella un cigarrillo.

—Le sorprendería saber cuántos de aquellos banqueros opulentos hay todavía por ahí. —Suzanne miró a Iris fijamente a los ojos—. La última persona que me llamó a casa preguntando por cajas de seguridad desapareció. Solo pensé que debería saberlo.

Algo relampagueó en la muñeca de Suzanne bajo el sol. Brillaba como si fueran diamantes. Iris observó de reojo el atisbo de una pulsera. Abrió la boca para preguntarle por ella, pero la detuvo el rugido de una furgoneta que se aproximaba por el acceso para vehículos. De ella salió una mujer que extrajo a una niña pequeña del asiento trasero.

—¡Shery! —Suzanne saludó a la joven—. Ven a conocer a Irma. Me está hablando de esas enciclopedias completísimas que podríamos comprar.

—¿Cómo? —Iris lanzó a Suzanne una mirada en señal de protesta.

—Shhh —chistó en voz baja—. Señorita, no haga caso a mi tía. En realidad no quiere comprar lo que usted vende. Solo le gusta hablar. De verdad, será mejor que se marche.

Dejó a su hija en el interior de la entrada e hizo un gesto a Iris señalándole el acceso para vehículos.

—Pero...

A Iris todavía le quedaban preguntas, pero parecía que se le había acabado el tiempo. Se levantó y siguió el juego.

—Gracias por su tiempo, señora Peplinski. Ya sabe dónde encontrarme si cambia de opinión respecto a los libros.

Iris recorrió el acceso para vehículos hasta llegar a su automóvil. Inspeccionó la calle, donde se alineaban vehículos estadounidenses herrumbrosos, tratando de comprender lo que Suzanne le había contado. La anciana loca afirmaba no conocer al propietario de la llave. Beatrice Baker había llamado a Suzanne preguntando por una caja de seguridad y, después, había desaparecido. A la anciana le preocupaba que pudiera volver a suceder.

—¡Menuda chiflada! —murmuró Iris, pero se le depositó en las vísceras un sentimiento desagradable. Alguien había contratado a Ramone para que vigilara el edificio con sus expedientes abandonados y con todo lo que estuviera todavía guardado bajo llave en la cámara acorazada.

Allá, en el porche, Suzanne todavía estaba en su mecedora, fumando. Cuando Iris se alejaba, la despidió con un gesto de la mano.

Viernes, 1 de diciembre de 1978

El último bus dejó a Beatrice al final de la calle de Doris. Con los expedientes y las llaves de Max, la bolsa pesaba mucho. *¿Quién es ahora la ladrona?* Saber que tenía algo con lo que negociar para recuperar las llaves de su tía representaba un pequeño consuelo. Es decir, si es que volvía a ver a Max alguna vez.

Beatrice subió las tortuosas escaleras hasta llegar a la puerta de su tía con la mirada puesta en sus propios pies. No fue hasta que llegó a los escalones más altos cuando reparó en que la puerta no estaba cerrada. Un rayo de luz resplandecía ante ella. Se quedó de piedra. Sabía que no había olvidado cerrarla con llave, y siempre apagaba la luz. Cayó de rodillas tapándose la boca con la mano. Las paredes eran delgadas como el papel, y el apartamento era diminuto. Contuvo la respiración y trató de escuchar. El corazón iba marcando los segundos mientras observaba la puerta en busca de sombras que se movieran.

Al cabo de varios minutos, ascendió a gatas los tres últimos peldaños y empujó la puerta hasta abrirla de par en par. Dentro, la habitación en la que dormía estaba hecha trizas. Los cojines del sofá estaban tirados por el suelo. Los tres cajones de la cocina habían sido extraídos y volcados en el suelo. La puerta del frigorífico estaba abierta. El suelo estaba sembrado de papeles, cazuelas, bandejas y vajilla.

Se levantó como un resorte, alarmada. Toda su ropa había sido arrancada desordenadamente de las perchas y estaba apilada en el suelo, junto al radiador. La cama de la habitación de Doris estaba apoyada de pie contra una pared, y la colcha gastada y las sábanas habían sido arrancadas del colchón. Los cajones del aparador estaban hechos pedazos por la habitación. La ropa interior de Doris pisoteada ocultaba el suelo. La puerta del armario estaba abierta y todo su contenido arrojado por los suelos. El visón, los trajes de tweed, las cajas de sombreros, las botas altas... Todo estaba amontonado junto a la cama formando una pila que le llegaba a la rodilla.

Beatrice agarró el abrigo de pieles en actitud protectora. Un ladrón se habría llevado el visón. No tenía sentido. Recogió del suelo la fotografía de una Doris joven y de Ilene. El cristal estaba resquebrajado. Desplomada de rodillas, acunó el marco de la fotografía y el abrigo de pieles.

Había un cajón vacío del aparador aplastado en el suelo, junto a ella. Lo miró hasta que ya no veía más que sus propias lágrimas. *¿Quién sería capaz de hacer esto? ¿Por qué?* Entonces, se le ocurrió algo. Las cartas de su tía y los expedientes del banco habían desaparecido. Miró detrás del colchón apoyado contra la pared y por el suelo. No se veían por ninguna parte y, sin embargo, los había dejado todos sobre la cama, a la vista.

Beatrice retrocedió y salió de la habitación de su tía. Los cajones de la cocina, los cojines, el armario de las medicinas del cuarto de baño... Todo había sido vaciado y arrojado al suelo. Alguien había ido a buscar algo. El bolso de su tía estaba abierto sobre el armazón del sofá. Habían rajado la tapicería, y las costuras estaban rotas. Hasta su paquete de cigarrillos estaba desarmado. Entonces, Beatrice se dio cuenta de que el llavero de su tía había desaparecido. En el fondo de su mente relampagueó una imagen de la llave de la caja de seguridad, la que Max había robado.

No podía quedarse allí. Alguien tenía las llaves de Doris. Podrían regresar. Tal vez repararan en que Doris no vivía sola. Recogió del suelo su vieja maleta. La llenó con toda la ropa y los artículos de aseo que cabían en la bolsa. La cerró a duras penas y la arrastró hasta la puerta abierta. El aire gélido del exterior había empezado a invadir la habitación, pero Beatrice no sentía nada. Tiró de la maleta golpeándola mientras bajaba la escalera hasta plantarse en la nieve. Volvió corriendo junto a la puerta abierta y examinó el interior destrozado del apartamento una vez más antes de cerrarla de un portazo.

La bolsa fue dejando un rastro tras de sí, en la nieve, hasta que llegó al final de la calle. Calabria's Diner, donde trabajaba su tía, estaba todavía abierto. No se le ocurría ningún otro sitio al que ir. Levantó la pesada maleta y trató de recorrer con cierta compostura la media manzana que le faltaba para llegar a la cafetería.

Empujó la puerta y la recibió una cálida bocanada de aire y el chisporroteo de la freidora, más al fondo. El restaurante estaba medio lleno. Se arrastró hasta una mesa recogida y empujó la maleta repleta bajo la mesa. Se desplomó sobre el asiento de plástico y agachó la cabeza hasta apoyarla sobre la formica manchada de café.

Unos minutos después, un par de zapatos ortopédicos se acercaron a ella. Era Gladys.

—Beatrice, cariño. ¿Cómo estás? ¿Qué tal resiste tu tía?

Beatrice levantó la cabeza y forzó una sonrisa frágil.

La anciana hizo un gesto y le puso la mano en el hombro.

—¿Te traigo algo, cariño? Por cuenta de la casa.

—¿Sopa?

—Marchando.

Gladys le dio un apretón en el hombro y se alejó.

La habitación estaba como deformada por olores y sonidos apabullantes y por una luz amarillenta a la que se oía zumbar. Iba a vomitar, pensó, y enterró la cabeza entre las manos. No podía llamar a la policía. ¿Qué iba a decirles? Le habían robado, pero el ladrón solo se llevó unas cuantas cartas de amor antiguas y llaves. Ni siquiera tenía pruebas de que ella vivía allí; no figuraba en el contrato de alquiler. Peor aún, no era siquiera legal que viviera sola. Técnicamente, era una menor. La policía se la llevaría a una casa de acogida, o a algún sitio peor. Se pegó las palmas de las manos a los ojos para taponar las lágrimas.

El olor de la comida la obligó a retirarlas. Gladys había traído un cuenco de sopa, un plato de pollo frito, una ensalada y una Coca-Cola. Era un banquete.

—Solo dínos si podemos hacer algo para ayudarte, ¿de acuerdo, cariño?

La amable anciana le dio unas palmaditas en la mano.

Beatrice asintió, temerosa de hablar.

Cuando comió, los engranajes de su cabeza empezaron a girar poco a poco. Tenía que hacer algo. No podía llamar a su madre. No iba a llamar a Max. Entonces, se le encendió una luz en medio de sus sombríos pensamientos. Metió la mano en el bolsillo del abrigo y extrajo una tarjeta de visita. Decía «Detective Anthony McDonnell». Tony había anotado en el dorso un segundo número de teléfono. El reloj que había colgado sobre el mostrador de la cafetería marcaba las 8:16 de la tarde.

—¿Necesitas algo más, cariño? —preguntó Gladys mientras se acercaba torpemente a ella.

—¿Tenéis teléfono público?

Tony, el hermano de Max, respondió al teléfono después de seis timbrazos.

—¿Sí?

—¿Es el detective McDonnell? Soy Beatrice..., la amiga de Max.

—Correcto. Beatrice. —Lo oyó sonreír—. ¿Va todo bien?

—Bueno, no —se le quebró un poco la voz—. ¿Puedes venir a verme al Calabria's Diner?

—Estaré allí en veinte minutos. ¿Puedes esperar?

—Sí. Estaré aquí.

La alivió que no le hiciera preguntas. No estaba del todo segura de lo que iba a contarle.

Beatrice regresó junto a su pollo y su sopa y comió hasta que no pudo más. Tomó la ensalada y trató de planear qué contarle a Tony. Necesitaba ayuda. No tenía a nadie más a quien llamar, pero no estaba segura de que debiera confiar en el hermano de Max. Max había robado la llave de su tía.

Beatrice bajó la cabeza para mirar su bolso de mano, todavía cargado con las cosas de Max que había recogido esa misma tarde. El enorme llavero estaba en el fondo. Después tenía también el expediente de las notas ocultas en taquigrafía y otro expediente que había sacado del escritorio de Max en el último minuto mientras el vigilante de seguridad se impacientaba golpeando en el suelo con un pie.

Extrajo la carpeta misteriosa y examinó la etiqueta. Decía «Caja 447». Dentro encontró un formulario escrito a máquina con el membrete del First Bank of Cleveland. Estaba dirigido al Estado de Ohio. El título decía «Transferencia de custodia». En el formulario figuraba que el propietario de la caja era «Beverly Lerner». Se citaba su último domicilio conocido y su número de la seguridad social. La fecha de transferencia que aparecía era el 16 de junio de 1973. Se incluía una relación de contenidos. Beatrice examinó la lista y vio que la caja 447 contenía partidas de nacimiento, un testamento y catorce diamantes. Los ojos se quedaron atrapados en la palabra «diamantes». Se detallaban los quilates de los catorce, cada cual más grande que el anterior, y se estimaba el del mayor en seis quilates. La caja 447 estuvo en su tiempo una fortuna.

Extrajo la carpeta de las notas manuscritas de Max y la examinó hasta que encontró lo que buscaba. Caja 447. Max había tratado de ponerse en contacto con Beverly el 1 de junio y no logró localizarla. Le habían cortado el teléfono. La nota a pie de página de Max decía, en taquigrafía: «El Estado no tiene registro de la transferencia».

Dirigió de nuevo la mirada al formulario del banco. Había un párrafo en letra pequeña lleno de términos jurídicos por los que se transmitía la custodia del contenido de la caja al Estado para «su custodia o subasta». La carta iba firmada por «**William S. Thompson, Departamento de Auditorías**». Palpó la firma con el dedo y descubrió que se había imprimido en el formulario con un sello, como se hacía con mucha otra correspondencia ordinaria. Buscó al pie de la hoja para localizar las iniciales de quien lo había mecanografiado y las encontró en la esquina inferior izquierda. Decía «**DED**». ¿Doris?

Detrás del formulario de custodia, Beatrice encontró una única hoja de papel con la etiqueta de «Nota para archivar». Era un registro mecanografiado de la llamada telefónica de Max a Beverly. El último apunte decía: «Sin respuesta del cliente». Las iniciales que había al pie de la página decían «**MRM**». Max había mecanografiado ese apunte.

Beatrice se recostó en el asiento y mordisqueó la pajita del refresco. El señor Thompson había asignado a Max la tarea de auditar las cajas de seguridad después de que una clienta iracunda reclamara que habían transferido el contenido de su caja indebidamente. Max pasó a llamar a los clientes, a los que presumiblemente ya no pagaban la cuota o cuyas cajas habían sido reclamadas, para verificar su paradero y la validez de las transferencias. Max tenía un cajón lleno de expedientes organizados que las documentaban. Cuando un cliente enfadado se presentó allí reclamando sus pertenencias, Max se convenció de que algo no estaba bien en el banco. Pidió incluso a Tony que abriera una investigación. Max estuvo rastreando personalmente los acontecimientos y averiguó que el Estado no tenía ningún registro de ninguna transferencia. Las fortunas habían desaparecido. Ahora, Max no estaba. Max se había llevado la llave de su tía mientras Beatrice estaba durmiendo y, después, al día siguiente, se había levantado y había abandonado el trabajo.

—Pareces ensimismada en tus pensamientos —dijo una voz ronca desde el otro lado de la mesa.

Tony se había deslizado en el asiento de enfrente.

—¡Ah! Hola.

Beatrice no se había dado cuenta del tiempo que había pasado. Había previsto quitar todo de la vista antes de que llegara.

—¿Qué es todo eso? —preguntó mirando las pilas de papeles.

—Oh, no son más que cosas de trabajo. —Sacudió la cabeza y recogió los papeles como si no tuvieran mucho interés—. Voy con un poco de retraso en la oficina. Mi tía está enferma.

Detestaba utilizar a la tía Doris como excusa. La simpatía no le serviría de ayuda. No comprobó si la mirada de él se había dulcificado al oír el nombre de ella. Se limitó a meter los papeles de nuevo en su bolsa lo más rápido que pudo. Cuando levantó la vista, estaba saludando a Gladys con un gesto y pidiéndole que se acercara con la cafetera.

—Siento lo de tu tía.

—Gracias. Está en el University Hospitals. No creo que vaya a salvarse.

Beatrice se mordió el interior del labio. Era la primera vez que lo había dicho en voz alta. Se le agolparon las lágrimas en las comisuras de los ojos.

Tony extendió la mano sobre la mesa hacia la suya y le dio una palmada cariñosa.

—Lo siento mucho.

En la mesa se instaló un silencio incómodo. La mano de él era casi el doble de grande que la de ella. Él la apartó cuando llegó el café y se puso a manipular su taza con leche y azúcar... Tres cucharaditas colmadas de azúcar. Beatrice dibujó una leve sonrisa.

—¿Qué puedo decir? Supongo que me gustan las cosas dulces —dijo guiñándole un ojo—. Bueno, ¿qué puedo hacer por ti, Beatrice?

Sabía que llegaría la pregunta. Todavía no sabía qué decir acerca de la llave, ni de las cartas bancarias desaparecidas, de manera que empezó poco a poco.

—Alguien ha entrado en la casa de mi tía.

El buen humor desapareció del rostro de Tony.

—¿Estás bien? ¿Estabas en casa?

—No, estaba en el trabajo.

Quizá la preocupación de él por su seguridad le impidió hacer demasiadas preguntas. Tony tomó un pequeño bloc de notas y un bolígrafo. Quizá no.

—¿Cuál es la dirección?

Se la dio.

—¿El nombre de tu tía?

—Doris Davis.

—¿Faltaba algo?

—Yo... No creo.

Tragó saliva con esfuerzo. No quería hablarle de las cartas de amor, ni de los expedientes del banco. Nunca debió fisgar y encontrar esos documentos.

—¿Tenía tu tía algo de valor que no supieras? ¿Dinero? ¿Joyas?

Beatrice pensó de inmediato en la llave de la caja de seguridad. Si su tía tenía algo de valor, sin duda estaba oculto en la cámara acorazada del First Bank of Cleveland. Además de ella, la única persona que conocía la existencia de la llave era Max.

—No creo. Había un abrigo de visón, un televisor.

—¿Se los llevaron?

—No.

Su complexión diminuta quedaba empequeñecida por la altura de la mesa, y sintió como si fuera menguando cada vez más bajo los ojos del detective. No podía permitirse parecer una niña de doce años desorientada, y se sentó un poco más alta en la silla. Forzó la voz para que resultara más enérgica.

—No tiene sentido, ¿verdad?

—No —dijo Tony, tomando unos apuntes en el bloc—. No lo tiene.

—Esa es la razón por la que pensé en llamarte. No parece un robo corriente, sin más.

Él la examinó detenidamente. Siendo amiga de Max, rezó para que confiara en ella. Agitó las pestañas solo un poquito. Un poco de coqueteo no podía venir mal. Parecía operar a su favor, y la intensidad de la mirada de Tony se alivió.

Echó el aire que guardaba por haber contenido la respiración.

—Te agradezco de verdad que hayas venido a verme aquí, Tony. ¿Cómo le va a Max?

Cerró su bloc con el cambio de tema y dio un sorbo a su taza de café azucarado.

—Llevo varios días sin hablar con ella. Está de vacaciones —dijo, e hizo una pausa—. Pensé que lo sabías. ¿No sois muy buenas amigas?

—¿De vacaciones? —Frunció el ceño—. No, no lo sabía. ¿Dónde se ha ido?

—A Cancún. —Él la miró con aspereza—. ¿Os habéis peleado o algo?

—No. Bueno, algo así. Supongo que sí —dijo Beatrice, titubeando—. ¿Dónde está Cancún?

—En México. Estará fuera un par de semanas. Dijo algo de que necesitaba escaparse una temporada. Ahora que lo pienso, quería que te diera esto si te veía.

Buscó en su cartera y extrajo una pequeña llave.

Los ojos de Beatrice se agrandaron al verla. Ponía «547». Se la puso en la palma de la mano.

—¿De qué es, por cierto?

Beatrice barrió de su rostro la mirada de asombro.

—Oh, ¿esto...? Es de mi taquilla en el trabajo. Pensé que la había perdido.

—No tengo ni idea de por qué pensó que yo podría verte. Le dije que estaba chiflada. Pero ya conoces a Max. De una forma o de otra, consigue siempre lo que quiere.

Por una especie de arrebató de arrepentimiento, Max le había devuelto la llave de Doris. Después de todo, quizá Max fuera una amiga. Quizá fuera en Beatrice en quien no se podía confiar. Había husmeado en las cosas de Max y le había robado todo un llavero. Peor aún, Beatrice había delatado a Max y su proyecto ante el señor Halloran.

—Escucha, voy a ocuparme del allanamiento de la casa de tu tía, pero si no falta nada va a ser difícil que nadie haga gran cosa. Cleveland es una ciudad grande con problemas grandes. La mayoría de allanamientos no acaban en nada.

—¿Crees que es seguro que regrese allí esta noche?

—Yo no lo haría. Además, si el ladrón sabe que tú y tu tía no estáis, podría tratar de regresar e, incluso, quedarse allí. A los drogadictos les encanta tener un lugar desocupado donde quedarse. Puede ser nuestra mejor oportunidad de atrapar al responsable. Me dejaré caer por allí unas cuantas veces la semana próxima. Te diré lo que averiguo. ¿Tienes otro lugar donde quedarte? —preguntó, enarcando una ceja como si sospechara que solo tenía dieciséis años.

—¿Yo? ¡Claro! Por supuesto. Me quedaré con mi primo unos días.

Beatrice se sumió en el pánico mientras asentía. No sabía por qué lo había dicho. Las palabras le salieron solas y no podía hacerlas desaparecer. Las mentiras estaban convirtiéndose en una costumbre casi innata.

El asunto quedó zanjado.

—¿Dónde puedo localizarte?

—Bueno, llámame al banco. De todas formas, prácticamente vivo allí.

Le dio el número de su extensión.

Tony hizo una pausa y estudió su rostro una última vez, como si tratara de decidir algo. Ese fue el momento en el que él la podría haber llamado embaucadora, la podría haber detenido y haberla llevado al servicio de menores. En cambio, sencillamente, hizo un gesto de asentimiento y se levantó para marcharse.

—Cuidate, Beatrice.

Beatrice arrastró su pesada maleta sobre la nieve todo el camino hasta el hospital. Había visto a familiares durmiendo en las salas de espera cuando iba y venía después del trabajo. Decidió que era su mejor alternativa de protección para esa noche. Subió hasta la unidad de cuidados intensivos, donde su tía llevaba postrada más de una semana. Parecían años. La enfermera no levantó la vista cuando ella apareció tirando de la bolsa para entrar en la habitación de su tía. Encontró el pequeño armario del rincón reservado para los objetos personales de los pacientes. Embutió allí dentro su maleta y tuvo que empujar bien la puerta para cerrarla. Tendría que valer por esa noche.

Se derrumbó en la silla de plástico rígido que había junto a la almohada de su tía y apoyó la cabeza en el borde de la cama.

—Alguien ha entrado en tu apartamento —susurró en la oscuridad.

Le confesó todo a Doris con la esperanza de que la impresión pudiera hacerla despertar. El apartamento, las cartas, la llave, la fortuna desaparecida, la huida de Max a México... Le contó todo a su tía. La mujer no se movió.

En algún momento después de la una de la noche, el sonido fuerte de un pitido despertó a Beatrice. Se sobresaltó con la alarma y tomó la mano de Doris. El aire todavía sonaba ruidosamente al entrar y salir del tubo que tenía en la boca. Su pecho hundido seguía moviéndose hacia arriba y abajo. Se presentó en la habitación una enfermera. Apagó la alarma y cambió la bolsa de suero fisiológico que colgaba de un gancho, por encima del hombro de su tía.

—Lo siento, señorita. No son horas de visita —dijo la enfermera con el tono de reprimenda al que Beatrice se había acostumbrado en el hospital.

Tomó el ascensor para bajar al vestíbulo principal, donde un anciano roncaba sentado en una silla. Se acurrucó sobre un banco muy duro, utilizando el bolso como almohada. Permaneció allí tendida con un ojo abierto durante la mayor parte de la noche. En algún momento posterior a las cinco de la madrugada, abandonó la vigilia y se quedó dormida hasta que dos horas más tarde se produjo el cambio de turno de médicos y enfermeras.

Pasó el fin de semana vagando por el hospital. Comía en la cafetería, se lavaba en los aseos públicos y dormía donde podía. Todo era un borrón de lámparas fluorescentes y voces susurrantes. Estuvo la mayor parte del tiempo sentada con Doris, tratando de planear qué hacer después. Finalmente, se quedó dormida en la silla, demasiado agotada para enhebrar sus pensamientos.

El domingo por la tarde despertó ante un hombre mayor con una bata blanca que le dio unos golpecitos en el hombro.

—Señorita. ¿Señorita? ¿Está usted bien?

—Mmm —respondió Beatrice, entre sueños.

—Soy el doctor McCafferty. He estado atendiendo a su tía. Parte del personal está preocupado porque usted... Ha pasado demasiado tiempo aquí. ¿Tiene más familia?

—¿Familia? —dijo Beatrice, irguiéndose en el asiento. Le vino a la cabeza el comentario de la enfermera con la idea de ponerse en contacto con el Servicio de Protección de Menores—. Ehhh, sí. Mi tío. Creo que lo conoció usted.

—Sí, pero ¿está aquí con usted ahora?

—No. Él... a veces trabaja los fines de semana. Me pidió que acompañara a Doris.

—Entiendo —dijo el médico haciendo un gesto con la cabeza.

Comprobó las gráficas que había a los pies de la cama de Doris y, a continuación, se volvió para marcharse. Beatrice dio gracias por que esas dos preguntas fueran todo lo que le preocupaba al médico. Decidió arriesgarse y hacer una pregunta.

—¿Va... va a ponerse bien?

—Estamos haciendo todo lo que podemos. Le sugiero que hable de ello con su tío, señorita.

Una vez que el médico se marchó, se puso de pie de un salto y tomó el gráfico de los pies de la cama. Examinó la hoja buscando desesperadamente alguna pista sobre el estado de su tía. No lograba entender nada de los números, iniciales y marcas de control. Solo una cosa destacaba. Al pie de la página, había unas grandes letras garabateadas a todo lo ancho en tinta roja muy vistosa. Decían: «Si PCR no RCP». Leyó las letras una y otra vez, sin saber qué podrían significar.

Lunes, 17 de agosto de 1998

Iris apenas cumplió el plazo del lunes. Brad se presentó en el muelle de carga a las ocho en punto de la mañana esperando recoger un juego completo de croquis de las siete primeras plantas. Ella se había tirado de la cama a las cuatro de la madrugada para dar los últimos toques a su inspección. Haber rodado por el suelo del cuarto de baño con Nick el martes le había costado un par de preciosas horas y la mayor parte de su dignidad, pero estaría perdida si también le costaba el empleo.

Encontró a Brad en el muelle y le estampó en las manos los planos completamente anotados. Brad les echó un vistazo y los guardó en una carpeta colgante.

—Tienen muy buena pinta. Ha habido un ligero cambio de planes. Necesitamos que haya alguien aquí unas cuantas semanas dibujando los planos directamente.

—Dibujar directamente —repitió, tratando de dejar al margen de su tono de voz el signo de interrogación que flotaba en su cabeza.

No tenía la menor idea de qué era a lo que se refería Brad, pero asintió con un gesto rotundo.

—Van a traer un equipo informático para que lo utilices. ¿Te sientes cómoda trabajando con AutoCAD?

—Sí. —Iris había utilizado ese programa de dibujo en la universidad.

—He traído una copia del manual de estilo —dijo sacando de su bolsa una carpeta—. Lo más importante es que dibujes a escala y con sus correspondientes capas.

Todo empezaba a tener sentido para Iris. Querían que dibujara los planos en un ordenador en el mismo edificio, en lugar de hacer anotaciones a mano para que otra persona las transcribiera.

—¿Son demasiado caóticos mis croquis para entenderlos?

Brad soltó una risita.

—No, no es eso. El alcance del proyecto se ha ampliado, y el calendario está muy apretado. El señor Wheeler no quiere que perdamos más tiempo yendo y viniendo a la oficina.

—¿El alcance se ha ampliado?

—Sí, vamos a hacer un replanteo completo, con todos los detalles del edificio. Parece como si alguien del condado estuviera decidido a comprar este viejo montón de ladrillos. Hemos hecho una selección. Está entre el 1010 de Euclid y el viejo Edificio Higbee. Quieren planos de todas las plantas con detalles estructurales, de instalaciones, eléctricos, de fontanería..., de todo. ¡Creo que se han vuelto locos!

Después de todo, iban a salvar el edificio, su escalera de mármol y los techos monumentales. Y, lo más importante, ella estaría trabajando lejos de la moral deprimente de la oficina varias semanas, tal vez incluso meses. Iris no pudo evitar sonreír. El señor Wheeler y Brad le estaban confiando un auténtico gran proyecto.

—Tú serás quien dibuje los primeros planos de la estructura —prosiguió Brad—. La próxima semana traeremos a los ingenieros mecánicos y a los eléctricos.

—¿Estaréis aquí también?

Trató de no avergonzarse visiblemente ante la idea. Eso sería el fin de sus vaqueros informales y sus jornadas laborales en camiseta..., por no hablar de las horas de fornicación con compañeros en el suelo de los cuartos de baño. Brad era muy serio, desde el peinado a raya del pelo castaño hasta las puntas de los pies en sus zapatos de cuero lustroso.

—No. —Parecía que él estaba un poco decepcionado—. Yo soy demasiado caro para estar dibujando a tiempo completo sobre el terreno. Ser joven y barata tiene sus ventajas.

Ella forzó una sonrisa y trató de decirse que no era un insulto, ni algún tipo de alusión a su vida personal.

Iris y Brad analizaron la logística del encargo durante el resto de la mañana mientras ella le ofrecía una visita guiada con los planos de las plantas que había dibujado. Brad tomó unas cuantas medidas al azar para verificar el trabajo. Hicieron un descanso en el despacho de Recursos Humanos de Linda, e Iris se colocó delante de la estantería descuartizada para ocultar la imagen. Por fortuna, Brad estaba menos preocupado por los muebles y más interesado por el espacio oculto tras la puerta cerrada con llave.

—¿Confirmaste este espacio marcado aquí como «baño», «circuito de retorno de ventilación» y «patinillo de instalaciones»?

—Bueno, no conseguí acceder de ningún modo —dijo con tono de disculpa—. La puerta está cerrada, y Ramone no tiene la llave.

—¿Pero cómo determinaste a qué corresponden los espacios?

—Me lo dijo Ramone... y encajan con los de la cuarta planta.

—Tendremos que echar abajo la puerta y sondear parte de los muros para confirmarlo —dijo Brad tomando apuntes sobre el plano. Después, levantó la vista hacia el rostro ceñudo de Iris y añadió—: No te preocupes. No podrías haber hecho más sin cierto equipo. Dentro de dos semanas pediremos a una empresa que haga algunos agujeros.

Iris asintió, pero la estudiante perfeccionista de todo sobresalientes que había en su interior se desanimó un poco. La revisión de Brad era lo más parecido a una evaluación que había recibido desde que empezó el trabajo, y le acababan de poner un notable.

—De acuerdo. Supongo que te lo dejaré a ti. El viernes comprobaré tus progresos. Enviarán el equipo informático al final de esta semana.

Brad atravesó el portón del garaje, y ella se quedó sola de nuevo en el muelle. Como siempre, no se veía a Ramone por ninguna parte. Hizo una pausa, miró a su alrededor en aquella caverna pésimamente iluminada y sintió un escalofrío en medio de aquel aire putrefacto y húmedo. Las palabras de Suzanne resonaban en su mente. «Hay una razón por la que nadie se ha preocupado por ese edificio durante todos estos años.»

La razón por la que nadie se había preocupado por ese edificio era que nadie quería comprarlo hasta ahora, razonó. El centro de la ciudad estaba lleno de edificios vacíos. Una empresa de inversiones inmobiliarias lo compró para cuadrar balances fiscales. Lo adquirió simplemente para dejarlo ahí; esa era la cuestión. Si planeaban venderse lo al condado, no podía haber secretos oscuros y profundos enterrados en su interior. Tenía que dejar de andar corriendo de un lado a otro para hablar con ancianas chifladas.

Ascendió por las escaleras del muelle hasta la puerta del ascensor de servicio, justo al otro lado de la plataforma de carga. Esperaba que el ascensor siguiera funcionando, pero no lo había probado aún. Apretó el botón y se sorprendió cuando se abrió realmente. Dentro, presionó el botón de la sexta planta y se quedó esperando. Volvió a presionar. No sucedía nada. *Mierda*. Tenía que localizar a Ramone.

La oficina de Ramone no podía estar lejos, pero todavía no había visto señal de ella. El primer día que estuvo con Brad en el edificio, andaban por las cámaras acorazadas del sótano cuando apareció Ramone como caído del cielo. Tal vez estuviera allí abajo.

Caminó por el largo pasillo de servicio hasta el tercer bloque de escaleras, ocultas en la parte trasera del edificio. Encendió su linterna Magnum y tiró de la

pesada puerta para abrir hueco hacia la escalera del sótano. El haz de luz blanca se vertió por el pozo oscuro. El sonido de gotas de agua al caer resonaba desde el frío suelo de piedra. Agarró la linterna como si fuera un arma mientras bajaba por los peldaños de cemento hacia el sótano.

Al pie de la escalera, el *clang* de algo metálico que golpeaba el suelo al otro lado de la puerta la detuvo en seco. Reconoció el sonido amortiguado de la voz grave de Ramone. Estaba maldiciendo. Abrió una rendija y vio de refilón a Ramone. Daba la espalda a la puerta y estaba agachado en el interior de la cámara acorazada. En el suelo, a su lado, unas herramientas de acero lanzaban destellos bajo la luz.

Tiró una al suelo mientras gritaba «¡joder!». Se volvió hacia ella e inclinó la cabeza de nuevo hacia abajo, contra el muro de puertecitas que formaban las cajas de seguridad. Quizá estaba tratando de forzar una cerradura, observó.

Ramone encendió un cigarrillo y examinó con repugnancia un punzón largo y delgado. Después, levantó la vista hacia donde estaba ella. Iris se agachó tras la puerta, que se cerró de golpe. *Mierda*.

Pensando con rapidez, empezó a girar y tirar de la manivela y a golpear la puerta, lo que hacía un ruido tremendo.

—¡Maldita puerta! —gritó aporreando en el acero—. ¿Ramone? Ramone, ¿estás ahí dentro? Necesito ayuda con esta estúpida cosa.

Dio unos empujones con el hombro y casi se cayó al suelo cuando Ramone abrió la puerta.

—¿Qué diablos estás haciendo? —le espetó.

Un destello de ira le iluminó los ojos inyectados en sangre.

Iris decidió seguir con su actuación y rezó para que la creyera.

—¡Esa maldita puerta casi se me cierra en la mano! Este lugar es una trampa mortal, ¡te lo juro!

Ramone sacudió la cabeza. Su expresión se suavizó hasta convertirse en mero gesto de contrariedad.

—Este no es un buen momento. Hoy no puedo enseñarte los túneles.

Iris parpadeó. Se había olvidado de los túneles.

—En realidad, necesito que me ayudes con los ascensores. No consigo hacerlos funcionar —dijo levantando las manos como una joven indefensa.

—Hace falta una llave —gruñó, no muy satisfecho por su actuación. Extrajo su enorme llavero y le entregó una. Estaba marcada con una «A».

El juego de herramientas de Ramone había desaparecido del suelo de la cámara acorazada. Por el cansancio que veía en sus ojos, no parecía que hubiera tenido la menor suerte con ellas, pero eso no explicaba por qué estaría dispuesto a vivir en la sepultura polvorienta de todo un edificio. Tal vez se imaginara que dormía cerca de su fondo de pensiones.

—¡Gracias!

Iris se volvió para subir de nuevo la escalera.

—El ascensor está por allí —dijo Ramone señalando hacia la esquina, pasadas las cámaras acorazadas.

—¡Oh! Gracias. Supongo que sería más rápido. ¡Detesto esas escaleras! —gritó mientras lo rodeaba y desaparecía de su vista.

Una vez que dobló la esquina, respiró aliviada. Encontró el ascensor y apretó el botón para llamarlo. Había una puerta abierta sin ningún cartel a unos pocos pasos de donde estaba esperando. Miró disimuladamente y, a continuación, la atravesó de puntillas.

La sala a la que daba no era más grande que un armario. Encajonados en su interior había un catre del ejército, una silla, un televisor pequeño y una mesita plegable. Con sus paredes beis y una bombilla desnuda, no podía resultar más deprimente... «Así que es aquí donde vive Ramone», pensó. «Nadie debería tener que vivir así.» Se descubrió casi confiando en que consiguiera abrir una o dos cajas. El tiempo se le acababa.

Sobre la mesita plegable que había junto al catre, en un portarretratos, se veía una fotografía en blanco y negro de una hermosa mujer de piel oscura con un sombrero blanco. Inserta en una esquina del marco había otra fotografía más reciente, en color. Era una fotografía de carnet pequeña de una hermosa joven rubia. Al mirarla, sintió que alguien la miraba a sus espaldas. Volvió la cabeza bruscamente, pero no había nadie.

Se volvió de nuevo y examinó la fotografía en color una vez más. La joven llevaba una blusa de cuello cerrado y los labios pintados de carmín rojo brillante. Tenía el pelo recogido en un moño. Iris no podía entretenerse en la habitación. Ramone no estaba lejos. Apartó la mirada y corrió hacia el ascensor.

Una vez dentro del ascensor, Iris miró los botones numerados. Estaba casi segura de que se suponía que a continuación tenía que abocetar la octava planta, pero tuvo que sacar de la bolsa el portabloc para comprobarlo. Cuando lo extrajo torpemente, se cayeron tres expedientes y se desperdigaron por el suelo del ascensor.

Maldita sea.

Las puertas del ascensor se cerraron. Volvió a meter los papeles de tres en tres en sus expedientes hasta que algo le llamó la atención. Era una hoja llena de garabatos manuscritos. La recogió y volvió a examinar las extrañas marcas. Perteneían al expediente personal de Beatrice. Las recogió una por una y fue echando un vistazo a todo ese caos hasta que de una de las páginas saltó un número: 547.

Era el mismo que el de la llave de Suzanne. Rebuscó en otras páginas y volvió a encontrarlo. Luego, otra vez. En todas las notas escritas por Beatrice Baker estaba escrito «547». «No puede ser una coincidencia», pensó. Beatrice llamó a Suzanne para preguntar por una caja de seguridad. La llave 547 estaba en el escritorio de Suzanne y, ahora, ese mismo número aparecía en todos esos extraños apuntes disimulados en un expediente personal. Tal vez la llave perteneciera en realidad a Beatrice.

Se puso de pie y levantó el dedo para apretar el botón del «8»... y vaciló. Beatrice Baker trabajaba en la novena planta; eso era lo que había dicho Suzanne. No causaría ningún perjuicio echar un vistazo. Además, no había ninguna norma que dijera que tenía que inspeccionar las plantas por orden consecutivo. Apretó el «9» y la cabina del ascensor la subió por la torre.

Un pasillo largo y estrecho llevaba desde el ascensor de servicio hasta la esquina noroeste de la novena planta, donde estaban encajonadas un par de puertas dobles. Las letras de oro sobre la madera decían: «Departamento de Auditorías». «Aquí es», pensó Iris mientras avanzaba.

Al otro lado de las puertas había una gran sala con ocho puestos de mecanografía muy juntos. Un anillo de puertas de despachos rodeaba al grupo de mecanógrafas por tres costados. El tercero tenía el cartel de «Randall Halloran». Iris se detuvo. Suzanne dijo que los Halloran entraron en quiebra cuando cerró el banco. Iris abrió la puerta del despacho del señor Halloran. Parecía semejante a los que ya había visto. La madera era un poco más oscura. El escritorio era un poco más grande. Había una silla tapizada y con respaldo alto apoyada tras la mesa.

Iris se sentó tras un inmenso vade de escritorio. Tiró del cajón central para abrirlo. Estaba vacío. Abrió otro cajón, y otro, tratando de encontrar alguna pista acerca de quién era el señor Halloran y por qué se arruinó. Un abrecartas de plata y una pluma estilográfica seca eran los únicos objetos que quedaban. Al igual que Linda, de Recursos Humanos, el señor Halloran había vaciado su despacho. Tras ella, las estanterías también estaban vacías. Se asomó al cuarto de baño tratando de no pensar en Nick. Junto al espejo dorado había una vieja botella de loción para afeitar. Olía fatal.

«Seguramente, Beatrice era una secretaria», pensó mientras salía del despacho del señor Halloran. Suzanne la había llamado «joven», conque algo le decía que una recepcionista como Suzanne no iría por ahí buscando casualmente a alguien que tuviera despacho con puerta. Iris, sin duda, no. No se sentía cómoda hablando con nadie de los peces gordos de WRE. Se cruzaban con ella en el vestíbulo y la saludaban, pero estaba bastante segura de que ninguno de ellos sabía siquiera su nombre. Salvo, tal vez, el señor Wheeler.

Ninguno de los ocho puestos de secretaria del centro de la sala tenía letrero de identificación. Eran puestos anónimos.

—¿Dónde estás, Beatrice? —susurró.

Iris se dejó caer en el escritorio más cercano. Hojeó unos cuantos expedientes aleatorios en el cajón más grande. Trozos de papel, cinta de máquina de escribir, pinzas sujetapapeles... No encontró nada de interés en los cajones, ni nada donde pusiera «Beatrice».

Sonó un *clang* cuando empujó el cajón para cerrarlo. Iris enarcó las cejas y volvió a abrirlo. Una botella pequeña que había debajo de los expedientes había rodado. La etiqueta decía «Old Grand-Dad». Miró a su alrededor en la sala vacía y, luego, la abrió. Olía simplemente a *whiskey*. El *whiskey* no se estropea, ¿verdad? Dio un sorbo diminuto. Estaba amargo y le quemó todos los orificios de la garganta al bajarle por el cuerpo.

—¡Uf! Tú no mejoras con los años, Grand-Dad —dijo haciendo una mueca.

No había nada más que suministros de oficina y caramelos para la tos endurecidos, en varios escritorios contiguos. Iris se desplomó en la última y polvorienta mesa.

La vista desde la máquina de escribir resultaba opresiva. Un falso techo pendía a baja altura sobre las cabezas. Probablemente era parte de la reforma de la década de 1960 para ocultar el espléndido techo pintado a mano y mantener los ojos de las señoritas en su trabajo. El reloj de oficina que colgaba en la pared más lejana se había parado hacía años, pero allí, sentada, Iris podía casi oír su tictac. Alguna pobre mujer había pasado ocho largas horas diarias en esa silla, mirando ese reloj. Sabía exactamente cuál era la sensación. El escritorio no era tan diferente del diminuto puesto de trabajo de Iris en WRE. Sin ventanas y rodeada por la mirada vigilante de los hombres. A pesar de su sofisticado título universitario, era deprimente lo similares que eran sus condiciones de trabajo y las de una secretaria.

Abrió todos los cajones y no encontró nada hasta que llegó al último. Dentro, filas de carpetas archivadoras verdes colgaban vacías de pequeños ganchos metálicos. Pasó un dedo por ellos como si estuviera manipulando una baraja de cartas. Cuando cerró el cajón, algo que había en el fondo llamó su atención. Empujó hacia un lado las carpetas colgantes. *Guía abreviada Gregg de Taquigrafía*. Lo abrió por la mitad y, de inmediato, reconoció esa curiosa caligrafía. Tenía exactamente el mismo aspecto que las notas que había encontrado en el expediente personal de Beatrice.

Una inscripción en la primera página decía: «Querida Beatrice, la práctica conduce a la perfección. Con cariño, tía Doris». Ese era el escritorio de Beatrice. Pasó las páginas del manual, una por una, como si pudieran contener las respuestas a todas sus preguntas sobre el banco. No encontró más que instrucciones sobre cómo escribir en taquigrafía. En la última página encontró otro apunte. Decía: «Practica en tu tiempo libre, niña. Te quiere, Max».

Iris leyó de nuevo las palabras «Te quiere, Max» y levantó la vista al círculo de despachos. No había ningún Max en ningún letrero de ninguna puerta. «¿Serían amantes?» se preguntó mientras daba la vuelta al manual. Tal vez Max fuera uno de los jefes de Beatrice. En aquel entonces, el acoso sexual no era siquiera delito. Podía imaginarse a la joven secretaria allí sentada, con la cabeza agachada sobre su escritorio. Tratando de que no se fijaran en ella. A Iris le pareció increíblemente insólito que una secretaria sin cartel de identificación en el escritorio desapareciera cuando cerró el banco. Beatrice era una empleada sin nombre, sin rostro. ¿Por qué ella?

Iris cerró la guía. Tras un momento de vacilación, la guardó en su bolsa de herramientas. Nadie la echaría en falta, se dijo. Además, descifrar las extrañas notas que Beatrice había dejado en su expediente personal sería mucho más entretenido que ver reposiciones de televisión esa noche. Y lo que era más importante, podría contribuir a que averiguara qué demonios hacer con la llave 547.

Era casi mediodía. Había derrochado más de una hora buscando a Beatrice. Como solo le quedaban cinco días para abocetar ocho plantas más, tenía que ponerse a trabajar. Sacó de su bolsa la cinta métrica y el portabloc y los dejó sobre el escritorio de Beatrice.

Al cabo de treinta minutos, Iris tenía las salas de reuniones, los baños y los armarios de almacenamiento cartografiados, utilizando como plantilla la cuarta planta. Regresó al Departamento de Auditorías y empezó a abocetar el plano. Abrió una tras otra todas las puertas de los despachos y señaló las ventanas y los tabiques. Cuando llegó a «Joseph Rothstein», le dolía la mano de sostener el portabloc. Se sentó en su escritorio y se estiró.

El viejo despacho del señor Rothstein era un caos. En su escritorio había una enorme pila de expedientes y libros, los estantes del mueble estaban abarrotados de archivadores, y por el suelo había montones de manuales de referencia. Rothstein no disponía de cuarto de baño propio, ni de un despacho tan grande, pero trabajaba mucho o, al menos, pasaba todo el tiempo tratando de que pareciera que lo hacía.

Había volúmenes y volúmenes de libros dispersos sobre la estantería con títulos como *Full Reserve Banking*, *Macroeconomics*, *Tomo I o El patrón oro*. No había sitio siquiera para que pudiera escribir sobre la mesa. Hizo a un lado un montón de cuadernos de espiral. Debajo de ellos estaba enterrado el calendario de diciembre de 1978 del señor Rothstein.

Examinó las citas y las notas impresas con tinta borrosa sobre unas páginas amarillentas. En su mayoría, eran ilegibles. Desplazó otro cuaderno para poder ver la cita más importante de todas. El 29 de diciembre, el día que cerró el banco, parecía como si Joseph estuviera de vacaciones. Rodeada de un círculo, se veía la palabra «Bermudas»; al menos, Iris interpretó que era eso lo que decía. El pobre señor Rothstein se fue a pasar las vacaciones al trópico y, cuando regresó a casa, descubrió que había perdido el empleo.

Iris se sintió de repente como si estuviera violando una propiedad. No necesitaba conocer los detalles íntimos de la vida de ese hombre. Empezó a ocultar de nuevo el calendario cuando unas letras pequeñas y rojas llamaron su atención. «Det. McD ---- --6.555.----». Estaban emborronadas con una mancha de café, pero en las letras que había inmediatamente debajo todavía se podía leer con toda claridad «FBI».

¿Llamaban con frecuencia los banqueros al FBI?, se preguntó levantando la vista del vade de escritorio. Al otro lado de la mesa había un enorme tablón de anuncios colgado en la pared y cubierto de gráficas, datos y galimatías financieros. A continuación, divisó lo que ya planeaba sobre su propia mente. Era un signo de interrogación. En un pequeño pedazo de papel se veía escrito «Cleveland Real Estate Holdings Corp.?»». Había visto ese nombre antes, pero no sabía dónde. Había más notas fijadas al tablón, dispersas entre los gráficos: «Cleveland Urban Growth Foundation?», «New Cleveland League?», «Cuyahoga Coalition?».

Tenía que haber más cosas al respecto. Inspeccionó las hojas de todos y cada uno de los días del calendario de Rothstein en busca de alguna otra pista, pero entre los manchones y la mala caligrafía, fue infructuoso. La tinta no era más que sombras difuminadas de blanco y azul; todo sombras, menos el apunte sobre el FBI y algo que sobresalía por la esquina superior en tinta roja. Extrajo el papel de la esquina de cuero negro del vade. En tinta roja muy intensa se veía escrito: «¿Dónde está el dinero?». Lo leyó otra vez y seguía sin poder entender nada.

Su reloj le recordó que se suponía que tenía que estar trabajando. Con un suspiro de desesperación, tomó la cinta métrica y midió las dimensiones de la habitación. Salió del despacho de Rothstein y calculó el número de salas que le quedaban por medir. Aun cuando fuera mil veces mejor que estar sentada en su propio escritorio, allá en la oficina, el trabajo de inspección estaba volviéndose monótono. Lo que de verdad quería hacer era sentarse y leer los apuntes de Beatrice Baker.

Se encaminó por la polvorienta moqueta verde al siguiente despacho. Había algo raro en él. Aminó el paso. La habitación estaba patas arriba. Por todo el suelo había esparcidas hojas de papel como si alguien hubiera rasgado una almohada de plumas. Los cajones estaban abiertos, fuera del escritorio y volcados. La mayoría de los libros habían sido arrojados desde los estantes de madera de caoba integrados en la pared. Papeles, libros, bolígrafos, clips y unos cuantos marcos de fotografías rotos cubrían las losetas de mármol del suelo. El polvo lo recubría todo, y los documentos habían amarilleado bajo la luz del sol que entraba a través de las persianas torcidas.

Ella no había dejado las cosas así; estaba segura. Se volvió, convencida de que alguien le seguía los pasos. No había nadie. Pero entre el momento en que se sentó ante el escritorio y cuando salió del despacho de Thompson, alguien más había estado allí y había hurgado en sus cosas. Contuvo casi la respiración con la intención de escuchar pasos, tratando de recordar cómo sonaban los de Ramone. No oyó nada.

—¿Hola? —gritó en voz muy alta, en medio de la sala vacía—. ¿Hay alguien ahí? ¿Ramone?

Nadie respondió. Quizá fuera el intruso de la linterna de la planta decimoquinta. Ramone dijo que seguramente sería alguien sin hogar. Examinó sus bolígrafos, la calculadora, los cigarrillos, el destornillador y el cúter. Estaba todo. Quizá se estuviera volviendo condenadamente loca. Si hubiera alguien allí, lo habría oído, se dijo; pero, en todo caso, agarró el cúter.

El libro de Beatrice estaba abierto por la página donde un hombre llamado Max había dejado una nota. Iris tomó el libro del escritorio y se lo volvió a guardar en la bolsa con todo lo demás... Todo, excepto el cúter.

Esgrimiendo la cuchilla, salió despacio al pasillo. No había nadie. Lo único que veía eran pisadas en el polvo. Sacó la linterna de la bolsa y las iluminó con la luz. Todas las pisadas parecían como las suyas. Apagó la linterna. Debía de estar volviéndose condenadamente loca. Debía de haber vaciado la bolsa estando demasiado obsesionada por Beatrice Baker y el señor Rothstein como para recordarlo. Enfundó la cuchilla del cúter de un golpe.

Cuando atravesó la puerta de su casa, tenía los nervios destrozados. Cualquier sonido la hacía sobresaltarse. Encendió todas las luces antes de derrumbarse en el sofá. El vello de la nuca siguió erizado hasta que se tomó una cerveza entera y se fumó dos cigarrillos. Aun entonces, la sensación de que alguien la seguía continuó acechándola. Se levantó y dio dos vueltas a la llave de la puerta de la casa, por precaución.

Ansiosa por encontrar distracción, extrajo de su bolsa de herramientas el expediente robado de Beatrice. Echó un vistazo de nuevo a aquella caligrafía extraña y, a continuación, extrajo el manual de taquigrafía. Ojeó unas cuantas páginas del capítulo uno, pero las instrucciones se le confundían. No había ninguna guía rápida de descodificación. Iba a tardar algún tiempo en aprender.

Colocó el expediente personal de Beatrice junto al manual. Todos los garabatos se parecían entre sí. El sistema parecía depender de la forma de disponerlos. Después de veinte minutos ininterrumpidos, lo único que consiguió descifrar fue «joder, ciudad, sobornos». No podía ser correcto. *Mierda*. Tal vez no hubiera nacido para toda esa tontería de la descodificación. Cerró el manual y lo arrojó sobre la mesita de café abarrotada.

La imagen de su bolsa de herramientas vaciada sobre el escritorio seguía colándosele en la cabeza. ¿Había vaciado ella misma la bolsa, sin saber cómo? Si no, ¿qué demonios estaba buscando Ramone, o quienquiera que fuese?

Todos los objetos que había sacado del edificio la observaban con aire acusador desde la mesita baja: el manual de taquigrafía, el expediente de Beatrice y la llave 547. Nadie podía saber que se los había llevado, y lo raro era que a nadie le importaría siquiera. Se estaba volviendo loca. Era así de sencillo. Toda la conversación desorbitada de Suzanne sobre amenazas e investigaciones se había abierto camino en su cerebro. Hablar el otro día con aquel viejo camarero, ciertamente, tampoco la había ayudado.

—Hay un dicho en el lugar donde nací —lo imitó Iris con su mejor acento italiano, mientras encendía un cigarrillo—. Dice: «Nunca robes en un cementerio. Podrías perturbar a los espíritus».

No tenía gracia.

Lunes, 4 de diciembre de 1978

Cuando el vestíbulo principal del University Hospitals empezó a inundarse de los sonidos de la gente, la luz del día atravesó los párpados de Beatrice. Los médicos iban camino de su trabajo. Con sus batas desvaídas, los pacientes empujaban sus pies de gotero hacia la cafetería. Se estiró con dolor y parpadeó bajo el sol riguroso. Era lunes. Se incorporó como un rayo y buscó un reloj por las paredes. Eran solo las siete de la mañana. Todavía tenía mucho tiempo para ir a trabajar.

El ascensor la dejó delante del mostrador de la unidad de cuidados intensivos. No había nadie allí. Era la hora del cambio de turno. Se asomó al portabloc y firmó en la hoja de registro de visitas, como de costumbre. Entonces recordó que su «tío» debía de haber firmado también en algún lugar. Pasó las hojas del libro y la desalentó ver que los registros de los días anteriores habían sido eliminados. Regresó a la página en la que había firmado ella y ojeó la lista de visitantes. Los nombres de los desconocidos que habían estado en esa planta en las últimas veinticuatro horas fueron verificados uno por uno sin atisbo alguno del señor Thompson, ni de nadie de su familia, hasta que un nombre le saltó ante los ojos desde la página. Después de las nueve de la noche había firmado «R. T. Halloran».

El nombre del paciente a quien fue a visitar R. T. Halloran estaba en blanco. En la UCI había veinte habitaciones. Había paseado por delante de ellas muchas noches para estirar las piernas. R. T. podría haber acudido allí por cualquiera de ellas. R. T. podría incluso no ser siquiera Randy, argumentó. Todavía no podía sacudirse de las vísceras cierto sentimiento de incomodidad. Cuando R. T. Halloran estuvo en la planta, ella estaba dormida en la silla junto a Doris. Sintió escalofríos ante la idea de que Randy la hubiera visto dormida.

Beatrice se apartó de la lista de registro de visitas. De repente, el escondite de su bolsa de ropa pareció menos seguro. Recorrió aprisa el pasillo hasta llegar a la habitación de su tía y apenas dirigió una mirada a Doris antes de abrir de golpe la puerta del armario.

Cuando su maleta se vino abajo y le golpeó en los pies, dejó de contener la respiración que había estado aguantando y soltó un resoplido. El dolor punzante del pie supuso un alivio. Al menos, todavía tenía la ropa. Retiró de su zapato la pesada maleta. No podía seguir viviendo así.

Cuando Beatrice se hubo lavado un poco en un aseo público, se cambió de ropa y llegó al centro, eran solo las ocho y cuarto de la mañana. El banco no abría oficialmente hasta las nueve, y el vestíbulo principal estaba vacío, con la excepción de un solitario vigilante de seguridad. Fue un golpe de suerte. La maleta repleta que arrastraba consigo no llamaba mucho la atención. No podía volver a dejarla en el armario del hospital. Contenía todo lo que poseía en este mundo, junto con los extraños expedientes de Max y la llave de su tía.

El vigilante de seguridad de la mesa era el mismo que tres días antes la había pillado fisgando en el escritorio de Max. En el ropero, que compartía con otras siete secretarías y seis contables, no había ningún lugar donde esconderla. En un edificio de quince plantas debía de haber algún sitio para almacenarla. Al ver los números de cada planta iluminarse uno tras otro mientras el ascensor bajaba al vestíbulo, recordó algo que Max le había dicho. Los despachos de las plantas once a catorce estaban vacíos. Los inquilinos anteriores se habían trasladado hacía años, cuando se amplió el pasillo de East Ninth Street.

Beatrice entró en el ascensor y apretó con indecisión el «12» en el panel de control. No se encendía. Volvió a intentarlo y, a continuación, empezó a apretar todos los botones, desde el «10» hasta el «15». Ninguno se encendía. Apretó el «9» y miró con perplejidad los otros números mientras se cerraban las puertas del ascensor. En el panel de control había una pequeña cerradura. La palpó con la yema del dedo. ¿Podía una única llave abrir y clausurar pisos enteros? La cerradura era más pequeña que la de la llave de una puerta. La examinó y, acto seguido, rebuscó en la maleta hasta que extrajo el llavero que encontró en el escondite de Max.

Las puertas del ascensor se abrieron en el noveno piso cuando estaba examinando las llaves. Apretó enseguida el «2», y volvieron a cerrarse. Necesitaba más tiempo. Buscó una tras otra. En la cara de cada una de las llaves había grabados números y letras pequeños: «11S», «CB», «WC». Se detuvo ante otra más pequeña. Estaba marcada con una «A».

—¿Ascensor? —murmuró.

Introdujo la llave en el panel de control del ascensor. Entraba. La giró justo cuando se abrió la puerta del ascensor delante de la cafetería, en el segundo piso. Vio al personal de cocina merodear por allí, descargando un pedido. Se pegó a la pared del ascensor para que nadie la viera y apretó el «12». El número se encendió y las puertas volvieron a cerrarse.

La planta 12 estaba hecha trizas. Había espaciados por toda la estancia pilares de acero desnudos, como un bosque poco tupido, y los tubos fluorescentes colgaban de unos cables a la vista. Las ventanas desnudas inundaban el espacio de luz del sol. No había ningún lugar donde esconder la maleta. Un vigilante de seguridad se toparía con ella a la primera, la tiraría o averiguaría que era suya. El polvo del suelo daba la apariencia de que nadie había puesto el pie sobre esas losetas de linóleo desde hacía años, pero no podía arriesgarse. Volvió a entrar en el ascensor y apretó el «11».

Parecía como si nadie hubiera tocado la planta undécima desde que el anterior inquilino la abandonara. Sobre la puerta del extremo opuesto al vestíbulo del ascensor todavía se leía en letras doradas «Goldstein & Stack Abogados». Salió del ascensor y probó a abrir la puerta. No estaba cerrada con llave. La oficina era casi idéntica a aquella en la que ella misma trabajaba, pero los muebles habían desaparecido. En el vestíbulo había aseos públicos, un ropero, una zona diáfana para el personal auxiliar, donde veía las marcas de los escritorios desaparecidos sobre la moqueta verde, y un corro de despachos individuales. Todas las puertas estaban abiertas, y los despachos estaban vacíos.

Deambuló por todos y cada uno de los despachos en busca de un buen escondite hasta que llegó al más grande, en la esquina. Tenía el doble de tamaño que el de Randy, y nada más verlo se detuvo y lo admiró embobada. De una pared a otra se extendían revestimientos de madera lujosa y una gruesa moqueta de pelo largo. El techo estaba adornado con relieves dorados y un gran mural de una diosa griega semidesnuda en el centro. Atravesó de puntillas la moqueta mullida y entró en el aseo privado del directivo. Una fina capa de polvo recubría todas las superficies. El gran lavabo de porcelana tenía dos grifos antiguos de bronce: uno para el agua caliente y otro, para la fría. Hizo girar uno por curiosidad. El grifo escupió atropelladamente un agua parduzca y, después, corrió limpia. Los engranajes de su cabeza se activaron cuando vio el retrete y la ducha. No se había dado una ducha desde hacía varios días.

Por el polvo que había, debían de haber pasado meses desde que alguna limpiadora o algún vigilante de seguridad hubieran estado en la habitación. El ascensor que tenía a la espalda recuperó la vida con un zumbido. La gente empezaría a abarrotar el vestíbulo principal en cualquier momento. Se le había acabado el tiempo.

Corrió de nuevo hacia su maleta, en el vestíbulo del ascensor. Había un armario de servicio justo al final del pasillo. Arrastró la maleta hasta allí y la empujó al interior. El pesado llavero de Max tintineó en el bolso cuando corrió hacia el ascensor. Apretó el botón. Se le ocurrió demasiado tarde que tendría que dar muchas explicaciones si las puertas del ascensor se abrían y algún directivo la encontraba allí plantada. Todavía se estaba debatiendo sobre si debía correr y ocultarse cuando se abrieron las dos puertas. Por fortuna, no había nadie dentro.

Ocho horas después, Beatrice regresó al sombrío cuarto de baño del noveno piso esperando a que todo el mundo se marchara a casa. Atravesar el vestíbulo a

las cinco en punto con la maleta suscitaba demasiado asombro. Además, ni siquiera podría regresar a la planta 11 sin que nadie se fijara en ella hasta que la oficina estuviera vacía. De modo que esperó. La perspectiva de regresar al hospital para pasar otra noche sin dormir era inconcebible. Prefería dormir allí mismo, en el retrete. Al menos, habría silencio.

Cuando el resplandor que dibujaba el cerco de la puerta del cuarto de baño se quedara a oscuras, sabría que habrían apagado las luces. Dejó pasar otros diez minutos antes de deslizarse fuera con mucha cautela para acceder al vestíbulo del ascensor y echar un vistazo. Todo el mundo se había marchado. Apretó el botón de llamada del ascensor y esperó.

La planta 11 estaba oscura y desierta. Palpó el camino hasta el armario de servicio y sacó la maleta. Estaba donde la había dejado. La arrastró por toda la oficina vacía hasta el inmenso despacho del rincón, con su cuarto de baño lujoso, aunque polvoriento. El cielo nocturno anaranjado se introducía a través de una ventana pequeña y le alumbraba lo suficiente para ver el perfil fantasmagórico del lavabo de porcelana blanca. La sombra de la maleta era una mole negra descomunal sobre la moqueta blanca apagada de la otra sala. Se acercó y palpó la gruesa moqueta. Aquella comfortable moqueta sería sin duda más cómoda que un banco de madera. Seguramente, también sería más segura. Solo sería durante unos días, se dijo, solo hasta que pudiera encontrar una casa propia.

Cerró con pestillo la puerta de madera maciza que daba al despacho del rincón y rezó una oración pidiendo no estar cometiendo un terrible error. La habitación estaba demasiado oscura para ver nada. Decidió correr el riesgo de encender la luz. Nadie en el edificio se enteraría, y a nadie en la calle le importaría, se dijo.

Al encenderse, el resplandor de la luz en lo alto le hizo entornar los ojos. La moqueta estaba sucia, pero no había señales de chinches, ni de ratones. Las ventanas todavía tenían sus persianas de madera. Se acercó y las cerró por completo.

Cerró también las persianas del cuarto de baño y, a continuación, encendió la luz que había sobre el lavabo. El rostro que vio en el espejo casi le hizo dar un salto de miedo. Tenía los ojos enrojecidos. El maquillaje que los rodeaba se había corrido, lo que los hacía parecer hundidos en el interior de la cabeza. Tenía el pelo sin brillo y estropajoso. Tenía la cara demacrada y esquelética. Se le había vuelto a olvidar tomar algo de cena. Tendría que planificarlo mejor al día siguiente.

El grifo del plato de ducha estaba un poco herrumbroso, pero giró finalmente. El agua manaba parduzca y rojiza, como si fuera sangre seca. Sobre el mármol blanco desvaído, la imagen resultaba nauseabunda. Cerró los ojos hasta que estuvo segura de que el agua limpia y caliente había llegado al undécimo piso, y la habitación se llenó de vapor.

Tras la ducha, volvió a parecer ella misma. Se puso el pijama y extendió el abrigo de invierno sobre la gruesa moqueta como si fuera un diminuto saco de dormir. Enrolló un jersey para que le sirviera de almohada y se acurrucó en el suelo. Al cabo de unos minutos estaba dormida.

El lamento de una sirena de policía abajo, en la calle, despertó a Beatrice al amanecer. Se vistió a toda prisa y se maquilló para ir a trabajar. La noche de sueño le había hecho bien, pero se moría de hambre. Limpió todo rastro de haber pasado la noche en la oficina y devolvió su maleta al armario escobero, solo por si alguien de seguridad se pasaba por allí a echar un vistazo.

Mientras bajaba en el ascensor hacia la cafetería para desayunar, se preguntó cuánto tiempo sería capaz de sortear la situación durmiendo en el edificio. No podría visitar a su tía Doris si se pasaba las tardes en el baño de señoras esperando a que todo el mundo se marchara a casa. No podría regresar al edificio a última hora de la noche. Cerraban las puertas principales a las siete de la tarde y no las reabrían hasta las siete de la mañana del día siguiente.

Pensó en su situación toda la mañana. Compró comida extra en la charcutería de la esquina durante la hora del almuerzo y escondió en el bolso un sándwich de jamón y un envase de macedonia.

Cuando subía de regreso a la oficina por East Twelfth Street, se fijó en el edificio de apartamentos de Westerly Arms y se detuvo. El vestíbulo del bloque de apartamentos era pequeño, pero estaba limpio. Llamó al timbre del mostrador y esperó hasta que apareció un anciano menudo. En el extremo de su larga nariz ganchuda llevaba encaramadas unas gruesas lentes de carey.

—¿En qué puedo ayudarla, señorita?

—Mmm... Me gustaría alquilar un apartamento.

El hombre la miró con escepticismo por encima de la enorme montura de sus lentes mientras sacaba unos formularios de debajo del mostrador.

—¿Tiene previsto vivir sola?

—Sí.

—Estamos en el centro de Cleveland, ya sabe. No es muy seguro para una mujer joven... ¿Seguro que puede permitirselo?

—Creo que sí. ¿Cómo están los alquileres?

—Trescientos al mes por un estudio —dijo con rotundidad—. Con habitaciones son más caros.

Asintió. Solo era un tercio de su salario mensual, así que debería poder permitirselo sin problemas.

—Tendrá que rellenar esto. Voy a necesitar dos referencias que avalen que tiene empleo. Necesitamos una copia del carnet de conducir o la partida de nacimiento. Se tardará dos semanas en examinarlo todo.

Le entregó los formularios.

Mientras le explicaba, se le cayó el alma a los pies. Número de la seguridad social, domicilio anterior, información de trabajo... Ojeó los renglones de los requisitos y reparó en la cantidad de huecos que tendría que dejar en blanco. Dio las gracias al hombre y salió del vestíbulo para regresar a la oficina. Su tía la había ayudado a falsificar una solicitud de empleo, pero ahora Doris no podía ayudarla. Peor aún, Beatrice no tenía carnet de conducir, ni la copia de la partida de nacimiento que Doris había falsificado para el banco. No tenía ninguna prueba que demostrara que era quien fingía ser. Nunca había visto su propia partida de nacimiento.

Regresó a su mesa de trabajo y trató de concentrarse en la mecanografía. El señor Halloran llevaba fuera varios días, pero los demás jefes intermedios la mantenían ocupada mecanografiando resúmenes contables. El interminable repiqueteo de la máquina de escribir le resultaba hipnótico y se esforzó por mantenerse despierta.

Sonó el teléfono de su escritorio.

—Buenas tardes, Departamento de Auditorías.

—Beatrice, ¿eres tú?

—¿Tony?

—Tengo que verte. ¿Podemos vernos esta noche? —Por la voz parecía exhausto.

—¿Está todo bien? —preguntó Beatrice, enderezándose en el asiento.

«¿Habrás atrapado al ladrón?», se preguntó esperanzada. «¿Podré volver a casa?»

—Por teléfono no. ¿Puedo verte esta noche?

—Yo... esta noche no puedo. —No podía explicarle que iba a pasar la tarde ocultándose en un cuarto de baño y, después, dormiría en una oficina vacía—. ¿Qué tal mañana, a la hora del almuerzo?

—En el Theatrical Grille. Estaré allí a las once y media.

Al final del día, Beatrice reprodujo la misma rutina que la noche anterior. Esperó pacientemente en el baño de señoras a que se desocupara la planta. Se tomó a oscuras una cena a base de jamón y fruta, y observó la luz apagada de la ventana desvanecerse poco a poco. Cuando la habitación estuvo casi completamente a oscuras, se deslizó hasta el ascensor y subió a la planta 11. Cuando se instaló sobre la mullida moqueta para pasar la noche, sacó del bolsillo la llave de tía Doris y le dio unas vueltas en la mano. Todavía no sabía por qué Doris tenía una caja de seguridad. Puso la llave encima de los expedientes de Max y se quedó dormida.

Oyó voces. Al principio, pensó que estaba soñando y se dio media vuelta. Después, se le disparó una alarma en la cabeza cuando las voces aumentaron de volumen. Se incorporó como un resorte. Desde el despacho del rincón en el que estaba oculta, oía dos voces en el vestíbulo, a menos de diez metros. Había cerrado la puerta con llave y apagado las luces, pero aun así se quedó petrificada, conteniendo la respiración, segura de que la habían descubierto. Examinó la habitación buscando un sitio donde esconderse, pero enseguida se dio cuenta de que los hombres no estaban buscándola. Estaban discutiendo.

Haciendo esfuerzos por oír lo que decían aquellas voces airadas, se arrastró sigilosamente hacia la puerta. Mientras escuchaba, fue sintiéndose cada vez más segura de que ninguna de las voces le resultaba familiar.

—Esto ha llegado demasiado lejos —decía una voz—. No me importa lo que diga el consejo. Esto no puede seguir así mucho más tiempo. Los federales ya están haciendo preguntas.

—Las filtraciones están controladas —replicó una voz más grave—. Los federales no tienen ni una sola cosa contra nosotros. No me digas que has perdido la serenidad.

—Si los federales ya no suponen un problema, entonces ¿por qué demonios nos reunimos aquí otra vez?

—Nunca se es demasiado prudente.

—De eso es precisamente de lo que estoy hablando.

—Aunque estuvieran escuchando, los federales no tienen absolutamente nada contra nosotros. ¿Dónde está tu temple, Jim? ¿No eres tú quien me enseñó que ganar dinero es un asunto sucio?

—Lo único que digo es que no podemos despertar la cólera del Ayuntamiento. ¡Todos los favores políticos que hemos disfrutado se acabarán en el instante en que dejemos que la ciudad entre en quiebra!

—¿Tienes miedo de ese alcalde jovencito y de su alegre banda de forajidos? ¿Crees que lo escuchará alguien cuando haya enterrado a esta ciudad? ¡No es

nada! ¡No es nadie! Este banco, nuestro consejo... ¡Nosotros gobernamos esta maldita ciudad! ¡Echarán de la ciudad a ese estúpido hijo de puta!

—¿Crees que se detendrán ahí? ¿Has estudiado historia alguna vez, Teddy? A los banqueros como nosotros no les va demasiado bien cuando empiezan a encender las antorchas. Alguien va a arder por esto. Los federales serán el menos grave de nuestros problemas si hay cambios importantes en el Ayuntamiento. Nuestros amigos altos cargos van a salir en desbandada para salvar el culo. Todos los sobornos del mundo no impedirán que el Departamento de Policía de Cleveland eche abajo nuestra puerta.

—Te has ablandado. Cualquiera que intente venir por aquí no va a encontrar ninguna otra maldita cosa que un reguero de papeles que no lleva a ninguna parte. No me importa lo loca que se vuelva la gente. Es una cuestión de principios. ¡Que le den por culo al alcalde! —gritó Teddy.

—¿Que le den por culo al alcalde? ¿Ese es tu plan?

Beatrice se mordió una uña e hizo esfuerzos por oír más. Cuando pegó el oído al quicio de la puerta, reparó en que el humo de un cigarro puro encontraba salida por debajo.

—Ah, el alcalde se jodió él solito cuando se negó a cooperar. Nadie va a tomarlo en serio.

—Yo no estoy tan seguro. Creo que te olvidas del otro problemilla que tenemos.

—¿Bill? Es inofensivo. Además, tenemos sobre él toda la influencia que nos haga falta.

—¿Qué pasa si decide declarar? Un testigo federal puede reducir tiempo de cárcel, claro está. Mierda, puede incluso librarse de la pena.

—Estamos vigilándolo. Además, sabe que su pequeño timo se acaba en el instante en que tumben al banco. No va a matar a la gallina de los huevos de oro —sonrió Teddy entre dientes.

Se produjo una larga pausa y, a continuación, añadió:

—Será un chivo expiatorio fantástico cuando llegue el momento, ¿no te parece?

—No estoy convencido de que sea tan estúpido.

—¡Ja! Almuerza con él. Eso te dejará las cosas claras enseguida. ¿Has acabado con esa maldita cosa?

Las voces fueron volviéndose cada vez más lejanas y, enseguida, desaparecieron por completo.

Beatrice se asomó a la oscuridad mucho después de que los hombres se marcharan de esa planta. Los federales estaban investigando al banco, exactamente como había indicado el señor Halloran. Aquellos hombres hablaban de sobornos. Tenían amigos en el Ayuntamiento. Discutían acerca de lo que había que hacer con el alcalde. Se había enterado de bastante, pero no tenía la menor idea de quiénes eran, ni qué estaban haciendo realmente. Sus pensamientos regresaron a Bill... Bill, que tenía organizada una especie de estafa. Ella, al menos, sospechaba quién podía ser.

Finalmente, la luz matutina se filtró por debajo de las persianas.

Las manecillas del reloj avanzaban a paso lentísimo esa mañana. Beatrice se sentó en su escritorio tratando de ocuparse de sus tareas de archivo. Entre página y página, decidió tomar algunas notas sobre la reunión de medianoche. Sacó el bloc de taquigrafía y empezó a anotar algunos detalles. Miró las cuatro palabras que había escrito con su caligrafía juvenil y se detuvo. Después del robo en casa de su tía, no podía permitirse ser tan descuidada. Arrugó las notas y las metió en el fondo de su bolso. Se quedó mirando de nuevo a su bloc mientras pensaba en Max.

Beatrice garabateó sus notas en taquigrafía. Completó a toda prisa más de tres páginas en las que, con rayajos y florituras indescifrables para cualquiera que no perteneciera al equipo de secretarías, describía la conversación que había escuchado.

El reloj marcó finalmente las 11:20 de la mañana. Era la hora de reunirse con Tony. Se levantó en silencio y se dirigió a toda prisa al ascensor con el bolso, repleto, colgado a un costado.

El Theatrical Grille estaba vacío a la hora de almorzar. En la gramola sonaba un *blues* cuando Beatrice atravesó la puerta y entró en la sala oscura. La vista tardó unos instantes en acomodarse. Carmichael estaba sentado detrás de la barra, leyendo el periódico.

Se irguió al oír el sonido de la puerta y saltó de su taburete para saludarla.

—¡Bienvenida, *bella!* ¿Cómo estamos hoy?

—Bien. —Y, a continuación, se le ocurrió preguntarle—: Dime una cosa, Carmichael, ¿has visto por aquí a Max?

—¿A Maxie? No. ¡Hace ya mucho! ¿Habéis quedado aquí? —Levantó las cejas, esperanzado.

—En realidad, he quedado con otra persona.

Miró a la barra vacía y, a continuación, a la fila de reservados rojos. No había señal alguna del detective. Se fijó en el reloj de estilo antiguo de la pared y vio que había llegado cinco minutos tarde.

—¿Ha estado aquí un hombre esperando a alguien?

Carmichael levantó las cejas.

—¿Un hombre? No, pero ningún hombre se marcharía si estaba esperándote a ti. —Le hizo un guiño—. Llegará enseguida. Te lo aseguro. ¿Te pongo algo de beber mientras tanto?

—Un café.

Carmichael la miró decepcionado, pero asintió y se dirigió a la barra para preparar una cafetera. Beatrice escogió una mesa de la zona central y se colocó mirando a la puerta. Unos cuantos y largos minutos después, Carmichael le acercó allí una taza.

—Bueno, ¿dónde anda Maxie últimamente? No es propio de ella faltar tanto tiempo.

Beatrice no estaba segura de qué decir y dio un sorbo al café para ganar tiempo. Sabía a alquitrán, pero forzó una sonrisa.

—Todavía de vacaciones, supongo.

—Manda saludos a mi dulce Maxie, ¿de acuerdo?

Beatrice estaba a punto de rendirse y marcharse cuando Tony entró por la puerta.

—Siento llegar tarde —dijo metiéndose en el asiento, enfrente de ella.

Carmichael sirvió de inmediato otra taza de café y acercó a la mesa la taza y un cuenco lleno de azúcar. Al parecer, Carmichael y Tony ya se conocían. El detective empezó a volcar en la taza cucharaditas llenas de azúcar, y Beatrice esperó pacientemente algún tipo de explicación.

Cuando, por fin, Tony levantó la vista de la taza, ella se mostró sorprendida al verle el gesto. Por lo que parecía, Tony no había dormido en varios días. Las arrugas casi infantiles en torno a sus ojos habían sido sustituidas por las abultadas bolsas de un hombre mayor. Tenía la mandíbula aderezada con una barba de varios días.

—Max ha desaparecido. —Miró a Beatrice como si ella supiera dónde se había ido su hermana.

—¿Qué? —resoló Beatrice—. Pensé que se había ido de vacaciones.

—Yo también. Entré en su habitación en casa de papá y mamá, a buscar algo que me pidió prestado, y, simplemente, algo parecía no encajar. Apenas se había llevado ropa de equipaje, y todas sus prendas de verano estaban todavía guardadas en cajas. Así que fui al aeropuerto a hacer comprobaciones. No iba en ninguno de los vuelos a México que encontré. No hemos tenido noticia de ella en más de una semana.

—Dicen que dejó su empleo en la oficina —le espetó Beatrice.

—¿Cómo? —Los ojos de Tony relampaguearon de enojo—. ¿Cuándo?

—El martes pasado. —Beatrice bajó la vista—. Siento no haberte dicho nada antes. No quería meter en líos a Max.

Tony la miró fijamente hasta que se le suavizó el gesto con un ceño de pesar.

—Todo sucedió de repente. No vació su escritorio, ni nada. Sus cosas seguían allí.

En el instante en que dijo eso, se arrepintió. Ahora tendría que explicar cómo lo sabía y, seguramente, más cosas. Se mordió la lengua y miró a la mesa, sin saber qué hacer a continuación. Había muchas más cosas que contar. La conversación que había oído la noche anterior se reproducía en su cabeza. Teddy dijo algo sobre el control de unas filtraciones. El corazón dejó de latirle un instante mientras pensaba en lo que eso podía significar. Max había desaparecido.

—Beatrice —dijo Tony con un tono de voz cuidadosamente estudiado—, tienes que contármelo todo.

La fina línea de sus labios se frunció. El policía que había en él lo mantenía concentrado, pero ella veía rabiar en su interior al hermano mayor protector.

Todavía no estaba segura de si podía confiar en él, pero llegados a ese punto no le quedaba realmente otra alternativa.

—Algo está pasando en el banco. Algo ilegal, y creo que Max está implicada de algún modo.

Tony asintió con aspereza y, enseguida, sacó su bloc de notas y empezó a apuntar. Le habló de las cajas de seguridad que habían ido desapareciendo, del encargo especial de Max y de la conversación que había oído. Alteró unos cuantos detalles, como el hecho de que había oído la conversación en plena noche, mientras dormía en una planta de oficinas. También omitió que ahora tenía un juego de llaves completo que parecía abrir todas las puertas del First Bank of Cleveland y que las había robado del escondite de Max en el baño de señoras. Reconoció haber encontrado y leído los expedientes de Max.

Cuando terminó de contarle su versión de los hechos, él la miró con sus ojos de detective y ella supo que no iba a ser tan fácil.

—¿Qué tiene que ver tu tía Doris con todo esto?

Beatrice no había dicho una palabra de su tía, de la llave, ni de las cartas de amor. Se le abrieron los ojos como platos, alarmada.

—¿Qué... qué quieres decir?

—Bueno, sencillamente, el robo en el apartamento de tu tía no encaja con el perfil de un allanamiento normal, así que hice algunas averiguaciones. Doris Davis trabajó en el First Bank of Cleveland tiempo atrás, ¿verdad?

Beatrice se detuvo y, a continuación, asintió con tristeza. No había querido arrastrar a su pobre tía a ese sórdido asunto.

—Beatrice, necesito que no me ocultes información en todo este asunto. Sé más de lo que tú crees.

Cuando hizo esta última afirmación, mantuvo un instante una mirada grave, y ella se dio cuenta de que se había descubierto el engaño. Él la había investigado. No estaba segura de cuánto había descubierto, pero no podía permitirse no tener de su lado a Tony.

—La tía Doris trabajó en el banco hace años, no estoy segura de cuántos. Cuando sufrió el ataque... —Los ojos de Beatrice se encharcaron y se esforzó por evitar que le temblara el labio inferior— examiné algunas de sus cosas y encontré unas cartas. Creo que tuvo una aventura con Bill Thompson. Encontré las cartas de amor que le mandó. También tenía algunos expedientes; notificaciones sobre cajas de seguridad. Max encontró las cartas y las leyó mientras yo dormía. Después, robó la llave de una caja de seguridad que yo había encontrado en el bolso de Doris. Esa fue la última vez que la vi.

—¿Cuándo fue eso?

—La semana pasada. —Beatrice enjugó una lágrima—. Después de aquello, ya no volvió al trabajo.

—¿Qué se llevó el ladrón del apartamento de tu tía?

—Las cartas. Me parece que también buscaban algo más.

—Creo que tienes razón. He estado en el apartamento y lo he vigilado unos cuantos días —dijo tomando algunas notas más en el bloc—. ¿Tienes idea de qué otra cosa buscaban?

—No estoy segura. Tal vez la llave, pero nadie sabía de su existencia, y Max ya se la había llevado.

No fue hasta ese momento cuando Beatrice reconoció en voz alta que Max era una sospechosa del robo..., al menos, en su cabeza.

Tony se frotó la frente y miró sus notas.

—Max acudió a mí hace unos cuantos años con esta enloquecida historia. Alguien estaba robando las cajas de seguridad. Dijo que era una conspiración a gran escala. Había estado husmeando y «recogiendo pruebas».

Se detuvo y Beatrice vio que la culpa le torcía el gesto.

—Vino a verme la semana pasada y dijo que por fin tenía «pruebas irrefutables» de su teoría. Estaba muy excitada. Yo le dije lo que ya le había dicho antes una y mil veces. Nadie en el Departamento está interesado en investigar al First Bank of Cleveland. Traté de abrir un expediente cuando aquella mujer reclamó que su depósito había sido transferido ilegalmente, Rhonda Whitmore. Así se llamaba. Le tomé declaración cuando Max me contó la historia. Rhonda afirmaba estar al corriente de pago, pero un día entró en el banco para cambiar su testamento y le dijeron que la caja había sido transferida y que elevara su queja al Estado. Recurrió al Estado. Nunca habían tenido noticia de ella, ni de sus depósitos. Simplemente se desvanecieron en el aire, junto con cincuenta mil dólares en certificados de deuda pública. Estábamos acercándonos a algo de verdad, ¿sabes?

Beatrice recordó haber oído referir la historia a Max.

—¿Qué sucedió?

—Nada. Mi jefe me dijo que no teníamos más que suposiciones. Se negaba a insultar a un empresario como William Thompson sin pruebas. Ni siquiera iba a permitirme citarlo para interrogarlo. —Se pasó una mano por la barba de tres días—. Después, esa pobre mujer fue atropellada por un automóvil. Se archivó como un caso de atropello con fuga. Max me dijo que no tenía agallas. Que debería haber investigado, de todas formas. Ese caso estuvo a punto de costarme el despido. Después de aquello, no podía volver a sacar el tema del banco en la comisaría.

—¿Crees que realmente hay sobornos por medio? —preguntó Beatrice en voz baja.

Tony frunció el ceño y removió el café.

—Quiero pensar que es imposible, pero ahora mismo corren tiempos difíciles. Un montón de tipos con los que trabajo tienen dos hipotecas pendientes de pago... No sé.

—Esos hombres hablaron de que los federales estaban haciendo preguntas. También hablaron de que se había «contenido» una filtración.

—¿Crees que se referían a Max?

—¿Crees que Max habría acudido a los federales?

—Yo no dudaría de que habría sido capaz de hacerlo. Si está trabajando con el FBI, ahora mismo tal vez la tengan oculta en algún sitio. Tendré que ver qué puedo averiguar. —Dejó de hablar y la miró como si fuera incapaz de decidir qué hacer con ella—. Tienes que tener cuidado, Beatrice. ¿Dónde te estás alojando?

—¿A qué te refieres?

Trató de no mostrarse alarmada. A lo mejor la había seguido.

—No he podido encontrarte fuera del trabajo últimamente.

Había estado siguiéndola.

Tragó saliva.

—Me he quedado a trabajar hasta tarde.

—Yo también.

No la creía, eso podía asegurarlo. Si la hubiera estado siguiendo, sabría que había dormido en el hospital. Se apretó las manos juntas bajo la mesa, a la espera de que le anunciara que iba a ponerla bajo custodia.

Después de una pausa agonizante, dijo por fin:

—Sigues trabajando en el banco. ¿Crees que podrás husmear por ahí y averiguar quiénes son realmente Ted y Jim?

—Creo... Creo que sí —respondió, aun cuando no estaba en absoluto segura.

Teddy y Jim podían trabajar en cualquier lugar del edificio. Se le vino a la cabeza una imagen del Departamento de Personal. Allí, en alguna parte, tendría que haber un directorio.

—Detesto hacer preguntas, pero todas mis fuentes se han secado por allí. Veámonos la semana próxima y veremos qué hemos averiguado. Ponte en contacto conmigo de inmediato si tienes noticia de Max o si necesitas algo.

Se levantó para marcharse. Mantuvo la mirada en los ojos de ella, y Beatrice percibió en ellos un atisbo de ternura.

—Beatrice.

—Sí —respondió acurrucándose junto a la mesa.

—En el momento en que las cosas se pongan demasiado siniestras, quiero que te alejes de todo esto.

Martes, 18 de agosto de 1998

La mañana del martes, Iris se despertó rígida y dolorida en el sofá. En medio de los zumbidos de la pantalla del televisor se veía a un ama de casa entusiasta que sostenía la basura como si fuera un trofeo. Clic.

La mesita baja estaba toda cubierta de montones de papeles de Beatrice. En algún lugar, debajo de esos montones, había escondidos una llave y un manual. Volvió a enterrar la cabeza bajo la almohada. Diez minutos después, levantó el culo y reunió todas las pruebas de lo estúpida e idiota que era al pensar que con la ayuda de un manual de taquigrafía sería capaz de resolver el caso de una persona desaparecida hacía unos veinte años. Metió todo aquel caos en el cajón de los trastos de la cocina. Llegaba tarde al trabajo. Otra vez.

Cuando se detuvo ante el viejo banco, le impresionó ver a Nick de pie, junto a la puerta automática del garaje. Llevaba una cámara y un portabloc en la mano y parecía que la estaba esperando. Detuvo el automóvil al lado. Pensó en acelerar en dirección a él y estampar su ruín esqueleto en el parabrisas. En cambio, estacionó el vehículo y salió.

—¿Qué haces aquí? —preguntó él.

—He venido a trabajar. —Levantó el portabloc y extendió por todo el rostro una sonrisa maliciosa—. Así que no te hagas ilusiones salvajes.

«Está bien», recordó Iris. Él no tenía ni idea de que lo había sorprendido con Amanda. Iris entornó los ojos enfadada.

—No tienes nada de qué preocuparte, créeme.

Pasó junto a él y apretó el timbre para que abrieran la puerta y, a continuación, volvió a subir al automóvil. Entró en el muelle de carga y lo dejó a él allí de pie.

—Ey, ¿qué problema tienes? —preguntó cuando la alcanzó en la escalera del muelle de carga.

—¿Problema? ¿Por qué iba yo a tener algún problema? Estoy aquí para hacer un trabajo.

Apretó el botón del ascensor y esperó mirando a la puerta.

—No sé qué he hecho para cabrearte..., pero te pones bastante guapa cuando te enfadas.

Ya está bien. Se volvió a él con los ojos encendidos.

—Ahórrate los coqueteos y las pampulinas para alguna otra incauta, ¿vale? Ya tienes lo que querías, ¿de acuerdo?

Entró en el ascensor y giró la llave para subir a la planta 11. Dejó que se cerraran las puertas delante de la cara ceñuda de Nick. «Ya encontrará él la maldita forma de llegar», pensó para sí mientras el ascensor la subía a toda prisa por el edificio.

Iris apretó el botón del piso equivocado, pero no importaba. Dio comienzo a su rutina habitual de abocetar esquemas. Se negó a permitir que Nick le robara un segundo más de su tiempo. Unos trazos secos y furiosos iban llenando su papel milimetrado. No lo merecía. Pilar, muro, vestíbulo... Los tachó con color rojo. Recorrió el perímetro y llegó a un despacho de un rincón. La puerta estaba cerrada. La abrió de una patada. *Que les den por culo a Nick y a sus besos largos y pausados.*

Retrocedió asombrada. Sobre la gruesa moqueta afelpada había unas sábanas y unos cuantos harapos apilados en el centro de la habitación. En torno a ese montón había envoltorios vacíos de comida y algunos desechos. La habitación parecía un contenedor de basura. Se tapó la nariz y la boca con la mano. Una puerta en la esquina más alejada permanecía abierta. Sabía que daba a un cuarto de baño. El terror le apuñaló las entrañas cuando se le ocurrió que la persona que dormía en el suelo podía seguir merodeando por allí. Conteniendo la respiración, prestó atención por si oía ruido de pasos, roce de papeles o una navaja automática al abrirse.

—¿Hola? —susurró en la habitación.

No hubo respuesta. Indecisa, caminó sobre la gruesa moqueta, evitando la pila de basura que había en el medio. Cuando se aproximó a la puerta del cuarto de baño, sus piernas se prepararon para correr en dirección contraria. Vio más envoltorios delante del retrete. Solo pudo percibir una huella de barro sobre la baldosa de delante del plato de ducha.

Sintió una mano en el hombro.

Gritó. Se volvió al tiempo que arremetía con la bolsa de herramientas con toda la fuerza que pudo. Dos kilos y medio de utensilios fueron a parar contra la cabeza del asaltante. La figura se tambaleó a su espalda mientras ella salía espantada de la habitación, dando gritos. Corrió hasta el ascensor de servicio y golpeó el botón de llamada. El automóvil estaba en el sótano. No podía permitirse esperar al ascensor. Recorrió el pasillo hasta la escalera de emergencia. Se lanzó con el hombro contra la puerta y ya estaba a punto de precipitarse por los once tramos de escalera cuando oyó una voz que venía del pasillo.

—Iris... Iris, soy yo, ¡eres una maldita psicópata!

Era Nick. Había golpeado a Nick en la cabeza. Se volvió y sonrió. Nick se cubría la mitad del rostro con la cara.

—¿Nick? —Se acercó con cautela—. Mierda, ¿estás bien? Ven donde haya luz para que pueda verte.

Lo condujo de nuevo al espacio diáfano de la oficina, donde pudiera evaluar los daños. No sangraba —la alivió comprobarlo—, pero estaba casi segura de que se le pondría el ojo morado.

—¿Qué demonios te pasa?

—Lo siento. Te has echado encima de mí por sorpresa y has asustado a la basura viviente que llevo dentro —trató de explicar—. No hagas eso en un edificio abandonado, ¿de acuerdo? ¡Todo aquí es espeluznante! Y había una cama. Hay alguna... persona que duerme aquí arriba... Ven a verlo.

Le arrastró por el brazo de nuevo hasta la habitación sobre cuyo suelo había encontrado una cama.

—Parece como si el edificio tuviera un ocupa.

—Sí, supongo que pensé que eras él.

Examinó la cara amoratada de Nick y apartó la vista, avergonzada. La había llamado maldita psicópata. Seguramente tuviera razón.

—Ey.

Nick le levantó la cara empujando el mentón con el dedo. Tenía la mirada sumisa. Parecía decir con ella que lamentaba no haberla llamado antes. Tal vez lo sintiera de verdad y no encontrara modo de decírselo. Mantuvo la mirada de Nick y se descubrió buscando una razón para perdonarlo.

Ella volvió a bajar la barbilla y se dio la vuelta para marcharse. Iris no iba a rendirse tan fácilmente. No otra vez.

—De todas formas, ¿qué demonios estás haciendo aquí arriba?

—Vine a buscarte. —La agarró del brazo—. Oye, ¿qué problema tienes?

—Déjame en paz. —Iris recuperó el control del brazo dando un tirón.

Avanzó hacia la escalera de emergencia para recuperar la bolsa de herramientas. Él la tomó de la muñeca. Ella se volvió, dispuesta a ponerle el otro ojo

morado para acompañar al primero. La tomó de la otra muñeca y le sujetó las dos con fuerza mientras buscaba su rostro.

—Iris, vas a tener que decirme qué demonios está pasando.

—¡Tú sabes lo que está pasando! Tuvimos nuestra aventura. No llamas. Estás con Amanda...

Se mordió la lengua para evitar decir más cosas.

—Amanda —dijo, al fin—. ¿Qué quieres decir? ¿Yo estoy con Amanda?

—No me digas que no. Estuve en Tremont buscando casa. Me pasé por la tuya. La vi allí contigo.

Se soltó las manos y se apartó de él.

—Amanda es solo una amiga.

—¡Tonterías! ¿A cuántas chicas de la oficina te estás tirando exactamente?

—Se pasó por mi casa. Tomamos una cerveza. La mandé a la suya. Me fui a la cama... Hubiera preferido verte.

Nick sonrió tímidamente y dio un paso hacia ella.

Iris reconoció la actitud carnal y retrocedió.

—Bueno, entonces, ¿por qué diablos no me has llamado?

Él se encogió de hombros.

—No me diste tu número. Además, pensé que volvería a verte hoy.

—Bueno, ¡no lo sabía! —gritó sintiéndose cada vez más estúpida.

No le había dado su número. Ella había estado esperando junto al teléfono y él ni siquiera tenía el número.

—Bueno, ahora ya lo sabes. ¡Por Dios, Iris! No tenía ni idea de que te preocuparas tanto.

La miró a los labios y se inclinó hacia ella.

A Iris le dio un vuelco el estómago. Lo evitó antes de que pudiera plantarle un beso. Sabía de lo que eran capaces sus besos.

—No tan deprisa.

—De acuerdo —sonrió—. No tan deprisa. ¿Qué te parece si cenamos juntos el viernes por la noche?

Iris asintió con un gesto y decidió huir antes de que él consiguiera enredarla en otra situación comprometedoras o reparara en la sonrisa amplia y estúpida que tenía en el rostro. Se escapó corriendo por el pasillo para regresar al trabajo.

—Tengo un plazo muy ajustado. El señor Wheeler quiere tener los croquis de las quince plantas el viernes. Te veo después —gritó casi sin volverse.

Nick se quedó en el pasillo vacío, con una mano en el ojo.

Iris se despertó asustada. No sabía dónde estaba, pero no estaba en casa. Estaba sobre un colchón en un suelo desconocido. Le estaban aplastando la cabeza con un tornillo de banco, y toda la habitación vibraba con los latidos. Parpadeó al ver las cajas y las paredes desnudas y, al fin, recordó. Estaba en su nuevo apartamento.

La noche anterior había regresado a casa del revés. Después de haber sudado tinta con las plantas novena y décima del viejo banco, Ellie y su novio la ayudaron a mudarse de Random Road. Lo celebraron con demasiados martinis en el Lava Lounge, calle abajo. Iris apenas recordaba los tumbos que dio mientras volvía a casa. Se tiró al suelo para que la habitación dejara de dar vueltas. No sirvió de nada. Se echó la manta sobre la cabeza y trató de volver a dormirse. Mientras el cerebro martilleaba, en los oídos se le repetían a volumen desigual fragmentos de conversaciones de las últimas doce horas.

—¡Adiós, señora Capretta! —había saludado Iris junto a su sofá raído desde la caja de una camioneta descubierta.

—¿Y de verdad crees que mudarte de aquí va a ser mejor, eh? Recuerda una cosa, Iris, da igual cuántas veces te mudes o lo grande y caprichosa que se vuelva tu casa, sigues atada a ti misma. ¿Me entiendes? No puedes comprar la salida de ahí, ni por todo el dinero del mundo...

La voz de la anciana se iba apagando a medida que la camioneta se alejaba.

«Gracias por el consejo de despedida», pensó mientras dejaba atrás a la señora Capretta.

Después, en el bar, no dejó de hablar de Nick.

—No me llamó en todo ese tiempo porque olvidé darle mi número. ¡Menuda idiota estoy hecha!

Ellie levantó una ceja en la que acababa de ponerse un *piercing*.

—¿Cómo? ¿Ese chico no ha oído hablar nunca del servicio de información telefónica? A mí me parece que es un bobo.

Iris quiso protestar, pero no podía argumentar nada. Su amiga tenía razón. A Nick no le habría resultado tan difícil encontrar su número. Tragó el cóctel que tenía en la mano y abandonó la idea con un gesto.

—¡El viernes vamos a salir! Una cita de verdad.

Iris puso los ojos en blanco y se llevó las manos a las sienes. Le subía la acidez a la garganta, pero se esforzó por hacerla volver a descender. Todavía le molestaba el comentario descarnado de Ellie. Intentó recordar el resto de la conversación, pero la tenía dispersa.

Después de otra copa, o dos, o tres, reconoció finalmente haber tenido sexo con él en el suelo del cuarto de baño. Este pequeño chismorreo despertó el interés de todos.

—¡Ya lo sé! ¡Soy una zoooo-rra! —dijo entre carcajadas, y estuvo a punto de caerse del taburete de la barra.

Unas cuántas copas después, se ensimismó mirando la mesa, sin dejar de mascullar sobre el fantasma de Beatrice Baker.

—Se está apoderando de mí. Me sigue dentro del edificio. Lo sé. Siguen sucediendo cosas extrañas. El escritorio, el expediente, mi bolsa... Nunca debí haberme llevado... esa llave...

—Vamos a tu casa —resonó la voz de Ellie, a lo lejos.

Iris se avergonzó y se volvió de lado. Se odiaba por contar tonterías, por emborracharse y ponerse sentimental y por ser tan idiota. Tenía trabajo, por el amor de Dios. Se suponía que ya era una adulta.

—¡Uf! ¡Que esto se pare, por favor! —gimoteó en la almohada.

Era última hora de la mañana cuando volvió a despertarse. Había perdido la noción del tiempo, pero la luz del sol azotaba por las ventanas desnudas. Consiguió incorporarse sin marearse. Se frotó los ojos; a continuación, el pánico se apoderó de ella. Llegaba tarde; verdaderamente tarde. Era jueves y tenía una tonelada de trabajo pendiente de terminar antes de la mañana siguiente. Brad esperaba resultados.

Todavía llevaba la ropa del día anterior y no le importó. Atravesó la puerta tambaleándose después de encontrar las llaves y el bolso, y se metió en el automóvil. No se molestó en cepillarse los dientes, ni en arreglarse el pelo. No tenía tiempo. El reloj del salpicadero lanzaba destellos de las 11:15.

Aceleró para llegar a Euclid Avenue como si acabara de atracar una tienda de licores. A medio camino del centro de la ciudad, decidió que fallecer de deshidratación no iba a servirle de ayuda para cumplir los plazos. Se detuvo para comprar unas patatas fritas y un refresco de naranja sin salir del automóvil y se metió la comida en la boca delante de un semáforo. Casi se sintió humana cuando frenó ante la puerta del garaje que daba acceso al interior del banco.

El ascensor la empujó sin piedad once pisos arriba, hasta donde había golepado a Nick en la cabeza dos días antes. El estómago se le agolpó en lo más alto de la caja torácica y amenazó con desparramarse por el suelo cuando el ascensor frenó para detenerse. Consiguió salir de aquella sádica caja metálica y respiró profunda y agitadamente antes de echar un vistazo. El montón de la persona sin hogar seguía tirado en el despacho del rincón. Tenía que ponerse en marcha y terminar lo antes posible.

Descargó la herramienta y se acercó renqueante hasta donde había visto las pruebas de que algún vagabundo vivía en el edificio. No tenía un aspecto muy distinto del que ofrecía el martes. Ramone seguramente había expulsado al ocupa hacía mucho tiempo. Debía de hacer rondas de vigilancia, argumentó. Aun así, midió las dimensiones de la sala lo más rápido que pudo. Se acercó a aquella cama improvisada y contuvo la respiración mientras trabajaba. Entró en el cuarto de baño tapándose la nariz. El retrete estaba relativamente limpio, pero había una cuchilla de afeitar en la repisa del lavabo. Tomó las medidas en dos dimensiones con la cinta métrica y salió de allí echando pestes.

Cuando salió a toda prisa de la sala, tenía las manos sudorosas. Era ridículo que le hubieran encargado el proyecto a ella sola; tal vez fuera incluso peligroso. Si fuera lo bastante decidida para ir a hablar con Ramone, seguramente lo habría hecho. Un sudor frío le formó unas gotas en la frente. La resaca iba a ser cosa de todo el día, podía asegurarlo. Se echó un vistazo en un espejo del vestíbulo. Parecía tener la cara verde. Era buena cosa no tener acompañante allí; podrían haberla despedido. En el fondo de su cabeza oía a Ellie preguntarle: «Entonces, ¿prefieres que te despedacen?».

No la iban a despedazar, razonó. Brad parecía pensar que podía gestionarlo ella sola. Pasó al siguiente despacho. No quería demostrar que estaba equivocado. No podía salir corriendo y gritando del edificio como una nena. Una nena con resaca, además.

El resto de la undécima planta no presentaba nada llamativo. Cerca de los ascensores se topó con una puerta sin carteles. Por el trabajo ya realizado en las plantas inferiores, sabía lo que podía esperar encontrarse al otro lado. Una pila de porquería, artículos de limpieza y, quizá, alguna chica de calendario del *Playboy* para deleite del personal de conserjería. Sí, era un armario.

Midió la estancia rápidamente y apagó la luz. Estaba volviéndose para cerrar la puerta cuando la bota golpeó con algo que había en el suelo. Volvió a encender la luz, vio una maleta de piel marrón apoyada contra la pared. Estaba cubierta de polvo y telarañas. El asa estaba suave y gastada.

—¿Qué haces tú aquí? —le preguntó.

La sacó del armario y la dejó en el suelo del vestíbulo. Estaba llena de ropa. Ropa de mujer, pero mucho más pequeña que la que llevaba Iris. Iris vestía la talla 42 y esa ropa era de la talla 38. Levantó una blusa y parecía que fuera de una niña de doce años. Quienquiera que fuese la propietaria de la maleta, era menuda. Pensó en Beatrice. Suzanne la había llamado «cosita de nada». Iris colocó la blusa junto a una falda de tubo y casi pudo imaginarse a la mujer que la llevara. Regresó al armario escobero y frunció el ceño. La maleta llevaba allí oculta años. Sola.

Bajo la ropa había dos carpetas de cartón. Una estaba llena de los mismos jeroglíficos mal garabateados e ilegibles que encontró en el expediente personal de

Beatrice. El otro contenía una pila de cartas con el membrete del First Bank of Cleveland.

Escogió una. Era una notificación de que el banco tenía previsto transferir el contenido de una caja de seguridad al Estado.

Trató de eliminar de su mente la imagen de una joven escondida en el armario. Debió de haber sucedido algo espantoso. Nadie va dejando su maleta por ahí. Quizá hubiera metido allí su ropa y esos expedientes y tratado de escapar. Tal vez alguien se lo impidiera. Según Suzanne, Beatrice simplemente se levantó un día y desapareció.

No era en absoluto asunto suyo, se dijo Iris. Sucedió hace veinte años, y Beatrice, o quienquiera a quien perteneciera la maleta, se había marchado hacía ya mucho tiempo. Sus ojos volvieron a perderse en la blusa. Estaba estampada con cuadros pequeños. Seguramente era su favorita.

—Beatrice —susurró—. ¿Por qué corrías?

A juzgar por el corte discreto de la ropa, debía de tener una personalidad sosegada. «¿Viviría sola como yo?», se preguntó Iris. «¿Vino alguna vez alguien a buscarla?» Nadie había tocado la maleta desde que Beatrice, o quienquiera que fuese, la dejara allí.

Tomó las carpetas y se las guardó en su bolsa de herramientas. No podía limitarse a volver a encerrar sin más en el armario todas las señales de esa mujer. Tal vez estuviera muerta, y lo que quiera que contuviesen esas carpetas explicara por qué. Quizá no le importara a nadie ya. Quizá no le importó a nadie entonces; pero aun así, importaba. Cerró la maleta y volvió a dejarla en el lugar en que la encontró.

Cuando bajó la vista hacia la maleta del armario, una idea morbosa coqueteó en el fondo de su cabeza. Si ella desapareciera un día, ¿quién acudiría a buscarla?

Después de haber llegado tan tarde a trabajar, no había tiempo para pensar en la maleta abandonada. No había tiempo siquiera para cenar. Iris tenía que seguir si pretendía terminar la inspección durante la mañana. Subió las escaleras hasta la duodécima planta y se encontró en una caverna vacía. Cada paso resonaba en el cemento desnudo. No había nada más que pilares vistos; hasta el falso techo había desaparecido. En lo alto de un techo de 1918, colgaban en situación precaria conductos de aire, cableado y yeso que se desmoronaba. Era una labor de ingeniería de autopsia. El suelo estaba destrozado.

Los pilares de acero estaban tachonados de remaches grandes y redondos, del tamaño de una moneda de medio dólar. Extendió el brazo y tocó una. Parecían huesos pintados. Extrajo con nerviosismo el portabloc y empezó a hacer croquis anotados extensamente sobre la estructura e, incluso, a dibujar esquemas de las placas de empalme de los pilares simplemente para ser minuciosa. Brad se sentiría orgulloso.

Una hora más tarde se asomó a una de las ventanas de madera podrida. Abajo, la calle estaba atascada de peatones y vehículos. La jornada laboral se quedaba sin fuelle para todos, pero a ella todavía le quedaba mucho trecho para irse.

El sol había descendido en el cielo y proyectaba largas sombras sobre el cemento cuando se dirigía a la escalera de emergencia. Al encaramarse a los peldaños para ir al piso siguiente, reparó en que en la puerta ponía «14», y no «13». No había ningún 13. Extraño.

Por fortuna, la planta decimocuarta era idéntica a la que tenía debajo y la recorrió volando en quince minutos.

Cuando llegó a lo más alto de la torre, se le encogió el estómago. La decimoquinta planta estaba donde ella había visto una linterna solitaria desde la calle la semana anterior. Pensó en regresar. El número «15» estaba estarcido sobre la puerta metálica de incendios beis. Se le acumularon unas gotas de sudor en el labio superior. En lo alto de la torre de evacuación debía de hacer casi 40° C.

Se asomó por el enorme hueco de la espiral de escaleras hasta la base misma. Las barandillas y las escaleras se retorcieron hasta abajo, abajo, muy abajo, hasta que tuvo la sensación de que podría caerse. Se agarró a la barandilla y respiró. La torre de evacuación era una chimenea que hacía subir desde el sótano el aire fresco hasta las plantas más bajas y enviaba a la parte alta un calor que recocía el cerebro.

Aquella temperatura agobiante finalmente venció su miedo. Abrió la puerta despacio. Estaba demasiado oscuro para poder ver algo. El sol se había ocultado, y el resplandor de las farolas se desplegaba muy abajo, demasiado lejos para llegar al piso más alto. Sacó la linterna Magnum policial y la agarró como si fuera una porra.

El polvo que había en el suelo de linóleo a sus pies parecía haber quedado marcado recientemente. Veía pisadas desordenadas, pero sin mucha claridad. El intruso podría haber estado exactamente ahí. Se estremeció.

Salió de la torre de evacuación y dejó que la puerta se cerrara despacio a su espalda. Avanzó despacio por el pasillo, siguiendo el haz de luz de la linterna. La llevó al otro lado del elevador, hacia el vestíbulo. Una vez lejos de la torre de evacuación, no se percibía alivio alguno del calor y enseguida tuvo la camiseta empapada de sudor. Cuando llegó por fin al vestíbulo principal, la recibió un gigantesco retrato de Alistair Mercer, el presidente. Unas grandes letras de bronce aclaraban encima de su cabeza: «Despachos de Directivos del First Bank of Cleveland».

Las letras estaban remachadas a una inmensa losa de mármol que se extendía desde el suelo hasta el techo. Tras ella encontró un gran mostrador y una sala de espera. En lo alto colgaba una enorme lámpara de cristal, pero las bombillas estaban fundidas. Probó el revestimiento de dos paredes distintas, pero todas las luces estaban desconectadas. El cristal y el bronce lanzaban destellos bajo el haz de la linterna a medida que iba avanzando.

Las pesadas puertas francesas adornadas con incrustaciones de metal y ébano no tenían ningún letrero, pero imaginó que el despacho debía de pertenecer al presidente del banco: o a él, o al Mago de Oz. Al otro lado encontró un despacho tan grande como todo un departamento de los pisos más bajos. El mero tamaño de la habitación engulló el rayo de la linterna cuando trataba de concentrarse en no tropezar con picos de mesas de cristal, ni con lámparas de pie de bronce. Sus ojos se alejaron de sí misma y deambularon desde las alfombras tejidas a mano hasta los desorbitados murales de cielos que había pintados en el techo. Se golpeó la espinilla con una mesita de café antigua y tropezó con un largo sofá de piel. La linterna salió rodando debajo del sofá. *Mierda*.

Arrodillada, divisó la luz tras unos cuantos papeles enrollados. Cuando la recuperó de debajo del sofá, vio que no eran papeles. Eran envoltorios. Envoltorios de alimentos y paquetes de tabaco arrugados, junto con otros desperdicios. Se levantó de un salto y apuntó la linterna hacia el sofá. En un extremo había una almohada harapienta improvisada. Su mano voló para taparse la boca. Alguien había dormido allí.

Entre el calor y los latidos de su corazón acelerado, empezó a ver manchas delante de sí. Iba a desmayarse.

Muy lejos del sofá, encontró un asiento ante un escritorio del tamaño de una cama grande. La linterna recorrió toda la sala hasta que estuvo segura de que seguía estando sola..., al menos, por el momento. Volvió la vista al sofá con su almohada. Esparcidos sobre la mesita de café había unos cuantos envoltorios más y lo que parecía una camiseta. El miedo le revolvió el estómago.

Eso era todo. Estaba decidida a salir a toda costa de allí y regresar a pasar la noche en casa. Merodear en la oscuridad con una persona sin hogar suelta en algún lugar del edificio no formaba parte de la descripción de su puesto de trabajo. Brad tendría que comprenderlo.

Se levantó y volvió a rodear el gigantesco despacho hacia el ascensor de servicio. Se detuvo tras la pared de losas de mármol y prestó atención para tratar de oír pasos en el pasillo. Estaba en silencio.

Cuando salió al pasillo, el sonido de una puerta que se cerraba la dejó estupefacta. Procedía de la torre de evacuación. Y de su vía de salida.

El ruido de unas pisadas que se acercaban la impulsó a reaccionar. Se arrodilló y manipuló a tientas la linterna hasta que la apagó. Los pasos se acercaban. Se arrastró a ciegas sobre las losas de mármol, gateando entre elementos del mobiliario, hasta que llegó a una pared. La siguió hasta la primera puerta abierta que encontró en dirección contraria a los pasos.

Palpando el camino a través del suelo del despacho y sobre los cojines del sillón, el relleno de la almohada solitaria y una alfombra enrollada, descubrió que la sala había sido destrozada. Pasó por encima de lo que parecía el gran marco de un cuadro. Las manos se hundieron en un desgarrón en el que debía de haber sido un cuadro inmenso. A través de la puerta que tenía detrás, vio el haz de una linterna que se movía al otro lado de la sala de recepción. Tenía que haber algún lugar donde esconderse. Apenas veía medio metro por delante de ella cuando encontró el camino entre los residuos. El escritorio estaba del revés. Una de sus patas torneadas estaba astillada en el suelo. Escudriñó la oscuridad hasta que encontró lo que buscaba: la sombra de otra puerta. Trepó por una silla volcada y entró en el cuarto de baño del directivo.

Al entrar en el cuarto de baño, unos cristales rotos arañaron el suelo bajo las manos. Dio un grito de sorpresa y se puso de pie al instante. La linterna que tenía detrás se alejaba. Cerró la puerta del cuarto de baño sin hacer ruido y se apartó de ella. La habitación se quedó completamente a oscuras.

Temblando en la oscuridad, hizo esfuerzos por no hiperventilar. Había dejado la bolsa de herramientas, la linterna, las llaves del automóvil y todo fuera, junto al mostrador de recepción.

Mierda. Joder. Maldita sea. Dejó escapar una sonrisa y se palpó con cuidado las manos en busca de cristales rotos y sangre. Hizo esfuerzos por oír los pasos de quienquiera que estuviera fuera, en el despacho. Tal vez no supieran que ella estaba allí. Quizá quien fuera únicamente quisiera regresar para dormir en el confortable sofá del despacho de Alistair. Si esperaba lo suficiente, tal vez pudiera escabullirse para salir.

El halo anaranjado que pendía sobre Cleveland por la noche empezó a filtrarse a través de la ventana del cuarto de baño cuando sus ojos se acomodaron a la oscuridad. Solo podía vislumbrar a duras penas el lavabo y la ducha. El aire caliente entraba y salía de sus pulmones como si fuera fango. No había oxígeno en la

habitación. Manchas rojas le bailaban ante los ojos. Se derrumbó sobre el retrete y puso la cabeza entre las rodillas.

«Te pondrás bien, Iris», se dijo. «Simplemente, respira.»

Sintió un hilo de aire fresco en el brazo. Levantó la mano hacia él. Volvió a sentirlo. Había cierta brisa. Extendió la mano hasta que sintió de dónde procedía.

En la pared contigua al retrete había una gran rejilla de ventilación. «El circuito de retorno de ventilación», pensó. «El patinillo de ventilación debe de subir hasta el tejado.» Apretó la cara contra la rejilla y trató de buscar un retazo del cielo nocturno. No se veía nada más que la oscuridad absoluta. Aun así, el aire fresco era un regalo de Dios, y apoyó un lado de la cabeza empapada en sudor contra la rejilla.

Trató de oír al intruso al otro lado de la puerta. Con toda la basura que había en el suelo, seguramente lo oiría si se acercaba más. Tal vez el vagabundo se hubiera desmayado y ella pudiera marcharse corriendo. Allí se quedarían la bolsa de herramientas y los planos. Solo quería volver a casa de una pieza. Trató de escuchar de nuevo.

Oyó respirar.

Contuvo la respiración, pero seguía oyéndola. Apartó la cabeza de la rejilla. La respiración sonaba más fuerte. Procedía del propio conducto. Se levantó del retrete de un salto para apartarse del sonido. Unos cristales rotos crujieron bajo sus pies.

Una voz susurraba desde el otro lado de la rejilla.

Su corazón casi se detuvo.

Después, volvió a oírla.

—Iris...

Gritando, chocó contra la puerta del cuarto de baño y salió corriendo por la habitación. Tropezó y cayó bruscamente, pero volvió a levantarse con esfuerzo. Salió a ciegas del despacho y por el pasillo.

Lo único que oía era la voz susurrante que repetía su nombre una y otra vez. Fue cuando casi había llegado a los ascensores cuando registró en su cabeza que la estaba llamando Ramone. Se detuvo.

—¡Iris! —vociferó de nuevo.

—¿Ramone? —gimoteó.

—¿Qué demonios estás haciendo?

Hacia ella avanzaba apuntándole una linterna, tras la cual estaba Ramone.

—¿Eras tú? ¿Todo el tiempo has sido tú, con la linterna? ¿Eras tú?

—¿Quién más iba a ser? ¿Te has vuelto loca?

—Yo... no... —Su cara se deshizo en lágrimas—. No sé. ¡A lo mejor estoy loca! ¡Debo de estar volviéndome condenadamente loca!

—Oye, oye. Tranquilízate ya. No pasa nada.

Ramone la rodeó con el brazo y la llevó de nuevo por el pasillo.

Le había salido una hinchazón gigantesca en la rodilla cuando se cayó. La sentó en la silla del recepcionista y, a continuación, recogió del suelo su bolsa de herramientas y se la entregó.

—Gracias —consiguió decir, y se secó con la camiseta el rostro empapado de lágrimas.

La cabeza se le balanceaba sobre el cuello.

—Siento haberme acercado por sorpresa. He visto tu automóvil en el muelle y me preocupé.

—Lo siento. Supongo que debería haberte dicho que estaba aquí. Estoy tratando de cumplir el plazo, que termina mañana, así que trabajo hasta tarde.

—Quizá deberías informarme la próxima vez —dijo con la mirada cansada.

—Sí. Pensé que podría hacerme un piso más, pero hacía calor y la luz no funcionaba y después encontré esa cama...

—¿Una cama?

—No una cama de verdad, pero alguien ha dormido en el sofá del despacho grande. —Iris señaló hacia él desde el mostrador de recepción—. Después oí pasos y... No sé... Supongo que perdí los nervios.

—No te castigues demasiado. Este lugar se te puede meter debajo de la piel. Créeme, lo sé. —Aquella voz alquitranada resultaba reconfortante.

Aun así, Iris sabía que parecería un auténtico bicho raro si decía que había oído voces en el patinillo de ventilación. Seguramente su imaginación se lo había inventado todo, de todas formas. No era más que el calor... y la resaca.

Apuntó la luz hacia el pasillo.

—Vamos a llevarte a casa, ¿eh?

—Sí. Dame solo un minuto para que me asegure de que lo llevo todo. —Decidió darle un poco de conversación para ocultar el histerismo—. Oye, ¿qué pasó en ese despacho del otro lado del pasillo?

—¿A qué te refieres?

—Ese despacho que está todo hecho pedazos. —Se levantó y se echó la bolsa al hombro—. Aquí, deja que te lo muestre.

Lo condujo por el pasillo hasta el despacho donde se había escondido, con la esperanza de que el hecho de ver el lugar de nuevo, con luz, borrara de su cabeza los susurros. Encendió la linterna y apuntó a la habitación.

Estaba peor que el despacho de William S. Thompson en la novena planta. El mobiliario estaba destrozado hasta el último palo. En la pared del fondo había una caja de caudales de acero abierta. El marco de un cuadro estaba quemado con el papel pintado de la pared. La caja fuerte estaba vacía. Su linterna apuntó a la puerta del cuarto de baño y se detuvo allí. Trató de oír más susurros.

—¡Malditos drogadictos! —murmuró Ramone a su espalda—. Vienen por aquí a veces buscando alguna cosa que puedan vender, ya sabes. Supongo que alguien se sintió frustrado.

—Eso supongo —susurró Iris sin escuchar realmente, porque sintió palpitaciones en los oídos cuando se aproximó despacio a la puerta del cuarto de baño.

Iris la atravesó y apuntó la linterna hacia quienquiera, o lo que quiera, que pudiera seguir allí. El cuarto de baño estaba vacío. Volvió a mirar y exhaló el aire que había retenido. No había nadie. Se adentró más y dirigió el rayo de luz hacia la rejilla de ventilación donde había oído respirar a alguien. Lo único que vio fueron los costados de una caja hecha de láminas de metal sin brillo que se extendía más allá de donde llegaba la luz. Se veía una sombra en la pared del fondo. Parecía una escalera.

—¿Buscas algo? —preguntó la voz ronca de Ramone detrás de ella.

—¿Hay alguna forma de que... —Iris buscó palabras que no sonaran absurdas— alguna persona se meta ahí?

—No estoy seguro. ¿Por qué?

—Es solo que... ¿no tendría que venir por aquí el personal de mantenimiento para..., no sé, ocuparse del mantenimiento?

—Tal vez. Pero no desde que yo estoy aquí. Oye, se está haciendo tarde y, no sé tú, pero yo estoy cansado.

Iris asintió y siguió a Ramone para salir al pasillo. Se detuvo y tomó nota del nombre que había en la puerta del despacho saqueado. Tuvo que acelerar el paso para alcanzar de nuevo a Ramone.

—Uf, gracias por encontrarme. ¿Qué haces por las noches aquí?

—Leo —dijo mientras apretaba el botón de llamada del ascensor de servicio.

No era una respuesta tan interesante como ella esperaba. Quería preguntarle por lo que hacía el otro día tratando de extraer cerraduras en la cámara acorazada, pero decidió más bien jugar a lo seguro. Entraron en la cabina del ascensor y miró los botones.

—Oye, ¿por qué no hay planta 13 en el edificio?

—Yo pregunté eso mismo hace años. ¿Sabes lo que me dijeron?

—¿Qué?

—Que trae mala suerte. El trece da mala suerte. He oído que en toda la ciudad hay infinidad de edificios sin decimotercera planta. ¿No te parece curioso? De todas formas, no sé si eso le sirvió de algo realmente a este sitio.

—Uf, yo soy tan supersticiosa como cualquiera, pero eliminar toda una planta me parece un poco de locos.

—No es ni la mitad de locura de las cosas que he visto.

Iris estaba casi segura de que su pequeña función de esa noche le había valido ingresar en la lista de las locas.

—Yo también he visto cosas raras —dijo—. Oye, Ramone...

—¿Sí?

—Hoy he encontrado algo raro en el piso undécimo. Era una maleta. Alguien la dejó en un armario escobero. ¿Sabes algo de ella?

Se le encendió una lucecita en los ojos que, al instante, desapareció.

—He aprendido a no andar por ahí mirando en los armarios. Sería mejor que dejaras todo eso en paz.

Era una advertencia extraña que, en realidad, no respondía a su pregunta. Abrió la boca para volver a preguntar, pero se lo pensó mejor.

Cinco minutos más tarde, Iris se desplomaba en el asiento delantero de su automóvil y encendía un cigarrillo. Después de dar tres largas caladas, volvió la cabeza hacia su portabloc y, a continuación, giró la llave en el contacto.

Las palabras garabateadas en una esquina de su mano temblorosa decían: «R. Theodore Halloran, Vicepresidente Financiero».

Jueves, 7 de diciembre de 1978

—Ramone, ¿qué demonios estamos haciendo aquí arriba? En esta planta no hay nadie.

En el pasillo se encendió una luz de golpe. Se filtraba en el despacho abandonado donde dormía Beatrice en torno al cerco de la puerta. Se incorporó de un salto. Acababa de meterse en su cama improvisada para pasar la noche. Los pasos fueron sonando cada vez más alto, cuando se iban acercando a la puerta. Estaba cerrada, pero los vigilantes de seguridad que se aproximaban a ella tenían llaves. Las oía tintinear.

—Los ascensores han estado funcionando últimamente de forma muy graciosa —respondió una voz grave.

Sonaba más cerca que la primera. El humo de un cigarrillo se colaba por debajo de la puerta. Beatrice salió a toda prisa de la cama y se alejó de las voces entrando en el cuarto de baño oscuro. Todavía podía oírlos hablar cuando cerró la puerta.

—¿Qué quieres decir con «graciosa»?

—¿Qué crees que quiero decir? Las cabinas han estado subiendo aquí los últimos días a todas horas de la noche.

—¿Y? Seguramente se han estropeado. Vamos, amigo. En este vertedero todo funciona de forma graciosa. ¿No decías ayer mismo que las cámaras de vigilancia están averiándose continuamente? Volvamos a la partida de póquer.

—¿Qué pone aquí, en mi camisa? ¿Pone «repartidor de naipes»? —gruñó la voz ronca—. No, no pone eso. Pone «Seguridad». Estoy aquí para cumplir una labor.

—¿Quieres ganarte el puesto de empleado del mes, o algo así? Aquí no hay nadie, Ramone.

Las pisadas fueron desvaneciéndose. Beatrice oyó abrirse y cerrarse varias puertas al otro lado del despacho. No volvió a respirar de nuevo hasta que oyó sonar la campana del ascensor y las voces se apagaron por completo.

Encendió la luz del cuarto de baño y se echó un poco de agua fría en la cara. Se agarró al lavabo con fuerza, hasta dejar los nudillos blancos. La habían visto utilizar los ascensores. Tendría que ser más prudente. Al examinar el cuarto de baño con luz, reparó en que no había ningún escondite que impidiera que la descubrieran, sobre todo si los vigilantes encontraban sus cosas en el suelo de la otra habitación. Cuando apagó la luz, miró a la gran rejilla de ventilación próxima al retrete y, después, sintió un escalofrío cuando la habitación se oscureció.

A partir de ese momento, la travesía desde el baño de señoras hasta la novena planta por la torre de emergencia para meterse en la cama fue una prueba para su corazón. En cada giro estaba convencida de que Ramone o su amigo se abalanzarían sobre ella desde algún rincón oscuro. Por la noche no se atrevía a poner el pie fuera de su dormitorio secreto.

Por si fuera poco, no había tenido suerte siguiendo la pista de un Jim o de un Ted en la oficina. Sus voces seguían acechándola después de la reunión nocturna que mantuvieron al otro lado de su puerta, pero no había vuelto a oírlas fuera de su cabeza desde entonces. Tony seguía necesiéndola para averiguar sus nombres de algún modo. Se acababa el tiempo hasta su siguiente encuentro.

«En el momento en que las cosas se pongan demasiado siniestras, quiero que te alejes de todo esto.» Repetía las palabras del detective cada vez que oía pisadas tras ella en la oscuridad. Era una idea agradable, pero no tenía ningún otro sitio al que ir. Había cumplimentado los formularios para alquilar el apartamento del otro extremo de la calle, pero no podía presentarlos. Carecía de la documentación necesaria. Además, Tony necesitaba su ayuda para encontrar a Max y reabrir su investigación en el banco. Tendría que encontrar un modo, siniestro o no.

El sábado por la mañana, temprano, el edificio parecía estar en silencio. Beatrice se asomó a Euclid Avenue a través de las polvorientas persianas. La calle estaba desierta. El sol se reflejaba radiante en las ventanas del rascacielos del otro lado de la calle, lo que confería a la habitación abandonada un ambiente aún más plomizo. No había visto el sol desde hacía varios días. Incluso en las horas del almuerzo estaba enterrado tras unos tupidos nubarrones de invierno.

Debería haberse marchado la noche anterior, pero no podía hacer frente a otro fin de semana deambulando por los pasillos del hospital. El nombre de R. T. Halloran escrito en el registro de la UCI seguía sobrevolando su mente.

Treinta metros por debajo de ella, un hombre con abrigo oscuro y sombrero cruzaba Euclid Avenue y caminaba hacia la puerta principal del banco. Frunció el ceño mientras lo observaba. Unos minutos más tarde, los ascensores resucitaron con un zumbido en el pasillo. El edificio no estaba vacío, ni siquiera un sábado.

El cielo se oscureció antes de que lograra reunir el valor para bajar hasta la oficina de personal de la tercera planta y buscar los expedientes de Ted y Jim. La torre de evacuación estaba iluminada por unas débiles lamparillas que presidían el dintel de las puertas de cada piso. Un remolino infinito de pasamanos y peldaños la llevó desde la undécima planta hasta la tercera. Miró hacia abajo, para contemplar el abismo oscuro, y estuvo a punto de darse la vuelta. Pensar en Max se lo impidió. Max había desaparecido, y Ted y Jim quizá supieran por qué. Se agarró al pasamanos y empezó a descender descalza los peldaños.

Cuando por fin llegó a una puerta beis marcada con el «3», acercó la oreja al metal frío y trató de escuchar voces. Tras varios minutos, se dio por satisfecha con que el vestíbulo estuviera vacío y empujó suavemente la puerta para abrirla. El chirrido de las bisagras fue doloroso. La atravesó por un hueco mínimo y la cerró sin hacer ruido.

Se agachó y esperó en un rincón oscuro varios latidos de su corazón simplemente para asegurarse antes de cruzar con sigilo el vestíbulo. La oficina de personal estaba al otro lado del vestíbulo de ascensores, en el otro extremo de esa planta. No había vuelto allí desde el primer día de trabajo, pero podía imaginársela todavía. Mantuvo la espalda pegada a la pared todo el camino hasta el Departamento de Recursos Humanos. La puerta estaba cerrada con llave.

Llevaba en el bolsillo el pesado llavero de Max. Buscó la llave y probó una tras otra hasta que encontró la que encajaba. La puerta se abrió. Se deslizó en el interior del Departamento y encajó la puerta suavemente cuando entró. Al dar tres pasos en la habitación a oscuras, se golpeó con los pies descalzos contra una papelera, que hizo un ruido sordo. Chisporroteos de dolor le corrieron desde los dedos mientras susurraba «¡Aaah! ¡Ay! ¡Uy, uy, uy!».

Cuando pasó cojeando junto a las sillas y la mesa baja para llegar al mostrador de recepción, cayó en la cuenta de que no tenía un rumbo concreto. Estaba en el Departamento de Personal investigando a dos desconocidos: Teddy y Jim. Se le encogió el estómago. No había planeado muy bien el robo. No iba a haber una guía de personal allí expuesta, sin más, en el mostrador del recepcionista. Estaba demasiado asustada para encender siquiera la luz.

Desde el vestíbulo llegó un ruido leve de pisadas que se acercaban. Se quedó helada. Sonaban cada vez más alto hasta que pudo distinguir las voces.

—¡Bill, para! ¡Eres terrible! —protestaba una mujer entre risas.

Beatrice se alejó del sonido. Sus ojos volaron por la oficina oscura en busca de un lugar donde esconderse.

—Aquí no, alguien podría vernos —dijo la mujer, casi sin aliento.

Se introdujo una llave en la cerradura que Beatrice acababa de abrir y vio una gran sombra a través del cristal esmerilado. Corrió hasta la puerta abierta más cercana y la cerró al entrar, justo cuando se abría la puerta del Departamento de Personal.

Más pasos, una patada a una papelera, un portazo y el retumbar de un tropezco contra un escritorio le cortaron la respiración acelerada a Beatriz en la habitación contigua. Voces amortiguadas se superponían justo al otro lado de su escondite. Hizo un esfuerzo por oír lo que decían hasta que el sonido de unos besos lujuriosos y una respiración profunda enviaron a Beatrice, vacilante, hasta la esquina más alejada que encontró.

Tras retroceder cinco pasos, chocó contra algo duro y metálico. Era un armario archivador. Sus manos palparon a ciegas los contornos hasta que encontró otro, y otro. Estaba en una sala de archivo. Trató de mantener la mente alejada de los jadeos y los crujidos metálicos del otro lado de la puerta contando los armarios archivadores. Había diez.

Decidió correr el riesgo de abrir uno en la oscuridad. Lo deslizó haciendo un chasquido muy leve y pasó los dedos por los expedientes. Estaba abarrotado de papeles. Se moría de ganas de encender la luz y leerlos, pero la luz saldría por el cerco de la puerta y la descubrirían.

Dejó escapar un pequeño suspiro mientras los gemidos y jadeos de la habitación contigua proseguían. La oscuridad absoluta de la sala de archivo se volvió agobiante cuando los jadeos del hombre fueron volviéndose cada vez más ruidosos hasta que sonaron como si estuviera en la habitación con ella, resollando en la oscuridad. Se hizo un ovillo y enterró la cabeza entre las rodillas con las manos sobre las orejas. Finalmente, lo oyó gritar y se detuvo.

—¡Bill! ¡Eres un animal! —jadeó la mujer.

El hombre sonrió entre un aliento sudoroso. Beatrice oyó un cachete suave.

—No sé qué haría sin ti, Susie...

—Cariño. —El sonido de unos besos desaliñados volvió a inundar el ambiente—. ¡No puedo creerme este anillo! ¡No tenías que comprarme nada!

—Lo pensé en cuanto lo vi. Los zafiros te hacen juego con los ojos.

Beatrice oyó la voz de la mujer levemente admirada.

—No se lo enseñes a nadie, ¿de acuerdo? Tiene que ser nuestro pequeño secreto.

—Oh, ¡estoy cansada de secretos! —protestó.

—¿Crees que yo no? Quiero gritar mi amor desde los tejados. Detesto que tengamos que andar siempre escondiéndonos.

Eran las mismas palabras de la carta de amor de su tía. Eran las palabras del Bill de la tía Doris. Beatrice se esforzó por escuchar su voz. Sonaba como la de su jefe, Bill Thompson, pero no se atrevía a abrir la puerta para confirmarlo.

—Yo también te quiero —suspiró ella—. Bueno, ¡es absolutamente hermoso! ¿Es auténtico?

—¿Qué te pareceo yo? ¿Alguna especie de tacaño? Claro que es auténtico.

Hubo una pausa y Bill se aclaró la garganta.

—Say, ¿terminaste ese asunto que te encargué el viernes?

—¿Cómo? Ah, sí. Creo que está por aquí, en algún sitio.

El sonido de abrir y cerrar de cajones rompió el silencio, ahora incómodo.

—Odio verte aquí, ya sabes. ¿Por qué no podemos ir nunca a algún lugar agradable? Mi escritorio está duro como una piedra.

Beatrice oyó a Bill sonreír y a la mujer dar un grito.

—Bill, ¡eres insaciable! ¡Para!

—¡No puedo!

Se oyó un susurro de papeles.

—Aquí están. Todavía no entiendo de qué va todo esto.

—Considéralo nuestro plan de pensiones. Estoy preparando un acuerdo y no puedo utilizar mi nombre. Necesito una socia guapa como tú. Esto va a dejarnos instalados para toda la vida, Susie. Dentro de unos cuantos años nos iremos de esta ciudad dejada de la mano de Dios. Buscaremos un pequeño escondrijo en algún lugar con playa. Bebiendo margaritas. —Más besos—. Basta de esconderse.

—¿Y tu esposa? —preguntó Susie en voz baja.

—¡Ella y su papaito pueden besarme el culo! Todos estos años bajo su control. Te lo juro, si no fuera por ti, me habría volado los sesos hace meses. Pero ya casi ha terminado. Confía en mí.

—De acuerdo. Pero, la próxima vez, ¿podemos ir a un hotel como hacíamos antes?

—Claro, nena. Lo que quieras.

Otro beso y, a continuación, los ruidos torpes de ropa y pisadas que golpeaban en el suelo. Unos hilos de humo de cigarrillo se filtraban a través de la puerta.

—¿Tienes que fumar eso? Sabes que odio esos.

La voz de Bill se fue apagando, y se cerró la puerta.

El sonido de pisadas se desvaneció.

Beatrice se levantó y sintió un estremecimiento de asco. Esperó unos minutos antes de atreverse a encender la luz de la sala de archivo. No había allí nada más que los armarios archivadores y un fluorescente. Abrió un cajón. Estaba lleno de expedientes de personal ordenados alfabéticamente por el apellido. Se llevó la mano a la frente. Entre tantos cajones de papeles sería imposible encontrar un Jim o un Teddy. Solo en ese cajón ya había dos James. No sabía sus apellidos. Eso era lo fundamental. La excursión había sido un fracaso y, lo que era aún peor, había tenido que presenciar el romance de Bill y Susie sobre la mesa del despacho. Era lo único que podía hacer para no darle una patada a un archivador.

Decidida a conseguir algo, se lanzó atropelladamente sobre el cajón marcado con la etiqueta «Dar-Dr» para buscar a Doris. Era poco probable, pero valía la pena intentarlo. Por desgracia, no se veía por ninguna parte rastro alguno de una Doris Davis.

Entonces, fue a buscar el expediente de Max. En ese momento, supuso que tenía derecho a saberlo todo. Estaba exactamente donde debía estar. Beatrice extrajo la carpeta y la abrió. Maxine Rae McDonnell, nacida el 22 de agosto de 1952, empezó a trabajar en el banco en 1971.

Pasó a la segunda página y vio una nota manuscrita: «Despedida por causa justificada, en busca y captura por allanamiento». Tenía estampado a un lado un sello con fecha: 28 de noviembre de 1978. Era el día en que su amiga había robado la llave de Doris. Beatrice se guardó la carpeta debajo del brazo y cerró el cajón.

Abrió la puerta de la sala de archivo con un ojo cerrado. Para su alivio, el escritorio parecía desocupado, a pesar de lo que acababa de presenciar. Lo miró bajo la luz procedente de la sala de archivo. El letrero que había en una esquina de la mesa decía «Suzanne Pepinski». Bill la había llamado Susie.

Apagó la luz.

La conversación de Bill y Susie se reprodujo durante los ocho tramos de escaleras y el resto de la noche. Beatrice ya no tenía ninguna duda de que Bill estaba robando dinero de las cajas de seguridad. Lo que no entendía era por qué necesitaba la ayuda de Susie.

La pobre Susie, con su joya secreta, no tenía la menor idea de que el anillo de su dedo seguramente era robado. ¿Le había contado a su tía la misma historia de cócteles margarita en la playa? Se preguntaba durante cuántos años se había aferrado Doris en aquella cafetería grasienta a las promesas vacías de Bill.

Sacó la llave de su tía y volvió a mirarla. La caja de seguridad número 547 debía de contener las respuestas. *Tiene que haber un modo de abrirla.*

Beatrice se revolvió en la cama y se dio la vuelta hacia su cada vez mayor pila de ropa para la lavandería, pero no podía sacudirse de la cabeza el sonido de los gruñidos trogloditas de Bill. Finalmente, abandonó por completo la idea de dormir y volvió a recorrer el pasillo hasta la escalera. La novena planta, solo dos tramos de escalera más abajo, estaba a oscuras, salvo por unas cuantas luces de seguridad desperdigadas. Corrió de sombra en sombra hasta el vestíbulo de los ascensores, atravesó el grupo de mesas de las secretarías y llegó al despacho del señor Thompson.

La puerta estaba abierta; y la habitación, a oscuras. Palpó el camino a lo largo de la pared revestida de madera hasta el escritorio, en el centro de la habitación. Sus manos deambularon por el vade de piel y el juego de plumas hasta que tocó la lamparita de la esquina de la mesa. La habitación se iluminó con un resplandor amarillento. El pequeño reloj de cristal del escritorio marcaba las dos de la noche. El vade estaba lleno de papeles, pero no había nada de interés.

El primer cajón contenía bolígrafos, un abrecartas, una pitillera y un encendedor. El archivador grande estaba cerrado con llave. Trató de abrirlo dos veces, pero no cedía. Acarició con el dedo la cerradura en el costado del escritorio, junto a su rodilla. Sacó del bolsillo el llavero de Max y trató de encontrar alguna que entrara. No hubo tanta suerte. Max no tenía esa llave.

Se recostó en el inmenso sillón del señor Thompson. Los libros de la estantería tenían el aspecto de no haber sido abiertos jamás. La fotografía de la esposa y las dos hijas del señor Thompson seguía en el estante. Al parecer, ellas hacían que Bill quisiera volarse los sesos. Sonrió con tristeza al mirarlas.

Sobre el estante, junto a la imagen de su esposa, había un cenicero de cristal. No parecía usado. Estaba cubierto por una capa de polvo y todavía tenía una etiqueta plateada pegada en un lado. El señor Thompson no fumaba. «¿Tienes que fumar eso?», había preguntado Bill a Susie esa misma noche. Mientras miraba al cenicero, recordó algo que había visto en el escritorio.

Volvió a abrir el cajón más pequeño. La pitillera de plata seguía ahí. La tomó, y algo repiqueteó entre las manos. La abrió y encontró una llave de plata en el interior. Sonrió. Era la llave del escritorio. Entró en la cerradura y el cajón archivador se abrió fácilmente. Orientó la lamparilla de mesa para examinar el interior.

Estaba lleno de filas de carpetas colgantes, cada una de las cuales tenía un nombre: Marilyn Cunningham, Francine Carter, Beatrice Baker. La alarmó ver su nombre en el cajón, y extrajo la carpeta. Era el expediente de su entrevista. Dentro estaba su currículum, junto con varios formularios donde se especificaba su salario y la fecha de la siguiente entrevista. Había unos cuantos comentarios garabateados en los márgenes, como «puntual» o «cooperadora». Se detuvo ante un breve apunte que decía: «Ayudando a Randy Halloran. Una distracción afortunada». Enarcó las cejas ante la palabra «distracción». Era insultante, pero se trataba de la única incorrección en todo el documento.

Devolvió el expediente al cajón y revisó los demás con los dedos. De repente, se quedó de piedra. Había un expediente con el nombre de «Doris Davis» guardado al fondo del cajón. Lo extrajo y lo abrió. En lugar de datos sobre su rendimiento, había una solicitud de una caja de seguridad firmada por Doris, con fecha de 1962. La caja número 547. Sacó del bolsillo la llave de su tía, aun cuando sabía que el número coincidía. Tras la solicitud había varias notificaciones de transferencia. Reconoció parte de las cartas por las copias que vio en el apartamento de su tía.

Había más nombres de mujeres archivados al fondo del cajón de Bill. Agarró el expediente de Sheryl Murphy. Bajo su nombre había otra solicitud de caja de seguridad. El expediente de Diana Brubaker tenía otra. Había ocho mujeres con cajas de seguridad. Incluida Max.

Tragó saliva antes de extraer la que decía «Maxine McDonnell». La abrió con la esperanza de no encontrar más que una evaluación de seguimiento del trabajo. El número de caja de seguridad de Maxine era el 544. Las transferencias citadas en las cartas que iban a su nombre incluían un collar de diamantes, un anillo de compromiso y más de 100.000 dólares en efectivo.

Parpadeando para contener las lágrimas, volvió a meter los expedientes de Doris y Max en el cajón y lo cerró de golpe, como si al hacerlo estuviera borrando aquello de lo que se había enterado. Devolvió la llave a la pitillera y apagó la lamparilla de Bill. Allí sentada, en la oscuridad, deseó no haber visto nada de eso.

Corrió de nuevo hacia la escalera, abrazándose a sí misma. Max y Doris tenían, las dos, cajas de seguridad, presumiblemente llenas con todos los objetos relacionados en esas carpetas. Doris estuvo enamorada de Bill. Él la sedujo con sus promesas de vida en común. Hizo exactamente las mismas promesas a Suzanne.

Cerró la puerta con llave al entrar y se hizo un ovillo en el suelo. Las imágenes de Bill y Doris, de Bill y Susie y de la respiración agitada de Bill la atormentaron durante toda la noche. Al fin se quedó dormida con las manos en las orejas.

El lunes por la mañana, Beatrice miraba impasible su escritorio. Se había pasado todo el domingo encerrada en su habitación robada, caminando de un lado a otro. Había contemplado la calle desde las ventanas con una sola idea rondando en su cabeza: Max seguía desaparecida.

Max se enteró de algo en el apartamento de tía Doris mientras Beatrice dormía. Max había encontrado algo en la caja de seguridad de su tía y, a continuación, desapareció. No podía ser una coincidencia. Beatrice palpó la llave en el bolsillo y se preguntó si Max habría conseguido realmente abrir la caja.

Si ella pudo abrirla, Beatrice sin duda tenía que intentarlo. Al fin y al cabo, era el pariente más próximo de Doris. Tenía derechos o, al menos, los tendría si Doris fallecía. Pensar en la muerte de Doris hizo que la invadiera la culpa. No había ido a ver a su tía desde hacía días. Acudiría esa noche, decidió. Dormiría otra vez en el vestíbulo del hospital, si eso era lo que tocaba.

Una vez tomada definitivamente la decisión, trató de concentrarse en la pila de papeles que tenía sobre la mesa. Examinó el informe que tenía en la mano intentando recordar cuáles eran las instrucciones que le habían dado. Esa página no era más que otro resumen contable sin sentido en medio de una pila interminable... Hasta que vio la firma. Al pie de la página estaba mecanografiado «**R. Theodore Halloran**», pero la rúbrica de la firma decía «Teddy». Releyó el nombre y sintió un vuelco en el corazón. Teddy era el vicepresidente financiero. Miró su apellido. «**Halloran**.» Max había dicho que el padre de Randy era uno de los vicepresidentes del banco. Él era la razón por la que Randy tenía empleo de por vida.

El informe que Teddy había firmado recomendaba al consejo de administración que rechazara la solicitud del alcalde de refinanciar la deuda de la ciudad. Era una versión más formal del «que le den por culo al alcalde» que había oído en mitad de la noche. No había ninguna duda de que había encontrado a su hombre. Registró la pila de papeles en busca de cualquier otra pista acerca de lo que Teddy y Jim pretendían hacer. Lo único que encontró fue una contabilidad detallada de las prácticas inversoras del banco durante las últimas cuatro semanas. Se detuvo ante el resumen de bonos de la ciudad de Cleveland. Se le abrieron los ojos como platos. El First Bank of Cleveland era titular de más de 20 millones de dólares de la deuda de la ciudad.

En la base de la pila de papeles encontró una hoja con el membrete oficial del Ayuntamiento de Cleveland. La carta decía lo siguiente:

Si no se puede renegociar la financiación antes del 15 de diciembre de 1978, es posible que la ciudad de Cleveland entre en quiebra. Todas las deudas impagadas serán transferidas al Estado de Ohio para su liquidación. Como saben, caballeros, recuperar ingresos no satisfechos puede suponer años. Por favor, reconsideren el impacto en su cuenta de resultados.

La carta iba firmada por el primer teniente de alcalde.

Beatrice hizo un esfuerzo por comprender. Dio la vuelta al informe firmado por Teddy, donde garantizaba a los inversores que «**los impactos a corto plazo sobre el flujo de ingresos serán absorbidos por los grandes depósitos**». El informe concluía diciendo:

La incapacidad del alcalde para fomentar las inversiones de la comunidad de empresarios en la construcción inmobiliaria y la mejora de Cleveland no nos deja más opción que hacer este gesto de desconfianza.

Beatrice no era capaz de comprender nada, pero parecía como si el First Bank of Cleveland estuviera jugando a ver quién temía antes por la ciudad. Había visto algo parecido en esas carreras de automóviles por largas carreteras rurales, en las que unos chavales temerarios y unas niñas gritonas lanzaban los vehículos a toda velocidad, el uno contra otro. Uno de los autos siempre acababa en la cuneta. Volvió a mirar la carta del teniente de alcalde. Solo faltaban cuatro días para el 15 de diciembre.

Extrajo su bloc de taquigrafía y transcribió algunos fragmentos de las cartas. Después, terminó de archivarlo todo. Al final de la jornada, salió del edificio con las demás secretarias. Se arrojó a la calle gris y llena de nieve medio derretida y reparó en que había pasado una semana desde la última vez que había respirado el aire fresco del anochecer.

El bus la llevó por Mayfield Road hasta el hospital. Una vez en el interior, corrió hacia el ascensor que conducía a la unidad de cuidados intensivos, donde había dejado a su tía la semana anterior. Antes de que se abrieran las puertas del ascensor le vino a la cabeza el terrible pensamiento de que su tía pudiera haber muerto mientras ella no estaba. Sintió una opresión en el pecho.

En el mostrador estaba la enfermera de siempre, que miró a Beatrice con una sonrisa.

—Pensábamos que se había marchado usted de la ciudad.

—¡Oh cielos! Lo siento. He estado muy ocupada en el trabajo —dijo Beatrice, avergonzada.

La culpa de haber abandonado a alguien en el hospital volvió a asediarla, pero la sonrisa tranquilizadora de la enfermera le indicó lo que quería saber. Doris todavía estaba viva.

—Bueno, no se preocupe, cariño. Todos necesitamos un descanso a veces. Además, su hermana ha venido unas cuantas veces.

—¿Perdone?

—La hermana de usted. Ha estado aquí hoy mismo, a primera hora.

Beatrice no tenía hermanas, para su desgracia: la de ser una joven que había crecido en un hogar oscuro y solitario.

—Ah, tengo dos. ¿Puede decirme cuál?

—Veamos. —La enfermera hojeó el libro de registro de visitas—. ¿Sandra? Creo que es esta. Una chica guapa. Estuvo aquí ayer. Dijo que la estaba buscando a usted.

Beatrice apretó los puños dentro de las mangas del abrigo mientras hacía un gesto a la enfermera. Cuando llegó a la puerta de la habitación de su tía, la abrió despacio. Su misteriosa «hermana» podría estar esperándola. La habitación estaba vacía. Incluso Doris parecía un elemento más del mobiliario esterilizado. Estaba demacrada y gris, y no se había movido en los ocho días que Beatrice no había estado allí. Estaba adelgazando. Acarició la mejilla de su tía. Todavía estaba caliente.

Se desplomó en la silla que había junto a Doris y puso la mano en el borde de la cama. Tenía ganas de sentir la mano de su tía acariciándole el cabello, de oír su risa bronca, de oler el humo de sus cigarrillos. Era una huérfana esperando en un cementerio. Cerró los ojos cuando una lágrima desesperada se deslizó por su mejilla.

—Beatrice —le susurró una voz muy baja en la oreja—. ¡Beatrice!

—¿Eh? —murmuró Beatrice, adormilada.

Debía de haberse quedado dormida. Tenía la cabeza todavía apoyada sobre la cama de su tía, pero alguien le sacudía el hombro. La punta de una bota de piel de tacón alto y el dobladillo de un abrigo de lana largo rozaron el suelo a su lado.

Era Max.

—Beatrice, ¡te he estado buscando por todas partes! —dijo en voz baja.

—¡Max! ¿Qué...? ¿Qué estás haciendo aquí? ¡Estás desaparecida! —jadeó Beatrice.

—Bueno, no exactamente. —Miró con nerviosismo el reloj—. No tengo mucho tiempo.

—¿Eres tú mi hermana «Sandra»?

—Durante los próximos diez minutos. Están vigilando la habitación. No puedo quedarme mucho tiempo.

Max parecía agitada. En realidad, tenía un aspecto espantoso. Bajo sus ojos azules pendían unas abultadas bolsas, y sus labios pálidos y sin pintar estaban secos. Tenía el pelo rubio ceniciento teñido de negro, lo que hacía que su piel pareciera la de un fantasma.

—Tu hermano te está buscando, Max. ¿Qué está pasando?

—Lo sé. No tengo tiempo para explicarlo. No le digas que me has visto aquí. Esto lo sobrepasa. Es mejor que piense que me he ido. —Se metió la mano en el bolsillo—. Aquí. Toma esto. No le digas a nadie que la tienes. Te encontraré cuando todo esto haya terminado.

—¿Qué es esto? —Beatrice bajó la vista cuando Max le entregó una llave.

Max apretó los labios y parecía pesarosa.

—No es nada. No vayas buscando respuestas, Beatrice. No te interesa implicarte en esto.

—Ya estoy implicada. —Hizo un gesto señalando a Doris—. ¿Qué encontraste en la caja de seguridad de mi tía? ¿Diamantes? ¿Oro? ¿Más cartas de amor de Bill Thompson?

—¡Shhh! No querrás que te oigan.

Sacó a Beatrice de la habitación y la llevó por el pasillo hasta una habitación vacía de la UCI. Se quedaron inmóviles en una sombra cuando pasó una enfermera. Una vez que el pasillo se quedó vacío, Max le dijo en voz baja:

—Bill no es más que un estafador de pacotilla. Esto es mucho más grande que él.

—¿Sabías lo que ha estado haciendo? —susurró Beatrice—. ¿Tú también te has acostado con él?

—He hecho averiguaciones, ¿de acuerdo? No es que ese bastardo sea un maestro del delito. He hecho averiguaciones y, desde entonces, he estado tratando de encontrar un modo de salir de este lío.

—¿Qué quieres decir?

—Fue lo bastante listo para borrar sus huellas. Puso todo a mi nombre, incluidas las malditas indagaciones sobre los depósitos de las cajas. El hijo de puta hizo que me ocupara de esa investigación para él, que rastreara cajas abandonadas y lo llamó auditoría. Todo apunta hacia mí. Si voy a la policía... Mierda, aunque recurra a mi hermano... van a pensar que yo estoy detrás de todo.

—Tony te creería, ¿no?

—No siempre he sido un ángel, Bea. —Max levantó las manos—. Me he criado en un barrio difícil. Me metí en algunos líos. Todo esto no haría más que confirmar lo que todo el mundo ya piensa de mí.

Beatrice oía las lágrimas en la voz de Max, pero no podía verle los ojos en la habitación oscura.

—Te creo, Max. De verdad. La otra noche oí a Bill con Suzanne Peplinski. También la tiene atrapada. —Beatrice bajó la voz y añadió—: Igual que a Doris.

—Lo de Doris fue diferente —susurró Max—. Ella tenía su llave.

—No comprendo.

—No lo intentes. No haría más que empeorar las cosas. Escucha, tengo que irme. Simplemente, guarda la llave en algún lugar seguro. No dejes que nadie la encuentre.

—Pero ¿adónde vas a ir tú?

—Eso no importa. Cuando crea que es seguro, vendré a buscarte.

Max besó la cabeza de Beatriz antes de salir por la puerta a toda prisa.

Viernes, 21 de agosto de 1998

Iris no podía dormir. Cada vez que cerraba los ojos, habría jurado que oía respirar a alguien. Alguien había estado en el patinillo de instalaciones de la decimoquinta planta. Alguien había susurrado su nombre. Le entró la risa y trató de convencerse de que se lo había imaginado todo. Hacia un calor sofocante, y la resaca le embotaba la cabeza. Además, la aterrorizaba que un hombre sin hogar hubiera podido herirla con una botella rota, pero no era más que Ramone haciendo su trabajo. El sonido de la respiración era solo el viento que silbaba por los conductos de aire del tejado. El susurro no era nada, y los fantasmas no existían.

Se le pasaron por la mente una blusa de cuadros y una falda de tubo. Beatrice. Todavía tenía en la bolsa de herramientas los expedientes que se había llevado de la maleta abandonada, pero tendrían que esperar. El reloj dio las dos de la noche. Tenía que dormir. Se puso boca abajo y juró haber oído la respiración de alguien. Antes de que pudiera darse cuenta, la luz del día entraba a raudales a través de las ventanas.

Estacionó en la parte trasera del banco abandonado a las siete de la mañana y se acabó el café y el cigarrillo. Era como si nunca se hubiera marchado de allí. Se adelantó sonámbula hacia el botón. Brad estaba de pie en el interior del muelle de carga, tan puntual como siempre.

—¡Buenos días, rayo de sol!

Iris lo miró por entre las bolsas de sus ojos. Iba vestido y planchado como de costumbre. Debía de levantarse todos los días a las cuatro de la madrugada para plancharse la ropa.

—Buenos días —gruñó—. Terminé. Me ha llevado media noche, pero he terminado con los croquis.

—¡Estupendo! Te pediré que me hagas una visita guiada. —Brad la vio salir del automóvil y añadió—: Detesto ser el primero que te lo diga, pero necesitamos tener los planos borrador para el lunes.

Se quedó boquiabierto. Él esgrimió una disculpa poco consistente, encogiéndose de hombros. Iris debía haberlo imaginado, pero la idea de trabajar el fin de semana otra vez seguía haciéndole tener ganas de gritar. Cuando Brad se volvió, le hizo el gesto de levantar el dedo corazón con el puño cerrado.

En la puerta del garaje sonó un golpe vibrante. Iris bajó la mano cuando Brad se volvió y se acercó corriendo al botón de funcionamiento manual que había junto al muelle. La puerta se abrió y apareció allí un hombrecillo con aire introvertido que portaba una caja gigantesca.

—¿Dónde quieren que deje esto? —aulló bajo el peso aplastante de la caja.

—Espere, deje que le eche una mano. —Brad se acercó enseguida—. Iris, ¿dónde quieres instalarte?

—Mmm... —Tenía el cerebro apelmazado con pudín de sueño atrasado.

—¿Hay un despacho vacío donde podamos poner el equipo informático?

—Ah, en la tercera planta. Sígueme.

Iris los condujo hasta el ascensor y los subió a la tercera planta. Orientarse ya le resultaba natural. El edificio estaba convirtiéndose en un segundo hogar. Condujo a su séquito al antiguo Departamento de Recursos Humanos, pasando por el escritorio de Suzanne, hasta el despacho de Linda. Los fragmentos de la estantería hecha trizas todavía estaban dispersos por el suelo.

—Aquí. Quitaré todo esto de en medio mientras lo instaláis —dijo antes de que nadie comentara nada sobre el estropicio.

Empujó lo que quedaba de la estantería contra la pared. Aparte de unos cuantos arañazos muy marcados, el escritorio estaba despejado. Por precaución, dio una pasada de limpieza rápida a la superficie con la manga de la camiseta. Mientras pasaba la mano por la madera, recordó que ya estaba limpio. Se apartó. Iban a instalar el equipo informático en el despacho en el que a algún lunático le gustaba limpiar el polvo. No a algún lunático, se corrigió, a Ramone. *Él era quien estaba en la planta quince anoche. Él limpió el escritorio. Seguramente.* Tenía que dejar de beber y dormir un poco. Estaba resultando difícil diferenciar los recuerdos de las fantasías.

Los dos hombres habían arrastrado ya el equipo informático hasta el interior.

—Gracias, Arnie. —Brad dejó la caja en el suelo—. ¿Por qué no instalas aquí el equipo de Iris mientras ella y yo terminamos la visita guiada?

El tipo flacucho aceptó y empezó a quitar cuidadosamente la cinta de la parte superior de la caja, con cuidado de no romper el cartón.

Iris pasó el resto de la mañana visitando el edificio con Brad y su rotulador rojo. Cuando llegaron a la estructura vacía de la planta doce, Iris preguntó:

—¿Tú sabías que estaba aquí todo esto?

—Di un paseo rápido hace un mes aproximadamente, pero no dediqué mucho tiempo a las plantas superiores. Demasiado calor y demasiado oscuro. Cortaron la electricidad de aquí hace años.

—Me extrañó. ¿Por qué en las plantas de abajo están todavía las luces?

—Bueno, pregunté por eso cuando empezamos. Normalmente, cuando dejan un edificio en conserva, lo clausuran todo. Normalmente no tienen tampoco seguridad sobre el terreno.

—¿Y qué descubriste?

—No mucho. Cleveland Real Estate Holdings Corp. compró el edificio más o menos en la época en que se vendieron los activos del banco y se vaciaron los despachos. Tenían en propiedad otros edificios de la ciudad, pero ahora solo este.

En la cabeza de Iris se disparó una pistola de señales. Había visto u oído ese nombre antes en algún sitio. Brad siguió caminando por delante de ella. Mientras ella iba trotando por detrás, le vino a la cabeza un trozo de papel amarillento que vio en un tablón de anuncios. «Joseph Rothstein», pensó. Había visto ese nombre en su despacho.

Brad iba tomando algunas medidas, sin confiar del todo en las notas de Iris, y seguía hablando.

—Tal vez vieron el potencial de remodelación desde el principio. Quizá tuvieran una mala calificación para el seguro y no pudieran suscribir una póliza sin tener seguridad contratada a tiempo completo. Ya sabes, en la década de 1980 hubo en Cleveland muchos casos de fraudes de seguros relacionados con daños provocados. ¿Quién sabe?

Brad guardó la cinta métrica y retrocedió hacia la torre de evacuación mientras Iris le seguía los pasos. Cuando subían los dos últimos tramos hasta el infierno de la decimoquinta planta, Iris recordó que técnicamente no había conseguido completar la inspección. Había inventado el plano en casa a partir de lo que recordaba y, ahora, Brad la arrastraba por allí arriba para verificarlo todo. *Mierda.*

Por fortuna, solo dio una vuelta rápida en torno al pasillo de servicio y la zona de recepción.

—¿Así que esto es todo?

—Creo que sí —dijo Iris echando una ojeada a sus notas—. Todo, menos esa habitación cerrada con llave en la tercera planta. Creo que el patinillo de instalaciones va desde la tercera planta hasta el tejado. Hay puertas de acceso y rejillas grandes en los cuartos de baño. Casi pude asomarme por una de ellas.

—Del circuito de retorno de la ventilación. ¿Algo más?

—Creo que no... —Iris frunció el ceño.

«Solo el fantasma de una secretaria desaparecida encerrada con una maleta y un loco respirando en el patinillo de ventilación», pensó. El insoportable calor de la decimoquinta planta estaba haciendo que se mareara.

Como si le hubiera leído la mente, Brad se dirigió hacia el ascensor de servicio.

Una vez que sus oídos se le destaponaron a mitad del descenso desde la torre, recordó.

—¡Ah! Y los túneles.

—¿Túneles? —Brad levantó una ceja.

—Sí, Ramone dice que en el sótano hay túneles que llevan a otros edificios, como los antiguos túneles para la calefacción.

—¡Estupendo! ¡Vamos a echarles un vistazo!

—¿Crees que hay que incluirlos en los planos?

—No, pero ¿no quieres ver si encontramos a Jimmy Hoffa allí abajo? Vamos, será divertido.

Brad quería hacer algo divertido en el horario de trabajo de la empresa. No podría haberse sorprendido más si le hubiera propuesto que fueran a fumar un porro al cuarto de baño, o se hubiera levantado la camisa para mostrarle un tatuaje gigantesco.

Cuando salían del ascensor en el piso más bajo, un portazo tronó al otro extremo del pasillo. Iris se volvió hacia el ruido.

—¿Ramone? —gritó.

Se dirigió a su dormitorio, a la vuelta de la esquina. Las cámaras acorazadas estaban vacías. El portazo debía de ser de la puerta que daba a la escalera infestada de arañas que llevaba al muelle de carga.

—Parece como si se hubiera esfumado —dijo Brad a su espalda.

—Supongo que estamos solos.

Iris logró mostrar una sonrisa a pesar de la sensación de angustia que tenía en las tripas.

—¿Dijo si estaban en este piso?

—Bueno, dijo «en el sótano». Este es el sótano, ¿no? —dijo Iris.

Y se dio cuenta de que la sala de la cámara acorazada no parecía en absoluto un sótano. Los sótanos tienen tuberías, calderas y goteras. Volvió la vista hacia las cámaras, revestidas de bronce y mármol, y se le ocurrió que los clientes del banco debían de pasarse por allí de vez en cuando para acceder a sus cajas de seguridad. Definitivamente, los ricos con objetos de valor incalculable no utilizaban las aterradoras escaleras de servicio. El ascensor de servicio no era tampoco lo bastante sofisticado. ¿Cómo llegaban allí abajo?

Sacó los planos y comparó lo que habían dibujado para el sótano con el piso principal, dedicado a la banca comercial. Ella y Brad habían inspeccionado y medido juntos el nivel más bajo del edificio, así que no dudó de su precisión hasta ese momento.

Claro, faltaba un vano entre pilares en el norte, debajo del vestíbulo principal. Sus dedos siguieron la escalera monumental que flanqueaba el muro oriental. La escalera descendía desde el vestíbulo. Utilizando el plano como si fuera el mapa de un tesoro, Iris se dirigió hacia el este y el norte hasta que la gigantesca puerta de la cámara acorazada la frenó en seco. Ocupaba desde el techo hasta el suelo y estaba abierta y pegada a la pared.

—Brad. —No hubo respuesta—. ¿Brad?

—Sí. —Apareció doblando la esquina desde el ascensor de servicio.

—Nos estamos dejando algo en el plano. El edificio sigue unos seis metros más en esa dirección.

Señaló a la gigantesca puerta metálica. Brad tomó los planos y los examinó.

—Tienes razón. ¡Buen ojo!

—Esto se cierra, ¿verdad? —preguntó Iris señalando al gigantesco círculo de acero que le obstaculizaba el camino. Era la puerta de la cámara acorazada más grande, donde el banco almacenaba en otro tiempo las reservas de efectivo.

—Bueno, es una cámara acorazada.

Iris trató de no poner los ojos en blanco de irritación.

—Vamos a tratar de cerrarla. De todas formas, no es que haya gran cosa en la cámara acorazada.

Tiró de ella, pero no se movió. Brad se acercó y trató de moverla con todas sus fuerzas. No hubo suerte.

—Aquí tiene que haber un mecanismo para cerrarla.

Brad buscó en el perímetro de la puerta redonda.

Iris examinó el resto de la habitación y localizó un pequeño botón rojo en la pared más lejana. Se acercó a él y lo presionó mientras Brad estaba tirando de la puerta con todo su empeño. La puerta quedó liberada y dejó a Brad tirado por la inercia mientras lanzaba una queja. Iris se llevó la mano a la boca para evitar reírse.

—Te estoy viendo sonreír.

Brad se levantó y se sacudió el polvo. Agarró la puerta y la empujó para cerrarla. Cuando se cerraba la puerta circular para sellar la cámara acorazada de efectivo, dejaba al descubierto una entrada redonda que llevaba a otra sala.

—Muy inteligente —dijo Brad atravesando el umbral—. Utilizan la puerta de la cámara acorazada para bloquear el acceso a esta otra sala cuando la cámara está abierta.

Iris asintió y atravesó la entrada circular. La sala que había al otro lado de las cámaras tenía seis metros de anchura y recorría toda la longitud del edificio. Estaba completamente a oscuras, salvo por una tenue luz procedente del otro extremo. Iris encendió la linterna. Había una pequeña garita para el empleado de seguridad y un gran mostrador. En el extremo occidental de la sala había tres pequeñas cabinas. Cada pequeña cámara tenía unas cortinas de terciopelo rojo cerradas para ocultar una silla y una mesa pequeña en el interior.

—¿Qué demonios son estas cosas? —preguntó Iris descorriendo una cortina.

—Aquí debe de ser donde venía la gente a abrir sus cajas de seguridad, ¿no?

Brad sacó la cinta métrica y se dispuso a corregir el plano de esa planta.

Mientras Brad estaba ocupado, Iris recorrió la mullida alfombra roja hasta los extremos más apartados de la sala, tratando de localizar el acceso a los túneles. Las paredes del vestíbulo inferior eran de madera con incrustaciones de bronce, exactamente igual que el vestíbulo principal, encima de él. La luz fue adquiriendo intensidad a medida que se acercaba al bloque de ascensores y doblaba la esquina. La luz solar encerrada arriba se vertía por la escalera de mármol procedente del vestíbulo de arriba.

Normalmente, en un edificio las escaleras tenían continuidad en la vertical del hueco. Tal vez hubiera más. Buscó en el revestimiento de paneles de madera oscura la sección triangular de pared que debía haber bajo las escaleras... hasta que la encontró. Había un panel del tamaño de una puerta encastrado en la madera de debajo del descansillo superior. Estaba perfectamente alineado con la pared circundante y apenas se veía la juntura en sus contornos. Pasó las manos por el perímetro y no encontró nada: ningún picaporte, ninguna bisagra. Cuando la empujó, sonó un pestillo. El panel se abrió a un pequeño armario de servicio.

—¡Brad! ¡He encontrado algo! —gritó volviendo la cabeza mientras se introducía en el pasadizo oculto y veía una puerta de servicio metálica con el cartel de «Servicios de suministro». Intentó manipular el picaporte. Estaba cerrado con llave.

—¡Anda, Sherlock! ¡Lo encontraste! —dijo Brad acercándose a su lado con un trote.

—Está cerrado con llave.

—Tienes las llaves.

—Ah, es verdad.

Iris rebuscó en la bolsa de herramientas mientras Brad la observaba investigar en su caótica maraña de bolígrafos y envoltorios de comida rápida. Sentía que

sonreía con suficiencia mientras ella se desviaba por encontrarlas. Las llaves que Brad le había dado estaban sepultadas en un bolsillo lateral, junto a los cigarrillos. Le hicieron falta cinco intentos, pero finalmente consiguió girar la llave para abrirla.

—Después de ti —dijo Brad extendiendo el brazo hacia la puerta con una reverencia.

Brad era un cretino.

Iris palpó a ciegas en la pared del interior hasta que encontró un interruptor pequeño. Se encendió una bombilla desnuda al pie de la escalera. Los peldaños que llevaban al sótano eran muy altos, de rejilla metálica. Nerviosa, Iris bajó mientras vibraban bajo sus pies. Un nido de telas de araña le golpeó en la cara antes de llegar al último escalón, y se esforzó por no dar un grito como una niña. Al pie de la escalera había un pasadizo estrecho. Tuberías y conducciones discurrían en lo alto por todo el angosto pasillo hasta perderse de vista.

—Estos deben de ser los túneles —dijo Brad desde detrás de ella.

—Sí, pero ¿cómo se supone que vamos a saber adónde conducen? —preguntó Iris asomándose a la oscuridad.

—Han dejado migajas —replicó señalando a una pequeña placa que había en la pared contigua a la escalera, donde ponía «First Bank of Cleveland».

Encendió la linterna y empezó a avanzar por el túnel.

—Veamos adónde nos lleva.

Iris asintió a regañadientes y lo siguió por el estrecho pasillo, agachando la cabeza para no golpear con la maraña de tuberías y cables. Pisando charcos, bajo un aislamiento que se venía abajo y cables colgantes, caminaron lo que parecían cinco manzanas hasta que llegaron a una estancia más amplia. Las paredes de ladrillo viejo y el techo de ladrillo se abovedaban sobre sus cabezas como si estuvieran bajo un acueducto romano.

—¡Guau! —exclamó Iris mirando al techo.

—Es una intersección —dijo Brad—. Mira todos los caminos que salen de aquí.

De la caverna salían seis ramificaciones. Había pequeñas placas encima de cada entrada. Los letreros decían «Terminal», «Centro Comercial», «East 9th».

—¿Adónde deberíamos ir? —preguntó Brad.

—No estoy segura de estar preparada para hacer más espeleología. —Iris ya había tenido su dosis de telarañas y polvo, y estaba segura de que a lo lejos oía correr ratas de alcantarilla mutantes—. Estoy agotada y todavía me queda un montón de trabajo por hacer.

—¡Vaya! ¿Dónde está tu espíritu aventurero? —dijo Brad simulando darle un puñetazo en el brazo.

—Quizá la próxima vez.

Se sentía como una mujer patética, pero estaba demasiado cansada para que le importara. En el fondo de su mente todavía susurraban las voces.

—Iré inmediatamente detrás de ti. Solo quiero ver un poco más.

Iris se volvió y deshizo sus pasos hasta la escalera metálica y la bombilla desnuda para subir a la planta más baja del banco. Golpeó las telarañas con un estremecimiento remilgado. Cuando atravesaba la alfombra en dirección a la cámara acorazada, se detuvo en el escritorio del empleado del depósito. Era donde un cliente solicitaría acceder a su caja de seguridad.

Ramone dijo que cuando el banco cerró, perdieron todas las llaves de la cámara. Seguramente, la última persona que las vio trabajaba exactamente ahí. Se inclinó sobre el mostrador. Los cajones tenían cerraduras, y había una pequeña caja fuerte. Todas las puertas estaban abiertas y todo estaba reluciente. No había ningún letrero con ningún nombre en el mostrador y solo una silla tras el escritorio.

Brad regresaría en cualquier momento y no le gustaría que la sorprendiera husmeando. Regresó corriendo a la entrada redonda que conducía a las cámaras acorazadas. Pero ya no estaba allí. Donde debería estar la entrada se veía un cuarto creciente de luz y, de repente, todo quedó a oscuras tras un ruido sordo. Alguien había abierto la puerta de la cámara acorazada y había bloqueado la entrada circular al vestíbulo inferior donde se encontraba. Estaba encerrada.

—¡Ey! ¡Ramone! ¡Abre! —gritó golpeando en la puerta de acero de la cámara acorazada que bloqueaba el paso. No hubo respuesta—. ¿En serio?

El camino de regreso a la zona de la cámara acorazada desde el vestíbulo interior donde se encontraba pasaba por la entrada circular. La única alternativa que había era subir la escalera de mármol hasta el vestíbulo principal, recorrer el pasillo hasta la parte trasera del edificio y utilizar la escalera de servicio para volver a bajar. Iris hizo todo ese trecho corriendo, decidida a desgañitarse con Ramone. Había dejado la mitad de sus notas y la bolsa de herramientas al otro lado de la maldita entrada redonda.

Atravesó corriendo la puerta de la escalera de servicio para entrar en la sala de las cámaras acorazadas, mientras gritaba:

—¡Ey! ¡Ramone!

Un destello de una camisa azul dobló una esquina al final del pasillo de la cámara y desapareció.

—¡Ramone!

Pasó enfadadísima por la cámara en dirección al pequeño dormitorio de Ramone.

—Ramone, ¿por qué...?

La habitación estaba vacía. A su derecha, el ascensor de servicio hacía un zumbido muy ruidoso. Debía de haberse escabullido otra vez.

—¿Qué demonios? —preguntó a la sala vacía.

Volvió hacia las cámaras para recoger sus cosas.

—Tengo que dejar de fumar muy en serio —resolló.

Después de su carrera desahogada, sentía como si los pulmones fueran dos saquitos negros de té. Se agachó para recoger el portabloc cuando algo brillante le llamó la atención.

Había un llavero colgado de una de las puertas de las cajas de seguridad.

Iris se adentró en la cámara acorazada y tocó una de las llaves que colgaba de la cerradura de la caja 249. Se detuvo y volvió la vista hacia el pasillo vacío. Alguien había estado allí mientras Brad y ella recorrían los túneles. Alguien con camisa azul. Debía de haber sido Ramone. Siempre llevaba una camisa azul y, después de haber perdido los estribos la noche anterior, seguramente la evitaba.

Un escalofrío recorrió su cuerpo cuando trató de girar la llave. No se movía. Lo intentó con más fuerza. No cedía. Tiró de la llave para extraerla de la cerradura, pero estaba atascada. La giró y, a continuación, intentó sacudirla. Por último, se limitó a extraerla del llavero para separarla de todas las demás. En el llavero había doce llaves de bronce idénticas. Llevaban letras grabadas en el anillo. Les dio vueltas para examinarlas: «D», «E», «O». En el perímetro de todos los anillos se veía grabado «First Bank of Cleveland».

Sonaron golpes fuertes en el vestíbulo de abajo. Era Brad, al otro lado de la puerta de la cámara.

—¿Iris? ¡Iris, abre! No tiene gracia.

Mierda. Se revolvió a toda prisa para desbloquear la entrada. Apretó el botón rojo, y la puerta redonda de acero empezó a oscilar y dejó abierto el acceso al vestíbulo inferior. Todavía tenía las llaves en la mano. Era demasiado tarde para volver a dejarlas en su sitio sin una explicación. Las apretó en el puño. Seguramente, Brad se las confiscaría y se las entregaría al señor Wheeler, o a los propietarios. Fin de la película. O podría ella preguntarle a Ramone por las llaves en primera instancia y, después, entregárselas ella misma. No había gran diferencia. Además, lo que Brad no sabía no podía perjudicarlo. Un segundo antes de que él entrara como una bala por la abertura, las guardó en el bolsillo de la bolsa de herramientas.

—Oye, ¿qué pasa?

Iris levantó las manos vacías.

—No tengo ni idea. Tuve que subir la escalera y volver a bajar para llegar aquí. Acabo de bajar y estoy enfadada. Creo que he visto a Ramone por aquí.

Brad refunfuñó y se colgó su bolsa de herramientas del hombro.

—Deberíamos ver cómo funciona aquí el equipo informático.

Iris recogió sus notas.

—Bueno, ¿cómo estaban los túneles?

—Asombroso. Se prolongan por muchas manzanas. Creo que la confluencia está debajo de Euclid Avenue.

—¿Encontraste a Jimmy Hoffa? —preguntó Iris tratando de que la bolsa con las llaves robadas no tintineara mientras recorrían el pasillo.

—No, pero encontré una cosa rara: ropas y envoltorios de alimentos. Parece como si alguien estuviera viviendo ahí abajo, o algo así.

—Ramone dijo que los vagabundos a veces entran en el edificio a través de los túneles.

Trató de que pareciera un comentario sin importancia, aunque todavía le resonara en lo más profundo de su cabeza aquella respiración incorpórea. Entraron en el ascensor y se dirigieron de nuevo a la oficina de personal.

—¿Los vagabundos? ¿Por qué no lo has dicho antes? —Brad la miró—. Quizá no debieras estar trabajando aquí sola.

—Soy una niña mayor. Está aquí Ramone.

No quería que le contara al señor Wheeler, ni a nadie más, que estaba demasiado asustada para ocuparse del trabajo. Podrían enviarla de nuevo a la oficina. Un hombre jamás se quejaría de este tipo de cuestiones de seguridad, y ella lo sabía.

—Creo que, a partir de ahora, deberías tener un radio transmisor por si necesitas a Ramone, ¿te parece bien?

—Necesitar a Ramone, ¿para qué? —En la tercera planta, Ramone salió del despacho de Linda para recibirlos.

—Por si necesito ayuda... como, por ejemplo, para abrir una puerta o algo así. Brad quiere que tenga un radio transmisor —dijo Iris evitando mirarlo a los ojos.

Tenía que encontrar un modo de verlo a solas para preguntarle por las llaves.

Ramone no discutió.

—Creo que tengo un par de transmisores. Subiré uno.

—Esta mañana he tenido a Ramone bastante ocupado —canturreó Arnie desde detrás de un monitor gigantesco—. Hemos tenido problemas para tener corriente eléctrica aquí. Hemos tenido que hacer un empalme con el despacho de al lado.

—¿Habéis estado aquí los dos toda la mañana? —Iris se volvió hacia el vigilante tratando de que no se trasluciera alarma en su voz.

—Sí. —Ramone orientó los ojos hacia Arnie.

—Pero...

Iris se mordió la lengua para evitar decir más, sobre todo después de aquel comentario bravucón de que era una niña mayor. Miró a Brad, pero estaba ajeno a todo lo que no fuera la instalación del AutoCAD en el equipo informático nuevo. Alguien había estado en la cámara acorazada, y no había sido Ramone. Ahora ella tenía sus llaves. Tragó saliva. Ramone le conseguiría un radio transmisor. Volvería a dejar las llaves en su sitio. Eso estaría bien. Solo eran llaves. Tal vez alguien de la empresa inmobiliaria tuviera un juego. Al fin y al cabo, era su edificio, pero no tenía sentido que saliera huyendo cuando lo sorprendió en la cámara acorazada. Iris entrecruzó y apretó mentalmente las manos mientras Brad le explicaba el sistema de capas del AutoCAD.

La hora del almuerzo llegó y pasó sin que nadie dijera nada. Brad, Arnie y Ramone desocuparon por fin la tercera planta sobre las tres de la tarde y dejaron a Iris sola junto al resplandor de un monitor, con uno de los transmisores de radio y con veinte hojas de croquis dibujados a mano que era preciso tener digitalizadas para el lunes.

El silencio sepulcral del despacho de personal solo se veía alterado por los clics del ratón y los golpes almohadillados del teclado. Cada quince minutos se ponía en contacto con Ramone. Él estaba empezando a irritarse. Al cabo de dos horas sentada al borde de la silla, no podía soportarlo más. Recogió la bolsa de herramientas y la radio de Ramone y se dirigió de nuevo abajo, a la cámara acorazada.

Apretó el botón de llamada y apoyó la frente en las puertas del ascensor de servicio. Trató de recordar el aspecto del intruso. Camisa azul y pelo oscuro, pero solo lo había visto por la espalda.

Era una locura. Tal vez el intruso hubiera regresado. Agarró el transmisor con más fuerza, debatiéndose entre llamar a Ramone o no. No tenía ni idea de cómo le iba a explicar lo que estaba haciendo en la cámara acorazada. Andaba absorta en sus pensamientos cuando sintió una mano en el hombro.

Dio un grito.

—¡Por Dios, Iris! ¡Tranquila!

Era Nick. Retrocedió con los brazos en alto para protegerse la cara. Todavía tenía un ojo morado desde la última vez que se le apareció sigilosamente.

—¡Nick! —Le dio un golpe en el brazo—. ¡Me has dado un susto de muerte! ¡Deja de hacer eso!

—¡Lo siento! Tienes razón. —se rio—. Uno de estos días eres capaz de matarme.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Qué crees que estoy haciendo aquí? He venido a buscarte —respondió mirándola de arriba abajo.

Tenía un aspecto desastroso. El pelo se le salía de la coleta. Tenía la camisa cubierta de cosas negras. Llevaba dos días sin dormir y ni siquiera recordaba si llevaba puesta ropa interior limpia.

—Yo... pensé que nuestra cita era más tarde —balbució—. Tengo que ir a casa y ducharme.

La palabra « ducharse » le hizo levantar las cejas, y sus ojos la recorrieron con el cuerpo como si él mismo estuviera enjabonándola en ese preciso instante. Iris le dio un cachete en el brazo.

—Oye, pensé que íbamos a tener una cita en serio.

—¡Claro! ¿Tienes cerveza?

—¿Cómo?

—En tu casa. ¿Tienes cerveza en tu casa?

—Sí, ¿por qué?

—Bueno, tendré que hacer algo para entretenerme mientras te preparas.

—Yo solo...

Se abrieron las puertas del ascensor. Tenía que regresar a la cámara acorazada y devolver las llaves, pero no quería explicarle todo a Nick. Sobre todo, no quería reconocer siquiera que se las había llevado. La culpa le corroía la boca del estómago. Si Nick se enteraba, tal vez ella tuviera problemas en el trabajo por relajarse y robar en el edificio. No tenía ni idea de si era capaz de guardar un secreto, ni de si se lo guardaría a ella. Además, todo el asunto parecía una estupidez.

—De acuerdo.

Nick acompañó a Iris a su nuevo apartamento, a tres manzanas de su casa. Iris hizo todo el camino fumando un cigarrillo detrás de otro.

—¿No tienes que pasar primero por tu casa? —preguntó Iris, nerviosa, mientras él salía del automóvil.

—¿Para qué? Oye, bonito sitio. Bien situado. —Le guiñó un ojo y paseó con confianza hasta la entrada.

Iris buscó torpemente la llave mientras sentía que él no le quitaba la vista de encima con la mirada encendida. No podía creer que estuviera invitándolo a entrar en su casa. Los músculos de la mandíbula se le tensaron de determinación. Estaría perdida si volvía a engatusarla para acostarse con él antes de invitarlo, al menos, a un bistec. No era decoroso, o fino..., o lo que se supusiera que fuese.

—¡Gracias! Bueno, aquí es. La cerveza está en el frigorífico. Sírvete —le dijo sin mirarlo para, a continuación, entrar corriendo en el dormitorio.

—Me gusta lo que has hecho con este sitio —comentó levantando la voz desde el otro lado de la puerta cerrada. Iris lo oyó tropezar con el bosque de cajas sin desembalar, cuando se abría paso para llegar al frigorífico.

Era una idea espantosa. No había desembalado nada. La casa era un caos. Estaba allí de pie, desnuda, y solo entonces se dio cuenta de que la toalla estaba al otro lado del pasillo, en el cuarto de baño. No tenía albornoz. Vivía sola, ¿qué sentido tenía? Ahora estaba desnuda y atrapada en su propio dormitorio.

—Todavía no he desembalado nada —respondió a voz en grito mientras buscaba en la habitación algo para taparse.

¿Una bolsa de papel? ¿Una funda de almohada? La habitación estaba abarrotada de objetos inútiles. Solo había tres pasos desde su puerta hasta el cuarto de baño, y la cocina estaba a la vuelta de una esquina, fuera de la vista. Abrió una rendija en la puerta del dormitorio y buscó a su invitado no invitado. Estaba en la cocina, buscando un abridor. Lo oía abrir y cerrar cajones. Perfecto. Abrió la puerta de golpe y se dio una carrera hasta el cuarto de baño.

Lo consiguió. Cerró de un portazo y echó el pestillo. Iris acababa de lograr corretear desnuda por su propio apartamento. No pudo evitar reírse.

—¿Qué te resulta tan divertido? —su voz sonó al otro lado de la puerta, muy cerca.

—¡Nada! —voceó.

Y abrió el agua caliente y encendió el calentador de aire para ahogar cualquier conversación. Procedió a darse la ducha más larga de su vida. Se depiló las piernas. Se puso acondicionador en el pelo. Estaba pensando si limpiar o no las paredes de la ducha cuando oyó unos golpes en la puerta.

—¡Oye! ¿Te has ahogado?

Iris cerró el grifo y apagó el calentador. Se envolvió una toalla en el cuerpo y abrió una rendija en la puerta.

—Lo siento. Supongo que estaba bastante sucia —dijo, avergonzada—. Quiero decir, ha sido un día muy largo.

Nick estalló en una carcajada.

—Sucia, ¿eh? Bueno, debo decir que esa breve imagen anticipada a hurtadillas ha sido un poco tramposa.

A Iris se le salieron los ojos de las órbitas. ¡La había visto correr al cuarto de baño! A Nick casi le dio un ataque de risa.

—¡Eres un fisgón! —protestó, ruborizada de la cabeza a los pies.

Iris abrió de par en par la puerta del cuarto de baño y le dio un puñetazo en el brazo.

—Se supone que ni siquiera tenías que estar aquí. ¿Por qué no podías haber venido a buscarme como una persona normal, para que tuviéramos una cita normal?

Nick retrocedió soltando una risita mientras ella fingió darle bofetones en señal de protesta. Fue demasiado tarde cuando Iris se dio cuenta de que él había ido retrocediendo hasta el dormitorio. Tenía el pelo empapado por la ducha y estaba envuelta en una toalla andrajosa que apenas era lo bastante grande para tapanle el trasero. Era una trampa. Ella dio un paso atrás, hacia la puerta.

—Oye, no tan deprisa.

La agarró del brazo y la estrechó contra su camisa cálida y suave. La miró de arriba abajo y, a continuación, la besó despacio en los labios. No pudo evitar devolverle el beso. Los dedos de Nick le dejaron un rastro de fuego por la espalda. Le acarició el cuello con los labios, y ella jadeó sin querer. Antes de que la cabeza de Iris pudiera adelantarse a las manos de Nick, la toalla estaba en el suelo.

La mañana siguiente, Iris se despertó en un apartamento vacío. Lo único que quedaba de Nick era una caja de pizza vacía y un puñado de botellas de cerveza. Lo había ahuyentado en mitad de la noche. Tenía que trabajar por la mañana y, después de que hubiera vuelto a seducirla, le resultaba realmente preocupante dormir a su lado. Y otra vez. Se revolvió sobre las sábanas sucias y enterró la cabeza bajo la almohada. Habría que quemar la cama.

Camino de su automóvil, decidió llevar café y rosquillas a Nick, como si fuera una especie de propuesta de paz después de haberlo echado tan bruscamente. No podía estar demasiado enfadado con ella después de la noche que habían pasado juntos. Al menos, esperaba que no lo estuviera.

Se detuvo un instante junto a la cafetería del otro lado del parque y condujo las tres manzanas que quedaban hasta el grupo de casas donde vivía Nick. Una pareja de ancianos paseaba a un perro. Les sonrió antes de subir las escaleras. Llamó a la puerta y esperó. Volvió a llamar, mientras hacía equilibrios con las dos tazas de café y una bolsa de rosquillas fritas. La tercera vez que llamó, un Nick despeinado le abrió la puerta en calzoncillos.

—¡Hola! ¿Hay alguien?

Nick entornó los ojos bajo la luz matutina y no dijo nada.

—Siento despertarte. Pensé que estaría bien traerte el desayuno.

—¿Estás bien? ¿Necesitas algo?

Sin duda, no le hacía demasiado feliz haberse levantado de la cama.

—No, estoy bien. Solo quería saludar, supongo. —Iris trató de mostrarse aturdida y encantadora, pero se dio cuenta de que lo más probable era que únicamente pareciera boba.

Nick se quedó allí mirándola enfurruñado.

Le entregó el café y la bolsa de rosquillas.

—Bueno, vuelve a la cama. Siento haberte despertado.

Se volvió y entró de nuevo en el automóvil. Ser romántica con espontaneidad era un error inmenso. Se marchó y se sintió una idiota mientras conducía.

Hasta que no estuvo a mitad de camino del centro de la ciudad no reparó en que también le había dado su propio desayuno. Se suponía que iban a sentarse, tomarlo juntos y mantener su primera conversación real. Golpeó con la mano en el volante.

¿Dónde estaban esa mañana la mirada arrasadora y la sonrisa amable de Nick?, se preguntó. Ahora que se había llevado lo que quería una vez más, se contentaba con dejarla allí plantada como a una idiota; una idiota que le había llevado el desayuno, nada menos.

Tal vez no estuviera despierto todavía, se dijo. Quizá ella hubiera salido corriendo antes de que él pudiera rodearla con sus brazos y darle un beso de buenos días. «Claro, y quizá ha estado despierto toda la noche escribiendo malas canciones de amor sobre nuestra tórrida noche juntos», pensó con sarcasmo. ¿Cómo podía ser tan estúpida?

Oyó un bocinazo fuerte y levantó la vista del volante. El semáforo estaba verde. El cielo estaba azul, y en toda Cleveland a nadie le importaba un pimiento su patética vida amorosa. Condujo el resto del camino hasta el viejo banco bajo una nube de humo de cigarrillo.

Cuando Ramone le abrió la puerta, entró a toda prisa en el edificio y golpeó el botón del ascensor. Volvió a golpearlo y pegó una patada a la pared.

—Pero, bueno, ¿qué te pasa?

Ramone nunca estaba en el muelle de carga, pero ese día estaba allí sin ningún motivo. Parecía que estaba allí porque alguien tenía que presenciar su desplome.

—Ramone, quiero preguntarte algo —le espetó Iris—. Si una mujer te llevara café y rosquillas a tu casa la mañana siguiente de una cita maravillosa, ¿qué harías?

—Cambiar la cerradura.

—¿Cómo? —gritó, casi.

—Si viene a mi casa la mañana siguiente a una cita, o está desesperada o está loca.

Iris abrió los ojos de par en par.

Él se echó a reír.

—Ah, ya entiendo. La mujer eres tú, ¿no? Bueno, no quería resultar ofensivo.

Ramone trataba de ahogar las carcajadas, pero se le escapaban entre los labios. Le dio una palmada amistosa en el hombro.

—Entonces, ¿cómo estás tú? ¿Desesperada o loca?

Esbozó una sonrisa.

—Tal vez ambas cosas.

Quizá Ramone tuviera razón. Tenía ganas de regresar a casa y arrastrarse debajo de la cama. En cambio, extrajo el transmisor y comprobó la batería.

—Ah, no te esfuerces. Si le gustas, te llamará. Limitate a no molestarlo durante una temporada —sonrió Ramone—. Oye, hoy trata de no llamar cada cinco malditos minutos, ¿de acuerdo?

Iris asintió y entró a toda prisa en el ascensor para evitar la sonrisa de suficiencia de Ramone. Las lágrimas le agujoneaban los párpados. ¡Qué patético! Necesitaba sobreponerse. Tenía problemas más importantes que Nick y necesitaba ayuda.

Sacó la cabeza un instante del ascensor para asomarse al muelle de carga.

—Oye, ¿Ramone?

—¿Sí?

—¿Eras tú quien estaba ayer en la cámara acorazada? Ya sabes, cuando Brad y yo estábamos en los túneles.

—¿Habéis estado en los túneles? —dijo levantando las cejas y, después, moviendo la cabeza—. Yo no estuve. ¿Por qué lo preguntas?

—Me pareció ver a alguien. A alguien con camisa azul. Abrieron la puerta de la cámara mientras estábamos al otro lado.

No mencionó las llaves. Seguían estando en el fondo de su bolsa de herramientas.

Ramone dejó de sonreír.

—¿Estás segura?

—Bueno... sí.

—Pudo haber sido uno de los propietarios, pero suelen avisarme antes de venir. Haré unas llamadas. —Se volvió para marcharse y añadió—: Si vas a salir de la tercera planta, hazme una llamada, ¿de acuerdo?

Iris asintió y volvió a zambullirse en el ascensor cuando las puertas empezaban a cerrarse.

—Claro, no te preocupes por mí —se murmuró a sí misma—. Estaré ahí arriba yo sola mientras algún loco anda merodeando por ahí, respirando y limpiando el polvo. No hay problema. Estoy segura de que no le importará que tenga sus llaves... ¡Joder!

Se puso el transmisor en la palma de la mano y respiró profundamente.

Arriba, en el antiguo Departamento de Personal, todo estaba igual que lo había dejado. Se dejó caer en la silla de Linda. Tardaría todo el día y el siguiente en transcribir las notas manuscritas a un plano-borrador informatizado. Si es que podía siquiera tenerlo terminado a tiempo. Cuando el equipo informático recuperó la vida con un zumbido, se preguntó cómo demonios iba a trabajar diez horas en esa repulsiva oficina sin volverse absolutamente loca. Lo que tenía que hacer era bajar a la cámara acorazada y dejar las llaves donde las había encontrado, pero después de que Nick se le apareciera con tanta facilidad el día anterior, no podía ir sola. Si el intruso no era algún personaje estrambótico de una empresa inmobiliaria, sino que realmente era una especie de asesino en serie... Ni siquiera pudo terminar de pensarlo.

Tomó el transmisor para llamar a Ramone y volvió a guardarlo. Si lo llamaba, tendría que explicarle cómo consiguió las llaves y por qué se las llevó. Tendría que reconocer que pensaba que eran de él. Ramone podría incluso sospechar que había planeado utilizarlas para obtener información fisgando a sus espaldas... o algo peor. Si Ramone realmente tenía planes para robar la cámara acorazada y descubriría que le había quitado las llaves, no había forma de saber qué podría llegar a hacer. Tenía aspecto de ser un tipo bastante agradable, pero apenas lo conocía.

Se levantó del escritorio de un salto y empezó a pasear nerviosa. Estaba atrapada. Entre el trabajo, Ramone, las llaves y los susurros que oía en su maldita cabeza, no había ningún sitio al que ir. No había salida sin sincerarse con Brad, Ramone, o alguien.

Sus ideas faltas de sueño le daban vueltas sin control en la cabeza mientras se le llenaban los ojos de lágrimas. Las llaves en el fondo de la bolsa. La cara agria de Nick esa mañana. Ramone riéndose. Desesperada o loca... ¿qué era en realidad? Estaba loca por robar basura de un edificio abandonado, por apropiarse de unas llaves que no le pertenecían, por oír voces, por no decirle a Brad lo que había visto en la cámara acorazada. Sobre todo, estaba loca en primera instancia por permitir que Nick entrara en su casa. Estaba desesperada por tratar de convertir un par de sesiones de sexo sudoroso en una relación significativa llevándole el desayuno. El sentimiento de vacuidad que tuvo esa mañana al despertar sola no dejaba de producirle más vacío. No se había dado cuenta de lo sola que había estado todos esos meses. Años, incluso. Habían pasado dos años desde que tuvo novio, y había durado muy poco. Pero ella no le importaba lo más mínimo a Nick. Él solo pensó que ella era fácil, y tenía razón. Estaba desesperada. Las lágrimas le rodaban por las mejillas, y se las enjugó enfadada.

—¡Que le den por culo! —gritó dando un palmetazo sobre la mesa.

Prefería estar loca.

Arrojó la calculadora contra la pared. Las baterías se salieron del compartimento. *Bien*. Sus ojos recalaron sobre la puerta cerrada con llave. La estaría echando abajo un contratista en menos de una semana. *A la mierda*. Aceleró la marcha y dio una sonora patada. Hizo mucho ruido en el quicio, pero no cedió. Le pegó más fuerte y dejó escapar un gruñido. Era un alivio poder golpear de verdad contra algo duro. Volvió a golpear una y otra vez.

—¡A la mierda con este puto sitio!

¡Zas!

Descargó una patada justo al lado del pomo cerrado con llave y retrocedió sorprendida cuando la jamba se astilló y la puerta se desplazó. De hecho, rompió parte del marco. Examinó la zona del marco de la puerta donde había cedido un par de centímetros. «Quizá esté auténticamente loca», pensó con una risa nerviosa. Había abierto una puerta de una patada. Tal vez su locura le concediera la fuerza de diez hombres. La puerta osciló en el marco. «También podría terminar el trabajo», pensó, y se arrojó contra ella con el hombro. Le hicieron falta cuatro intentos, pero finalmente se abrió esa maldita cosa.

—¡Ja! ¡Toma ya! ¡Estúpida puerta! —gritó en tono triunfante.

Contempló un instante su obra de artesanía: el quicio astillado, el tablero de la puerta resquebrajado. *Mierda*. ¿Cómo iba a explicar sin parecer una loca que se encontró la puerta abierta?

Una corriente de aire mohoso y viciado le golpeó en la cara.

—¡Uf!

Entró en la habitación escondida. Era un cuarto de baño, exactamente como había dicho Ramone. No era tan distinto al de arriba, donde Nick la había vencido, salvo que estaba mugriento. Una costra negra cubría el suelo junto al retrete. Otras porquerías de color oscuro revestían todos los apliques. La luz que se filtraba al interior a través de la ventana iluminaba el polvo y la carbonilla.

Dio otro paso. Algo metálico se deslizó tintineando por las baldosas del suelo hasta golpear en la pared de enfrente. Era una llave. La recogió. Una corteza negra se desprendió del bronce cuando le dio la vuelta en la mano. No tenía marcas en ninguna de sus caras. Tal vez fuera la llave de la puerta, pensó, volviendo la vista hacia el marco hecho pedazos.

Una cortina blanca y barata colgaba ante el plato de ducha. Estaba cerrada. Había algo raro. No recordaba haber visto cortinas de ducha en los demás cuartos de baño.

Lentamente, le subió por la espina dorsal la desagradable sensación de que alguien la estaba observando. Se aclaró la garganta con un carraspeo sonoro, sin apartar la vista de la cortina. No se movía. El aire viciado le alfombró la boca y la garganta con una película acre. Se ordenó salir de allí de inmediato y regresar al trabajo.

En cambio, dio otro paso hacia la ducha y extendió la mano tímidamente. El plástico le crujió en la mano y habría jurado haber oído un leve zumbido al otro lado. Entrecerró los ojos y descorrió la cortina.

A pocos centímetros de su rostro, vio una sogá que colgaba de la alcachofa de la ducha. Formaba un nudo corredizo y tenía una capa negra y parduzca. Entonces, bajó la vista. Vio una montaña de moscas muertas apiladas en el plato de la ducha. Uno encima de otro, esos cadáveres diminutos se apilaban formando una avalancha de alas rotas y caparazones negros huecos. Las había por todas partes. Había moscas muertas desperdigadas detrás del retrete y por todo el alféizar de la ventana. Cubrían el suelo.

La sogá seguía colgada de la alcachofa. Sus ojos corrieron desde el nudo corredizo hasta las moscas apiladas en el suelo de la ducha. Entre los cadáveres de color negro y plateado vio entonces fragmentos de lo que en otro momento podría haber sido un traje gris de raya diplomática. En el rincón se asomaba algo que recordaba a un zapato brogue de piel negra.

Era un zapato. Era un traje. Estaban debajo de las moscas. Las moscas se habían dado un banquete. No podía respirar. Se le agolpó la bilis en la garganta. Habían estado comiendo. Tenía la cortina de la ducha atenazada con fuerza con la mano. Le temblaba el brazo. La cortina se agitaba sobre el plato de ducha y arrollaba los caparazones vacíos de los insectos muertos. Le rodaron por encima de los pies hasta ir cayendo ingravidas por las puntas de sus botas de trabajo. Algo amarillo y rígido apareció debajo de las capas de minúsculos cadáveres. Era un hueso.

Alguien estaba gritando; ella gritaba. Arrancó la mano de la cortina de ducha bruscamente. Las moscas muertas revolotearon por el aire. Corrió hacia el retrete a trompicones para vomitar. La taza estaba repleta de caparazones de insectos. Se dirigió al lavabo. Estaba lleno de alas y patas rotas. Retrocedió tambaleándose. Se le llenó la boca de vómito.

Las moscas parecían desbordarse en el suelo persiguiéndola. El nudo de la sogá oscilaba en la alcachofa. Golpeó con el talón el borde del plato de ducha, y la moscas crujieron bajo sus pies. Fue dando tumbos hacia la puerta del cuarto de baño.

Se desplomó de rodillas, apoyó las manos y vomitó sobre la moqueta. Retrocedió y apoyó la espalda de golpe contra la pared exterior del cuarto de baño, donde no veía más que moscas. Moscas hambrientas.

La voz de Ramone chisporroteó en el radio transmisor.

—Iris, ¿estás ahí? ¿Iris?

El transmisor estaba sobre el escritorio, por encima de su cabeza. Apenas percibió el ruido. La boca se le abrió y cerró sola. No era capaz de emitir ningún sonido.

—Iris, voy —crepité de nuevo el transmisor.

Instantes después, la masa corpulenta de Ramone entró en la habitación avanzando hacia la puerta rota, medio agachado. Llevaba la pistola en la mano. Cuando la encontró apoyada contra la pared, se irguió y bajó el arma.

—Iris, ¿qué demonios está pasando? He oído todo este jaleo.

La miró un instante, en espera de una respuesta. Entonces, reparó en el vómito del suelo.

Lo único que Iris podía hacer era sacudir la cabeza.

Levantó de nuevo el arma y entró rápidamente en el cuarto de baño.

—¡Jesús! —dijo en voz baja mientras salía—. ¿Lo has encontrado así a él?

Iris asintió y se tapó la boca con las manos. Ramone había llamado «él» a la pila de moscas. Su estómago volvió a revolverse, pero hizo esfuerzos por contener la bilis.

—¿Estás bien?

Sacudió la cabeza con brusquedad y se le amontonaron las lágrimas en las comisuras de los párpados.

—Bueno, vamos a ponerte de pie. —La ayudó a levantarse y la llevó de nuevo hasta la silla de Linda—. Tengo que llamar a la policía. Quédate aquí un minuto. Si puedes, a lo mejor quieres ir recogiendo las cosas que vayas a necesitar. Ahora este maldito lugar es la escena de un crimen. La policía va a precintarlo todo.

Dejó a Iris mirando al escritorio sin ver, mientras en la habitación de al lado yacía lo que quedaba de una persona muerta. El cuerpo había estado allí todo el tiempo. Cada minuto que había pasado en la habitación, un amasijo de muerte había estado descomponiéndose a menos de tres metros de ella. Se estremeció en la silla. La sombra de una polilla se agitaba al otro lado de las persianas de las ventanas. Estuvo mirándola absorta durante lo que pudieron haber sido horas, incapaz de recuperar el juicio.

Abajo, en la calle, a lo lejos, se oían sirenas. Parpadeó. Venía la policía. Ramone le había dicho que recogiera lo que necesitara. Medio aturdida, hizo rápido inventario del escritorio. Todo era material de la empresa que no podía importarle menos. Recogió sus croquis de los planos de las plantas. Había trabajado mucho en ellos. Recogió su bolsa de herramientas. Buscó su bolso varios minutos hasta que el cerebro desconcertado le recordó que estaba abajo, en el muelle de carga, con su automóvil. Pero ¿dónde estaban las llaves de su automóvil? Necesitaba las llaves para volver a casa.

Tenía la bolsa de herramientas llena de llaves, pero ninguna era la que necesitaba. Llaves de la cámara acorazada, llaves del edificio, ninguna era la del automóvil. Tenía que volver a casa. No podía quedarse aquí; no esa noche, ni un minuto más. Tenía que volver a casa.

Iris se levantó de la silla como un resorte, presa casi del histerismo. Se restregó las lágrimas por la cara mientras registraba el escritorio y el suelo para buscar las llaves del automóvil. No se le ocurrió buscar en los bolsillos hasta que sintió una zona dolorida en el trasero. Allí estaban. Cuando las tomó en la mano tintinearón. El *cling* metálico que había oído en el cuarto de baño volvió a resonar en sus oídos. Correspondía a una pequeña llave de bronce. Bajó la vista a sus manos temblorosas. Había desaparecido.

Volvió la cabeza hacia la puerta abierta.

En la pared más lejana de la habitación del hombre muerto, divisó el borde de la rejilla de metal del conducto de ventilación, junto al retrete. El marco de hierro proyectaba una curiosa sombra sobre los baldosines, como si alguien la hubiera abierto una pizca para fisgonear. Se acercó a la puerta rota. Los tornillos engastados de la rejilla no estaban, lo que dejaba dos agujeros vacíos en su contorno. El sistema de ventilación era lo bastante amplio para poder desplazarse por su interior. Oyó una voz que le susurraba por el patinillo de ventilación... «Iris...».

Cállate. Apartó la mirada de la rejilla y examinó el suelo. ¿Dónde había ido a parar? Se le introdujo en la imagen una mosca muerta. ¡*Oh, Dios!* Estuvo a punto de volver a vomitar. Apoyó la espalda contra la pared y se dejó caer deslizándose hasta acabar enterrando la cabeza entre las rodillas para tratar de respirar. Algo brillante lanzó un destello desde la moqueta, al otro extremo de sus pies. A pocos centímetros de su vómito. Entornó los ojos y acercó la mano hasta sentir el metal frío.

Inspiró profundamente y abrió los ojos. Era la llave.

Lunes, 11 de diciembre de 1978

Era demasiado tarde para regresar al banco. Beatrice no tenía más remedio que pasar la noche en el vestíbulo del hospital. La zona de asientos, junto a los Ingresos, estaba desierta. Encontró un banco en el rincón y se dejó caer bajo la luz de los fluorescentes. No se molestó en cerrar los ojos. No tenía ninguna posibilidad de dormir después de haber visto a Max. Contempló la pequeña llave de bronce que tenía en la palma de la mano. No había ninguna inscripción en ningún sitio. Podía ser la llave de cualquier cosa: de la taquilla de un gimnasio, de una pequeña caja fuerte, de una habitación de hotel. Era un secreto, y Max le había pedido que la mantuviera a buen recaudo.

Max se había teñido el pelo y llevaba ropa de una talla mayor a la suya. Estaba ocultándose de alguien. Dijo que alguien estaba vigilando el hospital. La firma de R. T. Halloran en el registro de la UCI se garabateó en la mente de Beatrice. La semana anterior había ido un «tío carnal» a visitar a Doris.

«Doris era diferente...» Eso era lo que había dicho Max. «Ella tenía su llave.»

Beatrice estaba sacando del bolso la llave de la caja de seguridad cuando oyó la campana del ascensor. En el otro extremo del vestíbulo, se abrieron las relucientes puertas de metal y salió un hombre con un traje marrón. Las patillas grises y la cintura gruesa le recordaron a Bill Thompson. Ocultó la cara tras el bolso. El hombre se volvió sin mirar hacia donde estaba ella y se dirigió a la puerta principal del hospital para salir. Lo observó marcharse y trató de averiguar por sus andares si se trataba de Bill. No podía asegurarlo.

Max había dicho que estaban vigilando la habitación. Entonces, se le ocurrió que tal vez estuvieran vigilándola a ella también. Bill, Teddy, o quienes quiera que fueran «ellos», podían estar observándola en ese mismo momento. Estaba sentada allí, en el vestíbulo diáfano, rodeada de ventanas y sosteniendo la llave de Max.

Se puso en pie de un salto. Recogió sus cosas y corrió hacia la puerta principal del hospital. Había un taxi estacionado cerca de la entrada del hospital, con el indicador de disponible encendido. Subió al asiento trasero y cerró de un portazo.

—¿Qué...? —murmuró el taxista mientras se desperezaba bruscamente. Se aclaró la garganta y la miró por el espejo retrovisor—. Uy, lo siento. ¿Dónde vamos, señorita?

Se quedó absorta, mirando al salpicadero. El reloj marcaba las 12:05 de la noche.

—Mmm... Al Theatrical Grille, entre la Ninth y Vincent —le espetó sin pensárselo dos veces.

El bar cerraría enseguida... y después, ¿qué?

Las luces del alumbrado navideño centelleaban cuando el taxi empezó a aproximarse al centro. Casi había olvidado que pronto sería Navidad. Cuando el automóvil giró por Chester y entró en el destartado barrio de Hough, la iluminación navideña desapareció. Las aceras y las calles estaban oscuras y vacías. Al otro lado de la ventanilla, la sombra de una persona avanzaba penosamente por la nieve y, a continuación, se desvaneció tras una verja improvisada con los eslabones de una cadena.

Cuando llegó al bar, Carmichael estaba sentado a solas, tras el mostrador, leyendo el periódico. Al ser lunes por la noche, todo el local estaba vacío. Levantó la vista hacia la puerta y sonrió bajo el poblado bigote negro.

—¡Beatrice! ¡Me alegro de verte! —dijo saludándola con un gesto.

Ella sonrió avergonzada y se sentó en la barra. Estaba agotada.

—¿Qué demonios está haciendo una chica guapa como tú aquí a estas horas de la noche, y sola?

No tenía ni idea.

—Es una larga historia. ¿Me pones una taza de té?

—¡Por supuesto! —Empezó a buscar una taza bajo la barra—. Una chica guapa como tú tiene que tener más cuidado.

—Tienes razón. Mmm... Vuelvo enseguida.

Se levantó y se dirigió rápidamente al baño de señoras, en el rincón. Una vez estuvo sola en un retrete cerrado con pestillo, sacó la llave de Max del monedero. Aquella cara sin nada impreso descansó en la palma de su mano como un signo de interrogación. ¿Por qué no la escondía la propia Max? Podría habérsela dado a cualquiera, pero por alguna razón quiso que la tuviera ella. Sus ojos recorrieron el retrete. ¿Dónde iba a esconderla ella?

Dejando escapar un suspiro, introdujo la llave sin marca en su propio llavero, justo al lado de la desconcertante llave de la caja de seguridad de su tía. Se quedó sin respiración cuando ambas tintinearón al chocar. Eran casi idénticas. La levantó para examinarlas bajo la luz. Eran del mismo tamaño y tenían la misma forma. La llave de Doris tenía una inscripción del banco y el número de caja, mientras que la de Max no tenía ninguna inscripción. Pero eran iguales. Las dos eran del banco. Frunció el ceño contemplando la llave sin marcas, más perpleja que antes.

Volvió a guardarlas en el bolso y trató de concentrarse en la más acuciante cuestión de dónde iba a dormir esa noche. No había ninguna alternativa aceptable.

Después de haber pasado en el baño lo que debió de haber parecido un tiempo sospechosamente largo, se dirigió por fin de nuevo a la barra para tomarse el té caliente que Carmichael le había preparado. Le dio las gracias con un gesto, pero evitó mirarlo a los ojos. Agradeció la indicación y regresó al periódico.

Solo había una forma de volver a entrar en el banco, pensó. Era demasiado tarde para inventar la historia de que se había olvidado algo. Las puertas estaban cerradas. Entonces, se le ocurrió que seguramente tuviera llave.

Las llaves de Max todavía estaban guardadas en el fondo del bolso de Beatrice. Había, al menos, treinta llaves en el llavero. Bebió el té de un trago y dejó un montón de monedas en el mostrador para Carmichael.

—Gracias, lo necesitaba.

Levantó la vista de la sección de deportes.

—¿Quieres que te llame un taxi?

—No, gracias. Todo irá bien.

Carmichael arrugó la frente y la siguió con los ojos mientras se marchaba del bar.

En Euclid Avenue soplaban un viento gélido. La calle estaba desierta. Hasta los vagabundos sin hogar habían encontrado lugares más cálidos para reunirse a pasar la noche. Los semáforos se pusieron rojos mientras atravesaba corriendo la calle desierta. La torre del banco donde trabajaba no era más que una sombra por encima de su cabeza. Las ventanas estaban oscuras; todas ellas excepto dos, en la última planta. Miró esas luces solitarias y se preguntó quién estaría trabajando a esa hora.

Escabulléndose, se dirigió a las tres puertas giratorias que conducían al vestíbulo principal del banco. La entrada estaba oscura. En el mostrador del personal de seguridad no había señales del vigilante, pero guardó cierta distancia y mantuvo oculto el rostro hasta que se cercioró de que el vestíbulo estaba vacío. Miró a ambos lados de Euclid Avenue. No había un alma, ni un vehículo a la vista, solo el parpadeo de las luces navideñas. Se acercó a una puerta lateral de la fachada y extrajo las

llaves de Max.

Se agachó y, una tras otra, fue probando las llaves durante lo que le pareció una eternidad. Cada susurro de alguna hoja de periódico extraviada y cada chasquido de los semáforos le aceleraban aún más el corazón. Su aliento cálido empañó el cristal de la puerta mientras, con los dedos rígidos y congelados, se esforzaba por encontrar la llave adecuada. Levantó la vista hacia el vestíbulo y sintió pánico por si alguien oía el repiqueteo del llavero contra el marco de la puerta. Seguía estando desierto.

Finalmente, una llave encajó en la cerradura. Contuvo la respiración y la giró; el bombín de la cerradura de seguridad cedió y la puerta se desbloqueó.

Empujó silenciosamente la puerta para abrirla y esperó un instante. No sonó ninguna sirena. No apareció corriendo ningún hombre armado. Cerró la puerta al entrar y volvió a girar la cerradura. La planta del vestíbulo estaba salpicada de sombras alargadas, y se ocultó en una de ellas, para escuchar. Se quitó las botas y corrió con los pies descalzos hacia la escalera de mármol que había detrás de los ascensores. Subió los peldaños de dos en dos, cargando con las botas empapadas en una mano y el tintineo del bolso en la otra. No dejó de correr hasta que llegó al segundo piso y empezó a utilizar la torre de evacuación.

Cerró sigilosamente la puerta de la salida de emergencia y se sentó en el descansillo para recuperar el aliento. Su corazón palpitaba como el de un conejo, y le temblaban las piernas. No podía creer lo que acababa de hacer. Debía de estar loca. Puso la cabeza entre las rodillas para evitar hiperventilar.

Una vez que su cabeza se sintió estabilizada, levantó la vista hacia la interminable espiral de escalones. Tomó aliento profundamente y volvió a ponerse de pie. Quedaba mucho por subir.

Después de ascender cinco tramos de escaleras, le seguía quedando mucho trecho para llegar. Le ardían las piernas. Se agarró al pasamanos y se tomó un descanso.

Varios pisos más arriba, se cerró una puerta de golpe, lo que envió la onda expansiva del aire escalera abajo. Beatrice contuvo un grito y se pegó a una pared. Oía voces lejanas por arriba.

—No me importa lo que diga Teddy. Tenemos que pensar en reubicar las cuentas ahora. Las cajas no son seguras.

—Es un problema técnico temporal. No exageremos con la reacción.

—Las llaves han desaparecido. La cacería del topo está siendo un fracaso y hemos perdido a nuestro infiltrado. Esto no es un problema técnico provisional. Tenemos que trasladar las cuentas ahora mismo, antes de que se airee la porquería.

—¿Qué porquería exactamente?

—El consejo de administración no descarta disolverse...

Las voces se desvanecieron, y Beatrice oyó cerrarse otra puerta. Mantuvo la mirada hacia lo alto, todavía petrificada junto a la pared. El señor Halloran había referido algo acerca de un topo. Cuando le pidió que espíara a Max, dijo que estaba buscando a «alguien que estaba tratando de sabotear la empresa desde dentro». Pero la cacería del topo era un fracaso. El infiltrado había desaparecido. ¿Qué significaba eso? Contó despacio hasta veinte antes de tener el estómago suficiente para seguir subiendo.

Permaneció pegada a la pared mientras subía de puntillas el resto de los escalones, pasando a toda prisa por delante de las puertas de cada planta. Las sinuosas escaleras se retorcieron sobre su cabeza sin parar... hasta que se mareó. Se agarró al pomo de la undécima planta para sostenerse. Después de abrirlo, asomó la cabeza al pasillo. Estaba absolutamente oscuro y silencioso. Exhaló un suspiro y regresó tambaleándose hasta el despacho de la esquina donde dormía, sin fuerzas por la ascensión. Empujó la puerta para abrir su escondrijo cuando estaba ya a punto de desplomarse.

Había un vigilante de seguridad agachado en el suelo. Tenía una linterna y uno de sus expedientes. Se le ahogó un grito en la garganta y se dejó caer de rodillas. Era Ramone.

La había descubierto.

—¿De qué conoce a Max?

El vigilante nocturno sostenía el expediente personal de Max. Era el que Beatrice había robado en el tercer piso.

Beatrice no encontraba la voz.

Él tenía la fotografía de Max en la mano.

—Sepa usted que la otra noche no engañó a nadie cuando dijo que era ella.

La sangre le recorría el cuerpo bombeada a un ritmo vertiginoso. Se quedó arrodillada junto a la puerta, agarrada al pomo.

—Tranquila. Llevo observándola varios días. Si hubiera querido que la detuvieran, lo habría hecho ya.

Le hizo un gesto con la mano como si fueran viejos amigos.

El cerebro de Beatrice se esforzaba por procesar las palabras. No quería que la detuvieran. Pero estaban solos en plena noche, ella había quebrantado la ley y estaba absolutamente a su merced. Se agarró al abrigo instintivamente.

—¿De qué conoce a Max? —volvió a preguntar, mostrando a Beatrice la fotografía que sostenía.

—Era... mi amiga —dijo lentamente, sin estar segura siquiera de cómo debía pensar en Max ahora.

—También es amiga mía —dijo Ramone volviendo a guardar la fotografía en el expediente—. Nos criamos juntos. Me ayudó a obtener este empleo. O, al menos, me habló de él... «Busca y captura»... Ahora está metida en un verdadero lío, amiga.

Beatrice hizo un gesto de asentimiento y le pareció que se relajaba un poco la tensión de los hombros. Si Max era amiga de Ramone, tal vez pudiera confiar en él. Pero también Max había confiado antes en Bill. Por las pestañas entrecerradas vio la camisa de cuello azul, los zapatos gastados y las manos morenas de Ramone. Sabía lo que pensaría su madre simplemente al ver esa piel, pero Beatrice examinó los ojos de Ramone en busca de una amenaza y no la encontró. Parecían preocupados. Estaba preocupado por Max.

—Ha desaparecido —susurró Beatrice.

—Sí —Ramone encendió un cigarrillo—. Le dije que no anduviera enredando con esta basura. No me hizo caso.

—¿Con qué estaba enredando?

—Mucha pasta, amiga, mucha pasta. Andas enredando con gente que tiene toda esa cantidad de pasta, no hay ninguna posibilidad de ganar. Eso le dije. Estos banqueros de aquí no son distintos del resto de la gente. Mienten, engañan, roban. La diferencia es que a ellos no los pillan. Tienen el sistema bien amarrado. —Ramone dio una larga calada del cigarrillo y exhaló una densa nube de humo—. Max seguía hablando de llevar a gente a los tribunales y de acudir a la policía. No hay justicia, amiga. No en Cleveland, al menos. Seguramente tampoco en ningún otro sitio.

Tenía razón. La conversación de Teddy y Jim sobre los sobornos se le reproducía en la cabeza. Hasta Tony reconocía que el Departamento de Policía podría verse comprometido. La gente con pasta tenía amigos en el Ayuntamiento y gozaría de protección.

—Le preocupa que vayan a tratar de culparla a ella.

—¿Cómo van a hacerlo exactamente? —preguntó Ramone, mirándola.

Beatrice evitó responder, como por instinto. Tal vez él se preocupara por Max, pero eso no significaba que no pudiera enfadarse o, ¿quién sabe?, ponerse violento. Espiró lentamente la oleada de pánico que la invadía. Ramone llevaba varios días observándola y, si hubiera querido hacerle daño, podría haberlo hecho ya con mucha facilidad. Iba a tener que confiar en él.

—Hay una caja de seguridad a su nombre. Creo que alguien ha estado metiendo allí dinero robado y otras cosas. En realidad, no sé cómo funciona todo esto. —Beatrice se detuvo—. No es la única. También le sucedió a mi tía Doris.

Ramone la miró un largo rato y se frotó los ojos.

—Hijo de puta. Bueno, eso explica algunas cosas.

—¿Como qué?

—Como por qué Max quería que hiciera copia de algunas llaves. Como por qué andaba siempre preguntando por la cámara acorazada. O por qué la otra noche, a las tres de la mañana, la pillé allí con las manos en la masa. —Hizo una pausa—. No sabía que era yo, así que salió corriendo. Traté de alcanzarla, pero la perdí en los túneles. No la he visto desde entonces.

Beatrice pensó en el inmenso llavero que encontró en el baño de señoras. Tal vez Max no las hubiera robado. Quizá Ramone había hecho copia de las llaves.

—La vi anoche. Está bien. Iba disfrazada.

—¿Disfrazada? —Pareció inundarlo cierto alivio.

—Llevaba ropa de otro estilo y el pelo de otra forma. Estaba horrorosa. —Se detuvo tratando de procesar todo lo que Ramone había dicho. Max había estado en la cámara acorazada—. ¿Ha dicho usted algo de unos túneles?

—Sí, debajo del edificio hay antiguas conducciones de calefacción. Conectan toda clase de sitios del centro de la ciudad. —Ramone la examinó detenidamente durante un instante, con la mirada cada vez más severa—. Si va a seguir quedándose aquí tendrá que encontrar un modo mejor de entrar y salir del edificio. No sé en qué estaría usted pensando al utilizar la puerta principal.

Se quedó boquiabierto. La había visto. Estaba vigilando la puerta.

—¿Puede ayudarme?

—Ayudarla... ¿cómo exactamente? ¿Por qué se queda aquí?

—No tenía ningún otro sitio donde estar. —No pudo contener las lágrimas y ocultó la cara—. No sé si puedo ayudar a Max, pero mi tía también está implicada y... se está muriendo y no puedo dejarla sin más. Hay hombres del banco que vigilan su habitación del hospital. Revolvieron su casa y no puedo regresar allí.

Una mano enorme le acarició con afecto el hombro.

—Está bien, está bien. La ayudaré, pero no puede andar merodeando por aquí eternamente. Tiene que trazarse un plan. Tiene que encontrar una salida definitiva.

Asintió y él la ayudó a levantarse.

—Antes de nada, ¿cuál es su verdadero nombre?

—Beatrice —dijo enjugándose las lágrimas.

—De acuerdo, Beatrice. Me llamo Ramone. —Le tendió la mano amablemente—. Te ayudaré a encontrar un modo de entrar y salir del edificio. No voy a preguntarte cómo conseguiste las llaves de Max y no voy a decirle a nadie que estás quedándote aquí. Pero escúchame.

—Sí —respondió obedientemente.

—Mantente alejada de los peces gordos, ¿de acuerdo? No puedes ganar.

Mantente alejada de los peces gordos. Beatrice pensó en ello el resto de la noche y todo el día siguiente, que dedicó a escribir a máquina y archivar expedientes. Eso significaba dejar en paz a Teddy y Jim. La noche siguiente, miró a la puerta desde su cama en el despacho a oscuras, preguntándose qué iban a hacer los peces gordos y qué tenía todo eso que ver con Bill y con la tía Doris.

Hubo una especie de llamada muy suave al otro lado de la puerta. Beatrice se acurrucó en un rincón cuando el pomo metálico giró y la puerta se abrió lentamente. Era Ramone. No pudo evitar sonreír ante la expresión petrificada de Beatrice y le hizo un gesto para que lo acompañara al pasillo. Lo siguió hasta el ascensor de servicio y descendieron hasta el piso más bajo del edificio.

La condujo a través de un largo pasillo con dos inmensas puertas de acero redondas.

—Estas son las cámaras acorazadas. Siempre están cerradas y están dotadas de alarmas, así que no alimentes ninguna idea alocada. También hay cámaras —dijo señalando a una gran caja gris con una lente redonda y negra, cerca del techo.

—¿Que quieres decir con cámaras?

Nunca había reparado en que hubiera cámaras en el edificio.

—Un circuito cerrado de televisión. Las instalaron en la cámara acorazada el año pasado. Todavía están arreglando algunos defectos de funcionamiento. Si la lucecita roja está encendida, atenta. Alguien podría estar mirando.

Beatrice se quedó petrificada mirando a la cámara.

—¿Quién?

—Bueno, ese es uno de los defectos. Durante el día, el vigilante observa los monitores desde fuera, en el vestíbulo. —La condujo a través de una enorme entrada redonda hacia una zona despejada y señaló un mostrador. Había un monitor pequeño colocado en una de las esquinas—. Por la noche suelen apagar esta mierda.

—Entonces, ¿cuál es el defecto?

—La gente de arriba no es capaz de decidir cuándo quieren que esté apagado y cuándo quieren que haya alguien mirando.

Caminaba demasiado deprisa para responder más preguntas. Corrió para alcanzarlo a la vuelta de la esquina, hacia una gran escalera de mármol que subía a lo que debía de ser el vestíbulo principal. Ramone se detuvo a un lado de la escalera y empujó la pared. Para sorpresa de Beatrice, la pared se abrió y descubrió que estaba en una habitación no más grande que un armario, mirando a una puerta metálica.

—Esta puerta lleva a los túneles —explicó mientras sacaba una llave y la abría.

La puerta se abrió y reveló una escalera oscura. Un aire viciado y húmedo ascendió hasta donde se encontraban.

—La mejor forma de entrar y salir es a través de la Stouffer's Inn. El túnel te dejará en medio del muelle de carga. La seguridad por aquí deja bastante que desear. Si alguien te viera, simplemente finge haberte desorientado. Te darán un cachete en la cabeza y te echarán a la calle.

—¿No crees que sospecharán algo?

Beatrice se quedó mirando a ese pozo oscuro, con el estómago revolviéndose para subir por la caja torácica.

—¿De una joven blanca como tú? —se rio y le dio una palmadita en la espalda.

Le entregó una pequeña linterna y volvió la cabeza para dirigirse a ella, mirando de nuevo a la sala en la que estaban.

—Ahora baja y mira a ver si eres capaz de moverte un poco por allí y volver. Estaré por aquí, aunque no me veas.

Beatrice asintió y agarró la linterna con el puño apretado. Se lanzó escaleras abajo. Descendiendo los peldaños de uno en uno, temblorosa, se fue sumiendo en la oscuridad de abajo. Ramone cerró la puerta, y la luz desapareció, salvo por el diminuto foco de la linterna. El haz de luz solo alcanzaba en el túnel unos cuantos metros por delante antes de ser devorado por las sombras. El corazón sonaba al martillar contra los pulmones. Era el único ruido que oía, con la excepción, de vez en cuando, de alguna gotera ocasional que había en el techo. Era como estar encerrada en una cueva, o en un ataúd.

Se arrastró por el angosto pasillo con la mano extendida por delante. Se golpeó la cabeza con una tubería demasiado baja y dejó escapar un quejido, pero continuó avanzando. Las paredes se estrechaban aún más y el techo descendía a medida que iba avanzando. El ansia por gritar, dar golpes a todo y salir corriendo le invadió el tronco cerebral. Tomó aliento y empezó a tararear la canción que tan bien conocía:

«Hush-a-bye, don't you cry. Go to sleep my little baby. When you wake, you shall have... All the pretty little horses... Way down yonder, in the meadow... lies a poor little baby...»

El murmullo la ayudaba, y empezó a caminar un poco más deprisa. Ya no sería prisionera del banco, ni estaría atrapada sin comida todo el fin de semana. Podría incluso visitar a su tía una última vez.

Como si el túnel compartiera con ella su renovado optimismo, se ensanchó para abrirse a una cueva amplia. Podía ponerse de pie, erguirse y estirarse. Miró a su alrededor con la linterna a los muchos túneles que desembocaban en esa sala. Uno la llevaría al muelle de carga del hotel. Uno de los letreros decía «Terminal». Ese tenía que ser. La Stouffer's Inn estaba al lado del viejo edificio Terminal Tower. Respiró profundamente y se introdujo por uno de los túneles.

El angosto pasillo se prolongó durante lo que le parecieron kilómetros. Había unos cuantos giros y recodos, pero en su mayoría formaba una larga línea recta. De vez en cuando, el túnel se dividía. En ocasiones, había una pequeña placa que decía algo como «May Company» o, en otras, nada. El olor a hojas descompuestas fue volviéndose más intenso a media que avanzaba. El aire se adensó hasta que llegó a parecer un fango en movimiento que le entraba y salía de los pulmones. Siguió canturreando.

Resonó un crujido leve en la oscuridad. Sobresaltada, dejó caer la linterna con un suspiro. El crujido iba sonando más fuerte. Buscó a tientas la luz. El haz rebotaba en las paredes del túnel mientras ella gateaba espantada bajo el ruido procedente de algún lugar por debajo del suelo. Aminoró el paso. Era una rata que roía unos papeles. Jamás en su vida pensó que sentiría alivio al ver una rata. Dejó escapar el aire reservado para el grito que había estado conteniendo y siguió avanzando. Los pies chapoteaban en pequeños charcos, y un agua fría se le metió por entre las costuras de los zapatos.

Al fin, en un recodo del túnel había un letrero que decía «Hotel Cleveland». Decidió que ese debía de ser el camino y giró. Pasada otra manzana de la ciudad, el pasadizo llegó a su fin en una escalera de acero. Ascendía unos cinco metros. Beatrice se enganchó la linterna en el cinturón y empezó a trepar. Cuanto más ascendía, más le temblaban las manos.

No mires abajo, no mires abajo... Fue ascendiendo de uno en uno por los peldaños resbaladizos y fríos hasta que dio con una plancha de metal que planeaba sobre su cabeza. Era una trampa. La empujó hacia arriba y cedió un poco. Volvió a intentarlo y se movió un poco más. Dio otro empujón con todas sus fuerzas y se abrió con un *clang* muy sonoro. Su cabeza se asomó a una sala del tamaño de una pequeña edificación exterior. Un aire gélido la golpeó en el rostro, y oyó el viento silbar por entre las delgadas paredes de aquella caseta. Abandonó la escalera y miró alrededor. No había nada más que el desdibujado perfil de una puerta. El pomo giró fácilmente, y la abrió sin saber qué iba a encontrar al otro lado.

Estaba en un callejón situado entre dos edificios altos. No reconocía ninguno de los dos. Los ladrillos vistos de la parte trasera de ambos edificios planeaban sobre su cabeza. Estaba rodeada de escaleras de incendios metálicas y puertas de garaje. Salió sin dejar de mirarlas, sin pensar en nada, y la puerta se cerró. Retrocedió corriendo, pero era demasiado tarde. Estaba cerrada. Manipuló el pomo y no cedió. Se palpó el bolsillo y se aseguró de que todavía tuviera el pesado llavero de Max.

Estaba segura de que alguna abriría la puerta. Mientras tanto, tenía que averiguar dónde estaba. Avanzó por el estrecho callejón entre los dos edificios y salió a una calle.

Al otro lado se veía un edificio de piedra con las palabras «Servicio de Correos de Estados Unidos» grabadas en lo más alto, con letras del tamaño de tres metros. Dobló la esquina y vio un letrero que decía «Superior Avenue». Entonces reconoció dónde estaba. Se encontraba en la parte trasera del hotel. El viento le atravesaba el jersey, y reparó en que no llevaba abrigo. Había acompañado a Ramone sin saber adónde iban. Sus ojos corrieron disparados por las aceras vacías. Era bastante tarde. Todas las ventanas estaban oscuras.

Media manzana más allá, más adelante, sobre la acera, la sombra de una persona corpulenta llamó su atención. No sabía decir si se acercaba a ella o no, pero empezó a retroceder corriendo hacia la entrada del callejón. Sacó las llaves del bolsillo. Volvió la cabeza para averiguar si todavía se veía la sombra. En la puerta, palpó para encontrar la llave adecuada y deseó que sus dedos fueran más rápidos.

Al tercer intento, una llave entró en la cerradura. Abrió la puerta y saltó al interior. En la calle, la sombra se había alejado. Dejó escapar un suspiro, volvió a introducirse bajo la trampilla abierta y estuvo a punto de caer al fondo, cinco metros más abajo. Se agarró justo a tiempo y, acto seguido, descendió por la escalera.

Tenía los nervios a flor de piel por haber pasado tantas noches sin dormir. Se impuso relajarse durante el trayecto de regreso por los túneles. Atravesó la confluencia de túneles que formaba una caverna y ya casi había llegado a la escalera del banco cuando se topó de golpe contra las costillas de Ramone.

Gritó y Ramone le puso la mano en la boca.

—¡Shhh! Soy yo. No puedes subir todavía.

Cuando fue capaz de hablar sin gritar, susurró.

—¿Qué quieres decir?

—Hay alguien en la cámara acorazada.

La condujo de nuevo hasta la amplia sala cavernosa, donde pudieran erguirse.

—¿Qué quieres decir? ¿Hay alguien en la cámara acorazada?

Eran más de las diez de la noche.

—Uno de los mandamases. Me dijo que era un asunto oficial del banco y me pidió que me marchara.

Ramone encendió un cigarrillo.

—¿Es normal?

—Últimamente se está volviendo cada vez más normal. Pero, bueno, ellos son los dueños de las llaves, ¿no?

—¿Sabes cómo se llama?

—Es un tipo joven. Un tal Reggie, o algo así.

—¿Randy? ¿Randy Halloran?

—Sí, puede ser. —Exhaló humo—. Solo el personal autorizado tiene la combinación de las cámaras acorazadas. La combinación cambia cada semana. Si puede abrirla, está autorizado.

Beatrice frunció el entrecejo y, a continuación, preguntó.

—¿Quién cambia la combinación?

—Un tipo alto. Baja todos los lunes por la mañana. El vicepresidente de algo.

—¿Cómo se llama?

—Ese es «para tí, el señor James Stone, chico» —dijo en el tono de voz condescendiente de un anciano blanco.

Beatrice abrió los ojos de par en par. Tal vez James Stone fuera el Jim al que había oído hablar de sobornos a funcionarios en mitad de la noche. Ramone arrojó el cigarrillo al suelo de cemento.

—Bueno, ¿qué tal tu viaje por los túneles?

—Bien, supongo.

—Como le dije a Max, esta mierda es solo para emergencias, ¿entendido? Estos túneles no son precisamente muy seguros.

Beatrice asintió y esperó a que Ramone le diera la señal de que todo estaba despejado para volver a subir por la escalera y abandonar la oscuridad.

Sábado, 22 de agosto de 1998

Un grupo de cinco oficiales de uniforme invadió la habitación portando bolsas de lona llenas de equipos. Si no hubiera estado tan estupefacta, Iris habría levantado las manos. Aturdida, se sentó en el suelo junto a la puerta del cuarto de baño mientras ellos encendían todas las luces que encontraban. Ninguno le dirigió la palabra. Se fueron metiendo en el cuarto de baño, uno detrás de otro. Veía los destellos del *flash* de una cámara fotográfica rebotar en las paredes en rápida sucesión, como si la pila de moscas muertas del plato de ducha fueran estrellas de cine en una alfombra roja.

Un hombre de cuarenta y tantos años que llevaba una cazadora y pantalones vaqueros entró en la habitación. Llevaba puesta una gorra de béisbol de los Cleveland Indians. Podría haber sido un padre de mediana edad de camino a un partido de una liguita infantil. La miró a la cara.

—Usted debe de ser Iris.

Se acercó y le brindó una sonrisa cálida. Ella trató de devolverle la sonrisa, pero tenía la cara petrificada.

—Soy el detective McDonnell. Entiendo que fue usted quien encontró los restos.

Asintió con gesto inexpresivo.

—Vamos a sacarla de aquí.

La tomó de la mano para ayudarla a levantarse.

Iris se retiró como si fuera a golpearla. Se soltó y se levantó del suelo. Recogió del suelo la bolsa de herramientas y se la colgó del hombro. El repentino desplazamiento del peso casi la hizo vencerse. El detective la agarró del hombro cuando ella retrocedió sobre los talones.

Lo acompañó fuera de la habitación, por el pasillo hasta entrar en el ascensor sin volver la vista atrás. No quería volver a ver ese lugar. Cuando la puerta del ascensor se cerró por fin, tomó la que parecía ser su primera bocanada de aire en muchas horas.

Empezó a fijar la mirada de nuevo.

—¿Dónde está Ramone?

—Está siendo interrogado por el detective Mendoza. ¿Quiere tomar una taza de café?

—Realmente, necesitaría tomar algo.

Después de todo lo que había visto, sería capaz de beberse una garrafa de vodka. Los huesos enterrados bajo las moscas repiqueteaban en su mente. Se agarró a la pared del ascensor para sostenerse. Suzanne le había dicho que desaparecieron varias personas cuando cerró el banco. La maleta abandonada de Beatrice todavía estaba guardada en un armario de arriba, en la undécima planta. Pero el cuerpo que encontró pertenecía a un hombre. El cuerpo de la joven podría estar sepultado en algún otro lugar del edificio. Todavía veía la rejilla metálica del patinillo de ventilación. Estaba suelta.

—¿Qué tal una cerveza? Conozco un buen sitio.

Iris levantó las cejas. Hizo un gesto leve y se preguntó qué clase de poli la llevaría a un bar para interrogarla. Uno bueno, concluyó.

Salieron del ascensor y llegaron al muelle de carga, donde Iris vio a Ramone y a una mujer latinoamericana grande que hablaba. Él estaba fumando un cigarrillo. Iris miró las vetas de humo gris flotando en el aire. Cigarrillo. Su bolso y sus cigarrillos la estaban esperando dentro del automóvil estacionado.

—Tony, ¿quieres que llame al juez? —preguntó la mujer rolliza.

—Sí —respondió el detective McDonnell—. Vamos a necesitar también al forense. Volveré dentro de una hora.

—Mmm... Perdón —rogó Iris al detective sin apartar la vista del cigarrillo sujeto entre los labios de Ramone—. ¿Le importa que deje esta bolsa? Pesa un poco.

—En absoluto —asintió el detective para, a continuación, acercarse a la detective Mendoza y a Ramone.

Iris bajó corriendo las escaleras del muelle de carga hasta su cochambroso Mazda y dejó la bolsa en el interior. Fue entonces cuando reparó en que todavía llevaba en la mano la llave del hombre muerto. Volvió la cabeza hacia el muelle de carga, donde estaba el detective, y abrió la boca con la intención de decir algo. No le salió ninguna palabra. No podía justificar la llave. ¿Por qué no se la entregaba inmediatamente? Le harían preguntas. Se mordió la lengua. Quizá registrara su bolsa. Bajó la vista hacia el llavero y los expedientes robados que había al fondo de la bolsa. La invadió la culpa. Acto seguido, el pánico. Se deshizo de ambos. «No importa», se dijo. «No eres sospechosa». Una llave no mató a quienquiera que estuviese enterrado bajo las moscas. Solo estaba tirada en el suelo. La metió en la bolsa de herramientas y, a continuación, agarró el bolso y el encendedor y se unió al detective en el muelle de carga.

—Muy bien, Rita. Luego vuelvo. Que no entre nadie en esa habitación hasta que llegue el forense —ordenó el detective mientras sacaba a Iris del muelle de carga para salir a la calle.

La calle trasera del banco estaba abarrotada de vehículos de policía y luces de sirenas. Iris se preguntaba cuándo demonios llegaría a casa. Esperaba que el detective la llevara a un automóvil pero, en lugar de eso, empezó a caminar por la acera.

—Vamos —dijo—. No está lejos.

Iris se detuvo y encendió un cigarrillo. Aspiró el suficiente humo para borrar del fondo de la garganta el sabor a insectos descompuestos y vómito, al menos por un instante. Después, siguió andando.

—Menudo puto día, ¿verdad? —dijo observándola succionar de nuevo el cigarrillo.

Se sorprendió al oír a un hombre mayor, nada menos que policía, maldiciendo. Exhaló una larga bocanada.

—No se hace una puta idea.

Caminaron tres manzanas y giraron hacia una entrada. Iris recordaba el bar. Era el Pub Ella's. Tony empujó la puerta y gritó.

—¡Carmichael! ¡Tenemos una emergencia!

Un duende arrugado asomó de repente de detrás de la barra. Solo verlo casi hizo sonreír a Iris.

—¡Ah, Tony! ¡A qué debo este placer?

Salió corriendo de detrás de la barra y estrechó la mano del detective. Le ofreció la sonrisa de un abuelo cariñoso y, a continuación, sus ojos descansaron en Iris.

—¡Ah, *bella!* Me acuerdo de usted. Usted está trabajando en el viejo banco. Hace mucho que no viene. Adelante, por favor. Pase y siéntese. ¿Qué puedo servirles?

Iris pidió una Guinness y el policía pidió un café solo. Todavía estaba oficialmente de servicio, se recordó ella, mientras aplastaba el cigarrillo. Una vez que dio un gran trago de cerveza y encendió otro cigarrillo, el detective sacó su bloc de notas. Iris miró a Carmichael, que veía un partido, encaramado en un taburete. Levantó la vista y le brindó una sonrisa resignada que parecía decir: «Le advertí que no perturbara a los fantasmas».

—Bueno, Iris. Cuénteme todo lo que sucedió hoy.

Iris vació media cerveza de un trago y empezó a hablar. Le habló de su trabajo, de que trabajaba los sábados y le contó que se sintió frustrada y dio una patada a la puerta. Dejó al margen los detalles de su patético romance con Nick y su angustia por el llavero que se había llevado de la cámara acorazada. Tendría que explicar cómo las consiguió y muchísimas más cosas..., el intruso del edificio, su conversación con Suzanne, los expedientes que había robado. Las voces que había oído. Pensaría que estaba loca, razonó. Además, al detective no le importaban los objetos desaparecidos de un edificio abandonado. Cuando le robaron el vehículo el año anterior, el oficial de policía la informó de que no había forma de que la policía perdiera el tiempo tratando de encontrar sus cintas de música desaparecidas y un radar detector. ¿Qué le importaba a este poli que se hubieran perdido cosas de hacía veinte años? Todo le sonaba bien en su cabeza y se repitió las excusas una y otra vez mientras un pánico helado le atenazaba el estómago. Había robado objetos del edificio. Si se lo contaba al detective, la detendría. Podría acabar despedida. Se le posó una mosca en el brazo. La ahuyentó bruscamente golpeándose en la piel.

—¿Se encuentra bien? —dijo el detective levantando la vista de su bloc de notas.

Iris sacudió la cabeza. No había ninguna mosca.

Se tomó la cerveza. Tenía ganas de pedir otra, pero tenía que volver a casa conduciendo delante de medio Departamento de Policía de Cleveland. En su lugar, pidió agua a Carmichael y esperó pacientemente a que el detective terminara de garabatear sus notas. Cuando por fin acabó, parecía confuso. Los nudos del estómago se apretaron, y la cerveza se le amontonaba en la boca. ¿Llevaba las mentiras escritas en la cara?

—Bueno, nunca pensé que tendría que regresar otra vez a ese edificio.

La barba de unos días y las sienes eran grises, pero sus ojos azul claro parecían asombrosamente jóvenes, casi infantiles, aunque tristes.

—¿Ha estado ahí dentro antes? —preguntó.

—No desde la época en que cerró, más o menos. Yo estaba empezando. Me dieron la pista de una investigación...

Se le fue apagando la voz. Se llevó una mano a la boca y agitó la cabeza.

—¿Qué clase de investigación? —Iris evitó sus ojos. Obviamente, no quería hablar de ello, pero estaba desesperada por saber—. Lo siento. Es que ese edificio me resulta tan... extraño.

—¿Extraño? ¿En qué sentido? —preguntó levantando una ceja.

—Bueno, no sé. Las cosas todavía guardadas en los escritorios. Los armarios archivadores llenos todavía de expedientes... —Hablar era como aflojar una válvula de escape. Quería contarle todo, confesarlo todo: la maleta de Beatrice, sus notas, el robo. Se mordió el labio con fuerza—. Es como si ese edificio entero fuera una cápsula venida de otro tiempo, como si en 1978 hubiera estallado una bomba que hubiera hecho desaparecer a todas las personas pero hubiera dejado intacto todo lo demás.

—Bueno, es cierto, estalló una bomba. Cuando el banco dejó que la ciudad entrara en quiebra, la gente del Ayuntamiento se enfadó tanto que finalmente nos permitieron abrir una investigación en el consejo de administración. Al cabo de dos semanas cerraron el edificio y el banco había desaparecido.

—No comprendo.

—Los activos del banco fueron vendidos a una empresa de fuera de la ciudad, Columbus Trust, y los federales clausuraron el edificio para proteger los depósitos de las cajas de seguridad. Solo me alegra que antes pudiéramos formular algunas acusaciones. Hundimos a una familia de malhechores, pero el resto se libró. Algunas personas desaparecieron. Creo que usted acaba de encontrar a una de ellas.

El cuerpo devorado sobre el plato de ducha. Tragó saliva y trató de distraerse del olor del vómito que todavía se resistía a desaparecer del pelo y la ropa. Mantuvo el cigarrillo cerca de la nariz. «Dos semanas», se dijo. La ciudad entró en quiebra el 15 de diciembre y el banco fue vendido el 29 de diciembre. ¿No dijo Suzanne que Beatrice había desaparecido antes de que fuera vendido el banco? No recordaba.

—¿Conocía usted a alguien que desapareciera?

—Mi hermana, por ejemplo —dijo el detective con los ojos fijos en la taza.

Se esforzó por mostrar una apariencia impasible, pero Iris apreció que todavía le causaba dolor.

—Lo siento muchísimo.

Le hizo un gesto con la mano ante las condolencias.

—Fue hace mucho tiempo. Siempre pensé que a estas alturas ya habría aparecido, ¿sabe? Max era así.

El nombre de Max golpeó a Iris como un rayo. Había visto ese nombre antes en algún libro, en el libro de Beatrice. Todavía tenía en algún lugar del apartamento varias pilas de papeles con garabatos de taquigrafía, en unas carpetas que había robado en la sala de archivo. Y también estaba esa maleta misteriosa. La maleta había pertenecido a una mujer.

Iris enterró la cara entre las manos.

—Creo que tengo que irme a casa.

—Iris, soy Charles Wheeler. Nos hemos enterado de lo que ha pasado. Tómese la semana que viene libre para hacer lo que tenga que hacer y recuperarse de esta impresión...

Iris entró en la cocina mientras sonaba el mensaje y se tomaba tres vasitos de vodka. Aparentemente, una semana sin ir a trabajar era la tarifa vigente por descubrir un cadáver en el puesto de trabajo. No estaba segura de cómo se había enterado tan rápido su jefe y, en realidad, tampoco le importaba.

—...el proyecto se ha suspendido temporalmente. WRE pretende cooperar con la policía y su investigación; sin embargo, todos los croquis y notas relativas al edificio y todo su contenido siguen siendo propiedad exclusiva del propietario. Esperamos que mantenga los detalles de su trabajo de investigación en la más estricta confidencialidad. Nos pondremos en contacto cuando regrese.

El alcohol le calentó el estómago cuando se fue dando tumbos hasta la cama. Se quitó la ropa y la arrojó en un cesto desbordado. Sentada en el suelo de la bañera, dejó que el agua caliente le corriera por la cara hasta que saliera fría. Cada vez que cerraba los ojos, lo único que veía eran moscas.

Tres horas más tarde, Iris todavía no lograba relajarse, ni siquiera después de haber tomado otros tres vasitos, fumado quince cigarrillos y visto cuatro repeticiones de comedias de situación. Sus manos se convulsionaban. Sus pensamientos oscilaban con vacilación desde las moscas a la voz del detective, pasando por las llaves robadas que tenía en la bolsa de herramientas. El detective McDonnell había dicho que su hermana había desaparecido. Su hermana era Max.

Dejó la botella de vodka abajo y salió tambaleándose de la cocina. Todavía había cajas sin desembalar desperdigadas por el suelo del salón. Las alacenas, cajones y armarios de su nuevo apartamento estaban vacíos. Lo único que había conseguido desembalar hasta el momento era una taza de café, una cucharilla y un vasito de cristal. *Patético.*

Se dejó caer delante de la caja más próxima y despegó la cinta de embalaje. Bandejas, vasos, vajilla, artículos de limpieza y libros fueron esparciéndose a medida que, una tras otra, iba abriendo las cajas. No podía ver el suelo entre los montones de esto y de aquello, pero no había señal de ella por ninguna parte. La carpeta de Beatrice había desaparecido. Trató de recordar si la había embalado, pero sus pensamientos eran un remolino que no podía controlar. El caos que la rodeaba también parecía girar. Tuvo que abandonar. Tiró de sí para levantarse del suelo y se dirigió al dormitorio de nuevo, apoyándose en las paredes.

Repeticiones televisivas, sofá, vodka, panecillos tostados, sueño y pesadillas. Los días siguientes fueron un caos borroso. Las únicas llamadas que recibió fueron de su madre, y no descolgó el teléfono. Sabía que, si lo hacía, lloraría y su madre acudiría corriendo. No llamó Ellie, pero Ellie nunca llamaba. No era una de esas amigas que llamaran por teléfono. No llamó Nick; ni siquiera después de que llegara y pasara el lunes por la mañana y, sin duda, se hubiera enterado ya de lo sucedido. Iris no salió de casa. Se quedó en pijama y solo se levantaba para utilizar el cuarto de baño. Se le iban contrayendo las vísceras y formando nudos a medida que los pensamientos agobiantes iban aferrándose a su neblina de ebriedad. Todavía tenía las llaves. Alguien podría estar buscándolas todavía. Había mentido al omitir información a un detective de la policía. La única forma en que podía dormir por la noche era quedando inconsciente.

El martes por la mañana abrió los ojos y lo primero que vio fue un cenicero lleno y una botella vacía. La despertó un sonido crujiente. Volvió a oírlo: como de papeles arrugándose y rompiéndose. Se incorporó en el sofá de un salto. La habitación se movía, y se agarró al brazo del sillón para detenerla. El sonido procedía de la cocina. Tragó el ácido de la garganta y se dirigió hacia el ruido.

—¿Hola? —musitó.

El ruido se detuvo en el acto. El corazón le golpeaba contra el debilitado estómago cuando dobló la esquina y se asomó a la cocina. No había nadie. *Jesús.* Tenía que dejar de beber; su imaginación estaba fuera de control. Apoyó la frente contra la pared. Al hacerlo, vio un diminuto ratón que se dirigía hacia ella por el suelo de la cocina. Se apartó de la pared de un salto, dio un grito y cayó sobre una caja.

La encimera de la cocina estaba llena de platos de papel desperdigados y residuos. No era raro. El suelo todavía estaba recubierto con su basura sin desembalar. El viernes por la noche seguían en la cama las sábanas de su relación sexual. La ropa estaba apilada en montones desordenados por todo el suelo de su dormitorio. Las paredes empezaban a moverse de un lado a otro. Acudió a tuestas al cuarto de baño y vomitó.

Una hora después, entró en el dormitorio, quitó las sábanas de la cama y las dejó en el suelo. Amontonó la ropa sucia en el centro, hizo un paquete con toda y se la echó al hombro. Tomó un puñado de monedas y se marchó al autoservicio de lavandería con el pantalón de chándal puesto.

La lavandería estaba desierta. Llenó tres lavadoras. A medida que iba metiendo monedas en cada una de ellas, se iba quitando de los hombros una pequeña fracción de peso. Al fin había hecho algo bien. Se desplomó sobre una silla de plástico y contempló girar su ropa en agua jabonosa. Ojalá pudiera arrojar su cuerpo entero también y salir limpia y lista para volver a empezar. Apoyó la cabeza entre las manos y cerró los ojos.

Una mosca pasó zumbando junto a su oído y se posó sobre el brazo de la silla contigua. Se frotaba las ávidas patitas y la observaba. Decidió marcharse de allí. En todo caso, nadie en el mundo podía querer su ropa interior usada, se dijo cuando salía del establecimiento dejando la ropa sin vigilancia.

Abrió la puerta de su apartamento y examinó el caos en que había convertido su, hasta ahora, flamante casa nueva. Se suponía que era su primer apartamento para su nueva vida de adulta. Parecía como si quien se hubiera mudado fuera una vagabunda. No parecía tan distinto del cuchitril del vagabundo de la undécima planta del edificio del banco.

Cuatro bolsas de basura, un poco de lejía y todo un rollo de papel de cocina más tarde, Iris por fin estaba lista para desembalar sus cosas. Una por una, fue abriendo las cajas de la mudanza y apartándolas a un lado. Los platos apilados en las alacenas, los libros encajonados en los estantes, los cubiertos almacenados en los cajones... y, poco a poco, la alfombra fue emergiendo del caos. El apartamento empezaba a tener el aspecto de que viviera allí un adulto funcional.

Abrió la última caja que había guardado en el armario del pasillo y la abrió. Era el cajón de sastrería que contenía todo lo que no tenía un lugar específico en su vida. Sacó una linterna, un paquete de pilas, un destornillador, chicles, vendas, un cúter y un libro.

El libro era el manual de taquigrafía de Beatrice. Debajo encontró las notas de Beatrice que habían desaparecido, junto con los expedientes de la maleta solitaria y la llave que recogió del escritorio de Suzanne. La llave 547. Pasó un dedo sobre el número. Esa no podía ser realmente la razón por la que Beatrice desapareciera, se dijo... y trató de creerlo. Se sentó en el centro de la habitación y abrió el manual de taquigrafía por la última página, donde Max había dejado una nota. Recorrió los trazos de bolígrafo con la yema del dedo. Max era hermana de un policía. Había desaparecido cuando el banco cerró. Exactamente igual que Beatrice. Por el aspecto de su cara, el detective todavía estaba buscando a Max. El viejo banco se había apoderado de él, igual que lo había hecho de Iris.

Eso es todo. El detective McDonnell todavía no sabía lo que le había sucedido a su hermana. Si Iris encontraba alguna pista de su paradero en algún lugar de esas notas, tal vez él le perdonara que no le hubiera contado toda la verdad. Tal vez la creyera cuando explicara que había tomado unas cuantas cosas del edificio, pero que no era una ladrona. No iba detrás de nada concreto que estuviera enterrado en la cámara acorazada, ni en cualquier otro lugar del banco. Jamás pretendió que sucediera nada parecido. Esa podría ser su forma de escapar de este lío.

Tomó el manual, decidida a descifrar aquellos garabatos que en la década de 1970 pasaban por ser escritura. La primera hoja de papel del expediente de Beatrice estaba llena de arriba abajo de trazos. Sacó un lapicero de la bolsa de herramientas y empezó a descodificar las palabras.

Al cabo de cinco minutos, la excitación de desentrañar el misterio desapareció cuando vio una página llena de cosas absurdas. «Fracaso de la cacería del topo.» «¿Desaparición del infiltrado?» Concluyó que debía estar haciendo algo mal.

Tomó el otro expediente, el de la maleta. Al traducir la primera hoja, se topó con un revoltijo de letras y números y «D son trescientos, E son

cuatrocientos...». Ojeó las páginas hasta que, por fin, encontró algo que parecía tener sentido. «*In God We Trust.*»

Leyó las palabras de nuevo y, a continuación, arrojó a un lado el manual de taquigrafía. *¿In God We Trust? ¿Acaso Beatrice era una especie de creyente chiflada o algo parecido? Fuera, oscurecía. Hacía mucho que había pasado la hora de la cena. Mierda. Se había olvidado de la ropa de la lavandería.*

Se adentró en la noche con paso vacilante para ir a recoger la ropa. Un sedán gris estacionado al otro lado de la calle arrancó y tomó la misma dirección. Reparó en él únicamente porque avanzaba justo detrás de ella, un poco más despacio. Se volvió a mirarlo y desapareció con un acelerón.

Iris pasó la mitad de la noche tratando de encontrar alguna pista de la desaparición de Beatrice o de la hermana del detective, sin suerte alguna. Lo que obtuvo fue una colección de frases sin articular: «*In God We Trust* es la clave... ¿Desaparición del infiltrado...? Fracaso de la cacería del topo... Que le den por culo al alcalde... Traspasar las cuentas... Teddy y Jim... Di a Max que se quede de vacaciones... La calidad de un banco se mide por la fiabilidad de sus registros... Los mansos heredarán la tierra».

Finalmente, se quedó dormida en el suelo, y su mente regresó al edificio. Era tarde. Estaba haciendo horas extras otra vez. Se encontraba en el antiguo Departamento de Recursos Humanos, sentada en la silla de Linda, tecleando en su equipo informático. Los planos iban encajando adecuadamente. Recogía el croquis hecho a mano y entornaba la vista tratando de descifrar su descuidada caligrafía. Algo caía junto al teclado haciendo un ruido metálico.

Era una llave. En el anillo de bronce tenía grabado un cráneo y unas tibias. La recogió y la contempló, fascinada. Una llave con la marca de la muerte. Le dio la vuelta y gritó. Tenía sangre en los dedos. La llave sangraba.

Se incorporó sobresaltada en el suelo. Con el corazón acelerado, empapada de sudor, habría jurado haber oído el zumbido de unas moscas. Se agarró con fuerza los brazos y el cuello en busca de fantasmas y, a continuación, se levantó de la alfombra, rascándose la piel por su culpa.

—¡Por Dios bendito! —susurró.

Acudió dando tumbos a la cocina en busca de algo relajante. Se acabó el alcohol, su hígado no podía asimilarlo. Abrió el frigorífico y se preparó un vaso de leche caliente. En realidad, nunca había probado la leche caliente, pero imaginó que le vendría bien. Se frotó la frente mientras el vaso giraba sobre el plato del microondas. Durante días había estado demasiado borracha para recordar las pesadillas. La imagen de la llave de su sueño regresó a su cabeza. Estaba cubierta de sangre. Tenía grabado un cráneo, o algo así. De repente, para asegurarse, tuvo que comprobar que la llave que se había llevado de la habitación del hombre muerto no tenía nada semejante.

Corrió hasta la bolsa de herramientas y extrajo del bolsillo frontal la solitaria llave. Al recordar dónde la había encontrado, la llevó al fregadero de la cocina y la lavó con agua caliente hasta que se quemó las manos. Cuando hizo desaparecer la espuma a base de enjuagarla, examinó la llave concienzudamente. No había nada en ninguna de las dos caras del anillo. No había ningún cráneo, pero tampoco había ninguna marca del tipo de cerradura que abría, ni de ninguna otra clase. Parecía raro.

Fue hasta el bolso y sacó su propio llavero. La comparó con la llave de casa, con la del automóvil y con la de la oficina. Todas tenían algún tipo de inscripción: «Schalge», «Mazda» y «Larson», decían las llaves. Sus ojos vagaron por la encimera. Hasta la misteriosa llave de Suzanne tenía impresos el nombre del banco y el número de caja de seguridad.

Las llaves del viejo banco que Brad le había dado tenían toda clase de formas y tamaños, pero ninguna carecía de algo impreso. Extrajo del fondo de la bolsa de herramientas el llavero que alguien se dejó en la cámara acorazada. Era alguien que había andado tratando de abrir una caja de seguridad, se recordó. Alguien que no era Ramone o, al menos, él afirmaba no haber sido. Todas las llaves estaban marcadas con letras y con el nombre del banco. Todavía tenía en la otra mano la llave del hombre muerto. Pasó la vista de las llaves de la cámara acorazada a la llave sin marca y descubrió que eran muy parecidas. Eran todas de bronce y tenían los anillos redondeados. Aproximó la llave sin marca a la que llevaba impresa una «D». La que no tenía marcas era más corta. No coincidían.

Sonó la campanilla del microondas. Dejó las llaves sobre la encimera y fue a recoger la leche caliente. Se asomó al vaso con escepticismo. No olía apetecible, pero dio un sorbo de todas formas. El líquido caliente y empalagoso se deslizó por su garganta dejando tras de sí una fina película asquerosa.

«¡Puaj!», exclamó sonriendo al tiempo que vaciaba la leche en el fregadero. Sacó una cerveza del frigorífico y la tragó hasta eliminar el sabor dulce y denso de la leche.

Con la mente ya despejada, se volvió y enfrentó las llaves dispersas sobre la encimera. La llave del hombre muerto estaba junto a la de la caja de seguridad de Suzanne. Iris entornó los ojos. Las recogió y las superpuso. Tenían exactamente la misma forma y tamaño, y los dientes casi encajaban. No era la llave de una puerta lo que habían dejado en la habitación con el cuerpo. Era una llave de la cámara acorazada. Un sentimiento de inquietud volvió a apoderarse de sus vísceras... No debería carecer de marcas. Anduvo paseando por la cocina, tratando de sacudirse la sensación de que, de algún modo, la llave era la razón por la que el hombre estaba muerto. No debería habérsela quedado.

Finalmente, sobre las cinco de la madrugada, volvió a quedarse dormida con las dos llaves expuestas sobre la mesa, delante de ella, junto a la guía telefónica abierta.

La mañana siguiente, antes de nada, se dirigió al automóvil. La noche anterior había pasado una hora buscando en las páginas amarillas un cerrajero, o una tienda de llaves. De nada serviría un adolescente con la cara llena de espinillas que trabajara en la cabina de copia de llaves de una ferretería. Necesitaba un experto.

Localizó el establecimiento Lock and Key de Garfield Heights. En el anuncio de las páginas amarillas se veía un anuncio con tipografía antigua y una caricatura de un anciano tallando una llave. Era la persona a la que tenía que ver.

En Turney Road encontró el cuchitril. Empujó la puerta y entró en un establecimiento diminuto donde las paredes estaban cubiertas de pomos: unos antiguos, otros de última generación, algunos con alargados y extravagantes mangos... Fue directamente al mostrador, donde había un taburete vacío junto a la caja registradora. Una puerta abierta conducía a un almacén en la trastienda. Hizo sonar el pequeño timbre de plata que había en el mostrador y esperó. En la pared del fondo había un letrero hecho a mano que decía: «¿Perdió la llave? Abrimos cerraduras».

Esperó un minuto largo y estaba a punto de volver a tocar el timbre cuando una guapa joven apareció atravesando la puerta. La cara de Iris quedó sumida en la decepción. No podía tener más de treinta años. No se veía por ninguna parte al anciano que tallaba llaves.

—¿En qué puedo ayudarla?

Dudó. Pero decidió que había conducido todo ese trecho ya, de modo que bien podría preguntar.

—No estoy segura... He encontrado estas llaves y no sé de qué son.

Colocó la llave de Suzanne y la del hombre muerto sobre el mostrador.

—Bueno —carraspeó la mujer mientras las tomaba entre las manos. Les dio varias vueltas y preguntó—: ¿Dónde las ha encontrado?

—En el viejo escritorio de mi abuelo —mintió. Para que pareciera menos aún que las había robado, añadió—: Murió el año pasado.

La mujer asintió con aspecto de creerse la historia. Señaló a la llave de Suzanne.

—Bueno, esta es de una caja de seguridad.

—¿De verdad? ¿Cómo lo sabe?

—Aquí aparece el nombre del banco y este sería el número de la caja.

«Gracias por nada», pensó Iris irónicamente, disponiéndose a marcharse.

Entonces, la mujer frunció el entrecejo.

—¿Trabajaba su abuelo en el banco?

—Uf, no sé. —Iris se puso nerviosa, de repente—. Llevaba jubilado muchos años. ¿Por qué lo dice?

—Bueno, esta llave solo pertenecería a alguien del banco —dijo mirando a Iris con prudencia.

—¿En serio? ¿Por qué?

—Es una llave maestra. —La mujer la depositó de nuevo sobre el mostrador—. Algunos dientes de la llave encajan con los de esta, y con otras llaves como

esta.

—No entiendo. —Iris habría jurado haber sentido una mosca revoloteándole por el cuello.

La ahuyentó.

—Bueno, ahora no son legales, pero hace años los bancos conservaban llaves maestras de las cajas de seguridad para que no tuvieran que estropear las cajas perforándolas para abrirlas; ya sabe, si las otras llaves se perdían. Evidentemente, se guardaban con mucho celo. Me sorprende que usted haya encontrado una en el viejo escritorio de su abuelo.

—¿Cómo sabe que esta es una de esas llaves? —preguntó Iris, a la defensiva.

La mujer guapa de detrás del mostrador no podría tener más de diez años cuando el banco cerró.

—Me dedico a las llaves. Tal vez parezca que no sé mucho, pero me formé con el mejor —dijo señalando a una fotografía pequeña de un anciano que había junto a la caja registradora—. ¿Cómo se llamaba su abuelo, cariño?

Iris sintió que se le encogía el estómago. Era una tienda de llaves. Seguramente recibía encargos curiosos constantemente, tal vez incluso ilegales. Cleveland no era una desconocida para el mundo del robo. La dama que había detrás del mostrador podría incluso estar legalmente obligada a informar de lo sucedido a la policía.

—Lo... lo siento. Todo esto es muy confuso. Simplemente... tengo que irme. —Agarró las llaves enseguida y volvió a metérselas en el bolsillo—. Gracias —murmuró y atravesó la puerta casi corriendo.

Miércoles, 13 de diciembre de 1978

—¡Un café solo!

Randy Halloran estrelló el abrigo y la bufanda sobre el escritorio de Beatrice.

Ni un minuto después, mientras iba a toda prisa a colgar sus cosas en el guardarropa de directivos, lo oyó gritar al teléfono a través de la puerta cerrada. Llevó el café y, a continuación, con miedo a llamar a la puerta, permaneció al otro lado del cristal esmerilado contemplando su sombra pasear de un lado a otro mientras él vociferaba.

—¡Jesús! No me importa lo que tengas que hacer, ¡llama a un maldito cerrajero! Me importa muy poco lo que diga Stone. ¡Tenemos que solucionar un asunto!

Lo oyó colgar el auricular de golpe.

Beatrice levantó el puño para llamar a la puerta, pero un hombre mayor vestido con un traje de *tweed* recorrió la sala hecho una furia hasta llegar a la puerta de Randy. Abrió sin llamar y cerró dando un portazo cuando entró. Tras el cristal esmerilado, se oían unas voces amortiguadas que discutían. Regresó sigilosamente a su escritorio, con la idea de no interrumpir.

—Me importa un carajo lo que tú pienses que tienes la obligación de hacer —rugió una voz—. ¡Te vas a ceñir a tus funciones o estás despedido!

La puerta se abrió, y el anciano salió disparado. Su pelo gris plata enmarcaba un rostro iracundo. Beatrice volvió la cabeza hacia el despacho del señor Halloran. La puerta estaba cerrada.

Esperó cinco minutos largos e hizo otro café antes de llamar suavemente en la puerta.

—Perdone, señor Halloran.

Oyó pisadas que se acercaban con energía y retrocedió un paso. La puerta se abrió. La fulminó con la mirada.

—Te agradecería mucho que no me molestaras esta mañana.

Levantó la taza de café para mostrársela sin decir una palabra. Se la arrancó de las manos y se derramó un poco de café en el zapato y en una pernera del pantalón.

—Oh, lo siento mucho, señor.

—¡Maldita sea, Beatrice! —tronó, provocándole un sobresalto—. Tráeme el abrigo.

Le devolvió la taza bruscamente, salpicándole la muñeca con el café ardiendo.

Se alejó con los ojos llorosos, segura de que toda la oficina estaba pendiente de lo sucedido. Vació el café de la ofensa en el fregadero y se enjuagó con agua fría la piel enrojecida. Regresó a su despacho cargada con una montaña de cachemira y piel. Los pies de Beatrice se detuvieron en el umbral de la puerta y se asomó por encima de la ropa para buscar a Randy.

—¿Señor Halloran? Aquí está su abrigo.

—Tráemelo aquí.

Su voz procedía del cuarto de baño privado que había detrás del escritorio.

Vaciló y, a continuación, avanzó con cautela hacia él. No iba a poner el pie dentro del cuarto de baño. Recordaba demasiado bien lo que había sucedido la última vez.

Se irguió delante del espejo dorado, pasándose la mano por el pelo tupido y repeinado. Se volvió hacia ella con una mirada discreta. Algo errático en sus ojos hizo que Beatrice se apartara de la puerta. Le arrancó el abrigo de las manos.

—No creas que no sé lo que pretendes hacer.

—¿Señor?

La agarró por la cintura.

—No te hagas la tonta conmigo. Tú y esa amiga tuya, Maxine, vosotras dos estáis tramando algo. Las llaves no desaparecen sin más. Voy a averiguar qué es y, cuando lo haga...

Le retorció la muñeca hasta que ella mostró un gesto de dolor. Se asustó tanto que ni siquiera se atrevió a quejarse. Él le soltó el brazo y salió de la habitación hecho una furia, dejándola temblorosa junto a la puerta.

Respiró profundamente. Tenía razón en que Max estaba tramando algo. Tenía montones de llaves. Había estado en la cámara acorazada. Beatrice dirigió sus piernas vacilantes de nuevo a su escritorio. Trató de tranquilizarse pensando que él sabía tan poco como ella acerca de lo que iba a hacer Max. Actuaba simplemente como un matón. Randy estuvo en la cámara acorazada la otra noche. Tal vez estuviera enfadado por no haber podido encontrar las llaves.

Sacó su bloc y empezó a tomar más notas en taquigrafía. A Randy le gustaba beber. Asistía a almuerzos prolongados. Gritaba a la gente por teléfono. Estuvo en la cámara acorazada. Era de familia rica y tenía empleo donde trabajaba su padre. Su padre era Teddy. Él y su padre eran gente muy rica, y ganar dinero era un negocio turbio. La discusión que oyó entre Randy y el otro hombre mayor se reproducía en su cabeza cuando sonó el teléfono.

—Sí. First Bank of Cleveland, Departamento de Auditorías.

—¿Beatrice? ¿Eres tú?

Era Tony.

—Sí. ¿En qué puedo ayudarlo? —respondió como si fuera un cliente del banco.

Sintió que le subía por la espalda la sensación de que la estaban observando, y rápidamente guardó sus notas en el cajón de su escritorio.

—Tengo que verte. Esta tarde.

—¿Esta tarde? —susurró. Francine u otra persona podría estar escuchando. Se aclaró la garganta y levantó la voz—. Mmm... Por supuesto.

—Te veo a las seis. En el Theatrical Grille.

Luego, colgó el teléfono.

—Que tenga buen día —replicó ella al auricular, y lo depositó sobre el aparato.

Tragó saliva pensando en los túneles que recorrían la ciudad por debajo. Revisó su cartera y descubrió que estaba vacía. Necesitaba dinero para un taxi desde el pub hasta el callejón que había detrás de Stouffer's Inn.

Cuando llegó la hora del almuerzo, se dirigió a la planta de banca comercial para solicitar un reembolso. Atravesó el imponente vestíbulo hasta llegar a la sala alargada donde unas guapas señoritas esperaban a los clientes tras los barrotos. Examinó los puestos de caja hasta que encontró un rostro familiar.

—¡Hola, Pam! —sonrió Beatrice a la mujer que la había ayudado a abrir una cuenta corriente para empleados cuando Max insistió en llevarla de compras.

—¡Hola! —dijo con aire desconcertado durante un instante—. Eres la amiga de Max, ¿verdad?

—Así es. —Forzó una sonrisa.

—¿Cómo está Maxie? No la he visto por aquí últimamente.

—Creo que está de vacaciones en México.

Era la mentira que Max había inventado.

—¿Vacaciones? ¿Con qué argucias habrá conseguido eso? —Pam se rio y, después, bajó la voz—. Creo que le adelantaron varios meses de sueldo.

Beatrice trató de evitar que la sorpresa se le reflejara en la cara.

—¡Max es así! —Pam agitó una mano—. Siempre ha sido un poco alocada. Podría contarte historias que te pondrían los ojos a cuadros... Bueno, ¿en qué puedo ayudarte?

—Tengo que sacar dinero. Cincuenta dólares.

Beatrice deslizó bajo los barrotes un trozo de papel con su número de cuenta corriente. Pam garabateó unas notas en el papel y extrajo dinero en efectivo de un cajón. Cuando Beatrice sacó la cartera, vio el llavero al fondo del bolso.

—Oye, ¿Pam? ¿Sabes algo de las cajas de seguridad de aquí?

—Están abajo. Ve al otro lado de los ascensores y baja la escalera —dijo mientras le entregaba el dinero por debajo de la ventanilla—. Cuando veas a Max, dile que todavía me debe un favor, ¿quieres?

—De acuerdo. Gracias.

Max tenía problemas de dinero. La idea le dibujó unas arrugas en la frente cuando volvía hacia el vestíbulo. Encontró la escalera que llevaba hasta la planta de abajo. Descendió por los peldaños de mármol, empezó a reconocer la sala por su viaje hacia la puerta oculta que conducía a los túneles. A plena luz del día, era un vestíbulo grandioso, casi tan agradable como el vestíbulo de arriba. Había un gran mostrador de recepción y una hilera de cortinas de terciopelo rojo. En lo alto había colgados candelabros de cristal y metal, y la alfombra roja tenía estampadas flores y cintas.

En el mostrador de recepción había una mujer sentada, con el pelo negro azabache recogido en un moño austero. En el extremo de su nariz recta descansaban unas lentes con montura felina. No reparó en que Beatrice estaba allí hasta que se aclaró la garganta.

—¿En qué puedo ayudarla, señorita?

Examinó a Beatrice a través de sus gruesas lentes como un científico examinaría un germen.

—No estoy segura. Mi tía está muy enferma. Está ingresada en el hospital y me pidió que le llevara una cosa.

—Beatrice buscó en el bolso y sacó la llave de la caja de seguridad de Doris. Se la entregó a la mujer.

—¿Está usted autorizada?

La mujer se quitó las lentes de su fina nariz.

—¿Perdone?

—Autorizada. ¿Ha firmado su tía una nota autorizándola a acceder a la caja en presencia de un empleado del banco?

—Uy, no —Beatrice bajó la voz—. Le ha dado un infarto y yo... soy el único familiar que tiene.

Era la triste verdad, pero la mujer del mostrador no pareció conmoverse.

—A menos que tenga usted autorización judicial o un certificado de defunción con un poder notarial, no puedo legalmente facilitarle el acceso a la caja.

Dejó la llave sobre el mostrador haciendo un movimiento firme.

—No entiendo —resopló Beatrice—. Doris solo quería que le llevara... el rosario.

Era una mentirijilla inofensiva, pero no le quedaba otra opción. Las lágrimas empezaron a acumularse sin llegar a caer, y la llave se le difuminó sobre el mostrador.

—Lo único que puedo hacer es comprobar los registros. ¿Cómo se llama su tía?

La mujer examinó el número de la llave y extrajo un expediente de debajo del mostrador.

—Doris. Doris Davis —respondió Beatrice, inexpresiva.

Estaba en un callejón sin salida y lo sabía; no tenía poder notarial, ni nada de lo que necesitaba. El prolongado silencio del otro lado del mostrador la hizo levantar la vista. La mujer la estaba mirando.

—¿Tú eres la sobrina de Doris?

—¿Perdone? —Beatrice sintió que la angustia se apoderaba de su piel.

—Doris Davis trabajaba aquí.

—Sí, lo sé. —Beatrice recogió la llave enseguida.

Investigar la caja era un gran error.

—No, trabajaba aquí. —La mujer señaló al mostrador.

El rostro frío de la mujer empezó a suavizarse.

—Me enseñó hace muchos años. ¿Has dicho que le ha dado un infarto?

—Sí, el Día de Acción de Gracias... ¿Eran ustedes amigas?

—Sí, lo éramos. —La mujer inclinó un poco la cabeza. Sus ojos reflejaban pesar—. Siento mucho enterarme de que no está bien. ¿En qué hospital está?

—University. Está en la Unidad de Cuidados Intensivos.

—Sabía que algo iba mal. Debería haberla llamado. Venía todas las semanas. —La mujer se llevó su fina mano a la boca. Agitó la cabeza y, a continuación, recuperó la compostura—. No debería hacer esto, pero ven conmigo.

La empleada de los depósitos rodeó el mostrador y llevó a Beatrice a través de la puerta giratoria hacia las cámaras acorazadas. Había un vigilante armado en posición de firme.

—Hola, Charles. La llave S₁, por favor.

El vigilante armado abrió con una llave un cajón de un armario de madera y revolvió dentro unos minutos antes de extraer la llave correcta.

—Gracias. —Hizo un gesto a Beatrice para que la siguiera y susurró entre dientes—: Estas medidas de seguridad nuevas me están volviendo loca.

En lo más profundo de la sala metálica, la mujer examinó las filas y filas de puertecitas buscando la que era. Las paredes estaban recubiertas de arriba abajo por centenares de rectángulos de metal. Cada una tenía un número.

—¿Qué quiere decir?

La mujer localizó la caja en cuestión e introdujo en una cerradura la llave que le entregó el vigilante de seguridad.

—El vigilante de seguridad... Le han dado las llaves, mis llaves. He tenido el llavero diez años, y la semana pasada me lo retiraron y dijeron que hacía falta más seguridad. Es ridículo. —Se volvió a Beatrice—. Tienes que introducir tu llave, querida.

Beatrice introdujo la llave de Doris junto a la primera llave, donde la mujer señalaba, y se quedó embobada cuando la puerta se abrió. La empleada retiró su llave, y Beatrice hizo lo mismo; después, extrajo del hueco que había al otro lado de la puertecilla lo que parecía una caja de zapatos metálica y alargada.

—Sígueme. —La mujer sacó la caja de la cámara acorazada y regresó al vestíbulo inferior.

—Oye, Shirley, creo que olvidas algo —dijo el vigilante.

—Claro —respondió Shirley con sequedad entregándole la llave al vigilante.

Beatrice la siguió a través de la entrada redonda hasta una cortina roja. Shirley la descorrió, y Beatrice vio que ocultaba una sala diminuta. Era una cabina que no albergaba más que una mesa, una silla y una lamparilla. Colocó la caja sobre la mesa.

—Te concederé cierta intimidad.

Dicho eso, corrió la cortina.

Sola con la caja de metal, Beatrice se quedó mirando la tapa.

CAPÍTULO 53

Beatrice regresó al mostrador de recepción con la caja cerrada en las manos. Pesaba. La colocó sobre el mostrador, y Shirley levantó la vista.

—¿Encontraste lo que necesitabas, cariño?

Beatrice asintió con un gesto, temerosa de confiar en su voz. No sabía qué podía esperar y no sabía qué pensar de lo que había encontrado. Había más preguntas que respuestas, y la carga de todas ellas le pesaba en los hombros. Shirley debió de haberse dado cuenta.

—Espero que tu tía se ponga bien enseguida. —Después se inclinó y bajó la voz—: Pase lo que pase, no pierdas esa llave.

—¿Cómo?

—La llave... no la pierdas. No hay ninguna otra forma de acceder a la caja sin autorización de la policía y escolta. Antes había forma de abrir la caja discretamente con el papeleo adecuado, pero ya no.

Shirley empezó a ordenar papeles en el mostrador como si tratara de mostrarse ocupada.

—Discretamente —repitió Beatrice, no del todo segura de qué era a lo que se refería Shirley.

—En privado. Con una llave maestra. A veces se pierden cosas, sobre todo cuando la gente fallece...

Beatrice bajó la vista por respeto a Doris.

Shirley se aclaró la garganta.

—A veces, las cajas contienen material delicado.

—Dinero —dijo Beatrice sin expresión en el rostro.

En el fondo de la caja de seguridad de su tía había visto montones de monedas y fajos de billetes.

—A veces. —Shirley se acercó un poco más—. Tu tía se mataba a trabajar. Yo odiaba ver a Hacienda apropiarse de lo que tanto se esforzaba ella por ahorrar.

La Agencia Tributaria, la policía, dinero... Beatrice empezó a comprender. Su tía acudía allí todas las semanas; eso era lo que había dicho Shirley. Iba todas las semanas con las propinas y las depositaba en una caja para ponerlas a buen recaudo. Beatrice no tenía la menor idea de por qué no utilizaba sin más una lata de café o un bote de galletas, como todo el mundo. Como fuese la tía Doris ocultaba las propinas a Hacienda. Pero esa era la menor de sus preocupaciones.

Shirley parecía darse por satisfecha con esa explicación. Levantó la caja y la llevó desde detrás del mostrador hacia la entrada de la cámara acorazada. Beatrice la acompañó y la observó introducir el contenedor de acero por la puerta abierta de la cámara. La puertecita se cerró, y la empleada la cerró con la llave de Doris. Los zapatos de piel de Shirley regresaron con el paso rápido y amortiguado al mostrador.

—Rezaré por ti y por Doris.

Beatrice sabía que esa era la señal para marcharse, pero hizo una pausa y examinó a Shirley.

—¿Qué ha sido de la llave maestra?

Shirley levantó la vista y frunció el gesto.

—Tengo entendido que desapareció.

Miró hacia el vigilante de seguridad, en el rincón y, a continuación, de nuevo a sus papeles.

—¿Cuándo?

—Oh, antes de que yo llegara. No estoy segura. Doris es quien me lo contó. Por favor, dale muchos recuerdos míos. Rezaré por ella. Ahora tengo que regresar al trabajo, querida.

Beatrice hizo un gesto de disculpa.

—Gracias por tu ayuda.

Durante todo el trayecto de regreso a su escritorio, fueron Doris y Shirley quienes ocuparon sus pensamientos. Shirley había quebrantado las normas para ayudarla... Bueno, para ayudar a Doris. Tal vez hubiera quebrantado incluso la ley facilitándole el acceso a la caja. Doris debía de haber sido ciertamente una amiga muy querida.

La llave maestra desapareció hacía años. El señor Thompson estaba registrando las cajas de seguridad, pero no podía conseguir las llaves de las cajas que estaban a nombre de desconocidos. Debía de estar haciendo eso. Era la única explicación lógica. Pero una voz persistente en su cabeza le decía que había algo más. Estaban Jim y Teddy y sus reuniones a altas horas de la madrugada sobre el soborno de funcionarios. Estaba Randy en la cámara acorazada la noche anterior. Después, estaba lo que encontró en la caja 547. Se frotó la frente.

—¿Te duele la cabeza? —preguntó una voz junto a ella.

Era Francine.

Beatrice parpadeó de sorpresa y se volvió para mirar al escritorio vecino por primera vez en varios días. Francine era como un elemento del mobiliario por su forma de mantener la cabeza agachada durante horas. Después, recordó que Francine y el resto del equipo de secretarías habían oído el ataque de ira de Randy esa mañana. Se puso colorada.

—Ha sido un día duro —reconoció.

—No te preocupes por el señor Halloran. Nadie le presta atención.

Beatrice sonrió tímidamente, sorprendida ante su candor. Abrió la boca para responder, pero Francine ya se había volcado sobre su máquina de escribir. El momento había pasado, pero fueron las primeras palabras amables que Beatrice había oído en el trabajo desde hacía varios días.

A las cinco de la tarde, Beatrice abandonó el edificio como todo el mundo. Fue directamente al Theatrical Grille para reunirse con Tony. Cuando atravesó la puerta, el bar estaba casi lleno de multitud de grupos que celebraban el fin de la jornada. Examinó la sala con nerviosismo en busca de rostros conocidos. Al no ver ninguno, buscó el único reservado libre y se sentó.

Un grupo de cuatro músicos preparaba sus instrumentos en el otro extremo de la barra. Beatrice acogió de buen grado la distracción y observó a los jóvenes sacar lustre a los metales y afinar un contrabajo descomunal. No reparó en Carmichael hasta que estuvo a su lado.

—*¡Bella! ¿Cómo estás hoy?* —Llevaba una bandeja de bebida a otra mesa—. Vuelvo enseguida.

Regresó poco después con un vaso de agua para Beatrice.

—¿Tienes hambre?

Asintió con impaciencia.

—¡Excelente! Te recomiendo el pastel. ¡Te hace falta algo que se pegue a las costillas! ¡Te estás quedando en los huesos!

Se ruborizó, abochornada, pero no pudo discutir con él. La ropa empezaba a quedarle grande después de varias semanas de comidas poco consistentes.

—De acuerdo.

—Oye, ¿cómo está mi Maxie? ¡Hace mucho que no la veo!

—Creo que sigue de vacaciones. Cuando la vea le diré que venga.

La explicación pareció satisfacerlo momentáneamente, y desapareció con el pedido.

Beatrice volvió a observar a los músicos y trató de despejarse la cabeza antes de que llegara el detective McDonnell. Había mucho que contar y tenía que diferenciar los secretos y las mentiras de la verdad. Estaba buscando en su bolsa de notas cuando oyó a una mujer susurrar algo en la mesa de detrás de ella.

—Mira lo pendiente que está. Ese Carmichael siempre ha tenido debilidad por Maxie.

Beatrice estaba demasiado sorprendida para volverse. Una desconocida había estado escuchando su conversación con el propietario del local.

—Me saca de quicio. —La voz carraspeó y, a continuación, bajó el tono hasta convertirse casi en un susurro—: No te dejes engañar. Si de verdad está de vacaciones, que se quede allí. Hay montones de gente buscándola. ¡Dile eso!

Beatrice frunció el ceño y volvió la cabeza hacia la voz, pero el asiento de detrás de ella estaba ya vacío. Había una bebida consumida y dos dólares sobre la mesa. Se levantó y buscó en la sala a una mujer con voz ronca. Un montón de gente se reía en la barra mientras el hielo de sus vasos tintineaba alegremente. Pero no había señal de una mujer que no estuviera ya enzarzada en una conversación. Inspeccionó la sala de nuevo y vio un atisbo de lamé dorado, piel morena y una mata de pelo negro que salía por la puerta.

No más de dos minutos después, llegó Carmichael, sonriente, con el pastel de carne y puré de patata.

—¿Algo más? ¿Vino?

Todavía sin habla, Beatrice asintió.

Carmichael ya estaba detrás con el vino antes de que ella hubiera pensado incluso qué iba a pedir. Dio un sorbo al líquido rojo, confiando en que, al menos, aplacara sus nervios. La comida le calmó el estómago y, una vez que hubo terminado ambos, su cerebro empezó a recuperarse. La voz de la mujer morena se repetía en su mente. La gente buscaba a Max, y gente enteramente desconocida parecía saber del asunto más que ella.

Por fin, Tony apareció por la puerta con aspecto ojeroso. Desde la última vez que lo vio se había dejado crecer una larga barba y le pendían unas abultadas bolsas debajo de los ojos. Se introdujo en el asiento de vinilo rojo y llamó a Carmichael con un gesto. El camarero le trajo una taza de café y no se detuvo a charlar. Una mirada a Tony bastaba para saber que no tenía interés en conversaciones banales.

Tony se dirigió a Beatrice.

—Bueno, ¿has averiguado algo?

—Creo que sí —dijo en voz baja.

El bar estaba abarrotado y, aunque la banda ya tocaba, no estaba segura de quién más estaría escuchando.

—Jim puede ser James Stone. Es uno de los vicepresidentes y, al parecer, cambia la combinación de las cámaras acorazadas todos los lunes por la mañana.

Tony asintió y sacó un pequeño bloc de gusanillo.

—Teddy podría ser Theodore Halloran. También es vicepresidente de algo.

—¿Qué más?

Hizo una pausa, todavía indecisa acerca de qué más contar. Max le había dicho que mantuviera en secreto su encuentro en el hospital.

—Antes había una llave maestra de las cajas de seguridad que el banco utilizaba si el propietario perdía la suya, o fallecía. Oficialmente desapareció hace diez años.

Tony levantó la vista al oírlo.

—Entonces, así es como alguien está accediendo a las cajas.

Beatrice asintió.

—Cuesta mucho trabajo que te concedan abrir una caja de seguridad recurriendo a la ley. Hace falta una orden judicial y una causa justificada para perforar una por la fuerza. La gente mete allí dentro toda clase de cosas: artículos robados, pruebas incriminatorias, dinero en efectivo.

El detective se detuvo y dio un sorbo al café.

Beatrice sintió una punzada de culpabilidad. Su tía había estado ocultando las propinas.

El detective siguió hablando.

—Si alguien tuviera una llave maestra, podría incluso cambiar los objetos de una caja a otra de tal modo que no se pudiera seguir su rastro.

—Cajas a nombre de otro —pensó Beatrice en voz alta.

—Es arriesgado. Si el propietario comprueba el contenido de la caja, el juego está descubierto. Pero dudo que la gente las abra con mucha frecuencia. Así que, si el responsable de la estafa lo hace bien, podría ocultar una fortuna durante años con toda seguridad. Sin impuestos. Sin preguntas. La hucha más segura del mundo.

Beatrice guardó silencio. Suzanne, Max, Doris y otras cinco mujeres con expediente en el cajón archivador de Bill tenían todas ellas cajas a su nombre llenas con Dios sabe qué. Una voz inquietante le recordó que Doris era distinta. Doris tenía su llave. Era la voz de Max.

Tony levantó la vista hacia su cara de preocupación.

—Max está metida en esto, ¿verdad?

Beatrice asintió, pues no quería seguir traicionándolo más.

—¿Has averiguado algo?

—He hecho unas cuantas llamadas. Fue raro. La simple mención del banco basta para que la gente se aparte del teléfono. Tuve que recurrir a medidas

desesperadas, pero finalmente encontré a alguien que quería hablar un poco en el FBI. Resulta que los federales llevan investigando secretamente al banco desde hace cinco años, pero no dejan de encontrar obstáculos.

—Investigándolo, ¿por qué?

—Fraude, asociación para delinquir, malversación de fondos, blanqueo de dinero, te puedes imaginar. —Tony abrió su bloc, echó un vistazo a sus notas y, a continuación, volvió a cerrarlo de golpe—. El dinero lleva desapareciendo en Cleveland desde hace décadas. Fondos de remodelación urbanística, iniciativas de planificación, programas escolares. El condado, el Estado y hasta el gobierno federal han estado inyectando dinero a los problemas de la ciudad desde hace años, y hay millones de dólares sin justificar.

—Y los federales, ¿piensan que el banco está implicado?

Beatrice hizo esfuerzos por recordar todas las conversaciones que había escuchado; el infiltrado desaparecido, las llaves desaparecidas, las cuentas que había que trasladar, la necesidad de sobornar a la policía.

—El consejo de administración del banco está constituido por todos los viejos gestores de la ciudad. Ningún proyecto se ejecuta en Cleveland sin que alguien del banco esté implicado. Todos los proyectos que pierden dinero tenían un miembro del consejo del First Bank of Cleveland al mando del timón, pero los federales no tienen pruebas suficientes para una demanda. El Ayuntamiento no va a colaborar aportando testigos que lo confirmen. Los jueces no dictan órdenes de registro.

Agitó la cabeza, exasperado.

Beatrice repitió en voz alta las palabras de Ramone:

—Lo tienen todo bien atado.

Tony coincidió con la mirada.

—Max se presentó en el FBI con alguna prueba nueva pero, por lo que oí, la echaron del edificio entre carcajadas. Nadie quiere creer la palabra de una secretaria. Además, una simple y rápida verificación de antecedentes bastará para desacreditarla como testigo.

Beatrice se puso rígida ante la revelación.

—No entiendo. Max lleva trabajando años en el banco, nada menos que en el Departamento de Auditorías. Si alguien lo sabía, ¿era ella!

—Bueno, el jurado no trata con mucha simpatía a las madres solteras con antecedentes penales.

Beatrice inspiró con la boca abierta.

—¿Antecedentes penales?

—No es lo que piensas. En Hough hubo disturbios raciales. Ella estaba en el bando equivocado a los intereses de la policía. Mi padre se enfadó tanto que les permitió que la acusaran. Las recurrió y probó su inocencia, pero todavía tiene en el expediente un delito de faltas. —Movié las manos—. La familia lo pasó bastante mal un par de años. Ahora forma parte del pasado.

—¿Qué le sucedió al bebé? —susurró.

Tony frunció el ceño, como si la historia aún le doliera.

—Solo era una niña cuando sucedió. Como éramos pobres y católicos, en realidad no había más que una alternativa. Lo entregó en adopción.

Beatrice hizo un gesto, dando por hecho que ese era el final de la triste historia.

—Cuando el bebé salió con el color de piel inadecuado, bueno, pasó más desapercibido. Mis padres la obligaron a entregarlo a un centro de adopción. No creo que se lo perdonara nunca.

Beatrice se quedó estupefacta.

—Pero todo el mundo parecía feliz el Día de Acción de Gracias.

Nada en la amable sonrisa de la madre de Max indicaba siquiera una traición tan espantosa.

—Max se fugó. Estuvo fuera de casa más de un año. Cuando regresó, se negó a hablar del asunto. Mis padres la acogieron de nuevo en casa y actuaron como si nada hubiera sucedido. Eso fue hace casi ocho años. Y ahora ha vuelto a marcharse. —Tony seguía hablando, como si se tratara de una confesión—. Una vez me pidió que la ayudara a buscar a su hijo, ya sabes, hace un par de años. Me hizo jurar que guardaría el secreto a todo el mundo.

—¿Averiguaste algo?

—Era una niña. Le dije que había sido adoptada hacía un par de años. Los registros estaban protegidos. Eso es todo lo que pude hacer. Me rompió el corazón contárselo. Siempre estaba muy segura de sí misma. Tenía mucho ánimo, ya la conoces.

Tenía los ojos encharcados. El hombre desenfadado con las damas que conoció unas cuantas semanas antes había desaparecido. Beatrice no podía soportar verlo tan apenado.

—Yo... la he visto.

—¿Cómo?

Se le relajó el rostro.

—Vino a verme al hospital hace unos días. Me hizo jurar que no te lo diría, pero no quiero que estés preocupado.

—¿Por qué demonios iba a decirte que no me lo contaras? ¡Estoy aquí rompiéndome el culo para tratar de encontrarla!

Levantó la voz hasta convertirla en un grito, y Beatrice se encogió en el asiento.

—Dijo que no creía que pudieras ayudarla —añadió Beatrice en voz muy baja, lamentando cada palabra—. Está bien. Creo que se está escondiendo.

—¿Dijo dónde?

—No. —Beatrice lo miró a los ojos, vencida.

Al menos, no había incumplido su palabra con el asunto de la llave. La llave que Max le dio era un secreto todavía. No había contado todo. La imagen de su cara pálida le daba vueltas en la cabeza.

—Si vuelves a verla, dile que me llame, ¿de acuerdo? —Se levantó y murmuró para sí—: No puedo creer que esté sucediendo esto.

—De acuerdo.

Él se detuvo y la miró fijamente.

—Si las cosas están en el banco tan mal como creo que están, tienes que salir, Beatrice. Tienes que salir ahora. Sabes demasiado... y nadie va a creerte tampoco.

Miércoles, 26 de agosto de 1998

Iris estacionó a un lado de la calle y soltó los puños apretados del volante. No había dejado su nombre en la cerrajería. No había forma de que la chica de la llave informara de ella a la policía por lo que se había llevado del viejo banco. Iris se frotó los ojos con unos dedos todavía rígidos. No era cualquier llave. Abrió los párpados y allí estaba, colgando de la bobina de encendido del motor.

Por el parabrisas vio que, en su huida a ciegas desde la tienda de llaves, había acabado casi en Akron. Debía de haber tomado la dirección equivocada en la I-77. *Jesús*. Tenía que dejar de conducir y pensar. Salió de la autopista por la 59 y se las arregló para callejear hasta llegar a un aparcamiento al aire libre, en algún lugar del centro.

El edificio más alto hasta donde la vista alcanzaba era una construcción *art déco*, un rascacielos de ladrillo y piedra no muy distinto del banco abandonado que la estaba llevando al borde de la locura. Las letras de lo alto del edificio decían «Capital Bank». El cartel le dio una idea. Salió del automóvil.

Las puertas giratorias de bronce y cristal eran casi idénticas a las del First Bank of Cleveland. Pasó por ellas y entró en un pequeño vestíbulo. En un rincón había un mostrador con personal de seguridad.

—Mmm... Perdone —comenzó diciendo a un vigilante rechoncho que estaba sentado en un taburete ridículamente pequeño—. ¿A quién debo ver para abrir una caja de seguridad?

—Bajando las escaleras y a su derecha —respondió el vigilante señalando a un estrecho tramo de escaleras al otro lado del vestíbulo.

Al pie de la escalera, a la derecha, había una puerta con un cartel que decía «Depósitos». Dentro encontró una sala pequeña y a una mujer corpulenta embutida tras un mostrador lleno de cosas. La empleada tenía un aspecto un poco como la madre de Iris, con mejillas rubicundas y una permanente en el pelo.

—¿En qué puedo ayudarla, querida? —le sonrió la mujer.

—Estoy pensando en contratar una caja de seguridad.

Iris tomó asiento enfrente del equipo informático de la mujer, apretado sobre la mesa.

—Maravilloso. Tendrá que rellenar este formulario.

Entregó a Iris un portabloc y volvió sobre el teclado para escribir algo en el inmenso monitor de su equipo. Iris leyó por encima el formulario. Tenía que poner su nombre, su dirección, su número de la seguridad social y otros datos ordinarios.

—¿Puedo hacerle unas preguntas antes?

—Claro, cariño.

La mujer se apartó las lentes de la nariz y las dejó colgadas de un cordón rosa eléctrico en torno al cuello.

—¿Dónde se custodian las cajas?

—En la cámara acorazada. Está al otro lado de esa puerta —dijo señalando un portón de madera maciza que había al otro lado de la que Iris había atravesado.

—¿Cómo sé que mis cosas estarán seguras?

—¿Quiere ver el interior de la cámara, querida?

Iris asintió, impaciente.

La mujer suspiró levemente y levantó la barriga de su silla ergonómica. Escogió una llave del gusanillo elástico que llevaba en su gruesa muñeca y, a continuación, condujo a Iris por un pasillo estrecho a través de una puerta redonda de acero hasta una sala llena de compartimentos cerrados con llave.

—Aquí es donde se guardan las cajas. Señaló a filas y filas de puertas de acero—. La cámara acorazada está cerrada bajo llave a todas horas, salvo en horario comercial. Está vigilada veinticuatro horas al día por cámaras de seguridad. Sus objetos de valor estarán aquí más que seguros.

Iris examinó los rincones en busca de las cámaras de seguridad hasta que vio tres pequeñas luces rojas que parpadeaban en distintos lugares del techo.

—¿Cómo se abren las cajas?

—El banco le entregará dos llaves. Usted pone una aquí. Señaló a una de las dos cerraduras de una puerta—. Y después yo pongo la llave del banco aquí. Las dos llaves deben girarse al mismo tiempo para abrir la caja.

Iris se quedó mirando las dos cerraduras.

—¿Qué pasa si alguien me roba la llave?

—No se preocupe. No se permite acceder a la cámara acorazada sin haberse identificado y firmado en un libro de registro. El ladrón tendría que ser exactamente como usted, tener su foto en algún carnet y falsificar su firma. No ha sucedido ni una vez en los veinticinco años que llevo trabajando aquí —dijo con una sonrisa tranquilizadora.

Condujo a Iris de nuevo a su despacho y se introdujo detrás del monitor del equipo informático.

Iris tomó de nuevo el portabloc y se sentó.

—¿Qué pasa si pierdo la llave?

—Si pierde las dos llaves, el banco tendrá que perforar la caja para abrirla y usted tendrá que correr con los gastos.

—¿Cuánto cuesta eso?

—Oh, varios cientos de dólares.

Iris hizo un gesto y, a continuación, aun a riesgo de parecer morbosa, preguntó:

—¿Qué pasa si muero?

—Encontrará una sección del formulario donde puede autorizar a un pariente próximo para que abra la caja después de cumplimentar la documentación oportuna. Le sugiero que conserve una copia de su testamento fuera de la caja para evitar pérdidas.

—¿Qué pasa si olvido pagar la cuota del contrato de la caja?

La cara de la mujer empezaba a registrar cierta irritación.

—La ley nos exige que conservemos la caja cinco años. En ese momento, sus posesiones serán transferidas al Estado de Ohio. Los objetos de valor se subastarán, y el dinero en efectivo se ingresará a su nombre en las arcas del Estado.

De todas formas, Iris siguió insistiendo:

—¿Qué pasa si alguien del banco quiere robarme algo de la caja? ¿Puede abrir la caja alguien de aquí sin que yo lo sepa?

La mujer miró a Iris como si acabara de sugerir que el banco se dedicara al abuso de menores.

—Los empleados del banco mantienen las llaves a buen recaudo.

—De acuerdo. Pero ¿cuántas llaves de bancos hay aquí?

Iris miró el llavero elástico que estrangulaba la muñeca de la mujer.

—Cada cámara acorazada tiene un sistema de seguridad ligeramente distinto. En nuestro banco, tenemos quince llaves que abren las cajas de seguridad. Le aseguro que solo tienen acceso a las llaves las personas con la formación y las autorizaciones adecuadas.

La mujer demostró su irritación cuando enderezó una pila de formularios dando con ellos un golpe sonoro sobre el escritorio.

—Bueno, ¿qué sucede si un conserje o alguien encontrara las llaves de usted, por ejemplo, en el cuarto de baño? ¿No sería capaz de abrir las cajas?

—Señorita, las llaves están codificadas y solo abren determinadas cajas. Un conserje no sabría cuál tiene que utilizar. Además, nadie puede abrir su caja sin su llave. —Suspiró—. Es obvio que tiene usted reservas importantes para depositar sus bienes en nuestra entidad. Le sugiero que lleve a cabo más averiguaciones antes de abrir una cuenta.

—Tal vez tenga razón. —Iris arrancó el formulario del portabloc, lo guardó en el bolso y se levantó para marcharse—. Lo pensaré un poco más y regresaré otro día.

La empleada asintió y empezó a teclear ruidosamente.

Iris se detuvo antes de formular por fin la pregunta que en primera instancia la había llevado al Departamento de Cajas de Seguridad.

—¿No hay en algún sitio algo así como una llave maestra? Tengo entendido que, a veces, los bancos guardan una llave maestra.

—¿Dónde demonios ha oído eso? —preguntó la mujer dejando caer la mano sobre el escritorio con un ruido sordo—. Ya no hay llaves maestras. Suponen una violación del reglamento federal vigente sobre depósitos de seguridad.

—¿Por qué?

—Lo siento, pero esto realmente no es apropiado.

La mujer sacudió la cabeza.

—¿Por qué las llaman llaves maestras? —insistió Iris.

—Cuando una caja permanece inactiva muchos años, decimos que ha muerto. Cuando una caja muere hay que vaciarla y dejarla útil para otra persona. Las abrimos con una llave maestra y después cambiábamos la cerradura. Ahora tenemos que perforar la cubierta para abrirla y sustituir todo el cajetín. Es un despilfarro enorme de dinero, ya que lo pregunta.

—¿Mueren cajas con frecuencia?

—Se sorprendería.

Las cajas están muertas. Iris se repetía la frase en la cabeza mientras conducía de regreso a casa desde Akron. Habían pasado veinte años desde que cerrara el First Bank of Cleveland. Quien estuviera desesperado por recuperar sus pertenencias habría cumplimentado el papeleo y habría hecho que sus cajas hubieran sido perforadas ya. Había sucedido varias veces. Había visto diez cajas perforadas la primera vez que estuvo en la cámara acorazada. Ramone dijo que la última vez fue hacía diez años. Las llaves se habían perdido. La cámara acorazada no era ahora más que un mausoleo.

Según la empleada del Capital Bank, los depósitos de las personas se conservaban cinco años pero, transcurrido ese plazo, quedaban disponibles para subasta. Iris recorrió la I-77 mientras se preguntaba qué era lo que poseería alguien para depositar sus bienes en una cámara acorazada extraña en primera instancia. Lo que quiera que se depositara allí tendría que ser algo que alguien necesitara ocultar, concluyó. Abandonó la autopista y se desvió para entrar en su barrio. Tal vez las personas quisieran dejar sus secretos enterrados. Tal vez esa fuera la razón por la que había tantas cajas que morían.

Pero alguien quería recuperarlas. Tal vez se hubiera filtrado el plan del condado de adquirir el edificio y alguien pensara que era su última oportunidad. En lo más profundo de su mente, una figura sombría con camisa azul salía a toda prisa de la cámara acorazada. Alguien estuvo allí ese día. Estacionó junto a la acera, delante de su apartamento. Metió la mano en el bolso y palpó el llavero que había encontrado colgado en la puerta de una caja de seguridad. Había doce llaves. Debían de ser las llaves del banco de las cajas de seguridad, supuso, mientras las examinaba una por una por ambas caras. La mujer de Akron dijo que tenían un código, una argucia para complicar las cosas. Cada una estaba marcada con una letra que debía de significar algo: «N», «D», «E», «O». No tenían ningún orden aparente, pero un ladrón podría simplemente ir probando cada una de ellas hasta encontrar una que encajara. Había solo doce. Requeriría cierto tiempo, tal vez el suficiente para que la descubrieran. Había más de un millar de cajas que abrir.

Iris apagó el motor y extrajo las llaves del arranque para examinar la que había encontrado en la habitación llena de moscas muertas. En sus pesadillas estaba manchada de sangre. Marcada con la muerte. Sus caras sin marcas bailotearon en el llavero. Entonces, eso de lo que se acababa de enterar le impactó. Se le cayeron las llaves de las manos.

Había encontrado una llave maestra.

Se tapó la boca y bajó la vista para mirar las llaves que tenía en el regazo, como si fueran armas de un crimen. Allí, a plena luz del día, tenía las llaves del banco y la llave maestra. Juntas abrirían todas las cajas de seguridad de la cámara acorazada.

Sus manos las recogieron con nerviosismo y volvieron a depositarlas en la bolsa. Se había llevado pruebas de la escena de un crimen. Había sido incluso tan estúpida de mostrar la llave maestra en una cerrajería de Garfield Heights. La policía sabía dónde vivía. Ya podía ver los titulares: «Ingeniera insatisfecha atrapada con las manos en la masa». Los psicólogos de la televisión especularían con la idea de que la presión sufrida al trabajar sola durante semanas en el banco abandonado había allanado su intelecto, ya inestable de por sí. Ramone les diría que oía voces. Ellie testificaría a regañadientes sobre sus costumbres alcohólicas. Citarían a Nick como testigo para demostrar que ella carecía de moral y que sufría un trastorno emocional. El reciente despido de su padre sería la guinda del pastel.

Sintió opresión en el pecho. Sería el chivo expiatorio si la policía descubría que faltaba algo. Los medios de comunicación desatarían una tormenta en torno al cadáver que había encontrado. Sobre todos y cada uno de los polvorientos rincones del edificio, y sobre la cámara acorazada, destellarían los *flashes* de las cámaras fotográficas. La gente acudiría para buscar reliquias y recuerdos de familia olvidados. Se le aceleraba demasiado la respiración. Había allanado espacios del edificio. Había deambulado por la ciudad investigando sobre cajas de seguridad. Tenía las llaves guardadas en el bolso, palpitando como el corazón delator. Tenía que librarse de ellas.

Un golpe fuerte en su ventanilla le descargó un millar de voltios en el pecho. Gritó con todas sus fuerzas al tiempo que la cabeza golpeaba con el techo del automóvil. Era Nick. Estaba de pie, al lado de la puerta del conductor, sonriendo al otro lado de la ventanilla.

—Mierda. Siento haberte asustado. —Se le agacharon los ojos.

Iris se dejó caer contra el respaldo, deseosa de que el corazón siguiera laténdole. Cuando logró respirar de nuevo, ahogó las palabras «¿En qué puedo ayudarte?».

—Llevo buscándote toda la tarde.

—¿Cómo? —Agarró el bolso contra su pecho y salió del automóvil. —¿Por qué no estás trabajando?

—Me he tomado un día de vacaciones para acompañar la escasez de trabajo; lo hemos hecho unos cuantos —musitó Nick.

Iris lo miró parpadeando, confusa.

—¿Qué escasez de trabajo?

—Se han caído un par de proyectos. Las cosas van relativamente despacio. Oye, me he enterado de lo que pasó, por cierto. ¿Estás bien?

La mirada tierna de sus ojos resultaba casi convincente. Casi. Si realmente le importaba, la habría llamado.

—Sobreviviré. ¿Qué quieres?

Levantó una ceja al mirarla.

—¿Me estás tomando el pelo? ¡Olvidalo!

Ella lo apartó al pasar a su lado y subió la escalera hacia su apartamento. Después de todo lo que había tenido que pasar, lo único que quería era volver a tirársela.

—Iris. Iris, solo estaba bromeando. No es eso. Quiero hablar.

—Claro que quieres.

Subió las escaleras detrás de ella y la agarró por el codo.

—Oye, ¿qué te pasa últimamente? ¿Podemos hablar?

—Si estuvieras tan interesado en hablar, me llamarías.

Se le cayeron las llaves sobre el felpudo y dio un palmetazo a la puerta, presa de la contrariedad.

—He venido. ¿No es mejor? —Se agachó y recogió las llaves. Se las entregó y le levantó la barbilla con un dedo. Había en sus ojos castaños ternura y amabilidad y, al mismo tiempo, se mostraban decepcionados—. Iris, pensé... pensé que lo pasábamos bien.

—Pasarlo bien —repetió.

La expresión quedó flotando en el aire. Iris bajó la vista y abrió la puerta de un empujón. No buscaba amor, ni una relación. Simplemente quería pasarlo bien con ella. Era el peor de sus temores expresado en voz alta, pero, de algún modo, ella era la que se sentía una mentirosa. Le miró el cabello alborotado y los dientes ligeramente desordenados. Nunca le había hecho promesas, ni prometido amor verdadero. *Mierda, ni siquiera llamaba.* Ella era la que le daba esperanzas y yéndose a la cama con él.

—Claro, Nick. Lo pasamos bien. Simplemente... ahora mismo no puedo hablar, de verdad.

Nick sujetó la puerta que Iris trataba de cerrar.

—Está bien. Claro. Solo quería que supieras que las cosas en la oficina no son lo mismo...

—Bueno, es un detalle —interrumpió ella, y volvió a tratar de cerrar la puerta.

—No, quiero decir que no han vuelto a ser lo mismo desde que encontraste el cuerpo. Han empeorado. Han echado a unos cuantos. El señor Wheeler ha estado haciendo preguntas extrañas sobre el banco. Supongo que solo estoy preocupado por ti.

La expresión de sus ojos no dejaba lugar a duda. Iris estaba en apuros. Iba a ser despedida, o algo peor. El hecho de que realmente se preocupara por ella, al menos lo suficiente para pasarse por allí y decírselo a la cara, apenas importaba.

Los ojos de Iris apuntaron al suelo, y retorció el asa del bolso.

—Bueno, gracias. Yo también estoy un poco preocupada por mí.

Iris dio a Nick en las narices con la puerta y apoyó la espalda contra ella, agarrando todavía su bolso y todas las llaves que contenía.

—¿Iris? —la llamó desde el otro lado—. ¡Bah! ¡Qué demonios! Ya sabes dónde encontrarme si quieres hablar.

Dejó caer el bolso y escondió la cabeza entre las manos hasta que estuvo segura de que se había marchado. El señor Wheeler estaba haciendo preguntas. Estaban despidiendo a gente. No había hablado con nadie más de la oficina desde la semana anterior. Corrió al teléfono y llamó a Brad.

—Hola, ¿Brad? Soy Iris.

—¿Iris! Hola. ¿Cómo lo llevas, amiga? —Había un toque perceptible de preocupación, lo que le recordó que no había hablado con él desde que encontró el cuerpo.

—Bueno, todavía estoy un poco alterada, pero sobreviviré —trató de sonar informal—. Estoy poniéndome un poco nerviosa por regresar al trabajo. ¿Qué está pasando con el proyecto?

—No mucho, por desgracia. La policía lo ha parado. Me llegan noticias de que el condado está pensando echarse atrás en el acuerdo y de que los planos para el replanteo están en suspenso. Si los medios de comunicación airean la historia, este asunto podría demorarse meses. —Bajó la voz—. Las cosas se están poniendo bastante tensas por aquí. El señor Wheeler quiere que vengas el viernes para hablar de unos cuantos asuntos.

Eso solo podía significar una cosa:

—Me están despidiendo.

—No puedo asegurarlo, pero ya han largado a dos personas. —Vaciló y añadió—: He hablado bien de ti.

—Gracias. Si la policía nos devuelve el edificio pronto, ¿hay alguna posibilidad de que pueda regresar al trabajo?

—Si podemos recuperar el edificio el lunes, sí. Yo diría que hay bastantes posibilidades de que regreses para terminar la tarea, Iris... Pero yo no contaría con ello. Si esto acaba en el noticiero de la noche, el condado seguramente se lavará las manos de todo este asunto.

Su alfombra bereber nueva, los electrodomésticos nuevos y la lámpara de riel se burlaban de ella mientras escuchaba. Se preguntaba cuánto tiempo podría quedarse en su nueva casa una vez que la despidieran. Tenía 2.000 dólares en el banco y un abultado préstamo de estudios.

—Gracias por los titulares. Te veo el viernes.

Iris colgó el teléfono con un sollozo agarrotado que le presionaba en la garganta. La estaban despidiendo. El hecho de que detestara el trabajo no importaba realmente cuando consideraba lo que significaba. No era una persona excepcional, ni inteligente, ni especial, ni inestimable. Era prescindible. Cinco años de escuela de ingeniería y cuatro meses de interminable y esforzado trabajo habían desembocado exactamente en nada. Despedida. Insolvente. Fracaso. Ya podía oír la voz empalagosa de su madre tratando de jorobarla. Su padre no diría nada, pero ella sabía que se sentiría defraudado. En otro tiempo había sido una joven prometedora.

Se desplomó sobre su cochambroso sofá y encendió un cigarrillo. Todo ese tiempo trabajando hasta tan tarde, todos esos retoques en los croquis... Succionó el filtro del cigarrillo hasta que se quemó los labios. Se suponía que su vida no iba a acabar así. Se había licenciado *cum laude*. Había mejorado su curriculum. Se había puesto para el trabajo ropa fea que no le quedaba bien. Había aprendido a dar el perfecto apretón de manos femenino, firme pero no insidioso. Se suponía que iba a ser esa «ingeniera de éxito», aun cuando ya ni siquiera estuviera segura de lo que eso significaba. ¿Dinero? ¿Seguridad? ¿Responsabilidad? ¿Prestigio? Lo único que quería era dejar una huella en el mundo. Ahora tendría suerte si conseguía no ingresar en la cárcel. Una pila de bichos muertos veinte años iba a arruinarle la vida. Apagó el cigarrillo y se abalanzó sobre el bolso. Vació el contenido sobre la encimera y revolvió hasta encontrar lo que buscaba: la tarjeta del detective Anthony McDonnell.

El teléfono sonó y sonó. Iris daba golpecitos nerviosos con el pie mientras esperaba. Tenía que regresar al edificio el lunes por la mañana. Dejaría todas las llaves allí y actuaría como si nada hubiera sucedido.

Finalmente, respondió al teléfono.

—Detective McDonnell.

—Hola, ¿detective? Soy Iris Latch. Soy la ingeniera que encontró el cuerpo.

—Iris, ¿cómo está? —su voz sonó cálida en el otro extremo de la línea.

—Estoy bien. Solo me preguntaba cuándo podría volver a trabajar en el viejo edificio del banco.

—Sigue siendo la escena de un crimen, Iris. El juez y el equipo de forenses están trabajando mucho, pero lleva tiempo.

—No entiendo. ¿No es un simple caso de suicidio? Quiero decir... —Centenares de moscas hambrientas empezaron a rondarla. Apretó los ojos cerrados— ... Hubo una sogá para ahorcarse, ¿no?

—Bueno, es un poco más complicado.

—¿Sí?

—Veamos, para empezar, el fallecido no colocó una estantería delante de la puerta del cuarto de baño y cambió la cerradura. Alguien ha tratado de ocultar lo sucedido.

—Pero allí trabajaban cientos de personas y esto ocurrió, pongamos por caso, hace veinte años, ¿no? —Sintió que empezaba a lloriquear, pero no podía parar—. Esas cosas ¿no prescriben, o algo así?

—Los asesinatos no.

Iris sintió que se le encogía el estómago.

—Entonces, ¿está diciéndome que ese hombre fue asesinado?

—No estoy diciendo nada. —Se aclaró la garganta—. En una investigación en curso es importante que los detalles sean confidenciales. No queremos que se filtre nada a la prensa. Esto es ciertamente un homicidio, el asesino puede andar todavía por ahí suelto.

Una camisa azul pasó corriendo por sus pensamientos. Tragó saliva.

—¿Hay alguna posibilidad de que pueda regresar a trabajar el lunes?

—Lo siento, pero, sinceramente, lo dudo. Hay montones de pruebas pendientes aún por recoger en ese edificio. La pista de quienquiera que lo haya hecho puede estar todavía oculta en el interior. Podrían pasar meses antes de que lo hayamos catalogado todo.

—Parece usted entusiasmado.

Iris suspiró en el teléfono. El miedo se adueñó de su estómago. Todavía tenía las llaves.

—Llevo queriendo meter mano a ese edificio desde hace años —reconoció—. Al fin contamos con la voluntad política para completar las investigaciones que comenzamos hace décadas. No se puede barrer sin más un homicidio bajo la alfombra, ¿me entiende?

—Bueno, entonces parece que estoy sin trabajo —se le quebró la voz.

—Iris, siento oírlo, de verdad lo siento.

Tenía que encontrar un modo de volver a dejar las llaves en el edificio. Le empezaron a sudar las palmas de las manos. Debería contárselo. Debería decir al

detective lo que había encontrado. El titular «Ingeniera insatisfecha atrapada con las manos en la masa» relampagueó de nuevo en su cabeza. No podía contárselo. Acababa de reconocer que iban a despedirla. Nada rellenó el vacío en la conversación mientras ella se debatía.

—Iris, ¿puedo ayudarla en alguna otra cosa?

—¿Qué? Mmm... No... Solo... —titubeó—. Tal vez debiera contarle más cosas del edificio. ¿Serviría de algo?

—Claro. ¿Qué sabe?

—Bueno, veamos...

Se detuvo para ganar tiempo. Debía decirle algo. Debía explicarle que estaba de su parte.

—Registre el despacho de John Smith, en la cuarta planta. Está lleno de expedientes extraños. En el despacho de Joseph Rothstein, en la novena planta, hay unas cuantas notas raras. Creo que tal vez llamó al FBI para contarle algo. Los expedientes del personal, en la tercera planta, están todavía llenos de información. Encontré esa maleta en un armario escobero de la undécima planta. Pertenecía a... una mujer. —Casi dijo «Beatrice», pero no lo sabía con certeza. Además, plantearía otras preguntas—. Ah, y luego están los túneles. No olvide examinar los túneles y...

Las llaves. Debería hablarle también de las llaves. Ese era el momento, pero una voz en su cabeza lo descartó. Era un oficial de policía. No necesitaba llaves. Tenía arietes, ganzúas y taladradoras. La policía encontraría otro modo de abrirse paso en la cámara acorazada. Ella debía simplemente librarse de las llaves y no volver a hablar de ellas nunca. Podía arrojarlas al río, o algo así. Encontrarían a Beatrice sin ellas. La policía la encontraría. Como decía el detective, el edificio estaba lleno de pruebas.

—¿Túneles? —preguntó interrumpiendo los pensamientos de Iris, que se agolpaban.

—Sí. Antiguos túneles para las conducciones de la calefacción. La entrada está debajo de la escalera del vestíbulo del sótano.

—Iris, todo esto es muy útil. Tal vez la llame para preguntarle más cosas. ¿De acuerdo?

—Claro. —Todavía tenía una posibilidad de confesar—. ¿Detective?

—Sí, Iris.

El silencio tembló por toda la línea telefónica. Quería contarle, pero no podía hacerlo. Se imaginó a sí misma trasladada a la comisaría para ser interrogada. No. Se desharía de las llaves por su cuenta.

—Mmm... ¿Saben ya a quién encontré en ese cuarto de baño?

—Según su cartera, era un hombre llamado William Thompson. Ahora es confidencial. Necesito que mantenga esta información entre nosotros.

El nombre resonó en la cabeza de Iris haciendo sonar una campanilla lejana. Hizo esfuerzos por seguir su pista unos instantes antes de que le viniera a la memoria.

—¡La taza de café que decía «El mejor papá de la Tierra»! Estaba en la novena planta. Ese despacho estaba completamente revuelto.

—¿Qué quiere decir con revuelto?

—Como si alguien lo hubiera registrado de arriba abajo.

Espiró el aire que había estado conteniendo en el pecho. Tal vez ayudara al detective lo suficiente para que él averiguara lo que no estaba diciéndole.

—Iris. Si no encuentra otro empleo de ingeniera, llámeme, ¿de acuerdo? —dijo con una carcajada—. Tal vez tenga trabajo para usted.

Miércoles, 13 de diciembre de 1978

Tienes que salir. Las palabras de Tony se repetían en su cabeza mientras el taxi llevaba a Beatrice por la ciudad. Cuando subió después de reunirse con el detective, no le dijo el destino al conductor. No sabía adónde iba. La idea de enfrentarse a los túneles y a la larga y oscura caminata hasta la undécima planta le resultaba demasiado insoportable. «Tienes que salir», dijo, pero lo único que veía eran callejones sin salida. Alguien había registrado el apartamento de su tía y podía estar sentado en la mesa de la cocina en ese preciso instante, esperándola. No podía regresar al hospital. Según Max, estaban vigilando la habitación.

El taxista pasó junto al First Bank of Cleveland sin detenerse en la calle vacía y oscura. Levantó la vista para ver la amenazante torre. Había luces encendidas en dos ventanas de la última planta. Quienquiera que estuviera en esos despachos, no dormía.

¿Quién era?, se preguntaba. ¿Quién puso patas arriba el apartamento de su tía? ¿Quién estaba vigilando la habitación de hospital de su tía? Bill Thompson era un mentiroso, un mujeriego y un ladrón de viudas. Tal vez hubiera visitado incluso a su tía Doris en el hospital haciéndose pasar por su tío. Pero no trabajaba en la última planta. Max le había dicho que el problema en el banco era más grande que Bill.

Después estaba Randy Halloran. Había estado en el hospital, ahora estaba segura. Había firmado en el libro de visitas. Recordar sus ojos salvajes esa mañana la hizo estremecer de nuevo. Todavía podía sentir su mano retorciéndole la muñeca.

No importaba. Únicamente debía olvidar todo ese sórdido asunto y marcharse de la ciudad esa misma noche. Su tía no se iba a recuperar nunca, sabía en lo más profundo de su corazón que no tenía sentido esperar. Beatrice solo tenía que desaparecer. Seguramente ni siquiera se molestarían en buscarla. No pasaría a ser más que otra chica que se presentaba y desaparecía en mitad de la noche. Los ojos posesos y la sonrisa desvaída de Max volvieron a aflorar al pensarlo. Había hecho una promesa a Max. Tenía que encontrarla antes de marcharse.

El edificio gótico de la terminal penetraba el cielo en lo más alto. La fachada era como un castillo de cuento, pero había visto la cara desagradable de la torre en el callejón del muelle de carga, donde por una puerta sin marcas se accedía al subsuelo. Pensando en los túneles, se le ocurrió una idea.

—Lléveme a Stouffer's Inn —pidió al taxista.

Era el hotel que había al lado del rascacielos. Contó el dinero que llevaba en el monedero y cruzó los dedos para que fuera suficiente.

El taxi la dejó debajo de las estufas de la marquesina de entrada al hotel. Un botones con uniforme ribeteado de oro hizo el gesto de levantarse el sombrero y abrió la puerta. Dentro, una sinuosa escalera de piedra conducía al vestíbulo. La lujosa alfombra roja que la recubría estaba desgastada por las pisadas. Unos polvorientos candelabros de cristal pendían sobre su cabeza mientras ascendía por la escalera monumental hasta el mostrador de recepción. En el extremo más alejado del gigantesco vestíbulo había una fuente de mármol que pulverizaba agua teñida de azul. Beatrice se acercó al mostrador y pidió una habitación.

La morena alta y delgada que había tras el mostrador le entregó una tarjeta.

—Estas son las tarifas.

Examinó la lista y quedó desolada. Le quedaban solo diez dólares.

—Mmm... No tienen nada más asequible, ¿verdad? —Beatrice recordó la desagradable vista a la parte trasera del hotel—. ¿Hay algo que dé al callejón?

Antes de que respondiera la recepcionista, las puertas del bar del hotel, lleno de humo, se abrieron al otro extremo del vestíbulo y se topó con una pareja bastante bebida que se acercaba al mostrador de recepción.

—¡Necesitamos una habitación enseguida! —gritó el hombre, dando un sonoro palmetazo sobre el mostrador.

Iris los miró y, de inmediato, se cubrió el rostro con la mano. Reconoció al hombre. Lo había visto antes, en el banco.

—Deme la suite de siempre.

—Sí, señor Halloran —la recepcionista asintió y ofreció a Beatrice una sonrisa de disculpa—. Firme aquí.

Beatrice mantuvo la mano en la cara para ocultar el gesto de asombro ante el apellido «Halloran». Dejó escapar una mirada a través de los dedos. La mano de él se entretenía en el trasero de su acompañante. Beatrice apartó la vista de inmediato, pero no antes de vislumbrar un dobladillo dorado resplandeciente.

—Eres insaciable, osito mío —dijo la mujer en voz baja y ronca al tiempo que contenía una sonrisa.

Beatrice estaba segura de que había oído eso antes. Era la mujer que había advertido a Max. La voz conocida atrajo la mirada de Beatriz, que la llevó por el suelo hasta el lugar donde se encontraba la pareja. La mujer llevaba unos tacones de plataforma de quince centímetros que se abrochaban en sus piernas morenas y desnudas casi hasta los muslos. Su vestido de lamé apenas le cubría el trasero, y la mano del señor Halloran se deslizaba ya bajo el tejido.

—Aquí la tiene, señor. Disfrute de su estancia —dijo la recepcionista con aire radiante.

Después, el señor Halloran y la mujer con el vestido dorado se dirigieron a los ascensores. El conocido pelo gris plata y el traje del hombre no arrojaban ninguna duda. Era el que había gritado a Randy en su despacho. Era el padre de Randy. Teddy Halloran había estado a dos metros de ella con una mujer que conocía a Max.

—Lo siento mucho. Algunos de nuestros huéspedes... —La guapa recepcionista hizo un gesto con la mano señalando a los ascensores, incapaz de dar una explicación—. Bueno, se supone que no debo hacer esto, pero es tarde. Serán treinta y cinco dólares. ¿De acuerdo?

La mujer guiñó un ojo a Beatrice y le entregó una llave.

—Oh ¡cielos! Gracias. —Aliviada, Beatrice la asió con fuerza en la palma de la mano—. Yo... No se hace una idea de lo que esto significa para mí.

Con la cabeza agachada, se metió corriendo en el ascensor. Tres plantas más arriba, se deslizó por el pasillo hasta que llegó a la habitación. Cerró con llave y apoyó la frente contra la puerta. Aquella habitación barata apenas era más grande que un armario y tenía vistas a un contenedor de basura, pero tenía una cama. Se dejó caer sobre ella y cerró los ojos. Habían pasado meses desde la última vez que durmió en una cama de verdad. Las sábanas suaves y las almohadas mullidas la acunaron. Conforme fue hundiéndose cada vez más profundamente en aquel colchón de lana, sintió que la tensión que le oprimía el cuello y los hombros iba remitiendo poco a poco. Los nudos del estómago fueron aflojándose uno por uno a medida que su cuerpo fue relajándose.

Inexplicablemente, empezaron a encharcarse los ojos. Parpadeó con furia, pero no había forma de detener las lágrimas. Había pasado demasiadas noches tendida, asustada y sola en un suelo frío y duro. Finalmente, se rindió y se dejó llevar por el llanto, sin más. Lloró por su tía, traicionada por el hombre a quien amaba. Lloró por Max y por el bebé que perdió. Lloró por Tony y por su ceño fruncido. Pero, sobre todo, lloró por sí misma. Había estado persiguiendo una nueva casa y una nueva vida y casi las había conseguido. Había estado al borde de la felicidad, hasta que todo se torció.

Sollozó hasta quedarse seca y dejar la mente dichosamente en blanco. Con los ojos hinchados, contempló las sombras volubles y alargadas de los visillos de las ventanas ondear en el techo durante lo que pudieron haber sido horas. Tenía el pelo, la piel y los huesos raídos por la áspera tensión de andar escabulléndose por todas partes, tratando de buscar respuestas a preguntas imposibles. Por fin estaba a salvo, aunque fuera por una noche, en un lugar donde nadie podía encontrarla. Había dado el nombre de su madre a la mujer de la recepción. Durante un instante de paz, soñó con no abandonar nunca ese cuarto de hotel y permanecer oculta

eternamente. La idea la hizo sonreír. Se estiró y se sentó en la cama. Abandonaría la ciudad, concluyó; tan pronto como encontrara a Max y devolviera la llave, se marcharía.

Abandonar la ciudad significaría abandonar a su tía moribunda. La idea de que Doris fuera depositada en la tierra sin un testigo, sin una lágrima, dejó un pozo sin fondo en su corazón. Doris no tenía a nadie más. Antes de que Beatrice fuera a vivir con ella, los días de su tía se consumían con la cafetería y con los recuerdos de Bill... Con eso y con las visitas semanales a la cámara acorazada del banco para depositar las propinas en la caja 547.

Beatrice miró su bolso. Solo había sacado una cosa de la caja. Era la única cosa que no le pertenecía. La extrajo y volvió a mirarla. Era un libro. Allí, en el banco, en la cabina aterciopelada, se esforzó por comprender esos apuntes antes de rendirse y guardárselo en el bolso.

Abrió de nuevo las tapas de piel y examinó la primera página.

Era una lista de fechas y extraños números y símbolos. La primera fecha era el 5 de septiembre de 1962. Junto a ella había escritos dos números: 545 y 10.000. Beatrice ojeó las filas de cifras. Las fechas tenían marcas de haber sido verificadas una tras otra. Al principio, las entradas eran esporádicas y estaban espaciadas, pues de 1962 se pasaba a 1963 y, después, a 1964. En la página siguiente, algo llamó su atención. Era un apunte que decía: «15 diamantes». Después había más objetos: «collar de oro, reloj Tiffany, anillo de diamantes». Pasó las páginas más deprisa, en busca de algo más, de algo que explicara qué era esa contabilidad. A medida que las fechas iban siendo más recientes, reparó en que los apuntes iban siendo más frecuentes.

Entonces, algo raro en los márgenes llamó su atención. Era un apunte y una estrella grande en tinta roja. Estaba escrita por otro puño. El apunte decía... «¡Rhonda Whitmore!». La caligrafía le resultaba familiar.

Recorrió el apunte con la vista hasta llegar a la fecha de 22 de mayo de 1974, y se dio cuenta de que reconocía el nombre. Pertenecía a la mujer que había elevado una queja ante el banco por una caja de seguridad desaparecida. Era la mujer por la que Max pidió a su hermano Tony que investigara. Era la mujer que fue atropellada por un automóvil pocos días después de enfrentarse a Bill Thompson. Volvió a leer ese renglón.

«22/5/1974, 855, 50.000 (b)»

Según el detective, la señora Whitmore había perdido 50.000 dólares en bonos del Estado.

Cerró el libro de golpe y lo arrojó al otro lado de la cama. Se llevó las manos a la boca. Acababa de leer el registro completo de los robos de las cajas de seguridad. El diario pertenecía al ladrón. Pertenecía a Bill.

Max había contado a Tony que había encontrado pruebas nuevas. Debía de ser el diario. Max había encontrado ese libro que detallaba los robos de las cajas de seguridad. Beatrice miró de nuevo el apunte en el margen. La tinta roja parecía la caligrafía de Max. Beatrice la había visto muchas veces transcribiendo notas manuscritas. Max debía de habérselas arreglado para arrebatarse el libro a Bill de algún modo. Después, lo depositó en la caja de Doris. ¿Por qué? Era un riesgo. ¿Qué pasaba si Bill buscaba allí? Conocía a Doris.

Le vino a la mente la voz de Max: «Doris era diferente. Ella tenía su propia llave».

Bill no tenía la llave de la caja 547. Max pidió a Tony que devolviera la llave a Beatrice. Eso solo podía significar una cosa: Max quería que ella encontrara el libro.

Beatrice paseó por la habitación tratando de comprenderlo todo. Max había depositado todas las pruebas incriminatorias en las manos de Beatrice. Después estaba la llave sin marcas. ¿Por qué confiaría Max en ella y no en su propio hermano? Sin duda, Tony sabría mejor qué hacer con todo eso. Las únicas instrucciones que le había dado era que escondiera la llave en un lugar seguro y que esperara a que Max se pusiera en contacto con ella cuando todo hubiera terminado. Pero no iba a terminar nunca. Tony lo dejó claro. Nadie iba a creer a Max, y nadie iba a permitir que investigaran al banco. Era un callejón sin salida.

Se dejó caer sobre la cama y se quedó mirando al libro cerrado.

La mañana siguiente, el sol entraba a raudales en la habitación y despertó a Beatrice de un sueño profundo. Las noches intermitentes en el edificio se habían cobrado su precio. Apenas podía levantar la cabeza de la almohada. Cerró los ojos ante aquel sol cegador y, a continuación, se incorporó de un salto. Llegaba tarde a trabajar. Había dormido con ropa y no tenía siquiera cepillo de dientes. Corrió al cuarto de baño para enjuagarse la boca y alisarse el pelo. Parecía que hubiera dormido bajo un puente, pero tendría que servir así. Salió corriendo de la habitación con el abrigo a medio abotonar y casi olvidó el diario incriminatorio oculto bajo la almohada. Lo arrojó en el bolso de nuevo y se lanzó a la carrera hacia la fresca mañana.

Faltaban once días para Navidad. Las calles estaban adornadas de rojo y verde, y las aceras estaban llenas de gente sonriente que charlaba mientras acudía paseando a trabajar alegremente. Beatrice los adelantaba a toda prisa, avanzando con esfuerzo entre la nieve sucia. Cuando por fin llegó al 1010 de Euclid Avenue, iba con veinte minutos de retraso. Corrió a los ascensores, maldiciendo a los relojes. No quería llamar la atención de nadie en el Departamento de Auditorías; al menos, no hasta que se hubiera marchado definitivamente.

Cuando entró en el ascensor, reparó en que llamar la atención sobre sí misma era el menos importante de sus problemas. Nadie estaba en su puesto. Todas las secretarías estaban de pie formando un corrillo en el rincón, hablando entre susurros. Se quedó clavada al suelo en la entrada a la oficina, imitando la conmoción. Había sucedido algo, algo importante. Su primera intuición fue darse media vuelta y salir corriendo del edificio. Escapar. Pero todavía no podía marcharse. Todas sus pertenencias estaban aún arriba, en la undécima planta. Tenía que pasar allí un día más. Se aproximó despacio hacia el corrillo de mujeres.

—¿Qué sucede? —susurró a Francine.

La mujer parecía estar fuera de lugar, de pie, en lugar de volcada sobre la máquina de escribir.

—¿No lo sabes? —preguntó Francine apuntando su nariz puntiaguda hacia Beatrice.

Beatrice sintió que el corazón le daba un vuelco.

—No.

—Parece que tu amiga Maxine ha estado urdiendo algo más siniestro de lo que cualquiera de nosotras podría imaginar.

En el rostro severo y arrugado de la mujer se veían escritas las palabras «culpabilidad por asociación». Beatrice abrió la boca para protestar y formular más preguntas; pero, antes de que pudiera decir una sola palabra, apareció la señorita Cunningham apabullando a la multitud.

—¡Señoritas! ¡Señoritas, por favor! —rugió aquella contundente mujer—. Vuelvan a sus puestos. Este es el First Bank of Cleveland, no un cuarto de costura. Voy a deducir diez minutos de sus tarjetas de fichar.

—Yo... no entiendo —dijo Beatrice en voz alta, cayendo presa del histerismo por momentos.

—El señor Thompson se reunirá esta mañana con cada una de ustedes, una por una, para analizar los sucesos de las últimas veinticuatro horas —indicó la señorita Cunningham apuntando sus ojos como puñales directamente hacia Beatrice—. También se ha cursado aviso a las autoridades, de modo que les sugiero que cooperen.

Beatrice palideció. Se mordió el labio inferior con la suficiente fuerza para mantener la compostura. Su reunión con Tony, el libro que había encontrado, las llaves en su bolsillo, su promesa a Max... Todo quedaba en nada. Era demasiado tarde. Habían encontrado a Max.

Pasó la siguiente y angustiosa hora esperando a que la citaran en el despacho del señor Thompson. Uno por uno, a su espalda, oyó cómo iban anunciándose los nombres de las secretarías. Todas caminaron solemnemente hacia el escritorio del señor Thompson para ser entrevistadas. Todas regresaron con aire desconcertado. No se atrevían a hablar entre sí, pero Beatrice sorprendió a algunas damas lanzándose miradas de complicidad. Una de las hermanas Grimm incluso se volvió en su asiento para robar una mirada de Beatrice y, a continuación, volvió la cabeza agitándola.

Quería salir corriendo, pero su instinto le decía que si hacía un movimiento hacia la puerta sería detenida por vigilantes armados. Si querían detenerla, se dijo, podrían haberlo hecho en el instante en que entró en el edificio.

Aun así, se quedó sentada en su silla hasta que la señorita Cunningham anunció su nombre. Las demás secretarías no pudieron evitar volverse para mirar cuando se levantó medio aturdida y se dirigió al despacho del señor Thompson. Apretó los puños para impedir que le temblaran las manos. También podría haber estado desfilando hacia el patíbulo.

Cuando se acercó a la puerta, el señor Thompson estaba sentado ante el escritorio. Levantó la vista, la miró y le sonrió con afecto. A ella le sorprendió que, pese a todo lo que había llegado a saber sobre él, los robos, la lascivia, tuvo que combatir el acto compulsivo de devolverle la sonrisa.

—Cierre la puerta, por favor —dijo amablemente sin traslucir un solo rastro de acusación.

Obedeció.

—Venga, siéntese. —Hizo un gesto hacia la silla—. Sé que esta mañana ha sido un poco inusual, pero quisiera asegurarle que todavía la consideramos parte de la familia del First Bank of Cleveland. Simplemente, necesitamos su ayuda.

—¿De qué se trata? —Se aproximó a la mesa con vacilación.

—Confíaba en que usted pudiera contarme. —El rostro del señor Thompson no dejaba ver el menor rastro de culpa o arrepentimiento por sus aventuras, ni por los robos, ni por nada de lo que había hecho.

Tuvo que seguirle la corriente. Agachó la cabeza para dirigir la vista hacia el borde de su asiento y entrelazó las manos sobre el regazo, agarrando con fuerza una con otra.

—Lo siento, señor, pero no tengo la menor idea de lo que está pasando.

Él la examinó minuciosamente, como si fuera ella la única que tuviera algo que ocultar. No tenía ni idea de cuánto sabía Beatrice. Parecía darse por satisfecho con la idea de que estaba profundamente confusa.

—Tal vez usted no. Parece que su amiga Maxine ha estado entrando en el edificio por las noches. —Se detuvo para inspeccionar la reacción de Beatrice. Ella lo miró con la sorpresa grabada en el rostro mientras el corazón se le desbocaba en el pecho—. También hemos encontrado pruebas de que ha estado durmiendo aquí.

—No comprendo. ¿Durmiendo aquí?

Beatrice se exprimió las manos y se esforzó por no apartar la mirada. A juzgar por la expresión del rostro del señor Thompson, él estaba interpretando como sorpresa el miedo de Beatrice.

—Sí, en un despacho abandonado. ¿Ha visto a Max últimamente? —preguntó inclinándose hacia adelante.

—No, señor. No la he visto desde que dejó el empleo. Su hermano dijo que se había marchado a pasar unas largas vacaciones.

Alguien había descubierto su escondite. Todas las mañanas ocultaba la maleta en el armario escobero. ¿Se habría topado con ella algún conserje? Buscó en su mente tratando de enumerar todas las cosas que podría haberse dejado en la undécima planta. Concluyó que ya era seguro bajar la vista sin despertar sospechas. En la maleta no había nada que llevara su nombre. Se había asegurado de ello. Las únicas cosas que había, además de la ropa, eran los expedientes del escritorio de Max. Las notas en taquigrafía para su cita con Tony y el expediente personal de Max estaban a salvo en su bolso, como también las llaves. Su corazón ralentizó el ritmo poco a poco cuando reparó en que la llave de Max todavía estaba a salvo.

Levantó la vista y lo miró con la desesperación de un cervatillo en una autopista. Él volvió a sonreírle amablemente, y ella supo que se había librado de que la pillaran.

—Bueno, como le digo, tenemos pruebas de que ha estado en el edificio. Creemos que forma parte de una banda de delincuentes para defraudar al banco. Bueno, se lo hemos notificado a la policía y al FBI, y nos gustaría que cooperara con la investigación.

Beatrice asintió. Tony dijo que el FBI ya estaba investigando al banco, pero que solo habían encontrado callejones sin salida. Ahora los federales tenían a Max para echarle la culpa. El señor Thompson iba a incriminarla en los robos. Max tuvo las llaves en algún momento. Max había estado en la cámara acorazada. Max había estado investigando en las cajas de seguridad abandonadas. Sería fácil.

—¡No puedo creer lo que me está diciendo! —Beatrice hizo que sus ojos se humedecieran para conmooverlo. De todas formas, hubiera querido llorar toda la mañana—. Max no parece una ladrona.

—Bueno, se sorprendería si se enterara de lo que es capaz la gente.

La miró fijamente a los ojos, y ella combatió la necesidad de dejarse llevar por los escalofríos con el sentimiento de asco.

Bajó la vista como si se entristeciera y asintió. El señor Thompson era capaz de hacer cosas terribles. Beatrice tenía grabadas en la mente con tinta roja las palabras «Rhonda Whitmore». ¿Era capaz de asesinar? ¿Había encontrado ya a Max?

—¿La ha... localizado ya la policía?

—Todavía no, pero no se preocupe, Beatrice. La encontraremos.

Horas después de su entrevista con el señor Thompson, las palabras «la encontraremos» se repetían en su cabeza. Se sentó ante su escritorio bajo la vigilante mirada de toda la oficina y trató de parecer tan impresionada como las demás. El señor Thompson había descrito la escena a la perfección. Todos los empleados se encontraban en estado de alerta máxima, nerviosos por encontrar a Max y salvar el banco. Bajó la vista para mirar el calendario de mesa que tenía al borde del escritorio. El día siguiente era viernes, el día que el banco iba a dejar entrar en quiebra al Ayuntamiento de Cleveland.

Cuando las demás mujeres parecieron cansarse de mirarla a hurtadillas, Beatrice llevó su bolso al baño y se encerró en un retrete. Puso la cabeza entre las rodillas y se estuvo meciendo un instante mientras recorría las baldosas del suelo con la mirada perdida. Tony no iba a permitirles que detuvieran a Max, se dijo, pero no lo creía. Tony tenía suficiente influencia para salvarla, Max podría haberle entregado la llave a él. Pero, en cambio, se la entregó a ella.

Finalmente, salió del baño y tomó el ascensor para bajar al vestíbulo principal y utilizar el teléfono público que había en el rincón. Depositó una moneda y marcó. Escuchó las señales hipnóticas del teléfono y apretó los ojos.

—¿Diga? —respondió una voz al otro extremo de la línea.

—¿Mamá? Soy Beatrice —dijo—. No cuelgues.

Tras un largo silencio, la voz replicó:

—Tienes mucho valor para llamarme así. Después de tanto tiempo... ¿Qué demonios quieres?

Beatrice trató de dibujarse la fotografía en blanco y negro de su madre y su tía, agarradas del brazo cuando eran jóvenes, antes de que se odieran.

—Es Doris. Está en el hospital.

—Así que es ahí donde has estado todo este tiempo. Supongo que eso lo explica, ¿no? —Ilene exhaló el humo del cigarrillo sobre el auricular.

—¿Qué explica?

—Cariño —replicó su madre riéndose entre dientes—. Supongo que Doris nunca te dijo por qué se marchó de la ciudad hace tantos años.

Doris no le había contado nada. Beatrice estaba demasiado asustada para curiosear. Ahora nada importaba.

—Se está muriendo, mamá. Solo pensé que debías saberlo. Está en el University Hospitals de Cleveland.

Beatrice colgó el auricular antes de que su madre pudiera decirle otra palabra agria. No había ternura, preocupación, ni alivio por el hecho de que su hija siguiera viva. No debía haberla llamado. Ilene jamás iría a visitar a Doris.

Cuando regresó a su escritorio, empezó a eliminar meticulosamente del Departamento de Auditorías hasta el último rastro de Beatrice Baker. Trató de que pareciera que todo seguía como siempre. De un cajón tras otro fue sacando todos sus objetos personales de su puesto de trabajo. No había gran cosa. En el último cajón había varias carpetas agrupadas. Eran las tareas de archivo que tenía asignadas para Randy. Él dijo que estos expedientes eran delicados y que solo se los confiaría a ella. Decidió averiguar por qué.

Los extrajo como si pretendiera ordenarlos y examinó las páginas con mayor detenimiento. Todos los expedientes contenían una lista de transacciones. Lo único que diferenciaba a alguno de ellos de los demás registros contables que Beatrice había archivado era el sistema de etiquetado. En lugar de exhibir el nombre de un cliente o un número de cuenta corriente, había un puñado de símbolos, como «\$#\$» y un barullo de letras, como «LRHW». Los símbolos y las letras variaban, pero ninguno tenía mucho sentido.

—¿Qué estás leyendo, querida? —irrupió a su espalda la voz de la señorita Cunningham.

Beatrice se sobresaltó.

—N... nada —balbució mientras guardaba la hoja que tenía en la mano en la primera carpeta que encontró—. Son unos archivos para el señor Halloran. Yo... quería asegurarme de que los había ordenado correctamente.

—Claro. Mantén la excelencia en el trabajo. —Y, a continuación, levantó la voz para dirigirse a todas las mujeres de la sala—: Las tareas de archivo son una responsabilidad importante que no debería tomarse a la ligera. Un banco únicamente es tan bueno como lo sean sus archivos.

A continuación, la señorita Cunningham se alejó caminando torpemente. Aquello fue lo más parecido a una reunión del personal de secretaría que Beatrice había presenciado en el banco. Tal vez su supervisora tratara de aplacar los nervios de todo el mundo, pero también parecía estar orientando sus comentarios directamente a Beatrice.

Una vez que estuvo segura de que nadie más la miraba por encima del hombro, abrió la carpeta en la que había enterrado la página que tenía entre manos. Al comprobar la etiqueta, descubrió que la hoja no pertenecía a ese lugar. Se dispuso a archivarla correctamente, pero se detuvo. Se quedó mirando al expediente que tenía en la mano y repitió en voz baja lo que la vieja Cunny había dicho. *Un banco únicamente es tan bueno como lo sean sus archivos.*

Arrugó el papel entre los dedos. Nadie iba a creer una palabra de lo que ella tuviera que decir sobre el banco, sobre Bill Thompson o sobre los peces gordos y ricos, pero nadie podría tampoco descubrir nunca lo que había sucedido con el expediente que tenía en la mano. Se decidió: procedió a mezclar aleatoriamente las hojas en las carpetas equivocadas hasta que dispersó los datos por un total de trece carpetas. Los llevó al cajetín del señor Halloran e introdujo los archivos allí antes de que cambiara de opinión. Tal vez no sirviera para nada, pero era algo.

Cuando el reloj dio las cinco en punto, Beatrice Baker salió del banco por última vez.

Beatrice no se dio cuenta de hacia dónde iba hasta que llegó. Se bajó del bus en Little Italy y recorrió las tres manzanas subiendo por Murray Hill hasta el apartamento de su tía, sin dejar de volver la cabeza a cada instante durante todo el camino. Se detuvo al pie de los peldaños oscuros y sucios que conducían hasta la puerta de su tía. Las luces estaban apagadas. No había ningún vehículo sospechoso estacionado junto al bordillo. Todo parecía estar exactamente como lo había dejado trece días antes.

Subió la escalera con la respiración contenida y prestando atención otra vez por si oía pisadas. Nada. Abrió la puerta y, con indecisión, entró en la sala fría y oscura. Cuando sonó el chasquido del interruptor de la pared, se vertió un torrente de luz por el hueco de la escalera. El apartamento estaba exactamente igual que lo había dejado: destrozado. Los muebles todavía estaban desordenados. Había papeles desperdigados y utensilios de cocina todavía dispersos por el suelo. Pasó por encima de los pedazos de la vida de Doris devastados y se dirigió al dormitorio. Revolvió entre los restos del saqueo hasta que encontró la fotografía de su madre y su tía juntas. La recogió y la guardó en el bolso. Algún día visitaría la tumba de Doris, se prometió.

Recorrió con los ojos la habitación en busca de alguna otra cosa que debiera llevarse al abandonar la ciudad. El abrigo de visón estaba con un montón de ropa junto a la cama. Se quitó el abrigo de lana y se cubrió los hombros con el de visón. Se sorprendió al ver que aquella piel hasta las rodillas casi le sentaba bien. Se ajustó el cinturón. Su tía tenía un poco de sobrepeso por los años de comida grasienta en la cafetería, pero la joven de la fotografía era distinta. En otro tiempo fue menuda, como Beatrice. Abrazó la suave piel ajustándose al pecho como si fuera la propia Doris.

—Ojalá no tuviera que marcharme —susurró.

El reloj del interior de su cabeza hacía un tictac muy sonoro para recordarle que se diera prisa. Corrió al armario del pasillo y sacó una maleta pequeña. Le hacía falta más ropa. Su reserva de pertenencias había sido descubierta en el banco mientras se ocultaba en el hotel. La idea de lo que podría haber sucedido si hubiera regresado a la undécima planta la noche anterior la hizo estremecer.

Agarró unos pocos objetos que dejó al pie del radiador. Corrió al cuarto de baño y metió en la bolsa un cepillo de dientes y alguna que otra cosa imprescindible. Miró al espejo y gritó.

Había algo escrito en el cristal. Al principio pensó que era sangre, pero se fijó y descubrió que era carmín. Le parecieron garabatos absurdos hasta que reconoció que era taquigrafía. Era Max. Debía de haber estado allí en algún momento de los últimos doce días. Examinó despacio los trazos untados y grasientos con el corazón acelerado mientras leía.

«Vete. Lo saben.»

Había algo más, pero las marcas se emborronaban. Habían sido escritas a toda prisa. Las únicas palabras que logró descifrar en la taquigrafía de Max parecían decir «Lancer Motel».

Se apartó del espejo. Apagó la luz y recogió la bolsa del suelo. Salió corriendo de la casa sin molestarse en cerrar la puerta con llave. Se asomó al acceso para vehículos desde las sombras del voladizo de la escalera y, a continuación, se escabulló por detrás del edificio. Corriendo entre las casas, evitó la calle. Cuando llegó a la acera, una manzana más abajo, en la misma calle, ralentizó el paso para evitar llamar la atención. El motor de un automóvil arrancó varias casas más atrás. Iba hacia ella. Salió disparada hacia las tiendas y restaurantes de Mayfield Road.

El cartel de la vieja cafetería de su tía fue la primera luz que vio. Se lanzó al interior dejando que la puerta se cerrara de golpe a su espalda. Solo se atrevió a volver la vista cuando estuvo a salvo tras los cristales de la puerta. Un vehículo negro con las lunas tintadas pasó despacio por delante de la cafetería. Beatrice hiperventilaba.

A su espalda, una voz dijo:

—Beatrice, ¿eres tú?

Se volvió y vio a Gladys que se acercaba a ella, cafetera en mano.

—¿Te encuentras bien, cariño?

—Sí, estoy bien. —Forzó una sonrisa incómoda mientras jadeaba—. Solo estaba... corriendo.

—¿No hace un poco de frío para eso? —La vieja camarera frunció el entrecejo y dirigió la vista hacia la maleta—. ¿Te vas a algún sitio, cariño?

—¿Yo? Ah, no... Son unas cuantas cosas de Doris. Pensé que a lo mejor le gustaban.

La respiración de Beatrice casi se había normalizado.

—¿Por qué tienes tanta prisa?

—Había un auto ahí fuera... Unos tipos gritaron algo. Supongo que me asusté.

—No puedo decir que tengas tú la culpa. No deberías andar por ahí sola por la noche.

—Lo sé. Solo quería ir al hospital antes de que pase la hora de visita. —Beatrice volvió a mirar a la calle. Ya no veía el automóvil—. En realidad, debería marcharme.

Gladys volvió a mirar la maleta de Beatrice.

—¿Sabes una cosa? Esto me recuerda algo. Detesto molestarte, cariño, pero Nick me pidió hace unos días que vaciara la taquilla de Doris teniendo en cuenta que..., Dios la bendiga..., seguramente no va a volver al trabajo. ¿Tienes un segundo?

Beatrice asintió con aire pensativo y acompañó a Gladys a la zona de personal, donde Doris debía fichar a diario.

—Sé que es terriblemente incómodo, pero ¿puedo darte sus cosas?

—Bueno, claro. Por supuesto. Me aseguraré de que le lleguen a Doris.

Beatrice no había previsto regresar nunca al hospital, pero no podía decir otra cosa.

—No es mucho. Solo tenía aquí unas cuantas cosas de emergencia.

Entregó a Beatrice un neceser con cremallera del tamaño de un bolso mediano. Hizo una caricia cariñosa en la mejilla demacrada de Beatrice.

—Si no te vuelvo a ver, que tengas buena suerte, cariño.

Viernes, 28 de agosto de 1998

—Iris.

Estaba escondida en el cuarto de baño de la decimoquinta planta. Le pesaba en la mano el asa de una maleta de piel marrón. Las luces estaban apagadas y lo único que oía era su propia respiración.

Hasta que la voz volvió a susurrar.

—¡Iris!

—¡Qué! —replicó Iris también susurrando.

La voz procedía del patinillo de ventilación. Extendió el brazo y tocó la rejilla de hierro. Estaba suelta y se movía un poco. Retiró la mano bruscamente, pero era demasiado tarde. El metal se desprendió de la pared haciendo un ruido que pareció retumbar eternamente. Las linternas desgarraron la oscuridad. Oyó pisadas enérgicas en el pasillo. No tenía elección. Dejó la maleta y se introdujo en el interior de la caverna negra, palpando a ciegas hasta que la mano dio con el asidero de una escalera vertical. Lo agarró con fuerza y metió el torso y las piernas en el conducto. Se oían voces en el despacho contiguo. Empezó a subir por la escalera peldaño a peldaño, agarrándose al asidero.

La luz de una linterna se reflejó en las planchas de metal de las paredes del patinillo de instalaciones. Se abrazó a la escalera y trató de ocultarse entre las sombras. Arriba había una serie de listones. Lejos de su alcance, en lo alto, flotaban delgadas rodajas de cielo nocturno enmudecido. Algo le hizo cosquillas en el cuello. Zumbaba. Se lo sacudió. Después, otra vez, y otra, hasta que sintió centenares de moscas que le subían por el cuello y se le metían por los oídos. Sin dejar de gritar y arañándose, se soltó de la escalera. Cayó a la oscuridad.

Despertó gritando. Se incorporó agarrándose a las sábanas hasta que desapareció la sensación de vértigo en el estómago por la caída al vacío. Se estremeció y enterró la cara entre las manos. Todavía veía rodajas de cielo nocturno alejarse de ella mientras caía por el patinillo de ventilación.

El reloj del suelo marcaba las 5:30, y el piloto que marcaba a.m. estaba encendido. Perfecto. Se despertaba antes del amanecer el día que iban a despedirla. Pensó en la posibilidad de volver a dormir, pero el simple recuerdo de las moscas la obligó a salir de la cama y acudir a la cocina.

Después de fumarse un cigarrillo y tomarse una taza de café, solo eran las seis de la mañana. Se acurrucó en el sofá y contempló clarear el cielo hasta que las farolas de sodio titilaron y, poco después, se apagaron. Dentro de dos horas iban a despedirla y no tenía la menor idea de qué iba a hacer consigo misma. Tal vez simplemente se marchara de la ciudad. A nadie le importaría que lo hiciera... Realmente, no. Quizá Nick y Ellie sintieran una punzada superficial, pero su vida continuaría sin echarla más de menos que a una cerveza. Solo había una persona a la que realmente le importaría.

Encendió otro cigarrillo y descolgó el teléfono.

Su madre contestó al primer timbrado.

—¿Diga?

—Hola, mamá, soy Iris.

Al oír la voz de su madre, se le saltaron las lágrimas.

—¿Iris? Cariño, ¿estás bien? Es muy temprano.

—Sabía que estarías levantada. He tenido una pesadilla.

—Oh, cielo. No. Ojalá pudiera darte un abrazo grande. ¿Qué pasa?

—Yo...

Quería confesarlo todo: el cadáver, las llaves, las voces, el despido, sus malos hábitos con la bebida, su patética vida amorosa, su soledad... Quería subirse al regazo de su madre y que la acunara y la sostuviera como cuando era niña. La arullaría hasta que se sintiera mejor. Pero sabía que esa mujer tenía su propia soledad y jamás la dejaría ir. Insistiría en que regresara a casa, donde su vida acabaría invadida por las quejas agobiantes de su madre acerca de su padre, las habladurías de los vecinos, los comentarios del último programa de televisión, los consejos insoportables y la interminable charla, y más charla, y más charla sobre cualquier cosa. Iris no podía respirar. Se tragó un sollozo.

—No sé. Serán solo nervios, supongo. ¿Está papá por ahí?

—Creo que está dormido —la voz de su madre transmitió cierta decepción—. Voy a ver.

Un minuto después, oyó que descolgaban otro auricular. Seguía siendo su madre.

—¿Puede llamarte después, cariño?

—Oh, claro.

Iris sabía que no iba a llamarla. Nunca lo hacía. Siempre esperaba que ella se levantara sola y no quería oír lloriqueos por el teléfono. En todo caso, sabía lo que le diría. Le diría que acudiera a la policía y confesara la verdad. Encontraría otros trabajos. Debería llamar al detective una vez que acabara su última jornada en el trabajo. Iris endureció el mentón y se decidió.

—Está bien. Todo está bien, mamá. No te preocupes por mí. Te quiero.

—Yo también te quiero, cariño. Llámame de vez en cuando.

Se metió en la ducha y dejó que el agua caliente le corriera por la cara. Cuando cerraba los ojos, volvía a verse en el patinillo de ventilación. Apoyó la frente contra la pared de la ducha. Tenían que acabarse las pesadillas. Tenía que deshacerse de esas llaves.

«Nunca robes en un cementerio. Podrías perturbar a los espíritus», le había dicho aquel viejo.

Caminó desnuda y empapada desde el cuarto de baño hasta el armario. El parpadeo de la luz del contestador automático la detuvo en seco. Debía de haber llamado alguien mientras estaba en la ducha. Apretó el botón.

—Iris, soy el detective McDonnell. Me temo que voy a tener que hacerle unas cuantas preguntas más. Reúnase conmigo en el banco esta tarde, a las dos en punto. —Hacia una larga pausa y, a continuación, añadía—: No hable con nadie de la investigación, ni del banco; ni siquiera con su jefe. Y otra cosa, Iris, siento recordarle que retener pruebas y ocultarlas a un oficial de policía es delito.

Las últimas palabras del detective sonaron como balas. Se quedó de piedra escuchando el silencio de la línea telefónica grabado en su aparato hasta que sonó el pitido. Él sabía que estaba ocultando algo. Sus ojos se dispararon por todo el apartamento. La policía podría entrar mientras ella estuviera en el trabajo si tenía un orden de registro. Había pruebas de sus robos por todas partes. Espantada, reunió todos los objetos del banco que se había llevado a su casa. Las llaves, sus notas de las conversaciones con Suzanne, el artículo sobre la quiebra de la ciudad, los croquis de las plantas realizados sobre el terreno, el expediente de Beatrice, los expedientes de la maleta..., hasta el manual de taquigrafía. Lo metió todo en su bolsa de herramientas y cerró la cremallera de un tirón.

Iba a vomitar. Retener pruebas era delito. Encendió un cigarrillo con las manos temblorosas y se dijo que el detective le estaba dando otra oportunidad.

Detrás de ella, un automóvil hizo sonar el claxon, e Iris pisó el acelerador.

En cierto modo, se suponía que tenía que reunirse con el detective en mitad de una jornada laboral, pero sin comentarlo con nadie. ¿Conseguiría hacerlo? Tal vez no tuviera que verse implicada en aquella mierda. Quizá simplemente la despidieran y se marchara. Quizá no era tan importante. O tal vez el asunto de la reunión fuera simplemente la forma que tenía el detective de verla a solas y detenerla en privado. Apoyó la frente sobre el volante y esperó a que el semáforo se pusiera verde.

Cuando llegó a la oficina, con quince minutos de antelación, era como si nada hubiera cambiado. El banco y el cadáver no eran más que un mal sueño. Se abrió paso de nuevo hacia su cuchitril y deseó ser otra vez una ingeniera anónima y sin rostro. El escritorio estaba desnudo. El equipo informático estaba apagado. Era como si ella no hubiera existido jamás. Se acomodó en la silla y miró al teclado preguntándose si debería molestarse siquiera en encender el aparato. No tenía trabajo que hacer.

Se asomó al mar de escritorios en busca de un rostro amistoso. No se veía a Nick por ninguna parte. Examinó las mamparas que daban a los despachos de su alrededor. El señor Wheeler estaba dando instrucciones a alguien que había sentado delante de su mesa. Era una mujer. Ella gesticulaba. Iris abrió los ojos como platos cuando vio a Amanda levantarse de la silla como un resorte y salir a toda prisa del despacho. El resto de las puertas estaban cerradas.

Brad estaba sentado en su equipo informático, como de costumbre. Solo podía verle la espalda, pero tenía la cabeza entre las manos. Iris frunció el ceño mientras lo observaba durante un minuto largo. No se movía. Algo pasaba. Se acercó a su escritorio.

—Ey —dijo en voz baja, encima de la cabeza de Brad.

La miró. Tenía el pelo revuelto y los ojos enrojecidos. Brad, el protoingeniero perfecto que jamás se despeinaba, era una ruina. No dijo nada.

—¿Qué sucede?

—Me han echado —dijo, como si hiciera esfuerzos por no arrojar el equipo informático contra las paredes de la sala.

—¿A ti? ¿Están locos? —resopló Iris en voz alta.

Brad le lanzó una mirada asesina.

Iris bajó la voz.

—No entiendo. Trabajas muchísimo. Tienes antigüedad. ¿Qué ha pasado?

Brad miraba al teclado.

—No tengo la más puta idea.

—¿Qué han dicho?

—Nada. Me hicieron algunas preguntas sobre el banco y, después, me dijeron que el proyecto estaba cancelado y que tenían que «reasignar recursos».

Cerró de golpe un cajón.

—Dios, Brad. Lo siento mucho. Son puras gilipolleces.

Iris mantuvo la mirada en la moqueta para no quedarse embobada contemplándolo angustiado.

—Iris, tenemos que hablar unos minutos —dijo una voz a su espalda.

Iris se estremeció.

Era el señor Wheeler. Se le cayó el alma a los pies. Sabía lo que la esperaba, pero, de todas formas, la adrenalina palpitaba con fuerza por sus venas. Asintió con mansedumbre y lo acompañó a su despacho. Por el camino, miró furtivamente a los puestos de trabajo en busca de rostros amables. Nadie la miraba.

Cuando la puerta estuvo cerrada, el señor Wheeler se sentó ante su mesa.

—Iris, estoy seguro de que ya se ha enterado de que WRE se ha visto obligada a afrontar algunas realidades muy crudas —comenzó diciendo.

Iris hizo un gesto y se fijó en su corbata de lunares mientras le explicaba los recientes cambios en el personal. Lo que le contó fue basura corporativa sobre maximizar la eficiencia. Deseó en silencio que fuera directamente al grano y la despidiera ya.

—De modo que siento informarla de que hemos suprimido su puesto por ahora.

Ahí estaba. Hasta ese momento, nunca había fracasado en nada en su vida. Se esforzó por mantener la espalda erguida y rígida para no venirse abajo como un pajarillo muerto.

—Entiendo. Gracias por esta oportunidad —consiguió decir sin llorar.

—Todavía tenemos algunas preguntas que hacer, si me permite. Está implicada en un proyecto muy delicado y, teniendo en cuenta la forma en que ha terminado... —la voz del señor Wheeler iba apagándose.

—Quiere que mantenga la confidencialidad con la investigación policial, ¿no es así?

El señor Wheeler sonrió con los labios, pero no con los ojos.

—Sería tremendamente embarazoso para la empresa y para nuestro cliente que se hicieran públicos los detalles de la escena del crimen.

Iris asintió.

—Lo entiendo.

En todo caso, no estaba ansiosa por explicarle a un periodista cómo había encontrado el cadáver. Ya tenía bastantes problemas.

—También debemos insistir en que nos entregue todos los croquis y notas del edificio, así como cualquier otra cosa que pueda haber sacado de sus instalaciones. —Entornó los ojos—. Si descubrimos que ha recogido material sensible o algún objeto que por derecho pertenece a nuestro cliente, no nos quedará más opción que demandarla en el marco de todo lo que nos permita la ley.

Dejó estas últimas palabras suspendidas en el aire. El despacho pareció encogerse en torno a ella. Bajó la mirada al suelo para que el miedo no se le reflejara en la cara. Frunció las cejas despacio, como si estuviera confundida. Verdaderamente lo estaba. ¿Cómo podía el señor Wheeler, el detective, o cualquiera saber lo que había encontrado en el edificio?

Alguien golpeó suavemente en la mampara de cristal contigua a la puerta. Iris se volvió y vio al socio repulsivo y con el pelo gris que en una ocasión se detuvo ante ella en el pasillo. La miró directamente y sonrió. Habría jurado que le había guiñado un ojo. Antes de que pudiera reaccionar, el tipo hacía un gesto al señor Wheeler a través del cristal, señalando el reloj. El señor Wheeler le devolvió el gesto y asintió.

A Iris le costó unos instantes recopilar sus pensamientos. Wheeler quería que devolviera cualquier cosa que hubiera podido llevarse del banco. O sabría lo que es bueno.

—Claro —dijo con toda tranquilidad—. Ya no necesitaré mis notas y no se me ocurre otra cosa.

—Vamos a necesitar que deje su escritorio vacío antes de que acabe el día. Lo siento, pero es el procedimiento ordinario.

—De acuerdo. —Iris se mordió el labio y trató de mostrarse deprimida, más que asustada.

El señor Wheeler se levantó y le tendió la mano para darle un apretón superficial, y ella le respondió obediente.

—Gracias, Iris.

El señor Wheeler retuvo la mano de Iris en la suya un poco más de lo normal. Se había situado incómodamente cerca y le apretó la palma con fuerza antes de dejarla ir.

—Sé que hará lo que se debe hacer.

Tan pronto como la soltó, Iris retrocedió un paso por instinto. Él le abrió la puerta, y ella sintió que la seguía con la mirada durante todo el trayecto de regreso hasta su escritorio.

Iris tenía hasta el final de la jornada para devolver todos los objetos que había tomado del edificio. Abrió la bolsa de herramientas y se asomó al interior. En primer lugar, extrajo los croquis dibujados sobre el terreno y los colocó sobre su escritorio en un montón aislado. Estaban las llaves que Brad le había entregado. Estaba la llave del esqueleto y la llave del ascensor de Ramone. Eso era fácil.

En el fondo de la bolsa de herramientas, quedaban otras cuantas llaves, junto con el expediente de Beatrice y los expedientes extraídos de la maleta marrón. No podía dárselos a los dos, al señor Wheeler y al detective. De modo que tomó allí mismo la decisión de arrojar las llaves y todo lo demás a un contenedor de basura escogido al azar, donde jamás los relacionaran con ella. No a un contenedor al azar, rectificó, sino al hediondo contenedor del banco. A ese lugar era al que pertenecían las llaves, y los fantasmas querían recuperarlos.

Sacudió la cabeza. Se estaba volviendo loca.

Necesitaba tomar un poco el aire. Necesitaba reflexionar. Necesitaba salir como fuera de su redil de la oficina. Se levantó de la silla y se dio un paseo con el mayor disimulo posible hasta el baño de señoras con la gigantesca bolsa de herramientas y el bolso debajo del brazo.

El cuarto de baño estaba desierto. Echó un vistazo en el espejo a su rostro desesperado. Tenía veintitrés años y oficialmente estaba en paro. No podía permitirse, además, cometer un delito. Tendría que sincerarse con el detective McDonnell. Las llaves tendrían que acabar en sus manos, y solo en las suyas.

Se inclinó sobre el lavabo para mojarse la cara. Cuando volvió a erguirse, entró Amanda.

—Iris, acabo de enterarme de la noticia. Lo siento.

—Gracias.

Iris entró en un retrete para evitar cualquier otra conversación y cerró la puerta.

—Siempre hay otros empleos —prosiguió Amanda.

—Sí —dijo dejándose caer sobre la taza y deseando que la metomentodo se largara sin más.

—Claro, necesitarás una carta de recomendación y... Si te soy sincera, no estoy segura de que vayas a conseguirla.

Iris no dijo nada. Apenas escuchaba.

—Bueno, no es que fueras una empleada modélica, Iris.

—¿Cómo?

—¿Crees de verdad que nadie se daba cuenta de que llegabas tarde continuamente?, ¿que venías con resaca la mitad de las veces?, ¿que tuviste una aventura con un compañero?

Iris resopló.

—¿Qué?

Abrió bruscamente la puerta del retrete.

—Tendrás suerte si consigues una referencia. Te sugiero que le des al señor Wheeler todo lo que te pida. Tiene contactos en todo el país.

—No tengo la menor idea de la mierda que me estás diciendo —fue todo lo que Iris pudo ingeniarse para decir.

Así que eso era de lo que Amanda estaba cacareando en el despacho del señor Wheeler. Él la habría incitado a hacerlo. Iris quiso añadir un sonoro «que te den por culo», pero no logró hacer acopio del aliento suficiente. El aire había sido succionado fuera de la habitación.

—Bueno, tú verás.

Amanda se volvió sobre sus tacones de ocho centímetros y se marchó.

Iris cerró de un portazo el retrete y volvió a desplomarse sobre la taza con la cabeza entre las rodillas. Sabían lo de Nick. Se habían fijado en los retrasos matutinos. El señor Wheeler podía echar a perder su carrera si ella decidía no cooperar; pero, si le entregaba las llaves y todo lo demás, no tenía ninguna garantía de que no fuera a llamar a la policía de todas formas.

Abrió de nuevo la bolsa de herramientas. Había una carpeta colgante junto a las llaves de la cámara acorazada. Tal vez el expediente bastara para apaciguar al señor Wheeler, al menos por el momento. No es que él fuera a entender los comentarios, siquiera. La extrajo y volvió a ojear sus traducciones de la taquigrafía.

«*In God We Trust* es la clave... Infiltrado desaparecido... Fracaso cacería del topo... Que le den por culo al alcalde... Trasladar las cuentas... Teddy y Jim... Di a Max que siga de vacaciones... La calidad de un banco se mide por la fiabilidad de sus registros... Los mansos heredarán la tierra.»

En todo caso, todo era un galimatías. Pasó a la siguiente página, donde había tratado de descifrar comentarios de otros expedientes. «Eleanor Finch. 25.000... Rhonda Whitmore: 50.000.»

Las palabras del último expediente estaban en un inglés tan claro como la luz del día, pero seguían sin tener sentido. Eran cartas dirigidas a los propietarios de cajas de seguridad, donde se les explicaba que sus posesiones no reconocidas serían entregadas al Estado si no se ponían al corriente de pago.

Embutió de nuevo los papeles en la bolsa. Entregaría los expedientes con los croquis, concluyó. Si alguien le preguntaba, diría que los sacó por error de un escritorio desordenado. Se levantó y se alisó un poco los pantalones sin planchar. Amanda tenía razón. Había sido una empleada nefasta. Merecía ser despedida. Y lo que era peor: no había conseguido encontrar a Beatrice y estaba a punto de deshacerse de las últimas pistas para salvar el trasero. Iba a ponerse enferma.

Cuando salió del baño, Nick estaba de pie en el pasillo, como si estuviera esperándola.

—Ya me he enterado —dijo.

La simpatía que se desprendía de su rostro le hizo tener ganas de gritar.

—No pasa nada. Lo que no puedo creer es que despidan a Brad.

Si Brad no podía conservar un puesto de trabajo de ingeniería en este mundo, ella no tenía ninguna posibilidad.

El escritorio de Brad ya estaba desmantelado dentro de unas cajas de cartón que crujían. El resto de la oficina, con sus mesas a juego dispuestas en pequeñas filas bien definidas, no parecían reparar en nada. Jamás había pertenecido a aquel lugar. Sintió en el pecho una opresión que casi no la dejaba respirar.

—Ya lo sé —protestó Nick—. Si no lo supiera, no pensaría que ha tenido algo que ver con el viejo banco.

—¿Qué quieres decir?

—El señor Wheeler ha estado interrogando a todo el mundo que ha trabajado en el edificio del banco. A los dibujantes, al arquitecto junior..., incluso a mí. Parece como si las únicas personas despedidas fueran las que han estado implicadas en el proyecto.

—Pero ¿eso tiene sentido? El proyecto ha sido cancelado.

—No estoy seguro. Han estado haciendo preguntas bastante raras. También me han confiscado la cámara. Y eso no es todo. —Bajó la voz—. Fui a buscar las fotos del banco que descargué en el servidor la semana pasada. Esta mañana habían desaparecido.

Iris frunció el entrecejo y se quedó mirando al suelo.

—El señor Wheeler me ha amenazado con formular acusaciones contra mí si no devuelvo cualquier objeto que haya podido tomar de las instalaciones del banco. No tengo ni idea de a qué se refería.

—A mí también me dijo algo parecido. Dijo que si no daba a conocer toda la «información pertinente», me despediría. Estoy empezando a preguntarme si soy el siguiente.

—¿Qué quería saber?

—Dijo que sabía que éramos amigos y quería saber si tú mencionaste algo inusual sobre el banco.

Iris miró a Nick.

—¿Sabía que éramos amigos?

—Sí. A veces tú y yo vamos a almorzar juntos. Todo el mundo lo sabe.

—Todo el mundo parece saber mucho más que eso.

Lo miró con intención.

Él levantó las cejas cuando comprendió lo que quería decir.

—¿Qué? ¿Cómo?

—No tengo ni idea. Supuse que tú dijiste algo sobre nosotros. Porque te aseguro que yo no he sido.

—Oye. —Levantó las manos para defenderse—. Yo tengo mucho más que perder que tú en este tipo de asuntos. A mí podrían crucificarme por acoso sexual en el centro de trabajo. No he dicho ni una palabra.

Pensó que podría ser cierto.

—Entonces, ¿qué les has dicho?

—Solo lo que tú me contaste sobre el edificio, que estaba lleno de expedientes extraños y escritorios llenos de documentos.

—¿Les has dicho algo más?

Iris agarró la bolsa de herramientas un poco más fuerte.

—Solo que tú tenías mucha curiosidad por las cajas de seguridad del sótano —respondió riéndose entre dientes mientras le daba un golpecito en el hombro

—. Era como si estuvieras obsesionada, o algo así.

—¿Cómo?

Estuvo a punto de darle un golpe en la cabeza con la bolsa de herramientas. Había dado de ella la imagen de que era una ladrona chiflada. Peor aún, era en realidad una especie de ladrona chiflada.

Iris se dirigió a los ascensores.

—Tengo que irme. Dile a todo el mundo que me he tomado un descanso y que no podía dejar de llorar, ¿de acuerdo? De todas formas, no es que tenga mucho que hacer.

—¿Estás bien?

Nick tenía el ceño fruncido por la preocupación cuando Iris entró en una cabina de los ascensores.

—¿Ha sido por algo que haya dicho yo?

—No, no eres tú. Solo que... no puedo quedarme aquí ahora mismo. Te llamaré después, ¿de acuerdo? Gracias por cubrirme las espaldas.

Las puertas se cerraron. Paseó de un lado a otro en el interior de aquella pequeña caja de acero hasta que las puertas se abrieron en el vestíbulo principal. No eran más que las diez de la mañana. Se suponía que no tenía que reunirse con el detective en el banco hasta cuatro horas más tarde, pero ahora necesitaba respuestas. Al otro lado de Euclid Avenue, el banco abandonado la esperaba.

Jueves, 14 de diciembre de 1978

Beatrice salió a hurtadillas por la puerta trasera de la cafetería y bajó por el callejón en dirección al hospital. Más allá, en el límite de Little Italy, estaba la vieja iglesia católica, donde los italianos del barrio asistían a misa y a cuya catequesis enviaban a sus hijos. Cuando se aproximó a la entrada trasera de la Iglesia de El Salvador, oyó una melodía vaga. A medida que caminaba, iba sonando más alto. La puerta trasera tenía abierta una rendija que daba al templo. Las voces de unos niños que cantaban y la luz tenue de unas velas la indujeron a entrar. Reconoció la canción: era un coro navideño que no había oído desde que era muy pequeña. Se sintió invitada por ellos a subir los peldaños de piedra y entrar.

El coro estaba ensayando. El templo estaba vacío, salvo por los niños en el altar, el organista y el director. Sus vocecitas se alzaban hasta lo más alto del techo abovedado para, a continuación, volver a descender hacia donde estaba, como si los ángeles se hubieran unido al coro después. Beatrice se introdujo en un banco del fondo y se frotó las manos frías. Levantó la vista hacia la enorme talla en madera de Cristo crucificado que pendía sobre los niños. Se calentó las manos, aguantándose todo lo posible las ganas de abrir la bolsa que Gladys le había entregado.

No era más que una simple bolsa, pero era el último rastro de Doris y quería verlo. La depositó sobre su regazo. Nada en su interior sería digno de arriesgarse a realizar otra visita a la UCI. La advertencia de Max seguía garabateada en un espejo, a unas cuantas manzanas. No podía regresar. Con un suspiro profundo, tiró finalmente de la cremallera.

Había cigarrillos, un encendedor, medicamentos para el resfriado y un neceser de maquillaje. Dejó que sus manos recorrieran cada uno de los objetos mientras las lágrimas se adueñaban de las comisuras de sus ojos. Todo olía a Doris. El neceser estaba vacío, exceptuando un tubo de lápiz de labios gastado e hilo dental. En el fondo, bajo el maquillaje y los cigarrillos, había algo más.

Entornó los ojos para ver qué era eso que le lanzaba destellos. Lo agarró entre los dedos y le sacudió las hebras de tabaco que había en el fondo. Era un collar de diamantes. *¿Qué?* Tomó aliento con la respiración entrecortada y, acto seguido, extrajo del neceser, uno tras otro, incrédula, el collar, un anillo y unos pendientes de diamantes. En la penumbra del banco de la iglesia, relampagueaban como adornos navideños. El coro dio comienzo a otro himno mientras ella contemplaba boquiabierta las piedras preciosas, entre las manos.

Beatrice rebuscó en el neceser con la esperanza de que contuviera una explicación, pero no la había. Su mente viajó hasta el diario que encontró en la caja de seguridad de su tía y lo extrajo a toda prisa del bolso. Tras dirigirse a la última página, leyó: «22/11/1978, 889, anillo, collar y pendientes de diamantes».

Volvió a leer las palabras y dejó caer el libro sobre el banco contiguo. Se imaginó a su tía con sus zapatos ortopédicos, manteniendo una semana tras otra una charla informal con Shirley tras el mostrador de depósitos. Shirley le habría sonreído amablemente mientras se quejaba de su trabajo en la cafetería. Habían sido amigas. La propia Shirley lo dijo. El vigilante de la cámara acorazada, las cámaras de vigilancia de las llaves... Todas eran medidas de seguridad nuevas por las que Shirley estaba molesta. Antes eran las llaves de Shirley. Antes aún habían sido las llaves de Doris. Beatrice contempló el montón de diamantes en su regazo.

Doris no podía haber abierto las cajas de desconocidos. Había ciertos procedimientos. Beatrice los recordaba bien desde el día que abrió la caja 547. Mientras admiraba las joyas, recordó también que Shirley se había saltado las normas cuando oyó el nombre de su tía. Los diamantes de su regazo resplandecían con una autenticidad innegable. De algún modo, Doris lo había conseguido. Una semana tras otra, acudía a la cámara acorazada y abría cajas. Seguía sin ser posible. Aun cuando Shirley mirara a otra parte o saliera a tomar un café o, sin más, entregara directamente las llaves a Doris, ¿cómo lograba abrirlas todas?

Oh, Dios. La llave secreta de Max. Se quedó pálida de inmediato. Recogió el bolso del suelo y revolvió en su interior hasta que encontró la llave. Shirley le había dicho que antes había una llave maestra y que la habían robado. Y la tenía allí, en la palma de la mano.

Las notificaciones de transferencias de bienes amontonadas en el cajón de Doris junto con las cartas de amor sensibleras de Bill empezaban a cobrar sentido. Habían sido enviadas a clientes del banco que tuvieran demoras en los pagos. Max había investigado las notificaciones exactamente igual que ellos y había descubierto que el Estado no tenía ningún registro de ninguna de las amenazas de transferencia. Bill no había transferido siquiera el contenido de las cajas morosas al Estado. Lo cual dejaba solo una conclusión.

Doris lo había robado todo. Ella era la infiltrada.

La llave se le cayó al regazo. Sus manos salieron disparadas hacia la boca para ahogar un grito. Diamantes, dinero en efectivo, ahorros en bonos del Estado... No quería creerlo, pero los documentos no mentían. Doris había pasado años robando las valiosas pertenencias de absolutos desconocidos. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

Tomó el diario. El primer robo se produjo hacía más de dieciséis años. *¿Por qué, Doris?* Pasó las páginas manuscritas. Todo aquello debía de ser la caligrafía de Doris, reparó. Una tras otra, fueron pasando las hojas hasta que de una de las páginas saltó el nombre de Rhonda Whitmore. Aquella mujer había acudido al banco para reclamar una transferencia. Unos cuantos días después, fue atropellada por un automóvil.

No. Un sollozo se le agolpó en la garganta. Su tía no podía haber tenido nada que ver con la muerte de Rhonda. Doris vivía en un apartamento vulgar de un barrio deprimido. No tenía dinero. La mirada de Beatrice descendió sobre el abrigo de visón del armario de su tía, que ahora cubría sus propios hombros, pero no había sido utilizado durante años. *¿Qué había hecho Doris con lo expoliado? ¿Le seguía prometiendo Bill que huirían juntos a algún lugar tropical? ¿Por qué no se había gastado nada? ¿Estaba Doris aprovisionándose para el día en que se marchara definitivamente de la ciudad? Los diamantes le pesaban en el regazo mientras al otro lado de Mayfield Road, Doris agonizaba en la cama de un hospital. Ahora le serían muy útiles.*

Sus manos temblorosas reunieron las pruebas y lo embutieron todo de nuevo en la bolsa de cremallera. Se enjugó las lágrimas amargamente. Doris había robado a esas pobres personas. Doris era una ladrona y una mentirosa. Su madre advirtió a Beatrice hacía muchos años de que no confiara en su tía, pero no quiso creerla. Seguía sin querer creerla. Doris la había acogido. Le había brindado un lugar donde vivir. La había ayudado a conseguir un empleo.

Sus pensamientos se detuvieron en seco. Doris la había enviado al banco con Bill. *¿Esperaba Doris que Beatrice desempeñara algún tipo de papel en su enfermizo juego? ¿La había enviado también junto a Max? Max tenía la llave maestra. ¿Significaba eso que Max estaba al tanto de los robos? Beatrice apretó entre las manos la bolsa de su tía hasta que tuvo los nudillos blancos.*

Vete. La palabra se le repetía en la cabeza mientras mantenía el corazón desasido en el pecho. Tenía entre las manos una pequeña fortuna. Los diamantes le reportarían, al menos, mil dólares, aunque fueran robados. Sería suficiente para abandonar la ciudad y empezar desde cero.

Una mano amable le acarició el hombro. Beatrice dejó escapar un grito. El coro dejó de cantar.

—Oh, siento haberla sobresaltado, señorita. —El viejo sacerdote que había a su espalda le brindó una sonrisa. Hizo una seña al director del coro. Los niños reanudaron el cántico y, a continuación, él se inclinó y le habló en voz baja—. *¿Se encuentra bien?*

Beatrice se limpió el rímel que le embadurnaba las mejillas y asintió.

—Las vacaciones pueden llegar a ser una época del año muy dura para muchas personas, lo sé —dijo mientras le daba una palmadita en el hombro—. Pero

ahora el templo está cerrado al público por los ensayos. Será bienvenida si regresa mañana por la tarde.

Beatrice consiguió esbozar una leve sonrisa.

—Lo siento, padre.

Se levantó y lo acompañó hasta la entrada trasera de la iglesia. La invadían los remordimientos. Su tía había robado a viudas y a niños, y Beatrice acababa de contemplar la posibilidad de hacer lo mismo. Vender los diamantes robados no la convertiría en alguien muy diferente de Doris.

Se detuvo en la puerta y se fijó en una caja con el letrero «Donativos» sobre una mesa grande llena de pequeñas velas rojas.

—Discúlpeme, padre.

—¿Sí, hija mía?

—¿Por qué hay tantas velas? —dijo señalando a las ofrendas.

—Son para recordar a quienes hemos perdido y por los que seguimos rezando. —Hizo un gesto hacia un pequeño altar encajado en la parte trasera del templo. Había tres grandes candelabros cubiertos de cera derretida, como lágrimas rojas reseca—. Siéntase libre para hacer un donativo si quisiera recordar a alguien esta noche.

La dejó a solas con las velas y la caja de donativos. Un candado viejo colgaba abierto del pestillo de la caja, acogiendo con un único brazo al mundo, confiando en todos y sin rechazar a nadie. Acarició la cerradura abierta. *Ojalá el mundo fuera así*. Tomó una vela, la sostuvo entre las manos y, a continuación, volvió la vista hacia el altar y los niños. Tenía un pequeño pedazo de papel pegado a la base. Era una oración.

Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra.

Se quedó contemplando las palabras. *¿Cómo?*, se preguntó mientras parpadeaba para contener las lágrimas. *¿Cómo heredarán algo los mansos?* Los poderosos tenían todo el sistema atado y bien atado. Daba igual que ella o Max informaran a las autoridades, nadie las creería, y los peces gordos quedarían impunes por el asesinato. Si Max no desaparecía, acabaría en prisión. Beatrice iba a marcharse de la ciudad. Doris iba a morir. *¿Eran ellas los mansos? ¿Las salvaría Dios? Sus ojos descansaron sobre la bolsa de cremallera de Doris. ¿Merecemos la salvación?*

La abrió.

—Lo siento —susurró a una persona que jamás había visto, mientras sacaba el largo collar y lo depositaba en la caja de la colecta. Lo siguiente fueron los pendientes. Le tembló la mano cuando extrajo del neceser el anillo. Era un anillo de compromiso. En algún momento había albergado los sueños de alguien con un futuro luminoso. Sostuvo el anillo sobre la ranura de la caja de donativos y se esforzó por soltarlo—. Perdóname.

Instantes después, regresó a toda prisa a la oscuridad de la noche. Se dirigió hacia el norte, hacia Euclid Avenue, deteniéndose solo una vez para volver la vista atrás y ver tres velas que parpadeaban junto a la ventana.

El taxi dejó a Beatrice bajo un cartel azul grande que decía «The Lancer Motel». Abrió la puerta de cristal empañado y se introdujo allí. El salón estaba abarrotado. El ruido creciente de un piano, las voces en animada conversación y un humo denso le inundaron los oídos y los pulmones. Quería confundirse en aquel mar de rostros, pero la piel blanca y el pelo eran un faro bajo aquella luz tenue. Con la cabeza agachada, recorrió bordeando la sala todo el camino hasta la pared del fondo del bar.

—¿Ha visto a Max? —gritó Beatrice en medio del estruendo al hombre que estaba detrás de los grifos de cerveza.

—¿A quién? —refunfuñó al tiempo que sujetaba entre los dientes un purito.

—Maxine McDonnell. ¿Está aquí?

—No sé de quién demonios habla. Si quiere quedarse aquí tiene que pedir algo.

—Un *stinger* —gritó, y tomó el único taburete desocupado que había.

Un desconocido con un sombrero de cuero negro se volvió hacia ella y le sonrió. Sus ojos negros soñolientos le recorrieron el cuerpo de arriba abajo, deteniéndose en el abrigo de visón de su tía.

—¿Buscas a alguien, nena?

—Mmm... Sí. A Max. ¿Conoces a Maxine McDonnell? —gritó.

—Tengo entendido que se ha ido de la ciudad —extendió la mano y acarició la piel del abrigo. Beatrice se replegó contra la barra—. ¿De qué conoces a

Maxie?

—Es amiga mía.

Se levantó para marcharse, pero el hombre se agarró al abrigo.

—¿Adónde vas, nena? Todavía no hemos charlado.

—Déjala en paz, Sam, está conmigo —dijo a su espalda una voz grave.

Era Ramone. Beatrice suspiró, de sorpresa y de alivio visible al mismo tiempo, cuando vio al vigilante de seguridad a su lado.

—Bueno, bueno, Ra. Parece que te has hecho un lugar en el mundo.

El hombre del sombrero señaló a Beatrice. Arrojó una nube de humo del cigarro puro en el rostro de Ramone y, a continuación, mostró un diente de oro.

Ramone se irguió y tendió la mano a Beatrice. Ella la agarró y se apartó de la barra. El hombre del sombrero se quedó mirando fijamente a Ramone y soltó el

abrigo.

Ramone la sacó de la sala y la llevó a un callejón sin salida. Le soltó la mano y la agarró por los hombros.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? ¿Sabes con quién estabas hablando? ¿Sabes lo cerca que has estado de acabar teniendo una profesión nueva?

Beatrice apoyó la espalda contra la pared de ladrillos del callejón y negó despacio con la cabeza.

—Ma... Max me dejó una nota.

—¿Sí? —Ramone la soltó—. ¿Qué decía? ¿Está bien?

—No lo sé. La encontré en casa de mi tía. Me dijo que me fuera y dijo algo del Lancer...

La mente de Beatrice divagó, dudando todavía de lo que habría podido suceder si Ramone no hubiera aparecido como caído del cielo.

—¡Esa zorra está loca! —gritó Ramone al cielo sin estrellas—. ¡No sé en qué diablos está pensando! ¡Esta mierda ha ido demasiado lejos!

—¿Qué ha ido demasiado lejos? ¿Qué ha estado haciendo? —replicó a gritos—. Dicen que ha estado entrando en el edificio y durmiendo allí. Deben de haber encontrado mis cosas... no sé cómo. Dicen que ha estado robando. ¡Han llamado al FBI! Su hermano dice que no puede ayudarla y que nadie va a creerla.

Ramone la miró sin decir una palabra. No sirvió más que para volver más histérica a Beatrice.

—Pensé que éramos amigas, pero ¿me envió aquí para que me atacara quién? ¿Los proxenetas? ¿Es eso lo que era el tipo de allí? ¿Un proxeneta? ¿Por qué conocía a Max? ¿Por qué te conocía a ti? ¿Eres tú también una especie de proxeneta?

No le importó si se ofendía. El hecho de que acabara de aparecer allí como caído del cielo resultaba de repente demasiada suerte para ser una mera coincidencia.

—Niña, no sabes una mierda, ¿verdad? Seguramente es la razón por la que te escogió.

Beatrice se quedó con la boca abierta y, después, la cerró enseguida y la apretó antes de que pudiera escapársele un torrente de preguntas. Se metió las manos heladas en los bolsillos y apretó en una llave maestra de la cámara acorazada. Max había dicho a Beatrice que no anduviera buscando respuestas. Dijo que volvería a por la llave cuando todo hubiera terminado. Pero, entonces, envió a Beatrice al Lancer con una nota garabateada a toda prisa. O algo había salido mal, o Max no pensaba que ella fuera una estúpida.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Beatrice.

Ramone encendió un cigarrillo y señaló de nuevo a la sala.

—Este era nuestro lugar de reunión al principio. Cada vez que las cosas se ponían feas, ella se pasaba por aquí y me buscaba. Max siempre anduvo metida en algún tipo de problema. Seguramente porque acudía a sitios como este. Sigo pensando que volverá a pasarse por aquí.

—¿Ha vuelto aquí?

—Todavía no. Pero te hizo venir aquí por alguna razón. Tal vez piense que tú y yo debemos hablar. Ya sabes, tú te pareces más a Max de lo que jamás había pensado. Eres la única chica blanca que he visto entrar sola en ese sitio.

Beatrice no sabía decir si era un insulto o un cumplido.

—¿De qué crees que querría que habláramos?

Ramone miró al lado del edificio desocupado que flanqueaba el callejón y le dio una calada al cigarrillo.

—Eso me gustaría saber. Dejé de hablarme y desapareció. Solo me dijo que mantuviera los ojos bien abiertos. Así que he estado vigilando, oye, y toda esta basura no tiene sentido. Las nuevas medidas de seguridad impuestas. Han duplicado los vigilantes, pero ya nunca hay nadie allí por la noche. Tienen ese extravagante circuito cerrado de televisión nuevo, pero esa mierda está apagada la mitad de las veces. Abren la cámara acorazada a horas extrañas. Es casi como si quisieran que robaran.

—¿Han robado? ¿Ha vuelto a estar Max en el banco?

—Sigo atento. Si le pongo la mano encima a esa chica, no creo que deje nunca de sacudirla. Se ha largado y se ha metido en un mundo de mierda. Debería haberme hecho caso. —Tiró el cigarrillo, enfadado—. Seguramente es la razón por la que no la he visto...

Max estaba evitando a Tony y a Ramone. No quería implicarlos. Beatrice tragó saliva. Entre la llave, el apartamento destrozado de su tía, la vigilancia del hospital y el FBI, era demasiado tarde para ella.

—¿Cómo han encontrado mi maleta?

Se había preocupado de guardarla bajo llave con todas las huellas que pudiera tener de ella en un armario de la undécima planta.

—No creo que la encontrarán.

—Pero dijeron que encontraron pruebas.

—Pruebas puede significar muchas cosas, sobre todo cuando habla un hombre blanco. He estado vigilando y parece que están desesperados.

Ramone había estado vigilándola también a ella, se dio cuenta. Quizá la hubiera seguido hasta Little Italy. Quizá la hubiera seguido hasta el Lancer. Tal vez esperara que lo condujera a Max. ¿Qué sabía en realidad de Ramone, además de que conocía a proxenetas y a gánsteres y trabajaba en la seguridad del banco? No podía confiar en él, ni en Max. Ya no.

—Yo... debería irme. Gracias por tu ayuda ahí dentro, Ramone. Si alguna vez vuelves a ver a Max..., dile que me despedí de ella.

—¿Adónde crees que vas? No puedes marcharte a casa desde aquí, sin más, ya sabes. ¿Sabes siquiera dónde estás?

Beatrice se mordió el labio.

—Bueno, seguro que hay una parada de bus cerca.

—Sí, al infierno. Deja que te pida un taxi, ¿de acuerdo?

La agarró del brazo y la llevó de nuevo hacia el bar.

—¡No puedo volver ahí dentro!

Se soltó del brazo y examinó la calle vacía.

—Vas conmigo.

—¡No! Déjame aquí, simplemente. Me quedaré en el callejón sin que nadie me vea, te lo prometo.

Ramone le soltó el brazo y siguió caminando hacia la entrada, sacudiendo la cabeza.

—Te vas a morir de frío.

Esperó a que Ramone desapareciera al otro lado de la esquina. Con el corazón acelerado, se volvió y corrió entre las sombras del callejón, lejos de Ramone y del Lancer Motel.

Once manzanas más allá, Beatrice se detuvo al fin para recuperar el aliento. Estaba en Chester Avenue, veinticinco manzanas al este del banco. El aire gélido le quemaba los pulmones. Sentía punzadas de frío en las manos y los pies, y no se veía un taxi por ninguna parte. Se ocultó entre los remansos de luz amarilla de las farolas buscando el modo de encontrar un bus, un taxi... cualquier cosa. Detrás de ella no había rastro de Ramone, ni de nadie más.

Levantó la maleta y siguió avanzando. La acera estaba flanqueada por restricciones de paso impuestas por cadenas y por edificios desocupados. Pasó corriendo ante un escaparate hecho añicos. Dentro del almacén abandonado, en el suelo, había cristales rotos. No se veía ningún comercio, ningún restaurante abierto, ningún vehículo en esa parte de la ciudad. Los edificios clausurados se alineaban en la calle uno tras otro. Se detuvo tiritando ante una hilera de casas derruidas.

Confiaba en encontrar un taxi o algún lugar cálido para desentumecerse cuando se aproximara más a Public Square. Fantasó con el vestíbulo del Stouffer's Inn y la confortable cama de la habitación que daba a un callejón.

Entonces, se le ocurrió. No tenía forma de pagar. Después de la habitación de hotel de la noche anterior, tenía menos de cinco dólares en efectivo. Todo su dinero estaba guardado en la cuenta corriente del banco. Presa del pánico al abandonar el edificio, se olvidó de recuperarlo. ¿Cómo podía ser tan estúpida?

Cuando azotaba la calle vacía, el viento frío le traspasaba el abrigo. La maleta le iba golpeando la pierna cuando el pie pisaba por Chester hacia los edificios más altos.

Veinte manzanas más tarde, las manos heladas la hacían sentir como si le hubieran arrancado la piel con la hoja de un serrucho. Tenía los dedos de los pies tan entumecidos que apenas podía caminar. La maleta pendía de la carne desnuda de su puño hasta que, finalmente, cayó al suelo. Flexionó el cuerpo para tratar de calentarse. Dios la estaba castigando. No debería haber huido. Casi deseaba ver detrás de sí a Ramone agitando el puño, pero se había alejado demasiado varias calles hacia el norte. No la encontraría. No se veían automóviles.

Sus ojos miraron aturridos a su alrededor. Los edificios se habían vuelto más altos. El First Bank of Cleveland solo estaba a seis manzanas. Era el último lugar al que quería ir, pero no tenía ningún otro sitio. En lo alto colgaba un rótulo apagado. En las bombillas se leía «State Theater» y recordó haber leído el nombre en un cartel de las paredes de los túneles.

A la izquierda de la entrada había un callejón lateral. Arrastró la maleta hasta el angosto paso entre los edificios en busca de un acceso, la tapa de una alcantarilla... cualquier cosa que pudiera alejarla del frío. Mientras le castañeteaban los dientes, se adentró dando tumbos en el callejón entre contenedores de basura cubiertos de nieve. Dudó si meterse dentro de alguno para aislarse del viento, pero, enseguida, al fondo del callejón, lo vio. Encajonada contra una boca de riego había una pequeña caseta con una puerta sin marcas. Se parecía muchísimo a la del Stouffer's Inn. Buscó en el bolso y extrajo las llaves de Max. Los dedos rígidos apenas eran capaces de agarrar el metal helado, y las llaves cayeron en la nieve, a sus pies. Se agachó y escarbó entre las afiladas cuchillas del hielo para recuperarlas del fango. Por el rabillo del ojo vio moverse algo. Una sombra alargada con un chaquetón con capucha avanzaba a trompicones y se detuvo en la acera unos cincuenta pasos detrás de ella. Se volvió en esa dirección. Beatrice jadeó y agarró como pudo las llaves entre el montón de nieve. Repiqueteaban sonoramente entre las manos temblorosas cuando se esforzaba por introducir alguna en la cerradura. No entraba. Las llaves heladas se le pegaban a la piel húmeda conforme iba consiguiendo aislar una más. La sombra avanzaba hacia ella.

Ahogó un grito en lo más profundo de la garganta e introdujo a la fuerza otra llave en la cerradura con las dos manos desnudas. La puerta se abrió con generosidad, y ella se arrojó al interior.

La estancia estaba completamente a oscuras. Cerró de un portazo y se apoyó contra la puerta. El calor de la sala agudizó el dolor punzante en los dedos helados de manos y pies. Se echó el aliento caliente en las manos. Algo dio un ruidoso golpe contra la puerta. Se apartó de ella dando un grito. Su bolso golpeó contra el suelo cuando ella cayó sobre algo grande y metálico. El pomo de la puerta vibraba hacia un lado y otro.

—Márchate —gimió.

Bum. Bum. Después, el ruido se detuvo.

Contuvo la respiración y trató de escuchar algo hasta que estuvo segura de que, quienquiera que fuese, se había dado por vencido y se había marchado. Se incorporó despacio en la caja metálica sobre la que había caído y palpó en el suelo húmedo y pegajoso en busca del bolso. Solo entonces se dio cuenta de que se había dejado la maleta sobre un montón de nieve, al otro lado de la puerta.

—¡Oh, no! —resopló al tiempo que se volvía hacia la entrada. No había forma de volver a abrirla. De todas formas, quien estuviera al otro lado seguramente se la habría robado ya.

Un delgado hilo de luz se filtraba a través del quicio de la puerta. Mientras se le acomodaba la vista, lo único que podía entrever era una cosa voluminosa que había en el suelo. Se agachó. Era una trampa. Buscó a tientas un asa. La tapa cedió, y ella supo lo que iba a encontrar debajo. Era una escalera.

Descendió a ciegas para llegar al túnel, más abajo. La oscuridad se la tragó entera. Ni siquiera el destello de luz procedente del quicio de la puerta de arriba la alcanzaba en el fondo. No tenía linterna, ni fósforos, ni nada. No importaba. Estaba resguardada y oculta del mundo de arriba. Quería desesperadamente tumbarse, ya no le preocupaba dónde hacerlo. Se agachó para tocar el suelo que pisaba y se arrastró. Estaba húmedo. Oyó caer a lo lejos una gota de agua. Después, otra. Avanzó despacio hacia el sonido con las manos levantadas por delante.

El dolor de los dedos de manos y pies iba remitiendo poco a poco a medida que avanzaba lentamente por el túnel. Al cabo de cinco minutos en la oscuridad, ya no podía decir si tenía los ojos abiertos o cerrados. Su respiración se fue volviendo cada vez más ruidosa en medio de aquel negro infinito. El sonido de unas gotas le llevó hasta una ramificación del túnel. Lo siguió hacia la derecha y recorrió otro pasadizo estrecho. Palpó buscando un lugar seco donde dormir, hasta que ya no tuvo la menor idea de cuánto se había alejado.

La histeria empezó a apoderarse del centro de su tronco cerebral. No sabía dónde estaba. No veía. Se desorientaba cada vez más y se convencía de que jamás lograría encontrar la salida. Se le aceleró el pulso hasta alcanzar un ritmo vertiginoso. Se le fue apretando cada vez más un nudo en la garganta conforme la respiración se le iba acelerando. Aspiraba el aire frenéticamente y ahogó un grito. Estaba hundiéndose en un mar negro. Estaba enterrada viva. Avanzaba dando tumbos, ya sin levantar siquiera las manos para protegerse el rostro. Fuera. Tenía que salir fuera.

Estaba casi corriendo cuando sus pies tropezaron con algo. Dio un grito al caer de rodillas. Un agua fétida le mojó las medias. El aire era denso y estaba viciado, olía como a hojas de árboles putrefactas. Arrastró las manos por el suelo de cemento pantanoso, buscando el bolso. Todo estaba frío y húmedo, hasta que los dedos rozaron algo caliente y suave. Era una mano.

Viernes, 28 de agosto de 1998

Iris atravesó corriendo la calle hasta el First Bank of Cleveland, maldiciendo por dentro. Nick había andado contando en el trabajo chismes de que ella estaba obsesionada con las cajas de seguridad. No le había dicho nada a nadie acerca de las llaves; pero, de algún modo, su antiguo jefe y un oficial de policía parecían saber que las tenía. La única persona a la que se las había enseñado era a una cerrajera de Garfield Heights que ni siquiera sabía su nombre; no obstante, sin saber cómo, lo averiguaron, en todo caso.

Ocultar pruebas a un policía era delito; pero, si no le daba al señor Wheeler lo que quería, presentaría acusaciones contra ella y echaría a perder su carrera. No es que una recomendación valiera de mucho si tenía un antecedente delictivo. En ese momento, obtener otro empleo de ingeniería que seguramente detestara era la última de sus preocupaciones. Tenía que encontrar la forma de volver a entrar en el banco y arrojar las llaves a algún rincón oscuro para que las encontrara otro. Pertenecían a aquel lugar.

Corrió hasta la puerta trasera, detrás del edificio, y apretó el botón del portero automático. No sucedió nada. Volvió a intentarlo y esperó. *Maldita sea.* Corrió hasta la fachada principal del edificio por si lograba ver a Ramone por las ventanas.

El vestíbulo principal estaba vacío. Apoyó la frente contra el cristal. Tal vez pudiera simplemente introducir las llaves bajo la puerta. Mientras dudaba qué hacer, la mirada perdida cayó sobre el cartel de terciopelo negro del vestíbulo que mostraba los nombres de los hombres importantes que trabajaron allí. Poco a poco, se enfocaron las letras. Al final de la lista se leía «C. Wheeler, Coordinador del Consejo». Apretó la nariz contra el cristal y volvió a leer el nombre. El señor Charles Wheeler había trabajado en el First Bank of Cleveland.

Iris se volvió para mirar el edificio desde otro lado de la calle, en cuya novena planta se encontraban las oficinas de WRE. El señor Wheeler había trabajado en el banco hacía veinte años y ahora trabajaba a solo doscientos metros de allí. En ese mismo instante podía estar observándola desde la ventana de su despacho de directivo.

¡Oh, mierda!

Se marchó corriendo de Euclid Avenue. Si el señor Wheeler trabajó en el banco, tal vez conociera al hombre que murió. Podría saber quién lo mató. Podría saberlo todo. Dobló la esquina. Un gran camión negro salió del muelle de carga del banco. Iris se detuvo en seco y se agachó tras la esquina del edificio. Al cabo de tres respiraciones aceleradas, se asomó por la esquina de nuevo y vio marcharse el camión. No tenía marcas; ni siquiera placa de matrícula. Iba hacia el este, y la puerta del garaje se cerró.

No tenía sentido. ¿Dónde estaba la policía? ¿Dónde estaba el precinto policial de la escena del crimen? ¿Dónde estaba Ramone?

Una mano la agarró del brazo. Gritó.

El detective McDonnell le tapó la boca con la palma de la mano.

—Venga conmigo —le ordenó, y la llevó hasta su vehículo de policía camuflado, junto al bordillo.

Mierda. Iris caminaba arrastrando sin fuerza el bolso y la bolsa de herramientas llena de pruebas. Sintió un ligero alivio cuando le abrió la puerta del copiloto y no la trasera, pero nunca había estado en un vehículo de policía. La puerta se cerró de un portazo. El detective se introdujo en el asiento del conductor y accionó la palanca de cambios para mover el vehículo. Iris no estaba segura de haber entendido, pero estaba demasiado asustada para preguntar.

Sin decir una palabra, el detective la llevó por Euclid Avenue y giró por Superior hacia Terminal Tower. Iris se obligó a respirar. Examinó el salpicadero para evitar caer presa de la histeria. Pegada en la parte frontal, había una fotografía de una joven. Iris había visto esa fotografía antes. Se concentró en la imagen mientras el detective hacía unos cuantos giros más y, finalmente, estacionaba en una calle lateral. Se volvió para mirarla por primera vez desde que la introdujo en el automóvil.

—Es mi hermana. —Señaló a la imagen desvaída—. Era toda una belleza.

Iris asintió sin apartar los ojos de la fotografía.

—La he visto antes.

—¿Sí?

Iris frunció el ceño tratando de recordar dónde. Los colores eran más brillantes. La otra fotografía estaba en algún lugar donde no le había dado el sol.

Ramone.

—Ramone tiene su fotografía en su habitación, al lado de la de su madre.

—¿El vigilante de seguridad...? Supongo que no debería sorprenderme. Max hacía amigos por dondequiera que pasaba. —Pareció restarle importancia, pero, por la forma en que lo había visto arrugar el ceño, Iris podía asegurar que había más cosas que contar—. ¿Por qué no está en el trabajo, Iris?

—Hoy me han despedido. Bueno, han prescindido de mis servicios. El ambiente estaba bastante enrarecido, así que me marché.

—¿Enrarecido? ¿Cómo? —La examinó atentamente.

—No sé. Supongo que anduvieron haciendo un montón de preguntas. Recibí su mensaje esta mañana y... me puse nerviosa. ¿Qué está pasando? ¿Por qué la policía no está todavía en el edificio?

No lograba recuperarse para preguntar directamente si la estaba acusando de algún delito.

—Han suspendido la investigación. El juez ha decretado suicidio. Caso cerrado.

—¿Y qué pasa con la estantería y la cerradura? —preguntó.

El nombre del señor Wheeler aparecía escrito en letras blancas en un remoto lugar de su cerebro. Simplemente era raro.

—Pruebas circunstanciales. No eran suficientes para dictar órdenes judiciales.

—Oh. —Iris arrugó el entrecejo y trató de no mirar la bolsa de herramientas—. ¿Qué tiene que ver todo esto conmigo?

La observó un instante y respondió:

—Me contó usted algunas cosas del edificio. Fui a buscar los expedientes donde me dijo que mirara y habían desaparecido.

Se quedó boquiabierta.

—¿Desaparecido?

—Bueno, al principio pensé que quizá quería engañarme, pero vi en la moqueta marcas de lo que podrían haber sido armarios archivadores. También había huellas de ruedas en la suciedad del suelo. Alguien se los ha llevado. Hace poco.

—He visto un camión negro.

—Yo también lo he visto. Alguien está vaciando el edificio. El condado no me da una respuesta clara, y el propietario del edificio no atiende a mis llamadas. Mi jefe me dijo que lo dejara. Piensan que estoy obsesionado con el viejo banco y con encontrar a mi hermana. —Se frotó los ojos—. Mierda, me sorprende que me

hay an dejado siquiera atender la denuncia en primera instancia.

Alguien estaba completamente equivocado. Ninguna de sus palabras explicaba por qué la había llamado, por qué la había amenazado con lo de retener pruebas, ni por qué ella estaba en su automóvil. Y lo que era aún peor, acababa de reconocer que nadie le hacía caso.

—Sigo sin entender qué tiene que ver esto conmigo.

—Alguien ha estado vigilando su casa. Creo que la han estado siguiendo.

Se le heló la sangre.

—¿Cómo?

—No estoy seguro de quién. Empecé a seguirla la semana pasada porque era mi única pista y, lo siento, pero parte de su relato, sencillamente, no parecía encajar.

—¿Mi relato?

Se le quebró la voz.

—No creo que me esté contando todo —dijo abiertamente—. Ahora creo que tal vez esté en peligro. Alguien del condado no quiere que esta investigación avance. Alguien está sacando pruebas del edificio. Alguien la está siguiendo. Bueno, puede decirme por qué, o puedo dejarla en su casa y que asuma sus riesgos.

Abrió la boca, pero del nudo que tenía en la garganta no salió ningún sonido. Tony la observaba detenidamente mientras ella asimilaba lo que acababa de decirle. El señor Wheeler estaba al tanto de su asunto con Nick, de sus hábitos alcohólicos y de sus retrasos matutinos. El señor Wheeler parecía tener conocimiento de la existencia de las llaves. Todavía sentía el apretón de su mano, pero esta vez la tenía alrededor del cuello.

Iris se inclinó despacio hacia el suelo del vehículo y agarró el bolso y la bolsa de herramientas. Rebuscó con las manos temblorosas y encendió un cigarrillo. El detective esperó pacientemente y bajó la ventanilla del lado de Iris. Ella expulsó por la ventanilla un torrente vacilante de humo y, a continuación, extrajo las llaves.

El detective McDonnell tomaba notas mientras Iris le refería toda la historia. Asentía mientras ella confesaba haber robado las llaves del cajón de Suzanne, de la cámara acorazada y, finalmente, del suelo del cuarto de baño, a tan solo unos centímetros del cadáver en descomposición. La última confesión llevó al detective a dejar de escribir. Se le llenaron los ojos de incredulidad primero y después, de ira.

—¿Se llevó algo de la escena del crimen? ¿Está loca? —Examinó su cara como si realmente estuviera tratando de sopesar su locura—. ¿Se da cuenta de que eso es un delito? Acaba de destruir su credibilidad como testigo. ¡No puedo utilizar ninguna prueba que aporte! Aunque me permitieran reabrir el caso, no tengo nada. ¡Maldita sea!

Dio un manotazo al salpicadero y volvió la cara hacia la ventanilla. A Iris se le encharcaron los ojos y se le cayó el cigarrillo de los labios temblorosos.

—Estaba asustada —protestó mientras se sacudía torpemente las ascuas del regazo—. ¿No puedo alegar trastorno mental transitorio o algo así? Nunca había visto un cadáver. Entré en la habitación y recogí la llave. Después encontré las moscas y los huesos, y vomité. Lo siguiente que recuerdo es que la habitación estaba llena de policías. Ni siquiera me di cuenta de que tenía la llave en la mano hasta que estuve abajo, junto a mi automóvil, y era... demasiado tarde. Estaba asustada. Pensé que iba a volverme loca. He estado oyendo voces. ¿Hay algo que pueda hacer para enderezar esto?

El detective la miró con dureza, e Iris casi sintió que ya estaba rodeada por los barrotes de la cárcel. Apretó los labios para evitar lamentarse.

Tony suavizó la mirada.

—Así que encontró unas llaves. ¿Por qué iba alguien a estar siguiéndola, Iris?

Tragó saliva.

—No son unas llaves cualesquiera. Hice unas comprobaciones. Son las llaves de la cámara acorazada del banco y esta... —dijo tomando entre los dedos vacilantes la que no tenía marcas—, esta es la llave maestra. La llaman así. Juntas, estas pueden abrir todas las cajas de seguridad de la cámara acorazada.

—¿Ha estado haciendo comprobaciones? —Levantó la vista hacia el techo del vehículo y alzó la voz hasta convertirla en un trueno—. ¿Por qué demonios quiere la gente jugar a ser detective? ¿Se parece a mi maldita hermana con estas tonterías! ¿Sabe lo que le pasó cuando estuvo husmeando en esa cámara? ¡Desapareció! Por lo que sé, está muerta y enterrada en algún lugar de esta ciudad. ¿Es eso lo que quiere?

Iris se acurrucó en el rincón de su asiento. Él la notó atemorizada y le acarició el pelo. El precio que el banco le había impuesto estaba escrito en las arrugas de su frente.

Respiró profundamente y dijo en voz baja:

—Lo siento, Iris. Esto es mucho más grande que usted, ¿de acuerdo? —Ella le brindó un pequeño gesto de asentimiento—. Así que alguien la sigue a causa de esas llaves. ¿Tiene idea de quién puede ser?

Se tomó un instante para analizarlo racionalmente, aunque resultaba difícil pensar con claridad en medio del histerismo que se le había desatado en la cabeza.

—Bueno, creo que alguien estaba tratando de abrir una caja de seguridad cuando lo sorprendí. Dejé estas llaves colgando de una cerradura.

—¿Y usted se las llevó? —preguntó como si fuera la mujer más estúpida del mundo.

—No sé. Pensé que era Ramone. Iba a devolvérselas. Confiaba en que me explicara cómo las consiguió. Supuestamente se perdieron hace veinte años, y he estado tratando de encontrarlas. Pero no fue él. Iba a dejarlas donde las encontré. Nunca pretendí quedármelas... Parece ridículo, ¿no?

—Sí —dijo por fin—. No creo que sea consciente del tipo de gente con la que está tratando.

—¿Se refiere a gente como el señor Wheeler? —Inspeccionó la cara del detective—. Creo que hoy me amenazó. ¿Sabe que trabajaba en el First Bank of Cleveland?

—¿El señor Wheeler?

—Charles Wheeler es uno de los socios principales de WRE. Era un miembro del consejo del banco, o algo así. Me dijo que lo mejor que podía hacer era devolverle todo lo que hubiera tomado del edificio o, de lo contrario, me denunciaría y, después, casi me rompe los dedos de un apretón de manos.

—Wheeler —repitió el detective, y empezó a hojear las páginas de su libreta gastada—. Formaba parte del consejo de la empresa de inversiones inmobiliarias que adquirió la propiedad en una subasta cuando el edificio fue vendido en 1979... Cleveland Real Estate Holdings Corp.

Iris asintió tratando de encajar las piezas. El señor Wheeler trabajaba para la misma empresa que compró el edificio en una subasta. También trabajó en el banco.

—¿Cree que me está siguiendo?

—¿Wheeler? Dudo que sea él físicamente, pero puede ser alguien que trabaje para él. Él no es más que uno de los jugadores de esta partida. Los hombres más poderosos de Cleveland tienen vínculos con el viejo banco. James Stone, otro antiguo cargo del banco, fue elegido comisario del condado hace unos cuantos años. Ahora quiere presentarse para el Congreso. Hay demasiadas personas que quieren mantener sepultada la verdad. Si piensan que usted ha descubierto algo, querrán enterrarla también.

—¡Pero yo no sé nada! —protestó.

El cerebro de Iris no dejaba de dar vueltas. Alguien que trabajaba para el señor Wheeler había estado siguiéndola. De algún modo, Amanda y el señor Wheeler estaban al tanto de su aventura con Nick. *Nick*. Nick siempre aparecía como caído del cielo, en el viejo banco y junto a la ventanilla de su automóvil. Había estado en su apartamento. Un escalofrío helado le recorrió el cuerpo. Nick solo era un chico que buscaba pasar un buen rato, se dijo. No se vería envuelto en una conspiración tan extraña. El detective la observaba mientras ella combatía el pánico. Iris no quería tener que dar explicaciones de Nick.

—Usted debe de saber algo, Iris.

—¿Qué es lo que sé? He visto expedientes extraños y notas crípticas. He encontrado unas cuantas llaves. Encontré un montón de moscas muertas y todavía tengo pesadillas. Eso no significa que entienda nada. Lo he intentado, incluso. Me he quedado hasta muy tarde por las noches descifrando un lenguaje estrambótico, y no fui capaz de entender nada. Lo único que sé es que una secretaria desapareció porque sabía algo de las cajas de seguridad. Se dejó estas notas para que alguien las encontrara.

—¿Notas?

Los ojos de Iris volvieron a llenarse de lágrimas, y el tono de su voz volvió a sonar más agudo.

—¡Sí! Después estaba esa maleta que encontré con su ropa. Seguramente murió allí y a nadie le importó lo más mínimo. Ahora me está diciendo que alguien me sigue... ¿Soy la siguiente?

—Espere. ¿Encontró ropa? ¿Dónde? —preguntó.

—En un armario. Aquí creo que me estoy volviendo loca. Creo que estoy como poseída. Alguien me ha estado siguiendo por el edificio y provocándome, limpiando el polvo de sitios, llevándose cosas y susurrando mi nombre. De acuerdo, no sé una mierda. Ojalá supiera algo, pero no es así.

El detective miraba la fotografía de su hermana como si se hubiera olvidado de que Iris estaba allí.

—¿Usted sabe algo? —preguntó enfadada mientras se enjugaba las lágrimas de los ojos—. ¿Qué sucedió realmente cuando el banco cerró?

—Lo único que puedo decirle es que cuando la ciudad entró en quiebra, estaban impacientes por culpar a alguien. El Ayuntamiento abrió una investigación a fondo del First Bank of Cleveland, en la que hablaba de que los peces gordos habían estafado al público. Al principio, el banco cooperó. Nos facilitaron el acceso a expedientes y cuentas corruptas. Imputamos a uno de los mandamases. —Leyó el nombre en su bloc—: Theodore Halloran, vicepresidente de finanzas. Estaba tan enfangado como el que más. Lo acusamos de malversación y de pertenencia a organización delictiva. A principios de la década de 1970 formaba parte de ese comité asesor de la ciudad para desarrollar una iniciativa de planificación urbanística. Reclamaban al gobierno fondos para acaparar propiedades inmobiliarias deterioradas y remodelarlas. Lo llamaban «renovación urbana». «Derecho de expropiación.» De la noche a la mañana desaparecieron millones de dólares. Técnicamente, supongo que se podría decir que no desaparecieron. Fueron «mal gestionados».

—¿Qué quiere decir?

—Todo aquello fue un fraude. Halloran y sus compinches ya eran propietarios de la mayoría de los inmuebles que estaban comprando. Adquirieron la mitad de Cleveland mediante operaciones falsas y fraudulentas, utilizando empresas de inversión inmobiliaria sin ánimo de lucro, como la New Cleveland League. Así que Halloran actuaba en nombre de la ciudad para comprarse a sí mismo hectáreas de viviendas deterioradas, negociando consigo mismo y fijando los precios. Vendió propiedades a la ciudad por las que obtuvo un beneficio escandaloso. ¿Qué más le daba a él? Era dinero de los fondos federales. El dinero fue a parar directamente a las arcas del banco y jamás se volvió a verlo.

Un camión de mudanzas pasó junto al muelle de carga. Iris pensó en el camión negro que había visto abandonar el viejo banco. Cleveland Real Estate Holdings Corp. era un organismo tapadera propiedad de antiguos cargos del banco y gestionado por ellos. El señor Wheeler era uno. Eran propietarios del edificio y estaban haciendo desaparecer pruebas. Suzanne dijo: «Te sorprendería saber cuántos de aquellos banqueros opulentos hay todavía por ahí». Tenía razón.

Quizá se ocultaran tras los nombres de diferentes empresas, pero eran las mismas personas.

El detective seguía hablando.

—Se remodelaron completamente determinados barrios escogidos y, después, fueron completamente abandonados. Barrios como Hough estaban atestados de familias desplazadas. Los alquileres se pusieron por las nubes, mientras que todo este sitio se fue al infierno. Cuando llegó el momento de reconstruir todo el terreno que la ciudad había adquirido, ninguno de los constructores estaba interesado en participar. Y el verdadero delito de todo aquello fue que eran quienes habían presionado al gobierno federal para que llevara a cabo el plan y concediera el dinero en primera instancia. —El detective soltó una risita—. Jesús, parece como si fuera Max la que cuenta toda esta basura.

—¿Y qué pasó después?

Nada de lo que él decía le aplacaba los nervios.

—Cuando los federales incautaron los activos de Halloran, descubrieron más de trescientos mil dólares en lingotes de oro en una caja de seguridad que había contratado en el First Bank of Cleveland. Iba a cooperar también. Por lo que oí, estaba a punto de llevarse por delante a medio consejo de administración, pero encontró otra salida. Se suicidó. Al menos, así es como lo llamó el juez.

Iris recordó haber entrado en el despacho saqueado del señor Halloran en la última planta del edificio. Alguien había puesto aquel lugar patas arriba.

—La gente empezó a caer como moscas. El viejo Mercer murió en un accidente de automóvil. Nosotros nos topábamos siempre con callejones sin salida. Cuando el Departamento de Policía de Cleveland consiguió una orden de registro para entrar en el banco, nos encontramos con que lo habían vendido. Todos los activos fueron transferidos a Columbus Trust en mitad de la noche. Era una empresa de fuera de la ciudad sin ninguna necesidad de adquirir el edificio del 1010 de Euclid. Fue cerrado y clausurado bajo llave antes del amanecer. El edificio se vendió en una subasta unas cuantas semanas más tarde. Nos dejó a todos helados.

—No entiendo. ¿Por qué era eso importante?

—Los federales estaban más interesados en impedir que el banco quebrara durante la venta que en concluir la investigación. —El detective reparó en que el rostro de Iris mostraba un gesto de confusión y trató de explicarse—: El seguro federal que había sobre los depósitos superaba los tres mil millones de dólares. Si estallaba un escándalo durante la venta, podría haberse desatado el pánico con la entidad financiera. Todo el mundo oye que se está vendiendo el banco, la gente se pone nerviosa y corre a retirar su dinero... Cosas como las de la Gran Depresión. Traté de resolver el papeleo durante varias semanas, pero fui apartado del caso. Dijeron que ya no podía ser imparcial debido a mi relación personal con el banco.

—Su hermana... —susurró Iris y volvió la vista hacia la fotografía de Max pegada en el salpicadero. De algún modo, ella estaba mezclada en todo eso en aquel entonces, exactamente igual que lo estaba Iris ahora—. Vi una nota que escribió ella. Estaba en un libro que encontré.

Él levantó los ojos desconsolados.

—¿Qué?

—Escribió esta nota a Beatrice Baker. —Iris extrajo de la bolsa el manual de taquigrafía y se lo entregó al detective—. Encontré estas extrañas notas en el expediente personal de Beatrice y, después, vi el nombre de su hermana en este libro. Supongo que pensé que, si lograba descifrar las notas, tal vez encontrara alguna pista acerca de adónde fue Max...

Iris no terminó de decir la idea para que el detective le mostrara un poco de indulgencia a cambio.

—¿Averiguó algo? —preguntó con las cejas levantadas.

—No, nada que fuera capaz de comprender. Solo un puñado de comentarios raros tomados de la Biblia y unos cuantos nombres.

El detective miró la fotografía de su hermana y alisó la cinta adhesiva con el dedo.

—Creo que tenía una aventura con Bill Thompson.

El nombre tocó una fibra sensible.

—¿No se referirá...?

—El cuerpo que encontró usted —asintió Tony—. No se lo he contado a nadie. Según Max, estaba implicado en algún hurto de poca monta. Él andaba rastreando las cajas de seguridad no reclamadas, y ella se enredó en eso de algún modo. No pude ayudarla. No pude ayudar tampoco a Beatrice. Solo espero que consiguiera marcharse de la ciudad.

—¿Conoció usted a Beatrice? —Iris abrió los ojos como platos.

—La última vez que vi a Beatrice estaba desbordada con todo esto y no comprendía nada. Era solo una niña.

Iris extendió la mano y empezó a rebuscar en su bolsa.

—Beatrice telefoneó a una secretaria llamada Suzanne justo antes de que cerrara el banco. Le preguntó por una caja de seguridad que tenía a su nombre. Encontré la llave de la caja en el escritorio de Suzanne y la localicé.

El detective volvió a mirarla sorprendido.

—¿Cómo?

—Es una larga historia. —Cuando por fin encontró la llave en la bolsa, Iris se recostó en el asiento—. Pero este número, el 547, aparece por todas las notas. Creo que significa algo.

—¿Beatrice llamó a una mujer para preguntarle por una caja de seguridad?

El detective frunció el ceño como si recordara una conversación antigua.

Miró la llave que tenía Iris en la mano. Ella se la entregó. No la examinó; simplemente siguió mirando a Iris con expectación. Iris se avergonzó un instante, indecisa acerca de qué sería lo que él buscaba. Finalmente bajó la vista hacia la pila de llaves que tenía en el regazo y volvió a mirarla con las cejas arqueadas. Iris hizo un gesto de incomodidad y le entregó todas las llaves del banco.

Él suspiró.

—Me costará meses conseguir una orden de registro. Dudo siquiera que me la concedan.

Ver las llaves en las manos del detective en lugar de en las suyas no le aplacó los nervios. Iris se había sincerado por fin y había confesado, pero alguien continuaba siguiéndola. Alguien pensaba que ella sabía algo. Había personas desaparecidas. Había personas muertas. Todavía estaba oculta en el edificio una solitaria

maleta marrón llena de ropa. Sentía como si estuviera allí con la propia maleta. Le rodó una lágrima por la mejilla.

—¿Por qué el señor Wheeler y toda esa gente sigue preocupándose por el banco? ¿Por qué me están siguiendo? —suplicó.

—¿Sabe qué tenía de inusual el oro que encontramos en la caja de seguridad de Teddy Halloran? —Iris negó con la cabeza—. Solo encontramos trescientos mil pavos. Los registros públicos que he tenido ocasión de examinar a lo largo de los años hacen pensar que, entre 1960 y 1978, cuando cerró el banco, habían sido malversados aproximadamente más de cincuenta millones de dólares de dinero público, una vez hechos los ajustes de la inflación.

—¿Y entonces?

—Estábamos cerrando el caso a toda prisa cuando Teddy se suicidó. Los federales estaban implicados, y la gente empezaba a ponerse nerviosa. Creo que los demás miembros del consejo apretaron el gatillo de la venta para bloquear los registros y los depósitos bajo el velo del organismo asegurador federal, pero quizá cometieran algún error. Tal vez ni siquiera tuvieron tiempo de sacar el dinero.

—¿Qué está diciendo? ¿Que el dinero se encuentra todavía en algún lugar del banco?

Iris sacudió la cabeza con incredulidad. ¿Cómo podían desaparecer sin más 50 millones de dólares? Esas cantidades de dinero no se pierden entre los cojines del sofá. No había visto ninguna señal de bolsas de dinero por ahí, y había estado figando. Entonces se le ocurrió. La cámara acorazada.

—¡Perdieron las llaves! —Iris se rio, presa de los nervios. Era algo que le pasaba—. Las cajas de seguridad están todavía llenas con todo ese dinero... ¡y perdieron las putas llaves!

—O alguien las escondió.

Dejó de reírse. Había llevado guardadas en el bolso las llaves de 50 millones de dólares en dinero robado. Tomó aliento. Era una mujer muerta.

—Pero no tiene sentido —dijo, al borde de la histeria—. ¿Por qué iban a necesitar las llaves? Podrían simplemente perforar las cajas o dinamitarlas, si era eso lo que querían.

—No estoy seguro. Va a tener que pegarse a mí hasta que averigüemos esto —dijo apretándole la mano—. No voy a dejar que también desaparezca, ¿de acuerdo? Voy a olvidar de dónde vinieron estas llaves siempre que me ofrezca toda tu colaboración, ¿entendido? —Iris estaba a punto de marearse—. Seguir los protocolos policiales en los últimos veinte años no me ha llevado a ninguna parte. Tal vez incluso le haya costado la vida a Max. No voy a permitir que vuelva a suceder.

Dicho esto, salió del vehículo.

Iris se quedó de piedra, sentada en su asiento hasta que oyó un golpecito en la ventanilla. El detective le hacía gestos para que saliera. Estaban en un callejón de algún lugar del centro. Terminal Tower se cernía, imponente, sobre ellos.

—¿Adónde vamos?

—Va a enseñarme esa cámara acorazada —dijo examinando el callejón hasta que encontró lo que buscaba—. Hice unas cuantas comprobaciones con esos túneles de calefacción de los que me habló. Una de las ramificaciones termina justamente aquí.

Se acercó a una pequeña caseta y trató de forzar la puerta. Estaba cerrada. Sacó un par de ganzúas del bolsillo trasero y se arrodilló. Iris miraba nerviosa a ambos lados del callejón. Estaban a plena luz del día, pero la calle se veía desierta. Todo el mundo estaba trabajando excepto ella. Se colgó la bolsa de herramientas al hombro y combatió las ganas de salir corriendo. Al cabo de unos segundos, el detective había forzado la cerradura, y la puerta se abrió.

La cerró con cuidado al entrar y encendió una linterna. Había una trampilla gigantesca en el suelo, entre ellos. Se abrió con un ruido metálico muy sonoro. El detective McDonnell siguió a Iris por una estrecha escalera que conducía a un pasadizo diminuto. Iris sacó de la bolsa de herramientas la linterna Magnum y se aferró a ella como si fuera un salvavidas mientras ambos avanzaban por el húmedo túnel.

Al cabo de lo que les parecieron kilómetros, llegaron a una sala revestida de ladrillo y abovedada que servía de intersección de ramificaciones. Iris había estado antes ahí. Tomó la delantera en el pasillo angosto que desembocaba en la empinada escalera metálica. El cartel que había encima decía «First Bank of Cleveland». El primer escalón crujió con estruendo, y se le aceleró el corazón. Permaneció inmóvil y trató de escuchar algo antes de seguir subiendo. Una vez arriba, apagó la linterna y trató de manipular la puerta de acceso. No estaba cerrada.

Desde arriba, la luz del día inundó la escalera y aportó la luz suficiente para abrirse paso a través del vestíbulo inferior. La alfombra roja amortiguaba sus pisadas mientras lo atravesaban en silencio absoluto y a hurtadillas en dirección a las cámaras acorazadas. Iris hundió las uñas en la palma de su propia mano. Esto no era real, se dijo. Solo era otro mal sueño. Un oficial de policía no allanaría un banco. Pero eso era exactamente lo que parecía estar haciendo.

Era una idea terrible, pero no le quedaba otra elección. Estaba en peligro. Alguien conocía la existencia de las llaves. Alguien la había estado observando. El detective necesitaba su ayuda, y ella necesitaba la de él. No había otro plan mejor, pero lo buscó, en todo caso. Tal vez pudiera limitarse a tratar de marcharse de la ciudad. La imagen de una maleta marrón abandonada seguía oculta todavía en un armario de su mente. Beatrice había tratado de marcharse también.

La puerta redonda que separaba el vestíbulo inferior del acceso a la cámara acorazada seguía abierta. Iris no podía sacudirse la sensación de que estaban entrando en las mandíbulas abiertas de una fiera.

Todas las cortinas de terciopelo rojo de las salas individuales de apertura de cajas estaban abiertas, excepto una. Cuando Iris miraba el tejido rojo desde el otro extremo de la sala se le aparecía otra vez la cortina de la ducha. Se detuvo y aguzó el oído con la pretensión de escuchar el ruido de algún loco que susurrara su nombre. El detective McDonnell le dio un leve codazo. Tenían que seguir avanzando.

Al otro lado de la entrada redonda, los recibió la oscuridad absoluta. Iris recorrió a tientas el pasillo de mármol hacia la cámara acorazada que contenía más de un millar de cajas de seguridad, cada una con su pequeño secreto.

Había algo raro. Las otras veces que había visitado el banco, las luces fluorescentes zumbaban, y Ramone andaba deambulando por los pasillos. El detective encendió la linterna y examinó los centenares de puertecitas. Sacó las llaves que le había entregado ella y empezó a buscar la caja de Suzanne.

El silencio la cercaba. No podía deshacerse de la sensación de que alguien los observaba. Voces fantasmagóricas le susurraban en los oídos. Trató de decirse que, si había alguien allí, sería Ramone. Pero no respondió a la llamada al portero automático. Tal vez se hubiera marchado.

El detective McDonnell encontró la caja 547.

—Bueno, ¿cómo va esto?

—Bien —dijo Iris, aclarándose la garganta—. La llave de Suzanne debe de ir aquí, y la del banco va en esta cerradura más grande.

—¿Y estas son las llaves del banco? —Levantó el llavero que Iris había encontrado no muy lejos de donde estaban—. ¿Cuál utilizamos?

—¿Y por qué no va probándolas todas?

Había solo doce llaves, cada una con una críptica letra grabada en una de las caras.

—La cerradura se rompería. Los dientes podrían estar hechos para romperse cuando se introduce a la fuerza una llave que no es. —Iris enarcó las cejas y él se irguió—. ¿Qué? ¿Cree que es la única que hace trabajo de detective? Estas marcas no tienen sentido. Las llaves tienen letras, pero las cajas están numeradas.

Entregó las llaves a Iris, que las examinó. Las letras del llavero eran «U», «I», «N», «D», «E₁», «O», «S₁», «P», «E₂», «R», «A» y «M». Cada vez que las miraba, se preguntaba lo mismo. Había un número minúsculo en alguna de ellas, pero no en todas. Solo en las letras que se repetían, descubrió.

—Uin Deo Sper am.

Iris pronunció las letras en voz alta mientras le entregaba las llaves.

—Bueno, *Deo* es «Dios» en latín.

—¿Cómo?

Iris miró al detective con el ceño fruncido.

—Es latín. Doce años de educación católica —dijo encogiéndose de hombros—. Pero ¿a quién le importa? Seguro que nadie estaba pensando en Dios cuando idearon este sistema de llaves.

—¡*In God We Trust* es la clave! —casi gritó y, después, se llevó una mano a la boca. Le explicó en voz más baja—: ¡Eso es! Estaba escrito en uno de los expedientes. «*In God We Trust*» está escrito en todos los billetes de dólar, ¿no?

Iris retrocedió hasta la entrada de la cámara acorazada, donde había dejado la bolsa, y extrajo una carpeta.

—¡Mire! Justo aquí dice «*In God We Trust* es la clave». Espera, hay algo más.

Sacó otra hoja del expediente que encontró en la maleta.

—Es un código, o algo así.

Iris se sentó en el suelo de la cámara con las notas y tradujo despacio.

—¿Qué demonios es todo eso? —preguntó el detective apuntando la linterna a la página llena de marcas y garabatos—. ¿De dónde lo ha sacado?

—Este montón de notas estaba en el expediente personal de Beatrice. Pensé que era algo raro, así que las recogí. Y encontré estas... —Iris levantó el otro montón de papeles— en esa maleta de arriba, en la undécima planta. ¿Quiere verlas?

Al detective se le petrificó la cara.

—Lo primero es lo primero. ¿Entiende eso?

—Es taquigrafía. Encontré este manual y llevo semanas tratando de descifrarlo.

Extrajo un lapicero y escribió en los márgenes lo que había descifrado. «*IN DEO SPERAMUS*, de cien en cien».

—*In Deo Speramus* significa «*In God We Trust*» —confirmó en voz baja el detective.

—¿Cuál es el primer número de caja?

Se adentró en la cámara y examinó ambas paredes hasta que localizó el número más bajo.

—001 —dijo cuando regresó a su lado. Hizo una pausa y añadió—: El último número es 1299.

—Bien, hay mil trescientas cajas. Si hubiera una llave para cada cien, debería haber trece llaves, pero solo hay doce.

Iris dejó las llaves en el suelo y encendió la linterna de nuevo para alumbrarlas. Las colocó hasta que se leía «I, N, D, E₁, O, S₁, P, E₂, R, A, M, U». Iris dirigió la linterna hacia el lugar donde encontró las llaves colgadas de una cerradura. La llave que todavía estaba allí enganchada tenía inscrito «S₂». Esa era la décimo tercera llave. El hombre de la camisa azul debió de introducirla a la fuerza en la cerradura equivocada. Estaba atascada.

—Así que, entonces, ¿cuál creemos que entra en la caja 547?

—Si I es 000, N es 100, después D, E₁, O... —Desplegó el llavero para seguir contando—... S₁ debe de ser 500, ¿no?

—Su intuición es mil veces mejor que la mía. —El detective recogió las llaves de la mano de Iris—. Solo hay una forma de averiguarlo.

Se levantó e introdujo la llave S₁ en la cerradura. Hizo una mueca ligerísima y giró la llave con mucha delicadeza. La llave giraba sin obstáculos. Iris introdujo la llave de Suzanne en la otra oquedad, la giró y la puerta se abrió. Iris no pudo evitar dar unos cuantos saltos. Lo habían conseguido.

—Supongo que no admiten bobalicones en las escuelas de ingeniería, ¿verdad? —dijo el detective con una sonrisa.

Iris le devolvió la sonrisa con aire triunfante. Por fin había hecho algo bien. Ahora todo iba a funcionar. De algún modo.

El detective McDonnell metió la mano y extrajo una caja alargada de plata. A Iris le pareció un ataúd en miniatura. Lo llevó con cuidado al mostrador que había fuera de la cámara acorazada. El detective levantó la tapa y ambos se asomaron al interior.

Jueves, 14 de diciembre de 1978

Un grito le desgarró la garganta. Beatrice se apartó de los dedos finos que había palpado en la oscuridad del túnel. Retrocedió de una sacudida y fue a topar con el cuerpo unido a la mano. Se movía.

Se incorporó de un salto para salir corriendo y sintió un crujido en el cráneo cuando se dio un estruendoso golpe contra una tubería. En su cabeza estallaron relámpagos de dolor, y cayó de rodillas. Dejó escapar un grito agudo y se inclinó hacia adelante. Se encendió una linterna que iluminó el túnel como una bomba incendiaria. Beatrice contuvo un grito y retrocedió a ciegas por el fango para alejarse de quienquiera que sostuviera esa luz.

—¿Beatrice? —una voz familiar restalló a su espalda—. ¿Eres tú? ¿Cómo? ¿Cómo has...?

—¿Max? —Beatrice entornó los ojos ante la luz.

El cuerpo tendido sobre un montículo del suelo era Max. Parecía como si la hubieran apaleado con una tubería de plomo. Tenía un ojo hinchado y cerrado, y medio rostro parecía bañado en sangre.

—¡Dios mío, Max! ¿Qué ha pasado? —jadeó y corrió a su lado.

Beatrice levantó la cabeza de su amiga del suelo de hormigón y la sostuvo entre las manos. Buscó en el agua sucia acumulada a su alrededor algo para detener la hemorragia.

—Me encontraron.

Tosió. Tenía los pulmones encharcados de sangre.

—¿Quién te encontró? ¿Qué ha pasado?

Se limitó a sacudir la cabeza y sonreír. Había perdido un diente. A Beatrice se le revolvió el estómago al verlo.

—Llegaron tarde. Creo... Creo que los tengo.

Cuando la vista de Beatrice se acomodó a la luz, evaluó la totalidad de los daños.

—Tenemos que llevarte a un hospital.

Max agitó la cabeza.

—Me encontrarían.

—¿Cómo pudiste siquiera llegar aquí? —preguntó Beatrice, impotente.

No podría cargar con su amiga en sus espaldas para sacarla del túnel. No era lo bastante fuerte.

—Hui a través del patinillo de ventilación... Estaban discutiendo.

—¿Qué patinillo de ventilación? ¿De qué estás hablando?

—En el edificio. He estado utilizando el patinillo de ventilación para moverme por allí. Las rejillas están sueltas.

Volvió a toser.

—Tengo que ir a buscar ayuda. Encontraré a Ramone, o a tu hermano.

—¡No...! No, no los metas en esto. Vendrían y los matarían. Me pondré bien. No creo que tenga muchas cosas rotas.

Hizo esfuerzos por sentarse y se apoyó contra la pared del túnel.

—Max, no parece que estés bien. Tengo que ir a buscar ayuda. ¡Podrías morir en cualquier momento!

—Aléjate de todo esto, Beatrice. Deberías marcharte, sin más. Vete de la ciudad y olvídate de todo, ¿de acuerdo?

—¿Alejarme de todo? ¿Y qué se supone que debo hacer exactamente? No tengo nada de ropa, ningún dinero... Me dijiste que fuera al Lancer y allí casi me atacan. Si querías mantenerme al margen, ¿por qué me diste esta... esta estúpida llave?

Buscó la llave en el bolso, la sacó y se la mostró.

—¡Oh! ¡Gracias a Dios que todavía la tienes! —resopló Max—. No podía correr el riesgo de llevarla encima. Hagas lo que hagas, no puedes permitir que la tengan. Se echaría todo a perder.

Beatrice la dejó de un golpe sobre la mano desnuda de Max.

—No la quiero. Lo único que quería era un empleo. Una vida normal. No quiero participar en nada de esto: joyas robadas, dinero desaparecido o lo que demonios sea. ¡Se acabó para mí! ¡No es en absoluto asunto mío, además!

—¡Ah! ¿No lo es?

—¿Cómo? —gritó Beatrice.

—También hay una caja a tu nombre.

Max dibujó una sonrisa quebrada.

—¿Qué? —gritó Beatrice—. ¡Bill ni siquiera sabe cómo me llamo!

—Se abrió hace dieciséis años. Caja 256. ¿No lo sabías?

Beatrice se derrumbó contra la pared junto a Max y negó con la cabeza. Caja 256. ¿Qué había hecho Doris?

—No te preocupes. Conseguí las llaves. Creo que estas son las últimas. —Max hacía gestos de dolor a medida que iba sacando llaves de los bolsillos.

Había sangre reseca en las piernas desnudas de Max. Beatrice se estremeció.

—¿Más llaves? ¿Cómo conseguiste...?

Max tosió.

Tengo amigos.

—Ramone.

—Sí, Ramone, Ricky, Jamal. La mitad de los vigilantes son de mi antiguo barrio; la otra mitad son expolicías. Algunos incluso trabajaron con mi padre.

—¿Tenía razón Bill? ¿Estuviste husmeando por ahí, robando cosas?

—No puedes decir mucho tú. —Max escupió sangre en el suelo—. Yo no era la única que vivía allí.

—Yo... no tenía ningún otro sitio al que ir. Alguien entró en...

—Lo sé. Vi lo que hicieron. Pero no encontraron nada y no van a encontrar nunca estas.

Max murmuró algo y agitó las llaves que tenía en la mano. Se le cerraron los ojos.

—¿Max? ¡Max!

Beatrice le sacudió el hombro.

—Mmm...

No abrió los ojos.

—¿Qué te pasa? ¿A qué estás jugando? ¡Tiene que verte un médico! ¡Estás sangrando! ¿Cómo puedes quedarte ahí sentada y sonreír?

Beatrice arrebató las llaves a Max y las arrojó al fondo del túnel.

El ruido de las llaves al golpear en el suelo de hormigón devolvió a Max a la vida. Parpadeó varias veces con los ojos hinchados hasta abrirlos.

—No tienes la menor idea de lo que está sucediendo aquí, ¿verdad? ¡No seas ingenua, Beatrice! Es por el dinero. Unos trocitos de papel que determinan quién pasa hambre y quién no. Quién tiene un techo y quién no. Quién se acuesta en una cama confortable y quién tiene que dormir junto a algún viejo mugriento para sobrevivir. Todo se resuelve con quién tiene qué, quién tiene a quién y quién guarda las llaves de todo. ¡Bueno, tengo las putas llaves y no van a quitármelas!

Las lágrimas dejaban surcos a través de la sangre que Max tenía en la cara.

—¿Las llaves de todo... qué? —gritó Beatrice—. ¿Collares de diamantes? ¿Joyas ajenas? ¿Es eso lo que quieres?

—Creo que me has confundido con tu tía —le espetó Max dirigiéndole una mirada acusadora.

Beatrice cerró la boca y apartó la mirada.

—Quiero que Bill, Teddy, Jim y todos esos hijos de puta paguen por lo que le hicieron a toda esa gente —susurró Max—. Quitándoles las casas, echando a perder barrios enteros, destrozando esta ciudad para forrarse los bolsillos. Quiero dejarlos al descubierto como los ladrones que son.

—¿Cómo vas a hacerlo exactamente? Robar llaves no va a servir. Se pueden cambiar las cerraduras.

—¡Ja! No pueden cambiar las cerraduras de las cajas de seguridad sin informar a los clientes. Hay más de setecientas cuentas activas a las que habrá que enviar notificación. Tendrán que informar a setecientas de las personas más acaudaladas de la ciudad de que, sin que se sepa cómo, el banco perdió las llaves de donde se guardaban sus posesiones más valiosas. —Max cerró los ojos y sonrió—. Están acabados. El banco está acabado.

Beatrice frunció el ceño.

—¿Y Bill? Tiene a todo el mundo convencido de que tú eres la culpable de los robos. De todos.

—¿Y tú lo crees?

—¡Claro que no! Solo... Ya no sé qué creer.

—Yo tampoco. Pensé que eras mi amiga. Entonces, estaba mirando los expedientes hace un par de noches y descubro que tienes esa caja. Puedes decirme que no sabías nada. Puedes decirme que no vas a largarte con Bill ahora mismo.

Decir las palabras pareció servir para hacerla creer que podía suceder, y Max empezó a gatear en busca de las llaves.

—Odio a Bill —gritó Beatrice a su espalda—. También odio a Doris por lo que hizo. Pero ella... ella es lo único que tenía y me ayudó. Pero no está bien. Nada de esto está bien.

—¿Qué sabes del bien, eh? ¿Qué? ¿Eres una especie de ángel, Beatrice? ¿Has venido sobrevolando las montañas de mierda para salvarnos a todos? —gritó Max por el túnel—. Tú y yo somos muy distintas, ¿verdad, Bea? ¿Por qué te marchaste de casa, eh? ¿Por qué tu dirección es una cafetería y tienes un número de la seguridad social robado? ¿Quién demonios eres para decirme lo que está bien?

Beatrice se sentó conmovida bajo el tenue resplandor de la linterna. Se limpió las lágrimas con la mano hasta que, finalmente, consiguió decir:

—Tú me diste la llave, y yo la puse a salvo. Podría habérsela dado a Bill hace muchos días. ¿Qué más quieres de mí?

—Quiero la verdad. Si no estás ayudando a la querida Doris a robar la cámara acorazada, ¿qué demonios estás haciendo aquí? ¿Por qué me robaste las llaves?

¿Eh?

—¿Las llaves? —Beatrice apoyó la espalda contra la pared del túnel. Se había llevado más de treinta llaves del escondite de Max—. Lo siento. Solo trataba de encontrar la que le quitaste a mi tía.

—¿Por qué es tan importante para ti? ¿Eh? ¿Qué estás haciendo aquí, en mitad de un túnel, en plena noche?

Max apuntó con la linterna a los ojos de Beatrice.

—Yo... tenía frío. Tenía que buscar algún lugar caliente.

—Mierda. ¿Me estás diciendo sinceramente que no tienes ningún otro sitio al que ir? —preguntó Max señalando al charco en el que estaban sentadas las dos.

—No. No tengo. —No tenía ningún sentido retener las lágrimas ahora. Beatrice las dejó correr por su rostro—. Yo tengo... Solo tengo dieciséis años. Me escapé de casa y, después, Doris enfermó y ahora... ahora no puedo regresar.

Max bajó la linterna y gateó hasta su lado.

—¿Por qué te fuiste de casa, Beatrice?

—Ese hombre. Vivía con mi madre... y solía... —Beatrice no podía decir las palabras y enterró la cara entre las manos—. Me quedé embarazada y me obligó a marcharme y... lo perdí.

Max le pasó el brazo por encima.

—Ey. No pasa nada. Está bien, cariño. No tenía ni idea. Lo siento.

—No, no está bien... No estoy bien... Jamás podré casarme, ni tener una...

Lloraba demasiado para decir «familia».

Beatrice no se lo había contado a nadie, ni siquiera a su tía. Pese a todos sus defectos, Doris la había acogido sin hacer preguntas, a pesar de que no se habían visto nunca. La única forma que Beatrice tuvo de encontrar a la mujer fue por el remite de la tarjeta de cumpleaños que recibió aquel año. Doris siempre le enviaba una tarjeta por su cumpleaños.

Beatrice se agitaba entre sollozos.

—Somos más parecidas de lo que pensaba.

Max la besó en la frente.

Beatrice se esforzó por recuperar la compostura. No podía recuperarse para mirar a Max a los ojos.

—Yo también perdí un bebé.

Max se secó un poco de sangre de la barbilla.

—Me lo contó Tony. Lo siento mucho, Max.

—Tony. —Max sacudió la cabeza y, a continuación, se aclaró la garganta—. No tenía ningún sitio adonde ir. Dormía debajo de los puentes y en las paradas de bus. Después conocí a este tipo. Al principio pensé que salía ganando. Me sacó de la calle. Me proporcionó un empleo. Pude ir a casa y enfrentarme a mis padres. Me habló incluso de ayudarme a recuperar a mi hija. Solo unas cuantas noches en el hotel, unas cuantas noches en la oficina, unas cuantas noches con su amigo. Nunca era suficiente. Al cabo de una temporada, dejó de hablarme de Mary. Finalmente, dejó de hablarme siquiera. Pasados dos años, dejó incluso de dormir conmigo.

—¿Bill?

—No, Teddy Halloran. —Max sonrió con dolor y ahogó un ataque de tos—. Volví a verlo cuando me prostituí. Siempre estaba en el Theatrical Grille. Al principio pensé que era un gánster. Todos esos chicos de los Covelli acudían allí a oír música y a conocer a las chicas. Parecía conocer a todo el mundo. Después, me dijo que trabajaba en este enorme y sofisticado banco. Me llevó a su enorme y sofisticada casa. Dios, era un bastardo, un enfermo. Pero me consiguió el trabajo.

Beatrice miraba a la pared del otro extremo. Max había sido prostituta. Eso era lo que había hecho cuando huyó de casa. Esa era la razón por la que esa extraña mujer vestida con lamé dorado la conocía.

—Después de que Teddy terminara conmigo, hace unos cuantos años, llevé a Bill a tomar una copa. Pensé que con su dinero y sus contactos podría ayudarme con lo de Mary... Menudo ruin hijo de puta. Fue más de lo mismo. Contraté abogados. Me gasté todo el dinero.

Max enjugó con ira una lágrima ensangrentada.

—Creía que alguien había adoptado a Mary —susurró Beatrice.

—Eso es lo que dijeron. Pero no lo creí. Después de seis años, la encontré en St. Vincent's. Las partidas de nacimiento estaban selladas y las tasas legales eran desorbitadas. Con mis antecedentes y, ahora, con todo este lío, va a costarme una fortuna recuperarla.

Permanecieron sentadas en silencio con la espalda apoyada en la pared de ladrillo. El único sonido que había era el goteo de agua en algún lugar, al fondo del túnel. Era como el tictac de un reloj. Se les agotaba el tiempo. Las dos estaban inmersas en un sinfín de problemas. Max se había llevado las llaves. Las cajas permanecerían cerradas a menos que hubiera una orden para perforarlas; eso era lo que Tony le había dicho. Sin el diario de Doris, nadie podría descifrar lo que había sucedido, ni qué cajas contenían qué objetos, en todo caso. «Así estará bien», trató de decirse Beatrice. Pero no lo creía. Bill todavía tenía sus expedientes, donde se incriminaba a Max, a Doris y a otras cuantas mujeres. Todavía había cajas de seguridad a su nombre.

—¿De qué es la llave sin marcas? —preguntó por fin Beatrice, sabiendo ya la respuesta.

—Es la llave maestra. Abre todas las cajas de la cámara acorazada.

—¿Dónde la encontraste?

—¿Dónde crees? —Max volvió un ojo morado hacia Beatrice.

—Estaba en la caja de Doris, ¿verdad?

Beatrice no necesitó pedir a Max que lo confirmara. Doris era el infiltrado. La llave sin marcas era la llave con la que había podido abrir las cajas de desconocidos.

—¿Acudiste al FBI?

—Sí, lo intenté. Les llevé incluso un lingote de oro macizo para demostrarlo. Teddy estaba preparando algo importante. No escuchaban. En cambio, me retuvieron veinticuatro horas, como si fuera yo la ladrona y, después, guardaron el oro. Te lo imaginas, ¿no? No se puede confiar siquiera en el maldito FBI.

Beatrice sabía que nadie la creería tampoco a ella.

—¿Por qué me diste la llave? ¿Aquella noche? ¿Por qué me la diste?

—Sabía que me ayudarías. Eres mi amiga. Además, nadie iba a sospechar que tú tuvieras nada que ver con este barullo. Eres prácticamente invisible en esa oficina..., como un fantasma. La gente siempre subestima a las mujeres como nosotras.

Los expedientes del despacho de Bill seguían planeando sobre su mente.

—Max, ¿estás segura de que no podrán seguir la pista de las cajas, en todo caso, hasta ninguna de las novias de Bill? ¿O hasta ti? ¿O hasta mí?

Max bajó la vista a las llaves que había recogido del suelo del túnel.

—Estoy segura de que me lo colocarán a mí, pero no importa. En realidad, da igual. Le romperá el corazón a mi madre, y a Tony... Pobre Tony.

Beatrice se agachó y tomó la mano de su amiga. Tenía que haber una forma de sacarla de allí.

—Tengo que encontrar una forma de recuperar a Mary y, simplemente, desaparecer. Jamás dejarán de buscarme, después de lo que he hecho. Después de lo que he visto. Teddy iba a matarme esta noche.

Cuando miraba el cuerpo maltrecho de Max, Beatrice veía su propio futuro. Las probabilidades de aterrizar en un empleo y encontrar un lugar donde vivir a su edad eran escasas. La policía la enviaría de regreso a casa. Se veía a sí misma recurriendo a los pequeños hurtos, o a la prostitución, exactamente igual que Max. No había esperanza para una chica como ella, o como Max, o tal vez incluso como Doris.

«Los mansos heredarán la tierra», se dijo Beatrice. Le rodó otra lágrima por la mejilla y la enjugó. Tal vez algún día, pero no podía permitirse esperar. No sería una mansa. Nunca más.

—Tenemos que sacar lo que haya en tu caja y en la mía. No es suficiente que las llaves hayan desaparecido. Podrían urdir alguna historia sobre la modernización de la cámara de seguridad y hacer llaves nuevas —pensó en voz alta Beatrice.

No iba a permitir que Teddy o Bill culparan a Max, ni a nadie más, por lo que habían hecho ellos. Tenía que haber un modo de asegurarlo. Entonces, le vino a la cabeza algo que había dicho la señorita Cunningham. «La calidad de un banco se mide por la fiabilidad de sus registros.»

—¡Eso es! —su voz resonó en todo el túnel—. Si pierden los registros de las cajas de seguridad, los inversores se enfadarán muchísimo. El banco estaría arruinado.

Beatrice buscó en el bolsillo y sacó el anillo de diamantes de tres quilates que Doris había robado. No podía animarse a llevarlo a la caja de donativos de la iglesia otra vez. Era su última esperanza para librarse de aquello y empezar de nuevo.

—En caso de que no pueda regresar aquí, quédate esto. Espero que te ayude a recuperar a Mary de verdad.

Depositó el anillo en la mano hinchada de Max.

—Ahora tienes que decirme cómo abrir las cajas, Max. Dame las llaves.

Beatrice atravesó de puntillas la alfombra roja del vestíbulo inferior que conducía a la cámara acorazada. Sus ojos inspeccionaron el puesto del vigilante de seguridad. Los monitores estaban apagados. Nadie observaba, no esa noche. Se colgó la bolsa grande en el hombro y el voluminoso llavero en el puño. Las llaves estaban teñidas de la sangre de Max; le dejaron marcas rojas en la mano. Beatrice casi perdió los nervios.

Venían voces del pasillo de la cámara acorazada. Se detuvo en seco, petrificada.

—¡Me importa un carajo, Teddy! —vociferaba un hombre—. Se escapó.

Las voces sonaban cada vez más alto. Beatrice dio media vuelta y corrió sigilosamente por la alfombra roja alejándose del sonido.

—La encontraremos. No puede haber ido muy lejos. Simplemente, estate atento, ¿de acuerdo?

Beatrice se rozó con una cortina de terciopelo rojo al pasar. Las voces se introdujeron en el vestíbulo interior justo cuando ella se ocultaba detrás de la cortina, en una de las cabinas.

—¿Tienes idea del lío en que nos has metido? El Ayuntamiento ya está echándome el aliento en la nuca, y los federales andan pidiendo órdenes judiciales. Desde hace unas tres horas, la ciudad está en quiebra y somos el enemigo público número uno. Tenemos que sacar los depósitos ahora mismo, ¡antes de que los periódicos de la mañana inunden las calles!

—No nos precipitemos.

Beatrice se acurrucó entre los pliegues de la cortina y empezó a respirar despacio mientras escuchaba.

—Estoy cansado de jugar, Teddy. Dame las llaves.

—¡No seas ridículo! No las tengo.

—¿Qué quieres decir? ¿No las tienes?

—¿Qué piensas, que ando por ahí con ellas en el bolsillo? ¿Por quién me has tomado?

—No me importa que las lleves en el culo. Tenemos que sacar el dinero esta noche. Nos están investigando, ¡a ver si te enteras! La cámara acorazada va a quedar clausurada. ¿Qué se supone que vamos a decir a los inversores?, ¿que se nos ha ocurrido una ingeniosa estrategia nueva de ahorro? Eso no va a funcionar. ¿Dónde está la llave maestra?

—Estas transferencias no han sido autorizadas.

—No te enteras de nada, Ted. El consejo quiere que lo saquemos.

—¿Sacarlo? ¿De dónde? ¿Dónde van a meterlo? ¿Dónde van a guardar con seguridad y libres de impuestos sus bienes? ¿Debajo del colchón?

—Ya no es cosa tuya.

—¡Vaya que no! Nunca podrás poner en orden las cuentas sin mí. ¿De verdad crees que solo deposité decenas de millones a nombre del señor Wackerly, o del tuyo, o del mío, donde cualquier poli con una orden judicial pudiera encontrarlos? Los depósitos están diseminados.

—¿Quieres decir que los has guardado con nombres falsos? ¿Crees de verdad que eso va a alejar a los federales? ¿Un puñado de nombres falsos?

—¿Quién ha dicho que los nombres fueran falsos?

—¿Son de clientes activos? Jesús, ¡sí que tienes pelotas, Teddy! ¿Qué va a impedir que esos títeres retiren dinero? ¿Eh? ¡Si una anciana quiere venir a admirar su colección de monedas estamos perdidos!

—¡Ten calma! La mayoría de ellos están muertos, o ni siquiera saben que tienen una caja. Ese idiota de Thompson lleva proporcionándome cajas muertas desde hace años. Es parte de nuestro acuerdo para que yo ignore sus indiscreciones.

—¿Indiscreciones? ¿Es así como se llama a los homicidios en estos tiempos?

—¿No lees los periódicos? Eso fue un atropello del que el conductor salió huyendo, y sucedió hace ya cuatro malditos años. Agua pasada.

Beatrice abrió los ojos como platos. Homicidio. Rhonda Whitmore fue asesinada.

Se oyó un suspiro.

—Todo este plan es como tú, Teddy..., demasiado arriesgado. Dijiste que sería fácil. Vendiste a las mejores familias de la ciudad una inversión legítima, con alto rendimiento. Claro, que no quisieron ver el hecho de que fuera demasiado bueno para ser cierto, para ser legal; pero ¿de verdad crees que van a dejarte que ahora los arrastres por el lodo? El dinero no compensa el riesgo.

—¿Qué dinero no se obtiene con un poco de riesgo? ¡Es un negocio sucio, Jim!

—Bueno, sencillamente se ha vuelto demasiado sucio. Ahora esa muñequita tuya de Maxine está causando problemas. Tu hijo borracho fue sorprendido con las manos en la masa en la cámara acorazada hace solo una semana. El dinero no está seguro.

—Deja a Randy al margen de esto. Yo me ocuparé de él.

—¿Como te ocupaste de las inversiones?

—Teníamos que salvaguardar nuestros intereses, ¡maldita sea! Cuando llegaron los federales, tuvimos que empezar a hacer ajustes.

—¿Quién autorizó los ajustes?

—Cuando se abrió el mercado del oro, teníamos que entrar. Nixon nos dio por culo a todos cuando empezó a imprimir dinero, y tú lo sabes. Nuestros activos en efectivo se habrían quedado en nada, convertidos en ceniza con tanta inflación. Tuvimos que incorporar materias primas.

La voz de Teddy se volvía cada vez más alta y más errática.

—¿De verdad crees que podías empezar a acumular oro y que nadie se daría cuenta? —preguntó Jim—. Mis fuentes en la ciudad me dicen que los federales todavía tienen a alguien dentro del banco.

—¡Nunca van a poder demostrar nada! Está todo tan bien atado que ni siquiera pueden conseguir una orden judicial.

—Están vigilando a Bill. Va a llegar a un acuerdo.

—De Bill nos podemos ocupar —replicó Teddy con desdén.

—¿Cómo? ¿Crees que hay sitio en el río para otro? Deberías ser el primero que se preocupara por el asunto, Ted. Estoy perdiendo la paciencia con este asunto. Ahora vas a darme las llaves que necesito.

—¿Qué vas a hacer si no lo hago? ¿Matarme a palos con la estilográfica? Te lo estoy diciendo. No las tengo.

—Sí no las tienes tú, ¿quién las tiene?

Beatrice, a menos de diez metros, tragó saliva.

—Sí, dínoslo, por favor, Teddy. ¿Quién las tiene?

Ahora era otra voz la que hablaba. Resultaba extrañamente familiar.

—Carmichael, ¿por qué has tardado tanto?

Beatrice se quedó sin respiración. Reconoció la voz del Theatrical Grille. Era el camarero amistoso que sentía debilidad por Max. Se asomó a través de la

cortina, incrédula.

—¿No me digas que has metido en esto a los Covelli, Jim? Lo tenemos bajo control.

Teddy dejó escapar una risa incómoda.

Tony había dicho que los Covelli seguían vinculados a Sicilia. Max los había llamado gánsteres. Carmichael pertenecía a la mafia, reparó Beatrice y, al pensarlo, acalló un lamento con la mano.

—Representan uno de los grupos de interés más importantes en el banco, Teddy, y lo sabes —dijo Jim con un suspiro—. Te has metido en algo que escapa a tu control. Sabemos que has estado hablando con los federales. Te sugiero que cooperes.

Carmichael sacó una pistola. Beatrice oyó un chasquido de hierro mientras él apuntaba con ella a Teddy.

—Ey, ¡tranquilo, Carmichael! Jim, somos amigos desde hace veinte años. ¡No puedes estar hablando en serio! Los registros de las transferencias están codificados. ¡Sin mí no sabrás por dónde empezar!

—Ahora está fuera de mi control. Si cooperas, haré todo lo posible por proteger a tu familia.

—En lugar de perder el tiempo conmigo —gritó Teddy—, ¡tendríamos que estar buscando a esa zorra!

—¿Qué importa ella ahora?

—Es la única que queda que sabe cómo funcionan las malditas llaves, para empezar. Hay una especie de sistema para utilizarlas.

—¿Y de quién es culpa eso exactamente? —reclamó Jim—. La empleada del mostrador, *Sherry*, o comoquiera que se llame, habría cooperado si el borracho de tu hijo no hubiera decidido meter literalmente las manos en el asunto.

—No puedes demostrar que Randy tenga nada que ver con eso —protestó Teddy—. Tal vez Shirley esté fuera de la ciudad. Podría volver al trabajo el lunes.

A Beatrice se le cayó el alma a los pies. Shirley, la empleada de las cajas de seguridad y amiga de Doris, había desaparecido o estaba muerta. Tal vez Randy la había matado. Se apartó un poco de la cortina y se dejó caer de rodillas.

—Déjame ver si lo he entendido bien. ¿Me estás diciendo que has guardado más de cincuenta millones de dólares en esa cámara acorazada y que ni siquiera sabes cómo abrirla? —se mofó Carmichael—. Putos banqueros. Siempre queréis hacerlo todo vosotros solos. ¿Se te ha ocurrido alguna vez pensar que la ayuda proporciona sabiduría?

—Ya basta, Carmichael —dijo Jim levantando la mano hacia el propietario del bar—. Si una simple secretaria ha sido capaz de averiguarlo, nosotros lo conseguiremos. ¿Qué más puedes decirnos, Teddy?

—Si hablo, ¿qué os impedirá apretar ese gatillo? ¿Eh? Quiero hablar con Alistair.

—¿Quién crees que nos ha enviado? —suspiró Jim—. Carmichael, ¿quieres, por favor?

Se oyó un grito ahogado y varios golpes sordos. Después, nada.

Beatrice permaneció agachada tras la cortina, asomándose a la oscuridad. Los banqueros ocultaban oro en la cámara acorazada de las cajas de seguridad para las familias más ricas de la ciudad. Teddy dijo que Bill había estado proporcionándole cajas muertas durante años. Cajas que Doris y Bill habían rastreado, sin duda. Cuando el nombre de Rhonda Whitmore apareció en el diario de Doris, las retiradas de bienes y dinero se volvieron más frecuentes. Parecía como si Bill hubiera visto un fantasma el día que Rhonda se presentó en el banco; eso es lo que había dicho Max. Finalmente, lo sorprendieron con las manos en la masa pero, en lugar de entregarlos a él y a Doris a las autoridades, Teddy vio en ello una oportunidad.

Los estrambóticos códigos de las páginas que estaba ordenando para Randy cobraron sentido de repente. Debían de ser los expedientes en los que se reflejaba dónde había acumulado el banco millones de dólares. Jim quería sacar el dinero, y los Covelli también. La mafia estaba implicada de algún modo en los negocios del banco, y Carmichael trabajaba para ellos. Ser propietario de un bar no era más que una tapadera. Beatrice no lo conocía en absoluto. Pero Tony y Max sí lo conocían, pensó. Tony era un detective de la policía; fue él quien le habló de los Covelli la primera vez. Debería saberlo. Le vinieron a la cabeza las palabras que Carmichael pudiera haber oído en el bar: sus conversaciones con Tony acerca de husmear en el banco, las cajas de seguridad desaparecidas, la desaparición de la llave maestra. Tal vez Tony quisiera que Carmichael lo oyera. El viejo apuntó a Teddy con la pistola en la cabeza. Quizá los Covelli hicieran caer al banco si la policía fallaba.

Nadie, ni siquiera Tony, sospechaba que ella y Max tuvieran la capacidad de hacer algo más que huir. Max tenía razón. Todos subestimaban a las mujeres como ellas.

Beatrice salió de detrás de la cortina con las llaves en la mano y se arrastró hacia la cámara acorazada.

Viernes, 28 de agosto de 1998

Una fotografía en blanco y negro de dos mujeres la miraba desde la caja 547 bajo el resplandor amarillento de la linterna del detective. Sonreían. El cristal del marco de plata de la fotografía estaba resquebrajado. Iris lo tomó y se lo entregó al detective McDonnell. Debajo de la fotografía encontró un libro de piel marrón y una vela. Eso era todo.

—¿Qué demonios es esto? —preguntó en voz alta Iris.

No podía creer que Beatrice hubiera llamado a Suzanne Peplinski en 1978 por una fotografía. No podía creer que acabara de entrar ilegítimamente en el banco por algo así. Eso no iba a resolver ninguno de sus problemas.

—¿Qué hay en el libro? —susurró el detective volviendo a depositar la fotografía en la caja.

Iris lo abrió. Estaba lleno de números. Pasó una página tras otra, pero no encontró nada más que números en tinta azul y negra, hasta que algo le llamó la atención.

—¿Quién es Rhonda Whitmore? —dijo ladeando la página hacia el detective.

—¿Me está tomando el pelo? Era la mujer que Max decía que fue asesinada en 1974. —Agarró el libro y empezó a hojear las páginas—. Todos estos números parecen transacciones.

—¿Transacciones?

Iris recogió la vela. No era más que una vela votiva barata que jamás había sido encendida.

—Creo que puede ser un registro de los robos de las cajas de seguridad. Mire aquí, este debe de ser el número de la caja de Rhonda, la 855, y aquí pone lo que había en su interior: cincuenta mil dólares.

El detective señaló el renglón que estaba leyendo, pero Iris apenas prestaba atención.

Un trozo de papel cayó de la base de la vela. Lo recogió y leyó en voz alta:

—«Descansen en paz las almas de los fieles que nos dejaron, por la misericordia de Dios. Amén.»

El detective levantó la vista del libro y alumbró a Iris con la linterna.

—¿Cómo?

—Estaba en la base de la vela.

Le entregó el trocito de papel.

Él lo examinó y, a continuación, le dio la vuelta.

—Es de la Iglesia de El Salvador, en Little Italy.

—No lo entiendo.

—Es la vela de una ofrenda de oración. En mi iglesia también las hay. Las enciendes por alguien que haya muerto o necesite una oración.

—Pero ¿por qué iba alguien a meterla en esta caja?

—Una pregunta condenadamente buena —dijo desde detrás de ellos una voz.

El detective McDonnell se volvió bruscamente mientras metía la mano en el interior del abrigo. Un estallido sonó junto al oído de Iris, y la linterna del detective salió volando por los aires. Golpeó contra el suelo. La luz parpadeó y, enseguida, se apagó.

A Iris le llegó el olor del humo. Oyó un golpe sordo cuando algo pesado cayó al suelo, junto a ella. Le pitaban los oídos. Se le quedó la mente en blanco. Ella misma sintió que empezaba a caer.

—Oh, no, tú no —dijo la voz que la agarró y la ayudó a erguir la espalda.

Sin la linterna del detective, estaba demasiado oscuro para ver quién hablaba. Iris no quería ver nada. Lo único que oía era su corazón bombear sangre en sus oídos palpitantes. Los pulmones se negaban a respirar. El mundo se desenfocó.

Las luces del techo se encendieron bruscamente y la obligaron a entornar los ojos. La vela roja todavía estaba depositada en la caja. Mantuvo la mirada en ella, negándose a reconocer al hombre que tenía detrás, hasta que le tocó el hombro. Iris se sacudió el hombro mientras se apartaba, pero los pies le tropezaron con algo grande que todavía estaba en el suelo. Era el detective McDonnell. Sintió una arcada y vomitó en la caja abierta.

El hombre que había detrás se reía. Sonaba amortiguado y remoto.

—Bueno, eso es muy apropiado, ¿no? Eso es exactamente lo que siento con todo esto.

La carcajada serena le provocó otra arcada. La voz no le resultaba del todo desconocida.

—Date la vuelta, Iris —ordenó.

El sonido de su nombre hizo que el zumbido de sus oídos se acallara. Negó con la cabeza. No quería verle la cara.

—¡Date la vuelta! —gritó.

Una mano grande la agarró por el hombro y la obligó a girarse hasta que pudo ver al hombre armado. No podía distinguir su rostro, solo algunos rasgos. La mandíbula prominente, la mirada severa y unos dientes resplandecientes se enfocaban y desenfocaban de forma intermitente.

—Siento irrumpir de forma tan espectacular, pero iba a sacar su arma. No me ha quedado otra alternativa. Ha sido legítima defensa. Confirmarás ese extremo, ¿verdad?

Puso el arma entre los ojos de Iris. El cañón todavía estaba caliente.

Iris dejó de respirar y asintió.

—No tienes ni idea de quién soy, ¿verdad?

Sacudió la cabeza, aunque ahora estaba segura de que lo había visto antes.

—Bueno, yo te conozco, Iris. Sé todo sobre ti: tus retrasos matutinos, la bebida, tu dormitorio. He estado observándote desde mi escritorio desde hace meses. ¿Todavía nada? —Volvió a sonreír—. Mi despacho está a tres puertas del de Charles Wheeler. Un auténtico profesional lo sabría. Pero tú no eres una profesional, ¿verdad, Iris? Tú y tus pequeñas rebeliones, tu obsesión por registrar cajones archivadores, tu forma de escabullirte por ahí a hurtadillas.

Se detuvo y le acarició la mejilla con el dorso de la mano.

Iris retrocedió, pero chocó contra el mostrador.

Él siguió hablando.

—Antes yo era muy parecido a ti. Encerrado en una vida sin salida, buscando algo mejor. Buscando una salida. Bueno, tú sin duda encontraste una, ¿verdad?

Iris tenía que decir algo, aunque solo fuera para que dejara de tocarla.

—Ah... ¿Has estado siguiéndome? —susurró, sin atreverse a mirarlo a los ojos.

—No soy el único. Has conseguido sacar de quicio a un montón de gente, Iris. Nadie quería que ese bastardo muerto viera la luz del día.

—¿Lo... lo conocías?

—Se podría decir que sí, pero la última vez que vi a Bill no tenía un aspecto tan... triturado.

Le brindó una sonrisa maliciosa, y el estómago de Iris se revolvió.

—¿Qué quieres? —susurró Iris.

—¿Qué quiere cualquier hombre? —reclamó—. Supongo que ni se te pasa por la cabeza. Seguramente piensas que es dinero, ¿verdad?

Iris miró a la cámara acorazada, al otro lado del hombre, demasiado asustada para hablar.

—Error, Iris. ¡Error! —Golpeó con la mano sobre el mostrador e hizo dar un salto a la caja de metal.

Iris lo sintió como una bofetada.

—El dinero no es más que un medio para conseguir un fin. Quiero algo mucho más valioso que el dinero. Respeto. Siempre he querido respeto. Y después de tantos años, finalmente lo estoy obteniendo. Te recomiendo que lo pruebes alguna vez. Ser despedida no es como irse de picnic, ¿verdad?

Iris sacudió la cabeza mirando el arma.

—Bueno, aquí tienes tu gran oportunidad de ser fiel al amigo Wheeler, pero bien. A Chuck le encantará. Veinte años trabajando al otro lado de la calle para su fondo de pensiones y, de repente, en un abrir y cerrar de ojos, se ha esfumado.

Apartó el arma a un lado para subrayar el comentario y, enseguida, volvió a ponérsela delante de la cara.

Iris levantó las manos instintivamente. Ahora lo reconocía. Era el tipo repulsivo de pelo gris que le guiñó un ojo cuando la despidieron, ese mismo día. Unas cuantas semanas antes la había detenido en el pasillo, cuando llegaba tarde. Algo en la extraña mirada de sus ojos la había hecho sentir incómoda siempre. Ahora, con el arma en la mano, quedaba claro de inmediato. Estaba loco.

—¿Quién... quién eres?

—¿Yo? Bah, ahora no soy nadie. Jefe de finanzas de una empresa de arquitectura de tercera categoría. Eso es lo que me asignaron para mantenerme callado.

Ni siquiera sabes mi nombre —suspiró—. Antes yo era alguien. Era prácticamente de la realeza de esta patética ciudad. Después, todo se vino abajo. Todo se vino abajo porque dos zorras exactamente iguales que tú anduvieron husmeando, robando llaves. ¡Lo perdimos todo! Mi padre estaba demasiado ocupado exprimiéndose el cerebro para no apartar la mirada del premio. Confió el negocio familiar a un imbécil incompetente como Bill Thompson. ¡Pero no a mí! Una camarera de pacotilla era lo bastante buena para gestionar la cámara acorazada, para manejar millones de dólares... ¡Pero yo no!

El olor a *whiskey sour* le quemó la nariz mientras él le gritaba delante de la cara. Iris hizo una mueca.

Él se detuvo y sonrió.

—¿Qué? ¿Te he ofendido? ¿No te parece que eres una zorra? ¡Ja! He visto lo que haces con tu amiguito.

La había visto con Nick. Los dientes del tipo brillaron bajo la luz fluorescente. Estaban manchados de café por los contornos. Parecía agradecerle verla estremecerse.

—¡Oh, Dios! ¡Nick! ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! —gritaba él imitando la voz de ella—. Bueno, de todas formas, deberías intentar hacerte un poco de rogar, Iris.

Todo su cuerpo se estremeció con un temblor cuando la sangre se le bajó a los pies. La habitación empezó a dar vueltas, y se agarró al mostrador.

—Eras tú. Tú me estabas siguiendo.

—Vamos, Iris; sin duda, tú más que nadie debes de saber lo aburrido que puede ser el trabajo. —Le guiñó un ojo—. Además, mi querida estudiante modélica, algo en tu mirada patética y aburrida de todas las mañanas que llegabas tarde a trabajar me decía que estabas lo bastante desesperada para andar husmeando por aquí, en este vertedero. Y yo tenía razón. El señor Wheeler pensaba que te limitarías a mantener la cabeza agachada y hacer exactamente lo que se te dijera, como una buena ingenierita. Eso habría sido más inteligente, Iris, reconócelo.

Iris sintió que asentía con un gesto, aunque trataba de concentrarse en cualquier cosa menos en gritar. Tal vez fuera ese hombre quien contara a todo el mundo en la oficina que se quedaba dormida por las mañanas. Tal vez Nick no tenía nada que ver con ello. Su mente se revolvió en busca de algo que decir.

—Fuiste tú quien estaba en la cámara acorazada aquel día. ¿Por qué dejaste las llaves? —preguntó.

—¿Dejar las llaves? ¿De verdad crees que soy tan idiota? ¿Eso crees?

Apretó el cañón del arma contra el pecho de Iris.

—No —gimió.

—Simplemente tuviste suerte. Y ahora seguramente te crees inteligente porque has descifrado el código, ¿verdad? No pienses ni por un momento que yo no podría haberlo averiguado. Él no podría haberlo hecho, pero yo sí, maldita sea.

El dedo parecía retorcerse en el gatillo. Tenía que conseguir que siguiera hablando.

—¿Él? ¿Quién? Tu... ¿tu padre? ¿Quién es él?

—¿El Vicepresidente de A Quién Coño le Importa Qué? Está muerto. Lo han matado.

El hombre se detuvo y recogió el libro de piel marrón que el detective McDonnell sostenía antes. Los ojos de Iris acompañaron la pistola hacia abajo y percibieron un atisbo de un charco de sangre en el suelo. Ahogó un sollozo y cerró los ojos. *Que Dios me ayude.*

—Bueno, él se creía muy listo. ¡El rey de la sala de juntas! Supongo que no se dio cuenta de que, cuando perdió las llaves de todo ese dinero, sus compañeros de golf no iban a tomárselo demasiado bien. Entra ahí —dijo señalando a la cámara acorazada con la pistola.

Iris obedeció y se alejó rápidamente de la sangre. Él la siguió al interior.

—Bueno, ya sabes, dijeron que fue un suicidio, pero te pregunto: ¿cuántos suicidas se toman la molestia de romperse todos los dedos antes de volarse la tapa de los sesos? Necesitaban un chivo expiatorio, alguien con lo que tranquilizar a los federales... Habían congelado nuestros activos. Subastaron nuestra propiedad. No me dejaron nada y me confinaron en una empresa de poca monta bajo el mando de Wheeler. Nadie contó conmigo, el hijo inútil, pero no tenían ni idea de con quién se las gastaban.

A medida que hablaba, se iba irritando poco a poco, e Iris avanzó lentamente hasta la parte trasera de la cámara acorazada. Él se acercaba cada vez más.

—Me fui enterando de todos y cada uno de los mugrientos dólares que fueron acumulando aquí. Bill no podía llevar el papeleo rodeado de secretarías a las que se tiraba. Yo leía los expedientes. Estaba consiguiendo llevar a ese tipo exactamente a donde yo quería y, de repente, aparecieron esas dos zorras.

—¿Quiénes? —susurró Iris.

—¡Cállate! —Le apuntó con el arma a la cara y la hizo retroceder contra la pared más lejana—. Las zorras entrometidas como tú siempre estáis haciendo preguntas que no deberíais hacer y llevándoos lo que no debéis.

Le dio una bofetada fuerte en la cara. La fuerza la arrojó contra la pared lateral y le hizo ver un relámpago blanco de dolor.

—Apareciste y encontraste el cadáver triturado de Bill. Eso casi lo echa todo a perder. Los federales han estado a punto de volar las puertas de este edificio, pero los viejos amigos de papá no iban a permitir que sucediera. Por lo que se ve, me hiciste un favor, ¿no?

Salió disparado de la cámara acorazada y regresó a donde estaba el cuerpo inmóvil del detective. Le dio la vuelta con el pie; estaba mirando hacia arriba con los ojos inertes. Iris cayó de rodillas entre sollozos. Estaba muerto de verdad. Ahora ella no tenía salvación. En la cámara acorazada en la que estaba atrapada resonó el ruido metálico de un arma, una linterna, un par de esposas y una llave, depositadas bruscamente sobre el mostrador.

—Por fin me vais a ser útiles una de vosotras, zorras —dijo lanzándole la llave maestra a la cabeza. La golpeó en el cuello y tintineó al caer al suelo—. Ponte a trabajar.

Durante la siguiente hora, el hombre fue gritando números de cajas del librito marrón que estaba oculto en la caja 547, e Iris fue abriendo las puertas a punta de pistola. La primera que extrajo la derribó cuando se le vinieron encima cincuenta kilos sobre el pecho. El pistolero entró corriendo en la cámara y se la arrancó de encima. Retiró la tapa y rio en voz baja. En su interior había cuatro lingotes de oro relucientes.

Tomó uno y lo besó.

—Esto por el comercio de materias primas, papá.

Medio aturdido, la sacó y atravesó el pasillo hasta la puerta de la otra cámara acorazada.

—¿Te haces idea de cuánto vale hoy día un lingote «Good Delivery»?

Iris miraba muda mientras él empujaba un inmenso carro de metal desde el otro lado del vestíbulo. Había tres grandes armarios archivadores apilados en su plataforma. «Sal corriendo», le gritaba una voz en su cabeza. Pero, cuando consiguió volver a ponerse de pie, el carro ya obstaculizaba la entrada de la cámara acorazada.

—Cada una de estas criaturitas puede reportar ciento diecisiete mil dólares si sabes moverlas bien.

Le indicó con un gesto que trajera los otros lingotes. Cada uno pesaba más de diez kilos. Los trasladó de uno en uno y los depositó en un archivador sin decir una palabra.

—Te veo pensar demasiado, Iris. Quieres saber por qué no perforaron las cajas para abrirlas, sin más, hace años; por qué las dejaron ahí dormidas en la época del auge del oro de la década de 1980, ¿verdad? —La apuntó con la pistola—. ¿Verdad?

Se puso rígida y asintió obediente.

—¿Por qué las pirañas no se devoran en una pecera? ¿Eh? También son canibales. La respuesta, boba, está en la política —sonrió, satisfecho de sí mismo—.

Los registros estaban revueltos. Si alguna de las familias hubiera llegado a tocar una taladradora, las demás se la habrían comido viva. Ha sido una tregua de veinte años. Han estado esperando a que los demás se muriesen. Ojalá pudiera estar yo allí para verles la cara cuando descubran que se la han jugado.

Los brazos de Iris se relajaron mientras él hablaba. Solo comprendía una mínima parte de lo que decía.

Después, volvió a apuntarla con el arma.

—Caja 357.

La pila de lingotes de oro iba aumentando de cuatro en cuatro conforme iba abriendo las puertas. Él parecía disfrutar contemplando cómo se le venían encima a Iris cincuenta kilos de oro. Cuando la tercera caja estuvo casi a punto de romperle un pie, él daba aullidos histéricos. Iris empezó a extraer las cajas y evitar que golpearan en el suelo, con un estruendo como de disparos que la estremecía. Había unas cuantas cajas llenas de dinero en efectivo y joyas, pero la mayoría estaban llenas del fatídico peso del oro. Los brazos empezaron a ponerse correosos de tanto sacar los lingotes de sus contenedores y llevárselos a su secuestrador.

El hombre tomó la bolsa de herramientas de Iris del rincón y vació el contenido. La cinta métrica y el portabloc golpearon en el mármol junto con las notas de Beatrice. El tipo no echó un vistazo más detenido a ninguna otra cosa y le ordenó que vaciara el dinero en efectivo y las joyas dentro de la bolsa.

La novena caja estaba vacía, a excepción de otra vela votiva roja. Le hizo un gesto para que se la entregara. Iris se avergonzó cuando la mano de él rozó la suya.

—«Aunque pase por valle tenebroso, ningún mal temeré.» —leyó y, a continuación, dejó escapar una sonrisa de suficiencia—. Es un buen consejo para ti, Iris. ¿Ahora adónde vamos...? 885.

Iris perdió la cuenta del dinero, los diamantes y el oro que había pasado por sus manos. Sus ojos se perdieron ante la interminable fila de puertas. No había forma de que pudieran abrirlas todas antes de que alguien las encontrara allí, pero ese no parecía ser el plan. El hombre gritó otro número mirando el libro. Solo estaba comprobando las cajas enumeradas en el libro de contabilidad.

Para impedir que su mente flaqueara, empezó a hacer números de cabeza. Si cada lingote de oro valía 117.000 dólares, ¿cuántos harían falta para sumar un millón? A duras penas podía seguir la numeración de las llaves cuando la pistola le seguía los pasos, pero obligó a su cerebro a seguir trabajando.

Después de abrir dos cajas más de lingotes, consiguió calcularlo. Harían falta unos ocho lingotes y medio para reunir un millón de dólares. Había ya al menos cuarenta lingotes apilados en el interior de los armarios archivadores, pero el detective había dicho que desaparecieron más de 50 millones de dólares. Eso significaba más de cuatrocientos lingotes. Podrían ser incluso más. No tenía ni idea de cuál era el precio del oro allá por la década de 1970.

—¿Cómo? ¿Cómo vas a sacar todo esto de aquí? —preguntó mientras se frotaba los brazos doloridos.

El carro pesaría una tonelada.

—Siempre está ahí la ingeniera, ¿verdad, Iris? No te preocupes, el camión no llegará aquí hasta dentro de una hora, al menos. Pero será mejor que muevas el culo si queremos tener esto lleno —le dijo con una sonrisa.

Así es como evitaría ser descubierto, pensó. Ocultando el oro en armarios archivadores y cargándolos en otro camión negro. Le ordenó que cerrara con llave de nuevo cada caja una vez que las hubiera vaciado. Nadie sabría que habían estado allí.

Cuando nombró la caja 256, el cajetín se le enganchó en el hombro al tirar de él para depositarlo en el suelo. Cayó de rodillas.

El hombre se mofó.

—¡Levanta el culo y ábrela!

Dentro había otra vela roja junto con cientos de llaves. Eran las llaves desaparecidas, reparó, mientras pasaba las manos por ellas. No se habían perdido. Alguien las había escondido, como había dicho el detective. De la base de una vela cayó un trozo de papel al extraerla. Era otra oración.

El hombre dio unos cuantos golpes con la pistola en la pared de la cámara hasta que ella levantó la vista.

—¿Qué dice?

—«Bienaventurados los mansos porque ellos heredarán la tierra.» —susurró.

—¡Ja! Yo no lo daría por hecho. ¿Hay algo más ahí dentro?

Había dos juegos completos de llaves bancarias de las cajas de seguridad, junto con otros cuantos llaveros repletos de llaves. Bajo ellas encontró un trozo de pergamino amarillento. Era parte de una partida de nacimiento. Estaba rota por la mitad. La otra mitad estaba debajo, del revés. Los ojos de Iris se fijaron en el nombre: «**Beatrice Ma...**», mecanografiado arriba. ¿Beatrice? Se arriesgó a echar un segundo vistazo y vio que la fecha de nacimiento era el 12 de junio de 1962. Estaba expedida por el Condado de Cuyahoga.

—¿Qué has encontrado? —reclamó él.

—Nada. Solo un papel sin valor.

Beatrice. Ver el nombre produjo en Iris un sobresalto de adrenalina. Era un mensaje.

—Oye, tú no tienes descanso. ¡Caja 933! —gritó.

Iris volvió a ponerse de pie, con la mente acelerada. «Los mansos heredarán la tierra.» estaba garabateado en el expediente de Beatrice. Beatrice debía de haberlo escrito allí. Había dejado la vela roja. Beatrice había estado en la cámara acorazada. En la caja 256 estaba su partida de nacimiento. Había guardado todas esas

llaves en una misma caja. Había dejado la llave 547 en el escritorio de Suzanne. Beatrice llamó a Suzanne para hablarle de su caja. Beatrice quería que la encontraran.

—Beatrice —susurró.

—¿Qué estás diciendo? —reclamó el hombre.

—N... nada. Solo estaba... rezando.

—¡Esto no es una puta iglesia! ¡Tenemos tarea, señorita Latch! Vuelve al trabajo ahora mismo.

Le arrojó una vela roja.

La vela la golpeo con fuerza en el brazo, pero Iris apenas lo notó. Beatrice era la razón por la que la cámara permanecía cerrada. Ella había escondido las llaves. De algún modo, una modesta secretaria había vencido a los hombres más poderosos de la ciudad. Beatrice había hecho caer al banco.

Incapaz de apartar la mirada del papel amarillento, Iris tiró los trozos de la partida de nacimiento y las llaves en la papelería que él le había dejado al lado. Beatrice nació en 1962. Las ropas de la maleta perdida relampaguearon en su mente. Beatrice solo tenía dieciséis años cuando desapareció. O cuando la mataron.

La mataron. La idea sacó a Iris de su trance. Cuando los armarios archivadores del carro que bloqueaba la entrada estuvieran llenos de oro, a ella la mataría. Igual que al detective. La idea penetró en ella como una bala.

—¡Maldita sea, Iris! No tenemos todo el día. Caja 933

No, pensó Iris. Volvió a introducir la caja 256 en su sitio y cerró su puerta. Apretó la mandíbula mientras se acercaba tambaleante a la siguiente cerradura. No permitiría que sucediera. Le lanzó una mirada furtiva y lo vio dando golpecitos en el suelo con el pie, impaciente. Él mismo podría haber matado a Beatrice.

Entonces, lo descubrió. Todavía había una llave encajada en una cerradura, seis puertas más abajo. El detective McDonnell dijo que los dientes podrían estar diseñados para romperse si se introducía a la fuerza una llave equivocada. Eso debió de haber sucedido cuando el hombre de la camisa azul perdió sus llaves. Había sido él, reparó, mirando al pistolero. Era así de estúpido.

Se saltó la llave correcta para la caja 933 y seleccionó otra distinta. La introdujo en la cerradura y oyó chasquear algo diminuto. Después, el bombín no giró. La agitó y forcejeó hasta que estuvo segura de que la llave se había doblado y, entonces, dio un golpe a la puerta.

—¡Maldita sea!

—¿Qué pasa? ¿Qué ha pasado?

—¡Se ha atascado!

Se contoneó y la dobló un poco más. Pegó un leve tirón y se mordió el interior del labio mientras se le aceleraba el pulso.

—¡Sácala! —gritó él.

—¡No puedo! —gritó ella fingiendo esfuerzos por intentarlo.

—¡Maldita sea! ¡No tengo tiempo para esta mierda!

Dejó el arma de un golpe sobre el mostrador y empujó el carro del oro para apartarlo del camino. Iris se replegó contra la pared de la cámara cuando él pasó dándole un empujón y tiró de la pequeña pieza metálica. Mientras él forcejeaba con el llavero, Iris salió sigilosamente de la cámara acorazada.

Atravesó corriendo el vestíbulo inferior en dirección a la luz que entraba desde detrás de los ascensores. Cuando dobló la esquina, apareció la escalera de mármol y subió torpemente los peldaños de dos en dos hasta la entrada principal. Veía la calle a través del cristal del final del vestíbulo y aceleró la carrera hacia la luz.

Solo recordó las cadenas de las puertas cuando era demasiado tarde. Chocó contra ellas y manipuló los pomos frenéticamente, gritando y golpeando en el cristal, con la esperanza de que alguien la oyera. El sol de mediodía resplandecía con furia sobre los vehículos que pasaban por delante del viejo banco. Un hombre cruzaba a toda prisa Euclid Avenue con un café en la mano, a menos de quince metros.

—¡Ayúdeme! —gritó mientras daba golpes en el cristal.

El hombre no se inmutó.

—¡No hay ningún sitio al que ir, Iris! —la amenazó a gritos el pistolero desde la escalera.

Se volvió y cruzó corriendo otro par de puertas.

Jueves, 14 de diciembre de 1978

Beatrice colocó la caja 544 en el suelo de la cámara acorazada dando un golpe sordo. Era la caja que estaba a nombre de Max y contenía todas las pruebas incriminatorias contra ella: diamantes y miles de dólares en efectivo. «Dinero para Mary», pensó Beatrice mientras vaciaba su gran bolsa para dejar espacio. Todas las llaves que Max había robado, sus expedientes, un libro con tapa de cuero, una fotografía resquebrajada y tres velas rojas cayeron atropelladamente sobre el suelo de bronce. Se había llevado las velas de la iglesia para que fueran un recordatorio de que, por encima de todo, tenía que hacer lo correcto.

Mientras rellenaba la bolsa con las joyas robadas y el dinero, su corazón se vio invadido por la duda. Una vez vaciada la caja, nadie podría culpar a Max de los robos. Max recuperaría a su hija. Pero llevarse esa fortuna la convertía en una ladrona, igual que Doris. Beatrice tomó una vela roja y la depositó en la caja de seguridad antes de volver a encerrarla en la cámara acorazada. *Por favor, Dios, perdóname si esto no está bien.*

Pasó a la caja 547. Si la policía registraba la cámara, seguramente comprobaría la caja de Doris. Tony sabía que su tía estaba implicada en los robos y, cuando se reunieron en la cafetería, había devuelto a Beatrice la llave 547. Él llevaría allí a la policía. Al levantar la tapa encontró los mismos paquetes de billetes de un dólar y las bolsas de monedas que ya había visto días antes. Las propinas de camarera eran la excusa de su tía para entrar en la cámara acorazada una semana tras otra mientras su amiga Shirley miraba a otra parte. El dinero no era robado, y Beatrice tendría que comprar un billete de bus para abandonar la ciudad. Doris lo comprendería, se dijo. Tomó el dinero y, a continuación, colocó el libro de piel marrón, el registro escrito de todos los pecados de su tía, en el interior de la caja para que lo encontrara el detective.

—Lo siento, Doris —susurró.

Depositó en la caja la fotografía de su tía y su madre sonriendo. Sería la última vez que viera algún rastro de Doris. Rezó una oración en silencio y colocó una vela en el interior, junto con la fotografía y, a continuación, la cerró de golpe.

La caja 256 era la que estaba a nombre de Beatrice. La abrió la última, sin saber qué encontraría en su interior y sin estar segura de querer saberlo. Se le encogió el corazón cuando vio que la caja estaba llena hasta el borde de joyas robadas. Si la encontraba Tony o cualquier otro, Beatrice seguramente iría a la cárcel. «Maldita sea, Doris», pensó mientras sacaba de la caja, sin parar, un puñado tras otro de joyas y los metía en la bolsa. *¿Cómo voy a pensar alguna vez que esto está bien?*

Debajo del montón apareció un trozo de papel amarillento. Lo recogió y se quedó sin respiración cuando vio el nombre que había mecanografiado en la parte superior: **«Beatrice Marie Davis. Nacida: 12 de junio de 1962. Madre: Doris Estelle Davis. Padre: Desconocido».**

Permaneció allí sentada, estupefacta, mientras pasaban unos minutos valiosísimos. Según el documento que tenía entre las manos temblorosas, todo lo que sabía sobre su propia vida era mentira. Ilene no era su madre. Su padre se había marchado cuando ella tenía tres años. Doris no era su tía separada que le mandaba tarjetas de felicitación por su cumpleaños pero jamás se había molestado en ir a verla. Doris era algo peor.

En el fondo de la caja de seguridad había una fotografía de un bebé. Mejillas sonrosadas, ojos azules y un lacito amarillo: desde el metal frío y gris se asomaba un rostro diminuto. *¿Soy... yo?* Jamás había visto una fotografía suya de pequeña; no en casa de Ilene, tampoco en el apartamento de Doris. Recogió la fotografía y le dio la vuelta. En el reverso se veía escrito «Beatrice», junto con otros garabatos que se le desdibujaron a causa de las lágrimas. Doris había depositado la fotografía en la cámara acorazada. La había dejado sola.

El odio hacia Doris, Bill y el banco se desataron. Beatrice rompió en dos trozos la partida de nacimiento y la devolvió a la caja. No quería tener nada que ver con Doris Davis. Ni su nombre, ni nada. «Mejor estar encerrada para siempre», pensó. Toda su vida era un error. Una mentira.

No había tiempo para lágrimas. Los amos del dinero regresarían. Reunió todas las llaves de la cámara acorazada que Max había robado y las arrojó sobre el documento roto. Esos bastardos tendrían que perforar todas las cajas. Recogió del suelo la última vela y la apretó en el puño hasta hacerse daño en la palma de la mano.

—Que Dios me ayude —susurró sosteniendo contra su pecho la fotografía del bebé. No había modo alguno de pensar que nada estaba bien. «Ya no importa», pensó, y dejó caer la vela sobre los montones de llaves. Beatrice Baker estaba muerta. Ni siquiera había existido nunca. Cerró la tapa rápidamente y empujó la caja en su oquedad.

Cuando extrajo las dos llaves de la puerta de la caja 256, oyó pasos en el pasillo. Guardó la última de las llaves en su bolso, recogió sus expedientes y salió corriendo de la cámara acorazada.

—¿Beatrice? ¿Qué está haciendo aquí?

Era Bill. La detuvo en la entrada.

—¡Oh! ¡Señor Thompson! —Beatrice se metió su pesado bolso bajo el brazo y se limpió la cara deprisa con la manga de la blusa. Apenas podía mirarlo a los ojos y bajó la vista al suelo—. Me ha asustado.

—No debería estar aquí. ¿Quién la ha mandado aquí? ¿Randy?

Los ojos del señor Thompson recorrieron la estancia con nerviosismo, como si Randy también estuviera por allí.

—Mmm... Sí. El señor Halloran pensó que tal vez pudiera ayudar en algo con el problema de la llave.

—¿El problema de la llave? —entornó la mirada al mirado al preguntarle.

—Supongo que pensó que tal vez yo... fuera capaz de interpretar las notas de Shirley sobre el sistema de las llaves. Entiendo que se ha marchado hace poco.

Beatrice cruzó los dedos y rezó para que su conocimiento de la desaparición de Shirley le resultara convincente. Señaló los expedientes para que no reparara en que la bolsa estaba a rebosar.

—Yo... anoche me quedé hasta muy tarde tratando de leer su taquigrafía, pero es verdaderamente... caótica.

—Pero ¿qué demonios está haciendo aquí?

La agarró del brazo y la arrastró fuera de la cámara acorazada hasta el pasillo.

Beatrice se esforzaba por seguir hablando.

—Ha sido ridículo, verdaderamente.

—Sí. No creo que tenga ni idea de lo que ha hecho.

—Yo... supongo que solo quería probar. No quería decirle al señor Halloran que no podía... Era una tontería.

—¿Una tontería? ¡Bethany, acaba de cometer un delito! No tiene autorización para estar aquí. Si no me da esas llaves y me lo cuenta todo la entregaré a la policía.

Beatrice se quedó boquiabierta, y los ojos se le salían de las órbitas, atemorizados, mientras trataba de pensar deprisa. Ni siquiera sabía su

nombre... después de todo lo que le había hecho a Doris, después de todo lo que le había hecho a ella. Las palabras «Padre: Desconocido» todavía le quemaban en la retina. Se imaginaba a Doris embarazada, siendo despedida. No estaba segura de cómo hacer encajar correctamente el resto de la historia, pero sabía que había que culpar sobre todo a Bill. Con sus mentiras y sus ardidés, engatusó a Doris para que le hiciera el trabajo sucio.

Apretó la llave maestra, oculta todavía en la palma de su mano, y pensó que Carmichael y Jim todavía estarían en algún lugar del edificio. Quienquiera que tuviera la llave seguramente tendría sobre su cabeza una sentencia de muerte. No valía para nada sin las demás, y todas estaban guardadas en la caja 256... Todas menos la última, guardada en su bolso. Miró a los ojos pequeños y brillantes de Bill. Él ni siquiera sabía su nombre.

Fingiéndose un gesto de desconcierto, le mostró la llave que tenía en la mano.

—¿Llaves? La única que tengo es esta. El señor Halloran dijo que abría todas las cajas de la cámara acorazada, pero por lo que he visto, esta no sirve para nada.

Bill abrió los ojos de par en par y le arrebató la llave.

—¿Randy le dio esto?

Beatrice asintió dócilmente.

—¡Qué hijo de puta! —susurró en voz baja—. *Bethany*, va usted a venir conmigo.

Empezó a tirar de ella por el vestíbulo inferior en dirección a los ascensores. Ella miró la puerta del túnel, pero se dio cuenta de que no lo conseguiría. Tenía que hacer algo.

—Oh, señor Thompson, ¡el otro expediente! Realmente no debería dejármelo ahí.

Se soltó del brazo y se volvió a toda prisa hacia la cámara acorazada tratando de impedir que la bolsa tintineara.

—¿Qué expedientes? —El señor Thompson se desequilibró un poco, pero recuperó la estabilidad enseguida y empezó a seguirla—. *¡Bethany!* ¡Vuelva aquí!

—Será solo un instante —gritó Beatrice volviendo la cabeza y empezando a correr.

Corrió por el pasillo de la oscura cámara acorazada en dirección a la escalera de servicio mientras Bill avanzaba torpemente tras ella.

—*¡Bethany!* ¡Deténgase!

Beatrice subió la escalera corriendo y descalza. Los contornos de la puerta que había tras ella se iluminaron al encenderse las luces de la cámara acorazada. Irrumpió en el muelle de carga. Sus ojos recorrieron las paredes de hormigón, y el sonido de la puerta de la entrada, que vibró al abrirse, la catapultó corriendo hacia una puerta sin marcas que había a un metro y medio de ella. La cerró al pasar y apoyó la espalda contra el metal de la puerta. La pesada bolsa se balanceó y golpeó con un ruido limpio. Estaba en la torre de evacuación.

La escalera ascendía hasta lo alto del rascacielos. Empezó a correr. Sus pensamientos atormentados buscaban una salida mientras ascendía. Dentro de pocas horas, los trabajadores ficharían en el vestíbulo. Sería viernes por la mañana. Si lograba ocultarse hasta el amanecer, estaría a salvo.

La puerta que había al pie de la escalera de la torre de evacuación se abrió tres tramos de escalera por debajo de ella. Dio un grito y golpeó la pared. Subió despacio los tres últimos peldaños hasta la entrada de la tercera planta. Las bisagras de la puerta chirriaron en señal de protesta cuando ella la abrió y abandonó la torre. La puerta se cerró dejando en el aire un chasquido. El corazón se le salía del pecho. Se quedó inmóvil, a la escucha. La tercera planta estaba en silencio.

Beatrice se volvió y corrió por el pasillo, probando los pomos de las puertas. Estaban todos cerrados con llave. Dobló la esquina, y el pánico la invadió por dentro mientras rebuscaba en su bolsa las llaves de Max. No podía ocultarse en el pasillo, no por mucho tiempo. Dobló otra esquina y por fin consiguió sacar las llaves del bolso. La puerta del Departamento de Personal estaba enfrente. La luz estaba apagada. No se oían pasos, ni voces. Palpó a tientas buscando la llave correspondiente y volviendo la vista hacia el pasillo vacío. La llave correcta entró en la cerradura y ella se deslizó al interior de la sala y cerró la puerta con llave. Sin aliento, cayó de rodillas.

Viernes, 28 de agosto de 1998

—¡Maldita sea, Iris! —La voz del hombre resonó desde la entrada hasta la parte trasera de la zona de banca comercial—. No iba a matarte.

Sus zapatos brogue tronaron por el pasillo que había entre los puestos de caja. Iris gateó sigilosamente a lo largo del mostrador en dirección a la entrada. Los tacones de los zapatos de él repiquetearon hasta el final de la sala, y durante un instante fugaz Iris se atrevió a esperar que tal vez continuaran hacia la salida de personal y le dieran una oportunidad para escapar. Pero, en cambio, dieron media vuelta. Iris se deslizó al interior de un puesto de caja y se escondió debajo del angosto mostrador.

—Iba a proponer un trato al que una zorra facilona como tú no podría resistirse; cincuenta de los grandes por regresar a casa con mamá y olvidarte de todo esto. De todas formas, nadie iba a creerte, Iris; una empleada insatisfecha, ladrona, alcohólica. Pero ahora... ahora voy a matarte.

El sonido de las portezuelas de los puestos de caja abriéndose una tras otra rebotaba en las paredes. Él estaba en el lado de los empleados y se acercaba cada vez más a donde ella se escondía. La puerta del puesto contiguo al suyo se abrió bruscamente. Estaba atrapada. Se acurrucó con la espalda pegada al diminuto rincón y cerró los ojos con fuerza.

—Ya basta, Randy —ordenó desde la entrada una voz conocida.

Los ojos de Iris se abrieron de golpe. Era el señor Wheeler.

—¡Charles! ¿Qué...? ¿Qué estás haciendo aquí?

Randy se detuvo justo en el exterior del puesto de caja donde se escondía Iris. Ella veía la sombra de sus zapatos brogue por debajo de la portezuela.

—Eso mismo querría preguntarte yo.

Randy se aclaró la voz.

—Parece que una de nuestras ingenieras júnior ha estado despilfarrando burdamente su horario laboral. La sorprendí con las manos en la masa abajo, en la cámara acorazada, sirviéndose ella misma una pequeña indemnización por despido. Estaba a punto de llamarte.

—Claro que ibas a hacerlo.

A través del resquicio de la portezuela del puesto de caja, veía a Randy aferrarse a la pistola. Sus pasos sonaban menos que antes, cuando retrocedió hasta la zona diáfana donde se encontraba el señor Wheeler.

—¿Dudas de mi lealtad a la empresa, Charles? ¿Después de tantos años?

—Jamás has formado parte de la empresa, Randy. Te hemos soportado todos estos años por respeto a tu padre. Esa deuda está ahora completamente saldada. Estás acabado.

—¡Que te crees tú eso! La familia Halloran sigue siendo accionista mayoritaria del First Bank of Cleveland. Lo pagó con sangre. ¡Maldita sea!

Iris tenía que marcharse. Esa podría ser su única oportunidad. De rodillas y con las manos entumecidas, salió del puesto de caja arrastrándose y empezó a avanzar despacio hacia la salida trasera.

—Han comprado tus acciones —dijo el señor Wheeler con tono inexpresivo.

—¿Qué quieres decir con «comprar»? ¿Quién?

—Cuando la cámara acorazada se vio en peligro, el consejo tuvo que ejercer su opción de compra, hacer uso de sus activos. Ya sabes cómo funciona esto.

—¿De qué demonios estás hablando?

Iris estaba casi en la salida trasera cuando la puerta se abrió bruscamente. Se introdujo a toda prisa en el último puesto de caja cuando un par de zapatos ortopédicos negros irrumpieron en la sala.

—Nuestros activos tenían demasiadas custodias, no sé si me entiendes —dijo el señor Wheeler con frialdad y dejando escapar una carcajada—. Entre los federales que supervisaban el mercado del oro y nuestro compromiso con la privacidad de nuestros apreciados clientes, no podíamos perforar las cajas sin más. Al menos, no durante diez años. Teníamos que deshacernos de materias primas, Randy. Por fortuna, encontramos un inversor con una estrategia de acumulación a largo plazo que nos permitía sobrevivir.

—Hola, Randy —dijo una voz con fuerte acento italiano.

—Carmichael. ¿Qué demonios estás haciendo aquí?

—A fecha de hoy, soy propietario de este lugar. Mi familia y yo llevamos invirtiendo en el viejo banco desde hace años. ¿Cómo podíamos negarnos? Sin impuestos. Sin preguntas. Sacamos oro de los dólares, en lugar de unos cuantos peniques.

Iris se asomó por la esquina. Era el camarero del Pub Ella's que tan amable había sido siempre. Empuñaba una pistola grande. Apuntaba a Randy.

—¿Cómo? —Randy dejó escapar una risa incómoda. Se le cayó al suelo la pistola, que hizo un ruido metálico. Retrocedió un paso con las manos en alto—. Carmichael, no tenía ni idea...

—Bueno, hace años le dije a Jim que teníamos que tener mucho cuidado contigo, pero él pensó que podrías ser útil. ¿Quién tenía razón, eh? —El viejo se rio como si ya estuviera informado desde hacía mucho—. Ah, recuerdo cuando solo eras un adolescente rollizo que correteaba detrás de su papá en el campo de golf. Al menos, en aquella época tú tenías ciertos modales. Creo que en aquella época tenías más seso.

—Carmichael, yo... No pretendía faltar al respeto.

—¿Faltar al respeto? Oh, no. Claro que no.

—No es lo que parece —protestó Randy—. Esa chica. Me robó las llaves. Trajo aquí al policía ese.

—Eso ha sido muy desafortunado —dijo Carmichael.

Entonces, un trueno sacudió las paredes cuando disparó el arma contra el pecho de Randy.

Iris retrocedió y ahogó un grito tapándose la boca con las manos.

El cuerpo de Randy cayó en el suelo haciendo un ruido sordo.

—Bueno, Randy, el valiente detective te detuvo aquí con su pistola en medio de un atraco, pero no antes de que tú hicieras un disparo mortal.

El señor Wheeler hablaba desde el otro lado de la sala, como si estuviera en una reunión del consejo de administración.

Randy respondió con un borboteo de sus pulmones encharcados mientras se ahogaba en su propia sangre.

Los pasos del señor Wheeler se acercaron.

—La ciudad de Cleveland recuperará por fin parte de esos fondos malversados que la familia Halloran acaparó hace tantos años. El detective McDonnell recibirá una medalla al mérito por su incansable labor para descubrir la verdad. Será un héroe. También nuestro querido comisionado, Jim Stone, justo a tiempo para el

periodo electoral. Ya ves, Randy, todo se hará de la mejor manera.

Iris se aovilló formando una bola temblorosa mientras Randy exhalaba su último aliento. El puesto de caja donde estaba se volvía cada vez más angustiioso. No podía respirar.

El repiqueteo de cuero de zapatos caros se aproximó, hasta que se detuvo justo al otro lado del tabique que la ocultaba.

—¿Tienes esto bajo control? —preguntó el señor Wheeler a Carmichael.

—Sin problema. Bruno está de camino. Limpiaremos esto y lo dejaremos en condiciones. Danos quince minutos antes de que suenen las sirenas.

Iris se llevó una mano a la boca para evitar gemir en voz alta. El dulce anciano iba a matarla a ella ahora.

—Deja unos cuantos millones en el carro. Colocaremos el resto después. ¿Qué vas a hacer con ella?

El señor Wheeler dio unos golpecitos en el tabique, al lado de donde Iris tenía la cabeza.

Se le escapó de la garganta un sollozo ahogado.

—Hay demasiada sangre por aquí ya —dijo Carmichael—. No necesitamos que nadie reste brillo al acto de heroísmo del detective McDonnell, ¿verdad? Solo nos llevaría a más preguntas. Desaparecerá, ¿de acuerdo? Me aseguraré.

—Sí, termina bien el trabajo. No es tan estúpida como parece —dijo el señor Wheeler y, a continuación, salió de la sala dando grandes zancadas.

Menos de un minuto después de que la puerta se cerrara de un golpe, se abrió la puerta trasera. Entraron dos pares de zapatos resistentes. Iris apretó los ojos cerrados y se acurrucó aún más en un rincón. Iban a sacarla a la fuerza.

—Bruno, tenemos que limpiar todo esto. Saca de aquí a nuestro ladrón y llévalo de nuevo a la cámara acorazada para que nuestro detective pueda dispararle —indicó Carmichael—. Ramone, ¿conseguiste lo que te pedí?

—Tengo la bolsa, pero no estoy seguro de qué quieres que haga con ella —respondió una voz grave.

—Haz lo que quieras con ella.

Carmichael hizo una pausa y se oyó el sonido de unas palmaditas sobre una espalda.

—Considéralo el pago por veinte años de servicio y por ser mis ojos y mis oídos en este edificio.

—No anduve por aquí por ti —masculló Ramone.

—Lo sé. Estuviste aquí por mi Maxie. Esto también es para ella. Es para todas las chicas que hundieron a estos malditos banqueros. Incluso para Iris, ahora. Si no hubiera encontrado el cuerpo, esos bastardos habrían vendido el edificio a sus amigos del condado y habrían encontrado algún modo de estafarnos lo que nos pertenece. Los ayudó a ser honrados con nosotros, y yo siempre pago mis deudas.

Algo cayó al suelo haciendo un sonido metálico limpio.

—Veré qué puedo hacer —dijo Ramone.

—Tenéis que desaparecer los dos. Para siempre. Te hago esta advertencia solo una vez. Estoy seguro de que lo comprendes. Dile a Iris que lo siento, pero le advertí que no perturbara a los fantasmas.

Dos minutos más tarde, Ramone sacó deprisa a Iris, aturdida y temblorosa, por el muelle de carga y la dejó en la acera.

—Tenemos que largarnos. Baja la cabeza, Iris.

Iris no levantó la cabeza durante varias manzanas. Las escenas de las dos últimas horas se le repetían con cada junta del hormigón del suelo: los ojos muertos del detective McDonnell, velas rojas, lingotes de oro, llaves, oraciones, joyas, la fotografía resquebrajada, la partida de nacimiento, el sonido del cuerpo de Randy al golpear el suelo.

Su bolsa de herramientas oscilaba pesadamente, colgada en el hombro de Ramone. En la cámara acorazada, la había llenado con dinero y joyas a punta de pistola. Todo era robado de las cajas de seguridad. Era la recompensa de Carmichael para los dos. Era dinero para guardar silencio.

Ramone se detuvo en Prospect Avenue y esperó a que cambiara el semáforo. Iris volvió la cabeza. Cuatro manzanas atrás, el First Bank of Cleveland abandonado planeaba con aire sombrío en el cielo. Durante una décima de segundo, Iris juró haber visto a una joven en una ventana devolviéndole la mirada.

—Beatrice —susurró Iris.

—Vamos —Ramone la arrastró hacia adelante.

Cuando Iris volvió de nuevo la cabeza, la joven había desaparecido.

Jueves, 14 de diciembre de 1978

Beatrice apoyó la cara contra el cristal de la ventana y se asomó a Euclid Avenue. Abajo, la calle estaba vacía, salvo por el resplandor apagado de las farolas de sodio y el humo de la contaminación de las fábricas. La luz mortecina apenas llegaba hasta la oscura habitación en que se encontraba. La última vez que había estado en el Departamento de Personal había quedado atrapada en la sala de archivo mientras Bill hacía sus cosas con Suzanne. Beatrice se acercó al escritorio de Suzanne con vacilación y se sentó con su pesada bolsa.

Extrajo de la bolsa la fotografía de la niña y volvió a examinarla bajo la penumbra. No había sido capaz de dejarla en la cámara acorazada. Ver sus ojos azules mirando desde la fotografía le destrozó el corazón de nuevo. En el reverso estaba escrito «Beatrice» con una caligrafía desgarrada. Debajo había un comentario que apenas podía descifrar en la oscuridad.

*Hush-a-bye, don't you cry
Go to sleep my little baby
When you wake, you shall have
All the pretty little horses.*

Le rodó una lágrima por la mejilla mientras tarareaba la canción infantil que conocía de toda la vida. Doris debió de habérsela cantado antes de que se hubiera formado su propia memoria, antes de que la hubiera dejado en Marietta. «*All the pretty little horses*», pensó, mientras bajaba la vista a las joyas de la bolsa.

Reconstruyó con la mente los apuntes del libro de contabilidad de Doris. Las cajas de seguridad empezaron a desaparecer el año que nació. Su partida de nacimiento decía: «Padre: Desconocido».

Todavía sentía las uñas de Bill arañándole la palma de la mano cuando agarró con codicia la llave. *Menudo hijo de puta*. Podría haber sido uno de los hombres que le había dado una paliza a Max. Se le hizo un nudo en la garganta cuando pensó en su amiga, allí abajo, en el túnel, sangrando. Descolgó el teléfono y marcó.

—911. ¿Qué emergencia tiene? —preguntó una voz lejana.

Beatrice colgó el auricular. Max le pidió que no llamara a nadie. Beatrice miró el auricular. Uno de los botones del breve listín del aparato de Suzanne tenía una palabra inscrita bajo un trozo de papel adhesivo. «Casa.» La acarició con tristeza. Era demasiado tarde para llamar, pero descolgó el auricular, en todo caso.

—¿Diga?

—Hola. ¿Eres Suzanne? —susurró Beatrice en el teléfono.

—Sí.

—Siento llamar tan tarde, pero... —Había muchas cosas que tenía que saber—. ¿Conociste a una empleada del banco que se llamaba Doris Davis?

—¿Quién es?

—¿Yo? Soy... Beatrice. —Era demasiado tarde para mentir—. Trabajo en la novena planta y creo que he encontrado algo suyo. Alguien pensó... que tal vez la conocerías.

—Dios mío, hace años que no oigo hablar de Doris. Al menos, diez años. Estaba arriba, en Auditorías, cuando yo empecé. Una muchacha bastante agradable, pero se metió en líos.

—¿Líos? —chasqueó la voz de Beatrice.

—No me gusta cotillear, pero, por lo que tengo entendido, se quedó embarazada y se buscó que la despidieran. Sucede continuamente. Esas pobres chicas se quedan prendadas del hombre equivocado y, después, no encuentran un alma a la que recurrir. Bueno, ¿qué has encontrado, cariño?

—Oh, solo un viejo expediente. Seguramente, nada.

Doris fue despedida. Abandonó a Beatrice en Marietta y empezó a robar en la cámara acorazada. O tal vez sucediera al revés. Comoquiera que fuese, había acumulado en la caja 256 todas las joyas robadas y la había registrado a nombre de su hija. *¿Estaba ahorrando para mí o, simplemente, borrando sus huellas?*

Beatrice se aclaró la garganta.

—El Departamento ha estado haciendo auditoría de las cajas de seguridad. Tengo entendido que tienes una.

—¿Yo? No.

—¡Qué raro! Aquí dice que hay una a tu nombre. Tal vez quieras echar un vistazo a lo que contiene. Que tengas buenas noches.

Beatrice colgó, con el pulso acelerado.

No quería llamar, ni pretendía dar su nombre a Suzanne, pero tenía que hablar con alguien. Todo había salido mal y no sabía qué otra cosa podía hacer. Buscó en el bolsillo y extrajo la llave de Doris. El número 547 lanzó un destello bajo la tenue luz amarilla procedente de la ventana. Quizá hubiera razones para que Doris hiciera lo que hizo, pero a Beatrice no le importaba. No había actuado bien. La abandonó en Marietta con Ilene y todas las cosas terribles que sucedieron allí.

Beatrice Baker jamás debería haber nacido. Dejó la llave dando un golpe sobre la mesa y corrió a la sala de archivo, rasgando la luz. Abrió el cajón que contenía su expediente personal y lo arrancó de allí. Su fotografía, su solicitud, los resguardos de sus pagos... Metió todo en la bolsa, junto al dinero y las joyas. Sacó las notas en taquigrafía donde describía las conversaciones de Jim y Teddy y sus notas sobre las cajas de seguridad desaparecidas, y las metió en el cajón archivador, satisfecha de haberse librado de ellas. Tal vez alguien comprendiera todo aquello. Solo podía esperar que Tony las encontrara.

Volvió hacia el escritorio de Suzanne y se desplomó de nuevo en la silla. Solo Suzanne y Dios sabían cuántas otras pobres mujeres estaban todavía enredadas con Bill. Suzanne tenía derecho a conocer la verdad.

Beatrice rebuscó en la bolsa. Dejó el último manojito de llaves de Max a un lado y revolvió entre las joyas hasta que encontró lo que buscaba. Abrió el cajón central del escritorio de Suzanne y colocó en su interior una pulsera. Después, frunció el ceño. Suzanne no sabía qué hacer con los diamantes. Tal vez pensara incluso que Bill le había dejado allí la pulsera como si fuera otro regalo más. La llave de Doris todavía estaba sobre el escritorio. Beatrice la recogió y la guardó en el cajón contiguo al de la pulsera. Entre la llave y la llamada telefónica, tal vez fuera suficiente para que Suzanne empezara a hacer preguntas.

El reloj de la pared emitía un tictac sonoro. Todavía tenía trabajo que hacer. Si quería detener a Bill y al banco definitivamente, tenía que ir a los expedientes y averiguar dónde estaban guardados los registros codificados de Teddy.

Estaba precisamente cerrando el cajón de Suzanne cuando oyó voces procedentes del otro lado del vestíbulo. Se quedó sin aliento. Se acercaban deprisa mientras ella corría hacia el despacho de la esquina de Linda. La puerta del Departamento de Personal se abrió.

—No puedo creer que la dejaras escapar —estalló la voz de un hombre.

Era Randy Halloran. Beatrice rodeó a toda prisa la mesa en la oscuridad y entró en el cuarto de baño. Cerró la puerta con cuidado.

—¿Qué te hace pensar que pueda estar aquí?

La otra voz era la de Bill.

El piloto del teléfono del banco se ha encendido en esta planta, y mira. Alguien ha estado en la sala de archivos. Mueve el culo hasta allí y mira a ver si falta algo.

—Ya basta, Randy. Sigo siendo tu superior.

—Todo demuestra lo contrario, Bill. ¿No te das cuenta de lo que está sucediendo aquí? ¡El banco está acabado! ¡Ya no hay Departamento de Auditorías!

¡Vamos, actúa!

Beatrice retrocedió aún más. Tropezó con algo afilado y ahogó un quejido.

—¡Jesús! ¿Has perdido la cabeza?

—¿Perder la cabeza? ¡Perder la cabeza! Sí, un poco —vociferó Randy—. La ciudad va a entrar en quiebra en menos de una hora, los federales están preparando un registro y tú has conseguido perder todas las putas llaves de la cámara acorazada. Si no se nos ocurre algo rápido, los dos vamos a acabar sirviendo de comida para los peces. ¡Comprueba los putos archivos! ¡Ya!

A tientas, palpando la pared, descubrió que el lugar metálico donde se había apoyado era la esquina de una rejilla de ventilación. Sobresalía de la pared. El aroma a aire fresco la atrajo aún más y reparó en que aquella rejilla grande estaba suelta. Max había dicho algo de un patinillo de ventilación, recordó Beatrice, mientras extendía el brazo y tiraba del borde.

—Hay cientos de expedientes, Randy. Nada parece estar descolocado aquí. Además, *Bethany* me dio la llave maestra.

—¿Cómo?

Beatrice movió la rejilla con delicadeza. La apartó de la pared despacio, pese a lo cual hizo un leve chirrido que le arrancó una mueca, pero siguió tratando de abrirla hasta que hizo un suave ruido metálico al chocar contra el retrete.

—Me ha dicho que se la diste tú —añadió Bill en tono acusador.

—¿*Bethany*? No conozco a nadie que se llame *Bethany* y, con toda seguridad, no le he dado una puta llave. ¡Dame eso!

—¿Conoces a esa rubia que trabaja para ti? Dijo que se la diste.

La puerta del despacho de Linda se abrió de golpe haciendo vibrar la pared.

—¿Y tú la has creído? ¿Qué clase de imbécil eres? La llave no vale para nada. No tiene ninguna marca. Seguramente no abre más que la taquilla de su instituto o su maldito diario.

Sonó un tintineo metálico cuando la llave golpeó en el suelo del cuarto de baño donde se escondía. Beatrice dejó escapar un susurro lastimero y, a continuación, se introdujo en el patinillo de ventilación. A ciegas, hizo avanzar su cuerpo en la oscuridad hasta que se agarró a un frío asidero de acero. Se aupó a una escalera y equilibró con cuidado la pesada bolsa en el brazo. Entonces, reparó en ello. Había dejado el manojito de llaves en el escritorio de Suzanne, justo donde los dos hombres estaban discutiendo. Se le cayó el alma a los pies. Casi se arrastró para darse la vuelta hacia el cuarto de baño. Se abrió la puerta de un despacho. Después, de otro.

—Ya está bien —dijo Bill, claramente alterado—. Estoy seguro de que esa chica está aquí, en alguna parte.

Su voz sonaba más alto. Extendiendo la mano desde la escalera, con la mano temblorosa, cerró la rejilla con un tirón. La puerta del cuarto de baño se abrió de golpe y el patinillo de ventilación se inundó de luz. Beatrice se encogió en una sombra.

—Bueno, ¿dónde está? —gritó Randy retirando bruscamente la cortina de la ducha.

—No te preocupes. No puede haber ido muy lejos. La encontraremos.

Bill recogió la llave sin marcas del suelo, donde había caído, y volvió a examinarla.

—¿La encontraremos? Y qué pasa si no la encontramos, ¿eh? —gritó Randy al tiempo que lo golpeaba con fuerza en la cara. Aquel golpe inesperado hizo caer de rodillas a Bill—. ¿Quién va a encontrarnos? He visto a Carmichael Covelli paseándose por aquí hace una hora. ¡Estamos perdidos, Bill!

—Oye, ¡maldita sea! —rugió Bill desde el suelo—. Creí que habíamos hecho un trato.

—Sí, fue una bonita estafa mientras duró, Bill. Pero todo el mundo sabe que has estado hablando con los federales. ¿A quién vas a traicionar? ¿Eh? ¡A mí no! —Randy le dio una patada en las costillas—. No voy a dejar que me arrastres contigo. ¡Un quince por ciento no vale la puta pena!

Bill jadeaba ante Randy, que lo golpeaba contra el lavabo dando gritos.

—Todo el mundo quiere tratar de llegar a un acuerdo, Randy. Ya no puedo más con tu puto chantaje y toda tu mierda! ¡Eres un puto parásito!

—¿Yo soy el parásito? —gritó Randy, apartando a Bill de un empujón.

Dio un puñetazo de lleno a Bill en el estómago y lo golpeó en el cuello cuando se dobló. Mientras caía, volvió a golpearle la cabeza contra el lavabo, lo que hizo un ruido estruendoso y, a continuación, Bill cayó a plomo en el suelo.

Beatrice resopló al ver el cuerpo inmóvil de Bill allí tendido, a menos de un metro de donde estaba escondida, en el patinillo de ventilación. La sangre formaba un charco sobre las baldosas de mármol.

Randy empujó el cuerpo con el pie y murmuró:

—Joder.

Se quedó junto al cuerpo inmóvil de Bill durante veinte pulsaciones, frotándose la cara con la mano de vez en cuando. Finalmente, se dio media vuelta y abandonó la habitación dando un portazo al salir.

El golvazo retumbó en el patinillo de ventilación, y Beatrice subió a trompicones la escalera para apartarse de la vista de Bill, en el suelo. El sonido de la puerta volviendo a abrirse con estruendo la hizo perder pie. El acero herrumbroso le arañaba la palma de la mano cuando se agarraba, entre jadeos.

—Siento que esto no pudiera haber terminado mejor, viejo amigo —protestó Randy tres metros por debajo de ella... y se oyó un ruido de arrastre—. No te preocupes. Todos lo comprenderán. Las inversiones van mal. Las negociaciones van mal. A veces, sencillamente, no queda otra salida.

Beatrice se tapó la boca y se obligó a no imaginar lo que estaba sucediendo debajo de ella, mientras se filtraban sonidos de jadeos esforzados y roncós hasta donde sus pies vacilaban sobre aquellos peldaños de acero.

—Cuélgalo ahí, ¿de acuerdo? —dijo Randy con una sonrisa desagradable—. Ahora todo va a funcionar. Ya verás. Encontraré una forma de que recuperemos la inversión... y después se me ocurrirá algo.

El repiqueteo de un manojito de llaves agitado en el aire atrajo la mirada de Beatrice de nuevo hacia el cuadrado de luz que tenía debajo. Randy había encontrado el llavero.

Un instante después, la luz que había a sus pies se apagó. Luego, silencio. Dejó escapar un ligero gemido y se abrazó a la escalera en medio de la oscuridad del patinillo de ventilación. Le temblaban los brazos entre el acero frío y se esforzaba por combatir el deseo de dejarse caer.

No quería sentir nada, ni oír nada, ni saber nada más. Debajo de ella no había más que muerte negra. Fuera de ese edificio no tenía nombre, hogar, madre, padre, ni vida. La pesada bolsa se le clavaba en el hombro como si su peso la arrastrara hacia abajo. Randy había encontrado las llaves. Ella había fracasado. Había fallado a Max, a Doris y a sí misma. Sus dedos empezaron a resbalar.

Rodeó con el brazo uno de los asideros de la escalera y cerró los ojos con fuerza. Veía a Randy con las llaves dirigirse a la cámara acorazada. *No*. No podía permitir que se saliera con la suya. No podía permitir que los peces gordos tuvieran las llaves de todo. Todavía había tiempo.

Muy despacio, descendió por la escalera guardando el equilibrio en el hombro con todo lo que Doris se había llevado de la cámara acorazada. Una rebaba de acero se le clavó en la palma de la mano, y apartó la mano violentamente. El movimiento repentino la escoró hacia un lado de la escalera, y dejó la bolsa balanceándose en el brazo. Al instante, cayó hasta la muñeca y perdió pie en el peldaño.

Gritó al quedarse colgada con una mano. La bolsa se soltó del brazo mientras trataba de volver a agarrarse al asidero. Se desplomó cuatro pisos más abajo y

lanzó una onda expansiva por el patinillo de ventilación cuando aterrizó haciendo un ruido estruendoso, muy abajo.

—¿Qué demonios ha sido eso? —preguntó una voz lejana.

Beatrice encontró apoyo y se mordió el labio para evitar hacer otro ruido. Una linterna rasgó el patinillo de ventilación desde seis metros más arriba.

—Seguramente no ha sido más que el viento. Ni siquiera deberíamos estar aquí, Cunningham. No tenemos orden judicial.

Beatrice permaneció inmóvil en la escalera y miró al haz de luz de la linterna. *¿Cunningham?*

—Sé que sigue ahí —insistió la señorita Cunningham.

Era la voz de su supervisora.

—Que el Departamento de Policía de Cleveland se ocupe de eso. El FBI no se preocupa por una secretaria. Tenemos que concentrarnos en la investigación.

—¿Qué investigación? Mi testigo principal está en coma en la cama de un hospital —gritó Cunningham.

Estaba hablando de Doris. Beatrice había oído justamente esa tarde conversaciones en las que se decía que los federales tenían a alguien infiltrado en el banco. *¿La señorita Cunningham era el topo?* Beatrice se agarró con fuerza a la escalera.

—¿Y Bill? Dudo de que sobreviva a esta noche si no lo encontramos.

«Está muerto», quiso gritar Beatrice, pero no le salió la voz.

La linterna indagadora se apagó.

—Prometí a Doris que cuidaría de su hija. Desde el momento en que Beatrice entró en esa oficina, yo era la responsable. Esa mujer arriesgó su vida hablando conmigo y se lo debo.

—No podías evitar lo que sucedió.

—Esa chica no tiene ninguna posibilidad. La policía de Cleveland la tendrá detenida indefinidamente, o quizá algo peor.

—¿Podíamos hacer algo más? Es una pobre niña. Tenemos las manos atadas.

—La policía está obligada. Necesita un hogar seguro —gritó Cunningham.

—Claro. ¿Vas a acogerla tú? Te tendrán localizada y lo sabes. Si es inteligente, simplemente desaparecerá.

Las voces se desvanecieron.

En la oscuridad, rodaron lágrimas por la cara de Beatrice. Doris había recurrido a los federales. Había tratado de confesar y actuar correctamente. No se había limitado a enviarla a los lobos cuando sugirió a Beatrice que fuera a trabajar al banco. Doris la había enviado a la señorita Cunningham. Había tratado de mantenerla a salvo. Su madre quería que estuviera a salvo. La idea la hizo abrazarse al metal y llorar.

Tenía que salir de allí. Mientras sus ojos hinchados se acomodaban de nuevo a la oscuridad, descubrió que todavía estaba al lado de la habitación donde había muerto Bill. Podía tratar de llegar al suelo del cuarto de baño en la penumbra de la luz que se filtraba por la ventana. No había ninguna señal de su cuerpo, más que un rastro oscuro de sangre en las baldosas del suelo. Conteniendo las lágrimas, reparó en algo pequeño que había en el suelo, no lejos de la rejilla de ventilación. Era una llave. No tenía marcas, pero sabía lo que era.

La llave, tirada sobre una mancha oscura de sangre, pertenecía a ese lugar. Nadie sabría para qué serviría. Nadie se fijaría nunca en que estaba tirada en el suelo. Si acaso, se convertiría en una prueba para la policía. Estaba en un lugar seguro.

En algún lugar del edificio, los banqueros corrían en busca de llaves y pretendían borrar sus huellas, pero no sería suficiente. La señorita Cunningham y los federales trabajaban juntos en el caso. Acudiría la policía y registraría la cámara acorazada. Tony encontraría el registro de los robos en la caja 547. Encontraría el oro. Los banqueros acabarían ante la justicia. «Todo saldrá bien», se dijo. Tenía que ser así.

Se asomó al pozo negro que tenía debajo. La escalera debía de conducir hasta el piso más bajo y los túneles. Así era como Max había escapado. Beatrice rezó una oración en silencio para que su amiga todavía estuviera allí abajo, esperándola. Todas las joyas que Doris había robado también estaban allí abajo. Había ahorrado todo aquello para Beatrice. Doris había hecho cosas monstruosas, pero quizá había intentado hacer lo correcto. Tal vez su madre la había querido. Tal vez.

Cuando estiró el cuello en dirección al listón abierto que había en lo más alto, apenas pudo ver un destello de luz.

Viernes, 28 de agosto de 1998

Ramone hizo pasar a Iris por la puerta de la terminal de autobuses de Greyhound. Había allí un olor mezcla de humo viejo y café del día anterior. En lo alto, las planchas amarillas del techo estaban medio desprendidas. Los bancos de plástico con cojines desgarrados formaban filas alineadas junto a las paredes, ante el mostrador principal. Nada se había modernizado en aquella estación desde la década de 1970. Era como regresar a una de las salas abandonadas del banco. El linóleo crujía bajo sus pies. Iris pasó junto a uno de los bancos y se sentó.

Ramone encendió un cigarrillo y examinó el horario que había clavado en un tablón de anuncios, encima del cajero. Los nombres de las ciudades y las horas de salida se confundían en la pared.

Cincinnati, 6:00 p.m.

Charleston, 6:30 p.m.

Chicago, 8:00 p.m.

En cuestión de minutos, partirían hacia algún lugar escogido al azar. A Iris se le inflamó un bulto en la garganta. ¿Y su automóvil? ¿Y su ropa? ¿Y su apartamento? La mirada triste de los ojos de Ramone le dijo todo lo que no necesitaba saber. Había desaparecido. Todo.

Su bolso estaba en un vehículo de policía camuflado, abandonado en el callejón trasero de un hotel. Había un oficial de policía muerto. Su apartamento estaría abarrotado de polis en un plazo de pocas horas, a menos que Carmichael y Bruno pasaran por allí. Pasara lo que pasara, ahora era una persona desaparecida. Carmichael lo había dicho con toda claridad. Tenían que desaparecer.

—Bueno, ¿adónde crees que vas a ir?

Ramone le ofreció un cigarrillo sin filtro de su paquete arrugado. No iba con ella.

Tomó el cigarrillo con los dedos temblorosos. Encendió un fósforo de cartón y aspiró la llama a través del tabaco hasta que le quemó por completo la garganta. Deseaba que le doliera más. Al menos, el dolor tenía sentido.

Dejó la pesada bolsa de viaje bajo el asiento contiguo. Tintineó como si fuera un saco de monedas, pero no lo era. Los ojos de Iris volaron hasta la empleada que estaba detrás del mostrador, leyendo una revista. La mujer no parpadeó siquiera ante el sonido.

Iris dio otra larga calada y miró los rasguños que tenía en la rodilla. La pernera del pantalón estaba desgarrada. Tenía la camisa cubierta de polvo y de pequeñas manchas oscuras. Sangre. Era la sangre del detective McDonnell. Apenas oía hablar a Ramone mientras la sangre le devolvía la mirada.

—Charleston está bien en esta época del año.

Iris forzó una leve sonrisa.

—¿Adónde vas a ir tú?

—No importa. Nadie va a buscarme.

—¿Y esto? —preguntó Iris haciendo un gesto hacia la bolsa.

—Esto irá contigo a Charleston, o a donde vayas.

—¿No lo quieres?

Calculó que todas las joyas y el dinero que Randy robó de las cajas de seguridad debían de valer una fortuna.

—No me hará falta nada. He recogido unas cuantas cosas de aquí y de allá. No voy a ser pobre. —Le guiñó un ojo—. Además, por lo que he visto de la gente rica, no compensa ser uno de ellos. Demasiado dinero no es bueno para nadie.

Iris asintió con un gesto.

—No puedo llevármelo.

—Demonios que no puedes. Vas a necesitar instalarte en algún sitio. Eso cuesta dinero.

—Pero nada de esto me pertenece. Es... robar —susurró con la mirada puesta en la empleada.

—Robar, ¿a quién? ¿De verdad crees que alguien va a ser capaz alguna vez de aclararlo?

—Pero ¿no deberíamos entregar todo esto a las autoridades?

Era lo que el detective quería, pensó, al observar la sangre. Querría justicia.

—¿Y quién crees que son exactamente esas autoridades? ¿Se te ha ocurrido pensar alguna vez que las personas que acapararon todo ese oro son las mismas que están sentadas ahora mismo en el ayuntamiento? ¿Crees de verdad que van a dejarte entrar en una comisaría para contar lo que has visto? ¿Que te van a dejar testificar? —Ramone la miró con los ojos apagados, y ella supo que tenía razón.

El detective quería que ella viviera, se dijo. Entonces, no debería haberla llevado a la cámara acorazada, replicó en su cabeza; pero no era justo. Ella era quien había andado buscando algo en el banco. Había robado llaves. Había perturbado a los fantasmas. Había encontrado el cuerpo. ¿Qué esperaba encontrar realmente?, se preguntó. No era dinero. No quería el dinero sangriento de Randy. Era algo más. Se le agolparon las lágrimas en los ojos. La joven que había visto asomarse a una ventana del edificio del banco podría seguir todavía atrapada en algún lugar de su interior. Beatrice.

Beatrice había abierto cajas de seguridad y había dejado allí las llaves y pistas extrañas, notas cripticas y velas. No velas normales. Oraciones. Tal vez ella también se hubiera sentido culpable. Iris bajó la vista al gastado asiento contiguo y trató de imaginar el aspecto que habría tenido veinte años atrás, cuando era nuevo. Beatrice podría haber estado sentada en ese mismo banco; si es que había conseguido siquiera salir viva del edificio.

—¿Qué fue de Beatrice, Ramone? ¿Consiguió salir?

—Se nos está acabando el tiempo, Iris. —Hizo un gesto hacia el reloj que había sobre la cabeza de la empleada.

—Dímelo. Tengo que saberlo.

—¿Por qué perseguir fantasmas? ¿No has tenido ya suficiente?

—Por favor. Necesito saber que está bien.

Iris se secó una lágrima aislada en la mejilla.

—¿Por qué? —preguntó mirándola aunque, a continuación, cedió—. La verdad es que no lo sé. Nadie protestó demasiado cuando desapareció, salvo Tony, el hermano de Max, y yo. Supongo que pensó que si encontraba a Beatrice, encontraría a Max. Buscamos en todos los lugares que pudimos imaginar y en alguno más. El detective incluso tuvo en alerta el cementerio de Lakeview todos los días durante un mes.

—¿El cementerio? Pero, si estaba muerta, ¿no se debería haber buscado en la...? —se le apagó la voz antes de pronunciar la palabra «morgue».

Ramone entendió lo que quería decir y asintió.

—También buscamos allí. No, en el cementerio era muy poco probable, pero Tony parecía pensar que las chicas aparecerían allí. Creo que sigue pasándose por allí de vez en cuando... Bueno, que lo hacía.

—¿Por qué?

—Alguien a quien ellas conocían murió unas cuantas semanas después de que el banco fuera clausurado. Un familiar o algo así. No dio resultado.

—¿No acudieron?

—Tony dijo que creía haber visto a una de ellas ocultarse en el bosque durante el funeral. Las buscó un tiempo. Yo pensé que, a lo mejor, había perdido la cabeza. En aquella época vivía realmente fuera de sí. Todas las chicas que veía en la calle se parecían a Max. —Ramone hizo una pausa y dejó la mirada perdida—. De todas formas, me gusta pensar que tenía razón.

Iris reparó en que seguramente la fotografía de la hermana del detective estuviera todavía metida en el portarretratos que tenía Ramone.

—¿Averiguaste alguna vez qué le pasó? ¿A Max? ¿Está... muerta?

—Durante mucho tiempo lo pensé. Hubo días incluso en que deseé que lo estuviera, que solo se hubiera alejado de mí por eso. Pero, entonces, hace un par de años, recibí esto en el correo. Sin ninguna nota, ni remitente, simplemente esto. El matasellos era de Ciudad de México.

Ramone sacó una pequeña fotografía de su cartera. Era una foto de una adolescente de piel morena y ojos azules.

—¿Quién es?

—No la conocí. Pero reconozco esa sonrisa.

La miró unos instantes antes de volver a guardarla y levantarse. Iris le dejó que la ayudara a ponerse de pie.

—Tengo que irme, Iris. Tú también. Tú tienes toda tu vida para tratar de comprender toda esta mierda. Cuidate.

Realmente iba a marcharse de allí sin más. Se mordió el labio para evitar llorar.

—Y tú.

Le dio una palmadita en el hombro y, a continuación, se dirigió a la puerta.

—Oye, Ramone.

Se volvió.

—¿Quién era? La que está enterrada en el cementerio.

—No andes removiendo, Iris. Eso es un callejón sin salida.

—No voy a hacerlo. Solo... necesito saber.

Ramone vaciló unos segundos hasta que, por fin, hizo un gesto con la cabeza.

—Doris... Doris Davis.

Diez minutos más tarde, Iris estaba mordiéndose las uñas al fondo de un bus que había detrás de la estación. El bus de Greyhound a Charleston esperaba con las puertas abiertas mientras los pasajeros iban subiendo. Iris contemplaba por la puerta abierta el paso de los automóviles mientras toda su vida le pasaba por la mente junto con el tráfico. Todo había terminado.

Ramone se había ido. Ellie, Nick, Brad... Nunca volvería a verlos. Su madre recibiría una llamada telefónica ese mismo día, o el siguiente. *¿Tiene usted noticia de su hija? Su hija ha desaparecido. Póngase en contacto con tal y tal tan pronto como tenga alguna noticia.* A la pobre mujer le daría un ataque. Acudiría corriendo a su padre. *¿Iris se ha ido! ¿Qué debemos hacer?* Como si el hombre tuviera las respuestas. Por alguna razón, tanto Iris como su madre habían supuesto siempre que las tenía. Él no diría una palabra y, por primera vez, Iris no lo culparía. ¿Qué podría decir o hacer? Sencillamente, se quedaría sentado en su silla de cuero marrón y sería un anciano triste que había perdido a su única hija. No importaba que hubiera sido una ingeniera de éxito o no. Había desaparecido. Iris contuvo un sollozo. También lo había perdido a él. Había perdido todo.

El bus no salió en los siguientes cinco minutos. Se bajó con la bolsa y encendió un cigarrillo. Iris Latch estaba muerta. Tal vez querría morir. Estaba hastiada, carecía de objetivos... Era desgraciada. Tal vez esa fuera la razón por la que anduvo buscando fantasmas en el viejo banco. Beatrice estaba atrapada para siempre en algún lugar del edificio y, ahora, también lo estaba Iris.

—A la mierda —susurró. Tenía que averiguar si Beatrice logró escapar.

Se colgó la bolsa al hombro y se alejó del bus. Ramone diría que se había vuelto loca. Seguramente tendría razón.

Iris salió del taxi en el cruce de Euclid y East 123rd Street y entró por el acceso para vehículos en el cementerio de Lakeview. Era un laberinto de estatuas, panteones y caminos serpenteantes que se extendían por varios kilómetros cuadrados.

Siguió la calle principal hasta adentrarse en lo más profundo del cementerio. Una estatua de una guerrera a caballo blandía su espada sobre el camino cuando Iris pasó debajo de ella. Resultaba poco congruente estar allí, caminando sola entre los muertos. Sus ojos recorrieron los ángeles tallados y las madres suplicantes manchados de hollín y lluvia ácida.

La mayoría de las criptas y obeliscos tenía casi un siglo de antigüedad, pero Iris reconocía dónde se encontraban las tumbas más recientes. Las sepulturas excavadas en los últimos veinte años eran fáciles de localizar. Los monumentos desorbitados habían menguado con el paso de los años hasta ir convirtiéndose en pequeñas lápidas colocadas directamente a ras de suelo.

Iris recorrió los estrechos senderos que había entre las lápidas en busca de la fecha correcta. El banco cerró en diciembre de 1978. Si Doris murió unas cuantas semanas después, habría sido en 1979. Mientras Iris recorría la hierba mullida, no había ningún automóvil que la persiguiera, ni edificios acechantes, ni ojos que la observaran. El cálido sol se filtraba por entre los árboles y, por primera vez después de muchos días, pudo respirar. La tensión de la espalda y los hombros empezó a aliviarse. Sin saber cómo, a pesar de todo lo que había sucedido, el mundo no se había acabado. El sol en sus hombros le garantizaba que la vida continuaría con o sin ella, con independencia de la pesada bolsa que llevaba en la mano.

Beatrice no estaría ese día en el cementerio, se dijo. La tumba tenía veinte años. Pero siguió caminando. Había muchas preguntas que necesitaba hacer y que solo Beatrice podría responder. *¿Adónde fuiste? ¿Qué hiciste? ¿Encontraste a Max alguna vez? ¿Huiste con la fortuna robada? ¿Trataste de devolverla? ¿Dejaron de acecharte alguna vez los fantasmas del banco? ¿Dejarán alguna vez de perseguirme?*

Las fechas de las sepulturas llegaron a 1979. Aminó el paso y empezó a leer todos los nombres. Mientras caminaba, se sentía cada vez más estúpida. Aun cuando Beatrice estuviera allí para responder a sus preguntas, ¿importaría siquiera? Las respuestas no iban a devolverle al detective McDonnell, ni a derrocar gobiernos corruptos, ni a devolver los tesoros robados a sus legítimos propietarios. Encontrar a Beatrice no iba a resolver nada, en realidad.

Giró por otra hilera y se detuvo en seco. Se veía algo pequeño y rojo a través de las hojas de hierba que rodeaban un gran roble. El corazón se le salía del pecho. Dejó caer la bolsa y corrió hacia allí.

Encima de una losa de granito había una vela votiva. La recogió de la piedra. La inscripción que había debajo estaba deteriorada con varias capas de cera fundida, pero Iris logró descifrar las palabras «Doris Estelle Davis, 1934-1979».

Después de dar vueltas y más vueltas a la vela con las manos temblorosas, Iris logró determinar, por lo abollada que estaba su superficie, que había estado bajo la lluvia y el sol varias semanas. Tal vez más. Pero estaba allí. Las lágrimas le inundaron el rostro. Beatrice había estado allí. Había encontrado la forma de escapar. Iris se arrodilló. Beatrice estaba bien. Tal vez ella también lo estuviera.

En la base de la vela, una etiqueta desvaída decía:

Guíanos y protégenos, Señor, desde nuestra partida hasta el final de nuestro viaje. Guíanos hasta el hogar celestial.

AGRADECIMIENTOS

La llave maestra podría haberse perdido entre los miles de libros escritos cada año de no haber sido por el Premio de Novela Breakthrough de Amazon de 2014. Gracias a Amazon por dar una oportunidad a una autora inédita. Gracias a todos los que se tomaron el tiempo de reseñar la novela y votarla durante el concurso. Gracias a todos los demás concursantes por tener la audacia de soñar a lo grande y participar.

Yo no dejé de ser ingeniera de estructuras por arte de magia para convertirme, de la noche a la mañana, en novelista. En todos los ensayos y errores de esta travesía de cinco años me han apoyado muchas personas maravillosas. Las fabulosas damas de mi club de lectura leyeron y criticaron valientemente el segundo borrador de *La llave maestra*. Mi madre, mi suegra y mis mejores amigas leyeron diferentes borradores y me animaron a seguir escribiendo. Cara Kissling hizo la primera tentativa de editar el manuscrito y me ayudó a encontrar mi estilo. Adam Katz me brindó una crítica meticulosa y perspicaz que situó en la senda adecuada el proceso de escritura y el libro en su conjunto. Doris Michaels me ofreció sabio consejo y orientación. Mis editores de Thomas & Mercer, especialmente Andrea Hurst, encendieron una luz en cada rincón poco iluminado de mi novela y contribuyeron a enfocar mejor algunos contornos borrosos.

La llave maestra no habría sido posible sin mi familia. Mis dos hijos pequeños me proporcionaron la valentía necesaria para abandonar mi trabajo cotidiano. Jugaban juntos tan cariñosamente como dos hermanos pueden jugar mientras mami se refugiaba en su despacho para escribir. Mi asombroso esposo leyó todos los borradores, todas las revisiones, todas y cada una de las hediondas palabras que escribí y, de algún modo, siguió siendo mi mayor admirador. No tengo palabras para expresar mi gratitud.